MANUAL DE HISTORIA
DE LA
COMPAÑIA DE JESUS

BX3706
.G21

LIBRARY OF PRINCETON
OCT 6 1966
THEOLOGICAL SEMINARY

BX3706
.G21

MANUAL DE HISTORIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS

1540-1940

«O mater Salvatoris, o mater gratiae, quoniam iste verus filius tuus, etiam verus Dei filius, dictus est vere nomine et re per mysterium Iesus a salvando, Christus ab unctionis dono, fac materno interventu tuo, ut nos tui pauperculi, quorum etiam mater dici non verecundaris, sicut a Christo Christiani, id est, uncti vocati sumus, ita quoque a Iesu IESUITAE, id est, salvati vocari veraciter mereamur.»

(Del cartujo ENRIQUE ARNOLDI, 1405-1487, que tomó la palabra IESVITAE y el concepto de Ludolfo Cartujano, 1295-1377.)

OCT 6 1966
THEOLOGICAL SEMINARY

P. RICARDO GARCIA-VILLOSLADA, S. I.

MANUAL DE HISTORIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS

(2.ª edición, corregida y aumentada)

COMPAÑIA BIBLIOGRAFICA ESPAÑOLA, S. A.
FUENTES, 9
MADRID

OCT 6 1950

Imprimi potest:
Ioannes M. Ponce, S. I.
Praep. Prov. Castell.

Nihil obstat:
Franciscus X. Montalbán, S. I.
Censor eccles.

Imprimatur:
✠ Emmanuel, *Archiep. Burgensis.*
Oniae, 27 septembris 1940.

E. Sánchez Leal, impresor.-Santísima Trinidad, 7.-Teléfono 24 80 68.-Madrid

DOS PALABRAS PRELIMINARES

(A LA PRIMERA EDICION DE 1940)

Hace tres años se me encomendó componer un MANUAL DE HISTORIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, *que, siendo sucinto y breve, prestase detenida atención a la historia de la Asistencia de España. De autor español no existía ninguno que llenase esas condiciones.*

Traducido del italiano por el P. Jesús Juambelz, corría entre nosotros el Manual del P. Rosa. En 1938, el P. Juan Isern nos dió, para uso de los novicios, un compendio de la traducción del Padre Juambelz, con ligeras adiciones. Uno y otro dan poca importancia a la Compañía española y no hacen resaltar suficientemente lo que significa la Compañía en la Historia Universal, en la de la Iglesia y de la Cultura (1).

Yo he procurado subsanar estas deficiencias, mas al poner el colofón a mi obra, me doy cuenta de que, pese a mi empeño constante de concisión y a los cercenamientos, a veces dolorosos, mi Manual no resulta tan breve como se deseaba. En cambio, quizás tenga otras ventajas.

El afán de presentar datos abundantes y precisos es causa de que muchas páginas semejen, más que animada narración histórica, hacinamiento de áridas noticias; pero el lector de amplia

---

(1) La hermosa antología del P. MIGUEL GASCÓN, *Los Jesuítas en Menéndez Pelayo* (Valladolid, 1940), puede suplir tan sólo parcialmente y en lo relativo a España. Un buen complemento para Hispanoamérica lo forman los libros del P. GUILLERMO FURLONG, *Los Jesuítas. Su espíritu. Su obra* (Buenos Aires, 1942); *Los Jesuítas y la cultura rioplatense* (Montevideo, 1933).

cultura sentirá, bajo un nombre, bajo una fecha o una alusión, palpitaciones del más vivo interés.

Habrá, por ventura, páginas que suenen más a panegírico que a historia crítica; ello se debe a la grandeza y brillantez de los hechos y a que, trazando las líneas generales (como es propio de un Manual), el historiador, precisamente por su empeño de ser objetivo y de dar la impresión real del conjunto, tiene que pasar por alto ciertas pequeñeces y faltas aisladas—errores e imprudencias de un sujeto, de un colegio, etc.—, que, por ser de carácter anecdótico y local, no influyen en la marcha general, ni revelan el espíritu de la Orden. La descripción de tales pormenores quédese para las historias particulares; y justo es hacer constar que los historiadores de la Compañía—los modernos sobre todo, de severa formación histórica—han sido fieles como pocos al Ne quid veri non audeat *del orador romano, no temiendo sacar a luz con imparcialidad y profusión de datos los secretos de los archivos. El resultado, en último término, viene a ser apologético de una institución que, siendo humana, no puede carecer de imperfecciones y de flaquezas.*

A principios del siglo XVII, el cronista oficial de la Compañía, Francisco Sacchini (1570-1625), en carta dirigida a un Padre portugués que se escandalizaba de lo que Orlandini, también cronista oficial, había escrito sobre la conducta y gobierno del Padre Simón Rodríguez, se expresaba de este modo:

> *«Si aquellas cosas eran verdaderas, no fuera lícito al historiador callarlas, sin ir contra las leyes de la Historia y aun contra su propia conciencia... La razón es ésta: esencia es de la Historia narrar las cosas notables, sean buenas o malas, que sirven para dar a conocer el estado de una nación y formar verdadera idea, al menos en general, de algún individuo, si se escribiere su vida. Ahora bien; siendo ésta la esencia y naturaleza de la Historia, si alguno publicase una historia contando sólo las cosas buenas, ese tal querría engañar a los demás.*
>
> *... En historia, aunque el contar tales cosas (malas) tenga algún inconveniente, tiene, de seguro, más y mayores ventajas... Querer persuadir a los hombres que en la Compañía no hubo escándalos, sería, como dice el P. Nadal, la máxima soberbia, pues los hubo entre los apóstoles, entre los diáconos, etc., y además de no lograr el intento, caeríamos en el ridículo.»* (MHSI, Ser. IV, I, 701.)

Las afirmaciones y noticias de este libro podrían fácilmente ir respaldadas por abundantes citas, pero tratándose de un Manual—obra, al fin y al cabo, de pura divulgación—, he preferido, en gracia principalmente de la brevedad, suprimir en absoluto todas las notas y referencias bibliográficas, asegurando, empero, al lector, que los datos han sido tomados solamente de autores que presentan plenas garantías y, a ser posible, de las fuentes mismas.

Una corta Bibliografía, *reducida a las obras más generales, clásicas e imprescindibles, he querido poner al fin del libro, no tanto como base documental, cuanto para dar una somera idea de la historiografía de la Compañía y ayudar al que quiera conocer más a fondo cualquiera de los problemas o personajes aquí ligeramente esbozados.*

Como por la rapidez forzosa de la composición y la multiforme variedad de asuntos, es fácil que se me haya escapado más de una afirmación precipitada, inexacta o falsa, lo mismo que cualquier otra deficiencia—que, sin duda, habrá muchas—, agradecería sinceramente a quien me las quisiere advertir.

Colegio máximo de Oña (Burgos), 27 de septiembre de 1940, IV Centenario de la fundación de la Compañía de Jesús.

NOTA A LA SEGUNDA EDICION

Hubiera sido mi deseo refundir este libro, completándolo en muchas de sus partes, pero ni la Editorial quería que se aumentase notablemente el tamaño de la obra, ni yo disponía del tiempo suficiente para ello.

Me he limitado, pues, a corregir algunos descuidos, que ciertos lectores benévolos me indicaron, y a modificar ligeramente algunas páginas. Sobre la historia, tan agitada externamente, de no pocas provincias y de casi todas las misiones en países de infieles durante estos últimos quince años (1939-1954), apenas he podido añadir sino brevísimas referencias.

Roma, 1 de enero de 1954.

INTRODUCCION

EL FUNDADOR Y SU OBRA

Epoca y ambiente nacional

El fundador de la Compañía de Jesús fué un español, que vino al mundo en los días gozosos del Renacimiento, no turbados aún por la tragedia protestante, muy poco antes que los Reyes Católicos plantasen la Cruz en la Alhambra de Granada.

Era el momento en que Colón proponía a los monarcas españoles su genial aventura a través de los mares, con ideas de evangelización y de cruzada. El político Don Fernando tenía sobre el mapa de Europa meditaciones imperiales. Doña Isabel, pacificados ya sus reinos, se afanaba por el florecimiento de la cultura, y más aún por la reforma moral y religiosa de sus súbditos. En este último empeño secundábanle el brazo fuerte del Cardenal Cisneros y la mano suave de Hernando de Talavera, Arzobispo de Granada.

El clero de España, alto y bajo, sin estar tan desmoralizado como el de otras naciones, dejaba mucho que desear; pero gracias a los reyes, que escogieron las personas más dignas, aunque no fuesen de alta alcurnia, para las sedes episcopales, y a la tenacidad de Cisneros, que realizó en los conventos y en las parroquias una reforma semejante a la que años más tarde impuso el Concilio tridentino a toda la Iglesia, el pueblo español se regeneró moral y religiosamente, y se hizo digno de los grandes destinos a que

Dios le llamaba en la defensa del Catolicismo y en la propagación de la fe.

Para pábulo de la piedad popular, salieron de las imprentas multitud de libros de devoción: catecismos, meditaciones, vidas de santos, tratados teológicos y litúrgicos. Mencionemos, porque atañen más directamente a nuestro propósito, la *Imitación de Cristo*, atribuída entonces a Gerson—el *Gersoncito*, dirá San Ignacio—; las *Meditaciones de la Vida de Cristo*, de Ludolfo de Sajonia (el Cartujano), traducidas por Fray Ambrosio de Montesino, poeta favorito de la reina; el *Tratado de la vida espiritual*, de San Vicente Ferrer; obras que se imprimieron, con otras muchas, por encargo del mismo Cisneros. Añadamos el *Ejercitatorio de la vida espiritual*, compuesto por un pariente del Cardenal e impreso en Montserrat en 1500, y las *Leyendas de los Santos* o *Flos Sanctorum*, de Jacobo de Varazze, que corría en castellano por ventura desde 1480.

Los frutos no se hicieron esperar. Aquella propaganda fué como una siembra en terreno fértil y bien abonado, y al instante vemos cubrir los campos españoles la gran cosecha ascético-mística, tan abundante y rica como no se había dado nunca, cosecha de obras espirituales y cosecha de santos.

Sin conocer aquel clima histórico no es posible comprender la figura y la obra de Ignacio de Loyola. Y quien no conozca la vida, el carácter, los ideales del santo fundador, no sabrá explicarse los rasgos esenciales de la Compañía de Jesús, que lleva en su organización y en su espíritu impresa—más que cualquier otra institución humana—la forma del hombre genial que la concibió, la moldeó con amor y le infundió su vida.

La familia de Loyola

En el término de Azpeitia, villa fundada en 1310 por carta-puebla de Fernando IV de Castilla, bien guarnecida de murallas y saturada de ambiente guerrero hasta entrado el siglo XVI, y en medio de un bosquecillo de castaños, hayas y encinas, tenían su casa solariega los Loyola.

Este linaje, uno de los *Parientes mayores*, especie de señores feudales de Guipúzcoa, se unió en 1261 con la casa de Oñaz, la que dió su nombre al bando de los Oñacinos (rival de los Gamboínos), de funesta recordación en la provincia. En recompensa del heroico valor mostrado por el señor de Loyola y sus siete hijos en la batalla de Beotíbar (1324) luchando con las tropas castellanas en contra de franceses y navarros, concedióle el rey Alfonso XI, en 1331, un blasón, que juntaba el escudo de Oñaz: siete bandas coloradas en campo de oro, con el de Loyola: unos llares negros y colgada de ellos una caldera, a la que están asidos dos lobos pardos, en campo de plata. La casa-torre de Loyola, construída a fines del siglo XIV por don Beltrán Yáñez, señor de Oñaz y Loyola, fué demolida en su parte superior por orden de Enrique IV (1456), en tiempo del abuelo paterno de San Ignacio, don Juan Pérez de Loyola, el cual partió desterrado a la villa de Jimena, en la frontera de los moros; mas cumplido su destierro de cuatro años, se le permitió reedificar la parte derruída, aunque no ya con piedra, sino con ladrillo artísticamente trenzado.

En esta casa solariega nació—el día de Navidad de 1491, o según más plausibles conjeturas, entre el 31 de julio y el 23 de octubre—un niño, a quien pusieron por nombre Iñigo López. Iñigo a secas, o Iñigo de Loyola, se llamará en sus primeros años. Durante los estudios universitarios latinizará su nombre en la forma de *Ignatius*, y después de fundar la Compañía, *Ignacio* se llamará ordinariamente y así firmará sus cartas. Fué su padre don Beltrán Yáñez de Oñaz y Loyola «generoso caballero, gran soldado, que militó esforzadamente algunos años en servicio del rey don Enrique IV, de los Reyes Católicos y también en el del rey de Navarra don Juan II, padre del Católico» (Henao).

Casado en 1467 con doña Marina Sánchez de Licona, tuvo de ella trece hijos, el último de los cuales fué nuestro Iñigo, nacido probablemente mientras su padre peleaba por plantar la cruz de Cristo y el pendón de Castilla sobre la Alhambra de Granada. Conocemos los nombres de siete varones: Juan Pérez, Martín García, Hernando, Pero López, Beltrán, Ochoa López, Iñigo López, y de tres hembras: Joanica, Petronila y Magdalena. Juan, el pri-

mogénito, seducido por las proezas del Gran Capitán, se alista con otro hermano en aquellas banderas victoriosas, y sucumben ambos en Nápoles al servicio del Rey Católico; Hernando siente la sed de aventuras, como tantos otros hidalgos españoles, se embarca en 1510 y muere en Tierra Firme; de otro hermano sabemos que peleó en Hungría en los ejércitos de Carlos V, y allí murió luchando contra los turcos hacia 1542; Martín García, después de haber seguido las armas en los ejércitos del rey don Fernando, se casó con doña Magdalena de Araoz, dama de Isabel la Católica, y volvió a luchar en 1512 en la batalla de Belate contra los franceses; y Pero López, habiendo recibido las órdenes sagradas, llegó a ser rector de la iglesia de San Sebastián de Azpeitia, cuyo patronato estaba desde 1387 en manos de los Loyola, en remuneración a la fidelidad que siempre habían mostrado a los reyes de Castilla. Imposible parece que en el seno de una familia se reflejen más cumplidamente todos los ideales de la España del siglo XVI. ¡Es de ver cómo se disparan los Loyolas por todas las direcciones que tomaban en el mapamundi las flechas de Isabel!

Iñigo perdió muy pronto a su madre. No había cumplido dieciséis años, cuando murió también su padre. Su educación debió de ser profundamente religiosa, como era costumbre en España, y lo probaron los hechos, pero algún tanto laxa en punto a moralidad. En los testamentos de la familia aparecen más de una vez hijos ilegítimos. Pasados los primeros años de su niñez en la casa paterna, en un ambiente patriarcal y campesino, fué enviado por su padre a la villa de Arévalo para educarse, cual correspondía a su linaje, en casa del contador mayor de los Reyes Católicos, don Juan Velázquez de Cuéllar, caballero ilustre de acrisoladas virtudes cristianas, algo pariente de los señores de Loyola.

Hasta el año 1517 permaneció al lado del poderoso e influyente magnate don Juan Velázquez, y es de creer que con él seguiría a la Corte en sus residencias de Valladolid, Medina del Campo, Segovia, Madrid. Como *soldado desgarrado y vano* nos lo pinta Ribadeneira en ese tiempo, y como *hombre metido hasta los ojos en las vanidades del mundo*. Polanco trazó unas pinceladas más precisas: «*Aunque era aficionado a la fe, no vivió nada conforme*

a ella, ni se guardaba de pecados; antes era especialmente travieso en juegos y cosas de mujeres y en revueltas y cosas de armas.» El Padre Araoz, su pariente, nos informa «*que cuando se desafiaba, componía Oración a Nuestra Señora*» y que por devoción a la Virgen y a la Pasión de Cristo, «*música ni en viernes ni en sábado tañó*».

Romances y poesías trovadorescas, muy en boga entonces en España, libros de caballerías, como el *Amadís de Gaula* o las *Sergas de Esplandián*, debieron constituir su única cultura literaria, y acaso esa literatura caballeresca, erótica, poblada de fantasías y quimeras, junto con sus escarceos poéticos y sus aficiones musicales, quitaron algo de brutalidad a las pasiones de Iñigo, coloreándolas con un vago idealismo romántico. La moral sufrió, sin duda, frecuentes transgresiones no sólo en Arévalo y en la corte, sino en Azpeitia, adonde iría de vez en cuando. Allí se entabló un proceso criminal, en 1515, «*contra don Pedro López de Loyola, capellán, e Iñigo de Loyola, su hermano, sobre cierto eceso por ellos diz que el día de carnestuliendas últimamente pasada cometido e perpetrado*», en que se declara que «*los delictos que cometió son singulares e muy enormes, por los haber cometido él e Pero Lopes, su hermano, de noche e de propósito, e sobre habla e consejo habido sobre asechanza e alevosamente*». Ignoramos el resultado de este proceso, según el cual, Iñigo «*siempre ha traído armas e capa abierta e cabello largo*», por más que en su primera juventud había recibido la tonsura clerical. Ribadeneira nos lo pinta «*muy amigo de galas y de traerse bien*». Añadamos, para completar el retrato del doncel, que era de corta estatura, cara redonda y risueña, nariz alta y combada, color vivo y templado.

Al servicio del virrey de Navarra

Veinticinco años en flor y un panorama de ensueño ante los ojos tenía nuestro Iñigo, cuando cayó sobre su juventud la primera desilusión.

En 1516, el contador Juan Velázquez cayó en desgracia del

nuevo monarca, y, agobiado por los reveses y desengaños, falleció el 12 de agosto de 1517. No pudo, pues, colocar a Iñigo en la casa real, como era su voluntad, pero su piadosa mujer, doña María de Velasco, *le dió quinientos escudos y dos caballos, con que fuese a visitar al duque de Nájera, con cuya casa tenía deudo.*

El duque de Nájera, don Antonio Manrique de Lara, era desde 1516 virrey de Navarra. Desde fines de 1517 Iñigo se contaba entre sus familiares y gentileshombres. Años más tarde, don Francisco Manrique de Lara, obispo de Salamanca, recordaba la vida juvenil de *Ignacio, al cual vi yo por estos ojos en Pamplona, que porque iba por una calle una hila de hombres y toparon con él y le arrimaron a la pared, echó mano a la espada y dió tras ellos una calle abajo, que si no hubiera quien le detuviera, o matara algunos de ellos o le mataran.*

En medio de estas *travesuras de mancebo*, Iñigo de Loyola conservó muy viva su fe de cristiano, ardiente su devoción a la Virgen y al apóstol San Pedro (en cuyo honor compuso versos): «*nunca odió a persona ninguna ni blasfemó contra Dios*», y dió muestras de egregias cualidades naturales: de grande ánimo y valor para acometer cosas arduas; de admirable destreza en conducir los negocios y gobernar los corazones de los hombres; de generosidad en el triunfo y paciencia en la derrota; de gratitud y liberalidad, como vamos a ver.

Ardía Castilla en las luchas que la Historia conoce con el nombre de *Comunidades*, mientras las *Germanías*, de acentuado carácter social, ensangrentaban el suelo de Valencia. La rebeldía de los Comuneros sopló también en los dominios de don Antonio Manrique de Lara, y la llama se levantó amenazadora. En Haro, en Dueñas y en la misma Nájera brotaban focos de insurrección. El duque sale de Pamplona con sus tropas en septiembre de 1520. Iñigo va con ellas, y espada en mano asalta la fortaleza de Nájera, que no tarda en rendirse, con toda la villa. Y la saquearon: mas *aunque él pudiera mucho tomar de la presa, le pareció caso de menos valer, y nunca cosa alguna quiso de toda ella* (Polanco). Aquel mismo mes una chispa salta a Guipúzcoa, dividida en dos bandos que se combaten a muerte. El duque de Nájera envía gente

de su confianza, entre los que descuella Iñigo, para apaciguar las discordias, y en poco tiempo se logra la pacificación. También en Alava y Vizcaya quieren alzar cabeza los Comuneros, contra los que marcha el hijo del virrey de Navarra. Es probable que a su lado combatió Loyola en la batalla del puente de Durana (12 de abrid de 1521), que puso en fuga al conde de Salvatierra y acabó con los rebeldes.

La herida de Pamplona

Aprovechando las luchas interiores de España, Francisco I pensó que el punto flaco del Imperio de Carlos V era Navarra, y con la excusa de reivindicar los derechos de los hijos del destronado Juan de Albret, se preparó a la invasión. El duque de Nájera avisó a Carlos V, mas no se le enviaron fuerzas. En mayo de 1521 un ejército de 12.000 infantes, 600 lanzas y 29 piezas de artillería se presenta en San Juan de Pie del Puerto, y en seguida desfila por las angosturas de Roncesvalles. El duque de Náiera solicita de nuevo, inútilmente, refuerzos. Andrés de Foix está a pocas leguas de Pamplona. El duque parte a Segovia en busca de tropas. Iñigo de Loyola no le acompaña, porque hace falta un hombre leal y valiente que organice la defensa. Toda Guipúzcoa testimonió entonces de mil maneras su fiel adhesión a Carlos V.

La ciudad de Pamplona, donde predominaba el partido afecto al invasor, capituló sin resistencia. En el castillo se hizo fuerte el capitán Francisco de Herrera con Iñigo y otros guerreros, entre los que no faltaban traidores. Loyola, contra el parecer de otros muchos, se empeñó en que habían de resistir hasta la muerte, rechazando las duras condiciones que proponía el francés. «Ignacio, ya que no podía recibir la confesión sacramental antes de la batalla, tuvo la precaución de decir sus pecados a un compañero de armas, y éste hizo lo mismo con Ignacio; acto humilde que debió de ser grato a los ojos de Dios, por el deseo que manifestaban aquellos soldados de ponerse en gracia y lavar las manchas de sus culpas» (Astrain). Lo mismo hicieron, al morir en Roncesvalles.

Oliveros y Roldán, según la epopeya. Era una costumbre del medioevo.

Comenzado el bombardeo, peleó nuestro héroe bravamente, animando a los demás con el ejemplo y la palabra, hasta que una bala de cañón, pasándole por entre las piernas, quebróle la derecha debajo de la rodilla, e hirióle malamente la izquierda. Era el segundo día de Pentecostés, 20 de mayo de 1521. Caído Iñigo, faltó el ánimo a los sitiados, que, gritando: «¡Francia, Francia!», alzaron seña de rendidos. Entrando los franceses en la ciudadela, trataron al herido caballerosamente, a lo que él correspondió con no menor hidalguía, regalando a uno el puñal, a otro la rodela, a un tercero la coraza, etc.

> «Y después de haber estado diez o doce días en Pamplona, lo llevaron en una litera a su tierra: en la cual, hallándose muy mal y llamando todos los médicos y cirujanos de muchas partes, juzgaron que la pierna se debía otra vez de concertar, y ponerse otra vez los huesos en sus lugares, diciendo que por haber sido mal puestos la otra vez o por haberse desconcertado en el camino, estaban fuera de sus lugares y así no podía sanar. E hízose de nuevo esta carnecería: en la cual, así como en todas las otras que antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra ni mostró otra señal de dolor que apretar mucho los puños. E iba todavía empeorando, sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte. Y llegado el día de San Juan, por los médicos tener muy poca confianza de su salud, fué aconsejado que se confesase: y así, recibiendo los Sacramentos, la víspera de San Pedro y San Paulo, dijeron los médicos que, si hasta la medianoche no sentía mejoría, se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de San Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma medianoche se comenzase a hallar mejor; y fué tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte. Y viniendo ya los huesos a soldarse unos con otros, le quedó abajo de la rodilla un hueso encabalgado sobre otro, por lo cual la pierna quedaba más corta: y quedaba allí el hueso tan levantado, que era cosa fea, lo cual él no pudiendo sufrir, porque determinaba seguir el mundo y juzgaba que aquello le afearía, se informó de los cirujanos si se podía aquello cortar; y ellos dijeron que bien se podía cortar: mas que los dolores serían mayores que todos los que había pasado, por estar aquello ya sano, y ser menester espacio para cortarlo: y todavía él se determinó a martirizarse por su propio gusto, aunque su

hermano más viejo se espantaba y decía que tal dolor él no se atrevería a sufrir; lo cual el herido sufrió con la sólita paciencia. Y cortada la carne y el hueso que allí sobraba, se atendió a usar de remedios para que la pierna no quedase tan corta, dándole muchas unturas, y extendiéndola con instrumentos continuamente, que muchos días [le] tuvieron tendido de modo que no se podía menear, puesto en un cierto instrumento que le tiraba la pierna, lo martirizaron. Mas nuestro Señor le fué dando salud; y se fué hallando tan bueno, que en todo lo demás estaba sano, sino que no podía tenerse bien sobre la pierna, y así le era forzado estar en el lecho. Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos de ellos para pasar el tiempo; mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron un *Vita Christi* y un libro de la vida de los santos en romance.» (Autobiografía de San Ignacio).

Del armario de la piadosa Magdalena de Araoz salieron, sin duda, aquella *Vida de Cristo* del Cartujano, traducida por Ambrosio de Montesino, y la versión castellana del *Flos Sanctorum* de Jacobo de Varazze, en cuya lectura se enfrascó el convaleciente y soñador caballero.

Primeras insinuaciones de la gracia

El mismo refirió todo el proceso psicológico de su conversión, con los pensamientos y mociones que entonces experimentó, al Padre González de Cámara, el cual hizo de ello una relación puntualísima, que llamamos *Autobiografía de San Ignacio*. La psicología religiosa de todos los tiempos ofrece pocos documentos literarios de tan fina, precisa y segura experimentación espiritual, como estas páginas, por las que se echa de ver cómo la mano de Dios, lenta y suave, no por fulguraciones súbitas, fué formando al que había de ser incomparable maestro de la vida espiritual.

Iñigo lee y sueña. Mira por la ventana al valle, al monte, al cielo claro de otoño, y vuelve a posar sus ojos en los folios góticos de la Vida de Cristo y de los santos.

«Por los cuales leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí había escrito. Mas dejándolos de leer, algunas veces se

paraba [a] pensar en las cosas que había leído: otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno destas.» (Autobiografía).

¿Quién era esa señora de los pensamientos del convaleciente de Loyola? Sostuvieron algunos que la *pinguis et bene pota* doña Germana de Foix, segunda mujer de Fernando el Católico; piensan otros más acertadamente en doña María Enríquez, prima carnal del rey, o en Madama Leonor, hermana mayor de Carlos V; y no falta quien aboga por la bella infanta doña Catalina de Austria, la más pequeña de las hermanas del emperador, esposa que fué luego de Juan III de Portugal, e insigne favorecedora de la Compañía de Jesús. Estos sueños de amor y de gloria que le envanecían y embebían, ardides eran del mal espíritu, que quería aficionarle más y más al mundo con la fascinación de sus vanidades.

«Todavía nuestro Señor le socorría haciendo que sucediesen a estos pensamientos otros, que nacían de las cosas que leía. Porque leyendo la vida de nuestro Señor y de los santos, se paraba a pensar, razonando consigo: «¿Qué sería, si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo?» Y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales, cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Mas todo su discurso era decir consigo: «Santo Domingo hizo esto, pues yo lo tengo de hacer; San Francisco hizo esto, pues yo lo tengo de hacer.» Duraban también estos pensamientos buen rato, y, después de interpuestas otras cosas, sucedían los del mundo arriba dichos, y en ellos también se paraba grande espacio: y esta sucesión de pensamientos tan diversos le duró harto tiempo, deteniéndose siempre en el pensamiento que tomaba; o fuese de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer, o destas otras de Dios que se le ofrecían a la fantasía, hasta tanto que de cansado lo dejaba, y atendía a otras cosas.»

Tal era la primera fase de aquel proceso psicológico, fase que podemos decir directa o contemplativa, en la que juegan principalmente dos facultades: la fantasía y el corazón. Se caracteriza por una especie de encantamiento extático o embebecimiento, en que el alma, fuera de sí, pierde la noción del tiempo y se le van las horas sin sentir *(tres y cuatro horas..., buen rato..., grande espacio..., harto tiempo...)*.

Al soñador sucede el psicólogo, como no podía menos de acontecer tratándose de Iñigo de Loyola, hombre dotado de una potencia de reflexión como pocas veces se ha visto en la Historia, propenso a replegarse a cada instante sobre sí mismo (reflectir, examen, son sus palabras favoritas) para analizar y sacar a plena luz consciente los más imperceptibles fenómenos del mundo interior. Esta segunda fase es la refleja, analítica y crítica. Iñigo observa las alternativas de sus pensamientos y quiere discernirlos por los efectos que en sí experimenta:

> «Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalén descalzo, y en no comer sino hierbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos, no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas aun después de dejados, quedaba contento y alegre. Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos, y empezó a maravillarse desta diversidad y a hacer reflexión sobre ella, cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste y de otros alegre.»

Toda una psicología religiosa está entrañada en estos fecundos principios.

En una tercera fase altamente filosófica, aquel soldado sin letras comprendió que no hay efecto sin causa, y que, pues los fenómenos que alternaban en su espíritu eran tan diversos, diversas tenían que ser las causas productoras. Evitando todo subjetivismo naturalista, su mente, iluminada por la fe, alcanzó a descubrirlas en el mundo de lo sobrenatural.

Discreción de espíritus

Esas causas diversas y contrarias que en él actuaban eran dos espíritus, *el uno del demonio y el otro de Dios. Este fué el primero discurso que hizo en las cosas de Dios; y después que hizo los exercicios, de aquí comenzó a tomar lumbre para lo de la diversidad de spíritus.* En efecto, Iñigo de Loyola, aunque amigo de comenzar todo por la experiencia, basándose bien en la realidad y no en principios apriorísticos, nunca se detenía en lo empírico, sino que pasaba a lo sistemático, de la anécdota a la categoría, del caso al tipo, de la descripción a la definición, del hecho individual y transitorio a la ley constante y general. Por eso sus propias experiencias de Loyola, con las siguientes de Manresa, cuajaron en las leyes sapientísimas de los Ejercicios. *Reglas para en alguna manera sentir y cognoscer las varias mociones que en la ánima se causan: las buenas para rescibir y las malas para lanzar; y son más propias para la primera semana.*

Séanos permitido copiar algunas líneas que reflejan con maestría su estado de alma en el proceso de su conversión.

> «La primera regla: en las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y pecados, en las cuales personas el buen espíritu usa contrario modo, punzándoles y remordiéndoles las conciencias por el sindérese de la razón.» «La tercera de consolación espiritual: llamo consolación cuando en el ánima se causa alguna moción interior, con la cual viene la ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor y, consecuente, cuando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas. Asimismo cuando lanza lágrimas motivas a amor de su Señor... Finalmente llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda leticia ínterna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor. La cuarta de desolación espiritual: llamo desolación todo el contrario de la tercera regla; así como oscuridad del ánima, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terre-

nas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor...» (Ejercicios espirituales).

Esta doctrina de la consolación y desolación es característica de la ascética ignaciana. Las conclusiones que de estos principios sacaba son bien conocidas:

«En tiempo de desolación nunca hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente a la tal desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación. Porque así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación el malo...»

Pero la táctica del antiguo capitán español no se limita a resistir; hay que tomar la ofensiva. Por eso añade:

«Mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación, así como es en instar más en la oración, meditación, en mucho examinar, y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia.»

Esto de hacer lo diametralmente opuesto a las sugestiones del enemigo nos lo pone ante los ojos con un realismo tan vivo y con tal acierto de expresión, que es preciso trasladarlo aquí:

«La duodécima (regla): el enemigo se hace como mujer en ser flaco por fuerza y fuerte de grado; porque así como es propio de la mujer, cuando riñe con algún varón, perder ánimo, dando huída cuando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario, si el varón comienza a huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la mujer es muy crecida y tan sin mesura; de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo, dando huída sus tentaciones, cuando la persona que se ejercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo haciendo el oppósito *per diametrum;* y, por el contrario, si la persona que se ejercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana en prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia.»

Que estas reglas áureas, lo mismo que las de las Elecciones, fueron vivencias de su espíritu en los días otoñales de su convale-

cencia, lo sabemos por confesión propia al P. González de Cámara: «Las Elecciones especialmente, me dijo que las había sacado de aquella variedad de espíritu y pensamientos, que tenía estando en Loyola, cuando se hallaba aún malo de la pierna.» Entonces aprendió aquel su maravilloso arte de discernimiento de espíritus que reveló en sus Ejercicios y en el magisterio espiritual de toda su vida. Ya nos ha dicho cómo actúan Dios y el demonio en el alma del pecador. En seguida de su conversión Iñigo advertirá y dejará consignado un cambio de táctica: «*La séptima (regla): en los que proceden de bien en mejor, el buen ángel toca a la tal ánima dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja; y el malo toca agudamente y con sonido y inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre la piedra...*»

Por los párrafos transcritos se habrá observado de paso, que no tenía Iñigo de Loyola pluma tan torpe y desmañada como exageran ciertos historiadores, ni hablaba incorrectamente el castellano, sino que lo dominaba perfectamente, como más adelante explicaremos.

La conversión perfecta

Volvamos al herido geltihombre que se debate entre las seducciones del mundo y los llamamientos suavemente tenaces de la gracia, hasta el instante en que la Reina del cielo viene a suplantar a la antigua dama de sus pensamientos. Entraba ya septiembre dorado y tranquilo por el valle aún frondoso de Loyola.

> «Y ya se le iban olvidando los pensamientos pasados con estos santos deseos que tenía, los cuales se le confirmaron con una visitación de esta manera. Estando una noche despierto vió claramente una imagen de nuestra Señora con el santo niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía habérsele quitado del ánima todas las especies que antes tenía en ella pintadas. Así desde aquella hora hasta el agosto de 55, que esto se escribe, nunca más tuvo ni un mínimo consenso en cosas de carne; y por este efecto se puede juzgar haber sido la cosa de Dios, aunque él no osaba determinarlo, ni decía más que afirmar lo

susodicho. Mas así su hermano como todos los demás de casa fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánima interiormente.

El, no se curando de nada, perseveraba en su lección y en sus buenos propósitos; y el tiempo que con los de casa conversaba, todo lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas. Y gustando mucho de aquellos libros, le vino al pensamiento de sacar algunas cosas en breve más esenciales de la vida de Cristo y de los santos; y así se pone a escribir un libro *(al margen:* el cual tuvo casi 300 hojas, todas escritas, de cuarto) con mucha diligencia (porque ya comenzaba a levantarse un poco por casa); las palabras de Cristo de tinta colorada, las de nuestra Señora de tinta azul; y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen escribano. Parte del tiempo gastaba en escribir, parte en oración. Y la mayor consolación que recibía era mirar al cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor.» (Autobiografía.)

Tinta azul y colorada: así se escribían algunos Cancioneros como el de Estúñiga, y en tinta azul estaban los textos evangélicos en la primera edición de la *Vita Christi* del Cartujano. Ribadeneira completa las últimas noticias de la manera que sigue:

«Sacaba nuevo contento y nuevos gozos de todas estas ocupaciones; pero de ninguna más que de estar mirando atentamente la hermosura del cielo y de las estrellas; lo cual hacía muy a menudo y muy despacio; porque este aspecto de fuera, y la consideración de lo que hay dentro de los cielos y sobre ellos, le era grande estímulo y incentivo al menosprecio de todas las cosas transitorias y mudables que están debajo de ellos, y le inflamaba más en el amor de Dios. Y fué tanta la costumbre que hizo en esto, que aún le duró después por toda la vida; porque muchos años después, siendo ya viejo, le vi yo estando en alguna azotea, o en algún lugar eminente y alto, de donde se descubría nuestro hemisferio y buena parte del cielo, enclavar los ojos en él; y al cabo del rato que había estado como hombre arrobado y suspenso, y que volvía en sí, se enternecía; y saltándosele las lágrimas de los ojos por el deleite grande que sentía su corazón, le oía decir: «¡Ay, cuán vil y baja me parece la tierra cuando miro al cielo! Estiércol y basura es.»

Nadie imagine por esto, que el recién convertido andaba por

las cumbres de la vida espiritual, porque aún tenía, como testifica Laínez:

> «más vueltos los ojos a los ejercicios exteriores y a las penitencias, que no a otras cosas interiores, por no entenderlas aún. Así que totalmente le parecía entonces que la santidad se había de medir por la aspereza exterior; y que quien hiciese penitencia más áspera, hubiese de ser tenido en el divino acatamiento por más santo, el cual parecer le hacía tomar propósito de hacer una vida muy áspera; por lo cual, sin otro maestro exterior, y sin comunicar a otro su deliberación, determinóse partir de su tierra y casa...»

Hacer grandes obras por Cristo, obras grandes como él entonces las entendía, maceraciones, ayunos, penitencias corporales, tales eran sus propósitos en aquel momento de su vida, y seguramente se hacía a sí mismo la apremiante interrogación que puso al fin de la primera semana de los Ejercicios: «*¿Qué debo hacer por Cristo?*», y que no es otra que la de Saulo en el camino de Damasco: «*Señor, ¿qué queréis que haga?*»

A través de las páginas de la *Vita Christi* y de la *Leyenda áurea,* se le había revelado la persona del Salvador, dechado y ejemplar de los Santos, *Eterno Príncipe,* que agrupa en torno de su bandera a todos los *Caballeros de Dios,* y con su encanto divino le había arrebatado el corazón y la fantasía. Con amor hondo y fuerte, con entrega total y absoluta, Iñigo se consagró a su servicio. La vida del convertido tomó una orientación fija para siempre: la de seguir a Cristo, la de imitar a Cristo. ¿Cómo? No lo veía claro. Por lo pronto, se le ofreció peregrinar a Tierra Santa para revivir la vida de Cristo y venerar aquellas *sinagogas, villas* y *castillos* de que le hablaba el Cartujano.

Peregrino

El heroico defensor de Pamplona tenía derecho a esperar de su Rey y Emperador altas mercedes. Todo lo menospreció por seguir a su «Rey eternal».

> «Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después que viniese de Jerusalén para que siempre viviese en penitencia, ofrecíasele me-

terse en la Cartuja de Sevilla, sin decir quién era para que en menos le tuviesen, y allí nunca comer sino hierbas. Mas cuando otra vez tornaba a pensar en las penitencias, que andando por el mundo deseaba hacer, enfriábasele el deseo de la Cartuja, temiendo que no pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido...» «Hallándose ya con algunas fuerzas, le pareció que era tiempo de partirse, y dijo a su hermano: «Señor, el duque de Nájera, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete» (estaba entonces allí el duque). Sospechaba el hermano y algunos de casa que él quería hacer alguna mutación. El hermano le llevó a una cámara y después a otra, y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder; y que mire cuánta esperanza tiene de él la gente, y cuánto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía. Mas la respuesta fué de manera que, sin apartarse de la verdad, porque de ello tenía ya grande escrúpulo, se descabulló del hermano.» (Autobiografía.)

Serían los últimos días de febrero de 1522, cuando, tomando dos criados, salió cabalgando en una mula hacia Navarrete.

El 1 de marzo de aquel mismo año salía Lutero del castillo de Wartburg, en el que había permanecido oculto durante diez meses, bajo la sombra cómplice del Elector de Sajonia. Es sugestivo el paralelo entre el fraile apóstata y el caballero convertido. Ambos, súbditos de Carlos V; el uno, rebelde y proscrito; el otro, herido por defender al Emperador. La residencia de Lutero en la soledad de Wartburg coincide casi perfectamente con el retiro de Iñigo en su casa-torre. Período de crisis espiritual para ambos. Lutero siente con fuerza los primeros remordimientos; Loyola, los llamamientos de la gracia. «Ocho días hace—confiesa Lutero a Melancton—que ni escribo, ni oro, ni estudio, parte atormentado por las tentaciones de la carne, parte por los males corporales.» Iñigo de Loyola ora y escribe al par que estudia los sutiles movimientos de su espíritu, en medio de los dolores de su enfermedad. Las antítesis y semejanzas podrían alargarse fácilmente.

Cuando el gentilhombre de Loyola salió de su casa, su hermano Pero López quiso acompañarle hasta Oñate. En el camino hizo un alto en el santuario de Aránzazu, pasando en oración toda la noche ante Nuestra Señora, noche de dulces recuerdos para el peregrino, que entonces, o poco después, debió de consagrar su

castidad a la Madre de Dios. «*Me acuerdo*—escribiría en agosto de 1554—*haber recibido algún provecho en mi ánima velando en el cuerpo de aquella iglesia de noche.*» Dejó en Oñate a Pero López en casa de una hermana, y él se fué a Navarrete. Aquí cobró del tesorero del Duque unos dineros que le debían, «*mandándoles repartir en ciertas personas a quienes se sentía obligado, y parte a una imagen de Nuestra Señora, que estaba mal concertada, para que se concertase y ornase muy bien. Y así, despidiendo los dos criados que iban con él, se partió solo en su mula de Navarrete para Monserrate.*»

Allá va el caballero solitario y meditabundo por las orillas del Ebro, no con aire de conquistas humanas, pero sí «*pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios*»; hacía oración y se disciplinaba todos los días, movido de los grandes deseos que tenía de servir a Dios en todo lo que conociese ser su voluntad.

> «Y así determinaba de hacer grandes penitencias, no teniendo ya tanto ojo a satisfacer por sus pecados, sino [a] agradar o placer a Dios. Tenía tanto aborrecimiento a los pecados pasados, y el deseo tan vivo de hacer cosas grandes por amor de Dios, que, sin hacer juicio que sus pecados eran perdonados, todavía en las penitencias que emprendía a hacer no se acordaba mucho de ellos. Y así cuando se acordaba de hacer alguna penitencia que hicieron los santos, proponía de hacer la misma y aun más. Y en estos pensamientos tenía toda su consolación, no mirando a cosa ninguna interior, ni sabiendo qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción para reglar ni medir estas virtudes, sino toda su intención era hacer de estas obras grandes exteriores, porque así las habían hecho los santos para gloria de Dios.» (Autobiografía.)

Logroño, Calahorra, Alfaro, Tudela, Cortes, Mallén, Pedrola, marcaron su itinerario, siguiendo siempre la ribera derecha del Ebro, hasta Zaragoza. Conocido es el curioso episodio del moro que habló mal de Nuestra Señora, y conocidas las vacilaciones del caballero cristiano en darle de puñaladas, como era corriente en ley de caballería, y la manera como salió de sus perplejidades, dejando que la mula escogiese el camino en una encrucijada.

«Y llegando a un pueblo grande (quizá Lérida, o más probablemente Igualada) antes de Monserrate, quiso allí comprar el vestido que determinaba de traer, con que había de ir a Jerusalén; y así compró tela, de la que suelen hacer sacos, de una que no es muy tejida y tiene muchas púas, y mandó luego de aquélla hacer veste larga hasta los pies, comprando un bordón y una calabacita, y púsolo todo delante el arzón de la mula. Y compró también unas esparteñas, de las cuales no llevó más de una; y esto no por ceremonia, sino porque la una pierna llevaba toda ligada con una venda y algo maltratada; tanto que, aunque iba a caballo, cada noche la hallaba hinchada: este pie le pareció era necesario llevar calzado.» (Autobiografía.)

En el Santuario de Monserrat

Sería el 21 de marzo cuando el peregrino subió la cuesta que conduce al célebre monasterio benedictino enclavado entre las maravillosas rocas de la montaña de Monserrat.

«Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquéllas; y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de nuestra Señora de Monserrate, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo.» (Autobiografía.)

«Mandaron los antiguos—escribe Alfonso el Sabio en las Partidas—que el escudero que fuese de noble linaje un día antes que reciba caballería que debe tener vigilia.» Además de los sacramentos debía todo novel caballero tomar la víspera un baño lustral, vestirse de una vestidura blanca, símbolo de la pureza de su nueva vida, y de un manto, significando que estaba dispuesto a verter su sangre en defensa de la fe cristiana. Nuestro novel caballero de Cristo, regenerado en el baño de la penitencia ataviado con las vestiduras de la gracia y con el amor ardiente de Dios y de su mayor gloria, quiso practicar análogas ceremonias; «*se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; y concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que*

la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de Nuestra Señora». (Autob.)

Era su confesor y director espiritual un santo monje. Fray Juan Chanones, cura que había sido de Mirepoix, en Francia, y cuyas virtudes perfumaron el monasterio de Monserrat largos años, hasta el de 1568, en que murió muy anciano. Este sabio consejero le dió las primeras instrucciones, valiéndose quizás del *Ejercitatorio da la vida espiritual*, libro compuesto e impreso en Monserrat por el famoso abad García de Cisneros, cuya espiritualidad florecía en la santa montaña y se esparcía a los alrededores.

> «La víspera de nuestra Señora de marzo en la noche, el año de 22, se fué lo más secretamente que pudo a un pobre, y, despojándose de todos sus vestidos, los dió a un pobre, y se vistió de su deseado vestido, y se fué a hincar de rodillas delante el altar de nuetra Señora: y unas veces de esta manera, y otras en pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche.» (Autobiografía.)

No otra que la Virgen había de ser en adelante la celestial Madrina y Señora del nuevo caballero. «En la serie de todos estos sucesos habrá notado el lector la continua intervención de María Santísima en la santificación de Ignacio y la mutua correspondencia de amor y beneficios que se establece entre la Madre de Dios y nuestro Santo Padre. La conversión de Ignacio se determina una noche delante de un cuadro de María; poco después la Reina de los cielos se aparece a Ignacio y le confirma en sus propósitos. Cuando puede salir de casa Ignacio, va a rezar una salve a la vista de Nuestra Señora de Olaz. Al despedirse de su casa, los primeros pasos de Ignacio se enderezan a Nuestra Señora de Aránzazu; el primer dinero de que puede disponer en Navarrete lo emplea Ignacio en adornar una imagen de María; en el camino de Monserrat defiende la pureza de María contra las blasfemias de un moro; en ese mismo camino hace voto de castidad, ofreciéndole al Señor por mano de María, y ahora, deseando armarse caballero de Cristo, vela sus armas ante el altar de María» (Astrain). Si en la santificación de Iñigo de Loyola resplandece tan clara y constante la mano virginal y amorosa de María,

no menos providente y maternal se nos revelará pronto su intervención en la fundación de la Compañía de Jesús.

El penitente de Manresa

Era la mañana de la Anunciación, 25 de marzo de 1522. Después de comulgar, nuestro peregrino, vestido de su áspero saco, con una cuerda a la cintura y un bordón en la mano, emprendió su camino cara al sol naciente, con el propósito de llegar a Barcelona y embarcarse para Jerusalén; «*mas desvióse a un pueblo, que se dice Manresa, donde determinaba estar en un hospital algunos días, y también notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado y con que iba muy consolado*». (Autob.)

¡Cómo se había transformado en dos meses el apuesto caballero de Loyola! Aquel *mozo lozano y pulido, y muy amigo de galas* se había convertido en un mendigo astroso y escuálido por la penitencia. De sus antiguos arreos tan sólo le quedaban, como dice Ribadeneira, unas *escribanías*, es decir, un estuche con todos los instrumentos de escritorio, el libro de trescientos folios, amorosamente escrito con tintas de colores; mantenía aún el largo *cabello, que era rubio y muy hermoso*, caído sobre los hombros; conservaba también lo que no perdió en toda su vida, el fulgor de sus ojos, ahora más vivo y espiritualizado que antes, y la innata cortesía, distinción y caballerosidad de su trato.

Hospedóse al llegar a Manresa en el Hospital de Santa Lucía. La ermita de Viladordis y una cueva abierta en la roca sobre el río Cardoner eran sus retiros predilectos, adonde se recogía para sus ásperas maceraciones corporales y para hacer con más paz su oración, que se alargaba hasta siete horas diarias, todas de rodillas.

> «Y demandaba en Manresa limosna cada día. No comía carne ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba, y si le daban un poco de vino, lo bebía. Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa de noche ni de día. Y por la

misma causa dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso.» (Autob.)

«Oía cada día la misa mayor, y las vísperas y completas, todo cantado, sintiendo en ello grande consolación. Confesaba cada semana con Fray Guillermo de Pellarós, O. P., y comulgaba todos los domingos.»

Esta primera época manresana fué de grande paz interior y alegría espiritual; lo cual no significa que no padeciese algunas molestas tentaciones, representándosele a veces la dificultad de la vida que había emprendido, con tristeza y desolación. Pasó luego por un período tormentoso de angustias y escrúpulos. Dudas sobre la confesión general hecha en Monserrat; nuevas inquietudes a pesar de las reiteradas confesiones y de los consejos de personas espirituales.

«A este tiempo estaba el dicho en una camarilla, que le habían dado los dominicanos en su monasterio, y perseveraba en sus siete horas de oración de rodillas, levantándose a medianoche continuamente, y en todos los más ejercicios ya dichos; mas en todos ellos no hallaba ningún remedio para sus escrúpulos, siendo pasados muchos meses que le atormentaban, y una vez, de muy atribulado de ellos, se puso en oración, con el fervor de la cual comenzó a dar gritos a Dios vocalmente, diciendo: «Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de hallar[lo], ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle: que, aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré.» Estando en estos pensamientos, le venían muchas veces tentaciones con grande ímpetu para echarse de un agujero grande que aquella su cámara tenía, y estaba junto del lugar donde hacía oración. Mas conociendo que era pecado matarse, tornaba a gritar: «Señor, no haré cosa que te ofenda.» (Autob.)

Para alcanzar de Dios que le librase de esta tentación de escrúpulos, determinó pasarse sin comer cosa alguna hasta que el Señor le concediese esta gracia, y así toda una semana «perseveró sin meter en la boca ninguna cosa, no dejando de hacer los sólitos ejercicios, *etiam* de ir a los oficios divinos, y de hacer su oración de rodillas, *etiam* a medianoche». (Autob.)

Además de los ayunos y de los consejos de su director espiri-

tual, fuéronle de gran utilidad los análisis psicológicos a que sometía cuanto pasaba por su alma y la admirable experiencia que alcanzó para discernir espíritus, experiencia confirmada por sus lecturas, más profundas que variadas, del Cartujano y del *Flos Sanctorum*, y sobre todo la *Imitación de Cristo*, librito que fué siempre el favorito de Ignacio.

Pero su maestro principal fué el Espíritu Santo, principalmente en la tercera etapa que siguió a sus tentaciones y escrúpulos, época de luz, en la que juntaba la más alta contemplación con la vida activa.

Visión del Cardoner

Debió de ser en uno de esos días cálidos manresanos de agosto o septiembre de 1522.

> «En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole; y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba de esta manera; antes si dudase en esto, pensaría ofender a su divina majestad.» «Tenía mucha devoción a la Santísima Trinidad, y así hacía cada día oración a las tres personas distintamente... Y estando un día rezando en las gradas del mesmo monasterio las horas de nuestra Señora, se le empezó a elevar el entendimiento, como que veía la Santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer. Y yendo aquella mañana en procesión, que de allí salía, nunca pudo retener las lágrimas hasta el comer; ni después de comer podía dejar de hablar sino en la Santísima Trinidad; y esto con muchas comparaciones y muy diversas, y con mucho gozo y consolación; de modo que toda su vida le ha quedado esta impresión de sentir grande devoción, haciendo oración a la Santísima Trinidad.» «En la misma Manresa, a donde estuvo casi un año, después que empezó a ser consolado de Dios y vió el fruto que hacía en las almas tratándolas, dejó aquellos extremos que de antes tenía; ya se cortaba las uñas y cabellos. Así que, estando en este pueblo en la iglesia del dicho monasterio oyendo misa un día, y alzándose el Corpus Domini, vió con los ojos interiores unas como rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto después de tanto tiempo no lo puede bien explicar, todavía lo que él vió con el

entendimiento claramente fué ver cómo estaba en aquel santísimo sacramento Jesucristo Nuestro Señor.» «Muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración, veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo, y la figura, que le parecía era como un cuerpo blanco, no muy grande ni muy pequeño, mas no veía distinción de miembros. Esto vió en Manresa muchas veces; si dijese veinte o cuarenta, no se atrevería a juzgar que era mentira. Otra vez lo ha visto estando en Jerusalén, y otra vez caminando junto a Padua. A nuestra Señora también ha visto en símil forma, sin distinguir las partes.» «Una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama San Pablo, y el camino va junto al río; y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado se le empezaron [a] abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola. Y esto fué en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto que tenía antes.» (Autob.)

Esta es la famosa visión del Cardoner, que tan profunda huella marcó en la vida de Iñigo de Loyola, y que tanta trascendencia tuvo, aun para la concepción del Instituto de la Compañía de Jesús, lo cual no quiere decir que ya entonces le viniese la idea de fundar una Orden religiosa. Cuando años adelante los compañeros de Ignacio pedíanle razón de algunas cosas que determinaba establecer, remitíase a lo que Dios le hizo ver o sentir en la orilla del Cardoner. Bien sabían todos a qué se refería, por haber escuchado muchas veces de sus labios aquella relación. Laínez escribía en 1547 a Polanco:

«En fin de los cuatro meses (de tentaciones y escrúpulos o de ignorancia en cosas de Dios) súbitamente, cuanto me puedo acordar haber entendido, junto de una agua, o de un río o árboles, estando

asentado, fué señaladamente ayudado y informado y ilustrado interiormente de la Divina Majestad, de manera que comenzó a ver con otros ojos todas las cosas de Dios, y descubrir y probar los espíritus buenos y malos, con gustar las cosas de Dios, y comunicarlas al prójimo con simplicidad y caridad, como las recibía... De manera que en espacio de un año en Manresa alcanzó tanta lumbre del Señor, que casi en todos los misterios de la fe fué especialmente ilustrado y consolado del Señor, singularmente en el misterio santísimo de [la] Trinidad, en la cual tanto meditaba y se deleitaba su espíritu, que siendo hombre simple, que no sabía sino leer y escribir, con todo empezó a escribir un libro. Y con este grande provecho suyo le hizo también a muchas almas en la misma Manresa, las cuales, ayudadas notablemente, hicieron mudanza de vida, con mortificación, viniendo a grande conocimiento y gusto de las cosas divinas.» «Daba también meditaciones o ejercicios espirituales, en que tenía particular gracia y eficacia, y el don de discernir los espíritus, y ayudar a enderezar un ánima, ahora fuese tentada, ahora visitada del Señor.»

Esto mismo se nos dice en la Autobiografía, casi dictada por Ignacio al P. González de Cámara:

«Ultra de sus siete horas de oración, se ocupaba en ayudar algunas almas, que de allí le venían a buscar, en cosas espirituales, y todo lo más del día que le vacaba daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído.»

El anacoreta de la cueva de Manresa y de la ermita de Viladordis se transforma, por efecto de su misma vida contemplativa, en apóstol, en imitador y seguidor de Cristo. Por eso acomoda sus penitencias, austeridades y porte exterior a las del divino Maestro en su vida de predicación. El Cristo evangélico será el ideal constante de su vida y el objeto de sus diarias contemplaciones. Y cuando reúna compañeros y discípulos pretenderá unido a ellos reproducir el colegio apostólico en torno de Jesús.

Los Ejercicios espirituales

El instrumento de que se valía para su apostolado era, junto con la enseñanza de la doctrina cristiana, la práctica de los Ejercicios espirituales. A las personas devotas que se le acercaban,

enseñábales la manera de hacer examen de conciencia, de confesarse, de orar, comunicábales ciertos documentos ascéticos, fruto de su personal experiencia, y al mismo tiempo les proponía una serie de meditaciones y contemplaciones sobre verdades eternas y misterios de la vida de Cristo, entreveradas con algunas otras de propia invención y eslabonadas todas con tal arte y maestría, que hacen pensar en una especial inspiración del cielo. A la época manresana de altas ilustraciones sobrenaturales suele atribuirse la composición de aquel minúsculo librito, caracterizado por Aquiles Ratti (Pío XI) «*como el código más sabio y universal de la dirección espiritual de las almas, como fuente inagotable de la piedad más profunda y a la vez más sólida, como estímulo irrestisible y guía segurísima para lo conversión y para la más alta perfección espiritual*».

Cuanto los ascetas dicen de la *vía purgativa, iluminativa* y *unitiva*, lo vierte San Ignacio en un troquel distinto, en forma práctica más que teórica, siguiendo un proceso de cuatro etapas o semanas, en las que, conducido por un prudente director, el ejercitante se somete a diversos «*Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea*». La primera semana tiene como *principio y fundamento* el fin del hombre y de las criaturas, propone meditaciones sobre el pecado y el infierno, hasta arrancar al ejercitante aquella triple exclamación: «¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo?» La segunda versa, en gran parte, sobre la vida de Nuestro Señor, pero lo más característico es lo de propia invención de San Ignacio: la contemplación del *Reino de Cristo*, la meditación de *dos banderas*, la de *tres binarios* y *tres grados de humildad*, con los modos de hacer elección. La tercera se concentra en la pasión y muerte del Salvador. La cuarta invita al alma a alegrarse y gozar intensamente de la gloria y gozo de Cristo resucitado, terminando con la sublime *Contemplación para alcanzar amor*.

Paralelamente a esta serie de meditaciones va otra serie de reglas e instrucciones de la más fina y honda psicología sobrenatural.

Engáñase el que no ve en los Ejercicios ignacianos sino una sucesión de verdades con lógica de hierro encadenadas; más que un proceso lógico en la mente, busca Ignacio un proceso psicológico en el corazón (bajo la acción de la gracia), una sucesión de estados de ánimo, una serie de resoluciones, algunos de cuyos pasos sólo pueden darlos los corazones heroicos, a quienes mueve, no el discurso lógico, sino el amor apasionado. En perfecta soledad y retiro de las distracciones temporales, el alma debe poner en juego todas sus potencias: la memoria, la imaginación, el entendimiento, la voluntad, y abrirse como una rosa al sol de la gracia, para experimentar, si Dios así lo concede, las comunicaciones más altas y secretas de la Divinidad. La pedagogía espiritual ignaciana, lejos de ser antimística, es, con la de San Juan de la Cruz en la *Subida al Monte Carmelo*, la que más atiende a quitar del alma los estorbos a esas divinas comunicaciones, y es la más respetuosa de la acción de la gracia. Al mismo director espiritual, factor tan importante en los Ejercicios y en toda la ascética ignaciana, se le aconseja que «deje *inmediate* obrar al Criador con la criatura, y a la criatura con su Criador y Señor».

Ilusión sería pensar que de los Ejercicios ha de salir el hombre hecho santo; que no es obra de treinta días el santificarse, sino de toda la vida. Pero quien medite, contemple y ore según el método de los Ejercicios, quien cumpla las *Anotaciones*, las *Adiciones* y demás *Reglas* y consejos allí consignados, bajo la dirección de un prudente maestro de espíritu y con la ayuda de la gracia, que nunca falta, alcanzará el fin pretendido por San Ignacio, acertará con la voluntad de Dios en la orientación de su vida, saldrá con el propósito de aspirar a la santidad, y la conseguirá, sin duda, si conforma después su vida con lo que aprendió y prometió en el tiempo de los Ejercicios.

No es éste libro para ser leído, como el *Kempis* o la *Guía de pecadores*, sino para ser practicado, en un espacio de tiempo bastante elástico, que San Ignacio divide en cuatro etapas o semanas. Es algo así como un manual de gimnasia o una cartilla militar; por lo mismo, nada tiene de literario o retórico. Quien lo lea como uno de tantos libros piadosos, quedará defraudado y jamás lo

entenderá si no lo practicare en silencio y soledad y en las condiciones prescritas por su autor. Propiamente, no es el ejercitante el que lo ha de leer, sino el director. Para facilitarle a éste su manejo, el P. Aquaviva mandó componer un *Directorio*, que es oficial en la Compañía.

Tal es el áureo librito, en el que se condensa toda la ascética ignaciana y jesuítica, del que arranca una poderosa escuela de espiritualidad, que nada tiene que ver con cierto asceticismo e individualismo peligroso; libro que es el alma de las Constituciones de la Compañía, elogiado por los Santos y por los Papas, especialmente por Pío XI, y «que ya en vida del autor mereció de la Santa Sede la aprobación más explícita y honrosa que jamás llevó libro alguno» (Astrain).

Discútese sobre el tiempo en que se acabó su redacción. Dice el P. González de Cámara:

> «A los veinte de octubre (1555) pregunté al Peregrino de los Ejercicios y de las Constituciones, queriendo saber cómo los había hecho, y él me dijo que no había hecho los Ejercicios todos de una vez, sino que algunas cosas que él guardaba en su alma y las hallaba útiles, le parecía que también serían útiles a otros, y así las escribía.» (Autobiografía.)

Sabemos por Nadal que buena parte de los Ejercicios y meditaciones tan sustanciales como las del *Rey temporal* y *Dos banderas* fueron escritas en Manresa cuando era todavía un caballero rudo y sin letras. Terminados sus estudios en París, puso en orden sus primeros apuntes, añadió muchas cosas (seguramente, la meditación de los binarios y las reglas para sentir con la Iglesia) y lo retocó todo; pero el librito, en lo esencial, estaba ya compuesto, o, al menos, concebido al salir de Manresa.

Mucho más debatida y resonante fué la contienda acerca de la originalidad o plagio de San Ignacio en la composición de su libro. Contra los testimonios que afirmaban rotundamente, con más piedad que crítica, la absoluta orginalidad de los Ejercicios, dictados al penitente de Manresa por la misma Virgen Santísima, se alzaron algunos aseverando que los Ejercicios ignacianos no

eran otros que los del monje de Monserrat, García de Cisneros. Modernamente se han rastreado influencias de otros autores como Zupfen, Mombaer (Mauburnus), Erasmo etc. Pero una concienzuda investigación de las fuentes he demostrado que todo lo nuevo y genial de los Ejercicios es propio y exclusivo de San Ignacio; que si en algo depende de otros, la dependencia es muy lejana, ocasional, indirecta, la de todo escritor que se deja influir, acaso inconscientemente, de sus lecturas, de las conversaciones, del medio ambiente. Iñigo de Loyola leyó la *Vida de Cristo* del Cartujano, la *Leyenda dorada* o *Flos sanctorum* de Varazze, quizás el *Ejercitatorio* de Cisneros, pero sobre todo la *Imitación de Cristo.*

> «Item dijo más: que en Manresa había visto primero el *Gersoncito,* y nunca más había querido leer otro libro de devoción; y éste encomendaba a todos los que trataba.» (Autob.)

Pero si algo tomó de estos o de otros autores, no lo reprodujo literalmente, sino que lo vivió, se lo asimiló, y fundiéndolo en un molde nuevo, lo hizo entrar en una construcción de sorprendente originalidad. Bien dice Astrain: «Porque Ignacio tomase tal cual ideal suelta de un autor piadoso, atribuir a éste en todo o en parte la invención de los Ejercicios, es tan absurdo como atribuir el descubrimiento de la atracción universal al autor de la aritmética, en que Newton aprendió a sumar y restar.»

Peregrinación a Tierra Santa

Trascendental importancia tiene en la vida de San Ignacio de Loyola, y aun en la historia de la Compañía de Jesús, la estancia en Manresa, ya por la santidad a que se encumbró con extraordinarias comunicaciones del cielo, con duras pruebas espirituales y con austeridades más admirables que imitables; ya también porque entonces inició una forma de vida apostólica que, paso a paso, le condujo a reclutar discípulos e imitadores, efímeros y ocasionales al principio, más tarde definitivos y perpetuos, con los que en el momento oportuno constituirá la Compañía de Jesús.

Durante los años de su carrera escolar solía llamar a Manresa su primitiva Iglesia, pero su alma fué subiendo incesantemente de virtud en virtud, de claridad en claridad, de suerte que cada día notaba algún progreso de fervor, y en su última vejez, decía que Manresa había sido su noviciado.

Sería a fines de febrero (1523), cuando Iñigo, curado ya de su enfermedad, salió de Manresa entre el dolor y llanto de la población, que mucho se le había aficionado. Escribe Polanco, su primer biógrafo:

> «Determinó de ir a Jerusalén por devoción de visitar aquellos santos lugares, y después de quedar en aquellas partes para ver si entre los moros podría hacer algún fruto, o morir por Cristo entre ellos.»

Detúvose en Barcelona poco más de veinte días, y habiendo alcanzado que le admitiesen de balde en una nave, se embarcó sin más provisión que un poco de bizcocho, puesta la confianza en solo Dios. Después de cinco días de difícil navegación, arribó a Gaeta. De allí fué a pie hasta Roma, donde entró el Domingo de Ramos, 29 de marzo.

> «Y habiendo tomado la bendición del Papa Adriano VI, después se partió para Venecia ocho días o nueve después de Pascua de Resurección.» (Autob.)

De día caminaba y de noche dormía bajo los pórticos.

> «Manteníase en Venecia mendigando, y dormía en la plaza de San Marcos... Un día le topó un hombre rico español y le preguntó lo que hacía y dónde quería ir; y sabiendo su intención, lo llevó a comer a su casa, y después lo tuvo algunos días hasta que se aparejó la partida. Tenía el Peregrino esta costumbre ya desde Manresa, que cuando comía con algunos, nunca hablaba en la tabla, si no fuese responder brevemente, mas estaba escuchando lo que se decía, y cogiendo algunas cosas, de las cuales tomase ocasión para hablar de Dios; y acabada la comida, lo hacía. Y esta fué la causa porque el hombre de bien con toda su casa tanto se aficionaron a él, que le quisieron tener, y esforzaron a estar en ella; y el mismo huésped lo llevó al Duque de Venecia para que le hablase, *id est*, le hizo dar en-

trada y audiencia. El Duque, como oyó al Peregrino, mandó que le diesen embarcación en la nave de los gobernadores que iban a Cipro (Chipre)... Después de partidos de Cipro, llegaron a Jafa (en otra nave); y caminando para Jerusalén en sus asnillos, como se acostumbra, antes de llegar a Jerusalén dos millas, dijo un español, noble según parecía, llamado por nombre Diego Manes (¿Núñez?), con mucha devoción a todos los peregrinos, que pues de ahí a poco habían de llegar al lugar de donde se podría ver la santa ciudad, que sería bueno todos se aparejasen en sus conciencias y que fuesen en silencio.» (Autob.)

Así, poseídos de la más íntima devoción, aquellos hombres de fe conmovedora entraron por las calles de Jerusalén el día 4 de septiembre.

En todo este tiempo de sus peregrinaciones, Nuestro Señor se le aparecía a Iñigo con frecuencia, y de ordinario como un cuerpo de luz blanco o de oro, sin distinción de miembros, consolándole con su divina presencia y confortándole en los trabajos. El amor ardiente a la persona de Cristo habíale traído a contemplar por sus propios ojos los sitios del nacimiento y de la pasión del Redentor. «*Su firme propósito era quedarse en Jerusalén, visitando siempre aquellos lugares santos; y también tenía propósito, ultra de esta devoción, para ayudar las ánimas.*» *(Autob.)* Fuerte contratiempo fué para él la orden terminante del Provincial de los franciscanos, Custodio de Tierra Santa, de abandonar con los demás peregrinos aquella tierra bendita, donde tan dulces consolaciones experimentaba. No era voluntad de Dios que se quedase en aquel campo de apostolado. Obedeció dócilmente, y en enero de 1524 estaba de vuelta en Venecia. El Peregrino tuvo un momento de perplejidad e incertidumbre. ¿A dónde dirigir sus pasos? ¿Qué orientación dar a su vida? Después de mucho reflexionar, al fin se inclinaba más a estudiar algún tiempo y ordenarse de sacerdote para poder ayudar a las almas. Pasando por Ferrara y Génova, sin más ropa que unos zaragüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas desnudas, con zapatos y un jubón de tela negra, abierto con mucha cuchilladas por las espaldas, y una ropilla corta de poco pelo y con un paño doblado sobre el estómago por el gran frío que hacía, fué peregrinando hasta Barce-

lona. Allí el maestro Ardévol se comprometió a enseñarle la gramática latina, y la piadosa matrona Isabel Roser, a sustentarlo con sus limosnas. Era la Cuaresma de 1524.

En Alcalá y Salamanca

Tenía Iñigo treinta y tres años cuando empezó, como un niño, sus estudios, volviendo al mismo tiempo a sus ásperas penitencias, algo mitigadas durante la peregrinación. Y a la vez que estudiaba, instruía en la doctrina cristiana y en los caminos del espíritu a todos aquellos con quienes conversaba, remediaba escándalos aun con peligro de la vida, y juntaba compañeros y seguidores, como los segovianos Calixto de Sa y Lope de Cáceres y el sevillano Juan de Arteaga.

> «Acabados dos años de estudiar, en los cuales, según le decían, había harto aprovechado, le decía su maestro que ya podía oír artes y que se fuese a Alcalá. Mas todavía él se hizo examinar de un doctor en teología, el cual le aconsejó lo mismo... Estudió en Alcalá casi año y medio; y porque el año de 24 en la cuaresma llegó a Barcelona, en la cual estudió dos años, el de 26 llegó a Alcalá y estudió términos de Soto y física de Alberto y el Maestro de las Sentencias. Y estando en Alcalá se ejercitaba en dar ejercicios espirituales, y en declarar la doctrina cristiana: y con esto se hacía fruto a gloria de Dios. Y muchas personas hubo que vinieron en harta noticia y gusto de cosas espirituales... Luego como llegó a Alcalá, tomó conocimiento con don Diego de Eguía, el cual estaba en casa de su hermano que hacía emprempta en Alcalá, y tenía bien el necesario; y así le ayudaban con limosnas para mantener pobres.» (Autob.)

Interesantísimo es el momento en que Iñigo de Loyola llega a Alcalá. Florecía aquella joven Universidad con los ilustres maestros editores de la Poliglota y era el foco más brillante del humanismo en España. Dos cuestiones encendían por entonces los ánimos: la de los erasmistas y la de los alumbrados; aquéllos sentían una veneración casi idolátrica por Erasmo, gran humanista, pero censor implacable de los frailes, y poco seguro en materias

dogmáticas; éstos se entregaban a una vida de recogimiento y oración, con desprecio de la piedad vulgar, hasta caer algunos en evidentes ilusiones del demonio, con errores y aun inmoralidades. Unos y otros convenían en un ansia imprudente de regenerar la vida cristiana y en censurar ciertas prácticas y personas eclesiásticas. Con todos ellos tuvo que habérselas la Inquisición.

Iñigo, con sus tres compañeros de Barcelona y otro jovencito francés, llamado Juanico Reinalde, no tardaron en ser tenidos por alumbrados. Visitaban diariamente la casa del navarro Miguel de Eguía, en cuya tipografía, que contribuyó como pocas a aquel espléndido florecimiento literario, acababa de imprimirse el *Enquiridión* o *Manual del caballero cristiano*. «*Cuando el Padre en su principio estuvo en Alcalá*—escribe Cámara en su *Memoriale*—*muchos le persuadían, y aun su confesor (Miona), que leyese el «Encheridión» de Erasmo; mas oyendo decir que había diferencias y dudas sobre el autor, nunca lo quiso leer, diciendo que hartos libros había buenos de que no había duda.*» Ya al leer el original latino en Barcelona, lo echó de sí porque le enfriaba la devoción.

Grande era el rumor que corría por la ciudad a causa del género de vida de Iñigo y sus compañeros; donde quiera que aquél declarase la doctrina, hacíase numeroso concurso; muchas personas le visitaban en su celda del hospital de Antezana, tanto, que se hizo sospechoso a la Inquisición. Cayeron sobre él interrogatorios y procesos, y sin que se pronunciase sentencia contra él, fué metido en la cárcel. No quiso tomar abogado ni procurador, aunque muchos se le ofrecían de los que iban a visitarle. Especialmente le prometió su ayuda la Duquesa de Maqueda, doña Teresa Enríquez de Cárdenas, bien conocida con el sobrenombre de *La Loca del Sacramento*, por su devoción a la Sagrada Eucaristía. Mas Iñigo respondía: «Aquel por cuyo amor aquí entré, me sacará, si fuere servido de ello.» Por obedecer al Vicario, que le prohibió ir descalzo y llevar hábito común con sus compañeros, púsose zapatos e hizo teñir de negro o de leonado el sayal pardo de varios de ellos. Pero cuando, pasados cuarenta y dos días de cárcel, fué puesto en libertad con la condición de «que no hablasen de cosas de la fe dentro de cuatro años que hubiesen más estudiado», dudó

si debía someterse, pues le cerraban la puerta para aprovechar a las almas, y se determinó a poner el asunto en manos del Arzobispo de Toledo, Alfonso de Fonseca. Era a fines de junio de 1527. Hallábase por entonces este prelado, Mecenas de Erasmo y protector de los humanistas, en Valladolid, y allí se presentó Iñigo. *«El Arzobispo le recibió muy bien, y entendiendo que deseaba pasar a Salamanca, dijo que también en Salamanca tenía amigos y un colegio, todo le ofreciendo, y le mandó luego en se saliendo, cuatro escudos.» (Autob.)*

Por aquellos días estaban reunidos en Valladolid no menos de 30 teólogos, venidos de Alcalá, Salamanca y otras partes para discutir la ortodoxia de Erasmo, bajo la presidencia del Inquisidor General. Los de Alcalá eran fervientes erasmistas, a excepción de Pedro Ciruelo; menos favorables al de Rotterdam los de Salamanca, entre los que descollaba el ecuánime y mesurado Francisco de Vitoria. Decididamente hostil al gran humanista era el teólogo portugués Diego de Gouvea, a quien, si no conoció entonces Iñigo, tendrá ocasión muy pronto de tratarle íntimamente en París. Aunque se suspedieron aquellas juntas teológicas sin pronunciar sentencia, de creer es que nuestro Peregrino se confirmaría en su recelo de los libros erasmianos.

«Poco fructuosa para los estudios de Ignacio fué su permanencia en Alcalá. El poco método en abarcar a la vez muchas materias, el trato espiritual con los prójimos y las persecuciones y cárceles que de esto se siguieron, no le permitieron, sin duda, adelantar gran cosa en las letras. Pero si no fué provechosa para los estudios la estancia en Alcalá, lo fué mucho para otros fines que la divina Providencia tenía sobre Ignacio. Efectivamente, nos consta que en aquella Universidad le conocieron por lo menos ocho hombres insignes, que años adelante entraron en la Compañía de Jesús. Allí vieron a Ignacio los Padres Laínez, Salmerón y Bobadilla, que, como pronto explicaremos, fueron de los diez primeros Padres de la Compañía. Allí le conoció, aunque sin trabar con él amistad todavía, el P. Jerónimo Nadal; allí comenzó a tratar con Ignacio el sacerdote portugués Manuel Miona, que después fué confesor del santo en París, y vino a entrar en la Compañía el año 1545; allí estudiaba entonces el jovencito Martín de Olave, el primero que dió limosna a Ignacio cuando entraba en Alcalá, y a quien veremos abrazar nuestro Instituto veintiséis años

después, siendo teólogo del Concilio de Trento; allí, finalmente, contrajeron estrecha amistad con nuestro santo Padre los dos hermanos navarros Diego y Esteban de Eguía, quienes le dieron pruebas de acendrado afecto, concediéndole largas limosnas, no sólo para sí, mas también para socorrer a otros necesitados. Todos estos hombres, que tanto habían de ilustrar a la Compañía con sus virtudes, recibieron, sin duda, la primera semilla de su vocación religiosa en Alcalá, cuando contemplaron los sublimes ejemplos de la perfección evangélica que en medio de tantas persecuciones daba nuestro Padre San Ignacio.» (Astrain.)

A la Universidad de Salamanca, que fué en el siglo XVI, por sus renombradas cátedras de teología, lo que había sido la de París en la Edad Media, llegó Iñigo de Loyola con la esperanza de poder continuar sus estudios. En el convento de San Esteban, plantel de eminentes teólogos dominicos, residían a la sazón el célebre catedrático Fray Francisco de Vitoria y su joven discípulo Fray Melchor Cano. Un día, de los últimos de julio, se presentó a comer con los frailes Iñigo, invitado por el subprior, el cual le urgió con diversas preguntas sobre su vida y doctrina, y lo mismo hicieron otros religiosos, dividiéndose en contrarios pareceres: unos le estimaban por santo y otros le decían sospechoso de herejías y novedades. Denunciado al Provisor del Obispado, fué encarcelado juntamente con Calixto y Cáceres y Artiaga, mientras una comisión examinaba el manuscrito de los *Ejercicios espirituales* y su doctrina.

«Entre muchos que venían [a] hablalle a la cárcel, vino una vez don Francisco de Mendoza, que ahora se dice Cardenal de Burgos, y vino con el bachiller Frías. Preguntándole familiarmente cómo se hallaba en la prisión y si le pesaba de estar preso, le respondió: «...Yo os digo que no hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca que yo no desee más por amor de Dios...» Y a los veintidós días que estaban presos les llamaron a oír la sentencia, la cual era que no se hallaba ningún error ni en vida ni en doctrina; y que así podrían hacer como antes hacían, enseñando la doctrina y hablando de cosas de Dios, con tanto que nunca difiniesen: esto es pecado mortal, o esto es pecado venial, si no fuesen pasados cuatro años que hubiesen más estudiado. Leída esta sentencia, los jueces mostraron mucho amor, como que querían que fuese aceptada. El Peregrino dijo que él haría todo lo

que la sentencia mandaba, mas que no la aceptaría, pues sin condenarle en ninguna cosa, le cerraban la boca para que no ayudase [a] los prójimos en lo que pudiese... Y así se determinó de ir a París a estudiar.» (Autob.)

En la Universidad de París

Poco más de dos meses llevaba en Salamanca nuestro Peregrino cuando, poniendo sus libros y cartapacios en un asnillo, emprendió el camino de Barcelona, mediado septiembre. Pensaba llamar desde Francia a sus compañeros, mas no debió de encontrar facilidades para continuar juntos sus estudios, por lo que, alejados de Ignacio, se desviaron cada uno por un lado, malográndose así aquel *parto primerizo*, en frase de Polanco. Disuadíanle en Barcelona del viaje a París, por la guerra que ardía entre España y Francia, mas el Peregrino no se arredraba por las dificultades, y despidiéndose de sus devotos barceloneses, prosiguió su camino solo y a pie hasta llegar a la ciudad del Sena el 2 de febrero de 1528. Iñigo de Loyola, yendo a estudiar a París, no era un caso raro en la España de entonces. Innumerables españoles, antes del gran florecimiento de Salamanca y Alcalá, acudían a aquella Universidad para estudiar principalmente la teología, como acudían a Bolonia los juristas. Contaba el santo treinta y siete años, y deseando formarse sólidamente se juntó a los gramáticos del colegio de Monteagudo para imponerse bien, durante año y medio, en las letras humanas. En el otoño de 1529 empezó a repasar con el maestro Juan de la Peña, en el Colegio de Santa Bárbara, la Filosofía mal aprendida en Alcalá. A fin de consagrarse con toda seriedad al estudio, siguiendo estrictamente el régimen universitario, mitigó sus penitencias y hasta suspendió por algún tiempo su favorita ocupación de dar los Ejercicios espirituales. El 13 de marzo de 1533 obtuvo la licenciatura, y al año siguiente el título de maestro en Artes o Filosofía. Aridos debieron de parecerle aquellos estudios, erizados de sutilezas dialécticas, tal como se muestran en los textos de Juan Mair, Fernando de Enzinas y otros escolásticos decadentes. Mas ahora podía ya saborear otro estudio más jugo-

so, cual era el de la Teología, que cursó en el célebre convento de los jacobitas (calle de Santiago), según la mente de Santo Tomás.

Hospedábase primero en el Hospital de Santiago, pero teniendo gran incomodidad para el estudio, ya que por estar muy distante del Colegio de Monteagudo, y por tener que mendigar su sustento, érale forzoso perder algunas lecciones, siguió el consejo de un fraile español, que le dijo sería mejor irse cada año a Flandes durante las vacaciones, para recaudar entre los ricos mercaderes españoles que negociaban en aquellos países, lismonas suficientes para sus gastos anuales. Esto hizo dos años, y el tercero se fué a Londres, donde le socorrieron con mayor largueza. En adelante, conocida su santa vida, los mismos mercaderes de Flandes le enviaban cada año sus limosnas a París, de modo que le ahorraban el viaje. Una de esas veces que andaba por la ciudad de Brujas, fué cuando Luis Vives le convidó a su mesa, y como el filósofo valenciano dijese en la conversación ser poco conveniente el precepto de la abstinencia, Ignacio le dió una lección sobre el respeto a las leyes eclesiásticas. Luis Vives, admirado del espíritu de su huésped, dijo después (según contaba el doctor Maluenda): «Este hombre es un santo, y será fundador de alguna Orden religiosa.»

> «Venido de Flandes la primera vez, empezó más intensamente que solía a darse a conversaciones espirituales, y daba casi en un mismo tiempo ejercicios a tres, a saber: a Peralta, y al bachiller Castro que estaba en Sorbona, y a un vizcaíno que estaba en Santa Bárbara, por nombre Amador. Estos hicieron grandes mutaciones, y luego dieron todo lo que tenían a pobres, *etiam* los libros, y empezaron a pedir limosna por París, y fuéronse a posar en el hospital de S. Jaques, adonde antes estaba el Peregrino, y de donde ya era salido por las causas arriba dichas. Hizo esto grande alboroto en la Universidad, por ser los dos primeros personas señaladas y muy conocidas. Y luego los españoles comenzaron a dar batalla a los dos maestros; y no los pudiendo vencer con muchas razones y persuasiones a que viniesen a la Universidad, se fueron un día muchos con mano armada y los sacaron del hospital. Y trayéndolos a la Universidad, se vinieron a concertar en esto: que después que hubiesen acabado sus estudios, entonces llevasen adelante sus propósitos.» (Autob.)

Poco faltó para que Diego de Gouvea, Principal de Santa Bárbara, le mandara dar una *sala*, azotándolo públicamente, por se ductor de los escolares. De todos modos, ya se ve que esta segunda tentativa de Ignacio de reunir compañeros que siguiesen su manera de vivir, le salió también fallida. Pero algo superior se traslucía en aquel semblante demacrado y en aquel hablar comedido, al par que ardiente y eficaz; puesto que los personajes más eminentes de la Universidad buscaban su trato y amistad, por ejemplo el doctor Francisco Picart, y otros hacían los ejercicios bajo su dirección, como los teólogos Valle, Marcial y Alvaro Moscoso, éste último Rector de la Universidad en 1527, y que más tarde brilló en Trento y fué Obispo de Pamplona y Zamora. Los inquisidores parisienses examinaron el librito de los Ejercicios, y habiéndolo colmado de elogios, pidieron por favor una copia, y la obtuvieron sin dificultad.

Los votantes de Montmartre

Al entrar Ignacio en el Colegio de Santa Bárbara el año 1529, el primero con quien trabó íntima amistad fué el saboyano Pedro Fabro, joven de veintitrés años, que había nacido en Villaret (diócesis de Ginebra) y había pasado su niñez inocente pastoreando rebaños en la soledad del campo, propicia a la oración, y ante el sublime espectáculo de las montañas alpinas. Estaba concluyendo con brillantez sus cursos de artes cuando Ignacio iba a comenzarlos, y se ofreció a repetirle en particular las lecciones de Filosofía. Fácilmente, de la Filosofía natural y humana pasaban las conversaciones a otra más alta y divina, y en esta ciencia el discípulo era muy superior al maestro. Fabro, reconociendo en aquel maduro estudiante singulares dones de Dios, le abrió toda su conciencia, el voto de castidad que había hecho, las tentaciones y escrúpulos que padecía, sus pensamientos de retirarse a la soledad. Con los consejos de Ignacio sintió que se le ensanchaba el corazón; aprendió a examinar cada día su conciencia y la práctica del examen particular, y empezó a frecuentar más que antes los sacra-

mentos. Así le tuvo Ignacio dos años, hasta que en 1532 juzgó llegado el momento de revelarle su plan, que era peregrinar a Jerusalén y consagrarse de lleno a la salvación de las almas. Fabro aceptó la idea entusiasmado, y para entrar más adentro en el espíritu ignaciano, hizo los ejercicios en el invierno de 1533 a 1534, con tal fervor, que Ignacio tuvo que irle a la mano en sus austeridades. En 1534 se ordenó de sacerdote.

Condiscípulo de la misma edad y amigo íntimo de Fabro era el navarro Francisco Javier, que pronto empezó también a tratar familiarmente con Ignacio, aunque resistiendo pertinazmente a las santas insinuaciones que aquél le hacía. Lleno de juventud y de ilusiones, era la admiración de los demás universitarios, en los juegos lo mismo que en las clases, y aspiraba a descollar en la ciencia para subir a las más altas dignidades. Ignacio vió en él un magnífico temperamento de apóstol y no se desalentó por la resistencia tenaz que le oponía. Primero se insinuó en su corazón. Hecho maestro en Artes, empezó Javier a leer Filosofía a principios de 1530 en el Colegio de Beauvais. Ignacio alababa su talento con el objeto de procurarle discípulos, enviándole algunos tan excelentes como Salmerón y Bobadilla. Hasta le socorrió con dinero en algún apuro económico del joven maestro. Luego emprendió un ataque a fondo, repitiéndole insistemente las palabras del Evangelio: «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?» El alma generosa de Javier renunció por fin a las vanidades mundanas y se entregó a Cristo en las manos de Ignacio. Aquellos tres pensionistas del Colegio de Santa Bárbara, *elevados* hoy al honor de los altares, resarcirán a la Iglesia católica de los daños que le habrá de causar otro estudiante de aspecto sombrío, taciturno y obstinado, llamado Juan Calvino, que por entonces vivía en el vecino Colegio de Fortet.

El año 1532, dos jóvenes españoles, Diego Laínez, de veinte años, y Alfonso Salmerón, de dieciocho, llegaban a la Universidad de París, procedentes de Alcalá, donde Laínez acababa de graduarse maestro en Artes. Los dos amigos, de alma recta y pura y de preclara inteligencia, conocían a Ignacio de oídas, y, recibidos por él muy benignamente, hicieron juntos los ejercicios a fines

de 1533, de los que salieron resueltos a seguir a su maestro de espíritu adondequiera que fuese.

Por el mismo tiempo vino de España Nicolás Alfonso de Bobadilla, nacido hacia 1509, joven de gran franqueza de carácter, graduado en Artes por la Universidad de Alcalá, profesor de Lógica en la de Valladolid y discípulo en Teología del maestro Astudillo. Deseando perfeccionarse en los estudios, particularmente en las lenguas clásicas y en la hebrea, vino a París, donde en seguida obtuvo una cátedra de Filosofía en el Colegio de Calvi o Pequeña Sorbona. Quizás alcanzó este puesto por intercesión de Ignacio, a quien había acudido viéndose necesitado de recursos, y de quien recibió el consejo de dejar el estudio de las lenguas, porque, como él dice: *qui graecizabant, lutheranizabant*, para proseguir sus estudios de Teología escolástica y positiva y de los Santos Padres. Este fué el quinto español de aquella compañía o piadosa asociación de estudiantes.

Ya para entonces trataba con Ignacio un portugués propenso a la melancolía, pero con grandes anhelos de servir a Dios. Era un año más joven que Bobadilla y tenía por nombre Simón Rodríguez de Azebedo. Estudiaba en Santa Bárbara, pensionado por el Rey de Portugal, y al conocer los planes ignacianos, conoció que Dios le llamaba a poner su vida al servicio de aquellos ideales.

Con otros muchos trató Ignacio espiritualmente, que, movidos por la gracia del Espíritu Santo, entraron en la religión de los franciscanos, de los dominicos o de los cartujos. De los seis que se le habían juntado con adhesión más íntima y personal, ninguno preveía que su asociación terminaría en una nueva orden religiosa; ignoraban su porvenir, pero en aquella incertidumbre de su destino, confiaban en la providencia de Dios y sentían sus almas vitalmente unidas a la de aquel pobre estudiante que cojeaba ligeramente al andar y que tenía unos ojos profundamente luminosos, una voluntad diamantina y un alma endiosada. El hacía con todos de amigo íntimo y de padre. El les había trazado la norma de vida: confesar y comulgar una vez por semana, hacer oración mental cada día, examinar la conciencia a mediodía y por la noche, reunirse frecuentemente para tratar de sus ne-

gocios espirituales y temporales y para comer fraternalmente, hoy en la habitación de uno, mañana en la de otro, ayudarse mutuamente en los estudios y conservarse así en amor y concordia y comunicación de todas sus cosas. Para que la unión fuese más firme y duradera, quisieron sellar sus comunes ideales con un voto y acordaron pronunciarlo en la más solemne festividad de la Virgen.

Alboreaba el día 15 de agosto, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, del año 1534, cuando los siete estudiantes teólogos subían silenciosamente la colina de Montmartre, y, antes de llegar a la cumbre, entraban en la venerada capilla de San Dionisio. Allí dijo la misa Fabro, que era el único sacerdote; y momento antes de la comunión, volviéndose a sus compañeros con la sagrada Hostia en la mano, recibió sus votos y les repartió el cuerpo de Cristo. Vuelto de nuevo hacia el altar, pronunció también él en voz alta los votos y comulgó. Los votos eran de *pobreza*, aun para después de los estudios, no admitiendo remuneración por los ministerios sacerdotales y apostólicos; de *castidad* y de *ir peregrinando a Jerusalén y emplearse en la conversión de las almas*. Este último lo interpretaban de forma que, si por más de un año no hallaban embarcación para pasar a Tierra Santa, o si, llegados a Jerusalén, no les era posible trabajar en aquellas partes, acudirían a Roma y se ofrecerían enteramente a la obediencia del Vicario de Cristo, para que se sirviese de ellos donde y como quisiese. Este ofrecimiento incondicional al Romano Pontífice, esta especie de consagración al Jefe de la Cristiandad, era lo nuevo y original de aquel acto y lo que le daba particular significación y trascendencia en la Historia de la Iglesia. En aquel puñado de jóvenes, deseosos de seguir una vida lo más parecida posible a la de Cristo y los apóstoles, en aquel escuadrón ligero que se ponía a las órdenes del Papa, no con planes ambiciosos de dominar en el mundo o en la Iglesia por medio del Pontificado, sino con el humilde deseo de conocer la voluntad de Dios y cumplirla, estaba en germen la Compañía de Jesús.

Inundados de espiritual consolación, pasaron el día los siete compañeros en la otra vertiente de la colina, tomaron junto a una

fuentecilla un sencillo ágape fraternal, de pan y agua, y después de entretenerse con santas pláticas, bajaron a la ciudad con gran alegría y exultación de sus corazones, mirando a su derecha la puesta del sol.

Vinieron a renovar su voto, en igual día, los años de 1535 y 1536. Ignacio no pudo asistir por estar ausente pero en cambio el número de votantes había aumentado con tres nuevos compañeros: era el primero Claudio Jayo, de la Alta Sabova, como Fabro; venido ya sacerdote a la Universidad de París, había intimado con su compatriota, de quien se dejó conquistar en unos Ejercicios. Sacerdote también era Pascasio Broet, natural de Picardía, que se había unido a los otros compañeros para inmunizarse de la infección luterana que empezaba a cundir en algunos miembros de la Universidad. El tercero, un joven candoroso de Provenza, Juan Codure, había sido atraído por la bondad de Fabro, que hacía las veces de Ignacio.

De París a Venecia y otras ciudades italianas

No obstante sus enfermedades, pobreza y apostolado durante los estudios, salió Ignacio bien formado escolásticamente, pues asegura Nadal que «nos hacía maravillar cuando tratábamos delante de él alguna dificultad, y una docta persona insigne dijo admirándose de N. P. que no había visto hombre que con tanto señorío y majestad hablase en materia de Teología».

A fines de marzo de 1535, Ignacio, cada día más afligido por sus dolores de estómago, se vió obligado a retornar a su patria por ver si mejoraba con los aires natales y con objeto de componer ciertos asuntos propios y de sus compañeros. Llegado a Azpeitia, rehusó el Peregrino hospedarse en casa de su hermano y buscó alojamiento en el Hospital de la Magdalena. Empezó, como solía, a enseñar el catecismo a los niños, a predicar los domingos y fiestas, a remediar abusos y escándalos; organizó la beneficencia pública, tal vez al modo de Yprés, aprobado por la Facultad teológica de París en 1530, y perfumó con ejemplos de santidad el valle de Loyola y sus cercanías.

Sintiendo, al cabo de tres meses, restaurada su salud, marchó el castillo de Javier, y de allí a Almazán, Sigüenza, Madrid, Toledo y Valencia. Arreglados todos los asuntos, se embarcó para Génova (octubre-noviembre 1535).

De Génova se fué a pie hasta Bolonia, donde era su deseo continuar los estudios teológicos, cosa que le fué imposible por el recrudecimiento de su enfermedad. Se dirigió, pues, a Venecia a fines de 1535, con objeto de estudiar en privado cuanto buenamente pudiese, mientras esperaba a sus compañeros parisienses. Estos llegaron el 8 de enero de 1537, tras un viaje erizado de peligros y aventuras por los caminos nevados de Lorena, Suiza y el Tirol. Al pasar por Basilea, visitaron el sepulcro de Erasmo, que acababa de morir.

Ignacio no había estado ocioso. Dió los Ejercicios al Magnífico señor Pedro Contarini, sobrino del Cardenal Gaspar Contarini, a cuyos nobilísimos sentimientos y decisiva influencia en Roma tanto debieron los primeros jesuítas; ganó para la Compañía al teólogo malagueño Diego Hoces y a los hermanos navarros Esteban y Diego de Eguía, aunque estos dos no entraron hasta más adelante; se entrevistó con el impetuoso Juan Pedro Caraffa, propulsor de un fuerte movimiento de restauración católica, cofundador de los Teatinos al lado de San Gaetano de Tiene, y futuro Papa con el nombre de Paulo IV. ¿Hubo un choque entre los dos reformadores? Su entrevista permanece en el misterio. Alojáronse los maestros parisienses en los hospitales venecianos de San Pablo y de los Incurables, llamando la atención por sus heroicos actos de caridad, especialmente el maestro Francisco Javier, que para vencer la repugnancia de su naturaleza, llegó a chupar las llagas de un sifilítico. Al aproximarse la primavera se fueron todos a pie y mendigando a Roma, para pedir al Papa la bendición y el permiso de peregrinar a Tierra Santa. Sólo Ignacio se abstuvo del viaje, por juzgar que su presencia originaría estorbos en la corte pontificia, ya que en ella tenía gran influencia el mencionado Cardenal Caraffa.

Introdújoles a Paulo III el doctor Ortiz, Embajador de Carlos V, a quien miraban con algún recelo por haberse mostrado poco

favorable a Ignacio en París, pero que en adelante será gran protector de la Compañía. Con la bendición de Paulo III, que les acogió muy benignamente y aun les dió una limosna para el viaje, y con la facultad que obtuvieron de la Penitenciaría de recibir las sagradas órdenes *ad titulum paupertatis voluntariae*, regresaron a Venecia, donde se ordenaron de sacerdotes los que aún no lo eran.

Juntamente con ellos recibió Ignacio el presbiterado el 24 de junio, fiesta de San Juan Bautista, del año 1537. Para prepararse a la celebración del Santo Sacrificio se distribuyeron de dos en dos por las ciudades del señorío de Venecia, ejercitándose en pedir limosna, en hacer oración y predicar apostólicamente por las plazas, con tan poco dominio del italiano, que, como dice Polanco, «en este predicar a lo menos se ganaba mortificación para las personas que predicaban». Para entender el papel preponderante que desempañaba Venecia en la restauración católica italiana, baste recordar a Contarini, Cortese, Caraffa, Giberti, San Jerónimo Emiliani y ahora los fundadores de la Compañía.

Reunidos por el mes de septiembre en Vicencia, celebraron su primera misa todos, menos Ignacio, que esperó todavía más de un año para celebrarla en Roma, en el altar del Santo Pesebre de Santa María la Mayor, el día de Navidad de 1538.

Entre tanto, iba transcurriendo el tiempo de ir a Jerusalén y no hallaban pasaje. Por singular providencia de Dios, que tenía sobre aquellos sus fieles servidores altos destinos, en todo el año de 1537, por haberse roto la paz entre venecianos y turcos, no hubo una sola nave que osara hacer la travesía, cosa que no aconteció por muchos años antes ni después. Congregados en Vicencia por septiembre de 1537, acordaron, tras madura deliberación, que en la espera forzosa del viaje a Tierra Santa, Ignacio, Fabro y Laínez se dirigiesen a Roma y los demás siguiesen en sus ministerios apostólicos, «divididos por las Universidades de Italia por ver si Nuestro Señor quería llamar algún estudiante a nuestro Instituto» (Laínez). Javier y Bobadilla, en Bolonia; Salmerón y Broet, en Sena; Rodríguez y Jayo, en Ferrara; Codure y Hoces, en Padua.

«Ego vobis Romae propitius ero»

Mas antes de separarse, y después de uniformar en cierto modo su regla de conducta, se propusieron este problema fundamental: «Y si alguien nos pregunta por nuestro nombre o profesión, ¿qué hemos de responder?» Ignacio se adelantó a decir: «Somos de la Compañía de Jesús.» Lo principal era ser de Jesús; ¿seguidores, discípulos, compañeros? El nombre de Compañía se usaba ya como sinónimo de asociación, congregación, etc., sin perder su primitiva significación militar de Capitanía, y acaso en esto último se complació particularmente Ignacio, porque sus discípulos no formarán una sociedad religiosa cualquiera, sino una compañía de soldados al mando del supremo Capitán Cristo Nuestro Señor y de su Vicario el Papa. Pero nótese bien que lo importante era ser *de Jesús*. La tenacidad con que Ignacio mantuvo este nombre, contra viento y marea, en las oposiciones que surgieron en muchas partes, hizo pensar a sus compañeros que lo había recibido de lo alto por extraordinaria comunicación divina. Yendo un día camino de Roma (noviembre de 1537), como seis millas antes de llegar a la Ciudad Eterna, entró en la iglesia del pueblecito de La Storta y, arrebatado en éxtasis, vió en espíritu al Eterno Padre, que ponía a la Compañía bajo la protección de Jesucristo, y contempló a Nuestro Señor con la cruz a cuestas, quien, mirando benignamente a Ignacio, le decía: *Ego vobis Romae propitius ero*. De donde entendió—y así lo manifestó a sus compañeros—que no les faltarían adversidades en Roma, pero que, con el favor de Cristo, saldrían con bien de todo.

No tardaron en experimentar la verdad de esta revelación, pues apenas venidos todos a Roma, se esparció por la ciudad el rumor de que Ignacio y los suyos eran gente de mala fama, fugitivos de la Inquisición, que los había perseguido por crímenes y herejías en España, Francia y Venecia. Eran personas influyentes en la Curia pontificia los que tales calumnias propalaban, y cuando Ignacio demostró su inocencia, quisieron echar tierra en el asunto y que no se hablase más de ello, pero el Santo insistió ante el

Papa para que se diese sentencia judicial, que no pudo menos de ser muy favorable y honorífica. «Mientras nos traten de indoctos, rudos, que no sabemos hablar; item, mientras digan de nosotros que somos aviesos, burladores, livianos, no haremos, ayudándonos Dios, gran caso; pero dolíanos que la doctrina que predicamos la apellidasen no sana, y que la senda por la cual caminamos se reputase mala, no siendo la una ni la otra nuestra, sino de Cristo y de su Iglesia» (Carta a Pedro Contarini).

Por encargo de Paulo III, Fabro y Laínez ocuparon desde el principio una cátedra en la Universidad de la Sapienza: aquél, la de Sagrada Escritura; éste, la de Teología escolástica. Ignacio, por su parte, se dedicó a sus favoritos ministerios con los humildes y también a dar Ejercicios espirituales a conspicuos personajes, como el Cardenal Gaspar Contarini, patricio veneciano, tan avisado diplomático como generoso promotor de la restauración católica, y el doctor Pedro Ortiz, el cual los hizo durante cuarenta días en la soledad de Monte Casino, y hubiera entrado en la Compañía de no estorbarlo su ya avanzada edad y los gravísimos negocios que traía entre manos. Fué en Monte Casino donde Ignacio tuvo revelación, mientras ayudaba a misa, de la muerte del bachiller Diego de Hoces en Padua, y le vió resplandeciente entre un coro de santos.

Presbíteros reformados y apostólicos empezó a llamar el pueblo italiano, con certero instinto y con profunda veneración, a aquellos celosos sacerdotes que se ocupaban en enseñar el catecismo, predicar en los templos y en las plazas, confesar, dar Ejercicios espirituales, y que se decían miembros de la Compañía de Jesús. Pero la Compañía de Jesús no estaba aún canónicamente fundada. Ignacio, que después de las misteriosas ilustraciones recibidas en la Storta, revolvía sin cesar en su mente la forma que había de tener el proyectado Instituto, convocó a todos sus compañeros en Roma para la Pascua de 1538.

> «Y primero estábamos en una casa de una viña cerca de la Trinidad; y entre las dos pascuas comenzamos todos a predicar en diversas iglesias. Mtro. Ignacio predicaba en español en Nuestra Señora de Monserrate; otros en italiano, como Mtro. Fabro en Sant Lorenzo en

Dámaso; Mtro. Jaio con especial satisfacción en Sant Luis; Mtro. Salmerón en Santa Lucía; Mtro. Simón en Sant Angelo; Mtro. Bobadilla en una iglesia que está en Bancos; Mtro. Laínez en Sant Salvador en Lauro; y este predicar, a lo menos era para mortificación. Después algunas almas se satisfacían de uno más y de otro menos; con todo se dió principio exhortando [a] las confesiones y comuniones, tanto que desde entonces son muy frecuentes en Roma que primero; y dióse ocasión a muchas obras pías.» (Laínez.)

Decía el doctor Ortiz, que se consideraba dichoso en no perder un solo sermón de Ignacio, y del mismo aseguraba el doctor Arce, que nadie predicaba con tanto vigor y fuerza y que cumplía aquel oficio *tamquam potestatem habens*. Fué entonces cuando, por descubrir los errores de un oculto hereje, se inició la campaña de calumnias que mencionamos arriba. Y fué entonces también, cuando, libres de la primera parte de su voto jerosolimitano, determinaron poner en práctica la segunda, poniéndose a las órdenes del Romano Pontífice. Hasta la primavera de 1539 permanecieron en Roma, aguardando que Paulo III les señalase el lugar de su futuro apostolado.

Aprobación de la Compañía de Jesús

Una labor muy delicada emprendieron en la Cuaresma de 1539, reuniéndose todos a deliberar, pricipalmente por las noches, acerca de su vida y de su porvenir. Veían, por una parte, que se suscitaban vocaciones de gente selecta que quería imitar su modo de vivir, y entendían, por otra parte, que el Papa deseaba servirse de ellos mandándolos a diversos lugares. El primer punto, pues, de sus deliberaciones fué si constituirían o no una congregación que se perpetuase bajo una forma determinada; y todos optaron por conservar la unión perpetuamente. El segundo, si a los votos de pobreza y castidad añadirían otro de obediencia al superior que eligiesen de entre ellos; y en este punto, que tan característico había de ser de la Compañía, vacilaron largo tiempo sus fundadores. Después de largas oraciones, implorando la luz divina, por fin todos, por unanimidad, optaron por la afirmativa. Así, practicando a la letra las reglas de los Ejercicios para

hacer elección, fueron examinando los demás puntos sustanciales de la Compañía. Ignacio y Codure fueron comisionados para redactar la *fórmula* o esbozo del nuevo Instituto, que se presentaría a la aprobación del Soberano Pontífice. Redactado el escrito, fué leído por el Cardenal Gaspar Contarini ante Paulo III, el cual quedó muy gratamente impresionado, y desde luego lo aprobó oralmente el 3 de septiembre. Dilatóse, no obstante, todo un año la bula de confirmación. Es que la comisión encargada del asunto, y sobre todo el Cardenal Guidiccioni, no juzgaba oportuna la fundación de nuevas órdenes religiosas y abogaba más bien porque se redujese el número de las antiguas que se hallaban en descrédito y decadencia.

Las oraciones de Ignacio, sin duda, cambiaron inopinadamente el corazón de Guidiccioni, y con fecha de 27 de septiembre de 1540 salió la Bula *Regimini militantis Ecclesiae*, que incluía literalmente la Fórmula o Sumario del Instituto de la Compañía de Jesús y la aprobaba y confirmaba. Sólo entonces pudo decirse que la Compañía de Jesús estaba fundada y tenía existencia canónico-jurídica. *Digitus Dei est hic:* El dedo de Dios está aquí, cuentan que dijo Paulo III al tener conocimiento del Instituto planeado por Ignacio.

En la Fórmula se concibe el Instituto como una asociación integrada exclusivamente por profesos de cuatro votos solemnes, y el número de éstos se restringe en la bula, por influjos de Guidiccioni, a no más de sesenta. Pronto vió Ignacio la conveniencia de admitir, a título de cooperadores, otros compañeros que, sin alcanzar las eminentes dotes de los profesos, les sirviesen de *coadjutores espirituales* en la administración de los sacramentos, en la predicación, catequesis y demás ministerios, así como en la enseñanza y gobierno de ciertas casas, con solos los tres votos esenciales de religión, simples y perpetuos. Paulo III, no sólo aprobó esta modificación, sino también la de admitir compañeros legos o *coadjutores temporales* para los oficios domésticos, y derogó, al mismo tiempo, la limitación del número de profesos.

A los pocos años, después de consultar a la experiencia y tenidas en cuenta las observaciones de los primeros compañeros,

redactó Ignacio, ayudado del P. Polanco, una nueva Fórmula del Instituto, reformando la antigua con aclaración de algunas cosas y mayor puntualización de otras. Presentada al Pontífice entonces reinante, que era Julio III, la aprobó y confirmó, después de copiarla íntegramente en su bula *Exposcit debitum*, fechada el 21 de julio de 1550.

El fin del Instituto de la Compañía se expresa bien en las primeras líneas:

> «Cualquiera que en esta Compañía (que deseamos que se llame la Compañía de Jesús) pretende asentar debajo del estandarte de la cruz, para ser soldado de Cristo y servir a sola su Divina Majestad y a su esposa la santa Iglesia, so el romano Pontífice, Vicario de Cristo en la Tierra, persuádase que después de los tres votos solemnes de perpetua castidad, pobreza y obediencia, es ya hecho miembro de esta Compañía. La cual es fundada principalmente para emplearse toda en la defensión y dilatación de la santa fe católica, en ayudar a las almas en la vida y doctrina cristiana, predicando, leyendo públicamente y ejercitando los demás oficios de enseñar la palabra de Dios, dando los Ejercicios espirituales, enseñando a los niños y a los ignorantes la doctrina cristiana, oyendo las confesiones de los fieles, y ministrándoles los demás sacramentos para espiritual consolación de las almas. Y también es instituída para pacificar los desavenidos, para socorrer y servir con obras de caridad a los presos de las cárceles y a los enfermos de los hospitales, según que juzgáremos ser necesario para la gloria de Dios y para el bien universal. Y todo esto ha de hacerse graciosamente, sin esperar ninguna humana paga ni salario por su trabajo. Procure este tal de traer delante de sus ojos todos los días de su vida a Dios primeramente, y luego esta su vocación e Instituto, que es camino para ir a Dios, y procure alcanzar este alto fin adonde Dios le llama, cada uno según la gracia con que le ayudará el Espíritu Santo, y según el propio grado de su vocación.»

Indícase luego que el voto de obedecer al Papa, en lo que toca a misiones, es propio de los profesos:

> «Por nuestra mayor devoción a la obediencia de la Sede apostólica, y para mayor abnegación de nuestras voluntades, y para ser más seguramente encaminados del Espíritu Santo, hemos juzgado que en gran manera aprovechará que cualquiera de nosotros, y los que de hoy en adelante hicieren la misma profesión, demás de los tres votos

comunes, nos obliguemos con este voto particular, que obedeceremos a todo lo que nuestro Santo Padre que hoy es, y los que por tiempo fueren Pontífices romanos, nos mandaren para el provecho de las almas y acrecentamiento de la fe. E iremos sin tardanza (cuanto será de nuestra parte) a cualesquier provincias donde nos enviaren, sin repugnancia ni excusarnos, ahora nos envíen a los turcos, ahora a cualesquier otros infieles, aunque sean en las partes que llaman Indias, ahora a los herejes y cismáticos, o a cualesquier católicos cristianos.»

A continuación se apunta la manera de elegir Prepósito General, por mayoría de votos, en la Congregación general de los profesos, y la forma de gobierno de la Compañía, contraria al sistema capitular usado en las otras religiones.

Al tratar de los medios que emplea la Compañía, se insiste en el voto de obediencia, característico del nuevo Instituto, y, en lo tocante al de pobreza, se describe a la Compañía como rigurosa orden mendicante:

«Queremos que de tal manera hagan todos el voto de la pobreza, que no puedan los profesos, ni sus casas o iglesias, ni en común ni en particular, adquirir derecho civil alguno para tener o poseer algunos provechos, rentas o posesiones, ni otros ningunos bienes raíces, fuera de los que para su propia habitación y morada fuese conveniente, sino que se contenten con lo que les fuere dado en caridad para el uso necesario de la vida.»

Con la sola excepción de los colegios y noviciados, pues Ignacio había aprendido, por experiencia en su carrera, que el mendigar no se componía bien con el estudiar serio y constante. Por eso añade:

«Queremos que pueda la Compañía profesa, para la comodidad de los estudios, tener colegios de estudiantes dondequiera que algunos se movieren por su devoción a edificarlos y dotarlos... Y estos colegios puedan tener rentas, y censos, y posesiones, para que de ellas vivan y se sustenten los estudiantes... de tal manera que ni los estudiantes puedan usar mal de los dichos bienes, ni la Compañía profesa los pueda aplicar para su uso propio, sino sólo para socorrer a la necesidad de los estudiantes.»

La quinta Congregación general declaró sustanciales de la Compañía todas las cosas expresadas en esta bula de Julio III.

Composición de las Constituciones

Aunque ya en este documento se encuentran los rasgos esenciales de la Compañía de Jesús, era necesario desarrollarlos más por menudo y metódicamente, constituyendo una legislación perfecta. Al componer Ignacio de Loyola las Constituciones, puso de manifiesto su incomparable talento de organizador y las ilustraciones sobrenaturales con que su alma estaba enriquecida, puesto que no solamente produjo una portentosa obra legislativa, admiración de amigos y enemigos, sino que al mismo tiempo le imprimió el carácter de una obra de la más alta espiritualidad, como impregnada que está de la más alta doctrina evangélica y de la suave unción del Espíritu Santo. Con razón se ha dicho que las Constituciones de la Compañía son la transposición en fórmulas prácticas de los principios de los Ejercicios.

Ya en 1541 encargaron a Ignacio sus compañeros que redactase por sí solo, con la colaboración de su secretario Codure, las reglas o constituciones, porque no parecía posible seguir el sistema interminable de consultas y deliberaciones observado en 1539; pero falleció el buen P. Codure el 29 de agosto de aquel mismo año, y quedó Ignacio solo para la ardua tarea. Dios le proveyó de un excelente auxiliar en la persona del P. Juan Alfonso de Polanco, natural de Burgos, que, habiendo estudiado Artes en París, vino a la Curia Romana con el cargo de escritor apostólico. Laínez le ganó aquí para la Compañía en 1541. Fué a Padua para sus estudios teológicos, que terminó en 1546, y después de ejercitar los ministerios apostólicos en Bolonia y la Toscana, fué llamado por San Ignacio para Secretario de la Compañía en 1547. Inmediatamente empezaron a trabajar con toda intensidad.

Nos cuenta el P. Ducoudray, discípulo de San Ignacio, que en los siete meses que con él estuvo, no tenía el Santo en su habitación, mientras escribía las Constituciones, más libros que el Misal,

y que en los días serenos se iba al huerto de un amigo, y allí, colocando su escritorio bajo el azulado cielo de Roma, escribía las cosas que se le ofrecían. Sólo esto nos haría sospechar que fué el Espíritu Santo su principal maestro en la composición de obra tan grande. Pero poseemos testimonios más explícitos. El Peregrino afirmó al P. Cámara que:

> «cuando decía misa tenía muchas visiones; y que cuando hacía las Constituciones, las tenía también muy frecuentemente, y que esto lo puede afirmar ahora más fácilmente, porque diariamente escribía lo que pasaba por su alma y lo hallaba ahora escrito. Y así me mostró un fajo asaz grande de escrituras, de las cuales me leyó buena parte. Las más eran visiones que veía en confirmación de alguna de las Constituciones, viendo unas veces a Dios Padre, otras veces todas las tres Personas de la Trinidad, y en ocasiones a la Madona, que ora intercedía, ora confirmaba... El modo que observaba cuando hacía las Constituciones era decir misa todos los días y representar a Dios el punto que trataba, y hacer oración sobre ello; y siempre hacía la oración y la misa con lágrimas.» (Autob.) «Decía de sus Constituciones, que en un punto le había acontecido estar tres días, y cuarenta días; donde yo entendí que no hacía nada donde particular aprobación de Dios no tuviese.» (Ribadeneira, Dicta et facta.)

Por una feliz casualidad se nos ha conservado un fragmento de su Diario espiritual, en el que apunta día tras día las luces, hablas y visiones divinas que tenía en la época en que escribía las Constituciones. Por lo que allí nos dice de sus continuas lágrimas y de las visitaciones del cielo mientras deliberaba sobre si tendrían rentas las iglesias de las casas profesas, podemos inferir lo que le sucedería en la composición de las demás partes.

En el trienio de 1547 a 1550 redactó el texto primitivo, que a pesar de tener la aprobación del cielo, en repetidas apariciones de Nuestra Señora, de Jesucristo y de la Santísima Trinidad, creyó deberlo someter a la aprobación de sus compañeros. Para eso llamó a Roma, en 1550, a todos los profesos que pudieran hacer el viaje, y según las observaciones que le hicieron, ninguna esencial, redactó el nuevo texto entre 1550 y 1552, año en que lo entregó al P. Nadal para que lo promulgase en las provincias, a manera de **ensayo.**

Conforme a las indicaciones que le llegaban, lo fué retocando y perfeccionando hasta su muerte. Este último y definitivo texto fué declarado auténtico y sancionado con fuerza de ley por la Primera Congregación General en 1558; y de las demás Congregaciones, aunque con poder para modificar las Constituciones cuando lo juzguen conveniente, ninguna hasta hoy se ha permitido tocar en cosa de importancia la obra del Fundador. Casi todos los Papas le han otorgado su aprobación y confirmación solemne, y, particularmente en nuestros días, Su Santidad Pío XI, en las Letras Apostólicas *Paterna Caritas*, 12 de marzo de 1933.

Sumario de las Constituciones

Deseoso San Ignacio de tener una información seria del candidato a la religión y de proceder con él con toda franqueza, pone a las Constituciones un Preámbulo, que es el *Examen general*. Por una parte, es un interrogatorio de la persona, vida, familia, cualidades físicas y morales del candidato: por otra, una manifestación del fin y medios de la Compañía: «no solamente atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la mesma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los prójimos», y esto principalmente por los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, entendidos del modo más perfecto, y por el voto especial de los profesos al Romano Pontífice en materia de misiones. Se describe luego la diversidad de personas y de grados, con la indiferencia que se exige a todos para cualquier grado. Averiguada la aptitud del candidato para la Compañía, o por lo menos la ausencia de impedimentos, se ponen ante los ojos del pretendiente, en toda su cruda realidad, las cosas más arduas que encontrará en la Compañía, para tantear su resolución y para que después no alegue ignorancia de los compromisos que contrajo: deberá abrazarse con la total abnegación evangélica, desprendiéndose de todos los bienes temporales, renunciando para siempre a las ternuras del hogar, muriendo en espíritu al mundo y al amor propio, estando dispuesto

a «que todos errores y faltas, y cualesquiera cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifestadas a sus mayores por cualquiera persona que fuera de confesión las supiere; siendo él mismo y cada uno de los otros contento de ayudar a corregir y ser corregido, descubriendo el uno al otro, con debido amor y caridad, para ayudarse en espíritu»; y, en fin, obligándose a manifestar con candor su alma a los Padres espirituales y Superiores, para que éstos, con mayor diligencia, amor y cuidado, los puedan ayudar, mandándoles a una parte y no a otra, a un destino o a otro, «no los poniendo fuera de su medida en mayor peligros o trabajos de los que en el Señor nuestro podrían amorosamente sufrir». Con la misma claridad se le proponen las pruebas y experiencias a que será sometido en el noviciado: «haciendo Exercicios spirituales por un mes, poco más o menos», «sirviendo en hospitales, o en alguno de ellos por otro mes.... por más se abaxar y humillar, dando entera señal de sí, que todo el século, y de sus pompas y vanidades se parten, para servir en todo a su Criador y Señor crucificado por ellos», «peregrinando por otro mes sin dineros, antes a sus tiempos pidiendo por las puertas por amor de Dios nuestro Señor, porque se pueda avezar a mal comer y mal dormir», «exercitándose con entera diligencia y cuidado en diversos officios baxos y húmiles», como en servir a la cocina, y, por fin, enseñando la doctrina cristiana a los niños y personas humildes.

Puesto este preámbulo, vienen las Constituciones, que comprenden diez partes:

La primera, del admitir a probación los que desean seguir nuestro Instituto; cuidadosa selección de los candidatos y trato que se les ha de dar en la primera probación. El noviciado durará dos años enteros, para asentar sólidamente las bases de la alta perfección que se les exigirá luego. Esta es una de las primeras innovaciones de San Ignacio, pues en todas las religiones anteriores era de un año.

La segunda, del despedir los que no parecieren idóneos para él. Causas y modos.

La tercera, del conservar y aprovechar en el espíritu y virtudes los que quedaren; exígeles una virtud sólida, con exacta guar-

da de los sentidos, abnegación de su propia voluntad, devoción ilustrada y conocimiento de los caminos del espíritu, unión fraterna de corazones y conformidad de sentimientos, humildad práctica y obediencia rendida, no sólo de ejecución, sino de voluntad y entendimiento, al superior como a Cristo.

La cuarta, de instruir en letras y otros medios de ayudar al prójimo los que se hubieren ayudado a sí mismos en el espíritu y virtud; esta parte, que abarca 17 capítulos, es como un bosquejo de la *Ratio studiorum*, pues en ella determina todo lo relativo a los Colegios y Universidades, y a la formación literaria, filosófica y teológica de los estudiantes, ora sean jesuítas, ora alumnos seglares.

La quinta, del incorporar en la Compañía los que así fueren instruídos. A diferencia de las Ordenes antiguas, no se admite al novicio, pasados los años, a la profesión solemne, sino por lo pronto a votos simples, aunque perpetuos, que le constituyen en verdadero estado religioso, contra lo que dijeron algunos impugnadores. La incorporación definitiva será, años adelante, para los escolares, por la profesión solemne de cuatro votos (profesos), o por la emisión simple, pero pública, de los tres votos esenciales (coadjutores espirituales); y para los coadjutores temporales, por la misma pública emisión de los tres votos simples. Esta división de clases, ni implica diferencia en la participación de los bienes espirituales de la Compañía, ni ocasiona desunión en la convivencia y trato familiar.

La sexta, de lo que deben observar en sí mismos los ya incorporados. Aquí expone las obligaciones comunes a todos los miembros de la Orden, y en primer lugar los votos. «Lo que toca al voto de castidad—dice—no pide interpretación, constando cuán perfectamente deba guardarse, procurando imitar en ella la puridad angélica con la limpieza del cuerpo y mente.» Más se alarga, naturalmente, en la obediencia, que debe ser distintivo de la Compañía, y de hecho lo es, no porque la obediencia ignaciana sea diferente de la que enseñan todos los maestros de la perfección religiosa, sino porque San Ignacio quería que su Compañía fuese una milicia bien disciplinada, con la máxima agilidad de movi-

mientos, y para eso la organizó de tal manera y la dotó de tales medios, humanos y externos unos, como la organización jerárquica de la Orden, espirituales e internos otros, como el amor filial y la cuenta de conciencia, que la llevasen a distinguirse entre las demás religiones. Quiere que la obediencia sea pronta, alegre, filial, sobrenatural, sometiendo no solamente su voluntad a la del superior, sino aun el entendimiento en cuanto sea posible, sin repugnancias ni contradicciones, y en todas las cosas en que no se vea pecado. Las frases más enérgicas usadas por San Ignacio, como obediencia ciega, como un cadáver, etc., no son propias del Santo, sino tomadas de la tradición ascética de la Iglesia. En cuanto a la pobreza, «firme muro de la religión», quiere que se la ame como a madre. Profesos y coadjutores espirituales vivirán de limosnas; sólo los noviciados y colegios podrán tener rentas, para sustento de los estudiantes. La pobreza de la Compañía no es externamente llamativa y de apariencia, ya que la vida debe ser común, pero internamente es del mayor rigor, de sumo despego, con exclusión de toda propiedad personal, sin que nadie pueda disponer de la menor cosa sin permiso del superior. Manda, además, San Ignacio, que todos los profesos hagan promesa «de no ser en alterar lo que a la pobreza toca en las Constituciones, si no fuese en alguna manera, según las ocurrencias *in Domino*, para más estrecharla». Se recomienda en esta misma parte la frecuentación de los Sacramentos, la observancia de las reglas y el abandono de ciertas ocupaciones menos propias de la Compañía, como el canto de horas canónicas en el coro, el oficio de párrocos, el cuidado ordinario de monjas, y todos los negocios seglares.

La séptima, de lo que se ha de observar para con los prójimos, repartiendo los operarios y empleándolos en la viña de Cristo nuestro Señor. Trata de toda clase de misiones, lo mismo entre infieles que entre herejes o católicos, a las que todo jesuíta debe estar presto y como con el pie levantado, «ahora sean inviados por orden del Vicario Summo de Cristo nuestro Señor por unos lugares y otros, ahora por los Superiores de la Compañía, que así mismo les están en lugar de su Divina Magestad». No es la Compañía «para algún lugar particular, sino para ser esparcida

por el mundo por diversas regiones y lugares, deseando acertar más en esto con hacer la división dellos el Sumo Pontífice». Débese acudir a las partes más necesitadas, o a las que prometan fruto más abundante y duradero, escogiendo «siempre lo que es a mayor servicio divino y bien universal». «Porque el bien cuanto más universal es más divino, aquellas personas y lugares que, siendo aprovechados, son causa que se extienda el bien a muchos otros que siguen su autoridad o se gobiernan por ellos, deben ser preferidos.» Esta universalidad de regiones y de medios y la rapidez en acudir a cualquier frente a las órdenes del Papa, es peculiar del escuadrón de caballería ligera creado por San Ignacio. Mas «porque no solamente procura la Compañía de ayudar a los próximos discurriendo por unas y otras partes, pero aun residiendo en algunos lugares continuamente, como es en las Casas y Colegios; es bien tener entendido en qué modo se puedan en los tales lugares ayudar las ánimas»; donde se trata de los ministerios ordinarios.

La octava, de lo que toca al unir entre sí y con su cabeza los que están repartidos. «Cuanto es más difícil unirse los miembros de esta Congregación con su cabeza y entre sí, por ser tan esparcidos en diversas partes del mundo, entre fieles y entre infieles; tanto más se debe buscar las ayudas.» «Y así se dirá de lo que ayuda para la unión de los ánimos; después de lo que para la unión personal en Congregaciones o Capítulos (generales y provinciales); y cuanto a la unión de los ánimos, algunas cosas ayudarán de parte de los inferiores, otras de parte de los Superiores», que en resumidas cuentas son: caridad, uniformidad en todo lo posible, obediencia y cualidades excepcionales de autoridad, modestia y amor en los que gobiernan; «y así que salga del General como de cabeza, toda la autoridad de los Provinciales, y de los Provinciales la de los locales».

La nona, de lo que toca a la cabeza, y al gobierno que della al cuerpo desciende. Dibujó aquí San Ignacio la persona del General con rasgos tan ideales, que nos dejó, sin quererlo, su mejor autorretrato. A persona de tan relevantes cualidades naturales y sobrenaturales bien puede confiarle todos los poderes, en la se-

guridad que usará bien de ellos. Quiere, por lo pronto, que el cargo sea vitalicio, porque así «se apartarán más lejos los pensamientos y ocasiones de la ambición, que es la peste de semejantes cargos»; «porque es más fácil hallarse uno idóneo para este cargo que muchos»; porque así se evitará la frecuencia de elecciones y porque «mayor será la autoridad del Prepósito siendo inmutable..., y al contrario, el saber que ha de dejar el cargo, y ser igual o inferior a los otros, y también ser nuevo en el oficio, puede disminuir la autoridad». Sin ser un monarca absoluto, tiene autoridad sobre todos y en todas las cosas. El es quien nombra a los Provinciales, y en cada provincia a los Prepósitos de las Casas profesas y a los Rectores de Colegios y Seminarios, todos los cuales deberán rendirle cuenta de su administración, de sus súbditos y de todo lo que emprendan. Esta organización jerárquica y monárquica, muy semejante a la de la Iglesia, aunque diferente de la democracia y autonomía de las antiguas Ordenes, tiene su razón y justificación en la universalidad católica del fin de la Compañía, que exige haya un Superior general colocado sobre los particularismos de provincia.

Y no hay peligro de extremado absolutismo, porque la unidad de mando está moderada por la manera de elegir al General y por las limitaciones que se ponen a su gobierno. Antes de la elección se reúnen las Congregaciones provinciales, formadas por el Provincial, por los Prepósitos de las Casas profesas, Rectores de los Colegios y más antiguos Padres profesos de cada provincia; cada Congregación provincial envía dos profesos, además del Provincial, a la Congregación general, en la que entrarán también los asistentes del General difunto. Que en estas Congregaciones generales hayan sido elegidos para el supremo cargo personajes eminentes por su santidad y dotes naturales, lo demuestra clarísimamente esa brillante galería de Generales que ilustran, a cual más, la historia de la Compañía de Jesús. El gobierno del General está limitado en parte por la influencia de las Congregaciones y por los informes que de toda la Compañía recibe, y en parte por los asistentes o consultores de oficio que le rodean, los cuales, elegidos por la Congregación general, ayudan a aquél en los asuntos de un

grupo determinado de provincias (Asistencia), y no sólo le aconsejan y amonestan, sino que, en casos gravísimos, que nunca se han dado, pueden convocar la Congregación general para que le juzgue, deponga y aun expulse de la Compañía, si lo mereciere. Sólo a la Congregación general compete el derecho de dar leyes universales y definitivas, que tienen la misma fuerza jurídica que las Constituciones, mientras que en el General reside el poder ejecutivo para hacerlas cumplir, para interpretarlas, si es preciso, y para dar ordenaciones y reglas, que todos deben obedecer.

Toda esta organización admirable podrá parecer al que la contempla con ojos humanos de simple jurista o político, una máquina de preciso funcionamiento que anula en su rodaje la libertad y las iniciativas individuales; pero el que la mira desde dentro y en su realidad palpitante, la verá como un organismo vital integrado por voluntades libres y gozosas, a las cuales mueve «más que ninguna exterior Constitución, la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones».

La décima, de lo que universalmente toca a la conservación y aumento de todo el cuerpo de esta Compañía en su buen ser. En esta última parte recopila San Ignacio no pocas cosas de las ya expuestas, insistiendo con nueva fuerza. «Para la conservación y aumento no solamente del cuerpo, *id est,* lo exterior de la Compañía, pero aun del spiritu della... los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que se rija bien de su divina mano, son más eficaces..., como son los medios de bondad y virtud, y especialmente la caridad y pura intención del divino servicio y familiaridad con Dios nuestro Señor en exercicios spirituales de devoción, y el celo sincero de las ánimas»; en segundo lugar, los medios naturales y humanos, como ciencia sólida, modo apto de proponerla y trato de gentes. Vuelve a recomendar la más estricta pobreza evangélica «baluarte de las religiones», y la fuga de todos los honores, aun de cualquiera prelatura o dignidad eclesiástica, de lo cual harán voto especial los profesos. Para que se perpetúe el bien del Instituto, aconseja no admitir turba y gente inepta, y ser fáciles en despedir a los que no sean idóneos. Particu-

lar esmero se pondrá en la elección del Prepósito General y Superiores, «porque cuales fueren éstos, tales serán a una mano los inferiores». «Mucho también ayudará para conservar el buen ser della... el vínculo de las voluntades, que es la caridad y amor de unos con otros, al cual sirve el tener noticia y nuevas unos de otros y mucha comunicación, y usar una misma doctrina y ser uniformes en todo cuanto es posible, y en primer lugar el vínculo de la obediencia.» Finalmente, que se tenga el cuidado conveniente de la salud corporal y que todos se den a guardar las Constituciones.

Tal es el monumento legislativo levantado por Ignacio en unos años en que su espíritu extático vivía anegado en torrentes de consuelos divinos y de las más sublimes comunicaciones místicas.

Antes de él, ninguna institución religiosa poseyó un código espiritual y jurídico tan sabiamente arquitectado. De su genialidad y acierto dan pruebas la Historia, las muchas congregaciones modernas que en él se inspiran y el hecho de que algunas de sus innovaciones hayan sido aceptadas por el Derecho Canónico.

Las Reglas

Conviene aquí decir algo de las Reglas de la Compañía, que no equivalen a lo que en algunas religiones se denomina la Regla, sino que son ordenaciones o reglamentos que precisan los deberes *(officia)* de cada religioso. El libro de la Reglas de la Compañía de Jesús es una compilación posterior a San Ignacio, aunque casi todas sus partes pertenecen al fundador, ya que se compone, primero, de un breve sumario de las Constituciones, extractado literalmente, y luego, de diversas reglas, unas comunes, otras particulares, establecidas muchas de ellas por el propio San Ignacio y añadidas otras por las Congregaciones generales.

La historia de esa colección resúmela Astrain en estas palabras: «Fuera de los esfuerzos aislados hechos por el P. Simón Rodríguez (en el Colegio de Coimbra) y por algunos anónimos antes de las Constituciones, cuatro Padres colaboraron, principal-

mente, en la formación de las Reglas de la Compañía: 1.° Nuestro Padre San Ignacio, que, como creador de las Constituciones, lo fué también de las principales reglas, y las puso en práctica en la casa profesa de Roma *(Reglas antiguas* anteriores a 1549), de donde se enviaban las Reglas manuscritas a los otros domicilios de la Compañía. 2.° El P. Jerónimo Nadal, que hizo el primer sumario de las Constituciones, preparó la edición primera de las Reglas, hecha en 1561 (en Viena), las promulgó después por todos los colegios de Europa, y las declaró y amplió con los innumerables avisos e instrucciones que iba dejando en todas las casas que visitaba. 3.° San Francisco de Borja, que simplificó y metodizó el trabajo de sus predecesores, reduciendo las Reglas a breve compendio, aunque imperfecto todavía. 4.° El P. Diego Mirón, que perfeccionó el trabajo de San Francisco de Borja, ajustando el sumario de las Constituciones al texto de San Ignacio, y dando a la mayor parte de las Reglas la forma definitiva en que hasta ahora perseveran.» Antes intervino Laínez y después principalmente Mercuriano. Por orden del P. Aquaviva, el año de 1582 se hizo en Roma una edición oficial, retocada de nuevo por la Congregación General VII en 1616 y por la XXII en 1923.

San Ignacio, escritor

Fiel amigo de la pluma fué siempre San Ignacio. Que desde joven era «muy buen escribano» o pendolista, lo confesó él mismo. Que toda su vida fué escritor, lo demuestran las obras que nos dejó: los Ejercicios, las Constituciones y Reglas, el Diario espiritual, otros Documentos e Instrucciones, sus innumerables Cartas, de las que conservamos cerca de 7.000, por no hablar del poema juvenil a San Pedro y de aquella compilación de las cosas más esenciales que halló en las Vidas de Cristo y de los Santos, y que llenaban casi 300 hojas en cuarto. Constantemente le vemos con la pluma en la mano. Hasta en sus viajes a Montserrat, Italia, Tierra Santa, aquel pobre Peregrino que se ha despojado de sus vestidos y dineros, va acompañado de sus «escribanías», con el

fin de «notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado».

El crítico que intente juzgarle como escritor castellano, tiene que distinguir entre lenguaje y forma literaria o retórica. Ignacio no era un literato, pero sí un escritor castizo, que se expresaba con la mayor naturalidad y dominio del idioma, como quien se educó en el riñón de Castilla desde los 15 hasta casi los 30 años, y toda su vida habló el español, rodeado de burgaleses, sorianos, toledanos, palentinos, etc. Si Ribadeneira dice que «usaba palabras no pulidas ni muy propias, antes toscas y mal limadas», se refiere a su «muy mal lenguaje italiano», mal pronunciado y salpicado de hispanismos, así como a su escasa pericia oratoria. El juicio de Ribadeneira, en todo caso, es el de un retórico humanista, y San Ignacio es el primero en confesar a Isabel Roser: «No tenemos juicio que elegancias ni primores nos acompañan.» No hay que pedirle la perfección de nuestros clásicos, como no se le pide hoy mismo a ningún castellano de escasa cultura literaria. Téngase en cuenta que el idioma de entonces—el idioma del Amadís—no se había pulido aún por obra de los poetas renacentistas, ni había alcanzado la perfección que le dieron el Maestro Avila, el P. Granada y Fray Luis de León. Y con todo, ¿quién de estos maestros del habla castellana rechazaría esas joyas de nuestra literatura ascética y mística, que son las *Reglas* para discreción de espíritus, o las *Cartas* a Teresa Rajadell, a San Francisco de Borja y a otros? Nada digo de la precisión marmórea de las Constituciones y menos de las Cartas sobre la perfección y sobre la obediencia, cuya fluidez y erudición denuncian la pluma del secretario Polanco. Los gerundios y otras incorrecciones gramaticales no son resabios vizcaínos, sino modos fáciles de transición usados entonces y ahora por todos los que no aspiran a hacer obra literaria (el *Diario*, que es donde más abundan, lo escribió Ignacio para sí solo; de ningún modo para ser leído); son también algunas veces latinismos o italianismos.

Aunque sin fluidez, ni facilidad, ni fantasía, sus escritos brillan por la concisión, por el realismo, por la preñez de la expresión. Aquel hombre tan lógico emplea frases que parecen fruto de la

intuición, o mejor, de la experiencia vital, del sentir hondo y personal.

De Giuseppe de Lucca es este juicio: «Pocas veces nos ha sido dado leer páginas (como las del *Diario espiritual)* en apariencia tan descarnadas y sin embargo tan cargadas de divinos jugos; tan enjutas y a la vez tan dulces; tan lejos de toda pretensión literaria o artística, y sin embargo tan poderosas, tan inmediatas y casi mágicas.» Es el realismo ignaciano, que se nutre de realidades, más que de palabras; es aquel no sé qué, que impresionaba a sus oyentes siempre que hablaba o predicaba. G. de Cámara lo confirma: «El modo de hablar del Padre es todo de cosas, con muy pocas palabras..., con simple narración..., y con esto persuade admirablemente.» «En el modo de conversar ha recibido tantos dones de Dios, que difícilmente se pueden escribir.» La gracia completó la educación esmeradamente caballeresca que Loyola había recibido. Una de las dotes del perfecto caballero era el expresarse con correcta dignidad, con gracia y sin afectación. Esto no quita que Ignacio, mal dotado para la fácil literatura, se expresase algunas veces en forma gramaticalmente incorrecta, aunque con lenguaje castizo.

PRIMERA PARTE

EL PRIMER SIGLO DE LA COMPAÑIA DE JESUS
(1540-1645)

OJEADA GENERAL Y MARCO HISTORICO

Coincide este *primer siglo* de la Historia de la Compañía de Jesús con el período que en la Historia general de la Iglesia suele denominarse «Contrarreforma» o «Restauración Católica», cuyos comienzos datan de la apertura del Concilio de Trento (1545), cuando no de la misma aprobación canónica de la Compañía por Paulo III, y cuyo término está marcado por la Paz de Westfalia (1648).

Ante el peligro de la revolución protestante, que proclama una falsa Reforma del Cristianismo, la Iglesia Católica se reforma verdaderamente, en la cabeza y en los miembros, de múltiples y seculares abusos, por cuya radical extirpación suspiraban, desde la Edad Media, las voces más autorizadas del pueblo cristiano; atiende con particular empeño a la formación del clero y a la educación de la juventud; florece maravillosamente en celosos Pontífices y Obispos, grandes Santos, conquistadores de mundos, héroes, sabios y artistas; lucha por reconquistar los países perdidos por la defección luterana, calvinista o cismática, y evangeliza nuevas islas y continentes, cerrados hasta entonces a la civilización y a la fe de Cristo; traza en Trento nociones directrices de la inteligencia y de la voluntad; ilustra o defiende la Biblia y el dogma con profundos tratados teológicos; y, en fin, da fuerte pábulo al sentimiento y a la fantasía, creando un arte nuevo y una forma de cultura espléndida, dinámica, ostentosa.

Entre los poderes auxiliares que la Providencia envió a la Iglesia para esta gran tarea, descuella la Compañía de Jesús.

El gobierno de ésta se mantiene en una gloriosa arcada de Padres Generales: Loyola *el Fundador*, Laínez *el Sabio*, Borja *el Santo*, Mercuriano *el Prudente*, Aquaviva *el Organizador*, Vitelleschi *el Pacífico*.

Para más comodidad en la repartición de la materia, dividiremos esta época en tres secciones:

Sección I.—*En vida del Fundador (1540-1556).*

Sección II.—*Generalato de Laínez, Borja y Mercuriano (1558-1580).*

Sección III.—*Generalato de Aquaviva y Vitelleschi (1581-1645).*

SECCION I

EN VIDA DEL FUNDADOR

(1540-1556)

Ignacio de Loyola, primer Prepósito General

En la historia de Europa, tanto política como eclesiástica, va caracterizado este período por un estremecimiento bélico, heredado de la época precedente, y por un afán de reforma. Mientras el Emperador Carlos se bate con Francia, con los príncipes protestantes y con el turco, la Iglesia, atacada por Lutero, por Calvino y Enrique VIII, trata de reformarse y enfervorizarse para la gran tarea que se ofrecía a su destino salvador.

Un español, que, siendo gentilhombre, militó, joven aún, en los ejércitos de Carlos V, ahora, convertido a Dios, forja en Roma un arma moderna y de buen temple o, mejor, crea un escuadrón ligero, perfectamente equipado para las hodiernas campañas, y lo pone a las órdenes del Virrey de Cristo.

Por la bula *Regimini militantis Ecclesiae*, promulgada el 27 de septiembre de 1540, la Compañía quedaba canónicamente constituída en Orden religiosa. Era imprescindible un Superior general, y el día 14 de abril de 1541 procedióse a la elección, saliendo elegido por unanimidad «nuestro antiguo superior y verdadero Padre», según expresión de Javier. De los primeros compañeros, sólo Bobadilla, por hallarse en Bisignano, dejó de dar su voto. Diéronlo por escrito, antes de salir de Roma, Fabro, ausente ahora en Alemania,

y Javier y Rodríguez, en Portugal. En vano Ignacio pidió que se renovase la elección; en el segundo escrutinio fué idéntico el resultado; ni le valió acudir a su confesor, el P. Teodosio, franciscano de San Pedro de Montorio, con quien se retiró por tres días, descubriéndole toda su alma en una confesión general, pues el Padre Teodosio obligóle a aceptar, sometiéndose a la voluntad clara de Dios.

La mañana del 22 de abril, viernes de Pascua, se congregaron todos los compañeros en una capilla de la basílica de San Pablo extramuros, bajo la protección del Apóstol de las Gentes, cuya vida se proponían imitar. Ignacio dijo la misa, y en el momento de la comunión hizo su profesión religiosa directamente al Vicario de Cristo; recibió luego la de sus compañeros, dirigida a él como a Prepósito general, y les repartió la comunión. Acabada la misa y hecha la oración, juntáronse en el altar mayor, donde besaron las manos de Ignacio en señal de reverencia, y se dieron abrazo fraternal y ósculo de paz, no sin muchos sentimientos de devoción y lágrimas de gozo. En seguida se levantó acta de lo sucedido.

Juan Codure, no pudiendo contener en su pecho la gran consolación que el Espíritu Santo le comunicaba, desahogábase con suspiros de júbilo al volver por aquellos campos, mirando al cielo, a donde cuatro meses después volaría su alma, el primero de los profesos en seguir a Cristo glorioso, inaugurando la Compañía triunfante. Los demás debían esparcirse como los Apóstoles, por todo el mundo, a las órdenes del Vicario de Cristo y del Prepósito general.

Primer crecimiento

Desde su casita de Santa María de la Estrada, Ignacio, como desde su cuartel general, mandaba en todas direcciones a sus compañeros según las necesidades de la Iglesia; no por eso menguaban las reservas, pues el Espíritu Santo suscitó desde antes de la confirmación oficial vocaciones escogidas y abundantes. Ya

en 1538 Ignacio se había ganado el corazón de un ardoroso joven de Dueñas (Palencia), Francisco Estrada, que pensaba entonces en alistarse en el ejército español de Nápoles, y que más tarde, concluídos sus estudios en París, Lovaina y Coimbra, descollará por su arrebatadora elocuencia. En 1539 se juntaba a compartir la vida de Ignacio un pariente suyo, de Vergara, el joven doctor Araoz, que fué el primer profeso de la Compañía después de los diez primeros. con los cuales hubiera podido competir por sus altos merecimientos en favor de la Compañía española, si el aulicismo no hubiera deslustrado sus últimos años. Casi al mismo tiempo que Araoz, vino atraído por las conversaciones de Fabro y Laínez en Parma, el joven canónigo de Valencia Jerónimo Doménech, que había hecho sus estudios en París, y desempeñará luego altos cargos en la Compañía; San Ignacio le contaba entre los más hábiles en el arte de dar los Ejercicios. Una tarde del año 1540 se refugió en casa de Ignacio un muchacho toledano de catorce años, paje del Cardenal Farnesio, que, habiéndose fugado de casa de su señor, no osaba volver a ella. Era Pedro de Ribadeneira, el conocido escritor clásico español, muy benemérito de la Compañía por sus escritos y por haberla introducido en los Países Bajos.

En 1541 fueron admitidos Andrés de Oviedo, espíritu de tendencias contemplativas y de gran santidad, primer Rector del Colegio de Gandía, consagrado más tarde Obispo y Patriarca de Etiopía; Juan Alfonso de Polanco, el egregio burgalés, brazo derecho de San Ignacio, cuyo secretario fué, lo mismo que de Laínez y de San Francisco de Borja; todavía no se ha estudiado y ponderado bastante lo que a Polanco debe la Compañía de Jesús. De muy diversas apariencias externas, era un hombrecillo «rústico, pobrecito, pequeño de cuerpo, morenillo de rostro, idiota y sin letras humanas», al decir de Ribadeneira, pero de admirable juicio y gran fuerza de voluntad, sacristán de un pueblo de Extremadura, enviado a Roma por su párroco por razón de ciertos pleitos sobre rentas eclesiásticas: llamábase Francisco de Villanueva. Arreglados satisfactoriamente sus negocios, quiso conocer a Ignacio y quedarse con él. En menos de tres meses, el Santo acertó a estam-

par su marca tan hondamente en aquella alma, hecha para grandes empresas, que aquel aldeano sin letras ejerció un influjo sorprendente entre las personalidades y doctores más conspicuos de la brillante Universidad de Alcalá: la prudencia sobrenatural y los dones de Dios, suplían la falta de ciencia humana. Mencionando a los más expertos en dar los Ejercicios, San Ignacio ponía a Villanueva con Fabro, Salmerón y Doménech.

El mallorquín Jerónimo Nadal se había negado a juntarse con Iñigo de Loyola en París. Vuelto a su patria, leyó, en 1545, una de las cartas que Javier escribía desde la India, y, tocado del cielo, se puso en camino para Roma, donde hizo los Ejercicios y entró en la Compañía. La acción de Nadal según tendremos ocasión de ver, sólo es comparable con la de Polanco. Ambos tienen merecimientos de sobra para ser contados entre las primeras y más firmes columnas de la naciente Compañía, a la par con los primitivos compañeros.

En 1545 entró el doctor por Alcalá Miguel de Torres, prudentísimo y muy virtuoso aragonés, altamente estimado de San Ignacio, muy benemérito de la Compañía en España y venerado por todos hasta su muerte, en los tiempos de Aquaviva. En doctrina teológica era aún mayor la reputación de Martín de Olabe, doctor parisiense y teólogo de Trento, que en 1552 empezó humildemente su noviciado, aunque pronto se reveló brillantemente su sabiduría como profesor de Teología y Superintendente del Colegio Romano.

El primer italiano jesuíta fué Pedro Codacio, de influencia en la corte pontificia y poseedor de la iglesita de Santa María de la Estrada, en la cual había puesto Ignacio los ojos, así por la devoción que tenía a la imagen de Nuestra Señora que allí se veneraba, como por lo céntrico del lugar y por la cercanía de San Marcos, residencia habitual de Paulo III. Codacio, con permiso del Papa, hizo donación del templo—la primera iglesia jesuítica, donde ahora se levanta el Gesù—a la Compañía y se entregó juntamente a sí mismo en 1539, siendo dechado de religiosos en su oficio de procurador y administrador de los bienes temporales.

Por el mismo tiempo, merced al suave laboreo del Beato Fabro, ayudado de Laínez, florecían en Parma excelentes vocaciones,

como Antonio Criminali, protomártir de la Compañía; Silvestre Landini, misionero rural de los más célebres de su época; Pablo de Achille, Juan Bautista Viola, y otros muchos, entre los que descollaba Benedicto Palmio, celebérrimo predicador, que ayudó a San Carlos Borromeo en la reforma de su diócesis, y, siendo Asistente de Italia, predicaba en la cuaresma, cuatro veces por semana, ante el Papa y los Cardenales. Con él llegaba a Roma el saboyano Aníbal du Coudret en 1546, y años antes habíanse puesto bajo la dirección de San Ignacio otros franceses tan ilustres como Andrés des Freux (Frusio), distinguido humanista, futuro traductor latino de los Ejercicios y editor de clásicos para la juventud; Juan Pelletier, Poncio Cogordan, y después Edmundo Auger, en cuyo elogio basta decir que convirtió a 40.000 calvinistas y ha sido llamado el Canisio de Francia.

Personajes de no menor importancia se alistaban en las filas ignacianas fuera de Roma: Pedro Canisio, en Alemania (1543); Francisco de Borja, en España; Luis González de Cámara, en Portugal; el párroco flamenco Everardo Mercuriano, en París. Este último vendrá en 1551 a Roma, donde modelará su espíritu y su prudencia de gobernante en las normas ignacianas.

Las filas de aquella «mínima Compañía» que Ignacio de Loyola había puesto al servicio del Vicario de Cristo, engrosaban de día en día. Hasta 1551 sólo existían tres Provincias: *Portugal* (1546), *España* (1546) y la *India* (1549) con superiores provinciales; todas las demás casas eran gobernadas directamente por San Ignacio; pero en 1551, año en que el número de Colegios empezó a aumentar considerablemente, fué preciso erigir nuevas Provincias, y surgió la de *Toscana* o alta Italia (1551), con el P. Pascasio Broet por Provincial; la de *Sicilia* (1553), bajo la dirección del P. Doménech; la de *Brasil* (1553), gobernada por el P. Manuel Nobrega; España se divide en tres: *Castilla*, *Aragón* y *Bética* (1554); y, por fin, en Alemania se constituyen dos en 1556: *Germania superior*, bajo San Pedro Canisio, y *Germania inferior*, cuyo primer Provincial es el P. Everardo Mercuriano. Puede calcularse en unos setecientos el número de jesuítas hacia 1553, la mayor parte escolares; el número de profesos era

reducido. El 30 de julio de dicho año comunicaba el P. Polanco a San Francisco Javier lo siguiente:

> «Los profesos de Roma son, sin N. P.: el Mtro. Miona; el P. Andrea de Fruzi, francés; el P. Dr. Olave, que V. R. conoció en París, y es un raro supósito en todas buenas partes; el P. Luis González, portugués, y muy buena cosa; y Mtro. Poncio, francés, y yo. En número somos en Roma, entre los de nuestra casa y colegio, 80 personas, sin los tudescos. En Sicilia cerca de 100; en Italia (fuera de Roma) más de 120 ó 130, como creo; en Portugal creo que más de otros tantos; y en lo demás de Castilla y el resto de España, será tanta gente casi como en Portugal. En otras partes de Alemania, Flandes y Francia hay poco número y todos juntos no pasan [de] 50 personas de la Compañía. En el Brasil pienso serán como cerca de 30. De aquí colegirá V. R. el número de las personas de la Compañía, pues sabrá bien lo de allá. Dios N. S. aumente el espíritu y la gracia suya en todos.»

Así sucedía, en efecto, gracias a las bendiciones divinas que el cielo derramaba por manos del Santo Fundador, a cuyo magisterio venían a someterse candidatos de todas las provincias, de diferentes lenguas y países, dando ejemplo de la más pura y evangélica caridad fraterna.

Del espíritu que reinaba entre los que vivían bajo la inmediata dirección de San Ignacio, escribía Laínez a Borja en 1555 lo siguiente: «Me parece obra rarísima, y que por ventura en muchos centenares de años no se ha visto en la Iglesia, y que sólo Dios la puede hacer, estar en Roma más de doscientos de la Compañía de diversas complexiones y costumbres y edades y tierras (porque hay entre ellos de España, Italia, Francia, Alemania, Bohemia, Gotia, Flandes, Inglaterra, Irlanda, Esclavonia, Grecia), y ser todos un corazón y un alma en el Señor, todos dotados de sobriedad, castidad, amor de pobreza y obediencia, y de justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo, etc.», y así continúa en el elogio de toda la Compañía, trazando un cuadro digno de los tiempos apostólicos.

Ignacio y los Papas

En su casita de Santa María de la Estrada, Ignacio unía la más alta contemplación de las cosas divinas con una vida activa de infinita complejidad y transcendencia. Consagrado a la ardua tarea de componer las Constituciones y de infundir el genuino espíritu jesuítico a sus hijos, cada día más numerosos, a quienes corregía, mimaba o consolaba con entrañas paternales, hallaba tiempo para comunicarse con aquellos de sus hijos que evangelizaban países remotos y para planear grandes empresas en pro del catolicismo. Los propulsores de la Restauración católica, especialmente los Papas, reconocieron la providencial ayuda que Dios enviaba a la Iglesia por medio de los jesuítas, y los favorecieron en mil maneras.

En Paulo III tuvo siempre Ignacio el más alto protector. Este Papa, representante de dos épocas muy distintas, había brillado entre los humanistas de la corte de los Médicis y era de carácter simpático, con un aire de nobleza y modales distinguidos. Si en su vida hay ciertas sombras propias del Renacimiento, éstas se desvanecen a la luz que proyectan sobre su pontificado dos hechos transcendentales en la Reforma católica: la confirmación del Instituto de la Compañía de Jesús y la apertura del Concilio de Trento. El favor que prestó a los jesuítas confiándoles misiones de importancia, otorgándoles numerosos privilegios y aprobando los Ejercicios de San Ignacio, se hizo hereditario en la familia de los Farnesios, a la que él pertenecía. A la regia munificencia de su sobrino el Cardenal Alejandro Farnesio se debió, más tarde, como diremos, la construcción del Gesù. Casada con Octavio Farnesio, Príncipe de Parma, estaba Margarita de Austria, hija de Carlos V, la primera princesa que escogió por confesor a un jesuíta, que fué el P. Codure; muerto éste, se dirigió con Laínez y luego con San Ignacio. Solía firmarse en las cartas «muy devota de la Compañía», y al dar a luz en 1545 dos niños gemelos, quiso que uno de ellos—el futuro rayo de la guerra, Alejandro Farnesio,

gran general de España—fuese bautizado por Ignacio, que estaba presente rogando a Dios en la capilla de palacio.

Julio III, desde que conoció a los jesuítas en Trento, túvolos en grande estima, y, fuera de un disgusto pasajero, les demostró particular afecto. Laínez y Salmerón, en calidad de teólogos del Papa, fueron enviados al Concilio durante el segundo período. Y como compañeros y consultores del Cardenal Morone, en la Dieta de Augsburgo, envió a Laínez y Nadal (1555). San Ignacio tuvo que agradecerle la confirmación de la segunda Fórmula del Instituto y la concesión de nuevos privilegios, así como la fundación del Colegio Germánico.

Nadie admiraba más a San Ignacio que el Cardenal Cervini. Así que su elección al Sumo Pontificado con el nombre de Marcelo II, fué la más fausta noticia que pudo recibir la Compañía. En seguida manifestó el deseo de que dos jesuítas residiesen habitualmente en el Vaticano, para aprovecharse de sus consejos. Desgraciadamente, a los veintidós días se vió privada la Iglesia de este Papa santo, en quien se cifraban las más halagüeñas esperanzas. Paulo IV, su sucesor, varón integérrimo, austero, pero voluntarioso y terco, y poseído de odio ciego a los españoles, había mostrado, antes de ser Papa, poca comprensión y afecto a la obra de San Ignacio. En su pontificado dió bastante que sufrir a la Compañía por el empeño de implantar en ella el coro, pero testimonió en diversas ocasiones el alto aprecio que hacía de los jesuítas. En 1555, al enviar a Monseñor Lippomani de Nuncio a Alemania y Polonia, quiso que se le agregase, como teólogo, el P. Salmerón, y a este mismo Padre mandó, a la vuelta, con otra misión a Flandes y Alemania (1556). Confiaba mucho en Laínez por su gran capacidad y le ocupó en la reforma de la Datería y hasta pensó en hacerle Cardenal, cosa que San Ignacio y el mismo interesado supieron evitar. Las audiencias que el fundador de la Compañía tuvo con el Papa fueron muy afectuosas y familiares; pero acaso con ninguno mostró Paulo IV tanta amistad como con el P. Bobadilla, a quien encomendó la reforma de los veintiún conventos que tenían los Silvestrinos en Italia. El Papa no quiso intervenir en el régimen interior de la Compañía hasta la muerte

de San Ignacio, el cual le manifestó toda su vida la misma devoción que a sus predecesores. «Como buen caballero, se hubiera avergonzado de ser poco generoso con su soberano porque recibía de él pocos favores. Sus ojos y su corazón se mantenían bien altos, por encima de la persona de Paulo IV, como por encima de la persona de Marcelo II, de Julio III y de Paulo III. A través de estos hombres vestidos de blanco, su fe descubría a Cristo, como en transparencia; y ante la autoridad soberana de Cristo doblaba la rodilla» (P. Dudón).

Profesaban singular amor a San Ignacio los Cardenales más ilustrados y más celosos del bien de la Iglesia: Contarini, Carpi, Alvarez de Toledo, Cervini, Pole y Morone, así como el Obispo Lippomani, San Felipe Neri y otros personajes ilustres, que anhelaban un resurgimiento espiritual católico. Cuando se empezó a hablar de la construcción de una gran iglesia de la Compañía, Miguel Angel, «el más célebre hombre que por acá se sabe» (al decir del secretario de Ignacio), se ofreció a levantarla *gratis et amore Dei*, como hizo con la de San Pedro. También su espiritual amiga la inmortal Victoria Colonna, ferviente promotora de una genuina restauración cristiana, favoreció en Ferrara y en Viterbo los ideales y las empresas de los jesuítas.

Apóstol de Roma

San Ignacio de Loyola no es tan sólo el hombre de genial talento organizador, en cuya cabeza bullen vastos planes para el engrandecimiento del Reino de Cristo; es, además, el hombre de corazón compasivo y misericordioso, amante de los humildes y menesterosos, merecedor, como su gran admirador y amigo San Felipe de Neri, de ser llamado apóstol del pueblo de Roma.

Lo primero que hizo al ser elegido General, fué dedicarse a explicar a los niños los rudimentos de la doctrina cristiana; había que oír aquellas explicaciones en un lenguaje medio italiano, medio español, lleno de incorrecciones, que inútilmente se empeñaba en corregir el joven Pedro de Ribadeneira. El fervor y la fuerza interior que ponía en sus palabras, y se reflejaba en su

rostro, atraía, más que a los niños, a las personas mayores, que salían hondamente compungidas. Semejante apostolado con los niños, quería que fuese el primer ensayo y ministerio favorito de sus hijos.

Con las obras de misericordia espirituales juntaba las corporales. Ya, durante el hambre que padeció la ciudad en 1538, llegó a alimentar en su pobre casa a unos cuatrocientos pobres con las limosnas que se procuraba, y movió a que otros, ricos y nobles, hiciesen otro tanto. Para recoger a numerosos huerfanitos que vagabundeaban por las callejuelas o yacían abandonados, fundó en 1543 un orfanato para niños y otro para niñas, que aún florecen en nuestros días. Margarita de Austria le socorría con frecuentes limosnas. Pensó también en la erección de un hospicio, a modo de taller, para mendigos y pobres sin trabajo, aunque no pudo realizarse esta idea. A los pobres vergonzantes trató de proveerles ocultamente, fundando un sodalicio de doce personas distinguidas, con este fin.

Una de las mayores plagas de Roma, de la que hacen mención todos los historiadores del Renacimiento, era la prostitución. El número de pecadoras públicas era exorbitante, y muchas de ellas recibían trato honorífico: *cortigiane onorate*. No bastaban sermones para retraerlas de su vida escandalosa. Era necesario abrirles un lugar de refugio donde viviesen honestamente, hasta tanto que las casadas se reconciliasen con sus maridos y las solteras tomasen estado, a menos que quisiesen permanecer allí toda la vida. Con el favor del Papa y de los Cardenales, y con la particular ayuda de Margarita de Austria y de Leonor de Osorio, esposa del embajador español Juan de Vega, fundó en 1544 el Asilo o Monasterio de Santa Marta. Y como complemento de esta obra, o mejor, para cortar de raíz el mal, fundó poco después una casa de preservación, donde se recogían las muchachas cuya virtud peligraba a causa de su pobreza o del corrompido ambiente familiar.

Nada diremos de su intenso y eficaz apostolado con los judíos residentes en Roma y también con los mahometanos. Dos casas para catecúmenos se fundaron por su consejo, y, como era cos-

tumbre en San Ignacio, siempre se constituía para el buen régimen y sustento de cada fundación una hermandad o sodalicio, en el que hacía intervenir a las personas más influyentes de Roma.

Advirtió que la ignorancia no era patrimonio exclusivo del pueblo bajo, sino de los mismos sacerdotes, que estaban muy lejos de satisfacer a las obligaciones de su estado, por lo cual encargó al P. Nadal que les diera conferencias tres veces por semana. Hízolo éste con tan buen resultado, que el Vicario del Papa mandó asistieran a ellas todos cuantos tuviesen cura de almas.

Del Colegio Romano, creación ignaciana, hacemos mención en otro lugar.

En graves contiendas de príncipes y ciudades intervino Ignacio como ángel de paz. En 1548 emprendió un viaje a Tívoli y Città Sant'Angelo para reconciliar a aquellos dos pueblos enemigos. Más le costó la reconciliación de Juan III de Portugal con el Papa Paulo III. A punto estaban de romperse las relaciones diplomáticas en 1542, por asuntos de la Inquisición portuguesa y del Obispado de Viseo; pero tras largos años de amarga controversia, los dos soberanos, tan amigos de la Compañía, vinieron a un acuerdo por obra de Ignacio.

A lo que se resistió siempre el fundador de la Compañía fué a tomar la dirección espiritual de mujeres asociadas a su Orden. En 1545 se presentó en Roma la noble Isabel Roser, antigua dirigida de Iñigo y gran bienhechora suya, suplicándole, en unión con dos buenas señoras, las admitiese bajo su cuidado y dirección, como una rama femenina de la Compañía de Jesús. Negóse Ignacio en absoluto, mas aquéllas importunaron tanto al Papa, que lograron hacer los votos solemnes de pobreza, castidad y obediencia en manos de Ignacio, como General de la Compañía. Tan enojoso y molesto resultó el gobierno de estas mujeres, que el mismo Papa tuvo a bien librar a la Compañía de esta carga, que la embarazaba para otras empresas de mayor bien de la Iglesia, y en 1546 desligó a Isabel Roser y a sus compañeras de los votos que habían hecho.

Mundos enteros se abrían a la mirada de Ignacio, ávida de conquistas. Los países invadidos por el luteranismo, los amenazados por la Media Luna, la India, Malaca, Japón, Etiopía, Bra-

sil..., eran la mies que blanqueaba. Había pocos obreros, y era preciso darles la máxima libertad de movimiento.

Misiones en Italia

La actividad apostólica de Ignacio y de sus compañeros no se daba punto de reposo. Pocos eran, pero su celo hacía prodigios, multiplicando las energías y acudiendo, sin negarse nunca, a todas partes a donde eran llamados. Si su palabra convencía y persuadía, su ejemplo arrastraba. Vivían de limosna, alojábanse en los hospitales, visitaban las cárceles, fomentaban todas las obras de beneficencia, enseñaban el catecismo, predicaban fervorosamente, sentábanse con asiduidad al confesonario. Eran conocidos con el nombre de *sacerdotes reformados*, y contribuían, como nadie, a la reforma de las diócesis italianas, que en aquellos tiempos inmediatos al Renacimiento dejaban mucho que desear por el libertinaje de las costumbres e ignorancia del clero.

El *Beato Pedro Fabro*, con su palabra sencilla y suave, enfervoriza a los sacerdotes, convierte a los pecadores y pecadoras, transforma espiritualmente a cuantos se ponen bajo su dirección. Los Ejercicios ignacianos son su arma favorita, y por dondequiera que pasa deja un perfume de santidad y un reguero de bendiciones. Antes de su partida a Alemania, predica de asiento en Parma (1539-1540). ¿Con qué resultado? Nos lo testifican las autoridades de la ciudad en estos términos: «Estos sacerdotes (Fabro y Laínez) han trabajado tanto en esta ciudad, así con el ejemplo de su vida santísima, como con la doctrina y continuas predicaciones, que la mayor parte de este pueblo se ha transformado en el vivir, de modo que se frecuenta la confesión y comunión mucho más de lo acostumbrado, y se hacen limosnas mayores de lo que exige la condición de estos tiempos de carestía; y, en suma, se ve toda la ciudad convertida a la religión mucho más de lo que ha estado en el tiempo pasado.»

Diego Laínez, que se diría nacido más para la alta ciencia que para la acción, sorprende por su eficacísimo y variado apostolado

con los niños y gente ruda, lo mismo que con los herejes y personas de autoridad. Después de ejercitarse con Fabro, en Parma y Plasencia, predicando, leyendo, confesando, dando ejercicios y conquistando a muchos estudiantes para la Compañía, dirígese a Luca en 1541, acompañando a Margarita de Austria; de allí le reclaman los venecianos, y en la ciudad de las lagunas predica y explica tres veces por semana el Evangelio de San Juan; recorre luego durante casi un trienio las ciudades de aquella república: Padua, Brescia, Vicenza, Verona, Basano, convirtiendo a los pecadores y desarraigando la herejía protestante, que se iba infiltrando en la Italia del norte.

Vuelto a Roma, predica todas las fiestas del año 1545 en San Lorenzo in Damaso, hasta que Paulo III le envía como teólogo a Trento y de allí a Bolonia. Interrumpido el Concilio, la Duquesa Leonor de Toscana le reclama en Florencia, donde se capta la simpatía de los Médicis, y renueva la vida cristiana en aquella culta ciudad renacentista; el legado pontificio le pide que vuelva a Venecia; el Cardenal Cervini le lleva a evangelizar las ciudades de Gubbio, Sena y Pisa. En abril de 1548 hallámosle de nuevo en Venecia, y luego en Padua arreglando los negocios del naciente colegio.

También el Mediodía de Italia quiso disfrutar de sus fructuosos ministerios. Y en aquel mismo año le vemos en Nápoles, de donde pasa a Sicilia. Embárcase en Palermo el año 1550 con el Virrey Juan de Vega, en la armada dispuesta contra el corsario Dragut, y tras la conquista de Trípoli, se aparta de la soldadesca, entre la que hizo prodigios de caridad y paciencia, y torna a ocupar su cátedra de honor entre los teólogos de Trento. Apenas clausurado segunda vez el Concilio, va a Padua, a Venecia, a Ferrara, a Bolonia, a Florencia; se detiene largamente en el emporio comercial de Génova, donde trata cuestiones de vivo interés para los mercaderes, como son las de cambios, préstamos y usura; se adueña de la ciudad con más rápida victoria que en Venecia y Florencia, y echa los fundamentos de un colegio, como en Padua. Venecia, Florencia y Palermo.

Cuando Julio III lo llama para enviarlo con el Cardenal Mo-

rone a la Dieta de Augsburgo, Laínez se ofrece a trabajar donde quiera que el Vicario de Cristo lo disponga.

Semejante apostolado, múltiple y ardiente, desplegaba el *Padre Alfonso Salmerón*. En 1541 deja la cátedra de Teología en la Sapienza, donde había sucedido a Laínez, para ir, en unión del P. Broet y del Notario Apostólico Francisco Zapata, a Irlanda, con una comisión del Papa. Sabida es la difícil situación de los católicos irlandeses, vasallos entonces de Inglaterra, frente a las violencias cismáticas de Enrique VIII. Quiso el Papa ayudarlos por medio de los dos jesuítas, mas luego vió que la sazón no era oportuna y llamó a los legados, cuya cabeza había sido puesta a precio.

En 1542 predica Salmerón contra los novadores en Módena, indisponiéndose con el noble y prudente Morone, Obispo de aquella ciudad, por unas palabras demasiado vivas y quizá poco respetuosas. Descuella en Trento al lado de Laínez. El Obispo Julio Contarini le llama en 1549 a la ciudad de Belluno, cuyos habitantes se sienten conmovidos y atraídos a los sacramentos con la palabra docta y fervorosa del jesuíta; todos los libros luteranos de lengua italiana son arrojados al fuego. Negocia la fundación de varios colegios en Italia. Sube a Alemania, y enseña, en Ingolstadt, un año Sagrada Escritura. A instancias del piadoso y erudito Luis Lippomano, dirígese a Verona, donde explica los domingos la Epístola de San Pablo a los romanos. Los últimos largos años de su vida transcurren plácidamente en Nápoles, solamente interrumpidos por su ida a Trento y por diversas legaciones a Alemania, Polonia, Países Bajos.

Más agitada fué la vida del *P. Nicolás Bobadilla*.

Faltábale, en ocasiones, suavidad y moderación; tenía genialidades e imprudencias; su carácter campechano y brusco hacíale parecer, a veces, mal mortificado; pero su laboriosidad, sencillez ingenua y celo ardiente de las almas no se desmintieron jamás en medio de fuertes penalidades y contratiempos. Envióle San Ignacio en 1539, tal vez por indicación de Victoria Colonna, que le había conocido en Ferrara poco antes, a la isla de Ischia, con un delicado encargo: el de reconciliar a Ascanio Sforza con su

mujer Juana de Aragón. Desempeñó su cometido a satisfacción, evangelizando de paso a los habitantes de la isla y predicando en Gaeta y en Nápoles.

Pidió el gran humanista Cardenal Bembo, en 1540, uno de los *sacerdotes reformados* para su diócesis de Bisignano, en Calabria, y fué enviado Bobadilla con poderes de Vicario general. El fruto que cosechó durante más de un año fué consolador. Levantó el nivel moral del clero, reformó los monasterios, avivó la piedad y corrigió los pecados del pueblo. En misiones como éstas era donde triunfaba Bobadilla.

Luego diremos algo de su apostolado en Alemania. Al volver de aquel país, en 1549, reanuda sus misiones en Nápoles y en la diócesis de Minori, llamado por el célebre Ambrosio Catarino; gobierna por un año, en ausencia de su Arzobispo, Verallo, la diócesis de Rosano; combate a los herejes en Brescia, invitado por el Cardenal Pole; pasa luego a Nápoles, visita Montefiascone, va a la Marca de Ancona como Comisario del Santo Oficio; predica una temporada en Loreto, reforma la abadía de Farfa, sigue misionando las diócesis de Rieti, Cività Ducale, etc., y después de un episodio desagradable, que contaremos al llegar al generalato de Laínez, emprende su abnegada vida de misionero, reformando la Umbría, las Marcas, la Valtelina, la Dalmacia, para volver a Calabria y Sicilia en 1562; evangeliza todo el Sur de Italia y entra en Sicilia, remonta luego hasta el Piamonte y Génova, y se recoge, por fin, para morir—el último superviviente de los diez primeros compañeros—en el devoto santuario de Loreto (1590).

¡Cuán distinto en sus maneras era el apostolado del dulce y angelical *Pascasio Broet!* El Arzobispo de Sena dió testimonio de la transformación que obró con sus predicaciones, ejercicios y lecciones sacras en aquella ciudad y diócesis, a donde había sido enviado en 1539, juntamente con el P. Simón Rodríguez y con el joven Estrada, que entonces reveló sus extraordinarias dotes de orador. Allí se abrió entonces la primera casa de Ejercicios para estudiantes, que sólo duró algunos meses. Broet interrumpió sus labores apostólicas con la espinosa misión de Irlanda en compañía del P. Salmerón. Después de hacer lo posible por fortalecer en pueblo y cle-

ro la adhesión a Roma y remediar el lamentable estado eclesiástico-político de aquella católica isla, regresó a Italia, continuó en su tarea de predicar, confesar, visitar hospitales, reconciliar enemistades, reformar monasterios, como el de Reggio, dar lecciones de Teología moral a los canónigos y sacerdotes, como en Faenza, ciudad que evangelizó muy de asiento, y en la que fundó una «compañía de la caridad» para atender a los enfermos. Habiendo desempeñado el cargo de Rector en el Colegio de Bolonia, Superior en Ferrara y Provincial de Italia, pasó a dirigir la provincia de Francia.

Omitiendo los trabajos del *P. Claudio Jayo (Le Jay)* en Bagnorea y Brescia y en la ciudad de Ferrara, donde influyó más con el católico Duque Hércules de Este, que con la Duquesa Renata de Francia, imbuída de ideas protestantes, antes de partir para Alemania, teatro principal de sus actividades; no se ha de olvidar aquí, entre los operarios de primera hora, el nombre del *Padre Silvestre Landini*, que, no obstante su flaca salud, en siete años de correrías apostólicas por los campos de Italia, mereció ser tenido por dechado de misioneros rurales entre los cristianos, como San Francisco Javier entre los infieles, y al decir de un contemporáneo, «ofrecía una semejanza de los Apóstoles y de los otros santos de la primitiva Iglesia, ocupado siempre en la oración, predicación y obras de penitencia y misericordia».

Al morir San Ignacio, la Compañía se hallaba extendida por las principales ciudades de Italia y Sicilia, en no menos de veinte colegios (Mesina, Palermo, Tívoli, Bolonia, Venecia, Roma, Ferrara, Florencia, Nápoles, Padua, Perusa, Gubbio, Módena, Génova, Monreale, Loreto, Bivona, Siracusa, Sena y Catania); se atendía a la instrucción y educación cristiana de la juventud, tarea ésta que emprendieron los jesuítas tan pronto como les fué posible por el aumento de sujetos; pero sin abandonar nunca su apostolado general como misioneros itinerantes, y dando siempre particular importancia a la enseñanza del catecismo, a las obras de misericordia corporales, a la frecuencia de sacramentos y a lo que hoy llamaríamos lecciones sacras, y entonces decían lecciones de Sagrada Escritura o de Teología en el púlpito, para aprovechamien-

to del clero y refutación de las doctrinas protestantes. Así, como instrumentos de los Obispos y Cardenales, atentos a reformar las costumbres igual que a desarraigar la heterodoxia, verificaban la restauración católica trazada por el Tridentino, logrando los triunfos más decisivos allí donde más se hacía sentir la influencia del dominio español.

En el Imperio germánico

El más trágico y sombrío de los problemas que entonces tenía planteados la Iglesia católica estaba allende los Alpes. Triunfante en Alemania, el luteranismo había logrado adueñarse de Dinamarca y Escandinavia, amenazaba a Polonia y Austria, y tenía infiltraciones en Francia y en la misma Italia. «No solamente los pesimistas notorios, sino aun los católicos de espíritu ponderado y juicioso, consideraban la causa de la antigua Iglesia, en toda la extensión del país alemán, como poco menos que perdida. De hecho, aun en Austria y Bohemia, la ruptura con Roma era tan general, que los protestantes podían fundadamente esperar la conquista de Austria en pocos decenios. ¿Cuál fué, pues, la causa de que tal transformación no se operase, antes al contrario, la nación se partiese en dos? Desde fines del siglo XVI, el partido católico no ha dudado lo más mínimo en la respuesta. Siempre se ha reconocido que los autores del giro feliz que tomaron los acontecimientos fueron los Wittelsbach, los Habsburgos y los jesuítas.» (Boehmer.)

Causó entrañeza a ciertos autores, que San Ignacio de Loyola, a quien imaginaban como un simple *antilutero*, no hubiera conducido desde el primer instante sus falanges a la batalla contra el protestantismo. Pero San Ignacio no fundó la Compañía con el fin explícito de combatir a Lutero, si bien es cierto que Dios en su providencia la destinaba para que en aquel momento histórico fuese instrumento principal de la Iglesia contra la revolución protestante. La venida de los primeros jesuítas a país germánico no fué iniciativa de San Ignacio.

En Parma trabajaba fructuosísimamente el *Beato Pedro Fa-*

bro, cuando Paulo III le mandó acompañar al doctor Pedro Ortiz en su viaje a España; pero llamado Ortiz por el Emperador al coloquio religioso de *Worms*, Fabro hubo de ir con él.

Era el primer jesuíta que pisaba territorio alemán. Año 1540.

La impresión que recibió fué descorazonadora, y no por causa de los errores dogmáticos, sino por la corrupción de costumbres en el pueblo; por el mal ejemplo de los sacerdotes y obispos; por el despoblamiento de los monasterios y conventos, de donde se fugaban los monjes y frailes, cuando no eran arrojados violentamente del pueblo; por el abandono del culto y de los sacramentos, aun en regiones católicas, y por la falta de sumisión a las leyes divinas y humanas. «Esta—decía—es la raíz de los errores.»

Más que en discusiones con los corifeos del protestantismo, confiaba en el ejemplo de una vida verdaderamente evangélica: «Es menester argumentos de obras y sangre... Ya palabras no bastan ni razones para concluir a los de acá y semejantes herejes.» (Carta de 12 de mayo de 1541.) En el trato con los disidentes, recomendaba el *espíritu de lenidad*, no *el de contradicción*. Entre las personas por las que oraba frecuentemente, estaban Lutero, Bucero y Melancton. En la *Dieta imperial de Ratisbona*, a donde le llevó Ortiz consigo en enero de 1541, atendió principalmente a los católicos, convirtiéndose en director espiritual de los magnates españoles, italianos y alemanes que acompañaban al Emperador.

No era su fuerte la oratoria, pero sobresalía en el arte de dar los Ejercicios ignacianos y en la conversación íntima, espiritual, llena de unción. Discípulos suyos en la vida interior fueron los famosos doctores Juan Cocleo y Roberto Vauchop, que hicieron los Ejercicios, así como don Sancho de Castilla, don Hernando de la Cerda, hijo del Duque de Medinaceli; don Francisco de Toledo; dos hermanos del Conde de Benavente; don Juan Manrique, hermano del Duque de Nájera; el Conde de Oropesa, don Francisco de Toledo; don Juan de Figueroa, que había juzgado a San Ignacio en Alcalá; don Juan de Granada, descendiente de Abul-Hacén, Rey de Granada; don Francisco Lobo, Embajador de Portugal; el Capitán Bracamonte, el Conde de la Mirándola, el Mar-

qués de Terranova, etc., etc. Magnífica siembra de catolicismo y amor a la Iglesia, que más tarde dió ubérrimos frutos, muy superiores a los provechos que se esperaban—ingenuamente—de las disputas, y razonamientos, y coloquios, y dietas.

Dejando la cosecha que empezaba a granar en Alemania, tuvo que partir con el doctor Ortiz para España, a donde llegó a fines de 1541. Cuando, al año siguiente, regresa para asistir a la *Dieta de Spira*, se encuentra con dos hermanos suyos, los Padres Bobadilla y Jayo. Conforme a su método de apostolado personal y de selección, traba amistad con el chantre de la Catedral, Otón Truchsess de Waldburg, que hace con él los Ejercicios, y que más tarde, como Cardenal y Obispo de Augsburgo, será una de las grandes figuras de la restauración católica.

Cuando el Cardenal Legado, Morone, a cuyas órdenes estaban los jesuítas, señaló, como campo de operaciones, la región del Danubio a Jayo y Bobadilla, y la comarca del Rhin al Beato Fabro, éste se dirigió a Maguncia, y en aquella ciudad hizo la conquista más trascendental para el catolicismo de Alemania: aquel joven que el 8 de mayo de 1543 se le acercó ofreciéndose a seguir su manera de vida, llamábase Pedro Canisio, natural de Nimega, en Holanda.

Julio Pflug, Obispo de Naumburg, y Miguel Helding, Auxiliar de Maguncia, hicieron en esta ciudad los Ejercicios con Fabro, el cual, obedeciendo al Arzobispo Alberto de Brandenburgo, que deseaba levantar el nivel moral y espiritual de su clero, profundamente relajado, empezó a tener explicaciones sobre los salmos. Instábale la ciudad de Colonia a que la visitase, pues el apóstata Martín Butzer, invitado por el ignorante y aseglarado Arzobispo Herman von Wied, de quien decía Carlos V que no era cristiano y luterano, sino pagano, causaba grandes estragos en la fe del pueblo. Fabro atendió las súplicas de los colonienses y luego se dirigió a Bonn para representar al Nuncio y al Emperador las medidas que se debían tomar. Vuelto a Colonia, estableció allí, con algunos sujetos que se le habían juntado, entre ellos Pedro Canisio, la primera residencia alemana, y atendiendo a su formación espiritual, no menos que a la predicación constante a la po-

blación universitaria, permaneció hasta julio de 1544, en que tuvo que salir para Portugal.

Dos años más tarde, cuando se dirigía por obediencia a Trento, murió en Roma.

El perfume de su santidad, genuinamente ignaciana, troquelada en los Ejercicios, junto con su trato suave, insinuante y amoroso, producía verdadero encanto en las almas que se le acercaban, encanto que trasciende hasta nosotros a través de sus cartas y de su *Memorial* o *Diario espiritual*.

¿Qué hacían entre tanto Jayo y Bobadilla?

Jayo, sabovano como Fabro, compartía sus métodos apostólicos y su amabilidad y dulzura. Venido de *Spira* a *Ratisbona*, trata de que los eclesiásticos reformen su manera de vivir y hace frente a los herejes; mas lejos de conseguir lo que pretende, le amenazan con expulsarle de la ciudad o arrojarle al Danubio, a lo que tranquilamente responde que se podía ir al cielo por el camino del agua tan fácilmente como por tierra.

Después de explicar en sus lecciones la Epístola a los Gálatas, sale a principios de 1543 para *Ingolstadt*, en cuya Universidad acepta una cátedra de Sagrada Escritura. Da los Ejercicios a Mauricio de Hutten, Obispo de Eichstaett, parte a *Dilinga* con el Cardenal Truchsess, le hallamos luego en *Salzburgo*, y, por fin, con Bobadilla en la *Dieta de Worms* (1545), predicando en italiano con tanto agrado del Rey de Romanos, Fernando I, que hubiera sido nombrado Obispo de Trieste, a no ser por la tenaz resistencia del humilde jesuíta y la intervención de San Ignacio.

En 1546 asiste al Concilio de Trento como delegado del Cardenal de Augsburgo.

A Jayo se le debe en buena parte la actitud franca y resuelta que la dinastía de los Habsburgos, y todavía más los Wittelsbach de Baviera, tomaron en favor de la Compañía de Jesús y en contra del protestantismo. La dinastía de los Wittelsbach produjo los más denodados paladines de la restauración católica, no sólo en sus estados de Baviera, sino en todo el Imperio. Deseoso Guillermo IV de conservar íntegra y pura la ortodoxia de su Universidad de Ingolstadt, que desde la muerte del gran teólogo

y polemista Juan Eck iba palideciendo, pidió a Roma profesores jesuítas, y comprendiendo San Ignacio la trascendencia de aquella empresa, le envió en 1549 tres de los más eminentes: Salmerón, Jayo y Canisio, los cuales recibieron, al pasar por Bolonia, el birrete de Doctor en Teología.

Desgraciadamente, la muerte del Duque y la escasez y poca preparación de los estudiantes fueron parte a que la Universidad no se levantara de su postración, no obstante los nuevos métodos de la Teología escolástica humanizada que introdujeron los jesuítas. Retiráronse éstos y no volvieron sino cinco años más tarde, para fundar, en 1556, el famoso *Colegio de Ingolstadt*, donde se educaron no pocos magnates y príncipes del Imperio.

Pasó Jayo los dos últimos años de su vida en *Viena*, en cuya Universidad tuvo una cátedra (1551-1552), explicando la Epístola a los Romanos, y donde el Rey Fernando y la Facultad Teológica le encomendaron la composición de un Manual de Teología. Excesivo era el trabajo que su celo ardiente e infatigable le hacía tomar sobre sus hombros, y el 6 de agosto de 1552 sucumbió a la fatiga. Canisio, que acababa de llegar para ponerse al frente del colegio recién fundado, escribía: «Nadie ha trabajado y sufrido tanto como él en medio de los protestantes de Alemania.»

Bobadilla desarrollaba entre tanto una actividad que no conocía descanso.

En *Spira* predica en español a la corte. Hace lo mismo en *Viena* (1542), todos los domingos y fiestas, dando ejemplo de humildad y pobreza evangélica, viviendo en el hospital con preferencia al palacio que le ofrecía el Nuncio Verallo. Explica en *Nuremberg* la Epístola a los Romanos y tiene controversias con los teólogos protestantes. Predica en latín en *Passau* (1543-1544) y tiene lecciones de Sagrada Escritura a los clérigos de aquella diócesis, cuya reforma emprende por encargo del Obispo. Recorre las ciudades de Alemania: Worms, Colonia, Spira, Passau, Ratisbona, Augsburgo, Eichstadt, en seguimiento del Nuncio y del Emperador.

Cuando el Rey de Romanos se empeña en hacerle Obispo, Bo-

badilla responde: «Nuestra vocación es de pobreza y no de grandeza.»

Visita hospitales, predica, aconseja, confiesa, da ejercicios, escribe libros, como el *De vera et manifesta Christi Ecclesia;* propone planes de reforma religiosa.

En mayo de 1548 escribe desde Ratisbona:

> «Leo domingos y fiestas el libro mío *De christiana conscientia*, a la cual lección vienen los príncipes todos del imperio, así eclesiásticos, como seculares, el cardenal de Augusta, y el nuncio Veralo, y todos los obispos. Leo en latín porque concurren todas naciones de germanos, italianos y españoles y franceses, y todos los embajadores.»

Al estallar la guerra de *Esmalcalda* en 1548, que había de terminar al año siguiente con la batalla de Mühlberg, Bobadilla corre gozoso bajo las banderas de Carlos V como capellán militar, el primero de la legión gloriosa de capellanes jesuítas que darán ejemplo de abnegación en las guerras contra turcos y herejes. Confiesa a los soldados, asiste a los heridos, y, al pasar por Landshut, es herido en la cabeza por una alabarda. A los pocos días, sin cuidarse de su salud, estaba predicando en Passau, en Augsburgo, en Colonia.

No era partidario de contemporizar con los heterodoxos, ni de hacerles muchas concesiones, las cuales—pensaba—, lejos de satisfacerles, excitan más sus deseos. La ruda oposición que hizo al *Interim de Augsburgo* de palabra y por escrito, fué causa de que el Emperador le despidiese de Alemania. «Enérgico, activo, sacrificado, Bobadilla sirvió a la Iglesia alemana entre grandes privaciones y trabajos. Mas no era un cortesano; paladinamente, y aun con brusquedad, decía su parecer, sin consideración alguna a los más altos personajes. El P. Nadal formuló sobre él un juicio duro y acerbo en demasía.» (B. Duhr.) San Ignacio, que lo conocía a fondo, hizo de él un rotundo elogio en 1553.

Estos primeros jesuítas, que surcan el territorio austro-alemán en todas direcciones, deteníanse muy poco en cada ciudad, de modo que la siembra no podía ser bastante fecunda; no dominaban, además, el idioma del país, por lo que les era imposible

llegar al alma del pueblo; dirigíase su predicación principalmente a los próceres, a los obispos, al clero, a la juventud universitaria.

Jayo tuvo la feliz idea de proponer a San Ignacio la necesidad de formar un clero verdaderamente católico, instruído y casto; del clero viejo no se podía esperar mucho; había de crear colegios y seminarios, de donde saliesen sacerdotes ejemplares que fuesen la levadura, la sal de la tierra, la luz de sus compatriotas. Y San Ignacio dió principio a esa gran obra, con el Colegio Germánico de Roma.

Por las manos de San Ignacio pasó también el instrumento principal de la restauración católica en Alemania: *Pedro Canisio*, el primero de raza alemana que entró en la Compañía, el que hoy es venerado como segundo apóstol de aquel país, después de San Bonifacio, y a quien la Iglesia, al elevarle a los altares, le concedió la aureola de Doctor.

Nacido en Nimega en 1521, el 8 de mayo, día consagrado al Arcángel protector de Alemania, tenía quince años cuando fué enviado a estudiar a la Universidad de Colonia, donde tuvo por maestro al piadoso N. Eschio (Van Esch), conocido escritor místico, y por amigo a Lorenzo Surio. Este entró en la Cartuja, y él, hechos los Ejercicios con el Beato Fabro, en 1543, abrazó el nuevo Instituto de la Compañía de Jesús.

Ya antes de ser sacerdote distinguíase por sus elocuentes sermones y por el celo que desplegaba entre la juventud. Fué el primer jesuíta que dió libros a la estampa, haciendo imprimir en 1543 una edición, por él preparada, de las obras de Juan Taulero; en 1546, los escritos de San Cirilo Alejandrino, y al año siguiente, los de San León Magno. Ordenóse de sacerdote el año mismo de la muerte de Lutero (1546), cuya antítesis católica representaba Canisio.

El Cardenal de Augsburgo le envió al Concilio de Trento. Estuvo luego un año en Roma bajo la dirección de San Ignacio, y otro en el recién fundado Colegio de Mesina, enseñando Retórica. Hizo, en septiembre de 1549, la profesión solemne en Roma, y después de recibir, junto al sepulcro de San Pedro, grandes ilus-

traciones y favores de orden místico, como la visión del Corazón abierto de Jesús, en cuya herida, como en una fuente, Nuestro Señor le invitó a apagar su sed, prometiéndole al mismo tiempo una túnica tejida de tres partes, fué enviado a Alemania, su verdadero campo de combate.

Por su dominio del alemán llevaba incalculable ventaja a sus predecesores, para poder fructificar en las almas. Con sus clases de Teología en la Universidad de Ingolstadt, de la que fué Rector y reformador, juntaba predicaciones a los estudiantes, catequistas y misiones al pueblo, instrucciones a los sacerdotes. Sus éxitos fueron mucho mayores en Viena, a donde le llamó en 1552 el Rey de Romanos. A ruegos de Fernando y de San Ignacio publicó en 1555 el *Catecismo* o *Suma de la doctrina cristiana* que le había de inmortalizar, obra teológica en estilo claro, atrayente, popular, de sabor bíblico, conforme al gusto de la época, que con el Catecismo menor y el Catecismo ínfimo alcanzó entre los católicos la misma celebridad e importancia que el de Lutero entre los protestantes, y ha sido por largas generaciones el libro en que se han formado los católicos alemanes.

Dejando el rectorado de Viena pasó a fundar el Colegio de *Praga*, suceso faustísimo en la historia del catolicismo en Bohemia, que tuvo lugar el 6 de julio de 1556, precisamente el día consagrado por los hussitas a la memoria de su heresiarca.

Asistió Canisio a la *Dieta de Ratisbona* como teólogo del nuevo Emperador Fernando, y en 1556, año de la muerte de San Ignacio, empezó a gobernar como Provincial la Alemania superior. Tenía treinta y cinco años. Los afanes apostólicos y triunfos de este varón extraordinario, que es a un mismo tiempo conquistador y contemplativo, se desarrollan pregresivamente en los años subsiguientes.

Los jesuítas en el Concilio de Trento

Día de piedra blanca para toda la Cristiandad fué el 13 de diciembre de 1545 (domínica *Gaudete)*. Bajo la presidencia de

los Cardenales Del Monte, Cervini y Pole, abrióse solemnemente en Trento el Concilio tan suspirado para la reforma de la Iglesia, el más importante de todos los Concilios, de enorme trascendencia dogmática y disciplinar, respuesta precisa y categórica a las sectas protestantes por parte de la Iglesia universal, y exponente magnífico de la Teología católica.

Con una dignación y bondad inexplicables, Paulo III, al designar para aquella augusta asamblea los teólogos del Papa, se fijó únicamente en la Orden recién fundada de la Compañía de Jesús, y encargó a San Ignacio que nombrase tres de sus *presbíteros reformados;* con este nombre aparecen en las actas del Concilio.

El santo fundador escogió a Laínez, Salmerón y Fabro. Este último, que se hallaba en España, púsose inmediatamente en camino; mas al llegar a Roma falleció yéndose a formar parte de otro mejor Concilio, como dijo Laínez.

Entraron Laínez y Salmerón en Trento el 18 de mayo de 1546, donde tropezaron con otro compañero, el P. Jayo, venido como Procurador de Otón Truchsess, Cardenal Obispo de Augsburgo. Habíales provisto San Ignacio de una instrucción escrita, prudentísima como suya, en que, tras breves normas para las asambleas conciliares, añadía otras para su vida religiosa y apostólica:

> «A mayor gloria de Dios nuestro Señor lo que principalmente en esta jornada de Trento se pretende por nosotros, procurando estar juntos en alguna honesta parte, es, predicar, confesar y leer, enseñando a muchachos, dando Ejercicios, visitando pobres en hospitales y exhortando a los prójimos... a confesar, comulgar y celebrar a menudo, a Ejercicios espirituales y a otras obras pías, moviéndolos asimismo a hacer oración por el concilio. Así como cerca el definir de las cosas ayuda el hablar tardo o poco, como está dicho, por el contrario, para mover a las ánimas a su provecho espiritual ayuda el hablar largo, concertado, amoroso y con afecto.»

No se separaron de esta línea de conducta los teólogos jesuítas, pero dieron además tales muestras de sabiduría y prudencia, que pronto se atrajeron la atención de los Obispos allí congregados.

«Muchos Obispos—escribe Salmerón—han demandado nuestro parecer *in scriptis*, y a muchos se ha dado... hay muchos prelados doctos, *etiam* en las cosas sagradas, que primero que digan, nos muestran sus razones, para que sobre ellas les digamos nuestro parecer; y otros que aunque sean doctos en otras facultades, no lo son en teología, quieren ser primero informados a boca, y después, que *de verbo ad verbum* les digamos lo que han de decir.»

En aquella asamblea de los más eminentes teólogos de la Cristiandad, pocos brillaron como Laínez y Salmerón, y ninguno trabajó tanto, pues el Cardenal Cervini, alma del Concilio en la primera etapa, ponía en ellos toda su confianza y les encomendaba las labores más difíciles y delicadas, a veces sin lustre ni apariencia. Una de estas arduas tareas fué la de formar un índice de todos los errores protestantes que se debían someter a la consideración de los teólogos y a la decisión del Concilio. Una biblioteca bien surtida de libros y escritos luteranos había puesto a disposición de los prelados el ilustre Embajador don Diego Hurtado de Mendoza. De camino debían recoger los dos jesuítas las decisiones de los antiguos Concilios, los decretos de los Papas y las sentencias de los Santos Padres contrarias a las nuevas herejías, sin duda para orientar a los teólogos y a los Obispos en el examen y censura de los errores. Nadie mejor que Laínez para esta faena, porque, como dice Ribadeneira:

«Tenía una sed insaciable de leer; y así leía continuamente y pasaba libros, sacando y escribiendo en sus cartapacios de su mano lo que le parecía bueno de ellos... basta decir que, estando en el Colegio de Padua, y siendo rector y predicando y confesando, y atendiendo a otros negocios graves, le acontecía pasar un tomo de las obras del Tostado en muy pocos días, y hacer extracto de él con extrema exacción y diligencia; y que predicando y ayudando cada día de una cuaresma en Basan, pasó en ella todos los tomos de los Concilios. Y este pasar y hacer extracto de los libros que leía, no era sin atención y consideración, antes me decía a mí el P. Mtro. Salmerón, que cuando leía y trasladaba lo que el P. Laínez había escrito y sacado de los libros, que muchas veces hallaba algunas palabras o sentencias, que por no entender él a qué propósito las hubiese escrito, se lo preguntaba al mismo Padre, y que él respondía: «Con esta sentencia y palabras se refuta la tal herejía, y se confirma lo

que se determinó en tal Concilio, y se responde a la tal objeción»; y otros propósitos admirables que había tenido en escribirla.»

Buena prueba de la alta estima que Cervini hacía de los dos teólogos pontificios, es el orden en que les mandó hablar: uno, *entre los primeros, declarando la materia,* y otro, *a la postre, para repugnar a lo que estuviera mal dicho.*

El discurso pronunciado por Salmerón el 23 de junio de 1546, *de justificatione,* así como el de Laínez, *de justitia imputativa et certitudine gratiae,* uno de los más importantes del Concilio, pronunciado el 26 de octubre, se han conservado íntegros en las Actas.

A principios de 1547 alegráronse los tres jesuítas con la llegada a Trento de San Pedro Canisio, joven de veintiséis años, enviado por el Cardenal de Augsburgo en calidad de teólogo. Pronto advirtió el gran predicamento de que gozaban los teólogos del Papa:

«Despojándome de todo afecto, puedo sinceramente atestiguar que hay aquí muchos teólogos doctísimos de todos países que discurren aguda, cuidadosa y sabiamente sobre las cosas más importantes; pero tan queridos de todos y tan admirables como Laínez y Salmerón no hay ninguno. Permitiéndose a pocos el espacio de una hora para hablar, suele conceder el Cardenal Presidente tres y aun más al P. Laínez.»

Lo mismo escribía el P. Jayo.

Por temor de una enfermedad, según se dice, que cundía en Trento determinaron los Prelados trasladarse a Bolonia. Laínez, Salmerón y Canisio se pusieron en camino a mediados de marzo; Jayo, como representante de un Obispo alemán, detúvose algún tiempo con los Prelados del Imperio, mas ya en abril se había reunido con los de Bolonia. La sesión del 14 de septiembre de 1547 fué la última de esta primera etapa conciliar, si bien Paulo III no ordenó hasta el 3 de febrero siguiente la suspensión, y hasta el 14 de septiembre de 1549 la disolución. A los dos meses moría el Papa, y a principios de 1550 subía a la cátedra de San Pedro el Cardenal del Monte, con el nombre de Julio III.

Uno de sus primeros afanes fué el de volver a convocar el Concilio, y como había visto por sus propios ojos la admirable labor realizada por Laínez y Salmerón, los escogió, también él, como teólogos pontificios.

El 1 de mayo de 1551 se tuvo la primera sesión (undécima general) y con la del 28 de abril del año siguiente, se clausuró la segunda etapa del Concilio. Disertaron doctamente nuestros teólogos sobre la Eucaristía y la Misa, sobre el sacramento de la Penitencia y el del Orden. Hablaban ahora en primer lugar los teólogos del Papa, a continuación los del Emperador, seguidamente los seculares y por fin los regulares.

Y es muy digno de considerar que aquellos dos teólogos pontificios, consultados por los Cardenales y Obispos, emplearan los ratos libres en obras de caridad, predicando, visitando pobres y enfermos y viviendo algún tiempo en el aposento de un mozo de mulas, sin mesa ni luz para estudiar, donde había en cambio muchas botas, una gran valija, un arpa vieja y una espada del mozo.

Fué entonces cuando Laínez y Melchor Cano, ambos de carácter franco y vivo, tuvieron una entrevista que degeneró en violenta disputa, de la que el teólogo salmantino quedó muy amostazado contra la Compañía. En cambio, trabó íntima amistad con los jesuítas el doctor Martín de Olabe, que representaba a Otón Truchsess en el Concilio, «en el que fué tenido por varón muy docto y muy elocuente y gran disputador».

Trento fué el candelero donde Dios puso a los primeros jesuítas para esparcir la luz de su doctrina y de su santa vida, y darse a conocer de esta manera al mundo. «Esto es un sembrar—decía Salmerón—para coger después.» Y, en efecto, a las amistades que los Obispos hicieron con aquellos presbíteros reformados, debiéronse muchas fundaciones de colegios en España, Francia, Italia y Alemania. Allí se movió el Obispo de Clermont, Guillermo du Prat, a fundar los que más tarde entregó a la Compañía; allí don Gutierre de Carvajal, a la fundación del Colegio de Plasencia; allí el Arzobispo de Granada y el Obispo de Calahorra, y el de Huesca, y el de Módena, y Verona, y Pedro Danès, y el Cardenal de Guisa, a dispensar a los jesuítas de mil modos su favor y protección.

En Francia

Porque San Ignacio hizo siempre gran caudal de la Universidad de París hubiera deseado que muchos de sus hijos recibieran en ella la formación escolástica y literaria. Pensó algún tiempo en fundar dos grandes colegios, uno en Roma, otro agregado a la Universidad de París, de los cuales irradiase la ciencia y el espíritu católico a todos los demás; pero le fué preciso modificar este plan por diversos motivos.

Ya en la primavera de 1540 mandó a París un grupo de estudiantes con el P. Diego de Eguía, los cuales, en calidad de pensionistas se aposentaron en el Colegio *des Trésoriers*. Llevaban una vida de oración y de estudio, frecuentaban los sacramentos, asistían a las clases con todos, y como no llevaban hábito ni señal alguna que los distinguiesen, en un principio nadie los tenía por religiosos, sino por aplicados y devotos estudiantes.

A los pocos meses se les juntó el P. Doménech, que desde marzo de 1541 sucedió al P. Eguía en el cargo de Superior. La comunidad se acrecentó con algunas escogidas vocaciones, como la del valenciano Diego Mirón, que al año siguiente, sin ser aún sacerdote, será Rector de Coimbra y llegará a Provincial y Asistente. De Roma vienen a estudiar Francisco Estrada, Andrés de Oviedo, Emiliano de Loyola, sobrino de San Ignacio, Juan Bautista Viola y Pedro de Ribadeneira, los cuales reemplazan a los que con Mirón parten a fundar el Colegio de Coimbra.

Como todos los compañeros de San Ignacio,

> «Iban peregrinando a pie, y aunque no todos de un hábito, todos pobremente vestidos. Iban pidiendo de limosna y de ella vivían. Recogíanse a los hospitales donde los había; cuando no hallaban de limosna con qué comer o dónde dormir, socorríanse con algún dinerillo que para este fin y para semejante necesidad llevaban guardado. Predicaban en las plazas... Saliendo de la posada, se armaban con la oración, y entrando, también se recogían a ella.» (Ribadeneira.)

Los que quedaron en el Colegio *des Trésoriers* pasaron al de los Lombardos, donde enseñaba uno de los más famosos hebraístas de su tiempo, el joven y excéntrico Guillermo Postel, que, movido por el ejemplo de aquellos estudiantes, entró en la Compañía, a la que siempre amó, pero de la que tuvo que salir por sus ilusiones proféticas y rarezas de visionario.

Por haber estallado la guerra entre Carlos V y Francisco I en 1542, los súbditos del Emperador, con el P. Doménech, hubieron de abandonar a Francia, dirigiéndose precipitadamente a Lovaina, en cuya Universidad continuaron sus estudios.

Los que quedaron en París vivían pobremente, sustentándose de las limosnas que recogían, no teniendo domicilio propio ni derecho a tenerle, por no estar autorizada en Francia la Compañía. En la Universidad tenían dos buenos amigos y protectores, el doctor Picart y el maestro franciscano De Cornibus, que habían conocido a San Ignacio y a sus compañeros, y desde el primer día les mostraron gran benevolencia; pero su favor no podía contrapesar la hostilidad manifiesta de la Universidad, del Parlamento y del Obispo Eustaquio de Bellay. Este se resistía a concederles las facultades para ejercitar los ministerios, y el Parlamento o Corte suprema de justicia, a una con la Universidad, se negaban a aprobar el Instituto de la Compañía y a permitirle establecerse en París.

El Obispo de Clermont, Guillermo Du Prat, que estimaba mucho a los jesuítas desde que en Trento habían tratado con ellos, particularmente con el P. Jayo, les favoreció cuanto pudo. Por lo pronto, les hizo trasladarse a su palacio, en la calle de La Harpe, palacio que, cedido luego totalmente a la Compañía, fué el famoso Colegio parisiense de Clermont. En él entraron por entonces hombres tan eminentes como los belgas Everardo Mercuriano y Oliverio Manare.

Florecía aquella comunidad a pesar de las hostilidades que encontraba. Acudían, para cumplir sus devociones, al convento de los Cartujos, y en el Monasterio de San Germán de los Prados, exento de la jurisdicción episcopal, los benedictinos les cedieron una capilla para la catequesis y otros ejercicios.

Hacía de Superior el P. Viola, melancólico y enfermizo, por lo cual, y por no ser francés, veía que se frustraban todos sus afanes y gestiones ante las autoridades. Sustituyóle, en 1552, el P. Pascasio Broet, candoroso y delicado, al par que prudente y firme, y aunque en todo el reino no había más jesuítas que los pocos y perseguidos del Colegio de Clermont, San Ignacio, como adivinando el florecimiento que había de venir, constituyó la Provincia de Francia bajo el gobierno del P. Broet.

Primero tuvo el Provincial que aguantar una deshecha borrasca. Para legalizar la institución del Colegio, el Obispo Guillermo Du Prat había logrado el favor del poderoso Cardenal Carlos de Guisa o de Lorena, y por intercesión de éste había otorgado Enrique II, en 1551, a los jesuítas «construir una casa o colegio en la ciudad de París, donde vivir según sus reglas y estatutos»; pero el Parlamento, encargado solamente de registrar el documento y expedir la cédula real, negóse a hacerlo mientras el Arzobispo de París y la Facultad de Teología no diesen su dictamen sobre las reglas y estatutos de la Compañía.

Hasta 1554 no dieron su fallo Eustaquio de Bellay y los teólogos de la Universidad, y entonces lo hicieron en términos desfavorables para la Compañía e injuriosos para el Romano Pontífice, que había aprobado y alabado su Instituto.

Alegaban que los privilegios de la Compañía eran contrarios a los derechos de los Obispos, del clero secular y de las Universidades, si bien la razón más íntima era el galicanismo y el temor de que se reforzase la influencia del Romano Pontífice. San Ignacio, desde Roma, hubiera podido aplastar la resistencia galicana, llevando el negocio por justicia y con rigor; pero, por respeto a la Universidad de París, madre de los primeros miembros de la Compañía, prefirió una respuesta indirecta. De todos los países de Europa afluyeron a Roma testimonios sumamente encomiásticos del Instituto de la Compañía. No hay defensa ni panegírico más elocuente que estos testimonios de Fernando I, Rey de Romanos; del Rey de Portugal y del Virrey de Sicilia; de los Duques de Toscana, Ferrara y Baviera; de los Obispos o Arzobispos de Módena, Bolonia, Génova, Mesina; de los Inquisidores de Ferrara,

Florencia, Evora, Zaragoza; de los Magistrados de Mesina, Gandía, Lisboa; de las Universidades de Ferrara, Valladolid, Coimbra, Lovaina, Viena, etc.

A este plebiscito del mundo católico, representado por las más competentes autoridades de Europa, ¿qué podía responder la Universidad de París? No pudo menos de reconocer su error; su censura, no obstante, siguió en pie.

Cuando, en 1555, el Cardenal de Lorena fué a Roma, con cuatro de los más afamados doctores de la Universidad, San Ignacio aprovechó la ocasión para que con ellos discutiesen otros cuatro Padres de la Compañía: Laínez, Polanco, Frusio y Olabe, este último, como doctor sorbónico que era, llevó el peso de la discusión, refutando perentoriamente el decreto parisiense, refutación que luego redactó en una memoria y envió a la Universidad. La Facultad teológica confesó que no había estado bien informada cuando lanzó su decreto. Sin embargo, la admisión legal de la Compañía se retrasó algunos años.

Entre tanto, Guillermo Du Prat, «el Borromeo de Francia», uno de los grandes Obispos de la Restauración Católica conforme al espíritu del Tridentino, llevaba a su diócesis misioneros jesuítas, que con sus sermones populares, sus instrucciones catequísticas, asistencia a los enfermos, etc., realizaron una profunda reforma. Para completar la obra quiso el Obispo edificarles un colegio en Billom, que se inauguró en 26 de julio de 1566, con cursos de Gramática y Humanidades. En la apertura de las clases se presentaron 500 alumnos, que pronto llegaron a 600, además de 200 niños, a quienes por medio de pedagogos y de algunos Hermanos coadjutores, se les enseñaban las primeras letras. En 1559 los alumnos subían a 800, con catorce profesores, y en 1563 eran 1.600.

En los Países Bajos

Aunque no tanto como en Francia, también fué difícil la admisión oficial de la Compañía en los Países Bajos españoles.

Los primeros jesuítas que allí se establecieron fueron los que

en 1542, bajo la dirección de Doménech, salieron expulsados de Francia. Figuraba entre ellos Francisco Estrada, quien, siendo simple estudiante de Filosofía, desplegaba en los púlpitos todo el vuelo de su fogosa elocuencia, con tanta aceptación y aplauso, que los oyentes quedaban asombrados *usque ad miraculum;* los demás predicadores se negaban a subir al púlpito cuando Estrada tenía sermón en otra iglesia, y los más doctos profesores y miembros del clero se ponían bajo la dirección de aquel joven fervoroso. Hizo con él los Ejercicios espirituales el Canciller de la Universidad, Ruardo Tapper, gran teólogo y célebre controversista, y también un sacerdote muy venerado por sus virtudes, Cornelio Wishaven, que, con otros jóvenes de valer, se alistó en la Compañía.

Bajo un Rector como el P. Adriano Adriaensens, hombre santo, aunque poco penetrado del espíritu ignaciano, crecía aquella comunidad en virtud y en letras. La visita del Beato Fabro, en los últimos meses de 1543, les fué muy beneficiosa.

De vuelta a Colonia se llevó consigo a varios de los estudiantes lovanienses; otros partieron para Coimbra, y algunos, con el Padre Wishaven, se dirigieron, más tarde, a Roma, llamados por San Ignacio.

Los Padres Olivier y Charlat evangelizaban la ciudad de Tournai, pero la Compañía no tenía aún domicilio propio y estable. Para recabarlo del monarca español, San Ignacio puso los ojos en Pedro de Ribadeneira, joven de veintinueve años, a quien comisionó al mismo tiempo para que promulgase las Constituciones en Flandes (1555).

Carlos V estuvo, excepto en sus últimos años, mal informado y aun prevenido contra la Compañía, no así su hermano y sucesor en el Imperio, Fernando I, ni menos sus hijos, que mostraron todos, singularmente sus hijas, gran afecto al Instituto de San Ignacio. Felipe II se hallaba entonces en Amberes, cuando el Padre Ribadeneira se presentó ante él. Acogióle muy benignamente, pero sus cortesanos estaban divididos; ciertos consejeros, con su presidente Viglio Zuichem, ponían dificultades a la entrada oficial de los jesuítas; algunos, como el Conde de Feria, el Príncipe de Evoli y otros caballeros, les prestaban todo su favor.

Después de una entrevista que tuvieron el P. Ribadeneira y Viglio el 30 de julio de 1556, quedaron vencidas las resistencias, y el monarca otorgó la autorización, mas para no violar las franquicias y fueros de las ciudades, puso Felipe II la condición de que se solicitara el consentimiento de ellas, restricción enojosa que con el tiempo se logró suprimir.

El P. Ribadeneira, después de adquirir gran fama de orador, por sus sermones en latín, regresó a Roma, llamado por el Padre Laínez.

En Portugal

En ningún país entró la Compañía con tan felices auspicios como en Portugal; y en ninguno padeció tan tremendas perturbaciones interiores viviendo aún San Ignacio.

Apenas podía el fundador, que todavía no era General, disponer de nueve compañeros bien formados, cuando ya el piadosísimo Rey don Juan III (1521-1559), por instigación de Diego de Gouvea, que los había conocido en París y sabía, sin duda, sus ideales apostólicos, pedía seis para la India. Fueron destinados Francisco Javier y Simón Rodríguez; éste se embarcó en seguida para Lisboa, y aquel, en compañía del Embajador portugués, fué por tierra, en largo viaje de tres meses, hasta juntarse con su compañero en junio de 1540.

Aguardando coyuntura para hacerse a la vela, se consagraron tan en cuerpo y alma a los ministerios propios de la Compañía, que la ciudad y la corte se transformaron moralmente en pocos meses, y el buen don Juan III, asombrado del fruto que hacían aquellos misioneros, no quería dejarlos partir; pero intervino San Ignacio, proponiendo que Javier se embarcase para la India y Rodríguez se quedase en Portugal.

Llevando consigo al P. Pablo Camerte, italiano, y al P. Francisco Mansilla, portugués, recién entrados en la Compañía, Javier hízose al mar en 7 de abril de 1541. Encargóse Rodríguez de reclutar apóstoles, formarlos en el espíritu ignaciano y mandarlos a misionar a las vastas colonias portuguesas.

Las vocaciones se multiplicaron prodigiosamente. La primera casa, llamada de San Antonio, en Lisboa (1541), era poco capaz, y se abrió un colegio en Coimbra (1542), a donde San Ignacio hizo venir algunos estudiantes de los que se formaban en París, Roma y Lovaina, los cuales empezaron a seguir los cursos de la Universidad conimbricense.

En 1548, a los dos años de declararse Portugal provincia independiente, contaba Coimbra 92 estudiantes, incluso novicios, y 23 Padres. La munificencia del Rey les había construído un gran colegio y proveía al mantenimiento de la comunidad. Lo mismo hizo en Evora (1551) el Cardenal don Enrique, hermano del monarca. La Universidad de Evora (1553) era totalmente jesuítica.

Para el año 1552 habían vestido la sotana de la Compañía no menos de 318 sujetos, algunos de grandes virtudes y talentos y varios de la primera nobleza de Portugal. En 1555 don Juan III entregó a los jesuítas el *Collegio das artes*, en el que se enseñaba Gramática y Retórica, Griego y Hebreo, Filosofía y Matemáticas. Años adelante los jesuítas añadirán las cátedras de Teología y Sagrada Escritura para sus propios estudiantes. Gloria de aquel colegio conimbricence, que desde 1559, por confirmación de Paulo IV, subió a la categoría de Universidad, fué el haber sido plantel fecundísimo de vocaciones apostólicas, y, en cierto sentido, el primer Seminario de misiones extranjeras.

No era el P. Simón Rodríguez el hombre a propósito para dirigir aquellas juventudes que entraban llenas de fervor en una Orden nueva, cuyas Constituciones no habían sido aún promulgadas. El pueblo portugués, poseído de la más honda veneración hacia los primeros jesuítas, cuya abnegación y celo de las almas no tenían límites, designaba a todos los de la Compañía con el glorioso dictado de *apóstoles*. Desgraciadamente, aquel primitivo fervor empezó a menguar por el desacertado gobierno del P. Rodríguez. «Este Padre—escribe Astrain—, uno de los nueve que ayudaron al Santo patriarca en la fundación de la Compañía, aunque estaba dotado de muchas virtudes y dones sobrenaturales, tenía el defecto de ser inconstante en su proceder, dejándose llevar de ímpetus y fervores indiscretos, y al mismo tiempo pecaba de blan-

do y condescendiente en el gobierno de sus súbditos. Parece que ponía la fuerza del gobierno más en la exhortación que en la dirección. De aquí provino que, si bien infundió en sus subordinados deseos fervorosos de la perfección, no les imprimió el espíritu de obediencia, tan necesario en la Compañía.» Frecuentaban las penitencias públicas y las humillaciones con actos a veces ridículos y extravagantes, pasando luego al extremo contrario de buscar las comodidades del vivir. Añádase que algunos superiores se ingerían demasiado en negocios de la corte y no estaban bastante unidos con la cabeza de Roma.

Barruntos tenía San Ignacio de que no andaba bien aquella provincia, y con el fin de obtener plenos informes, llamó en 1545 al P. Rodríguez; mas el Rey, que le había nombrado maestro y confesor del Príncipe, se opuso a dejarle salir de sus Estados. Pasaron cuatro años, y los defectos del Provincial portugués se pusieron en evidencia, por lo que se trató de enviar como Provincial al P. Jerónimo Doménech, que se hallaba en Sicilia, pero el Virrey Juan de Vega objetó que no convenía retirarle de la isla, donde cosechaba frutos nunca vistos.

Agravábase por momentos el malestar de la provincia de Portugal y no tenía fácil arreglo, porque si se encomendaba a un Superior extranjero, podía herir el nacionalismo portugués, y, por otra parte, los Padres naturales del país no eran tan aptos, por ser los mejores todavía jóvenes y discípulos del P. Simón.

San Ignacio pensó en el Rector de Valencia, P. Mirón, que había sido, años atrás, el primer Rector de Coimbra, hombre bueno y fervoroso como pocos, aunque, según lo patentizó en lo sucesivo, sus dotes de gobernante eran nulas. Este Padre fué nombrado Provincial de Portugal en sustitución del P. Simón Rodríguez (1552), a quien, en virtud de santa obediencia, se le ordenó salir de su patria, suavizándosele la salida, que, sin embargo, le dolió infinito, con el nombramiento de Provincial de Aragón.

A fin de que la inaudita simplicidad del P. Mirón no turbase más las cosas, fué enviado con el cargo de Visitador el prudentísimo P. Miguel de Torres, quien trajo la paz a los ánimos, remedio a los abusos, y, tanto por sí como por los buenos oficios del

Padre González de Cámara, previno al Rey contra las campañas de calumnias urdidas por los expulsos.

Era preciso purificar la provincia y entonces se dió el caso —único en la historia de la Compañía—de tener que expulsar, según el P. Nadal, a unos sesenta sujetos, llegando a rumorearse exageradamente que los expulsos eran «casi la mitad de la provincia». «Estos datos numéricos—repetiremos con Astrain—nos dan idea cabal de aquella crisis, que tuvo el aspecto de una verdadera catástrofe, pero era una catástrofe indispensable, como juzgaba el P. Cámara, para que, derribado lo mal construído, se volviese a fundar la Compañía en el espíritu de humildad, de pobreza y abnegación.» Suceso tanto más aleccionador, cuanto que no consta que hubiese pecados graves o notables escándalos.

Todo parecía en calma, cuando, en febrero de 1553, el P. Simón Rodríguez, vencido por las *saudades* que sentía de su tierra, se presenta inopinadamente en Portugal. Sobrecogidos de temor los Padres Torres y Miró, le prohiben poner el pie en ninguna casa de la Compañía. San Ignacio, con entrañable amor y ternura, le llama a Roma, suplicándole que se fíe de él, pero al mismo tiempo, para el caso de que no obedezca y persista en su extravío, remite las dimisorias a los superiores de la provincia. Por dicha, no fué necesaria esta dolorosa medida.

Simón Rodríguez se presentó en Roma, donde se le impuso saludable penitencia, de la que le dispensó bondadosamente el santo fundador; trabajó luego como buen operario ocho años en el Norte de Italia, más tarde en Andalucía y Toledo, y por último en su amado Portugal, donde procedió muy bien y murió santamente el año 1579.

Al juzgarle, divídense los historiadores en diversas opiniones; los portugueses le tratan con harta benignidad, reaccionando en parte legítimamente contra ciertas hipérboles de otros autores. De todos modos, hay que convenir en que capitaneó un bando, excesivamente propenso a la blandura, frente al cual se levantó otro, que exageraba el rigor, capitaneado por el fiel, pero extremista, González de Cámara.

Una época de prosperidad, ahora bien fundada, alboreaba en

la renovada provincia. San Ignacio, que el 7 de mayo de 1547 había escrito una de sus más hermosas cartas, exhortando a los Padres y Hermanos de Coimbra a lo más heroico de la perfección, sin desaprobar las locuras santas que a veces el Señor inspira, aunque moderando al mismo tiempo las extrañas mortificaciones a que entonces propendía aquella juventud mal gobernada, dirigióles en 26 de marzo de 1553 la célebre *carta de la obediencia*, desarrollando magníficamente las ideas ya insinuadas en otra de 14 de enero de 1548.

Mientras el P. Mirón promovía las misiones populares en todo Portugal, despertando en los jesuítas el celo y en el pueblo un gran resurgimiento religioso, dos personajes vinieron a completar la obra restauradora y pacificadora (1553): el P. Jerónimo Nadal, que promulgó en nombre de San Ignacio las Constituciones, declarando el genuino espíritu de la Compañía, pues hasta entonces, como decía Torres, «cada uno iba por su camino y fingía veredas conforme a su cabeza»; y San Francisco de Borja, recibido honoríficamente por los Reyes y venerado dentro y fuera de casa por el aroma de santidad heroica que en todas partes dejaba en pos de sí.

Dos nuevos domicilios surgieron por entonces en Lisboa: el Colegio, en 1552, y la casa profesa de San Roque, en 1553, la primera después de la de Roma.

Y dos provincias, hijas de Portugal, tenían vida propia y régimen independiente: la de Goa (1549) y la del Brasil (1553).

La Compañía en España. Apostolado de Fabro y Araoz

De los diez primeros compañeros, cinco, con el fundador, eran españoles. Españoles eran los principales colaboradores de San Ignacio en Roma y los que con su dinámico apostolado dieron a conocer en las naciones extranjeras el Instituto de la Compañía de Jesús. Sin embargo, el primer jesuíta que predicó en España fué un saboyano, el suave y amable Pedro Fabro, primogénito es-

piritual de Ignacio en París, el cual nos ha dejado, parte en latín, parte en un castellano sabrosamente incorrecto, noticias abundantes de sus ministerios apostólicos.

Es verdad que dos años antes que él, vino a España Antonio de Araoz, y habiendo desembarcado en Barcelona el 19 de octubre de 1539, predicó y consoló con espirituales conversaciones y con noticias de Iñigo a los antiguos amigos del penitente de Manresa; visitó a los monjes de Montserrat, entró en Almazán para hablar con la familia del P. Laínez, llegó hasta Burgos y Valladolid, se entrevistó con doña Leonor Mascareñas, gran protectora de San Ignacio, y con las Infantas, hijas de Carlos V, que fueron siempre tan favorecedoras de la Compañía, y, por fin, se retiró a Guipúzcoa, donde, a la vez que arreglaba unos asuntos domésticos, predicó con gran concurso popular, ora en los templos, ora en los campos, especialmente en Vergara, Oñate, Azpeitia y Azcoitia y pueblos de la costa, de donde volvió a Roma en el verano de 1541, acompañado de Millán de Loyola, sobrino de San Ignacio, y Martín de Santa Cruz, toledano, que entraron en la Compañía.

Pero Araoz no era todavía sacerdote, ni la Compañía estaba aún aprobada, y aquel viaje fué puramente ocasional, como fué ocasional y de tránsito el viaje de San Francisco Javier en 1540 de los Pirineos a la frontera portuguesa.

El primer jesuíta, sacerdote y profeso, que puso pie en España fué el Beato Fabro, en 1541. Tenía asegurado un buen recibimiento, porque venía en compañía del Doctor Ortiz, embajador de Carlos V, y porque, estando en Alemania, había trabado amistad íntima con la flor y nata de la nobleza española, que seguía la corte del César.

Inmejorable fué la impresión que le causó nuestra patria. «Es para alabar a Dios nuestro Señor—escribía desde Alemania—cuánto preparados están para nuestras cosas todos estos caballeros españoles.» Y desde Galapagar: «No diré más por ahora sobre mí, sino que estoy espantado *in bonam partem* del gran aparejo que hay en España para el modo de proceder en las cosas espirituales.»

Al entrar en la Península, encomendóse el Beato, según su costumbre, a los ángeles y santos del país, en particular a Nuestra Señora de Montserrat, del Pilar y de Guadalupe, al Apóstol Santiago, a San Isidoro, a San Ildefonso, Justo y Pastor, etc. Y con tan altos patrocinadores, su apostolado fué fecundísimo en Madrid, en Galapagar, de donde era cura propio el Doctor Ortiz; en Ocaña, donde trató con las Infantas Doña María y Doña Juana y con otros altos personajes, particularmente con Doña Leonor de Mascareñas.

Por orden del Papa, hubo de ponerse en camino para Alemania a principios de 1542. Ofreciéronse a acompañarle en las primeras jornadas un capellán de las Infantas y otro de Doña Leonor, llamados Juan de Aragón y Alfonso Alvaro, los cuales, a poco de andar, se sintieron tan conmovidos y aficionados a Fabro por la unción de sus palabras y la santidad de su vida, que quisieron asociársele para siempre. Ellos fueron los dos primeros españoles que, dentro de España, entraron en la Compañía de Jesús.

Apenas habían salido de Barcelona, cuando llegó Araoz, ya sacerdote y profeso, en segundo viaje, y despachados sus negocios, regresó el mismo año a Roma, a pesar de las instancias de Borja, Virrey de Cataluña. A poco, tercer viaje de Araoz. Venía con seis jóvenes jesuítas que debían continuar sus estudios en Coimbra. Fué con ellos primero a Valencia, donde predicó fervorosamente y puso en marcha la fundación de un colegio (1544), el primero que tuvo la Compañía en España. El P. Doménech ofreció su patrimonio para la fundación. El P. Mirón, igualmente valenciano, vino a regirlo de Coimbra, acompañado de otro Padre y dos estudiantes, todos los cuales, incluso el Rector, asistían a las clases de Filosofía y Teología de la Universidad.

Pasando por Gandía, donde a la sazón residía el santo Duque, se encaminó a Madrid, y después de predicar a las Infantas, continuó su viaje hasta Coimbra.

Esperó algunos meses la llegada de Fabro, y juntos se trasladaron a Valladolid, en marzo de 1545. A la vista de aquella sociedad de fe limpia y ardiente y de costumbres graves, a la que

daban esplendor y realce varones afamados en las letras, en las armas y en la política, Araoz escribía:

> «Es para alabar a Dios nuestro Señor cuánto crédito tienen de la Compañía en esta corte, y cuánto se sabe de ella. El buen Dr. Ortiz ha predicado mucho de ella y no cesa... Hay mucha religión entre estos cortesanos, tanto, que a unos llaman claustrales; a los más recogidos, observantes, y a los más espirituales, capuchinos... El Príncipe... los cuatro días de Semana Santa no comió pescado, ni huevos, ni conservas. Es muy bien inclinado.»

Pronto llamaron la atención los dos jesuítas por su actividad infatigable en el confesonario, en el púlpito, en las visitas a pobres y ricos, palacios y hospitales. Araoz se distinguía por sus sermones; Fabro, por lo espiritual de sus conversaciones y por la destreza en dar los Ejercicios. Resplandecía tanto la pureza de su vida, que entre damas y caballeros empezó a correr la especie —inventada, quizá, por Melchor Cano—de que los jesuítas usaban cierta hierba para guardar la castidad. Llegó el rumor a oídos del Príncipe, quien encargó a su ayo se informase de aquella hierba misteriosa. Interrogado el P. Araoz, contestó que, en efecto, se valían de una hierba, cuyas virtudes encareció, ante el asombro de su interlocutor. Y preguntado por el nombre de ella, respondió: «Esta hierba, señor mío, se llama el santo temor de Dios.»

Costóle trabajo a Araoz desprenderse de los vallisoletanos, porque se habían encariñado tanto de su predicación, que quisieron interponer la autoridad del Príncipe Don Felipe para detenerle. Ocurrió entonces la muerte de la Princesa Doña María. Araoz pudo partir hacia Alcalá y Valencia, y poco después, Felipe II, viudo a los dieciocho años, se trasladó a Madrid con toda la corte, a la cual hubo de seguir el Beato Fabro. Solía éste decir que en ninguna parte como en Castilla había encontrado mies tan abundante y preparada para la siega, lo mismo en el pueblo que en los grandes.

Al salir de Valladolid, dejó establecidas las bases de un colegio de la Compañía con el P. Diego Méndez, recién admitido en ella, y dos estudiantes que seguían los cursos de la Universidad (1545).

Ahora su ardor apostólico no se encerraba en los muros de Madrid, sino que se expandía por Toledo, Illescas, Ocaña, Yepes y Alcalá, recogiendo en todas partes frutos de bendición y despertando vocaciones para la Compañía.

Agobiado de trabajo, pidió el auxilio de Araoz, quien se presentó en la corte en febrero de 1546. Dos meses después, llamado por San Ignacio, salía Fabro de Madrid, trató en Gandía con Francisco de Borja, por cuya voluntad puso la primera piedra de aquel colegio, entró en Roma el 17 de julio y falleció santamente en brazos de San Ignacio el 1 de agosto. Pío IX le beatificó en 1873.

El P. Araoz continuó con redoblado celo sembrando la divina palabra en Alcalá, Vergara, Zaragoza y Monzón, y gobernando, sin título definitivo, a los jesuítas residentes en España, hasta que el 1 de septiembre de 1547 firmó San Ignacio la patente en que le nombraba primer Provincial de España.

Colegios y vocaciones

Si el colegio de *Valencia* fué el primero que poseyó la Compañía en España, no fué, empero, aquella la primera casa o residencia, pues en rigor debe adjudicarse este título a una pobrecita vivienda de *Alcalá* donde se alojó en la primavera de 1543 el buen Francisco de Villanueva.

Ya conocemos al sacristán extremeño, de alma tan grande como mezquinas apariencias. Venido de Roma a Coimbra en 1542, la falta de salud impidióle hacer normalmente sus estudios, por lo que fué enviado a Alcalá. Unas piadosas mujeres, antiguas conocidas de Iñigo, buscáronle un aposentillo de limosna, y allí, a solas con su Dios y con su Nebrija, empezó el humilde Hermano, a los treinta y cuatro años de edad, a estudiar gramática latina.

Hombre rudo y sin letras, se reveló, en sus pláticas familiares y en el trato de cuantos se le acercaban pidiéndole consejo y dirección, como un eminente maestro de espíritu. El dominico

Fray Mancio de Corpore Christi, catedrático de Teología, era uno de los que se gozaban en entablar con él conversaciones espirituales.

Por recomendación del Doctor Ortiz, obtuvo, en 1544, una colegiatura o beca de Gramática en el Colegio de San Isidro; cedió parte de su aposento a un jovencito, que, después de hacer los Ejercicios, se había resuelto a ser de la Compañía, y allí los encontró el Beato Fabro cuando visitó a Alcalá, por junio de 1545. Entonces se resolvió la fundación de un colegio, como ciudad que era la más a propósito para excelentes vocaciones, por razón de la célebre Universidad.

Vinieron, pues, de Coimbra dos Hermanos teólogos, y Villanueva, constituído Superior de aquella diminuta comunidad, dióse a buscar un sitio donde pudieran vivir con cierta independencia, y hallólo junto al muro de la villa, en un patio sucio con unos aposentillos abandonados y caedizos, abrigo nocturno de estudiantes mendigos. «Con decir que les cedieron los aposentos de balde, y que el patio tenía el innoble apellido de *Mataperros*, se podrá formar el lector una idea de la opulencia de aquella morada.» (Astrain.)

Ya tenían casa. Pero ¿y comida? No faltaron limosnas fijas, aunque no muy crecidas, «y holgaran de tener el pan que habían menester, que de carne, con media asadura que traían del rastro, pasaban una semana, contentándose con hierbas cocidas a las noches, y andando, con todo esto, alegres y contentos y glorificando a Dios» (CASTRO: *Hist. del C. de Alcalá)*.

Así empezó, en la primavera de 1546, el Colegio complutense, que será, andando el tiempo, el más lozano plantel de la Compañía en España, ilustrado por las mayores lumbreras de la ciencia y de la virtud.

Villanueva, Rector, cocinero, comprador y gramático, todo en una pieza, sacaba tiempo para ejercer en la población estudiantil un fecundo apostolado. Veía surgir las vocaciones, pero veía también que sus súbditos, entre los que se contaban ya algunos sacerdotes, caían frecuentemente enfermos por lo insalubre de la vivien-

da. Por fin, en 1547, después de los brillantes sermones predicados en la cuaresma por el P. Araoz, le fué dado cambiar aquel mísero albergue por otro menos incómodo.

Preciso es decir algo del *Colegio de Gandía*, primer colegio mixto para jesuítas y seglares, que mereció servir de modelo a los que tras él vinieron, y que reviste particular importancia por haber sido *la primera Universidad* que tuvo en el mundo la Compañía de Jesús.

Ya en 1544 propuso el Duque de Gandía al P. Araoz la fundación de un colegio en su ciudad. No se aceptó hasta el año siguiente. Con la aprobación de San Ignacio, vinieron de Coimbra el P. Andrés de Oviedo, de reconocida santidad, y el H. Francisco Onfroy, llamado también Gallo, por ser francés de nación. Otros cinco estudiantes fueron enviados de Roma, que llegaron a Gandía en noviembre de 1546. Mientras se construía el colegio definitivo, vivían en una casa de alquiler, y en tanto que el Padre Oviedo se consagraba con fervor a los ministerios sacerdotales, los demás estudiaban con los hijos del Duque en palacio.

Una vez inaugurado el nuevo edificio, lanzóse el P. Oviedo a una empresa no usada en la Compañía, cual era la enseñanza. Determinó que el H. Onfroy, muy versado en Filosofía, abriese en el Colegio un curso de artes, al que pudiesen asistir los estudiantes de fuera. Inauguráronse las lecciones, a estilo de las Universidades, a principios de octubre (1546), proponiéndose públicamente varias tesis de Lógica, Física, Moral, Metafísica y Teología, tesis que explicó y defendió el H. Onfroy durante dos días ante el señor Duque y numeroso concurso, con tanto aplauso, que, pasando por Gandía poco después Santo Tomás de Villanueva, quiso el Duque que se le obsequiara con otra disputa de Filosofía.

En lo económico, dependía aquel Colegio enteramente de San Francisco de Borja, que ya entonces era el más espléndido y universal bienhechor de la Compañía. El fué quien, merced a la privanza que gozaba con Paulo III y con Carlos V, logró elevar aquel Colegio al rango de Universidad, con facultades y privilegios como las de Salamanca, París, etc. Su dirección la admitió San Ignacio el 20 de marzo de 1548, mandando que se pusieran

ocho cátedras: tres de Gramática y Letras humanas, tres de Filosofía y dos de Teología, y dejando al arbitrio del Duque el aumentar o disminuir el número de maestros. El único catedrático no jesuíta era el conocido teólogo mercedario P. Jerónimo Pérez.

Esta Universidad de Gandía no pudo competir, a la larga, con la próxima de Valencia, y al desaparecer la sombra protectora del santo Duque, se inició su decadencia.

Siguió a estas fundaciones la del Colegio de *Barcelona*, iniciado en 1545, cuando el P. Araoz reunió en una pobre casa de alquiler a cuatro sacerdotes catalanes, que, aunque novicios, empezaron a ejercitar su celo con gran edificación de la ciudad.

Finalizaba el año 1547, cuando el P. Miguel de Torres, admitido por San Ignacio en Roma, como dijimos, pero cuya entrada en la Compañía acababa de hacerse pública en Alcalá, donde era muy respetado, recibió del Fundador este aviso:

> «El Cardenal don Francisco de Mendoza me pide envíe algunos de los nuestros a fundar un Colegio en Salamanca, que él quiere dotar. No tengo a quien encomendar esto sino a V. R., y así podrá tomar uno o dos compañeros de los que en ese Colegio de Alcalá están, y irse con ellos a Salamanca de Superior.»

Obedeciendo prontamente, se puso en camino, y el 9 de febrero de 1548 entraba en *Salamanca* con dos Hermanos estudiantes y un sacerdote toledano que se les juntó. Los comienzos del Colegio salmanticense, que en el siglo XVII poseerá uno de los más colosales edificios, exponente magnífico del arte barroco, fueron tan ruines como los de Alcalá. Primero fué un mesón donde se hospedaron; luego, una pobre casa particular; después, otra casuca, «donde en un aposento bajo aderezaron con lodo y paja una capilla, y en ella pusieron una imagen de papel por retablo» (Ribadeneira).

Esta pobreza no les impedía dedicarse con tanto ahinco a la reforma y santificación del pueblo, que la ciudad se conmovió, y en la Universidad brotaron insignes vocaciones, como la de Fernando Alvarez del Aguila, noble sacerdote avilés, y la del santo y nobilísimo Antonio de Córdoba, que en Salamanca se resolvió a entrar en la Compañía.

A las súplicas del mismo Cardenal Francisco de Mendoza se debió igualmente la entrada de los jesuítas en *Burgos* (1550). Varios Padres de Salamanca salieron a evangelizar por los pueblos de la diócesis burgalesa, Medina de Pomar, Castro Urdiales, Portugalete, Aguilar, Laredo, etc., y dos de ellos quedáronse luego en la *Caput Castellae* para empezar el Colegio. Al año siguiente llegó como Superior el P. Estrada, cuyos triunfos oratorios habían dejado largo eco en Italia y los Países Bajos, y cuya elocuencia encendía los ánimos y los llevaba a Dios.

Medina del Campo, célebre por sus ferias y por la afluencia de mercaderes, era una ciudad harto próspera y rica, y, por lo mismo, necesitada de cultivo espiritual. En 1551 abrióse allí un Colegio, filial del de Salamanca, que empezó humildemente con catequesis a los niños, sin descuidar las acostumbradas visitas a cárceles y hospitales. Un Padre daba lecciones gratuitas de Filosofía, y como era frecuente en los contratos de los mercaderes cometer fraudes e injusticias, explicó preferentemente la moral en lo concerniente a esas cuestiones.

Cuando en 1553 hubo de construirse Colegio de nueva planta, vióse a muchos hombres honrados y ricos de Medina «quitarse las capas y desceñirse las espadas doradas, y, con sayos de seda y calzas de aguja, andar con nosotros trayendo ladrillos y arena» (Litt. quadrim).

En 1555 se pusieron clases de latinidad, a las que no tardará en venir un jovencito pobre, que llegará a ser una de las más puras glorias de España y de la Iglesia: era su nombre Juan de Yepes, hoy San Juan de la Cruz.

Como en todos los colegios, así en el de Medina surgieron abundantes vocaciones. Baste mencionar el caso de Rodrigo de Dueñas, bienhechor del Colegio, que dió sus cuatro hijos a la Compañía, y el más notable aún de los Acostas, cinco hermanos que entraron sucesivamente en el noviciado, el más joven de los cuales será *el Plinio del Nuevo Mundo*, P. José de Acosta.

La fundación del Colegio de *Córdoba*, en 1533, debióse a la generosidad de los cordobeses, especialmente al Deán de aquella Iglesia, personaje influyente y acaudalado, al P. Antonio de Cór-

doba, que ofreció unos beneficios eclesiásticos que poseía, y a su piadosa madre, la Marquesa de Priego. Se atendió a la educación de la juventud, con clases de latinidad, y a la formación de los clérigos, con lecciones de Teología moral. Intervinieron en la tramitación del negocio personas tan santas como el Beato Juan de Avila y el P. Antonio, con los más insignes y virtuosos Superiores de España: San Francisco de Borja, Padres Nadal, Villanueva y Torres. ¿Qué extraño que por las oraciones de tales varones Dios bendijera las actividades de aquel Colegio, que pudo llamarse el principio de la Provincia de Andalucía? Aquí merece trasladarse lo que el cronista Andrés García de Morales consignó en su *Historia manuscrita de Córdoba:*

> «Parecía la casa (de la Compañía) una feria de mercaderías del cielo. Veíanse por los claustros, iglesia y confesonarios, ordinaria contratación sobre los negocios de la salvación de las almas. El caballero, el mercader, el regidor, el fiscal, el juez, las madres de familia, todos acudían a tratar materias convenientes a sus oficios, resolución de las dudas y casos importantes, a la justificación de sus tratos, consejos tocantes a la gobernación de sus casas. No eran muchos los obreros, aunque la mies era tanta. Eran los que había hacendosos y diligentes; tan a la mano los hallaban los pobres como los ricos para cualquiera cosa en que los habían menester. Para todos trabajaban y para todos parece que habían nacido, según la voluntad con que trataban el beneficio de todos. Y con ser al fin hombres y sujetos naturalmente a cansarse y recibir importunidad algún día de negocios, no solamente ajenos, pero suyos, nunca venían de predicar tan cansados que rehusasen de confesar a nadie, ni de estar todo un día en un confesonario, ni acababan tan importunados a la noche que no fuesen muy de buena gana a velar con los que se estaban muriendo. Fué muy grande y muy reconocida la reformación en costumbres ejemplares, las mudanzas de vida, y mayores los reparos de daños.»

Con solo tres individuos empezó el Colegio de *Avila* en 1554, siendo el alma de aquella fundación el P. Alvarez del Aguila, de las más nobles familias avilesas. Poco después florecían en aquel pobre Colegio expertos confesores, que acertaron a dirigir en los más encumbrados caminos del espíritu a Santa Teresa de Jesús.

Más humildes fueron, en el mismo año de 1554, los comienzos

del Colegio de *Cuenca*, que en los primeros años se sostenía de limosnas y servía como de casa de veraneo para los enfermos de Alcalá.

En cambio, pocos colegios se instituyeron con tan firmes bases como el de *Plasencia* (1554), gracias a las liberalidades del caballeresco y rumboso Obispo don Gutierre Vargas de Carvajal, sobrino del famoso Cardenal, Presidente del Conciliábulo de Pisa. Este Obispo, bizarro y pendenciero, «hombre, según Ribadeneira, de gran punto y mal sufrido, y en su vida licencioso», conoció en Trento al P. Laínez, quien le dió algunas meditaciones de los Ejercicios, aunque con poco fruto.

Empeñado en llevar jesuítas a su diócesis, desgarrada por bandos y discordias, logró que en el verano de 1554 fuesen allá destinados algunos Padres de insignes talentos y virtud, como Martín Gutiérrez, Juan Suárez, Dionisio Vázquez, etc., con varios coadjutores. Mientras se construía el edificio, cedióles don Gutierre un departamento de su propio palacio, y otorgó al Colegio dotación para mantener a cuarenta sujetos, con la obligación de enseñar gratis la Gramática, de tener una lección de casos de conciencia y enseñar a leer y escribir a los párvulos.

Grande fué el fruto logrado en la ciudad y en toda la diócesis, consiguiéndose lo más difícil, que era la reforma del Prelado. Entra un día a verle el P. Villanueva, venido de Alcalá, y le dice: «Aquí nos ha traído V. S. para hacer bien a sus ovejas; pero es necesario empezar por el pastor.» Propónele hacer los Ejercicios por veinte o treinta días. Resístese don Gutierre, mas al fin se rinde. Villanueva tenía gracia especial para darlos, y Dios se dignó mover el corazón del Obispo. Reconcilióse con el cabildo, puso su conciencia y todos sus haberes en manos de San Francisco de Borja, y a voz de pregonero anunció por toda la diócesis que quien hubiese sido perjudicado en alguna cosa por el señor Obispo, se presentase a reclamar ante tres eclesiásticos designados por el mismo Borja. En los tres años y medio que le duró la vida, observó una conducta ejemplar, penitente y de gran caridad para con los pobres.

Otros dos colegios nacieron en este año de 1554: el de *Sevilla*,

en una pobre y angosta vivienda, llena de goteras, ya que San Francisco de Borja rechazó por demasiado buenas unas casas que donaba el caballero Ponce de León; y el de *Granada*, pobre también, aunque no tanto, pues el granadino P. Diego de Santa Cruz, antiguo discípulo del Beato Avila, dió una casa bien situada, y el Arzobispo don Pedro Guerrero contribuyó con una fuerte limosna.

Solía decir este Prelado desde que conoció a los jesuítas en Trento: «*Castra Dei sunt ista;* éstos son los reales de Dios con que en estos tiempos se ha servido su Majestad hacer guerra al mundo, demonio y carne» (Ribadeneira).

A *Granada* se trasladó, en 1556, el noviciado de Andalucía, que pocos meses antes había empezado a tener vida independiente en *Córdoba*, como la tenía el de Castilla, desde 1554, en una casucha de *Simancas*.

Todavía, antes de morir San Ignacio, hay que registrar tres fundaciones: la de *Sanlúcar de Barrameda*, procurada en 1554 por el Duque de Medina Sidonia y extinguida en 1556; la del Colegio de *Murcia*, inaugurada en 1555 por la generosidad del Obispo don Esteban de Almeida, y, por fin, la de *Monterrey*, en Galicia, debida al Conde de Monterrey, don Alonso de Fonseca y Acebedo. Del Colegio de *Oñate* haremos mención en seguida, y del de *Zaragoza* cuando se trate de las persecuciones que sufrió la Compañía. Como en Alcalá desde 1553, así en Murcia desde 1555 y en Monterrey desde 1556 fué preciso establecer un pabellón independiente o casa especial para Ejercicios.

Vocación de San Francisco de Borja

Fué providencia singularísima de Dios, que Francisco de Borja, biznieto del Papa Alejandro VI por parte de padre, biznieto del Rey Católico Don Fernando por parte de madre, menino en su adolescencia de la Infanta doña Catalina, montero mayor del César Carlos V y caballerizo mayor de la Emperatriz; Duque de Gandía por derecho de primogenitura, Marqués de Lombay por concesión del Emperador, Virrey de Cataluña durante tres años largos, fa-

vorito de Carlos V, que en él depositaba toda su confianza. Grande de España y predestinado por su sangre y sus raras cualidades para los más altos honores, tomase la resolución de entrar en una Orden religiosa incipiente, sin el prestigio de la tradición, mal vista por muchos, perseguida por no pocos, y que hacía profesión de renunciar aun a las dignidades eclesiásticas. ¡Quién sabe si fué cabalmente esto último lo de más atracción para aquel gran menospreciador del mundo!

De todos modos, su entrada en la Compañía de Jesús fué providencial, porque solamente el resplandor de su autoridad podía disipar ciertas nubes de tormenta que se iban espesando en España contra la nueva Orden, a la par que el prodigio de su santidad heroica aureolaba a toda la Compañía española, de la que fué Borja muchos años, después del Santo Fundador, el más alto jerarca.

Encargándole guardar secreto sobre la decisión que había tomado de hacerse religioso, escribíale San Ignacio: «El mundo no tiene orejas para oír tal estampido.»

Había brotado esta determinación en el ánimo del Marqués de Lombay el 16 de mayo de 1539, cuando, al hacer públicamente entrega del cadáver de la Emperatriz al Arzobispo y cabildo de Granada, vió con una luz interior, a manera de relámpago, la fugacidad y nadería de las glorias humanas en el rostro de su Señora, antes resplandeciente de juvenil belleza, ahora espantoso de fealdad y horrura. Un sermón del Beato Avila le confirmó en su propósito: «No más servir a señor que se me pueda morir.»

Pidió licencia a Carlos V para retirarse de la corte, mas el Emperador nombróle Virrey de Cataluña, el Rosellón y Cerdaña. Tenía Borja veintinueve años.

En Barcelona fué donde conoció a los primeros jesuítas. Araoz y Fabro dirigieron un tiempo su conciencia y le hablaron de la virtud y prudencia de Ignacio de Loyola.

Que un Virrey, casado, comulgase todos los domingos y fiestas, era cosa para entonces tan rara, que chocaba a sus súbditos, y no faltó quien la criticase. Borja consultó por escrito a San Ignacio, el cual, teniendo la carta en las manos, dijo a Miguel de

Rovira, que se hallaba presente: «¡Quién dijera a este señor que, andando el tiempo, ha de ser de nuestra Compañía y venir a Roma a ser su cabeza!» Huelga decir que un santo aprobó las piadosas prácticas de otro.

Firme, providente y pacificador fué el gobierno del Virrey.

Habiendo fallecido en 1543 su padre, don Juan de Borja, Duque de Gandía, abandonó el virreinato para poner orden en su familia y estado. En 1546 queda viudo, por muerte de su esposa doña Leonor de Castro. Dios le envía en aquel trance un santo consejero: el Beato Fabro. Hace en seguida los Ejercicios con el P. Andrés de Oviedo y hace voto de entrar en la Compañía apenas se desentienda de ciertos asuntos domésticos.

San Ignacio le abrió los brazos con íntimo consuelo, enviándole juntamente estos consejos:

> «Pues esas señoras doncellas (sus hijas) tienen ya edad para ponerlas en sus casas, V. Sría. las debería casar muy honradamente, conforme a cuyas hijas son. Y si hay buena ocasión, el Marqués (Don Carlos, el primogénito) también se case. Y a los demás hijos no sólo les deje al amparo y sombra de su hermano mayor, al cual quedará el Estado, pero además de esto, les quede a ellos hacienda competente, con la cual puedan honestamente pasar, a lo menos en una principal Universidad, prosiguiendo los estudios, en que tienen echados tan buenos cimientos. Pues de creer es que la majestad del emperador, siendo ellos lo que deben (y yo espero que serán), les hará la merced que tienen merecida vuestros servicios, y promete el amor que siempre os ha tenido. Débese también poner diligencia en las fábricas comenzadas, porque deseo queden en su perfección todas vuestras cosas, cuando nuestro Señor fuere servido que se haya de publicar la mudanza de vuestra persona.
>
> Entre tanto que estas cosas se concluyen, pues V. Sría tiene tan fundados principios de letras para sobre ellas edificar la sagrada teología, holgaría yo, y espero que Dios de ello se servirá, que aprenda y estudie muy de propósito, y si ser puede, querría que en ella se graduase de doctor en esa Universidad de Gandía, y esto con mucho secreto por ahora.»

Punto por punto, cumplió Borja todo el plan de Ignacio. Celebrándose en 1547 las Cortes Aragonesas en Monzón, mandó Felipe II, por encargo del Emperador, que asistiese el Duque de

Gandía. Tan prendado quedó el prudente Príncipe de aquel santo consejero, que pensó en retenerlo siempre consigo. Acudió Borja, en este peligro de su vocación, a Ignacio y al Papa, y Paulo III, que debía a un Borja el Cardenalato, expidió un Breve secreto, dándole licencia para hacer solemne profesión en la Compañía, reteniendo todavía por tres años la administración de su estado.

El día 1 de febrero, fiesta de San Ignacio mártir, de 1548, hizo la profesión, con lo que se veía libre de todas las dignidades seculares.

«Un hombre que se llama Francisco»

No es posible resumir en breves líneas las grandes obras públicas que, antes de revelarse como jesuíta, llevó a cabo en bien de sus estados, de su patria y de la Iglesia universal. Sólo en limosnas, calculaba el P. Oviedo que en seis o siete años habría dado 50.000 ducados.

El 20 de agosto de 1550 graduóse de doctor en Teología, y anunciando que deseaba ganar en Roma el jubileo de aquel año, se puso en camino, llevando en su modesta comitiva diecinueve criados y nueve jesuítas distinguidos, convocados por San Ignacio para mostrarles las Constituciones.

Todas las ciudades de Francia e Italia acogieron a Borja con exquisitos agasajos, porque sabían su privanza con el Emperador. El Duque de Ferrara y el de Florencia, movidos por las conversaciones con Borja, se decidieron a levantar sendos colegios a la Compañía.

Llegado el peregrino a la Ciudad Eterna, hospedóse en la casa de la Compañía, a donde iban a visitarle todos los nobles y cortesanos de Roma. En los tres meses y medio que allí permaneció, tuvo tiempo, no sólo para visitar al Papa Julio III, que se edificó mucho de sus heroicas virtudes, sino para tratar despacio con San Ignacio e imbuirse bien en su espíritu.

Después de publicar su profesión, hubo de salir precipitadamente de Roma, en la noche del 4 de febrero de 1551, porque se

rumoreaba que el Papa iba a nombrarle Cardenal. ¿Cómo esquivar las dignidades eclesiásticas? Escondiéndose en un rincón de la apartada Guipúzcoa.

El 5 de abril llegó a Loyola, visitó la casa natal del Fundador de la Compañía y fijó luego su residencia en Oñate.

Allí, en documento notarial que se conserva, renunció a sus estados, rentas y títulos en favor de su hijo Don Carlos, cortóse el cabello y la barba, cuyos despojos guardaron por reliquia sus criados, vistióse una sotana del más groseso buriel y se mostró al mundo como humilde religioso de la Compañía de Jesús. El Duque de Gandía, el favorito del Emperador, no quería ser más que «un hombre que se llama Francisco»; por las calles de Oñate se le veía con su alforja al hombro pidiendo limosna.

En virtud de un Breve del Papa concediéndole recibir las sagradas órdenes de manos de cualquier Obispo, llamó al Auxiliar de Calahorra, quien le confirmó las órdenes menores y mayores en la semana de Pentecostés. El 23 de mayo de 1951, víspera de la Trinidad, era ya sacerdote, y el 1 de agosto celebraba su primera misa con indecible devoción en el oratorio de la casa natal de San Ignacio.

Vivían en Oñate cinco jesuítas, siendo Superior de ellos el P. Miguel de Ochoa o Navarro, hombre de singular candor y fe, enriquecido por Dios con el carisma de las curaciones prodigiosas; pero todos se eclipsaron ante la fama que seguía al Duque santo.

Púsose Borja a trabajar como un apóstol en la reforma moral del país vasconavarro, saliendo a misionar por los pueblos de Vergara, Azpeitia, San Sebastián, Tolosa, Mondragón y Elgueta, pasando luego a Pamplona, llamado por el Virrey de Navarra, Duque de Maqueda, para volver por Salvatierra a Loyola y Oñate. En otra expedición evangélica predicó, por un mes, en Calahorra y Logroño, y por dos meses, en la ciudad de Burgos. Los templos eran incapaces para contener a las muchedumbres, y hubo ocasión en que 12.000 personas corrieron a verle y oírle, de suerte que «hasta los árboles estaban cargados de hombres y muchachos», viniendo algunos de diez leguas de distancia. Era Borja orador.

y tenía sobre la predicación ideas personales, que más tarde expuso en un breve tratado.

Había quienes, atraídos por la fama de su santidad, se llegaban a él con ánimo de imitarle. Así Bartolomé Bustamante, secretario que había sido del Cardenal Tavera en Toledo; así tres de los más insignes discípulos del Beato Avila: don Diego de Guzmán, hijo del Conde de Bailén; el doctor Gaspar de Loarte, buen teólogo y varón muy espiritual, y el joven de tanta nobleza como santidad don Antonio de Córdoba, hijo de los Condes de Feria, quien, al igual que Borja, venía huyendo de un capelo cardenalicio. Todos honraron grandemente a la Compañía de Jesús.

Era la cuaresma de 1552, cuando recibió orden de San Ignacio de salir de su retiro guipuzcoano y visitar, para recomendación de la Compañía, las cortes y los palacios de los grandes. Inmediatamente se puso en camino de Burgos y Valladolid, «donde nuestra pobrecilla casa—así decía uno de los allí residentes—vino a ser un gran palacio de señores», por las continuas visitas de cortesanos y caballeros. Partió luego a Tordesillas, a verse con doña Juana la Loca; de allí, a Toro, rogado por la Infanta doña Juana, hermana de Felipe II, y el sábado santo entró en Salamanca.

Al regresar por Tordesillas, anunciole el Príncipe que Carlos V le había propuesto nuevamente para Cardenal, peligro que se evitó gracias a San Ignacio.

Tras una visita al Almirante de Castilla y a los Condes de Paredes y Castrojeriz, tornó al humilde Colegio de Oñate, en cuya construcción se le vió alguna vez trabajando como peón de albañil. Con tales ejemplos de humildad y desprecio de los honores se conmovía el católico pueblo español, y preparado así el terreno, caía la palabra del Santo, viva, ardiente y eficaz, operando en todas partes milagrosas transformaciones.

Seguíase otro fruto de sus correrías por España: donde aparecía Borja, los adversarios de la Compañía, o callaban como mudos, o se convertían en favorecedores y amigos. Al mismo Carlos V le dió cumplidos informes en el retiro de Yuste. Ya hemos hablado de su entrada en Portugal en 1553; de las graves tribulaciones que le sobrevinieron, trataremos en su lugar oportuno.

Persecuciones en Salamanca, Alcalá y Zaragoza

A la marcha progresiva de la Compañía en España, que se aceleró bajo el gobierno de San Francisco de Borja, propenso a multiplicar los domicilios, se opuso la brava tormenta levantada, primero por Melchor Cano, luego por el Arzobispo de Toledo, Siliceo, y, en fin, por el clero zaragozano.

No es fácil de disculpar la campaña violenta y calumniosa del egregio teólogo Melchor Cano, O. P., aunque se explique, en parte, por su carácter algo jactancioso, intemperante y mal mortificado, no menos que por su aversión a toda suerte de iluminismos o pseudomisticismos, tan frecuentes en aquella época de beatas ilusas y de alumbrados.

Desde que conoció a los jesuítas, se le hicieron sospechosos, pero hasta 1548 no empezó a sermonear contra ellos.

Reconocía que sus obras eran buenas y hacían fruto en las almas; no obstante, «*suspicandum est* no sea artificio del diablo». Hablaba con desprecio de San Ignacio y de los primeros compañeros. Decía que el Papa había aprobado sólo el fin de la Compañía, esto es, el predicar por el mundo, no las Reglas y Constituciones. Reprendía en ella la falta del coro, el no tasar las penitencias corporales estatutariamente, la excesiva benignidad de los confesores con los penitentes, la práctica de los Ejercicios y algunas de sus doctrinas; insistiendo en que los jesuítas eran los precursores del Anticristo, y explicando el capítulo III de la segunda carta a Timoteo con palabras como éstas: «Vendrán señales antes del juicio, y entre otras, vendrán hipócritas, vendrán alumbramientos y Ejercicios, y los que ahora son tenidos por santos, entonces serán malditos e irán al infierno.»

Estas insinuaciones, que hoy nos hacen reír, afligieron entonces gravemente a los jesuítas, particularmente en Salamanca, donde los oyentes del dominico apuntaban con el dedo al jesuíta que topaban en la calle, como a sospechoso de herejía. Y sabido es que éste era el *punctum dolens* más sensible al español del qui-

nientos, agudamente hiperestésico en lo tocante a la fe y al honor.

San Ignacio y los Superiores de España, para limpiarse del descrédito que sobre ellos caía, acudieron a los que pudieran defenderlos con su autoridad, incluso al Romano Pontífice.

El Maestro General de la Orden Dominicana expidió a todos sus religiosos una carta circular ordenando que ninguno murmurase de la Compañía de Jesús, «antes trabajéis de ayudar a esta religión y a los Padres de ella, como a soldados de nuestra misma capitanía». El Beato Juan de Avila extremó sus acostumbradas muestras de amor a los hijos de San Ignacio, pero el primero que salió por escrito a la defensa de los jesuítas fué el dominico Fray Juan de la Peña, muy respetado en Salamanca.

Punto por punto respondió brillantemente a las objeciones de Melchor Cano, en una Apología de la que sólo un compendio conservamos.

Con los sermones elocuentísimos del P. Estrada, venido de Portugal, a fines de 1548, acabaron de recobrar los presuntos reos su buena fama entre el pueblo. «Los frailes de San Esteban han dicho que en esta Cuaresma (de 1549) han entrado en su Orden treinta frailes, movidos de Nuestro Señor por medio de la doctrina y conversación de los Padres de la Compañía.» Así escribía uno de éstos.

Melchor Cano hubo de enmudecer por entonces.

En Alcalá no tenía ya la Compañía la protección del influyente doctor Ortiz, muerto a principios de 1548, aunque sí la de otro doctor, rico y generoso, el canónigo Alonso Ramírez de Vergara, Magistral de Cuenca y consultor de la Inquisición. El ataque vino aquí de más arriba.

Don Juan Martínez Guijeño, generalmente apellidado Siliceo por la costumbre de entonces de latinizar los nombres, de origen muy humilde, pero de ingenio penetrante y de carácter imperioso, habíase distinguido como matemático y filósofo en las cátedras de París y Salamanca; era además muy caritativo y virtuoso, lo que le mereció ser elegido por preceptor del Príncipe don Felipe. Este, en agradecimiento a sus enseñanzas, le presentó para Obispo de Cartagena y luego para Arzobispo de Toledo.

Eran los Arzobispos de Toledo señores de Alcalá en lo espiritual y en lo temporal, nombrando ellos tanto al Corregidor como al Vicario general. Apenas hubo personaje en todo el Arzobispado con quien no riñera Siliceo, pero su genio, adusto e inflexible, chocó más duramente con la Universidad complutense y con los jesuítas.

La primera vez que trató a Fabro y Araoz, dióles muestras de benevolencia, mas ya en 1549, Villanueva anunciaba que el Arzobispo no se llevaba bien con la Compañía. En 1551 retiró las licencias a todos los sacerdotes que habían hecho los Ejercicios y prohibió terminantemente a todos los jesuítas el predicar, confesar, adminitrar la Eucaristía y decir misa en cualquier iglesia de su Arzobispado. El hecho de ser la Compañía una Orden religiosa exenta de su jurisdicción era, sin duda, lo que más le exasperaba; deben añadirse las inspiraciones de Melchor Cano, y, por fin, el falso rumor, que esparcieron algunos, de que el Padre Villanueva y los jesuítas de Alcalá eran, en su mayor parte, cristianos nuevos. En este punto, su corazón parecía ser como su apellido. Todos saben con qué inhumano rigor implantó los estatutos de limpieza de sangre, excluyendo a los descendientes de moros, judíos y herejes, no sólo de las dignidades mayores, sino de todo género de beneficios eclesiásticos y hasta de las becas de los estudiantes.

Inútil fué que Villanueva le intimase—provisto de unas letras del Emperador para no ser encarcelado—las bulas y privilegios del Papa. Fué preciso que el mismo Sumo Pontífice le reconviniese muy en serio, y, sobre todo, que, a una con el Príncipe don Felipe, le exhortase el Nuncio a revocar sus edictos. Repuso a éste diciendo *que le dejase gobernar sus ovejas,* a lo que replicó el Cardenal Poggio, *que dejase Su Señoría Reverendísima a los de la Compañía, pues no eran sus ovejas, y si no, que por vida del Papa, le enviaría preso a Roma.*

Cedió Siliceo, aunque de mala gana, y poco después San Ignacio le envió una hermosa carta, llena de humildad y de agradecimiento.

Lo mismo Siliceo que Melchor Cano siguieron algún tiempo

ensañándose en el libro de los Ejercicios, procurando así desacreditar el más activo y eficaz instrumento empleado por la Compañía en la santificación de las almas.

Empezó el ataque en Toledo, por razón de unos sacerdotes que, habiendo hecho los Ejercicios, encarecían su eficacia espiritual y los daban a otros. Cuando el Duque de Gandía supo que ciertos doctores toledanos y alcalaínos ponían mácula en el libro de Ignacio de Loyola, acudió a Paulo III, rogándole mandase examinar el dicho libro y suplicándole lo aprobase, caso de merecerlo.

Encomendó el Papa este examen a una comisión en la que entraban el Cardenal Alvarez de Toledo y Egidio Foscarari, Maestro del Sacro Palacio, ambos de la Orden de Predicadores, y según su informe, declaró, el 31 de julio de 1548, ser los Ejercicios ignacianos *muy útiles y saludables para la edificación y provecho espiritual, aprobando y alabando todas y cada una de las cosas en ellos contenidas.*

Muy agradecido debió de quedar San Ignacio, no sólo al Papa, sino al Duque de Gandía, a cuyos méritos se debía aprobación tan cumplida. La cual, sin embargo, no bastó a reprimir la hostilidad que brotaba en España.

Melchor Cano olfateaba en los Ejercicios ciertos rastros de iluminismo «porque después de tantas semanas, *pollicentur gratiam* y ternura de corazón y sentimientos espirituales, que parece que obligan a Dios y es un género de tentarle». Argüía también contra la doctrina de la indiferencia, «que de la manera que Pelagio vino a levantar tanto el albedrío, que negó la necesidad de la gracia de Dios, y Lutero levantó tanto la gracia de Dios, que vino a negar el libre albedrío, así también llevan éstos tanto el conformarse con la voluntad de Dios, *etiam in volito materiali,* que quieren decir que de ninguna manera nos entristezcamos».

En 1553 el Arzobispo Siliceo nombró una junta, presidida por Fray Tomás de Pedroche, O. P., que llegó a condenar 19 pasajes de los Ejercicios. Circularon estas censuras por Toledo, Alcalá, Valladolid, Salamanca, y hasta hubo denuncias a la Inquisición. Afortunadamente, contra unos teólogos surgieron otros, tan doctos como aquéllos y menos apasionados.

El Doctor Bartolomé de Torres, después de refutar victoriosamente todas las objeciones, argüía diciendo: «Que verdaderamente ninguno puede saber lo que valen los Ejercicios hasta que los haga y use», y tapaba la boca a todos los adversarios con esta pregunta:

> «Después que tú has hecho grande diligencia en saber si hay errores, dices que los hallas; el Papa ha hecho tanta y mayor diligencia que tú, como parece en la aprobación, y dice que ningún error halla en los ejercicios. Dime tú mismo a quién te parece que tengo de creer más, ¿a ti o al Papa?»

Con apologías como ésta no tardó en desvanecerse la polvareda antijesuítica.

Por entonces mismo otra tempestad muy diferente se desencadenaba en Zaragoza.

Fué San Francisco de Borja el primero que pensó en que la Compañía se estableciese en la capital aragonesa, y fué un pariente suyo, el propio Arzobispo de Zaragoza, don Hernando de Aragón, quien con más terquedad se opuso a ello.

Iban con el Arzobispo los frailes agustinos, y en favor de los jesuítas el Prior de los dominicos, personas particulares de la ciudad y el Obispo de Huesca, don Pedro Agustín.

Sin grande actividad, por razón de los continuos litigios, trabajó allí la Compañía desde 1547 hasta 1554. Entonces, por impulso del ardoroso predicador, P. Estrada, nombrado Provincial, tratóse de inaugurar un nuevo edificio para colegio, a lo que se oponían los agustinos.

La hostilidad del Arzobispo estribaba, como la de Siliceo, en ser la Compañía, por privilegio papal, Orden exenta de la jurisdicción del Ordinario.

Tras varias disensiones, en 1555 don Hernando de Aragón, con una violencia incomprensible e injusta, dictó sentencia de excomunión contra los jesuítas y contra los que escuchasen sus sermones, oyesen misa o se confesasen en su iglesia. Azuzado el populacho, apedreó sus ventanas, pintólos en caricatura entre lla-

mas y diablos y con letreros soeces paseó por las calles aquellas figuras.

Intervino con energía la Princesa doña Juana, mandando al Virrey salir en defensa de los Padres perseguidos y ordenó severamente al Arzobispo revocar sus edictos.

> «Y cuando no lo hiciéredes, os certificamos, que así por el cumplimiento y obediencia de los dichos indultos y concesiones que los dichos religiosos tienen de la Sede Apostólica y Sumos Pontífices, como por la particular devoción que Su Majestad y yo tenemos a la dicha Orden, no hemos de dar lugar que sea por ninguna vía perjudicada, sino que la habemos de favorecer y ayudar.»

En aquellas áureas edades no todo era de oro, y había Obispos y frailes que desafiaban la autoridad del Soberano y la del Papa. Así sucedió en Zaragoza.

Los jesuítas, para evitar mayores males, salieron de la ciudad y se refugiaron en Pedrola. Mas cuando oyó la Princesa doña Juana lo sucedido, mandó, irritada, a los inquisidores que todos los culpables «parezcan personalmente en esta corte dentro de quince días», y en caso de negarse a obedecer, «los enviéis presos y a buen recaudo a esta dicha corte».

Ahora se persuadieron los zaragozanos de que la cosa no quedaba en palabras. Fué levantado el entredicho de la Iglesia, y los jesuítas volvieron escoltados por todas las autoridades en triunfal cabalgata, que recorrió las principales calles de la ciudad.

Nadal promulga las Constituciones. Prosperidad y elogio de la Compañía

Beneficio y regalo de Nuestro Señor son, en la doctrina ignaciana, las persecuciones. En España sirvieron para cimentar más sólidamente la Compañía y para acrisolar sus virtudes evangélicas.

A este fin contribuyó también la visita que en 1553-1554 giró

el P. Jerónimo Nadal a todas las casas y colegios por orden de San Ignacio.

Después que el Santo Fundador redactó en el trienio de 1547-1550 las Constituciones de la Compañía, diólas a examinar a los primeros Padres que acudieron a Roma en 1551, y al año siguiente determinó comunicarlas a todas las provincias por medio de un Visitador que las declarase auténticamente.

El elegido para ello fué el P. Nadal, *persona de gran entendimiento especulativo y práctico,* de prodigiosa actividad y energía en el obrar, que sabía hermanar con delicado tacto y consumada prudencia: *cuanto al espíritu*—nos dice Polanco—, *es persona que muy de veras se ha dejado poseer de la divina gracia;* conocedor como pocos del Instituto y penetrado del genuino espíritu ignaciano; *sin esto, es hombre de grande ánimo en el servicio divino y para cosas grandes y universales, y en todas, finalmente, muy estrenuo.*

Habíase distinguido en Mesina como Rector y, juntamente, maestro de hebreo y de Teología, predicador asiduo y consultor del Virrey y hasta como Capellán militar acompañando a la armada siciliana en su expedición gloriosa y dura al Africa.

En la misma isla promulgó las Constituciones en 1552, ajustando las costumbres de todos a las reglas escritas que llevaba de Roma. En marzo de 1553 San Ignacio le nombró Comisario general de España con plena autoridad sobre los Provinciales, y poniendo el libro de las Constituciones en sus manos, le encomendó promulgarlas en la Península.

«Las causas de la ida—según Polanco—son éstas: Una para les ayudar en la nueva forma de las escuelas... La segunda es para que les declare las Constituciones de la Compañía.» Y otra tercera, según Ribadeneira, «querer nuestro Padre visitar y consolar a todos sus hijos que estaban en estos reinos, y no pudiendo por su propia persona, porque su edad, poca salud y las ocupaciociones forzosas» no le daban lugar, quiso hacerlo por su representante.

Apenas desembarcado en Barcelona en mayo de 1553 partió Nadal para Valencia, donde la Compañía prosperaba a la sombra

del Virrey, Duque de Maqueda, y de Santo Tomás de Villanueva.

Atravesó en seguida la península y empleó todo aquel año en la visita de la agitada provincia de Portugal.

Hasta el 24 de diciembre no empezó la visita de las casas de España. La primera fué Córdoba. El 6 de febrero de 1554 entraba en Alcalá, el más numeroso de los colegios, y al cabo de un mes estaba en camino para las demás casas, terminando por las de Valencia, Gandía y Barcelona.

En pláticas e instrucciones explicaba las Constituciones y Reglas, ponía orden en los negocios espirituales y temporales de la casa, corregía lo que hallaba defectuoso, moderaba los fervores indiscretos, como en Alcalá, donde no dormían los estudiantes más de seis horas, añadían a la hora matutina de oración otra hora por la tarde en común, hacían después de comer y cenar una visita al Santísimo por espacio de un cuarto de hora y ayunaban todos los viernes y sábados del año.

En otras partes tuvo que refrenar la aplicación con que se daban al estudio, como en Gandía, donde les prohibió que estudiasen en los calurosos meses de julio y agosto. Todos abrían su conciencia al Visitador o se confesaban con él, saliendo muy consolados y dispuestos a guardar fielmente las Reglas y Constituciones.

San Ignacio quedó sumamente satisfecho de la actuación de Nadal. Este se embarcó para Roma en septiembre de 1554 no sin haber dividido, pocos meses antes, la *provincia de España* en tres: de *Andalucía* quedó por Provincial el doctor Torres; de *Castilla*, el doctor Araoz; de *Aragón*, el maestro Estrada. San Francisco de Borja fué nombrado Comisario con autoridad sobre las tres provincias españolas y sobre la de Portugal.

Como un campo florido, al que bendijo el Señor, esparcía aromas de virtud y santidad la Compañía de España, repartida, al morir San Ignacio, en 17 domicilios, con cerca de 300 sujetos. Las vocaciones afluían numerosas y excelentes, preparándose a la gran empresa de la restauración católica dentro y fuera de España, en la cátedra o en la selva remota, bajo la dirección de supe-

riores tan eminentes como Villanueva, Torres y Francisco de Borja.

Todas las personas santas y celosas del bien de la Iglesia se congratulaban y bendecían a Dios por las admirables obras que los hijos de San Ignacio acometían y llevaban a feliz término en la enseñanza, en las misiones, en la beneficencia pública y en todos los ministerios apostólicos. Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia, escribía en su testamento (1555) estas palabras:

> «Aunque nuestro Señor Jesucristo, unigénito Hijo de Dios, ha mostrado con nosotros su inefable misericordia en varias y admirables maneras, después de su sagrada pasión y muerte, no obstante, en estos últimos días nos ha concedido una gracia no pequeña suscitando unos hombres probos y timoratos, imitadores de su santa vida, que justamente llevan el nombre de Compañía de Jesús, cuyas costumbres, vida y ejemplos ilustran el orbe, de tal modo, que todos ven en ellos unos trasuntos de los Santos Padres; por donde Nos juzgamos serles deudores por nuestro oficio pastoral; porque en nuestra diócesis redujeron al redil a muchas ovejas perdidas y sanaron a muchas enfermas y no cesan todos los días de reducirlas y sanarlas. Y, lo que más se debe advertir, los fieles cristianos que antes apenas se confesaban una vez al año, ahora, por los consejos de estos Padres, con la gracia del Espíritu Santo, confiesan sus pecados y reciben la Sagrada Eucaristía cada domingo.»

Semejantes elogios podrían recogerse del Beato Avila, Santa Teresa, Fray Luis de Granada, Bartolomé de los Mártires, O. P., Martín de Azpilcueta y otras autoridades contemporáneas. El maestro Juan de Avila hubiera deseado entrar en la Compañía. De hecho la protegió cuanto pudo. A ella envió sus mejores discípulos, y a ella entregó, al morir, su cuerpo y el tesoro de sus manuscritos.

San Ignacio y los Colegios. Primeros Seminarios

En la fórmula del Instituto, presentada a Paulo III, no se hace mención explícita de la enseñanza en colegios y Universidades, como de ministerio propio de la naciente Compañía, pues la

eruditio puerorum ac rudium se refiere solamente a la enseñanza del Catecismo.

Sin embargo, la Compañía, como Orden de personas doctas, que quería cumplir el mandato de Cristo: *Id y enseñad...*, no podía restringir a la predicación el modo de comunicar su doctrina; y así vemos que los primeros compañeros de San Ignacio, antes de la confirmación de la Compañía, suben a las cátedras de la *Sapienza* de Roma y tienen lecciones de Sagrada Escritura y de casos de Moral en no pocas ciudades. Pero la *enseñanza ordinaria* se excluye positivamente en el primer esbozo de las Constituciones, trazado en 1541: «No estudios ni lecciones en la Compañía.» Es que no existían aún los coadjutores espirituales, sino solamente los profesos, y éstos, en concepto del Fundador, debían señalarse por su gran movilidad, cosa difícil de compaginar con la posesión de una cátedra fija en un colegio o Universidad.

Cuando en los primeros documentos habla San Ignacio de colegios de la Compañía, se refiere a domicilios de jesuítas que se forman asistiendo a las clases de una Universidad o Colegio de fuera. Así el Colegio de Padua (1541), en cuya Universidad estudiaban Frusio, Polanco, Ribadeneira; así los grupos de estudiantes de París, Coimbra, Colonia, Lovaina, Alcalá, Valencia, Valladolid, Barcelona, etc.

Estos colegios eran simplemente residencias de estudiantes universitarios, casas de formación o Seminarios de la Compañía, y juntamente eran al principio noviciados.

Vinieron luego los *colegios domésticos y mixtos*. Cuando ya en 1546 el Papa concedió que la Compañía tuviese coadjutores espirituales, permitió San Ignacio a sus hijos encargarse de la enseñanza, tanto para los jóvenes jesuítas como para los estudiantes de fuera que quisiesen asistir.

En la fórmula del Instituto aprobada por Julio III, entre los ministerios propios de la Compañía aparecen, junto a la predicación, las *lecciones públicas*. Y en las Constituciones, parte IV, hay un capítulo que faltaba en la redacción primera, y que dice así:

«1. Teniendo respecto a que en los Colegios nuestros no solamente los escolares nuestros se ayudan en las letras, pero aun los de

fuera en letras y buenas costumbres; donde cómodamente se podrán tener escuelas, se tengan, a lo menos de letras de Humanidad; y de allí arriba según la disposición que hubiere en las tierras de los tales Colegios, mirando siempre el mayor servicio de Dios nuestro Señor.»

El primer colegio mixto, con honores de Universidad, fué el de Gandía, según vimos. Siguióle el de Mesina, que sirvió de modelo a los demás, por lo cual merece que lo describamos más detenidamente.

Movida la ciudad por las predicaciones del P. Doménech pidió a San Ignacio nada menos que diez sujetos: cinco para las clases de Teología, Filosofía, Retórica, Humanidades y Gramática, y cinco para los ministerios de predicar, confesar, etc. Concedióles el Santo generosamente, y escogidos entre los mejores que tenía en Roma.

El P. Nadal iba de Rector, tomando además la clase de Hebreo y la de Teología; Pedro Canisio enseñaría la Retórica; el P. Andrés Frusio, distinguido humanista, y los jóvenes Benedicto Palmio y Aníbal du Coudray, estudiante aún, pero buenos literatos, se encargarían de explicar los autores clásicos y parte de la Gramática.

Con la bendición del Papa, ante quien Canisio pronunció un elegante y piadoso discurso latino, partieron todos hacia Sicilia, a donde arribaron el 18 de marzo de 1548.

El orden que se siguió en las clases fué el siguiente: Había tres clases de Gramática. En la primera o ínfima, con diversas secciones, estudiaban el *Donato*, la gramática del mesinense *Francisco Faraone* y los rudimentos de *Despautère*. En la segunda clase, además de Faraone y Despautère, *Luis Vives (De exercitatione linguae latinae)* y *Erasmo (De octo orationis partium constructione)*; juntamente, lectura y análisis de las epístolas de *Cicerón* y pasajes de *Terencio*. En la tercera, la sintaxis, el arte métrica y las figuras de Despautère, algunos tratados de Cicerón *(De senectute; De amicitia*, etc.) o *Salustio*, o algo de *Lorenzo Valla* y *Ovidio (De tristibus; De Ponto)*.

Todos los días tenían composición latina, unas veces en prosa, otras en verso, y no hablaban, claro está, sino en latín. Las clases

solían ser de tres horas por la mañana y tres por la tarde. Los sábados se consagraban a la repetición de la tarea semanal y a las concertaciones.

En la clase de Humanidades se leía *Erasmo (De copia verborum et rerum; De conscribendis epistolis)*, algunos epigramas *de Marcial*, tres libros de los Comentarios *de César*, o también algo de *Valla*, de *Salustio, Tito Livio, Plauto, Virgilio, Cicerón (De officiis; Epistolae)*; además, todos los días se estudiaba la Gramática griega de *Urbano de Belluno*, con la sintaxis griega de *Varennio*, y como lectura se empezaba por las fábulas de *Esopo* y se seguía por *Isócrates, Aristófanes, Homero, Luciano*, o también *Demóstenes, Hesíodo*, etc. Los alumnos de Humanidades no sólo componían en latín, como los anteriores, sino que se ensayaban en dominar la prosa y el verso griego. Dos horas duraba la clase matutina y dos la vespertina.

La Retórica se estudiaba por *Quintiliano* o por la Retórica *Ad Herennium;* leíanse por la tarde los dicursos de Cicerón o alguno de los historiadores. Los alumnos estaban más aliviados en cuestión de repeticiones y demás ejercicios, pero tenían declamaciones cada quince días.

Ya se entiende que Terencio, Marcial, Ovidio, Plauto y otros autores clásicos estaban cuidadosamente expurgados, para que ni la más leve sombra de error o de pasión malsana turbase el alma de los niños. El profesor debía ungir sus propios comentarios con las más puras esencias del Evangelio y de la moral cristiana.

A estos autores se añadieron luego los principales escritores y poetas cristianos, griegos y latinos; a los gramáticos y filólogos ya citados sustituyeron con ventaja los textos escolares redactados por Padres de la Compañía.

La clase de Dialéctica era de dos horas por la mañana y dos por la tarde, con frecuentes repeticiones y disputaciones escolásticas. Los libros que servían de texto eran primeramente *Jorge de Trebisonda, Jacobo Lefèvre d'Etaples*, o algún comentarista semejante, y después el texto mismo de Aristóteles.

La Clase de Hebreo no duraba más de una hora.

Todos los viernes se tenía una explicación de la doctrina cris-

tiana, y los domingos y fiestas, plática o sermón. La misa era diaria; la confesión, mensual.

El castigo de la férula no se empleaba sino con los más pequeños, y San Ignacio prohibió que se infligiese por mano de un jesuíta.

Organizador de este plan de enseñanza, que fué como la base práctica del *Ratio Studiorum S. I.*, no redactado todavía, fué el P. Jerónimo Nadal, quien se inspiró en los estatutos y costumbres de los colegios parisienses y en las reformas pedagógicas de insignes humanistas, como Vives, imprimiéndole la forma y carácter de su genio práctico, ordenado, prudente y sabio, al par que delicado y reciamente cristiano.

Conforme a estos estatutos de Mesina, se fundó, en 1551, el Colegio Romano. En la mañana del 18 de febrero, sobre la puerta de una casita, al pie del Capitolio, pudieron leer los transeúntes un letrero que decía: *Escuela de Gramática, de Humanidades y de Doctrina Cristiana, gratis.* Era el primer fundamento del *Colegio Romano*, abierto gracias a la generosidad del Duque de Gandía y a la idea genial de San Ignacio, que pretendía hacer de aquel establecimiento de enseñanza, situado en el centro del orbe católico, un modelo de todos los colegios, por su pureza de doctrina y por sus métodos pedagógicos.

El 23, lunes, se abrieron las clases de Gramática, Humanidades y Griego, siendo Rector el P. Pelletier, luego el P. Oliver. En 1553, nombrado Superintendente y Prefecto de estudios el P. Martín de Olabe, determinó San Ignacio emprender la enseñanza de las Facultades mayores, con tres actos solemnes: uno de Teología, otro de Filosofía y el tercero de Retórica. Distinguióse en éste el joven valenciano Benito Perera; presidió el de Filosofía el doctor Baltasar de Torres, médico español recién admitido en la Compañía, pero el que más brilló fué el P. Olabe, que hizo alarde de sus grandes conocimientos teológicos. Había nacido la *Universidad* que más tarde se llamará *Gregoriana.*

El humanista Aldo Manuzio escribió que nada le había producido tanto gusto y admiración en la ciudad de las siete colinas,

quantum vestri Collegii dignitas et ordo. ¡Y todavía no le habían llegado sus días de esplendor!

Por lo común, estos colegios mixtos, o se transformaban en Universidades, o vivían agregados a alguna Universidad, al estilo parisiense.

No tardaron en surgir otros colegios externos dedicados exclusivamente a la educación de los niños por la *enseñanza secundaria* y aun primaria. Su origen parece debe buscarse en que ciertos fundadores de colegios públicos para la instrucción de la juventud, quisieron que la Compañía, adiestrada desde el principio en la educación de los niños por sus frecuentes catequesis, y acreditada por la ortodoxia y sabiduría de sus maestros, se encargase de la administración y dirección de aquellas instituciones.

Así sucedió en el *Colegio de Goa*, fundado por Diego de Borba antes de la llegada de Javier, colegio cuya dirección encomendó el santo Apóstol al P. Camerte y que, en 1556, llegó a reunir unos 500 niños. Así también el *Colegio de Billom*, encomendado a los PP. de la Compañía por el Obispo de Clermont. De esta suerte, este ministerio, no previsto al principio claramente por San Ignacio y sus compañeros, vino a ser uno de los más importantes de la Orden.

Debe notarse que semejantes colegios eran gratuitos y solamente para alumnos externos. «Parece que, en vida de San Ignacio, no hubo más internado que el Colegio Germánico, y éste nunca fué mirado por nuestros Padres como una institución regular e imitable en todas las naciones, sino solamente como una fundación excepcional, impuesta por las necesidades de Alemania... Puede asegurarse que, en general, rehuían nuestros antiguos Padres el formar convictorios o internados. Temían el grave trabajo que ellos imponen, y, por otra parte, recelaban que se atribuyese a codicia el admitir las pensiones de los escolares» (Astrain).

Igual resistencia puso la Compañía a encargarse de Seminarios diocesanos, a pesar de ser esta obra muy amada de San Ignacio y de todos los jesuítas, por los grandes bienes que puede traer a la Iglesia.

Donde primero se notó la necesidad de sacerdotes sólidamente

formados fué en Alemania. Por eso San Ignacio, antes del Concilio de Trento, aconsejó al P. Jayo indujese a los Obispos a escoger jóvenes aptos para el sacerdocio y darles una esmerada formación en virtud y ciencia. No sólo inculcó Javo esta idea a los Prelados alemanes de Salzburgo, Eichstadt, Tréveris, Maguncia, Augsburgo, sino que en Trento habló sobre ello a los Legados del Papa, como uno de los medios más eficaces para la reforma de la Iglesia, y aunque en las dos primeras reuniones nada se determinó sobre el caso, mas por fin, en la sesión XXIII (1563), se dió el decreto de que cada diócesis, a ser posible, erigiese un seminario. Inmediatamente llovieron sobre la Compañía peticiones para que tomase sobre sí la dirección de muchos seminarios que los Obispos empezaron a fundar; mas solamente, por motivos especiales y expreso mandato del Papa, aceptó en algunos casos, salvaguardando la conveniente libertad de acción, que es ley del apostolado ignaciano; pues la Compañía no es de pastores de almas afincados en una ciudad o provincia, sino de soldados y apóstoles, siempre dispuestos a recoger sus tiendas y correr a donde llama la mayor necesidad o la voz de mando del representante de Cristo.

Era el *Colegio Germánico* de Roma, y sigue siendo, un Seminario de características peculiares; fundado en 1552 por el mismo San Ignacio, con el apoyo del Cardenal Morone, tuvo por objeto remediar el tristísimo estado de la Alemania de entonces, formando en el centro de la catolicidad, y con el más genuino espíritu eclesiástico, una selección de jóvenes alemanes, que al retornar luego entre sus compatriotas, consagrasen sus talentos y su influencia a la restauración católica de la nación.

Dirigido siempre con particular cariño por los jesuítas, está agregado, en lo referente a los estudios, al Colegio Romano o Universidad Gregoriana. Cuánto le deba la restauración católica de los pueblos germánicos, puede colegirse de los siguientes datos: más de 6.700 alumnos han hecho allí su carrera eclesiástica; de ellos, un Papa, Gregorio XV; 30 Cardenales, 6 Príncipes electores, 54 Arzobispos, 309 Obispos, muchísimos religiosos y profesores de Universidad, gran número de Vicarios generales, Administradores episcopales y otros dignatarios de iglesias catedrales. A fines del

siglo XVII, la tercera parte de los canónigos alemanes habíanse formado en el Colegio Germánico. Cuenta, además, 27 mártires de la fe, algunos elevados al honor de los altares.

Más adelante tendremos ocasión de ver lo que estos seminarios y colegios significaron en la obra de la recatolización de Europa.

LAS MISIONES EN PAISES DE INFIELES (1540-1556)

La Compañía de Jesús, misionera

Con la fundación de la Compañía, entra en una nueva fase la historia de las Misiones Católicas; la propagación de la fe recibe un magnífico y vigoroso empuje. Baste mirar el mapa del mundo para echar de ver cómo los jesuítas, antes de la muerte de su Padre y Fundador, empiezan a derramarse por todos los continentes e islas donde no ha resonado el nombre de Cristo, con el mismo ardor apostólico que despliegan en Europa, y con mayor impetuosidad aún, porque el campo que se les abre es más vasto y porque ambicionan, por una parte, compensar con nuevas conquistas las pérdidas ocasionadas por el protestantismo, y, por otra, rivalizar con los audaces descubridores luso-españoles, y aun superarlos, haciendo por su Rey y Capitán Jesús no menos que ellos por su rey temporal.

Monjes y frailes habían sido en la Edad Media los más decididos propulsores de la evangelización, pero puede decirse que todo había sido obra individual, espontánea, de héroes y santos, que, movidos por el Espíritu Santo, llevaron a cabo empresas admirables, a las que sólo faltó algunas veces la coordinación de energías y la continuidad en el trabajo, para que perdurasen y diesen los frutos que se esperaban. Un nuevo impulso más organizado y colectivo parte de algunas Custodias y Provincias españolas, a raíz del descubrimiento de América.

Pero fué la Compañía de Jesús la primera Orden que, no sólo colectivamente se obligó en sus Constituciones a atender a las Misiones, sino que, *dada su constitución jurídica de Orden misionera*, a todos y a cada uno de sus hijos puede enviarlos a cualquier misión, por lejana y difícil que sea, aun cuando no sean profesos, pues de *la Compañía profesa*, ya se sabe que «*hace voto expreso al Sumo Pontífice, como a Vicario de Cristo nuestro Señor, para ir dondequiera que Su Santidad le mandare, entre fieles o infieles, sin excusación y sin demandar viático alguno*».

Otro gran adelanto de las misiones se debió en parte a los hijos de San Ignacio, y fué el método de evangelizar y la cooperación de la retaguardia católica a los que trabajaban en tierra de infieles.

Esta labor metódica, sistemática, quería San Ignacio que empezase por la preparación del misionero en el idioma, en los usos y costumbres del país, en las ciencias más estimadas de aquellos a quienes debía evangelizar.

Formado ya el apóstol, recomendábale la adaptación a la psicología de los indígenas, a su forma de proceder en la vida social y religiosa, con tal de evitar todo peligro de error y superstición; aconsejaba la organización de la caridad y beneficencia, las catequesis ordenadas, la instrucción de la juventud y la formación de seminarios de misioneros, de donde saliesen buenos sacerdotes indígenas y aun Obispos que gobernasen aquellas cristiandades.

Los viajes de ilustres misioneros a las naciones católicas debían activar la propaganda que aquí se hacía en favor de las misiones, dar a conocer las necesidades de aquellos países lejanos y despertar vocaciones; a lo menos, podría esto suplirse por cartas y relaciones que los misioneros escribirían en tiempos fijos. Sabida es la importancia que San Ignacio concedía al comercio epistolar, y es notoria la transcendencia que tuvieron las cartas de San Francisco Javier, hasta llegar a decirse que con ellas había hecho tanto fruto en Europa como con su predicación en Asia. Aun bajo el aspecto científico, eran tan notables las relaciones que de los diversos pueblos escribían los misioneros jesuítas, que Juan Páez, el cronista de Carlos V, las buscaba con interés para utili-

zarlas en su historia. Y no digamos nada de los misioneros franceses en el siglo XVIII.

Personalmente, San Ignacio sintió particular inclinación a predicar la fe entre los musulmanes. Frustráronse sus primeros deseos de trabajar con sus compañeros en Tierra Santa, pero el ardor apostólico de su corazón no se extinguió jamás, y viendo la transcendentales consecuencias que para la cristiandad tenía la desaparición del peligro turco, soñó en acabar con él, unas veces por medidas violentas, como en la gran Cruzada, cuyo proyecto estratégico, político y aun económico propuso, en 1552, al Emperador y al Príncipe Don Felipe, para aniquilar el poderío marítimo de los turcos; otras veces por el medio ordinario de la predicación del Evangelio. Se abren perspectivas en Gelves, Túnez y otras partes de Berbería, e inmediatamente anima a varios jóvenes a ejercitarse en el árabe para los colegios que allí pensaba establecer, porque «aunque muy necesitados de gente estamos por acá, y se hubiese de desangrar la Compañía en otras partes, no se faltará en ésta con la divina ayuda», y él mismo, según cuenta Polanco, «con los años y enfermedades que tiene a cuestas, si la Compañía dispensase con él, desearía grandemente que se le acabasen los días de la vida en esta empresa».

Mayor, si cabe, fué su solicitud por la misión etiópica, de la cual escribía al Rey de Portugal: «Yo os ofrezco, donde otro de los nuestros no quisiere tomar esta empresa de Etiopía, de tomarla yo de muy buena gana.»

No le llamaba Dios para simple soldado en la conquista de la tierra de infieles, sino para generalísimo de legiones de apóstoles que anunciasen la paz, lo mismo en el remoto Oriente que en las regiones inexploradas y salvajes del Africa y en las nuevas playas que se descubrían entonces allá donde se pone el sol.

Cuando murió en 1556 sabemos que los jesuítas tenían en la India dos colegios en Goa (uno para los jóvenes religiosos y otro para los niños indígenas), otro en Cochín, otro en Bassein, el quinto en Malaca y en Coulán el sexto. Además había residencias en Ormuz, Tana, Punicale, Chiora, Meliapur y Maluco; esto sin contar algunos puestos transitorios en Amboino y en las Islas del

Moro. En el Japón eran residencias o puestos permanentes los de Bungo y Amanguchi; Firando, Fachata y otros puntos sólo transitoriamente eran visitados por los misioneros. En el Brasil funcionaban los pequeños colegios de San Vicente, Piratininga y San Salvador, y las residencias de Porto Seguro y Espíritu Santo. Si a esto se agrega la comenzada empresa de Etiopía, en la que ya había entrado como explorador el P. Gonzalo Rodríguez, la cuasi-misión en Ceuta y Tetuán, los trabajos, sostenidos algún tiempo y al fin fracasados, del Congo y los conatos por introducirse en Berbería, en Méjico, en Perú, en el Paraguay y entre los cismáticos, con colegios en Jerusalén, Constantinopla, Chipre y Grecia, tendremos las realidades y las esperanzas, los esfuerzos y los éxitos: lo que finalmente pudo llevarse a cabo y lo que, independientemente de la voluntad de San Ignacio y a pesar de sus conatos repetidos, no se llegó a efectuar. Pero, desde luego, actividad misionera tan enérgica, tan inteligente y tan repartida por todas las partes del mundo entonces conocido, donde dejaba constituída su Orden en provincias religiosas regulares, en Asia, en Africa, en América, causa sencillamente asombro y coloca al Santo entre los héroes más grandes y fecundos del apostolado misional» (J. M. Granero).

El primer misionero

El misionero ideal de la edad moderna, el prototipo y dechado que contemplan y desean imitar todos los que sueñan en consagrarse a la evangelización de las naciones paganas, es el navarro Francisco Javier.

Aun considerado con ojos humanos, es un héroe de épica grandeza, comparable con los más renombrados navegantes y conquistadores de su época. En arrojo y valor no cede a ninguno. Su pensamiento vuela tan lejos como el de los más geniales. Su corazón supera a todos en riqueza afectiva. Y este héroe de la acción es un altísimo contemplativo, un místico que no rompe un instante su unión con Dios, y que, en medio de la agitación externa de su vida, puede decirse que más que en la tierra, vive en los

cielos, engolfada su alma en los misterios del amor divino y en los arcanos de la Trinidad beatísima.

Hásele achacado una excesiva movilidad y falta de paciencia en sus campañas apostólicas, pero su divina impaciencia era la de San Pablo y la de todos los ardientes amadores de Cristo que han oído la voz del Rey eterno: «*Mi voluntad es de conquistar todo el mundo.*» Y en cuanto a la rapidez de sus movimientos, se explica si se mira que Javier no era un simple misionero, sino un capitán de misioneros, que no quería lanzarlos al azar sin haber explorado él por sí mismo el terreno, para conocer mejor las dificultades, señalar los puntos estratégicos y precisar los métodos de combate. Era un guía y un precursor; él iba por delante roturando el campo que sus seguidores habían de labrar y cultivar más despacio.

Con todo, su acción no era ligera; lo demuestran los frutos ubérrimos que cosechó, el florecimiento de las cristiandades por él plantadas y la heroica perseverancia de los fieles por él convertidos. A los veinte años de su muerte, la misión de las islas Molucas contaba 120.000 cristianos, y la Iglesia del Japón, a los cincuenta, cerca de 300.000.

De su talento de organización dan buen testimonio sus cartas. «Pues si le miramos en el gobierno de la Compañía y en la formación de los misioneros, desde luego advertimos que fué admirable y más que natural la conformidad de su espíritu con el de San Ignacio. En vida del Apóstol de las Indias no estaban promulgadas las Constituciones, apenas podían comunicarse los dos santos, si no era muy de tarde en tarde, y, sin embargo, ¡qué unidad de miras se descubre en ambos! La misma cautela en no admitir gente inútil en la Compañía, la misma diligencia en probar bien a los novicios y fundarlos en las sólidas virtudes, sobre todo en la obediencia; el mismo espíritu de expansiva y alegre caridad; y, finalmente, la misma firmeza en despedir de la Compañía a los que no se ajustaban a nuestro modo de vivir. En esto último, si alguna diferencia hubo, fué que Javier era algo más rápido y militar, por decirlo así, en sus procedimientos.» (Astrain.)

Pasemos revista a sus principales hechos.

Javier en la India

El 7 de abril de 1541 zarpaba de Lisboa una flotilla mandada por don Martín Alonso de Sousa, en cuya nave capitana iba Javier, olvidado de su título de *Nuncio Apostólico ante David, el famoso Rey de Etiopía y ante los Príncipes y Señores en las islas de los mares Rojo, Pérsico y Pacífico, en las provincias y lugares de ambos lados del Ganges y allende el cabo que se ha llamado de Buena Esperanza y tierras adyacentes.* Tan entregado iba al cuidado espiritual y temporal de la tripulación, que ya entonces no recibía otro nombre que el de Santo Padre.

Siguió la misma ruta que los grandes navegantes y conquistadores Vasco de Gama y Alfonso de Alburquerque; aquéllos habían quebrantado el poderío musulmán en las costas que se extienden del Africa a la China; Javier, en cuyo escudo familiar se ostentaba una Media Luna volcada en campo rojo, tendrá siempre por sus mayores enemigos a los hijos del Profeta, junto con los brahmanes. Al pasar por Melinde y divisar sobre las peñas de la costa africana una cruz grande, de piedra dorada, muy hermosa, levantada por Vasco de Gama, «en verla, Dios nuestro Señor sabe cuánta consolación recibimos, conociendo cuán grande es la virtud de la cruz, viéndola así, sola, y con tanta victoria entre tanta morería».

El 6 de mayo de 1542, a los trece meses de navegación, desembarcó en Goa, capital de la India portuguesa, y lo primero que hizo fué ir a postrarse a los pies del Obispo Juan de Alburquerque, protestando que nunca usaría de los poderes pontificios que traía, sin su consentimiento.

Cuatro meses pasó en Goa trabajando con los portugueses, enseñando la doctrina cristiana, visitando a los enfermos y predicando contra los vicios más arraigados en la ciudad. Labor ingrata para el misionero, la de reducir a aquellos católicos de fe profunda, sí, pero endurecidos, lejos de su patria, en la avaricia, crueldad y libertinaje.

Cuando pasaba por las factorías o fortalezas que de quince en quince leguas, próximamente, habían establecido los portugueses a lo largo de la India, no dejaba de atender a la salvación de las almas de los soldados y oficiales y demás europeos, evangelizándolos más de asiento en puestos como Malaca y Ternate, y acudiendo por cartas al mismo Rey de Portugal cuando tropezaba con escándalos incorregibles y cuando veía que los gobernadores eran remisos en fomentar la conversión de los paganos.

En septiembre de 1542 acometió la *misión de los Paravas*. En una extensión de 200 kilómetros por la costa arenosa del cabo de Comorín, vivían en chozas de barro, bajo un sol de fuego, estos pescadores de perlas, que habían recibido el bautismo, pero que en nada se diferenciaban de los infieles, por su ignorancia y sus costumbres. Dos años corrió por aquellos arenales, viviendo como los Paravas, hablando malamente su lengua, en la que redactó con dificultad un breve catecismo; instruyendo a los niños, que no le dejaban ni rezar, ni comer, ni dormir; y curando milagrosamente a los enfermos, hasta que tuvo el consuelo de ver fundadas 30 cristiandades con más de 20.000 cristianos de verdad. Tal fué su primera misión.

Del vecino país de *Travancor* llamáronle, en 1544, sus habitantes, pescadores como los Paravas, y en sólo un mes bautizó 10.000 indígenas. Con qué ardor abrazaban la fe aquellos neófitos, lo muestra el caso de los 600 cristianos de la isla de Manar que prefirieron todos ser sacrificados por su soberano el Rajá de Jafanapatán, antes que recaer en el paganismo.

A principios de 1545 escribe desde *Cochín* que confía en Dios Nuestro Señor hará aquel año más de 100.000 cristianos. Entra en la isla de *Ceilán*, pasa a *Meliapur*, y a fin de año se dirige a *Malaca* y al archipiélago de las *Molucas* o islas de las Especias; recorre durante año y medio aquellos mares erizados de escollos y surcados de piratas, va de *Malaca* a *Amboino*, de *Amboino* a *Ternate*, residencia del sultán mahometano y última fortaleza de Portugal en el Extremo Oriente; oye hablar de las *islas del Moro*, las más salvajes de que se tiene noticia en aquellas latitudes, y por más que sus amigos quieren impedirle el viaje anunciándole

una muerte segura, allá se encamina, puesta su confianza en Dios, y sin auxilio humano, en la soledad de las selvas, entre los temibles tavaros, cazadores de hombres, se siente tan inundado de celestes consolaciones, que se ve obligado a gritar: «*¡Basta, Señor, basta!*», y en una de sus cartas escribe: «*En pocos años perdería uno allí la vista con tantas lágrimas de consuelo.*»

Compone en idioma malayo un catecismo, más extenso que el de los Paravas, a fin de que no sólo puedan aprender las oraciones, mandamientos y artículos de la fe, sino también responder a las principales dificultades de los mahometanos, y vuelve en 1547 a *Malaca*, emporio comercial, a donde confluían, además de los portugueses, los mercaderes de Arabia y Egipto, de la India, la China y el Japón.

Seguirle en todas sus correrías apostólicas es imposible.

Una conversación con el japonés Angero o Yajiro le descubre nuevos horizontes en remotísimas islas descubiertas por vez primera en 1542, y a los que raros eran los marinos que osaban llegar, por los gravísimos riesgos de la navegación.

El apóstol de Cristo no vacila en arrostrar la peligrosa travesía, mas antes tiene que organizar todo aquel frente de batalla que está bajo su mando, desde Persia a Indochina.

Vuelto a Goa en 1548, se encuentra con que el personal disponible ha aumentado: a los tres jesuítas que con él vinieron en 1542 se han juntado otros tres en 1545, entre ellos el P. Antonio Criminali, que tras un apostolado de cuatro años, morirá mártir en la costa de la Pesquería, encabezando con su nombre miniado en rojo la primera página del martirologio jesuítico. Otra expedición de seis Padres y cuatro Hermanos había llegado en 1546, y otra de cinco Padres y cinco Hermanos en 1548.

A uno de los mejores, Gaspar Berceo, le destinó para la misión de *Ormuz*, baluarte del Islam y centro del comercio persa, turco y árabe en la entrada del Golfo Pérsico; a los demás repartió por los puntos más estratégicos; abrió dos colegios para niños en *Bazain* y *Cochín*, y él se embarcó rumbo al *Japón* en la primavera de 1549.

Javier en el país del Sol Naciente

El día 15 de agosto, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora y XV aniversario de los primeros votos de Montmartre, pudo ver, desde el junco chino en que hacía el viaje, una hermosa bahía, en cuyo regazo reclinábase una ciudad de casas de madera y pagodas multicolores, jardines de flores vistosas, extensos arrozales recortados por una cadena de montecillos, y en el fondo un volcán humeante. Era *Cangoxima*, capital del reino de Satsuma.

Javier, que desde un principio supo estimar las buenas cualidades de los japoneses, escribía lo siguiente:

> «Del Japón, por la experiencia que de la tierra tenemos, os hago saber lo que de él tenemos alcanzado. Primeramente la gente, que hasta ahora tenemos conversado, es la mejor hasta ahora descubierta; y me parece que entre gente infiel no se hallará otra que gane a los japoneses.» «Es gente sobria en el comer, aunque en el beber son algún tanto largos.» «Mucha parte de la gente sabe leer y escribir, que es un gran remedio para con brevedad aprender las oraciones y las cosas de Dios.» «Una cosa os hago saber para que deis muchas gracias a Dios nuestro Señor, que esta isla del Japón está muy dispuesta para en ella acrecentarse mucho nuestra santa fe, y si nosotros supiésemos hablar la lengua, no pongo duda ninguna en creer que se harían muchos cristianos. Placerá a Dios nuestro Señor que la aprendamos en breve tiempo, porque ya comenzamos de gustar de ella, y declaramos los diez mandamientos en cuarenta días que nos dimos a aprenderla.»

Acompañaban a Javier el P. Cosme de Torres y también el Hermano Juan Fernández, quien llegó a dominar tan perfectamente la lengua japonesa, que la hablaba igual o mejor que la suya propia, con gran admiración de los naturales.

El Príncipe acogió bien a los predicadores del Evangelio, y Javier llegó hasta intimar con los bonzos, los cuales le hacían curiosas preguntas acerca de Dios, la creación, la inmortalidad del alma y aun de fenómenos naturales como la lluvia, la nieve, los truenos y relámpagos, de todo lo cual daba cumplidas explicacio-

nes el antiguo profesor de filosofía de París; pero pronto advirtió que en los monasterios de bonzos reinaba la más degradante inmoralidad y que serían ellos los más encarnizados adversarios del Cristianismo. Así sucedió. Por sus intrigas, el Príncipe prohibió el bautismo bajo pena de muerte, y Javier partió al próximo reino de *Firando*, donde ganó en un mes más que en un año en Cangoxima. Oyó hablar del príncipe de *Yamaguchi*, y allá voló el apóstol.

En sus planes estratégicos entraba el ataque a los puntos vitales, cuales eran el Emperador y los centros universitarios.

La metrópoli del Imperio japonés, de constitución feudal, era *Meaco*, populosa ciudad, en cuya conquista para el Evangelio cifraba el apóstol sus más dorados ensueños. En sus Universidades pensaba disputar con los sabios más famosos, porque «¿qué podrían saber los que no conocían a Dios ni a Jesucristo?»

Descalzo y a pie sobre la nieve de un invierno riguroso, recorrió los mil kilómetros que de ella le separaban; mas ¡cuál no sería su desilusión cuando a los once días de su llegada se vió precisado a regresar, sin haber podido presentarse al Emperador, que, enzarzado en luchas civiles, apenas conservaba una sombra de soberanía! Los dones que para él llevaba, presentóselos al Príncipe de Yamaguchi, en cuyo reino había obtenido amplia licencia de predicar la fe cristiana, lo cual hizo con tanto éxito, que en dos meses se habían bautizado 500, entre lo más granado de la población.

De la vecina isla *Kiusiu* llamóle el Príncipe de *Bungo*, ante el cual creyó prudente comparecer, no con la raída sotana y la humilde apariencia de siempre, sino con toda la pompa de un embajador pontificio, acompañado de portugueses y llevando ricos presentes.

Impresionado el Príncipe muy favorablemente, dió libertad a los de su reino para abrazar el Cristianismo, y años más tarde él mismo se bautizará con 70.000 de sus súbditos y tomará el nombre de Francisco.

A fin de 1551 la misión del Japón estaba sólidamente fundada. La India, constituída en provincia independiente desde 1549, re-

clamaba urgentemente a su superior, y Javier se puso en camino, dejando en el Japón a sus queridos neófitos, *delicias de su corazón*, no muy numerosos, es verdad, pues no llegarían a 3.000, pero firmes en la fe y padres de los 10.000 mártires de Cristo que verterán heroicamente su sangre cuando llegue la hora de las persecuciones.

El corazón de Javier

Arreglados los asuntos de Goa, puede Javier entregarse a sus generosos sueños de conquista. De Coimbra, verdadero seminario de misioneros, le han llegado nuevos refuerzos: cuatro Padres y once Hermanos. Todos serán pocos para recoger la mies, que empieza a amarillear.

¿Cómo puede ser verdadera la religión de los europeos—le habían objetado los japoneses—si los chinos nada saben de ella? Javier dará una respuesta radical. Irá en persona a la China, se presentará ante el Emperador, y con su licencia predicará a todos el Evangelio. ¿Que está prohibido bajo pena de muerte la entrada a aquel Imperio misterioso cercado de grandes murallas? Esto espolea más su celo. Por encima de todos los impedimentos vuela el alma gigante del apóstol, y se ilusiona con que podrá, atravesando el Asia, llegar a Tierra Santa, antiguo ideal y sueño nunca olvidado.

Desbaratados por la envidia del gobernador de Malaca los planes de penetrar en China con una embajada del Rey de Portugal, Javier, ignorante del idioma, pero provisto de un libro de la doctrina cristiana, escrito en caracteres chinos por un japonés, contrata con un mercader que le lleve hasta las costas de Cantón y allí le abandone en la soledad, a Dios y ventura.

Esas anheladas costas, sólo las divisó desde lejos. En la isla desierta de Sancián le acometió una fiebre muy alta, y en la noche del 2 de diciembre de 1552, sin más compañía que la de un mozo chino, el fiel Antonio de Santa Fe, y un criado indio, en la más sublime de las soledades, entre el rumor de las olas, que cabrilleaban bajo los astros, su alma se desprendió del cuerpo para en-

trar triunfalmente en el verdadero Celeste Imperio. Tenía cuarenta y seis años y medio.

Su apostolado había durado diez años y siete meses, en los cuales recorrió, en incómodas embarcaciones, trece veces los casi mil kilómetros que median entre Goa y la costa de la Pesquería; dos veces 7.000 kms., en su viaje a las Molucas; dos veces 8.000 kilómetros, en su expedición al Japón; otros 7.000 kms., en su último viaje hacia la China, además de los miles de kilómetros que anduvo, siempre a pie, por los arenales abrasadores de la India, por las selvas y montañas de las Molucas y por las nieves del Japón.

Y no es que por temperamento prefiriese aquel género de vida errabunda y solitaria. Suspiraba continuamente por sus hermanos de Europa y en particular por su venerado Padre Ignacio, a quien escribía de rodillas y cuya firma llevaba en un relicario sobre el pecho; acordábase con ternura de Fabro, de Rodríguez y demás profesos de la Compañía, a cuyas oraciones se encomendaba en los peligros, considerándose a sí propio como un desterrado: «menor hijo en destierro mayor, Francisco».

Para aliviar sus penas, suplica a sus hermanos que le escriban; díceles que con frecuencia le acaece soñar con ellos y que lleva sus imágenes impresas en el alma.

> «Por muchas experiencias tengo conocido cómo por vuestra invocación Dios nuestro Señor me tiene ayudado y favorecido en muchos trabajos del cuerpo y espíritu; y para que jamás me olvide de vosotros, por continua y especial memoria, para mucha consolación mía, os hago saber, carísimos Hermanos, que tomé de las cartas que me escribisteis, vuestros nombres, escritos por vuestras manos propias, juntamente con el voto de profesión que hice, y los llevo continuamente conmigo por las consolaciones que de ello recibo.»
>
> «Cuando comienzo a hablar en la santa Compañía de Jesús no sé salir de tan deleitosa comunicación, ni sé acabar de escribir. Mas veo que me es forzado acabar, sin tener voluntad ni hallar fin, por la prisa que tienen las naos. No sé con qué mejor acabe de escribir que confesando a todos los de la Compañía, *quod si oblitus unquam fuero Societatis nominis Jesu, oblivioni detur dextera mea.*»

Misiones de Africa y Brasil

El misterioso continente negro, tendido a los pies de Europa, y cerrado por la Media Luna a toda infiltración cristiana, fué invadido también por los hijos de Ignacio. El resultado no fué tan próspero como en Asia.

No puede llamarse propiamente misión el paso de Javier en 1541 por Mozambique, Melinde y Socotora, camino de la India, ni los trabajos de Laínez y Nadal, capellanes de la armada española, en el litoral africano próximo a Túnez, ni siquiera la abnegada labor llevada a cabo por el P. Juan Núñez Barreto y otros Padres portugueses en Tetuán, Ceuta y otras plazas de Marruecos, por consagrarse más al cuidado de los soldados y a la redención de los cautivos, que a la evangelización de los mahometanos.

Sólo en 1547 salen de Coimbra cuatro misioneros para el *Congo*, en el Africa Central, y otros no tardan en seguirles. Bien recibidos al principio, diéronse a catequizar a los niños y a buscar entre los bosques a los negros reacios, hasta que, perseguidos por el Rey porque no transigían con su poligamia, fueron arrojados en 1555.

Precisamente ese año salía de Roma para *Etiopía*, misión favorita de San Ignacio, una expedición capitaneada por el Padre Núñez Barreto, nombrado Patriarca de Etiopía, con dos Coadjutores, Melchor Carneiro y Andrés de Oviedo, con derecho de sucesión. Habiéndose mudado el ánimo del Emperador Claudio, que era quien había solicitado misioneros al Rey de Portugal, Núñez Barreto y los suyos quedáronse en Goa. Sólo Andrés de Oviedo se aventuró a entrar en 1557, para padecer indecibles penalidades y suprema pobreza durante veinte años del más duro apostolado.

No eran solamente el Asia, Oceanía y Africa los campos de conquista de los nuevos apóstoles. Allá en los últimos mares de Occidente descubríanse cada día mundos dilatadísimos. Del Norte y del Sur le venían a Ignacio peticiones de misioneros, pero hasta el año 1549 no le fué posible satisfacerlas. Mandó entonces al

Brasil seis Padres, entre los cuales descollaba el Superior *Manuel de Nóbrega* y un sobrino de San Francisco Javier, Juan de Azpilcueta, que se reveló como uno de los más hábiles y celosos apóstoles de los indios.

Con un nuevo refuerzo de misioneros, enviado en 1550, y otro en 1553, entre los que iba el gran taumaturgo y apóstol del Brasil *José de Anchieta*, juzgó San Ignacio que podía ya regirse como provincia independiente (1553), por más que no contaba sino treinta sujetos y cuatro casas. Desde San Salvador (Bahía) internáronse en busca de tribus que convertir, y a fines de 1554 dos de aquellos campeones, Antonio Correa y Juan de Souza, alcanzaron las primeras palmas de martirio, sucumbiendo bajo las flechas de los indios.

Muy presto florecieron las misiones entre los salvajes, perdidos entre selvas vírgenes, no menos que los colegios en las ciudades colonizadas por los portugueses, y acaso no haya en el mundo otra nación cuya civilización y cultura deba tanto como el Brasil a la Compañía de Jesús.

ULTIMOS AÑOS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Desde el centro de la Cristiandad contemplaba Ignacio la portentosa actividad de sus hijos en todos los continentes y en todos los negocios de la gloria divina, en las misiones, en la enseñanza, en la predicación; él les había infundido aquel espíritu apostólico; él les había inculcado aquel ideal de la mayor gloria de Dios y servicio de la Iglesia; él seguía moviendo los hilos de aquel inmenso telar conforme a sus planes de sobrenatural sabiduría. Daba suma importancia a la correspondencia epistolar. Bandadas de cartas venían a posarse sobre su mesa de trabajo. Cartas de Alemania y del Japón, de España y de Etiopía, de Sicilia y del Brasil, de Francia y de cualquier parte donde trabajase un jesuíta. Y en bandadas salían de su pobre despacho, frenando a unos, espoleando

a otros, consolando a todos, resolviendo sus dudas, pidiéndoles noticias particulares, dándoles normas de exquisita prudencia y encendiendo en sus almas el alto ideal de la gloria de Cristo y de su Iglesia.

Pero la salud corporal, quebrantada desde los tiempos de su conversión a causa de las penitencias, íbase tornando cada día más precaria, de suerte que apenas le dejaban levantarse de la cama, al paso que los asuntos de gobierno se multiplicaban y se hacían más absorbentes y complicados.

Pensó entonces en escoger un Vicario general, y reunidos todos los Padres de Roma, el 1 de noviembre de 1554, eligieron por mayoría de votos (32, de 34) al P. Jerónimo Nadal. Vuelto éste de España hacía poco, era apto como ninguno para llevar el gobierno de la Compañía.

A principios de 1555 quiso el Papa enviar a la Dieta de Augsburgo dos jesuítas, como teólogos del Legado, Cardenal Morone, siendo los escogidos Laínez y Nadal. Excelente ocasión para que persona tan competente como el Vicario de la Compañía promulgase las Constituciones en Alemania y arreglase los graves negocios que los embajadores de Fernando I y los secretarios del Duque de Baviera, de acuerdo con el Cardenal Truchsess, habían tratado con San Ignacio.

La extrema necesidad y la suma miseria espiritual del pueblo alemán conmovieron las entrañas de Nadal, quien después de consultar con el Rey de Romanos y con Fray Pedro de Soto, O. P., confesor del Emperador, de los cuales recibió grandes muestras de aprecio, escribió a San Ignacio proponiéndole multiplicar allí los colegios de la Compañía, como el remedio más eficaz a los males de aquel país.

Visitó la Universidad de Dilinga, de la que pensó podía encargarse con fruto la Compañía. Entró en Viena, donde encontró a Canisio, el mayor sostén del Catolicismo en aquellas partes, y habiendo conferido con él sobre los principales negocios, lo envió de Rector a Praga, ciudad en la que se iba a establecer un colegio.

Para contrarrestar la inundación de herejías que pululaban en todas partes por la intensa propaganda que se hacía de los

libros heréticos, Nadal quería que Laínez fuese a Viena, y allí, libre de las ocupaciones que le abrumaban en Italia, compusiese una Summa Theologica, al par que Canisio componía el famoso Catecismo.

No habiéndolo conseguido, logró por lo menos que se instalase en Viena una imprenta católica, hizo que el historiador del Rey de Romanos redactase un Manual de Historia Eclesiástica mostrando la acción de los Concilios y los Papas contra las herejías, dejó encomendada la traducción al latín de varias cartas de misioneros de la India y envió cuarenta jóvenes alemanes a que se formasen en el Colegio Germánico de Roma.

El 4 de junio de 1555 estaba en Venecia, dando comienzo a la visita de las casas de Italia, cuyo Comisario, el P. Viola, había salido para Polonia.

En Venecia, Padua, Ferrara, Módena, Bolonia y Génova, el Visitador fué consolidando la obra de la Compañía, atendiendo a lo espiritual no menos que a lo literario, y aun a lo económico de los colegios.

Apenas llegado a Roma, tuvo que partir para España, con el fin de allegar subsidios con que asentar sólidamente la fundación del Colegio Romano; de suerte que cuando algunos meses después expiró San Ignacio, no pudo Nadal hallarse a su lado.

La muerte del Santo. Su carácter

Tiempo hacía que Ignacio veía con ojos alegres cómo se perfilaban ya en el horizonte las costas azules de su verdadera patria, y a los labios le venían las palabras de San Pablo: *Cupio dissolvi et esse cum Christo.* En el trance supremo de la muerte parece que deseaba estar en soledad con Dios, desatendido y casi olvidado de los hombres.

El día 30 de julio de 1556, jueves, a las cuatro de la tarde, llamó a Polanco y le rogó que «fuese a San Pedro y procurase hacer saber a Su Santidad, cómo él estaba muy al cabo y sin esperanza o casi sin esperanza de la vida temporal, y que humilde-

mente suplicaba a Su Santidad le diese su bendición a él y al Maestro Laínez (?), que también estaba en peligro». «Yo repliqué —dice Polanco—: ¿tanto mal se siente V. R. como esto? Díceme: Yo estoy que no me falta sino expirar.»

Sin embargo, como los médicos no veían síntoma alarmante, el secretario dejó el encargo para el día siguiente. Pasó el enfermo la noche tranquilamente, orando a ratos. Al amanecer entró en agonía. Avisados por el enfermero, acudieron algunos Padres de casa.

«La mañana, al salir el sol, hallamos al Padre *in extremis;* y así, yo fuí con prisa a San Pedro, y el Papa, mostrando dolerse mucho, dió su bendición y todo cuanto podía dar, amorosamente. Y así, antes de dos horas de sol, estando presentes el P. doctor Madrid y el M. Andrés de Frusis, dió el alma a su Criador y Señor sin dificultad ninguna.»

No llamó a sus hijos para darles la bendición, nombrar sucesor, hacerles las últimas recomendaciones; sino que silenciosamente, casi furtivamente, sin ostentación ni aparato, dejó este destierro para presentarse, como un siervo bueno y fiel, ante su Rey y Señor.

«El pintor Jacopino del Monte, florentino, establecido en Roma desde 1538, vino, como tantos otros romanos, a contemplar al Santo tendido sobre su ataúd. Ignacio había sido largo tiempo su confesor. Ante aquel rostro descarnado por la enfermedad y descolorido por la muerte, el artista intentó hacer revivir los rasgos de su Padre espiritual. Vacióse en un molde de yeso aquella poderosa cabeza que tan vastos designios había concebido para el reino de Dios. Mas ni el cuadro vivo ni la mascarilla muerta contentaron a los hijos que habían vivido con el hombre de Dios. Mientras le miraban en su pobre lecho, o en el abierto ataúd en que permaneció expuesto hasta el sábado por la tarde, en la iglesia de Santa María de la Estrada, veíanlo tal como lo habían amado. Aun después que desapareció en la fosa cavada al lado del Evangelio, bajo el pavimento de la iglesia, guardaron en su alma, emocionada de ternura, la imagen viviente de su Padre. Aquel hombre de corta talla, que al andar cojeaba levemente, de semblante dulce,

grave y sosegado, de penetrantes ojos velados por la modestia, de vasta frente meditativa, fué el compañero siempre presente de su peregrinación aquí abajo.» (P. Dudon.)

Muchas veces se ha falseado su retrato físico, muchas más su retrato moral. Arrastrados algunos por la asombrosa energía de voluntad que desplegó Ignacio en su vida, por su seguro y penetrante conocimiento de los hombres, por la grandeza y precisión de sus planes y por el resultado de sus empresas, han olvidado al hombre interior; por dar excesiva importancia a su prudencia humana, han desatendido su entrega y resignación total y confiada en las manos de Dios; enalteciendo su cabeza de organizador, olvidaron su increíble suavidad paternal y ternura de corazón.

«Siempre es más inclinado al amor—decía uno de sus más íntimos confidentes—, *imo* tanto, que todo parece amor; y así es tan universalmente amado de todos, que no se conoce ninguno en la Compañía que no le tenga grandísimo amor y que no juzgue ser muy amado del Padre.» «No había cosa más amorosa y afable» (G. de Cámara). Y como decía un súbdito atribulado: «El Padre Ignacio es una fuente de óleo» (G. Loarte).

No una lógica fría, sino una razón clarividente y apasionada, movía y caldeaba sus acciones, con un dominio de sí mismo maravillosamente equilibrado. Su enorme potencia reflexiva le hubiera quitado espontaneidad cordial, de no haber sentido constantemente en su alma la efusión de lo divino.

El místico

Sobre su espiritualidad, tan falseada algún tiempo, es preciso decir algunas palabras.

Acostumbrados a mirar a San Ignacio con arreos de soldado, como abanderado de la gloria de Dios, como paladín de la Contrarreforma, como doctor de la obediencia, como cabeza organizadora, como Padre de apóstoles, a quienes desparrama por todo el mundo diciéndoles: *Ite inflammate omnia*—y no hay duda que todos esos títulos le cuadran a maravilla—, descuidamos a veces de mirar al interior de su corazón, como si no fuera otra cosa que un hombre

de acción, un gobernante, con el alma en tensión y los cinco sentidos abiertos para percibir las necesidades de la Iglesia, los avances de sus hijos y los movimientos que se dibujan en todos los frentes de combate. Y sin embargo, Ignacio de Loyola es, ante todo y sobre todo, un hombre de Dios, un contemplativo, un místico.

> «Y me acuerdo que decía, que en las cosas de Dios N. S. *magis se habebat passive quam active*, la cual cosa los contemplativos... ponen en el supremo grado de perfección, y es tan tierno en las lágrimas en cosas abstractas, que me decía que comúnmente lloraba seis o siete veces al día.» (Laínez.)

Eran particularmente copiosas estas lágrimas de devoción en el rezo del Breviario, tanto, que Paulo III hubo de conmutárselo en otras oraciones, por miedo a que perdiese la vista. Cosa semejante le acontecía en la celebración del Santo Sacrificio, antes de lo cual todos los días solía preparar el misal por sí mismo, y escogía, cuando era libre, la misa votiva de su mayor devoción: de la Santísima Trinidad, del Espíritu Santo, del Nombre de Jesús o de la Santísima Virgen.

Ponía sumo empeño en que todos los suyos ejecutasen con la mayor perfección las ceremonias de la Iglesia. Y Cámara nos testifica:

> «Con lo que mucho se levantaba en oración era con la música y canto de las cosas divinas, como son vísperas, misas y otras semejantes; tanto, que, como él mismo me confesó, si acertaba a entrar en alguna iglesia cuando se celebraban estos oficios cantados, luego parecía que totalmente se transportaba de sí mismo.»

Nada nos dice tanto de su oración altísima y de los dones divinos que el Señor le comunicaba, como unas páginas de su Diario espiritual, documento que puede considerarse, no obstante su carácter fragmentario, como uno de los más extraordinarios de la literatura mística. Dice así el 4 de marzo de 1544:

> «De la Trinidad *(misa)* 9.
> 32 martes. En la oración sólita, con mucha asistencia de gracia

y devoción... Después de ser vestido, mirando el introito de la misa, todo movido a devoción y amor, terminándose a la Santísima Trinidad. Después yendo a la oración preparatoria para la misa, no sabiendo por quién comenzar, y advirtiendo primero a Jesús y pareciéndome que me dejaba ver o sentir claro, mas en alguna manera como oscuro para ver, y advirtiendo, pareciéndome que la Santísima Trinidad se dejaba sentir o ver más claro o lúcido, y comenzando y después razonando adelante con la su divina majestad, un cubrirme de lágrimas, sollozos y de un amor tanto intenso, que me parecía excesivamente juntarme a su amor tanto lúcido y dulce... Acabada la misa y desnudo a la oración del altar, tanto sollozo y efusión de lágrimas, todo terminando al amor de la Santísima Trinidad, que me parecía no quererme levantar, en sentir tanto amor y tanta suavidad espiritual. Después diversas veces, al fuego, con interno amor en ella, y mociones a lacrimar, y después en casa de Burgos *(Juan Alvarez de Toledo, Cardenal)* y por las calles hasta XXI hora, en acordárseme de la Santísima Trinidad, un amor tan intenso, y cuándo mociones a lacrimar, y todas estas visitaciones terminándose al nombre y esencia de la Santísima Trinidad, y no sintiendo claro o viendo personas distintas, como otras veces dije arriba.»

Y el 11 de mayo:

«Domingo. Antes de la misa con lágrimas, y en ella con mucha abundancia de ellas, y continuadas y con locuela interna... Así mismo en todas las misas de la semana, aunque no tan visitado de lágrimas, con mayor quietud o contentamiento en toda la misa por el gusto de las locuelas con devoción que sentía (más) que otras algunas veces que en parte de la misa tenía lágrimas. Las de este día me parecían mucho, mucho diversas de todas las otras pasadas, por venir tanto lentas, internas, suaves, sin estrépito o mociones grandes, que parece que venían tanto de dentro, sin saber explicar, y en la locuela interna y externa, todo moviéndome a amor divino y al don de la locuela *divinitus conceso*, con tanta armonía interior cerca de la locuela interna, sin poderlo exprimir.»

La contemplación para alcanzar amor, con que se cierra y corona el libro de los Ejercicios, es un reflejo del estado habitual en que vivía el alma de Ignacio. Flores, estrellas, abejas, yerbezuelas, todas las criaturas éranle recordatorios divinos, y en todas veía imágenes, huellas o símbolos de la Santísima Trinidad.

«Vímosle muy a menudo, tomando ocasión de cosas pequeñas, levantar el ánimo a Dios, que aun en las mínimas es adorable. De ver una planta, una hierbecita, una hoja, una flor, cualquier fruta, de la consideración de un gusanillo o de otro cualquier animalejo, se levantaba sobre los cielos, y penetraba en lo más interior y más remoto de los sentidos... Subíase a un terrado o azotea, de donde se descubría el cielo libremente; allí se ponía en pie, quitando su bonete, y sin mecearse estaba un rato fijos los ojos en el cielo; luego, hincadas las rodillas, hacía una humillación a Dios; después se asentaba en un banquillo bajo, porque la flaqueza del cuerpo no le permitía hacer otra cosa; allí se estaba la cabeza descubierta, derramando lágrimas hilo a hilo, con tanta suavidad y silencio, que no se le sentía ni sollozo, ni gemido, ni ruido, ni movimiento ninguno del cuerpo.» (P. Ribadeniera.)

Ninguna mística menos quietista que la de Ignacio. El P. Nadal, que tan perfectamente le conocía, fué quien más exacta y brevemente retrató el espíritu del Fundador de la Compañía de Jesús con esta sola pincelada: «*In actione contemplativus.*» Toda su actividad externa estaba compenetrada, empapada de contemplación. Y su oración, por alta y recogida que fuese, estaba orientada al mejor cumplimiento de sus deberes apostólicos. Concebía el apostolado como la forma mejor de manifestar a Dios su amor apasionado y su afán de servicio.

En las cosas grandes, como en las más pequeñas; en las empresas públicas, como en las particularidades más íntimas, lo que polarizaba sus múltiples actividades y daba unidad a sus intenciones, acciones y operaciones, a su vida toda, era el ideal mil veces repetido en sus escritos: la mayor gloria de Dios, el mayor servicio y alabanza de su Divina Majestad: *Ad Maiorem Dei Gloriam.*

En aras de este ideal sacrificaba todo, aun los gustos más íntimos, honestos y espirituales, como la música, que, al decir de Cámara, «no solamente le hacía bien esto al alma, sino también a la salud corporal; y así cuando no la tenía o estaba con fastidio, con ninguna cosa se le quitaba más que con oír cantar alguna cosa devota a cualquier Hermano». Pero mortificaba esta su afición, y lo único que algunas pocas veces se permitió fué llamar

al excelente músico P. Frusio a que tocase en su presencia el clavecín, sin cantar. Y en la Compañía no admitió el canto del Oficio divino en el coro, que tanta devoción le daba, sólo porque lo juzgó incompatible con la vocación apostólica que Dios le había revelado. Conformar plenamente, generosamente la voluntad humana con la divina fué la aspiración constante de su vida y el objetivo que proponía a sus hijos.

Cuantos disfrutaron de su trato, aun los no iniciados en su vida interior, hacíanse lenguas de la santidad que resplandecía en sus palabras y en su porte y que materialmente iluminaba y transfiguraba su semblante, según testimonio de San Felipe de Neri. Maravillábanse de su prudencia y magnanidad, de su afán de imitar a Cristo en las humillaciones y oprobios, del imperturbable dominio de sí mismo, que ni las más rudas contrariedades lograron alterar, hasta el punto que ni el deshacerse la Compañía como la sal en el agua hubiera bastado a inquietarle más de un cuarto de hora; admiraban su blandura y paternal benignidad, sin detrimento de su fortaleza, su heroica y milagrosa confianza en la providencia del Padre celestial; en una palabra: veían en él tanto caudal de virtudes y dones celestiales, que un Beato Avila, un Beato Fabro, un San Francisco Javier, se tenían por niños comparados con un gigante.

No solamente en los Ejercicios y en las Constituciones, sino también en sus apuntes espirituales y en su Epistolario, se encierran tesoros inexhaustos de la más subida espiritualidad.

La Compañía de Jesús en 1556

¿Cuál era el estado de la Compañía a la muerte del Fundador? Floreciente en sumo grado, lo mismo si se mira al número de sujetos, que al espíritu de que estaban animados, o a la importancia de los servicios que prestaban a la Iglesia.

Eran unos mil los jesuítas repartidos en doce provincias (sin contar la de Etiopía), mas de ellos sólo treinta y cinco profesos, pues San Ignacio era exigente y parco en conceder la profesión

solemne. «Los colegios y casas que viviendo nuestro Padre se han ordenado, pasan de cien. Dios sea loado por tanto aumento.» Así escribía Polanco.

Con pasmo y admiración veían todos el dinamismo santo con que los hijos de Ignacio se aplicaban a realizar, en dondequiera, el anhelo de nuestro Salvador: *Fuego he venido traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que se inflame?*

Dos cosas llaman la atención en aquella expansión genuinamente apostólica: la multiplicidad de casas de la Compañía, que se inauguran a veces con sólo dos o tres sujetos, y la suma pobreza y humildad con que emprenden las obras más gigantescas.

Se habrá quizás advertido que más que abrir residencias o casas profesas, fúndanse colegios; pero es que en los principios casi todos los colegios servían de noviciados y de casas de formación, que, naturalmente, no habían de sustentarse de limosnas. Aquellos apóstoles infatigables eran, en su mayoría, jóvenes, con frecuencia novicios o estudiantes que asistían a las clases al mismo tiempo que se dedicaban a obras de caridad y celo.

La catequesis de los niños e ignorantes, las visitas de hospitales, la predicación en los templos y en las plazas, las lecciones sacras y de casos de conciencia a los sacerdotes, tales eran los ministerios preferidos de los primeros jesuítas.

En Roma como en la India, en España como en Alemania, todos trabajaban con el mismo espíritu y perseguían el mismo ideal. No se habían promulgado aún las Constituciones, y, sin embargo, se gobernaban por idénticos principios. ¿Quién les daba normas o señalaba derroteros? Mucho ha de atribuirse a la asidua correspondencia epistolar con San Ignacio, que a nadie perdía de vista; mucho también a los que, formados bajo la dirección inmediata del Fundador, esparcían en todas las provincias la irradiación de Roma.

«Sería gran ayuda para estas partes—escribía a San Ignacio el prudentísimo y espiritual P. Antonio de Córdoba—que de esas vinieran algunos a regir y leer; porque, aunque no fuesen tan cabales, viniendo con el calor de V. P. serían más estimados.» Lo mismo pedía Javier desde la India.

Pero acaso lo que mejor uniformaba los espíritus, lo que a todos troquelaba conforme al tipo ignaciano, eran los Ejercicios espirituales, que hacían todos por un mes al ingresar en la Compañía y que manejaban con frecuencia para conducir a las almas a la perfección.

SECCION II

GENERALATOS DE LAINEZ, BORJA Y MERCURIANO

(1558-1580)

Incluímos en esta sección estos tres generalatos, porque en ellos perdura el gobierno de la Compañía en manos de quienes fueron contemporáneos y discípulos inmediatos del Fundador. La Compañía de Jesús, bien probada y contrastada en la adversidad, reafirma y consolida su organización interna que le había dado San Ignacio, se asienta sobre firmes bases en todas las naciones católicas, envía sus hijos, como un ejército conquistador, a los países protestantes y los esparce predicando la fe de Cristo por islas y continentes. Es la época en que el Catolicismo sube hacia la cumbre de su esplendor con Pontífices como Pío V y Gregorio XIII, se ensancha el Reino de Cristo en las Misiones de las Indias, occidentales y orientales, se recobran territorios perdidos en países protestantes, y España, constituída en brazo de la Iglesia, martillo de herejes, luz de Trento, alcanza su máxima grandeza y poderío, espiritualmente por obra de sus místicos y teólogos, políticamente por la victoria naval de Lepanto y la unión con Portugal. La Compañía de Jesús, con tener una brillante eflorescencia, no alcanza todavía su edad de oro, se entiende en su acción social y externa al servicio de la Iglesia, porque, en su espíritu interior, hombres como Borja, Canisio, Kostka, Beato Azebedo y otros muchísimos, que aparecerán en estas páginas, proclaman muy alto que las virtudes sólidas y perfectas exigidas por el Fundador, vivifican y son nervio de la Compañía, como en los tiempos mejores.

Diego Laínez (1558-1565)

A la muerte de San Ignacio escribía el Secretario, P. Polanco, estas palabras: «El Padre Maestro Laínez estaba (un día después que Dios Nuestro Señor nos llevó de acá nuestro Padre) muy vecino de seguirle; y así, le dimos la Extremaunción el sábado. Después acá ha sido servido Nuestro Señor de emprestárnosle acá, por mucho deseo que él tuviese de acabar su peregrinación; y sin saberlo él, los profesos que aquí nos hallamos le hemos elegido por Vicario, así por ser el Provincial de Italia, como porque sus tan buenas partes de bondad, letras y prudencia, junto con ser el primero de los que nos quedan en la Compañía, entre los diez que nombra la Bula, nos movía a ello.» Apenas convalecido, Laínez convocó la *Congregación general*, mas debido a la guerra que ardía entre Paulo IV y Felipe II, no fué posible la inmediata reunión de los Padres. Entre tanto, algunos inquietos, como Bobadilla y Cogordán, que veían con malos ojos el régimen monárquico ignaciano, proporcionaron a Laínez graves amarguras con sus intrigas ante el Romano Pontífice.

Juntóse, por fin, la Congregación en junio de 1558, y en la sesión del 2 de julio, presidida por el Cardenal Pacheco, se decidió, al primer escrutinio, la elección del P. Diego Laínez. El P. Nadal tuvo cuatro votos, y los Padres Broet, Lanoy y Borja, uno. Entonóse el *Te Deum* en acción de gracia y los días siguientes celebráronse diversos actos teológicos, filosóficos y literarios, con asistencia de muchos Cardenales, terminándose los festejos con un drama, representado por los alumnos seglares del Colegio Romano. Bien merecía el Padre Laínez hombre de estudio y de acción, ser sucesor de San Ignacio, porque su privilegiado talento especulativo no era de los que se pierden en abstracciones o se quiebran en vanas sutilezas, sino realista y comprensivo, tan penetrante y claro, tratándose de conceptos como de hombres, y porque a fuerza de abnegación y de humildad había vencido su temperamento impetuoso y vivo, llegando a una madurez y dulzura que eran fruto de su unión con Dios y

de sus altas virtudes. Ribadeneira nos lo retrata «pequeño de cuerpo, de color blanco, aunque un poco amortiguado, de alegre rostro y con una modestia y apacible risa en la boca; la nariz larga y aguileña, los ojos grandes y vivos y muy claros. Fué de delicada complexión, aunque bien compuesto y ancho de pecho y no menos de corazón»». Aprobó Paulo IV la elección recaída en la persona del P. Laínez y prometió que favorecería siempre a la Compañía, con lo cual, animados y contentos, los Padres congregados volvieron a reanudar sus tareas.

Revisaron ante todo el texto ignaciano de las Constituciones, dieron a éstas (según había sido voluntad del Fundador) fuerza de ley, determinando además que nunca se discutiese en modo alguno sobre lo sustancial de ellas, y declararon auténtica, con ligeros retoques, la versión latina del P. Polanco. Conforme a lo estatuído en la parte nona de las Constituciones, la Congregación puso al lado del General cuatro *Asistentes*, dividiendo la Compañía en otras tantas partes: Italia, España, Portugal, con sus respectivas misiones, y el Septentrión, que comprendía Alemania, Francia, Países Bajos y Polonia. Los asistentes nombrados fueron: el P. Polanco para España, el P. Nadal para el Septentrión, el P. González de Cámara para Portugal y el P. Cristóbal de Madrid para Italia.

Súbitamente, una fuerte tormenta se formó contra el Instituto de la Compañía en la cumbre misma del Vaticano. Paulo IV, napolitano de carácter original y desconcertante, que nunca se había entendido bien con San Ignacio, en una audiencia con Laínez y Salmerón prorrumpió en estas palabras: «Quiero que digáis el oficio en el coro. Aunque os pese, lo habéis de decir, y ¡guay de vosotros si no lo decís. Y no os excuséis con la ocupación del estudio. ¡Maldito estudio que impide el rezo del oficio divino!» Despidióles luego bondadosamente, pero dos días más tarde, el 8 de septiembre, se presentó el Cardenal de Nápoles en la Congregación, mandando, en nombre de Su Santidad, añadir dos cosas a las Constituciones: que el cargo de General no fuese vitalicio, sino trienal, con facultad de reelección, y que la Compañía cantase el Oficio divino en el coro, como las demás religiones. Obedecieron humildemente los Padres todos, empezando por Laínez, y durante

un año que duró la vida del anciano Pontífice, se cantó el Oficio divino en la casa profesa.

Al cabo de tres años, quiso Laínez cumplir la primera parte del precepto de Paulo IV, renunciando a su oficio, pero la Compañía le forzó a continuar, y el nuevo Papa, Pío IV, revocó el mandato de su antecesor, haciendo que las cosas volvieran a su primer estado. El mismo Bobadilla, que había puesto reparos a la primera elección, escribió ahora desde Ragusa con su genialidad característica: «El voto mío cuanto al generalato es que sea siempre perpetuo *ad vitam*, como dicen las Constituciones; y que en V. R. sea tan firme que dure por cien años, y que si muriendo tornase luego a resucitar, mi voto es que le sea confirmado hasta el día del juicio universal, y le suplico se digne aceptarlo por amor de Jesucristo.»

Pío IV hizo muy pronto, con sus bondades paternales, olvidar los disgustos causados por su antecesor. Habiendo muerto el Cardenal de Carpi, protector de la Compañía, el mismo Papa declaró que él tomaría gustoso el oficio de protector, ejemplo que siguieron en adelante sus sucesores. Personalmente se dignó visitar las casas de Roma, ayudó al engrandecimiento del Colegio Romano, escribió a Príncipes y Obispos en defensa de la Compañía calumniada por un Prelado romano, empleó a los jesuítas y al mismo Padre Laínez en cargos de mucha responsabilidad y otorgóles diversos privilegios. ¿A qué se debía tanta benevolencia? Al influjo del joven Cardenal, sobrino y secretario del Papa, Carlos Borromeo, que en los Ejercicios espirituales hechos bajo la dirección del P. Ribera, había entablado una vida santísima, para gloria de aquel pontificado y de toda la Iglesia Católica. Si en un principio esta transformación de su nepote enojó al Pontífice, después comprendió que allí radicaría una de las glorias más puras de su Pontificado.

Muy agitada fué la vida de Laínez. Viajó, al servicio del Papa y de la Compañía, por Italia, Francia, Países Bajos, Alemania, ora disputando con los herejes, ora haciendo alarde de su ciencia teológica en Trento, ora predicando y enseñando la doctrina cristiana en español, en italiano, en francés. Vió a su Orden zaherida

y calumniada en Roma, en España, en Francia, mas también la vió crecer y prosperar, de tal modo, que a su muerte la Compañía contaba no menos de 130 casas y 3.500 sujetos, repartidos en dieciocho provincias. El 19 de enero de 1565 falleció en el mismo aposento de su Padre San Ignacio, antes de cumplir los cincuenta y tres años. «Su muerte causó extraordinaria ternura y dolor. Y el Cardenal Alejandrino, fraile de Santo Domingo, que después fué Papa y se llamó Pío V, cuando supo la muerte del P. Laínez, dijo que la Santa Sede Apostólica había perdido la mejor lanza que tenía para su defensa.» (Ribadeneira: *Vida de Laínez.)*

Francisco de Borja (1565-1572)

Cuando el P. Laínez estaba para expirar, fijó los ojos amorosamente en Borja, que asistía a su cabecera. Aquella mirada, que llamó la atención de los circunstantes, era la transmisión de una herencia espiritual y de una carga, que el humildísimo Borja rehuía más que nadie. Inmediatamente fué nombrado Vicario General el antiguo Duque de Gandía, y poco después, el 2 de julio, fué elegido General de la Compañía de Jesús, con gran contentamiento del Papa, de los Cardenales y de todos cuantos conocían la admirable santidad del que fué Virrey de Cataluña, valido de Carlos V y Grande de España. Hacía cuatro años que, huyendo de las saetas envenenadas de villanos calumniadores y del ambiente enrarecido que se le había creado en la Corte y en la Inquisición, vivía en la oscuridad, y ahora Dios le levantaba sobre el candelero para confusión de sus enemigos. A la *segunda Congregación General,* que había hecho tan acertada elección, asistieron treinta y nueve profesos, de ellos dos supervivientes de los primitivos compañeros del Fundador: los Padres Salmerón y Bobadilla. Los nuevos *Asistentes* se procuró que no fueran todos españoles, como lo habían sido los anteriores, salvo el P. González de Cámara, y así salieron elegidos: para la Asistencia de Italia, el P. Benito Palmio; para la del Norte de Europa, el P. Everardo Mercurián; para Portugal, el P. Diego Mirón, y para España, el P. Antonio Araoz, el cual, sin embargo, retenido en la corte por Felipe II,

o mejor, por el Príncipe de Evoli, ni ahora ni después puso los pies en Roma.

Como San Francisco de Borja había sido, en su cargo de Comisario, demasiado fácil en recibir casas y colegios, resolvió la Congregación que no se abriese tanto la mano en este punto, atendiendo con más cuidado a consolidar y organizar bien los ya fundados, y hasta se trató de abandonar algunos, como los de Zaragoza, Mallorca, Simancas y Belmonte. Una resolución importante de esta Congregación fué la relativa al tiempo de oración diaria, que San Ignacio no determinó de un modo fijo y para todos en las Constituciones. Respecto de los profesos y coadjutores formados, no juzgó prudente el Santo Fundador darles otra regla sino «aquella que la discreta caridad les dictare, con que siempre el confesor, y hubiendo dubio en lo que conviene, el Superior también, sea informado». Para los estudiantes dictaminó lo siguiente: «Ultra de la confesión y comunión, que cada ocho días se frecuentarán, y de la misa, que oirán cada día, tendrán una hora en la cual dirán las horas de Nuestra Señora, y examinarán sus conciencias dos veces en el día, con algunas oraciones, a devoción de cada uno, hasta el cumplimiento de la hora que está dicha, si no fuese cumplida, y todo con orden y parecer de sus mayores.» El aumentar o disminuir el tiempo de oración dejábalo en cada caso a la discreción del Superior o Director espiritual.

Propúsose en la segunda Congregación si convendría alargar el tiempo que habitualmente se daba, y se acordó remitirlo a la prudencia del P. General. Entonces Borja ordenó que todos los hijos de la Compañía hiciesen, sin contar los dos cuartos de hora dedicados al examen de conciencia, una hora entera de oración, costumbre que confirmó, en 1581, la cuarta Congregación General y que no ha variado hasta ahora.

Al Papa Pío IV, muerto en diciembre de 1565, sucedió el santo Pío V, que honró mucho a Francisco de Borja y a la Compañía, aunque también, con la más santa intención, los atribuló profundamente. Yendo el nuevo Papa en procesión a la basílica de Letrán, y pasando por delante de la casa profesa, mandó hacer alto junto a la puerta, donde el General y los suyos contemplaban

la comitiva. Llamó Pío V a Borja, dióle un cariñoso abrazo y se entretuvieron conversando los dos santos como medio cuarto de hora, entre los gestos admirativos de la procesión estacionada. A varios jesuítas mandó el Papa como visitadores de alguna diócesis de los Estados Pontificios; a otros envió de consejeros a la Dieta de Augsburgo; y de otros se sirvió en misiones difíciles y lejanas, o en ministerios heroicos, como el servicio de los apestados de algunos barrios de Roma. A San Pedro Canisio le animó en su lucha contra el protestantismo. Por orden del Papa colaboraron en la versión del Catecismo Tridentino y en la corrección del texto bíblico de los Setenta los Padres Pedro Parra y Manuel de Saa. En 1568 llamó a seis jesuítas para que predicasen en San Pedro durante la Cuaresma; quiso encomendar a la Compañía el cargo de «Maestro del Sacro Palacio», a lo que Borja resistió con eficacia, y al reformar las tres penitenciarías de Roma reservó una para los jesuítas «diciendo siempre que la penitenciaría de San Pedro, que es la principal y la que siempre en la Iglesia universal ha tenido tanta preeminencia, porque a ella todos los casos de conciencia de todas las partes del mundo que se consulta con Su Santidad, la guardaba para encomendarla a la Compañía.» (Polanco.) Fuéle sugerido esto por San Carlos Borromeo, quien generosamente contribuyó a los gastos de la instalación de los doce Padres requeridos.

Por fin, en 1571, declaró pertenecer el Instituto de San Ignacio a las Ordenes llamadas mendicantes, que profesan la pobreza evangélica en toda su perfección.

Pero el santo Pontífice no acababa de comprender la originalidad de la nueva Orden religiosa, y, corrigiendo las Constituciones ignacianas en dos puntos sustanciales, mandó, primero, que en la Compañía hubiese coro como en las antiguas Ordenes, y segundo, que ninguno se ordenase de sacerdote antes de hacer la profesión solemne. Graves trastornos acarreaban, sobre todo, la última de las decisiones, pero el Papa, creyendo hacer un favor a la Compañía, persistió en lo mandado, a pesar de las numerosas explicaciones y súplicas que se le dirigieron. Hondamente adolorido, Borja obedeció con humildad: durante cuatro años se cantó el Oficio divino en el coro y se concedió la profesión de tres

votos a los que iban a recibir el presbiterado, admitiéndoles después a la de cuatro, si cumplían los requisitos de las Constituciones. Sabido es que Gregorio XIII, no bien subió al solio pontificio, repuso a la Compañía en su estado primitivo, a instancias del P. Nadal, que desempeñaba entonces el cargo de Vicario General.

En la historia de los Papas se registran pocos pontificados de tan feliz recordación como el de San Pío V. No contento con realizar la suspirada reforma de la Curia romana, de las Ordenes religiosas y del clero en general, según la mente del Concilio Tridentino, planeó juntar todas las fuerzas de los reinos cristianos para aniquilar de una vez el poderío siempre amenazante de los turcos, y si no logró una cruzada general en tan magníficas proporciones, algo consiguió aliándose con Venecia y España. Con estos designios envió, en 1571, dos legaciones a los príncipes cristianos: una al Emperador Maximiliano y al Rey de Polonia, Segismundo; otra a los reinos de España, Portugal y Francia. Con la primera mandó de consejeros al P. Francisco de Toledo; con la segunda, al mismo San Francisco de Borja, anciano achacoso, pero dispuesto a servir a la Iglesia, aun con peligro de su vida, en esta empresa que Pío V juzgaba de la mayor trascendencia. El legado, que era el sobrino del Papa, Cardenal Bonelli, llevaba el encargo de ultimar la Liga contra el turco y arreglar con Felipe II los conflictos que existían entre la potestad eclesiástica y la civil. Para esto principalmente escogió Pío V a San Francisco de Borja, porque no había personaje de mayor prestigio. Acompañaba al General de la Compañía su secretario Polanco, como antes había acompañado al P. Laínez en sus viajes por Francia, Flandes y Alemania. Cuando, pasada la frontera francesa, entraron en Barcelona, capital del Principado, regido un tiempo por Borja, recibió el Santo cartas de bienvenida de Felipe II, de Rui Gómez de Silva, del Inquisidor General, del Presidente del Consejo de Castilla y de otros altos personajes. El enviado real que se las entregó no era otro que su hijo don Fernando de Borja.

De Camino para Valencia, saliéronles al encuentro, en Mur-

viedro, el Duque de Gandía, don Carlos, primogénito de nuestro Santo, su otro hijo don Alonso de Borja y el Marqués de Lombay, su nieto. A la entrada de Valencia le esperaban el Virrey con el Arzobispo, Beato Juan de Ribera, y lo más granado de la ciudad. Mayores honores se le tributaron en la corte. El Cardenal Espinosa salió a recibir la comitiva en Guadalajara; el Rey en persona salió hasta las afueras de Madrid, entrando todos en la capital el 30 de septiembre de 1571. En la primera visita que hizo Borja al monarca, éste se levantó de su silla y le echó los brazos al cuello. La fama del Santo, tiznada por algunos envidiosos cortesanos en años anteriores, quedó ahora más resplandeciente que nunca. A la legación del Papa, en el punto primero respondió el Rey con la mejor voluntad, no así en el segundo punto de los conflictos jurisdiccionales, cuya resolución quedó pendiente.

En aquellos momentos precisos en que estas negociaciones se tenían en Madrid, don Juan de Austria, joven de apenas veinticuatro años, hundía en el Golfo de Lepanto la prepotencia otomana, al grito de ¡Viva Cristo! ¡Victoria! ¡Victoria! Ocho jesuítas (cuatro Padres, entre ellos el P. Cristóbal Rodríguez, confesor del Generalísimo, y cuatro Hermanos) asistieron a aquella memorable batalla, auxiliando espiritual y corporalmente a los soldados.

De Madrid se dirigió la legación pontificia a Lisboa, donde era Embajador de Felipe II don Juan de Borja, hijo de nuestro Santo. De allí pasaron a Francia, y habiendo obtenido en este reino menos que en el de España y Portugal, regresaron a Italia. San Francisco de Borja, aquejado por continuas y graves enfermedades, no pudo seguir la marcha rápida del Cardenal Bonelli, y viajó lentamente por los Estados de Saboya. Navegando luego por el Po, le sobrevino un accidente que le puso a las puertas de la muerte. El Duque de Ferrara le preparó en su ciuad un solemnísimo recibimiento y le mandó los mejores médicos, que le obligaron a permanecer allí todo el verano, hasta que por el mes de septiembre Borja le dijo al Duque: «Señor, no es voluntad de Dios que acabe mi peregrinación en el regalo de Ferrara, sino en Roma, donde la acabaron mis dos grandes antecesores, Prepósitos de la Compañía.»

Pasando por Loreto, concedióle la Santísima Virgen algún alivio en su salud, y, por fin, el 28 de septiembre entró en la Ciudad Eterna. Habló con el P. Nadal, a quien había dejado como Vicario General en su ausencia, y en la noche del 30 de septiembre al 1 de octubre de 1572 entregó a Dios plácidamente su alma. Cinco meses antes había fallecido San Pío V. «Así acabó—nos atrevemos a decir con Astrain—, a los sesenta y dos años de edad, aquel hombre extraordinario, a quien tanto debió la Compañía, y que forma, con Ignacio y Javier, la gloriosa terna de santos que veneramos al frente de la Compañía, y que fueron, *en cierto sentido*, los tres hombres más grandes que entonces había en el mundo. No creemos que nos ciegue el amor filial al afirmar que el siglo XVI no vió ni un fundador como Ignacio, ni un apóstol como Javier, ni un despreciador del mundo como Borja.»

Fué el antiguo Duque de Gandía tan amigo de la oración, que San Ignacio hubo de templar sus ansias contemplativas, y su Diario espiritual nos atestigua sus elevaciones místicas; tan riguroso en el trato de su cuerpo, que se juzgaron excesivas sus penitencias; su humildad, inconcebible; y, con todo, de corazón tan grande y celo tan ardiente, que asombran sus trabajos apostólicos en España y la magnanimidad con que extendió la Compañía por Francia, Alemania, Polonia, y la introdujo por primera vez en las misiones de la Florida, Perú y Méjico y el generoso entusiasmo con que abogó por la creación de una Congregación de Cardenales para la propagación de la fe. Al año siguiente de su muerte, o sea, en 1573, hallamos en un Catálogo de la Compañía no menos de 3.905 sujetos, de los cuales 1.172 sacerdotes.

En el septenio que duró este generalato, no menos de 14 jesuítas dieron su sangre por la fe en tierras de misiones, y alrededor de 36 se inmolaron en aras de la caridad, sirviendo a los apestados.

Everardo Mercuriano (1573-1580)

A la muerte de San Francisco de Borja, reunidos los 22 profesos que había en Roma, nombraron Vicario al P. Juan de Polanco, el cual convocó la Congregación general para el 11 de abril

de 1573. Asistieron 47 Padres, de los cuales 23 eran españoles. En la conciencia de todos estaba que nadie como el Padre Polanco, Secretario de San Ignacio, de Laínez y de Borja, a la sazón Vicario general, y varón adornado de altísimas virtudes, prudencia y experiencia, poseía tantos méritos para la suprema dignidad da la Compaña. No tenía más que un defecto: que era español, y que, siendo Secretario, había tenido que reprender en nombre del General a ciertos Padres respetables. Uno de éstos era el nobilísimo portugués P. León Enríquez, el cual, sabiendo que Polanco era, si no cristiano nuevo, al menos favorecedor de los cristianos nuevos que entraban en la Compañía, pidió al Rey de Portugal don Sebastián y al Cardenal Infante don Enrique, que escribiesen sendas cartas al Papa suplicándole no permitiese poner al frente de la Compañía ningún descendiente de judíos o moriscos, o que de algún modo los favoreciese. Al Papa Gregorio XIII parecióle esta súplica muy razonable, por las acusaciones que entonces contra tales gentes se rumoreaban. Por otro camino, pero tendiendo a la misma meta de eliminar a Polanco, intrigaba en Roma el Asistente de Italia, P. Benito Palmio. La inquina de este Padre contra los españoles no podía sufrir que a los tres primeros Generales españoles sucediese otro de la misma nacionalidad. Intrigaba éste no sólo ante el Papa, sino dentro de la misma Congregación general, animando a sus compatriotas, como confiesa Possevino, *ut pugnarem pro patria*, sólo que el fiel Possevino dió cuenta de estos ocultos manejos al P. Vicario, y el humildísimo Polanco se calló, sin dar un paso en su defensa.

Reunidos estaban los Padres para proceder a la elección, cuando entra en la sala el Secretario de Estado de Gregorio XIII, y declara ser voluntad de Su Santidad no se eligiese por esta vez ningún Padre español. «Ido el Cardenal—escribe Ribadeneira en su Historia de la Asistencia—se levantó luego en la Congregación un gran murmullo y alboroto contra los que habían sembrado aquella cizaña en la Compañía, y vimos, los que estábamos presentes, dos cosas de mucha edificación. La primera, en los Padres españoles que estaban en aquella Congregación, que eran muchos y muy antiguos y graves, y como padres de la Compañía y entre

ellos dos de los primeros compañeros de nuestro Beato P. Ignacio, gran paz, gran sosiego, paciencia y mansedumbre, sin hablar palabra hombre de ellos. La otra, gran sentimiento, celo e indignación contra los autores de aquella discordia... Las otras naciones sintieron este golpe, y con muchas lágrimas y palabras encarecidas mostraban su enojo y sentimiento.» Tan notoria fué esta demostración, que el P. León Enríquez, conmovido, salió al medio de la sala, confesó su culpa con muchas lágrimas y se ofreció a deshacer ante el Papa la oculta trama. Fué, en efecto, con una comisión, en la que entraba San Pedro Canisio, al Vaticano, y Gregorio XIII vino en revocar el precepto que había impuesto, pero indicando, no obstante, que un General que no fuera español, por ejemplo el P. Mercuriano, sería de su agrado, mas que procediesen con entera libertad.

Persona dignísima del generalato era el *P. Mercuriano*, y sobre él recayó la elección en el primer escrutinio. Era belga, como nacido en Mercour (de donde le vino el nombre), y había entrado en la Compañía en París, siendo ya sacerdote. San Ignacio, después de tenerle varios meses bajo su dirección, le envió a Perusa de Rector en 1553. Polanco le retrataba así: «Es hombre docto, piadoso, prudente, activo y apto para grandes empresas. Trabaja admirablemente en la viña del Señor, aunque él no cree tener talento para predicar en estos países. Sin embargo, explica al pueblo la Sagrada Escritura, oye confesiones, y con su trato familiar aprovecha mucho en Perusa, atrayendo las almas a Cristo.» Ejerció luego los cargos de Provincial de Germania inferior, Asistente del Septentrión y Visitador de las provincias de París y Aquitania. Elegido General, como hemos dicho, dióle la Congregación por Asistentes a los Padres Benito Palmio, Oliverio Manareo, Pedro Fonseca y Gil González Dávila. El P. Antonio Possevino, insigne por muchos conceptos, sucedió en el oficio de Secretario a Polanco, el cual fué enviado de Visitador a Sicilia, y, vuelto a Roma, murió en 1576.

Cuenta Ribadeneira que en la tercera Congregación fué notable «la gran religión y entereza de aquellos Padres españoles, a quien principalmente tocaba esta exclusión, porque todos ellos se

mostraron superiores a las cosas bajas y de la tierra, y se hubieron en la Congregación general como si no se hubiera tratado en ella de tal cosa. Especialmente el P. Maestro Polanco resplandeció en todas sus acciones con tan rara modestia, constancia e igualdad de ánimo, que muy bien se echó de ver que tenía debajo de los pies el ser General, y que nunca lo había pretendido, sino huído, y que hacía gracias a Nuestro Señor porque le había librado de tan pesada carga. Y hubo algunos Padres que estaban en contrario parecer, que, admirados de tan singular virtud, se compungieron, y aun quien cortó parte de su ropa (a lo que entonces entendí) por guardarla como reliquia de un santo».

Incalculables son los servicios que prestó a San Ignacio en la redacción de las *Constituciones* y en el gobierno de la Compañía, lo mismo que a Laínez y a Borja. Su actividad permaneció casi siempre oculta. *En Monumenta Histórica S. I.* se ha publicado su documentadísima *Vida de S. Ignacio e Historia de la Compañía* en seis densos volúmenes.

También el P. Nadal fué alejado de Roma. Aquel hombre activísimo, pero a la vez altamente contemplativo, retiróse al Colegio de Hall, en el Tirol, y allí pasó sus últimos años componiendo sus escritos ascéticos, particularmente sus *Anotaciones a los Evangelios,* hasta que volvió a Roma, para morir en el noviciado de San Andrés en 1580.

El gobierno del P. Mercuriano se distinguió por su exquisita prudencia. Afanóse el antiguo párroco flamenco porque todos, así superiores como súbditos, cumpliesen perfectamente sus deberes; dió la última mano al librito de las Reglas; puso remedio tajante y quizá excesivo a los peligros que podían apuntar en España con la oración de quietud predicada por ciertos varones muy espirituales; dió comienzo a la heroica misión de Inglaterra con los Padres Persons y Campion; envió a las Indias orientales y occidentales personajes eminentes, como Valignani y Plaza, que visitaron, organizaron e hicieron prosperar aquellas misiones; vió nacer en su tiempo las Congregaciones marianas, y tuvo la suerte de hallarse con un Papa tan jesuítico como Gregorio XIII, que colmó de favores a la Compañía, le confió en Roma el Seminario de los

Ingleses, dotó el Colegio Germánico con espléndida munificencia, lo mismo que el Colegio Romano, y promovió en todas partes la apertura de nuevos colegios.

Ningún Papa había mostrado tanto amor y estima de la Compañía, y de ella se servía en las múltiples empresas de su brillante pontificado. «Los jesuítas—escribe Pastor—están a su servicio en casi todas las naciones de Europa. Possevino se esfuerza en Estocolmo por traer a la Iglesia al Rey de Suecia; él negoció, como representante del Papa, la paz entre Polonia y Rusia, y en el Kremlin de Moscú expuso con intrepidez a Iván el Terrible los principios de la fe católica. Fueron principalmente jesuítas los que, de mil maneras, aun con peligro de sus vidas, trataron de llevar ayuda a los católicos oprimidos en los reinos protestantes, particularmente en Inglaterra, e intentaron reducir a la unidad a Alemania, religiosamente dividida. Fueron particularmente jesuítas los que en tierras paganas, fuera de Europa, llevaron la bendición del Evangelio.» Al pasar de esta vida el P. Mercuriano, en 1580, el número de jesuítas ascendía a unos 5.200, repartidos en 21 provincias, con 200 casas próximamente: 144 colegios, 33 residencias, 12 noviciados, 10 casas profesas. Si exceptuamos la próspera misión del Japón y el brillante apostolado de San Pedro Canisio, no fué este generalato fecundo en acontecimientos resonantes, pero en él tuvieron su gestación los hechos gloriosos y las terribles tempestades que dieron grandeza histórica al período siguiente.

La Compañía en Italia

Vimos en la sección anterior el intenso movimiento de restauración que promovieron los jesuítas en la sociedad italiana, apoyados por el favor de los Romanos Pontífices, por un grupo de Cardenales piadosos e ilustrados y por otros personajes, deseosos de la verdadera reforma eclesiástica. El movimiento iba tomando cuerpo a medida que la Compañía multiplicaba sus colegios e intensificaba sus ministerios y predicaciones, sobre todo desde que las nuevas Ordenes religiosas, como los capuchinos, los barnabitas y los teatinos o clérigos de San Cayetano, y más tarde

los oratorianos de San Felipe de Neri, se esparcieron por Italia, emulando el celo de los más fervorosos hijos de San Ignacio. En la labor educativa del pueblo colaboraron los clérigos regulares de Somasca, fundados por San Jerónimo Emiliano para educación de los huérfanos, y las ursulinas, fundadas por Santa Angela Merici, o de Brescia, para educación de niñas y cuidado de enfermos. Entre los jesuítas sobresalieron, entre otros, el *P. B. Palmio* y el *Padre Francisco Adorno;* éste fué confesor de San Carlos Borromeo y evangelizó el Milanesado y diócesis circunvecinas. El P. Cristóbal Rodríguez evangelizó la Calabria, y el P. Pedro Espiga recorrió la isla de Cerdeña, su patria, ilustrando Dios sus misiones con milagros. Antonio Possevino, tan ferviente orador, como eximio teólogo y filósofo, habilísimo diplomático, egregio humanista y polígrafo, empezaba en 1560 su brillante carrera con sus predicaciones en la corte del Duque Manuel Filiberto de Saboya y con sus misiones en los valles alpinos, donde obtuvo resonantes triunfos sobre los calvinistas.

El P. Laínez, en 1558, dividió la Compañía de Italia en tres provincias: Nápoles, Toscana y Lombardía, gobernadas respectivamente por los Padres Salmerón, Ribadeneira y Palmio. Aquel dechado y espejo de Prelados, San Carlos Borromeo, pidió jesuítas para su Seminario de Milán, en 1564. Laínez no pudo menos de complacer a tan gran protector y amigo. En la Ciudad Eterna vivían, en tiempo de San Francisco de Borja, unos 300 jesuítas. Abríanse en Italia nuevos colegios y crecían prodigiosamente las vocaciones, entre otras las del V. P. Julio Mancinelli, de San Roberto Belarmino y de Aquiles Gagliardi.

Aprobación de la Compañía por el Concilio de Trento

Era el mes de agosto de 1562, cuando a la ciudad de Trento, rebosante de obispos y clérigos, que se habían vuelto a reunir para continuar el famoso Concilio, llegaron, después de larga permanencia en Francia, el P. Laínez y su Secretario Polanco. Este

tomó asiento entre los teólogos; aquél, entre los Padres, como General de una Orden religiosa. Hacía ya varios meses que se encontraban allí el P. Salmerón y San Pedro Canisio, teólogos del Papa, con el P. Juan Couvillon, enviado de Ingolstadt por el Duque de Baviera.

Si era grande la autoridad teológica de Salmerón, la de Laínez era mucho mayor. Ambos se granjearon la admiración de aquella docta asamblea, no siempre sus aplausos, porque combatieron con energía las pretensiones de algunos teólogos del Emperador, empeñados en conceder, como un mal menor, el uso del cáliz a los legos en Alemania; rechazaron las exigencias de ciertos Obispos, que querían imponer una reforma a la Sede Romana, como si el Concilio estuviese sobre el Papa—asunto éste en el que Nadal muy eficazmente trabajó fuera de la asamblea doblegando la voluntad de Fernando I—; hablaron con apostólica libertad de los abusos que se cometían en la administración de los beneficios eclesiásticos, pronunciando Laínez, en el calor de su discurso, una frase audaz que levantó gran revuelo en aquella augusta congregación de prelados: «Yo temo siempre a la muchedumbre, aunque esa muchedumbre sea de obispos»; y, sobre todo, refutaron brillantemente la teoría de Pedro Guerrero, Arzobispo de Granada, y de otros españoles, discípulos de Francisco de Victoria, que opinaban que toda la potestad de los obispos proviene inmediatamente de Dios, no del Papa. Respondió Laínez, en un admirable discurso de tres horas (el más alabado y el más vituperado que se pronunció en el Concilio, según Sarpi), distinguiendo dos potestades: la del orden y la de la jurisdicción, y defendiendo que aquélla procede inmediatamente de Dios, pero ésta aunque reside en el cuerpo episcopal por derecho divino, es conferida a cada obispo inmediatamente por el Papa. Esta opinión, hoy común entre los teólogos, no creyó oportuno el Concilio definirla.

Con igual decisión intervino Laínez en la elaboración del trascendental decreto sobre los Seminarios. Ya el P. Jayo, en la primera etapa conciliar, había insinuado la conveniencia de fundar centros eclesiásticos para la esmerada educación del clero en virtud y ciencia. Ahora que San Ignacio había creado el modelo en el Colegio

Germánico de Roma y el Cardenal Pole, bajo la influencia de Loyola, había emprendido por semejante medio la reconquista espiritual de Inglaterra, el Santo Concilio en su sesión 23 aprobó el decreto de que cada Provincia eclesiástica, a ser posible, erigiese un Seminario. Inmediatamente llovieron sobre la Compañía peticiones y ruegos de que se encargase de la dirección de varios de ellos. Solamente por motivos especiales y expreso mandato del Papa aceptó en algunos casos, como en Roma. En otras partes, los obispos creyeron obrar según la mente del Concilio, fundando, en vez de Seminarios, Colegios de la Compañía, donde también se educaban los aspirantes al sacerdocio.

Gloria singular de España es el brillo que despidieron sus obispos y teólogos en aquella ecuménica asamblea, donde se congregó lo más docto y autorizado de la Iglesia católica; gloria y honor de la naciente Compañía de Jesús el que varios de sus fundadores y primeros hijos fuesen elegidos por el Sumo Pontífice como teólogos suyos en el Concilio; pero entre tantos nombres ilustres como allí resplendecieron no es fácil hallar otro que descollase tanto —a pesar de que algunos se han inmortalizado en la historia de la Teología—como Diego Laínez, jesuíta y español. Tributáronsele en el Concilio honores y distinciones que a ningún otro se tributaron. Con ello ganó estima y renombre el nuevo Instituto. Y bien se demostró en la sesión del 3 de diciembre de 1563, cuando, habiendo el Concilio decretado que todos los religiosos, acabado el año de noviciado, hiciesen la profesión o fuesen despedidos de la Orden, cosa incompatible con el Instituto de la Compañía, se añadió esta cláusula: «Por esto, sin embargo, el santo Concilio no pretende innovar algo ni prohibir que la religión de clérigos de la Compañía de Jesús, siguiendo su piadoso instituto, aprobado por la Santa Sede Apostólica, pueda servir al Señor y a su Iglesia.» (Sess. 25, cap. 16.)

Varias cosas merecen aquí subrayarse: se denomina a la Compañía *religión de clérigos*, con lo que se le reconoce su dignidad de Orden religiosa y su carácter distinto de las Ordenes monacales y de frailes; no se hace una simple mención de ella, sino que se honra a su Instituto con el epíteto de *piadoso*, lo cual implica una

verdadera aprobación, y así lo han entendido todos los intérpretes con el Papa Pío IV, el cual, escribiendo en 1565 al Rey de Francia, le hace saber que la Compañía de Jesús, después de haber sido confirmada por la Santa Sede, acaba de ser *aprobada* por el Concilio de Trento.

Casas de Roma

Había decretado el Concilio Tridentino que cada Provincia eclesiástica tuviese un Seminario para la formación de su clero. La diócesis de Roma se apresuró a ponerlo en ejecución, y Pío IV pensó en la Compañía. Soliviantado el clero romano por esta noticia y enojado porque el Vicario de la ciudad, Cardenal Savelli, encomendara a los hijos de San Ignacio la visita canónica de los clérigos y el examinar a los ordenados y concurrentes a beneficios, armó tan clamoroso *tolle-tolle*, con tal polvareda de calumnias infamantes, que el Papa creyó oportuno hacer cuidadosa indagación de todo el negocio. Persuadido de la inocencia de los jesuítas, les entregó la dirección del Seminario, metió en la cárcel a un Prelado y expidió varios Breves para desvanecer los calumniosos rumores qeu habían llegado hasta la Alemania protestante.

En 1568, merced a la principesca generosidad del Cardenal Farnesio, empezóse a levantar, sobre la iglesita de Nuestra Señora de la Estrada, tan amada de San Ignacio, la espléndida iglesia del *Gesù*, obra maestra de Vignola (aunque la planta o diseño sea anterior) y maravilla del arte barroco, que sirvió de pauta a casi todos los grandes templos construídos en el siglo XVII. Adjunta estaba la casa profesa, residencia del P. General, con las habitaciones santificadas por San Ignacio. El noviciado fué trasladado de allí, en 1566, por San Francisco de Borja, a la casa de San Andrés, en el Quirinal. De la Penitenciaría de San Pedro hemos hablado ya.

De los varios colegios que la Compañía tenía en Roma, el principal, con mucho, era el Colegio Romano, dechado de todos los colegios de la Compañía, a cuyas aulas venían los mejores alumnos y profesores de todas las provincias, y cuyo influjo era, por lo tanto, universal. Más de mil estudiantes, entre jesuítas y externos, se contaban en 1567, y en 1584, al trasladarse al nuevo edi-

ficio, se acercaban a los dos mil. Gramática, Humanidades, Lenguas clásicas y orientales, Matemáticas, Filosofía, Teología, se enseñaban con gran competencia por maestros de universal renombre. El humanista Pedro Juan Perpiñá enseñó Retórica hasta 1565. Francisco de Toledo y Benito Perera (Pererius) leyeron primeramente Filosofía y después Teología y Sagrada Escritura. Juan de Mariana empezó también por la Filosofía en 1562. Teología y Controversias enseñó el insigne pedagogo que tanto influyó en la *Ratio Stadiorum*, P. Diego de Ledesma. Manuel de Sa y Diego de Acosta se dieron a conocer como excelentes moralistas en sus casos de conciencia. Desde 1576 regentó la cátedra de Controversias el santo doctor Roberto Bellarmino. El insigne Padre Cristóbal Clavio desempeñaba la de Matemáticas, y en 1580 llegó a sus aulas el *Doctor Eximio*, Francisco Suárez a quien luego sucedió Gabriel Vázquez. Como se ve, casi todos estos profesores eran españoles, los cuales, con razón, podían mirar como cosa propia el Colegio Romano, pues fundado por San Ignacio y dotado por Borja, con rentas de España se fué sosteniendo hasta la dotación de Gregorio XIII, cuyo nombre lleva ahora agregado a su título de Universidad (Gregoriana).

Agregado a él, académicamente, prosperaba el Colegio Germánico con 30 jesuítas y 160 convictores, inflamados de juvenil entusiasmo religioso y científico, según refiere Polanco en julio de 1564.

Otros Seminarios

Ya que hemos tocado la liberalidad de Gregorio XIII con el Colegio Romano debemos decir que la misma protección dispensó al Germánico, y como los alumnos que aquí se formaban no eran bastantes para la perfecta renovación del clero alemán, decidió el Papa fundar otros Seminarios en la misma Alemania y encomendarlos a la Compañía.

Llamábanse ordinariamente *Convictorios*, y eran verdaderos Seminarios pontificios, anejos a los colegios de los jesuítas, donde se preparaban para el sacerdocio jóvenes ordinariamente po-

bres, pero de buen talento. Así empezó el de Viena en 1574; siguieron los de Graz, en 1578; Fulda, en 1584; Dilinga, en 1585. Gracias al P. Possevino, fundó Gregorio XIII, para los países de Escandinavia, Prusia oriental, Rusia, Hungría y Transilvania, el Seminario de Braunsberg en 1578, y el de Kolozsvár (Clausemburg) en 1583. Otro se abrió para los tchecos y otros pueblos orientales en Olmütz (1579); para los rutenos, en Vilna (1582); para los dálmatas, junto a Loreto (1580); para griegos y maronitas, en la misma Roma. El peligro de que los perseguidos católicos ingleses quedasen sin pastores movió al Papa, interviniendo en ello el célebre Guillermo Allen, fundador del Colegio-Seminario de Douai, a fundar otros Seminario inglés en Roma, que confió a los jesuítas (1578).

Otros análogos para jóvenes ingleses se fundaron a principios del siglo XVII, bajo la dirección de la Compañía, en Saint-Omer, Lieja, Valladolid, Sevilla, Madrid; para escoceses, en Roma, Douai y Madrid; para los irlandeses, en Roma, Poitiers, Santiago de Compostela, Salamanca, Sevilla, Lisboa. Más de 20 Seminarios pontificios tomó sobre sí la Compañía; a los que estaban en territorio español socorrían con largueza Felipe II y sus sucesores. San Carlos Borromeo escribía el 6 de enero de 1565 a Ormanetto: «En cuanto al gobierno del Seminario no tengáis cuidado que yo retire a los Padres jesuítas, sabiendo bien la bondad, paciencia y competencia de ellos para este cargo.» De los demás colegios, que a juicio de los obispos del Concilio de Trento, eran *veri et optimi seminarii* haremos escueta enumeración al tratar de cada país en particular.

Congregaciones marianas

Labor lenta, continua y eficaz era la que se empezó a desarollar entre personas pertenecientes a un mismo oficio o a determinada clase social, particularmente entre los estudiantes de los colegios: me refiero a las Congregaciones marianas.

Ya el Beato Fabro, para consolidar y perpetuar el fruto de su predicación en Parma (1539-1540), había fundado una piadosa

asociación del nombre de Jesús: San Pedro Canisio instituyó otras congregaciones análogas en Alemania; Salmerón, en Nápoles; Nadal, antes en Sicilia, y más particularmente el H. Sebastián Cabarasi, en Siracusa; pero donde brotaron con el espíritu mariano y el carácter que ahora tienen fué en el Colegio Romano, gracias a la iniciativa de un joven jesuíta belga. *Juan Leunis* † 1584, maestro de Gramática, el cual acostumbraba, desde 1563, reunir a unos cuantos de sus discípulos los días de fiesta para practicar ciertos actos de culto en honor de la Santísima Virgen y animarse a llevar una vida más intensa de piedad poniéndose bajo la protección de la Madre de Dios. De aquel primer cenáculo romano salieron tres Príncipes de la Iglesia.

A diferencia de las antiguas cofradías, la Congregación mariana se distinguía por su carácter práctico y apostólico, pues no se limitaba al culto de la Virgen Santísima, sino que atendía a la imitación de sus virtudes y al ejercicio, en común, de las obras de misericordia y de apostolado.

Del Colegio Romano pasaron inmediatamente estas Congregaciones a todos los colegios de Europa y América, fomentando en todas partes la pureza de costumbres, la frecuencia de sacramentos, el ejercicio de la meditación y el apostolado seglar. Vistos los frutos que dondequiera se cosechaban, pareció conveniente instituir Congregaciones similares entre artesanos, sacerdotes, soldados, nobles, mercaderes y otras clases sociales; y su brillante historia posterior, ilustrada con nombres de muchos Santos, Papas, misioneros, varones eminentes en las letras, en las armas y en la política, da testimonio de su saludable influjo en la sociedad cristiana, reconocido y aplaudido por los Romanos Pontífices. Gregorio XIII en 1584 erigió canónicamente la del Colegio Romano como Prima Primaria, a la que debían agregarse las demás. En 1568 llegaban a 1.459 los afiliados.

Desde comienzos del siglo XVII tenían bastantes Congregaciones biblioteca propia, celebraban certámenes poéticos y funciones públicas, lo cual dió ocasión a que surgiesen entre los estudiantes academias literarias y científicas, muy en boga en los años posteriores.

Los jesuítas en Francia

El galicanismo del Parlamento y de la Universidad, junto con las pasioncillas de ciertos doctores, eran obstáculo a la entrada oficial de la Compañía en la capital de Francia, no obstante la buena voluntad del Cardenal de Lorena. La comunidad de estudiantes que en París gobernaba el P. Broet se iba captando simpatías por su humildad, devoción y estudiosidad. Empezaban a correr de mano en mano cartas de San Francisco Javier contando las maravillas que Dios obraba por su medio y por el celo de los primeros jesuítas. De la misma Francia, particularmente de la Alvernia, llegaban noticias muy halagüeñas del fruto copioso que unos jesuítas abnegados cosechaban en sus correrías apostólicas, despertando a los católicos y haciendo guerra sin cuartel a los novadores.

Los monarcas franceses seguían la política de proteger en el exterior a los protestantes y reprimir sus avances en el interior, pero los calvinistas, cada día más audaces, burlábanse de los edictos reales y exigían igualdad de derechos con los católicos. Capitaneados por el Príncipe de Condé y el Almirante Coligny, se conjuraron en Amboise para hacer pasar el poder de los Guisas católicos a los Borbones hugonotes. Fracasó la intentona. Con todo, el año siguiente, 1561, Catalina de Médicis, regente del reino por la menor edad de su hijo Carlos IX (1560-1574), concedió amnistía general y proyectó una conferencia religiosa en Poissy.

Con objeto de estorbarla, Pío IV envió al Cardenal Hipólito de Este, acompañado del P. Laínez. En buena coyuntura se presentaba en París el General de los jesuítas. La Asamblea del clero acababa de declarar públicamente que recibía a la Compañía, no a título de Orden religiosa, pero sí en forma de sociedad o colegio, con sumisión a la jurisdicción episcopal. No era muy generosa esta concesión, pero entonces se la estimó como un gran beneficio, porque inmediatamente cayeron los estorbos que el Parlamento ponía al reconocimiento oficial de la Compañía de Jesús en París y en toda Francia.

Con la presencia de Laínez, la balanza de la opinión pública se inclinó decididamente en favor de los jesuítas. No llegó a tiempo el legado del Romano Pontífice para impedir la conferencia religiosa, que se tuvo en Poissy con asistencia del Monarca, de su madre, de seis Cardenales y muchos Obispos y teólogos, en frente de doce predicadores calvinistas y veintidós diputados de sus parroquias protestantes. Tomó parte en las últimas sesiones el Padre Laínez, y habló con la libertad apostólica que acostumbraba en semejantes casos, reprobando tales asambleas, exhortando a la reina madre a que disolviese las reuniones particulares de católicos y protestantes y enviase a sus Prelados y teólogos al Concilio de Trento. Refutó luego los discursos blasfemos pronunciados por Teodoro de Beza y Pedro Mártir, y, terminadas las conferencias, se quedó en París durante cinco meses, predicando, ora en latín, ora en francés, tratando personalmente con personajes influyentes, animando siempre a los católicos y desacreditando a los herejes.

Antes de salir hacia Flandes, en compañía de Polanco y de Nadal, que aquel año visitó rápidamente los colegios franceses, tuvo la idea de fundar un colegio con enseñanza propia, que levantase el nivel de los estudios universitarios y opusiese una barrera al calvinismo, que dominaba ya en una tercera parte de la juventud escolar.

El Colegio de Clermont. Profesores españoles

En la mañana del 22 de febrero de 1564 abriéronse las clases del Colegio llamado de Clermont, por haber sido su fundador el Obispo claromontano Guillermo du Prat. Empezó por las Humanidades, Retórica y Filosofía, con todas las prerrogativas de los demás colegios que integraban la Universidad. Ocupaba la cátedra de Retórica el P. Miguel Venegas, «gran retórico y poeta», en frase de Nadal, y la de Filosofía el insigne extremeño Juan de Maldonado, a quien pronto veremos ser la admiración de París en la cátedra de Teología, y de quien, ya el primer año (1564), escribía Manareo: «Maestro Maldonado tiene fama de ser aquí

el primer filósofo, y, en efecto, me deja estupefacto su talento y juicio, la prontitud de la memoria, sobre todo al citar textos griegos.» La flor de la juventud parisiense y muchos hombres provectos agrupábanse en torno de su cátedra, sin que nadie osara hacer el menor ruido, y copiando las lecciones la mayor parte de ellos.

Exitos tan resonantes no podían dejar indiferentes a los colegios vecinos, que, aprovechando la subida de un nuevo Rector, trataron de que a todos los miembros del Colegio de Clermont se les quitase el derecho de escolaridad. Apelan los jesuítas al Parlamento. Imposible negar al más brillante de los colegios lo que se concedía a tantos otros. La Universidad emprende, en 1565, una vasta campaña contra los jesuítas para negarles, no sólo el derecho de enseñar, sino aun el de permanecer en Francia. Hízose tristemente célebre Esteban Pasquier por sus cáusticos discursos, ante el Parlamento, acusando a la Compañía, con evidente mala fe, de mil falsedades y desfigurando, sobre todo, el voto de obediencia al Romano Pontífice. Con Pasquier, defensor de las libertades galicanas, iban de la mano todos los inficionados de herejía, y a la cabeza de ellos los conocidos humanistas Adrián Turnèbe y Pedro Ramus, adictos al calvinismo. No pudieron, con todo, arrancar al Parlamento un decreto de condenación. El Papa Pío IV salió en defensa de los jesuítas escribiendo a Carlos IX, a Catalina de Médicis y a los Cardenales de Borbón y de Lorena, todos los cuales mostraban favor a la Compañía, porque veían en ella el mejor valladar contra los novadores. Escribió también al Parlamento, siempre temeroso de favorecer el ultramontanismo, y envió para componer el asunto al P. Possevino, celebérrimo diplomático, que colaboró en la corte con el P. Cogordan, habilísimo también en toda clase de negocios. Obtenida una tregua, el P. Manareo, Provincial de Francia desde la muerte del P. Broet, ordenó a Maldonado que volviese a su cátedra en 1565.

Maldonado obedeció y se puso a explicar Teología, pero no la teología decadente, erizada de sutilezas inútiles y de bárbaro lenguaje, cual era la que se enseñaba entonces en la Sorbona, para ludibrio de humanistas y risa de los herejes, sino la teología

auténtica, según el espíritu de la Iglesia y de Santo Tomás, la teología renovada en España gracias a los escrituristas complutenses y a los teólogos salmantinos. Maldonado reformó los métodos escolares; demostraba un profundo conocimiento de los Santos Padres y del texto bíblico en su lengua original, tenía en cuenta las modernas herejías para deshacer sus errores, y se expresaba en un latín tan puro, elegante y armonioso, como nunca se había visto al tratar de tales materias. Quien conozca lo que en el Renacimiento significaba el dominio de las lenguas clásicas y la belleza de la forma, podrá adivinar los triunfos increíbles del teólogo español en la capital de Francia. Y Maldonado no era un simple humanista; era una de las inteligencias más poderosas de aquel siglo, fecundo en hombres grandes. Cien alumnos asistieron a sus clases ya desde el principio, y se creyó una cosa extraordinaria; pasados algunos años, llegaban a tres mil. A falta de locales capaces para tal auditorio, érale preciso dar su clase en el patio.

Después de Maldonado, otro profesor español era quien más descollaba por su brillantez y por la genialidad de su talento. Su nombre es bien conocido: Juan de Mariana. Empezó en 1569 a enseñar Teología y durante cuatro años regentó la cátedra de Santo Tomás, con un público de seiscientos oyentes. El tercer español que merece figurar entre los más afamados profesores de aquel Colegio, se llamaba Pedro Juan Perpiñá, natural de Elche. Entró en la Compañía en Valencia, enseñó Humanidades y Retórica en Lisboa, Evora, Coimbra y Roma, llegó a París en 1566, y a poco se vió que las letras humanas subían con Perpiñá a la misma altura que la Teología con Maldonado. Sus discursos, escolares unos, otros apologéticos, eran el encanto de los humanistas, por la fluidez, dulzura y numerosidad de su latín ciceroniano. Por desdicha, murió en octubre de aquel mismo año, a los treinta y seis de su edad, siendo llorado como una gran pérdida para las letras por humanistas como Pablo Manucio y otros, que le dedicaron versos latinos y griegos. El célebre Mureto afirmó que de ninguno de su tiempo se podía decir como de él, aquello que Homero dice de Néstor: que su elocuencia era dulce como la miel.

Con los aplausos que estos maestros jesuítas cosechaban no se acallaron las voces enemigas. Intervino Su Santidad Gregorio XIII para reconciliar a la Universidad con la Compañía, pero los maestros universitarios se mostraron tan contumaces, que el Papa los hubiera castigado severamente de no habérselo disuadido los jesuítas. Expidió, sin embargo, una Bula, *Quanta in vinea Domini*, elogiando la labor de la Compañía, confirmando los favores otorgados por Pío IV y Pío V a sus colegios, renovándole la facultad de enseñar públicamente las Artes y la Teología, aun en ciudades donde hubiera Universidad, y concediéndole el derecho de conferir los grados a todos sus discípulos, si las autoridades universitarias se negasen a hacerlo. En medio de tantas borrascas, el Colegio de Clermont seguía prósperamente, con crecido número de alumnos. Años más tarde cursará allí Retórica y Filosofía (1584-85) un joven de santidad amable y atractiva, Francisco de Sales, prefecto de la Congregación mariana, de aquella congregación tan floreciente y estimada, que «los reyes Carlos IX y Enrique III, las reinas, los príncipes, princesas, obispos y señores de la corte y del parlamento, no se desdeñaban de asistir a la pequeña capilla del Colegio» (P. Garayon).

En las provincias de Francia

Para atender a las necesidades de muchas regiones francesas, en las que cundía sin obstáculos el calvinismo, Prelados celosos invocaron la ayuda de los jesuítas, los cuales fundaron colegios que eran al mismo tiempo centros de gran irradiación misionera. Anterior al de París y fundado por el mismo Obispo, G. de Prat, surgió el de *Billom*, inaugurado en 1556 con 500 alumnos, que a los siete años eran un millar y oían «letras de humanidad, artes y teología». Abrióse otro en *Pamiers* en 1559, siguió el de *Tournon* (1561) y el de *Rodez* (1562), que al año siguiente contaba con ochocientos alumnos, de las familias más nobles e influyentes. Vinieron luego los de *Mauriac* y *Toulouse* (1563), *Avignon* (1564), *Chambery* y *Lyón* (1565), *Verdún* (1570), *Nevers* y *Burdeos* (1572),

Bourges (1575) y la Universidad de *Pont-à-Mousson*, abierta en 1574 a ruegos del Cardenal de Lorena.

De la provincia de Francia o de París, desgajóse, en 1564, la de Aquitania, con el P. Edmundo Auger por Provincial. La Divina Providencia, que había dispuesto salvar a la nación francesa de la invasión calvinista, envióle fervorosos misioneros y predicadores de altura, que realizaron una labor tan brillante como fecunda. Todo el mediodía y centro de Francia escuchó la palabra elocuente y ardorosa del Canisio de Francia, P. Auger, autor de un *Catecismo y sumario de la religión cristiana* (Lyón, 1563), del que sólo en París se difundieron, en ocho años, 38.000 ejemplares. Innumerables personas, seducidas por las nuevas ideas, volvieron al catolicismo gracias al celo infatigable del P. Juan Pelletier, ardiente promotor del culto a la Santísima Virgen. Semejante actividad desplegaron el P. Luis du Coudret y otros muchos, entre los cuales deben figurar dos personajes tan insignes por su virtud como por su talento: los Padres Antonio Possevino y Juan Maldonado. El primero, después de laborioso apostolado en el Piamonte y entre las gentes humildes de los valles alpinos, predica con éxito asombroso en la ciudad de Lyón, lucha de mil maneras contra los hugonotes y desempeña en la corte misiones delicadas. El segundo interrumpe sus clases de Teología para evangelizar la comarca de Poitiers y para disputar con los herejes; varón de exquisita prudencia, ejerce en 1573 el cargo de Viceprovincial, y, en 1578, el de Visitador de la Compañía en Francia; acude en 1581 a la Congregación General y trabaja en Roma en la corrección del texto griego de la Biblia y en dar la última mano a su egregio comentario de los Evangelios, hasta su muerte, acaecida en 1583, cuando sólo contaba cuarenta y nueve años de edad.

El secreto del éxito alcanzado por todos estos misioneros no está solamente en la ciencia de algunos de ellos, sino en el método de su apostolado: mucha enseñanza de catecismo y mucha caridad con los pobres, que llegó frecuentemente al heroísmo, asistiendo a los contagiados de la peste que hizo estragos horrorosos en Avignón, París, Bourges, Nevers, Tournón, Chambery, Burdeos, Pont-à-Mousson y, sobre todo, en Lyón, donde perecieron

muchos millares de personas y dió ocasión al P. Auger a consagrar la ciudad a Nuestra Señora de Velay. Los jesuítas se preparaban a este sacrificio de su vida con una confesión general, renovación de los votos y recepción de los sacramentos.

En la Alvernia, en el Languedoc, en otras zonas invadidas, se vió pronto que empezaba a retroceder la ola amenazante de la herejía.

En los Países Bajos

En 1557, Ribadeneira, el promulgador de las Constituciones, se dirigió a Bruselas con el Cardenal Caraffa para negociar la paz entre España y Francia. En los Países Bajos siguió, hasta 1559, trabajando en pró de la Compañía con eficacia, gracias a su influencia con el Duque de Feria. La provincia de Flandes, visitada en 1562 por el P. Nadal, se separó de la Germania inferior en 1564, siendo su primer Provincial el P. Everardo Mercuriano.

Los obstáculos que al principio puso la política de Felipe II y los largos años de sangrientas guerras civiles fueron causa de que la Compañía tardase en cobrar vuelo. Sin embargo, no faltaron Padres que se consagraron en cuerpo y alma a la extirpación de la herejía, que amenazaba invadir aquellas regiones por todas sus fronteras. El P. Francisco Coster, segundo Provincial, tan benemérito de las Congregaciones marianas por sus libros y sus desvelos, y el P. Enrique Denys, fueron los más señalados en la comarca de Lieja. Nuevos colegios surgieron en *Tournay* (1562), *Cambray* (1564), *Saint-Omer* (1568), *Douai* (1568), *Dinant* (1563)—suprimido en 1574 por la fundación de *Maastricht* (1575)—, *Brujas* (residencia 1570, colegio 1575), *Lieja* (residencia 1569, colegio 1582), *Amberes* (residencia 1572, colegio 1575). El Colegio de Douai, fundado por el Abad Lentailleur, de los benedictinos de Anchin, llegó a contar en 1575 cerca de mil alumnos, cuatrocientos de ellos pensionistas internos, pues aunque la Compañía mostróse siempre reacia a los internados, el bien universal prevaleció aquí como en otras partes. Si no alcanzó este colegio un florecimiento todavía más espléndido, fué por la contra

que le hizo la Universidad de Douai, fundada por Felipe II en 1562. En Lovaina no tuvo la Compañía casa propia hasta 1565, aunque ya residía allí desde 1542. Roberto Bellarmino, joven de veintisiete años, viene de Roma en 1569 y durante cinco años predica a los estudiantes de la Universidad en latín. De 1570 a 1576 tiene en casa lecciones públicas de Teología, inaugurando así la enseñanza teológica, que tanta celebridad dió a este colegio en lo por venir. Hasta aquel momento, los jesuítas habían vivido en las más cordiales relaciones con la Universidad, pero desde que se pusieron a enseñar, se vió que empezaban las rencillas y se preparaban aquellas grandes luchas iniciadas con ocasión de Bayo, de quien hablaremos en el período siguiente.

Conocido es el breve estado de anarquía en que cayeron aquellas provincias a la muerte del gobernador Luis de Requeséns (1576), cuando los Estados provinciales de Holanda, de acuerdo con los del Sur, determinaron, en lo que se llamó Pacificación de Gante, arrojar del país a los soldados españoles. Al llegar en 1578 Don Juan de Austria, las provincias sublevadas quisieron imponerle que firmase la Pacificación de Gante, y lo mismo hicieron con todos los jesuítas. Estos se negaron resueltamente, por lo cual se vieron expulsados brutalmente de sus casas, menos de Lovaina, Lieja y Saint-Omer. Verdaderamente crítico fué aquel momento, pero todo redundó en mayor bien de la Compañía, cuando, triunfante el Catolicismo, quiso el monarca español recompensar a sus fieles súbditos.

En el Imperio de los Habsburgos

El magnífico despliegue de fuerza conquistadora y de pujante vitalidad que la Iglesia católica manifestó en todos los países en seguida del Concilio de Trento, tardó en invadir las naciones del Norte varios decenios, hasta que el Catolicismo, tras una lucha enconada con las sectas protestantes, logró contener el avance de éstas, iniciar la reconquista del terreno perdido y florecer con espléndida cultura religiosa y humana. Antes de llegar a tan bri-

llantes resultados, fué preciso luchar denodadamente contra la ignorancia y la inmoralidad, trabajar por la formación de una nueva generación de jóvenes instruídos y piadosos y preparar un nuevo clero de sólida ideología y de apostólica actividad. A ese fin se dirigían principalmente los afanes de la Compañía de Jesús.

«Para reformar al pueblo alemán—decía el Emperador Fernando I—, no hay medio mejor que multiplicar los colegios de jesuítas.» El Padre Jayo fué uno de los que con más convicción abogaron por este género de apostolado. Nadal y Canisio siguieron sus iniciativas. Del historiador de los Papas, Ludovico Pastor, son estas palabras: «Reconociendo justamente que todo dependía de la formación de un buen clero, el Papa no se cansaba de incitar a la fundación de seminarios, siendo plenamente comprendido por algunos obispos como Otón Truchses y Guillermo Russinowsky. Este puso bajo la dirección de los jesuítas los seminarios por él erigidos en Olmütz y Brünn. En otros lugares los colegios de esta Orden fueron una escuela preparatoria, y en otros hasta un equivalente de los seminarios. Los jesuítas fueron sostenidos y recomendados por el Papa de mil maneras. Muchas veces encomió los servicios que en aquella edad, tan tempestuosa para la Iglesia, prestaban, no sólo con la enseñanza, sino también con su piedad y su vida irreprensible. La Compañía de Jesús tomó el mayor vuelo en Baviera, a cuyo Duque, no sin motivo, tenía que mirar el Papa con especial satisfacción... Como en Baviera, así también en Baden y en Fulda, parte esencial de la actuación de la reforma católica corresponde a la Compañía de Jesús, cuyos miembros desarrollaron en todo, y particularmente en el campo de la solicitud pastoral y de la instrucción, una actividad profunda de espíritu genuinamente católico. Ellos contribuyeron poderosamente a realzar la autoridad del Papado, tan gravemente sacudida en Alemania; como refieren, desde Innsbruck, a Pío V las Archiduquesas Magdalena, Margarita y Elena, los jesuítas eran devotísimos de la Santa Sede. Bajo este respecto, nadie hizo más que el sencillo religioso Pedro Canisio, que procuró a la Compañía de Jesús sólido asiento desde 1556 en *Praga* e *Ingolstad*, en *Munich* (1559), en *Innsbruck* (1562), en *Würzburg* (1567), en *Hall* (1569), y ob-

tuvo en 1563 que se le confiase la Universidad de *Dilinga*. Ya con sólo su catecismo había levantado un baluarte contra todos los enemigos del Papado. Las cartas, discursos y sermones de este excelente sacerdote, que, con plena conciencia de la gravedad de la situación, gastaba sus fuerzas en incansable actividad apostólica, respiran íntima caridad y profunda reverencia para con la Santa Sede. «La potestad—escribe Canisio—que Cristo, con claras palabras, confirió a San Pedro, es la mayor que pueda darse sobre la tierra. Gustosos lo reconocemos, gustosos rendimos honores a tal potestad. Quien no está fundado sobre esta piedra, será una caña vacía, nunca un verdadero cristiano.» Pío V tuvo intención, en 1568, de recompensar con la púrpura cardenalicia la fidelidad y abnegación con que Canisio había trabajado tantos años, pero desistió de ello a ruegos del humilde religioso. Por un apunte hallado posteriormente, sabemos que, de haberse prolongado más la vida del Papa, hubiera ciertamente obligado al *Apóstol de Alemania* a aceptar la alta dignidad. Por voluntad del Papa y del Emperador fué elegido para oponerse en Worms (1557) a los errores de Melancton. También asistió a la Dieta de Augsburgo en 1566. Esta ciudad se recatolizó gracias a él. En numerosos documentos hizo resaltar Pío V los servicios que la Compañía de Jesús, con su celo infatigable, prestaba a la salvación de las almas. En un Breve de 21 de mayo de 1568 declaró que consideraba a la Orden en aquellos tormentosos tiempos como una obra de singular providencia de Dios.»

Cuando los centuriadores de Magdeburgo salieron a combatir a la Iglesia romana con las armas de la Historia, Canisio fué el encargado por Pío V para refutar las célebres centurias. Hízolo en varias de sus obras, y viendo que para hacerlo más cumplidamente se requería un especialista en tales estudios, animó al eminente Onofre Panvinio en sus investigaciones históricas y arqueológicas. El apostolado de Canisio, por la pluma y por la palabra, es superior a todo encomio. Recorrió Alemania y países limítrofes, unas veces cumpliendo legaciones del Papa o de los Príncipes, otras veces como predicador infatigable, o como Superior de la

Compañía. En su ancianidad se retiró al Colegio de *Friburgo*, en Suiza, donde murió con gran fama de santidad en 1597.

A los colegios arriba mencionados hay que añadir el de *Tréveris*, fundado en 1560, que llegó casi a absorber la Universidad; los de *Maguncia* y *Tyrnau* de Hungría (1561), el de *Braunsberg* (1565), el de *Olmütz* (1566), cuyo primer Rector fué el P. Hurtado Pérez, y cuya fundación, como la del siguiente, debióse, en buena parte, al P. Nadal; el de *Spira* (1567), el de *Fulda* (1570), el de *Graz* (1573), el de *Colosvar* en Transilvania (1579) y el de *Friburgo* de Suiza (1580), más la casa profesa de *Landsberg* (1578), etc.

En el Colegio de *Viena* distinguiéronse algunos españoles, como su rector, el P. Juan de Victoria (1558-62), organizador de los estudios, celoso operario y confesor del Emperador; el P. Fernando Jaén, Profesor de Teología; el P. Hurtado Pérez, Prefecto de estudios, y los Padres Francisco Suñer, Gabriel Mercado y Gabriel Morales; y si a esto añadimos las visitas de Nadal y su actuación con el P. Diego de Ledesma en la Dieta de Augsburgo (1566), a la que fueron enviados con San Pedro Canisio por el Papa, veremos que no se limitaba a Italia y Francia la irradiación española. Profesores de la Compañía había en no pocas Universidades, como en la de *Viena*, donde regentaban cátedras de Teología; la Universidad de *Dilinga* fué entregada a la dirección de la Compañía, y el Colegio de *Würzburgo* subió a la categoría de Universidad (1575). Pedagógicamente, el *Colegio tricoronado de Colonia* significó para los jesuítas alemanes lo que el Colegio Romano para toda la Compañía.

En torno de los colegios obrábanse numerosas conversiones, que no podían menos de exasperar a los herejes. En 1566 fué asaltado el Colegio de Viena, y fué preciso que el P. Lorenzo Magio, recién nombrado Provincial, intercediese con el Emperador Maximiliano II, vacilante entre el luteranismo y la Iglesia católica, el cual, sin embargo, respondió en 1570 a los protestantes que le pedían la expulsión de los jesuítas: «Antes hay que echar lejos de las fronteras a los turcos que a los jesuitas.» Agregado al Colegio de Viena había un pensionado para jóvenes ricos y nobles, por el que pasó la angelical figura de San Esta-

nislao de Kotska. Todos los colegios tenían centenares de alumnos, y los de *Viena* y *Colonia* contaba cada uno de ellos cerca de un millar, en 1580. El número de jesuítas en el Imperio, por esos años, no llegaba a 700, pertenecientes a la provincia de Germania superior, Germania inferior o Renana y a Austria (1563).

El Nuncio pontificio Cardenal Commendone escribió en 1561: «En Alemania no hay sacerdotes más útiles a la Iglesia que los jesuítas; sus colegios son los más firmes baluartes de la religión católica.» Lo mismo repetían el español Conde de Luna y el polaco Cardenal Warmiense. Con la catequesis instruían a la niñez, y con los ejercicios activaban el celo de sacerdotes y religiosos para trabajar en la reforma católica.

En Polonia

Unida a la provincia austríaca permaneció Polonia hasta 1576, en que se constituyó enteramente independiente, con un provincial español, el P. Francisco Sunyer. Salmerón en 1555, San Pedro Canisio en 1558 y Toledo en 1571 visitaron aquel reino en compañía de los nuncios apostólicos y lo encontraron lastimosamente dividido por las sectas. Luteranos, calvinistas, trinitarios, anabaptistas, partidarios de Socini y hasta secuaces de Servet se habían dado cita en el reino de los Jagellones. El último monarca de esa dinastía, Segismundo Augusto, era indiferente y frío en cuestiones religiosas, y si se mantuvo en el recto sendero, se debió en parte a la palabra persuasiva del P. Lorenzo Maggio. Los más contagiados por la herejía eran los nobles. El pueblo seguía siendo católico, pero no tenía buenos sacerdotes, ni obispos activos.

Una excepción—¡y cuán gloriosa!—significaba el obispo de Ermland y luego Cardenal Estanislao Hosio, tan sabio como virtuoso, una de las grandes figuras de la restauración católica. El fué quien llamó a los jesuítas y les fundó el Colegio de *Braunsberg* (entonces en territorio polaco), que fué un foco de irradiación católica para la Europa oriental y nórdica. Siguióle el colegio de *Pultusk* (1566), en Mazovia, que quince años más tarde contaba 400 alum-

nos, casi todos de la nobleza, el de *Jaroslaw* (1568), el de *Wilna* (1570), convertido en Universidad en 1579, y el de *Posen* (1571). Wilna será el centro más importante de educación y apostolado; fué su primer Rector el P. Estanislao Warzewicki (1591), de ilustre prosapia, que, después de desempeñar altos cargos públicos, entró en la Compañía a los cuarenta años de edad, huyendo de un obispado; fué en Roma connovicio de su santo compatriota Estanislao de Kostka; distinguióse como predicador elocuentísimo y sabio controversista; obtuvo la conversión de muchos calvinistas y cismáticos; hizo dos expediciones a Suecia por orden del Papa con el fin de reducir al redil de la Iglesia al Rey Juan III, casado con una princesa polaca; educó cristianamente al Príncipe heredero Segismundo, que luego ciñó la corona de Polonia, y con tener tanta autoridad e influencia, supo abstenerse de los negocios puramente políticos.

La situación del catolicismo en Polonia había mejorado notablemente cuando subió al trono Esteban Báthory, Príncipe de Transilvania, que abrió un período de esplendor y protegió decididamente a la Compañía de Jesús. Apenas conquistó a los rusos la ciudad de *Polozk*, fundó en ella una casa de jesuítas (1580), y los colegios de *Lublin* y *Kalisch* a su generosidad se debieron en buena parte. No contentos los jesuítas con promover la vida católica y reducir a los herejes, trabajaron igualmente en la conversión de los secuaces del cisma griego. Apóstol de los Rutenos fué el P. Benito Herbest, Canónigo antes de entrar en la Compañía. En Wilna y en Polozk se abrieron escuelas elementales gratuitas para rutenos, del mismo modo que en Braunsberg había otras para los hijos de obreros alemanes. Ya por entonces empezó a brillar la figura del P. Pedro Skarga, de quien trataremos en el generalato del P. Aquaviva. Por lo demás, los jesuítas en Polonia ejercitaban los ministerios como en las demás naciones, y un autor como Brückner, en la *Historia Universal* de Ullstein, los caracteriza como «hombres llenos de abnegación generosa, de voluntad enérgica y fe robusta, de elocuencia arrebatadora, de seria formación teológica y de alma ascética». La flor más bella de aquel reino fué el angelical y resuelto joven Estanislao de Kostka, que

reunía, sublimadas, las más hermosas cualidades del alma polaca, y vino a ofrecer a Dios su breve juventud a los pies de San Francisco de Borja.

Portugal

De las partes orientales de Europa trasladémonos ahora a las más occidentales. En Portugal seguían los jesuítas desarrollando una labor tenaz y constante de apostolado y de edificación cristiana con la predicación, la enseñanza y el ejemplo de las virtudes, a veces heroicas, como los dieciocho que, ayudando a los apestados, dieron su vida en Lisboa el año 1569, y otros más en 1579 y 1580. Para la educación de la juventud erigíanse colegios, como el de San Antonio, en *Lisboa*, fundado en 1565 por el Cardenal Infante don Enrique. Como confesores y consejeros, tenían siempre en la corte puerta franca y favor casi excesivo. Hemos mencionado anteriormente la Universidad de *Evora*, dirigida por la Compañía; recordemos además los Colegios de *Oporto* (1560) y *Braga* (1560), éste último debido a la benevolencia de Fray Bartolomé de los Mártires. Cuando este santo Arzobispo supo que unos jesuítas predicaban en *Braganza*, dijo a sus habitantes: «Estes anjos que Deus vos mandou a esta terra, lançai mâo dêles, e nâo os deixeis ir.» Y se fundó allí un nuevo Colegio en 1561.

Descollaba sobre todos los domicilios de la Compañía el Colegio-Universidad de Coimbra, con dos brillantes timbres de gloria: el fervor misionero, que continuaba mandando legiones de apóstoles al Africa, al Extremo Oriente y al Brasil, y el fervor científico, que produjo hombres tan eminentes como el P. Pedro Fonseca. El Padre Nadal visitó aquella provincia en 1561, ordenó tanto las cosas espirituales como las temporales, y en lugar del P. Miguel de Torres, recién nombrado confesor de la Reina, puso de Provincial al P. Gonzalo Vaz, de quien escribía al año siguiente el célebre gramático Manuel Alvarez: «Predica con mucha satisfacción y concurso en la iglesia nueva. Es muy amado, así de los nuestros como de los de fuera, por su humildad y llaneza, las cuales dos virtudes, como V. P. sabe, son mucho necesarias para tratar con portugueses.»

Prescindiendo de pequeñas inquietudes que se notaron allí en este período, fué trágica la catástrofe que sacudió todo el reino en 1578 por la muerte del joven y caballeresco Rey Don Sebastián. Hase calumniado la memoria del Padre Luis González de Cámara, maestro y confesor un tiempo del Príncipe, como si a su inspiración se debiera la campaña de Africa emprendida por el joven soberano con dorados ensueños de gloria y altos ideales de cruzada; pero es lo cierto que el P. Cámara le disuadió de tan temeraria expedición; tanto, que aceleró su muerte el ver que el monarca se aprestaba a aquella militar aventura, en la que había de desaparecer misteriosamente. Poco después Felipe II hacía valer sus derechos a la corona portuguesa, y el reino de Portugal, con todas sus colonias, se incorporaba a España por obra de la espada del Duque de Alba. En aquel momento difícil, dividida la nación en dos bandos, los Superiores de la Compañía supieron conservar la neutralidad evitando toda ingerencia en el terreno político. Y cualquiera que fuese el sentir de los jesuítas portugueses, no dejaremos de anotar que algunos de los españoles, como el P. Ribadeneira, eran opuestos a la anexión militar de Portugal, desaconsejando aquella «guerra contra cristianos, amigos y deudos».

España. Crecimiento y fecundidad

Al conocerse en España la prodigiosa actividad apostólica de la Compañía de Jesús en países de infieles y de herejes, al ver el florecimiento de la vida cristiana que se notaba en torno de todas sus casas, y al sentir la necesidad de buenos educadores que formasen a la juventud en las buenas costumbres al par que en las buenas letras, sin los peligros que en la época del Renacimiento traía consigo el estudio de los clásicos paganos, afanáronse los españoles por fundar más y más colegios de jesuítas, que eran planteles de hombres doctos, tanto como de piadosos cristianos y de vocaciones religiosas.

Apenas falleció el Cardenal Siliceo, adversario de los jesuítas, se abrió definitivamente el *Colegio de Ocaña* (1558), y, en la mis-

ma ciudad de Toledo, se abrió una residencia (1557) con el favor del nuevo Arzobispo, Bartolomé Carranza de Miranda. A la Marquesa de Priego se debió el *Colegio de Montilla* (1558), en cuya apertura predicó el Beato Juan de Avila; siguieron los Colegios de *Segovia*, *Logroño* y *Palencia* (1559); el *de Madrid* (1560), fundado por doña Leonor de Mascareñas, y cuyo primer Rector fué el P. Duarte Pereira, que había sido paje de aquella señora; el pequeño *Colegio de Bellímar* (1560), junto a Burgos; el *Colegio de Mallorca* (1561), llamado de Monte Sión, que perfumará con sus heroicas virtudes el santo portero Alfonso Rodríguez; el de *Trigueros* (1562), cerca de Sevilla; el de *Cádiz* (1564), abierto a ruegos de la ciudad, muy edificada por las misiones que unos Padres solían dar en las almadrabas o pesquerías de atunes. A éstos se han de añadir los de *Sassari* (1561) y de *Cagliari* (1564), en la isla de Cerdeña, y la casa de *Jesús del Monte*, cuatro leguas de Alcalá, la primera casa de compo que tuvieron los jesuítas españoles para las vacaciones de verano, a donde se retiraron a restaurar sus fuerzas un Ribadeneira, un Mariana, un Suárez, un Vázquez, Aguado, etc., y de la cual dijo el célebre doctor Vallés, médico de cámara de Felipe II, «que para enfermedades de tísica y aun de ética es apropiado aquel lugar y aire, que es como le pinta Galeno».

Ordenó la segunda Congregación general, que cada provincia tuviese a lo menos una casa profesa, y en cumplimiento de esa ordenación se abrió en seguida la *Casa profesa de Toledo* (1558), a la que siguieron más tarde las de *Valladolid* (1567), *Valencia* (1569) y *Sevilla* (1580). Ellas debían ser, por su regularidad, disciplina y fervor de los ministerios, y principalmente por su pobreza, espejo y dechado de todas las demás residencias. Un Padre de Toledo escribía: «La gana que cada uno trae de mortificarse, confunde; el tratar de Dios y cómo se podrán hacer con más espíritu y fruto todas estas cosas, es tan frecuente, que parece se refrescan los primeros deseos con que se vino a la Compañía... Lo más particular a que se atiende, y sobre que se trae el examen a una, es a la mayor unión con Dios Nuestro Señor y con los Superiores y caridad entre todos; y juntamente a la resignación de juicios y

propias voluntades, obedeciendo con prontitud, humildad y devoción; y en las quietes comúnmente se trata algo de esto y cosas con que no se remitan los buenos ejercicios del día. Predican doce o trece Padres, de ellos en las parroquias, otros en los hospitales y cárceles, que los visitan a menudo, y algunos en los lugares comarcanos.»

En el generalato de Borja fundáronse, además, los Colegios de *Navalcarnero* (1566), *Marchena* (1567), *Caravaca* (1568), *Segura de la Sierra* (1569), *Baeza* (1569-1571), *Huete* y *Oropesa* (1570), fundado éste por don Fernando Alvarez de Toledo, hermano del Virrey del Perú, Francisco de Toledo; el de *León* (1571), que tuvo por fundador al obispo de la misma ciudad, y, en los Virreinatos de Nueva España y del Perú, varios que luego consignaremos. Tratóse de fundar en Canarias; no se logró, pero varios Padres realizaron una fructuosísima misión en Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura (1567), ayudados por su celoso obispo.

A la época del P. Mercuriano corresponde la fundación del Colegio de *Villagarcía* (1572), en cuyo edificio se instaló también el noviciado, trasladado de Medina del Campo. Fué todo obra de la generosidad y magnificencia de doña Magdalena de Ulloa, la más insigne bienhechora que en el siglo XVI tuvo la Compañía de Jesús, mujer de acrisolada virtud, a quien España debió la cristiana educación de *Jeromín*, o sea del vencedor de Lepanto. Cuando doña Magdalena hacía alguna excursión a su Colegio de Villagarcía, escribe el P. La Puente, los niños de aquella escuela, que eran casi doscientos, salían a recibirla con sus danzas, muy graciosas, y también los estudiantes de aquel estudio, que en su tiempo vino a ser muy florido, como ahora lo es de más de cuatrocientos estudiantes; y se alegraba grandemente de ver el grande fruto que se hacía en tanta gente moza y honrada, que concurría allí de Zamora, Toro, Valladolid y otros lugares cercanos». La misma señora fundó el Colegio de *Oviedo* (1579), y como muestra de sus continuas larguezas, sirva el caso de que, habiendo oído de dos jesuítas, misioneros de las aldeas de Asturias, la pobreza de aquel país y la poca reverencia con que se guardaba el Santísimo Sacramento, mandó en seguida hacer quinientas custodias de plata y

varios tabernáculos de madera dorada y repartirlos por aquellas aldeas.

Los Colegios de *Málaga* (1572) y de *Santiago* (1578) se debieron a don Francisco Blanco, Obispo que fué sucesivamente de esas dos ciudades, y que antes, siéndolo de Orense, había ayudado al Colegio de Monterrey. Habíale nacido este amor a la Compañía, en Trento, cuando vió allí la mucha ciencia y gran virtud de Laínez y Salmerón.

En 1575 se inició el Colegio de *Soria*, y ese mismo año se abrió una residencia en *Jerez de la Frontera*, que cinco años después se transformó en colegio. También por entonces (1575) el Cardenal Gaspar Cervantes quiso levantar un colegio en Tarragona, que vino a ser el noviciado de la provincia de Aragón. Deben añadirse los muchos que surgieron con poderosa vitalidad en Nueva España.

No se circunscribía la labor de los colegios a las clases de Gramática, letras humanas, artes, casos de conciencia, sino que algunos, como el de Córdoba, eran «casi Universidad», al decir de Polanco «leyéndose artes y teología, ultra de las lenguas», para responder al anhelo de los pueblos, que habían llamado a los jesuítas por el celo infatigable que desplegaban en todas partes, atendían éstos con singular cuidado a la catequesis de los niños y fomentaban en la comarca la vida cristiana con misiones, ejercicios, predicación frecuente y con actos de beneficencia y caridad.

Muy significativas son las cifras que poseemos de los alumnos de varios colegios en aquella España, que, según dicen, no tendría la tercera parte de la población de hoy. El Colegio de Monterrey llegó a tener 800 alumnos, a los que se agregaron luego 400 niños de primera enseñanza, sumando en total 1.200, cifra que no alcanzaban muchas Universidades. El Colegio de Sevilla, en 1579, tenía 900 estudiantes, y el de Córdoba, 800. Por los años de 1577, el de Valladolid contaba 600 y otros tantos el de León y el de Palencia. El de Soria y el de Belmonte, 400 cada uno. Más de 300 el de Medina del Campo, y casi lo mismo los de Burgos, Segovia, Montilla y Cádiz. El de Belmonte tenía más de 400 y el Marchena unos 500 en el año 1569. No menos de 140 teólogos estudiaban en el de Barcelona. Tal asistencia se explica teniendo en cuenta que la

enseñanza era gratuita y en muchas partes se enseñaban las primeras letras, en lo cual se ocupaban frecuentemente Hermanos coadjutores. No podemos precisar, pero eran ciertamente muchos millares de jóvenes españoles los que recibían sólida formación humanística, y a la par cristiana, en los colegios de la Compañía.

Las academias y veladas literarias con representaciones dramáticas servían para promover el entusiasmo humanístico propio de aquella edad, y las Congregaciones de la Santísima Virgen, cuyo origen narraremos luego, para alimentar la piedad y devoción. Tan abundantes como escogidas fueron las vocaciones de jóvenes y varones maduros que solicitaron entrar en la Compañía. Gracias a ellos se preparó una radiante edad de oro, que fué gloria y luz de la Iglesia universal, tanto como de España, y que tuvo su cenit en el período siguiente.

Rigorismo y aulicismo

Estos dos excesos a que declinaron algunos jesuítas españoles en el siglo XVI se han querido simbolizar en dos nombres, que son: Borja y Araoz. El nombre de Araoz no está mal escogido, ya que este Padre, que tan admirablemente misionó por España en los primeros años, apegóse después a la corte, trabó amistad con duques, marqueses y condes, particularmente con Ruy Gómez de Silva, Príncipe de Evoli, valido de Felipe II, se contagió algún tanto de regalismo, engolfóse en negocios seculares ajenos del Instituto de la Compañía, descuidó más de lo justo los ministerios espirituales y aun el gobierno de su provincia, resultando de todo ello, como no podía menos de suceder, el excesivo regalo de su persona, con detrimento de la pobreza y de la mortificación religiosa.

A ejemplo de Araoz, aunque en menor escala, algunos Padres de Madrid, Valladolid, Toledo, conversando con príncipes y magnates, se resabiaron de cierto espíritu mundano o cortesano y aprendieron covachuelismos e intrigas, que habían de dar, en tiempo de Aquaviva, gravísimos disgustos a la Compañía.

Menos acertadamente simboliza Borja el rigorismo. Austera y penitente en sumo grado era la vida de San Francisco de Borja,

pero dentro del espíritu de la Compañía. Si alguna vez declinó a cierto rigorismo poco conforme con las sabias reglas ignacianas, escuchó dócilmente las advertencias que se le hicieron, y cuando le tocó actuar como Superior de la Compañía procedió siempre con suavidad y prudencia paternal, alentó, generoso y magnánimo, los colegios y las misiones y reprimió el rigorismo en ciertos Superiores españoles. Por haber sido alguno de los rigoristas discípulos del Beato Juan de Avila, hubo quien atribuyó al apóstol de Andalucía el origen de aquellos excesos. Pero, al parecer, sin fundamento.

En la provincia de Andalucía, el introductor de este que entonces llamaban «espíritu frailesco» fué indudablemente el P. Bustamante primer Rector y maestro de novicios de Simancas, Provincial de Andalucía, Visitador de ésta y de Toledo, varón de austera virtud, pero ordenancista rígido, propenso a regular las acciones más pequeñas, coartando la libertad del súbdito; aficionado a fomentar la regularidad externa más que el espíritu de amor y confianza. Promotores del mismo espíritu fueron el Padre Juan de Cañas, Provincial (1568-1573), y otros Padres graves, entre los que se distinguía el célebre asceta Francisco Arias, meticuloso como todos ellos, formalista, duro en sus normas, y, por lo mismo, aborrecible en su trato. El P. Juan Suárez, Visitador de aquella provincia y eminente hombre de gobierno, escribía al General en octubre de 1570: «Especialmente se señalan en la observancia legal. Cuanto al modo, declinan comúnmente a extremo de rigor. La causa, parte ha sido humor de la gente de la tierra, parte que casi todos cuantos allí hemos gobernado, *de primo ad ultimum*, hemos sido melancólicos y declinado a este extremo... Son poco alentados nuestros obreros.»

De lo mismo se resintió algo la provincia de Aragón con el P. Alonso Román, Provincial duro y seco, que, siendo Rector de Valencia, fué causa de que varios de sus súbditos abandonasen la vocación, y otros, sin alientos para trabajar, tratasen de retirarse a la cartuja. Algunos años antes (1567), pasando por allí el P. Gil González Dávila, escribía que, por comer poco y mal, «todos andan paliditos, como discípulos de Pitágoras». En otras

provincias no se notaba ese rigorismo, aunque no faltan quejas de vez en cuando contra algún Superior; por el contrario, en la provincia de Toledo, particularmente en la casa profesa, reaparece el aulicismo y el afán de ministerios de relumbrón, descuidando los humildes.

Visitadores

Para uniformar en todo lo posible los usos y costumbres y para que, conforme al Apóstol, *idem sapiamus, idem dicamus omnes*, envió Laínez de Visitador a Nadal con poderes omnímodos. A principios de 1561 entró éste en Gerona y seguidamente en Barcelona, de donde partió directamente para Alcalá y Cuenca. Tuvo una cordial entrevista con Felipe II, con el Conde de Feria y el Príncipe de Évoli, a quienes halló demasiado apegados al Padre Araoz.

En la primavera de aquel año tuvo en Oporto una consulta con San Francisco de Borja, quien por efecto de las viles calumnias levantadas contra él, determinó entonces partirse para Italia.

Concluída la visita de Portugal, emprendió Nadal la de España en octubre, pero el Rey o, mejor, el Príncipe de Évoli, le atajó los pasos, permitiéndole visitar ambas Castillas, no Aragón y Andalucía; Araoz andaba de por medio. Citó Nadal en Alcalá al P. Cordeses, Provincial de Aragón, a quien confirmó en su cargo por otro trienio, y al P. Bustamante, Provincial de Andalucía, a quien sustituyó por el P. Plaza, varón muy espiritual y docto. Provincial de Castilla fué nombrado el P. Juan Suárez, de Toledo el P. Valderrábano, y el P. Araoz Comisario de España. En abril de 1562 salió Nadal para Francia. Cuando, tres años más tarde, Borja fué elegido General, nombró nuevos Provinciales y determinó enviar también Visitadores. Para Castilla fué designado el santísimo y bondadosímimo P. Antonio de Córdoba, mas habiendo fallecido, fué nombrado para Castilla y Aragón el P. Gil González Dávila; para Andalucía y Toledo, el P. Bartolomé Bustamante.

No más de treinta y cinco años contaba el P. Gil González Dávila, Rector entonces de Alcalá y dotado de eminentes cuali-

dades que le harán brillar en los más altos cargos de gobierno. Empezó la visita de Aragón en 1567. «No les espante—decía—el nombre de Visitador, que no es otra cosa sino consolador.» Reformó en Valencia el noviciado, dispuso se proveyese mejor a todos en la comida y vestido, para evitar enfermedades y melancolías, recomendó el gobierno paternal con espíritu de suavidad y amor, exhortó a frecuentar el ministerio de los Ejercicios espirituales y restauró los decaídos estudios. «Las escuelas de Teología de Valencia—escribía—me desagradan muchísimo. Más parece aquello interpretar a Terencio que enseñar Teología y explicar a Santo Tomás. Dícenme que el P. Cordeses era de esa opinión, que no eran menester letrados entre los nuestros; bastaban medianos confesores. ¡Como si los ministerios de la Compañía no pidiesen entero conocimiento de las letras sagradas, o bastasen cartapacios de conceptos espirituales, con algún *Vade mecum o summa Armillae* a cumplir con lo que nuestro Instituto nos obliga... o sean ahora los tiempos de Holcot, que con dos blancas de Teología podía un hombre poner tienda *ubique terrarum!*» Aconsejóles a los estudiantes el estudio y a los profesores la preparación seria «dejando beatas que comulgarían seis veces al día, *si liceret*, y se confesarían dieciocho... Y se ayuden de lectura de otras provincias, y se compren los libros que van saliendo, y se vayan renovando las librerías; porque de otra manera *frigent studia*, y véncennos los seglares en esta parte.»

Pasó a Castilla en los últimos días de 1567, donde tuvo frases de gran admiración para el Maestro de novicios P. Baltasar Alvarez, por cuya dirección quería que pasasen todos los novicios y Padres de tercera probación. Terminada la visita en octubre de 1568, fué nombrado Provincial de Castilla por petición de toda la provincia.

No anduvo tan próspera y sastifactoria la visita de Andalucía y Toledo, porque el buen P. Bustamante era de los de espíritu estrecho, detallista y formulista como un leguleyo, tanto, que Borja hubo de ordenarle no dispusiese nada sin contar con su compañero, el prudentísimo P. Saavedra, y al cabo de año y medio mandó un nuevo Visitador a Andalucía, que fué el P. Juan Suárez.

Gobernando a la universal Compañía el P. Mercuriano, suplicáronle repetidas veces los Padres españoles que visitase personalmente a España. En 1576 estuvo a punto de acceder, mas por fin se decidió enviar en su lugar cuatro Visitadores: el P. García de Alarcón, a la provincia de Andalucía; el P. Baltasar Alvarez, a la de Aragón; el P. Diego de Avellaneda, a la de Castilla, y el P. Antonio Ibáñez, a la de Toledo. A todos, menos al último, encargóles velar principalmente por el espíritu de amor y confianza y porque se evitase el encogimiento y sequedad que reinaba en el trato de superiores y súbditos. Con gran satisfacción del General realizó su visita el P. García de Alarcón, varón tan ilustre por su sangre como por sus virtudes y talentos, que tuvo ocasión de desplegar siendo Asistente de Aquaviva durante trece años. También el P. Baltasar Alvarez, de reconocida santidad, cumplió perfectamente su cometido. No dejó de ser útil la faena de los otros dos Visitadores, aunque ambos dieron muestras de cierta estrechez de criterio.

Ministerios espirituales

Una de las cosas que distinguían a la Compañía de Jesús de las antiguas religiones era la universalidad de los medios empleados en la salvación de las almas. Recordaremos aquí los principales ministerios ejercitados por los jesuítas españoles, además de la enseñanza en colegios y universidades y del apostolado científico.

El más frecuente era el de la predicación ordinaria en las propias iglesias, predicación que en todas las parroquias, antes del Concilio Tridentino, estaba sumamente descuidada, con grave daño de la instrucción cristiana del pueblo. A esta predicación atendieron los jesuítas con diligente esmero, y, muchas veces, saliendo del templo, alzaban púlpitos en las plazas, para que oyesen la palabra de Dios los que no frecuentaban las iglesias. Fruto de esta constante predicación fué el creciente número de confesiones y comuniones que desde entonces empieza a notarse en muchas partes. De eficacia más rápida, porque de acción más intensa, eran las misiones populares en ciudades y aldeas, misiones iniciadas

felizmente por Araoz, en las que Borja se ocupó con infatigable celo en las provincias vascas, y a las que el celebérrimo predicador Francisco Estrada dió gran impulso. Y cuando el fervor de Estrada se entibió tristemente, surgieron otros que cultivaron con no menos ardor este santo ministerio, como el sevillano P. Alonso de Avila, llamado siempre el P. Basilio, y su discípulo el P. Antonio de Madrid, cuya elocuencia afectuosa y empapada de lágrimas quebraba el corazón de los pecadores más empedernidos y ganaba vocaciones a la Compañía, como las de Alonso Rodríguez, Juan Bonifacio, Francisco de Toledo. Mayor popularidad alcanzaron, como misioneros arrebatados y vehementes, el P. Bautista Sánchez y, sobre todo, el P. Juan Ramírez, ambos discípulos del Beato Juan de Avila. Desgraciadamente, el P. Sánchez, de carácter rigorista y propenso a ilusiones, incurrió en muchas rarezas e imprudencias, que malograron el fruto de sus sermones. Del mismo rigorismo participaba el P. Ramírez, y cometió, igualmente, notables imprudencias, pero su virtud bien probada le hizo ser, a pesar de todo, el apóstol de casi toda España. No menos de seiscientos estudiantes acudían en Alcalá a sus pláticas, acompañadas de una disciplina, y de ellos unos quinientos sintiéronse con vocación religiosa, según testifica una carta de 1572. La Compañía de Jesús le debe la vocación de Francisco Suárez. Durante el año 1577, sólo los Padres de la provincia de Castilla dieron en Navarra, Asturias y Galicia cincuenta misiones.

Cierta afinidad con las misiones guardan los sermones que podríamos llamar especializados, instrucciones o pláticas a determinados grupos sociales, como a sacerdotes, a estudiantes, a mercaderes. Los estudiantes, particularmente de Alcalá y Salamanca, solían ser los mejor atendidos. Al clero se le daba, en ocasiones, instrucciones de Moral y Pastoral, y aun lecciones de Derecho Canónico, como las que tenía en Lima el P. Portillo. Este mismo Padre dió, a su paso por Panamá, conferencias a los mercaderes, práctica usada en los emporios comerciales, como Medina del Campo, y comenzada ya por el P. Laínez en sus instrucciones a los mercaderes genoveses, que dieron origen, indudablemente, a su escrito *De usura et negotiis mercatorum.*

Acaso más eficaz que todos estos ministerios, aunque de más humilde apariencia, era el de la enseñanza del catecismo, ministerio tan amado, practicado y recomendado por San Ignacio, y que en manos de San Francisco Javier fué un maravilloso instrumento de evangelización. En Segovia consta que asistían a veces a la catequesis unos tres mil niños, muchos, sin duda, de los contornos, y si no en tan increíble multitud, numerosos eran los de otras ciudades como Valencia, Granada, Valladolid, etc. Solían, en la cuaresma y en las fiestas del año, salir dos o tres Padres por calles y plazas, campanilla en mano, recogiendo a los niños de la población, a los que se agregaba también la gente mayor, y cantando, cantando, les hacían aprender las oraciones. En alguna parte, como en el Colegio de Montilla, se abrieron para los adultos escuelas nocturnas.

Desde el primer Arzobispo de Granada, Fray Hernando de Talavera, se prestó en España particular atención a la conversión de los moriscos diseminados por Andalucía, Levante y Aragón. San Francisco de Borja fundó, en sus estados de Gandía, un colegio para niños moriscos, y más tarde, a ruegos del Beato Juan de Ribera, en 1579, trabajaron los jesuítas por convertir a aquella gente en la región valenciana. Algo se hizo también en Aragón, pero donde se logró mayor fruto fué en Granada, por el favor de don Pedro Guerrero y, principalmente, por el apostolado abnegado y constante del P. Juan Albotodo, morisco de origen; el cual les predicaba en arábigo, fundó una escuela en el Albaicín, muy floreciente hasta el levantamiento general de los moriscos en 1569, y era muy amado de todos por sus entrañas de caridad y por sus virtudes extraordinarias.

Un ministerio que San Ignacio enseñó a sus compañeros e impuso a los novicios, es la visita a los hospitales. Más que las visitas hechas en tiempos normales, lo que les granjeó a los jesuítas extraordinaria estima y veneración del pueblo fué el sacrificio heroico de sus vidas en las frecuentes pestilencias que entonces se padecían. Apenas la sombra de la peste anunciaba su trágica presencia en la ciudad, las casas de la Compañía se consagraban exclusivamente al servicio de los enfermos. Enviábanse

a otro lugar los jóvenes no formados, y los Padres y Hermanos trabajaban día y noche en atender corporal y espiritualmente a los apestados. Veces hubo en que tan sólo uno de la comunidad quedó con vida. Ni los presos de las cárceles, ni los soldados de la armada, ni los galeotes, dejaron de sentir el consuelo cristiano, la obra benéfica o la instrucción religiosa que les proporcionaban los misioneros jesuítas. Ya hemos indicado el apostolado que, como capellanes militares, ejercitaron el P. Laínez y el P. Nadal en Africa; aquél con la Armada del Virrey de Sicilia, éste con la de don Sancho de Leiva; así como el de otros Padres en la batalla de Lepanto.

Los Ejercicios espirituales de San Ignacio siguen dándose, no sólo a particulares, sino a comunidades religiosas; aunque en este período, desde la muerte del P. Villanueva en Alcalá (1557), no se citan transformaciones tan señaladas como en el anterior. En cambio, se generalizan más la dirección espiritual de almas escogidas, que anhelan avanzar por el camino de la perfección o vuelan ya muy alto por las luminosas oscuridades de la mística. «Mis confesores—dice Santa Teresa—casi siempre han sido de estos benditos hombres de la Compañía de Jesús.» Y en carta al Padre Hernández: «Pues en la Compañía me han, como dicen, criado y dado el ser.» El primero que entendió su espíritu fué un joven jesuíta, el P. Diego de Cetina, de apenas veinticuatro años, que terminaba entonces la carrera. Y el P. Baltasar Alvarez, cuando empezó a dirigir a la santa, contaba veinticinco años de edad. El Obispo de Córdoba era, en 1575, poco amigo de los jesuítas, y entre las razones que contra ellos alegaba, era la cuarta, que él «no puede sufrir una cosa que corre ahora en el mundo, *scilicet*, que ya no hay persona noble ni baja, eclesiástica o seglar, que en llegando a tantica perfección o recogimiento, no diga que aquello le ha dado Dios por haber tratado a los de la Compañía, y haberse tinto en el tinte de la Compañía, y que pensamos que no hay virtud ni recogimiento sino en la Compañía».

Fuerza es decir aquí con el P. Astrain: «Demasiado honor hace a los jesuítas esta objeción.» En 1579 San Carlos Borromeo funda en Milán el *Asceterium*, o casa para Ejercicios espirituales, según

el espíritu de San Ignacio, Ejercicios que prescribió a los seminaristas y ordenandos de su diócesis.

Persecuciones y tormentas

Actividad tan múltiple y avasalladora no podía carecer de contradicciones. Muerto en 1560 el principal adversario, Melchor Cano, no faltaron otros frailes, de más oscuro nombre, que pusiesen su lengua en la fama de la Compañía, siendo una de las calumnias que más resonancia tuvieron entonces, repetida después en no pocos libelos, la que brotó en Granada a fines de 1556 y se propagó a otras ciudades de España y Flandes, acerca del revelar el nombre del cómplice, violando el sigilo sacramental.

Alguna guerra hizo a la Compañía el doctor Constantino de la Fuente, magistral de Sevilla y orador afamado, pero de sentimientos luteranos, que fueron denunciados públicamente por los jesuítas, y eran tan notorios, que el caballero Pedro Mejía, sin ser teólogo, dijo al salir de un sermón: «Vive Dios, que esta doctrina no es buena, ni es la que nos enseñaron nuestros padres.» Por defenderse de la Inquisición, el canónigo simuló querer abrazar el Instituto de los jesuítas, pero éstos no le admitieron, y el famoso predicador vino a dar en las cárceles del Santo Oficio, donde murió, quizás de suicidio.

Más terrible fué la tormenta suscitada contra San Francisco de Borja, Comisario General o Superior de todos los jesuítas de la Península. No había personaje de mayor autoridad y respeto; él desengañó a Carlos V de los prejuicios que tenía contra la Compañía; él fué, con Felipe II, el testamentario del Emperador, y, con el prestigio y veneración que disfrutaba en las cortes de España y de Roma, él era el más poderoso protector de la Orden. Pero aconteció que, en el índice de libros prohibidos por la Inquisición española, apareció una colección de obritas ascéticas, bajo el título de *Obras del Duque de Gandía*, y se esparció el rumor de que Borja había sido condenado por la Inquisición. Cierto que entre aquellos opúsculos había algunos de doctrina poco católica, pero éstos, precisamente, no eran suyos, sino que, por estratagema de algún librero que quería despacharlos más

fácilmente, habían sido puestos a la sombra del nombre del santo Duque en unión con los auténticos. Fuerza es decir que aun en éstos había algunas frases imprecisas. Corrió luego la voz de que Borja patrocinaba al infortunado Arzobispo Carranza, lo cual exasperó más al Inquisidor general F. Valdés, contrario a todo misticismo, y todavía añadieron a la nota de hereje otras contra su honestidad, apoyados en la privanza de que gozaba con la Infanta doña Juana, gobernadora del Reino. Todo esto oyó Felipe II al volver de Flandes en septiembre de 1559, y quizás no le dió crédito, pero indignado como estaba entonces contra algunos de los Borjas, guardó tal reserva que favoreció a los que propalaban tales calumnias. Francisco salió para Portugal, en cumplimiento de su oficio, y después se dirigió a Roma sumamente atribulado. Durante su ausencia envalentonáronse sus adversarios, dijeron que había salido huyendo de la Inquisición, y entre tanto Borja no se defendió, sino es con una carta privada al Rey. Dios hubo de salir por su honor, levantándole a la suprema autoridad de la Compañía, con lo que enmudecieron sus enemigos.

Espiritualidad

El genuino espíritu ignaciano seguía informando toda la espiritualidad jesuítica, espiritualidad derivada inmediatamente del Evangelio y orientada al apostolado, tal como se refleja admirablemente en el libro de los Ejercicios espirituales de San Ignacio y en los ascetas y místicos que empezaba a producir la Compañía; baste nombrar, además del Fundador, a San Francisco de Borja, autor de diferentes obritas espirituales; al P. Nadal, que compuso en latín varios libros ascéticos, entonces muy leídos; al P. Cristóbal de Madrid, cuyo tratado sobre la comunión frecuente fué inspirado por el mismo San Ignacio; al P. Gaspar Loarte, cuyas *Meditaciones sobre la vida y pasión de Nuestro Señor Jesucristo* y cuyos *Ejercicios de la vida cristiana* alcanzaron tanta aceptación, que se tradujeron a diversos idiomas. Loarte, lo mismo que Nadal y Borja, se preocuparon principalmente de la oración y, siguiendo el espíritu de San Ignacio en la segunda semana de los Ejercicios, sacaron de los Evangelios el alimento espiritual

que suministraron en sus meditaciones a las almas piadosas, dentro y fuera de la Compañía.

Algunos ligeras desviaciones de este camino seguro notáronse poco después en dos varones de los más eminentes por sus cargos de gobierno y por sus indiscutibles virtudes religiosas: los Padres Antonio Codeses y Baltasar Alvarez. Ya en tiempo de San Ignacio habíase acentuado entre los jesuítas españoles un amor al recogimiento y a la contemplación, que hubo de ser reprimido. Bien conocidos son los fervores primerizos del Duque de Gandía y las indiscreciones de los Padres Oviedo y Onfroy. El P. Nadal suprimió en 1554, la segunda hora de oración que hacían los estudiantes de Alcalá. Y, al morir San Ignacio, aún se hacía en la casa profesa de Toledo media hora de oración por la tarde, además de la hora íntegra matutina.

Es un fenómeno sorprendente que en la España del siglo XVI, en sus momentos de mayor expansión política y cultural, en la era de los descubrimientos geográficos, cuando era más recio su ímpetu conquistador, se produjese, al lado de la más alta y pujante corriente mística, un movimiento de reconcentración espiritual excesiva, de pasividad peligrosa; cuyos representantes son los alumbrados, muchos de los cuales decíanse simplemente *recogidos* y se mantenían en la ortodoxia, a diferencia de los que apellidaban *dejados*. Es posible que con ese fenómeno guarden relación los ligeros brotes que en seguida apuntan en la Compañía. Hoy día se estima esa tendencia afectiva y contemplativa como una participación del espléndido misticismo, que Dios regaló a España en las horas más apostólicas de su historia. También podría explicarse como una reacción contra el riesgo de cierto activismo febril y derramado.

Siendo Provincial de Toledo el P. Cordeses, empezó a propagar, en conversaciones particulares, no en pláticas de comunidad, por temor de ser mal comprendido, un modo de oración afectiva, que él miraba como complemento de la enseñada por San Ignacio en los Ejercicios. Si hemos de creer a un contemporáneo que trató personalmente con Cordeses, enseñaba éste dos maneras de oración, una intelectual y otra afectiva, las cuales van juntas, aunque la

segunda es superior a la primera. «En cada una de ellas se distinguen dos grados: el primer grado de la intelectual es meditación *(cogitación* decía Cordeses), la cual no consiste en sacar conceptos, que esto es estudiar, sino en ponderar bien la cosa y sus circunstancias. El segundo grado es que sobre mi ponderación viene una iluminación de Nuestro Señor *(meditación* según Cordeses), para penetrar más aquello que yo ponderaba. El trecer grado es *(contemplación)*, que después de esta iluminación Dios da los pechos al alma, y ella se planta en Dios y se está queda... y esto es lo que nuestro P. Ignacio dice, que, cuando hallamos en un punto lo que deseamos, no pasemos adelante.» «La otra manera de oración es afectiva, que va por vía de afecto de la voluntad, aunque presupone intelección, y este modo es más alto y más provechoso y gustoso..., pues todo está en amar a Dios y gustar de Él.» Y distinguía, igualmente, tres grados: al primero llamaba *aspiraciones;* al segundo, *oración afectiva reposada,* y al tercero, *oración afectiva suspensa.*

No tardaron los Superiores en irle a la mano, juzgando que tal oración, en aquellos tiempos en que pululaban los alumbrados, era peligrosa, pues en cuanto al entendimiento, pensaba el contemporáneo antes citado, puede el hombre hacerse duro de juicio, creyendo que todo lo que se le ocurre es luz de Dios y que es revelación lo que es ilusión. En cuanto a la voluntad, los que se ejercitan en esta oración afectiva suelen vivir como embelesados, diciendo ternezas a Dios, lo cual no es precisamente amar a Dios, ni la perfección religiosa está reducida a decir jaculatorias tiernas, con las cuales pueden juntarse afectos muy desordenados. En cuanto a las obras, obsérvase que los tales no saben hacerlas, ni acomodarse a las personas, tiempos y circunstancias, y de ordinario suelen querer orar y no quieren trabajar. Teniendo esto presente, el P. Mercuriano, en 1574, prohibió al P. Cordeses enseñar otra oración que la de los Ejercicios, prohibición que el buen P. Cordeses recibió con plena sumisión y rendimiento de juicio. En sí considerada, y prescindiendo de su mayor o menor aptitud para los de vida apostólica, la oración enseñada por Cordeses es hoy muy estimada por los tratadistas.

Por aquella misma sazón, el Rector de Villagarcía, P. Balta-

sar Alvarez, enseñaba otro género de oración, que él llamaba de quietud o silencio. El Provincial Juan Suárez expuso sus temores al P. General. Estudió el asunto el P. Avellaneda. Visitador de Castilla en 1577-1578, y llamó la atención al P. Alvarez sobre su *modo peregrino* de orar. Confesó éste que se había expresado con inexactitud, y su discípulo el P. La Puente nos asegura que, entusiasmados algunos con la oración de quietud, despreciaban el método ignaciano, llamándolo «cartilla de niños». Insistía el P. Alvarez en lo sustancial de su doctrina, escribiendo una *Apología* sólidamente documentada, hasta que el P. Visitador, de acuerdo con el P. General, le impuso por obediencia los métodos tradicionales. Díjole que si quería enseñar la contemplación, lo hiciese según las doctrinas de San Agustín, San Gregorio y Santo Tomás, y según el método de los Ejercicios, pues aquí San Ignacio conduce a la sólida contemplación, lo cual, a la verdad, estaba muy lejos de negar el P. Alvarez. Advirtióle que para subir a la contemplación se requería mucho trabajo y mortificación, lo cual también aquél suponía; y recordábale que aunque la vida contemplativa es más perfecta que la activa, pero a entrambas es preferida la mixta, que es la de la Compañía, y, por consiguiente, no debía reducirlo todo a la oración, como si ella fuese el fin principal de este Instituto.

Que con esta admonición no se oscureció en nada el buen concepto que los Superiores tenían del P. Baltasar Alvarez, lo prueba el hecho de que en 1580 fué nombrado por el P. Mercuriano, a propuesta del P. Visitador, Provincial de la provincia de Toledo. Y todos los contemporáneos confesaban unánimes que varón de tan eximia santidad era una singularísima merced otorgada por Dios a la Compañía. La vida que de él escribió el venerable P. Luis de la Puente es uno de los monumentos más hermosos de nuestra literatura espiritual.

Españolización de la Compañía

Hase dicho que en la segunda mitad del siglo XVI toda la Compañía se hispanizó. No le faltan, es verdad, a tal afirmación sólidos fundamentos, pero hay peligro de desfigurar un poco la rea-

lidad, como se la desfigura, verbigracia, cuando ciertos historiadores racionalistas aseguran que entonces se hispanizó, otros dicen se jesuitizó, toda la Iglesia Católica. No nos toca declarar aquí las inexactitudes que entraña esta última proposición, pero sí queremos poner en claro la españolización de la Compañía. Empecemos por anotar que quizás alguno prefiera decir que los españoles se universalizaron y se hicieron cosmopolitas, no sólo porque españoles había en Flandes, Italia, provincias de América, sino porque en las grandes empresas del Catolicismo colaboraban en primera fila fuerzas españolas, ora se tratase de luchar contra luteranos y calvinistas en Europa, ora de evangelizar infieles en todas las latitudes del planeta, o bien de glorificar a Cristo y a su Iglesia con la ciencia y con la vida, como lo hacían nuestros teólogos, nuestros místicos y santos, todos ellos de valor, más que nacional, ecuménico.

Admitido esto como muy verdadero, digamos también que la Compañía se españolizó, como no podía menos, porque español era el ambiente que se respiraba en la Cristiandad, y porque español era su fundador, español no sólo de nacimiento, sino de corazón y espíritu, que oraba todos los días por Carlos V, y dos veces al día por Felipe II, y era, en expresión de E. Gothein, *un verdadero microcosmos de la cultura religiosa española*. Y en este espíritu educó a sus hijos, según afirma el P. Nadal, el cual visitando a Felipe II en nombre del P. Laínez, le dijo «que todos éramos muy de veras aficionados a servir y ayudar a Su Majestad en todas las cosas de nuestros ministerios, sacrificios, etc., lo que siempre hacíamos por muchas otras causas, y, *nominatim*, por estar Su Majestad en lugar tan alto y de donde pende casi toda la salud de la Cristiandad. 2.° Por la afección que desde su niñez le tuvo nuestro P. Maestro Ignacio, en la cual nos ha criado a todos».

Españoles eran igualmente gran parte de los primeros compañeros del Fundador, y España siguió proveyendo de sujetos durante casi un siglo a muchas provincias extranjeras. También en Italia abundaban las vocaciones; mas, como anota Sacchini, entre estos sujetos y los que entraban en España había esta diferen-

cia: que en Roma eran pocos los que venían provistos de ciencia suficiente para darse luego a los ministerios, mientras que en España la mayor parte de los que entraban eran hombres bien formados en letras humanas y divinas, prácticos en el predicar y y diestros en la dirección de las almas. Todo lo cual dispuso con admirable modo la suave providencia de Dios para que la Compañía pudiese llevar adelante la grande empresa que había acometido de promover la divina gloria, pues le suministraba operarios ya dispuestos y juntamente otros que sucediesen a los primeros. De aquí resultó que en casi todas las provincias de la Compañía los cargos más importantes estuvieron en esta época confiados a Padres españoles».

Españoles fueron los tres primeros Generales y su Secretario, el cual hubiera sucedido a Borja de no mediar los manejos turbios de que hemos hablado ya. Además, recuérdese que, en tiempo de Laínez, los cuatro Asistentes eran: tres españoles y un portugués.

«Cuando hubo de ausentarse el P. Laínez a Francia y a Trento dejó en Roma por Vicario, primero al P. Salmerón y después a San Francisco de Borja, al cual, en aquel tiempo, asistía en el gobierno, principalmente, el P. Cristóbal de Madrid... Si a esto se añade que en estos tiempos el principal y casi único Visitador de la Compañía era el P. Nadal, fácilmente se descubre que el gobierno supremo de nuestra Orden andaba realmente en manos de españoles.» (Astrain.) El Colegio Romano, el más central y universal de la Compañía puede decirse institución española, y como prueba del influjo español baste saber que desde su fundación hasta 1574, exceptuando el año 1567, la cátedra de Teología fué regentada por españoles. Algo semejante podría decirse de otras Universidades, como París, Dilinga, Ingolstadt, Viena, etc. Según los catálogos de 1573 y 1574, vivían fuera de España unos 130 jesuítas españoles. El número total de los que trabajaban dentro de la patria hacia 1580 era de unos 1.677, distribuídos en esta forma:

Castilla, cerca de	500
Toledo, cerca de	480
Andalucía, más de	260

Aragón, unos	220
Perú	110
Méjico	107

MISIONES EN AMERICA, AFRICA Y ASIA (1558-1580)

La evangelización del mundo gentil, empezada por la Compañía bajo la dirección de San Ignacio, arraiga y se consolida en tiempo de sus tres primeros sucesores, dilátase y florece por nuevos campos, sobre todo en la América española, aunque no hace sino preludiar la espléndida edad de oro que en el período siguiente dará al Catolicismo jornadas de gloria.

Brasil

Desde 1549 trabajaban los jesuítas entre las tribus del Brasil, adelantándose muchas veces los misioneros a los colonizadores en aquellas selvas pobladas de feroces antropófagos. En 1549 alzaron la iglesia de Nuestra Señora de Ayuda en Bahía de todos los Santos, capital entonces de la América portuguesa, y en 1556 el dinámico P. Nóbrega abrió el Colegio de Jesús, que con su iglesia y noviciado será el núcleo primitivo de la provincia. A fin de facilitar la catequesis de los indios, ideó el P. Nóbrega el sistema de *aldeamentos* o barriadas indias bajo la tutela del misionero, que traen a la memoria las Reducciones guaraníes. De las variadas lenguas que allí se hablaban, aprendieron la de los tupíes, que era la más dominante, y redactaron su gramática. Como los indios eran muy amantes de la música y de los festejos públicos, ensayaban los misioneros agradables melodías con diversos instrumentos, solemnizaban las fiestas y procesiones con poesías y dramas, y una vez ganados los corazones, abrían escuelas y organizaban catequesis, valiéndose de los mismos niños para evangelizar a la gente más arisca. El P. Juan Navarro de Azpilcueta, después de emular el celo de su pariente San Francisco Javier, murió prematuramente, dejando compuesto el primer Catecismo en lengua guaraní.

En 1569 era Provincial el Beato Ignacio de Azebedo, pero

cuando volvía de reclutar misioneros en España y Portugal, fué sorprendido en el mar por unos calvinistas que, habiendo intentado vanamente introducir su herejía en el Brasil, se habían convertido en corsarios. El fervoroso P. Azebedo, con sus 39 compañeros, fueron martirizados el 15 de julio de 1570. La misma suerte tuvo al año siguiente otra expedición de 12 misioneros. No les faltaban trabajos a los jesuítas, en lucha muchas veces con los colonos y portugueses, que trataban con excesiva dureza a los indígenas, los cuales el año 1575 abandonaron treinta y dos pueblos para huir a la selva, de donde a duras penas lograron los misioneros su reducción.

El mismo año que el Padre Azebedo, murió santamente el fundador de la misión, P. Manuel de Nóbrega, a cuyo genio emprendedor y colonizador rinden tributo de admiración y gratitud los historiadores brasileños. El Apóstol del Brasil, Venerable José de Anchieta, empezó por enseñar gramática en el colegio de Piratininga; pero aquel hombre, que hubiera descollado en Europa por sus cualidades extraordinarias de humanista, sintió la voz de Dios que le llamaba a vivir entre caníbales: su gran prestigio logró concertar una paz entre indios y portugueses en 1563. Ordenado de sacerdote en 1566, se consagró enteramente a la conversión de los indígenas y Dios premió su celo con frecuentes prodigios.

Para entretener su soledad escribió largos poemas latinos, uno para gloria de su dama la Virgen María y otro en honor de su héroe Mendo de Sá; y para provecho de los indios compuso dramas, canciones y poesías devotas en lengua tupí y en romance portugués y castellano, sin contar los catecismos, gramática y diccionario y otros libros piadosos, cuyos títulos pueden verse en la *Bibliotheca Missionum* de Streit. «Tipo excelso del civilizador—le llama el historiador mejicano C. Pereyra—, maestro y oficial en las artes útiles, como Pedro de Gante; lingüista y etnólogo, como Fray Bernardino de Sahagún; elocuente, como Fray Bartolomé de las Casas; hábil y negociador, como Fray Bartolomé de Olmedo; caritativo, como Fray Toribio de Benavente; austero, como Fray Juan de Zumárraga, y caminante, como Santo Toribio de Mogrovejo. Era, además de esto, músico y poeta.» Gobernó algu-

nos años aquella provincia jesuítica, que sostenían los Colegios de *Bahía, Pernambuco* (1562), *Río de Janeiro* (1565) y otras 17 casas menores, y murió con fama de santidad en 1597.

Nueva España y Perú

Los primeros que llevaron el nombre de la Compañía a la América española fueron Calixto de Sá y Juan de Arteaga, compañeros de San Ignacio en Alcalá. Siendo Borja Comisario de España hizo varias tentativas por llevar misioneros al Nuevo Mundo, mas hasta el 28 de junio de 1566 no pudo hacerse a la vela la primera expedición, instantemente demandada por el conquistador de La Florida, Pedro Méndez de Avilés. Apenas desembarcado en aquellas costas inhospitalarias, el P. Pedro Martínez, las regó son su sangre, con lo cual enfervorizados más los jesuítas españoles, pidieron en seguida alistarse en una nueva expedición más numerosa, que se juntó en 1567 con otra que salía para el Perú. Nuevos refuerzos llegaron en 1570, distinguiéndose entre todos por su intrepidez en lanzarse a evangelizar a los indios fieros, el P. Viceprovincial Bautista Segura, quien, habiéndose internado en regiones desconocidas, murió asateado por un indio apóstata en 1571, juntamente con otros cinco misioneros.

Al llegar a la capital de *Méjico* otra expedición en septiembre de 1572, la provincia mejicana quedó constituída con el P. Pedro Sánchez, antiguo catedrático complutense, de Provincial. Doce nuevos sujetos llegan en 1576 de España y cinco de La Habana, donde había habido una residencia transitoria. Favorecidos por las autoridades y por generosos particulares, como Alfonso Villaseca, fundan diversos colegios y domicilios, en todos los cuales hay algún jesuíta encargado de atender a los indios. En servicio de éstos sucumbieron en 1575 los Superiores de Pázcuaro y de Méjico, con ocasión de una terrible epidemia, exclusiva de los naturales, en la que perecieron, según cuentan, más de 800.000 indígenas. En sólo el provincialato del P. Pedro Sánchez (1572-79) vemos establecido el Colegio Máximo en la capital con varios Convictorios para la educación de la juventud, el Colegio de *Pázcuaro* en Michocán (1573),

el de *Oaxaca* (1574), el de *Puebla* (1578), la residencia de *Veracruz* (1578), *Valladolid* (1579) y la casa de *Topozotlán* (1580) para la conversión de los indios, que luego fué noviciado.

A requerimiento de Felipe II envió Borja en 1567 ocho sujetos al Perú, con el P. Jerónimo Ruiz del Portillo como Provincial. El santo General les dió prudentes instrucciones para la evangelización de aquellas gentes, y el Rey los proveyó, como solía, de libros, ornamentos sagrados, etc., y encargó al Virrey les concediese terreno donde edificar un colegio. En la Cuaresma de 1568 llegaron a *Lima*, y empezaron a trabajar con tanto celo y tan extraordinario aplauso, que de cuatrocientas leguas venían a consultar con el P. Portillo sus casos de conciencia. Volvió a pedir Felipe II más misioneros, y Borja le concedió doce, que partieron con el nuevo Virrey don Francisco de Toledo y llegaron a Lima en noviembre de 1569. Era este Virrey, apellidado el «Solón americano», muy amante de la Compañía, pero impuso a los Padres ciertos ministerios que no se avenían con su Instituto, como las parroquias, por lo cual les dió no poco que sufrir. En la expedición de 1571 desembarcó en aquellas playas el P. José de Acosta, cuyo nombre habrá de inmortalizarse en lo sucesivo. Tras el colegio de *Lima* (1568) surgieron los de *Cuzco* (1571) y *La paz* (1572).

Pronto florecerán las vocaciones entre los jóvenes criollos. En 1580 había 50 jesuítas que dominaban las lenguas indígenas para la evangelización de los naturales. La irradiación misionera por territorios vastísimos no se hará mucho esperar.

Africa

Extinguida, como dijimos, la misión del Congo, bajaron algunos misioneros a *Angola*. Desde 1560 hasta 1575 permanece el Padre Gouvea esperando la conversión del Rey Dambi. En vano. El fruto no responde a la labor. Tampoco en *Mozambique* logran conversiones unos Padres venidos de la India, y en 1562 penetran hasta *Monomotapa* y *Zambea*. El Venerable P. González Silveyra, celebrado por Camoens en una estrofa de «Os Lusiadas», consigue bautizar al poderoso Rey de Monomotapa y a la Reina con

300 jefes, pero muere degollado por los cafres (1561), y ante la persecución mahometana, vense obligados sus dos compañeros a regresar a la India. En *Etiopía*, el Patriarca Oviedo seguía en soledad y pobreza trabajando buenamente hasta su muerte, acaecida en 1577.

India y Japón

La provincia de la India oriental, bien atendida por los portugueses, tenía bajo sí doce misiones (incluso Japón y Africa) y 151 jesuítas en 1561. La ciudad de Goa, sede arzobispal, con dos sufragáneas (Cochín y Malaca), estaba completamente europeizada, y sus habitantes indígenas se convertían en masa. En 1561 vivían allí 79 jesuítas, y en 1577 daban a luz, en la imprenta del colegio, el primer catecismo en lengua malabar. Con cargo de Visitador se embarcaba en Lisboa en 1574 el P. Alejandro Valignani, con 41 compañeros. Aquel misionero de extraordinarias cualidades, presencia imponente, trato exquisito, gran talento organizador y virtudes sólidas como las quería San Ignacio, abre una nueva época para las misiones del Extremo Oriente. Visita durante tres años la India, dando iniciativas y estimulando el celo de los misioneros, a la vez que procurando la vuelta a la Iglesia romana de los cristianos de Santo Tomás, nestorianos, que en número de 150.000 se extendían por la costa malabar; y pasa en 1578 al Japón.

Buena falta hacían en el Imperio japonés apóstoles de Cristo. En 1577 escribía el P. Organtino: «En diez años todo el Japón será cristiano si tenemos número suficiente de misioneros.» Prometedora era, sin duda, la cosecha que maduraba en aquellas remotas islas, y toda la cristiandad tenía allí puestos sus ojos. Sucesor de Javier y alma de la misión desde 1551 a 1570 era el Padre Cosme de Torres, que gozaba fama de santo, «varón perfecto en toda virtud y mortificación de sí mismo», según escribía en 1556 el Provincial Melchor Núñez. Excelentes misioneros eran los Hermanos Juan Fernandes y Luis de Almeida. En 1563 llegó el Padre Luis Froes, y en 1570 el P. Organtino, que sustituyeron

al veterano P. Villela, fundador de la cristiandad de Meaco, Graves acontecimientos habían tenido lugar en 1565. Al caer asesinado el Shogun, los daymios o señores feudales disputáronse el Imperio con las armas, hasta que uno de ellos, Nobunanga, sujetó a todos con su puño de hierro y se proclamó, con el título de Cambacundono, único y absoluto señor del Japón. A su sombra protectora el Cristianismo creció maravillosamente. El daymio de Omura era ya cristiano, y el de Tamba se bautizó aquel año, siguiéndole más tarde los de Tosu, Arima y Bungo, con muchos nobles, entre los que se distinguían Darío, con su hijo Justo Ukandono, simpático y admirable personaje, cuya vida, así como la de todos aquellos cristianos fervorosos, puede verse relatada en la *Historia de las Misiones* del P. Luis de Guzmán. Si en 1570 los fieles no pasaban de 30.000, con la paz política y con la sabia dirección del P. Valignani, primero Visitador y después Provincial, fueron aumentando hasta llegar en 1582 a 150.000. Para tan numerosa y próspera cristianad sólo había 16 sacerdotes. Se imponía la formación de clero indígena. Ya se habían fundado dos Seminarios y un noviciado de la Compañía de Jesús, cuando se desencadenó una devastadora persecución, de las más tremendas que ha padecido la Iglesia.

EL APOSTOLADO DE LA CIENCIA (HASTA 1580)

La Compañía de Jesús, como Orden esencialmente apostólica, no podía descuidar una de las formas más urgentes y eficaces de apostolado: la ciencia. La época del Renacimiento traía como nota distintiva, desde sus orígenes, la secularización de la ciencia. De eclesiástica que era ésta en la Edad Media, íbase tornando laica, independiente y aun contraria a los principios católicos. Era preciso ponerla al servicio de la fe de Cristo, armonizarla con la revelación y valerse de ella como de instrumento para combatir a los herejes. La Compañía se aprestó a tamaña empresa.

Tres eran los principales frentes de combate. De una parte, el protestantismo se empeñaba en desprestigiar a la teología católica,

volcando muladares de groserías e injurias sobre los escolásticos. De otra, corría peligro que las letras se paganizasen por un falso humanismo, y, con las letras, también las costumbres y toda la concepción de la vida. En fin, la Filosofía y demás ciencias trataban de emanciparse de la revelación cristiana. A estos tres frentes acudió la Compañía desde un principio, aunque, naturalmente, no pudo desde el primer día ejercer en todos ellos un influjo decisivo. Al tercero, o sea, al filosófico y puramente científico, llevó, andando el tiempo, una nutrida legión de hombres eminentes, cuyos nombres se perpetúan en la Historia. Contra el Humanismo paganizante opuso un Humanismo cristiano y eclesiástico, quizás un poco formalista en lo literario, como no podía menos de suceder al querer tomarle sus formas, no siempre fáciles de unir sustancialmente con el pensamiento y el vivir cristianos. Como el Humanismo imperaba en la pedagogía y en la enseñanza, la Compañía enfrentóle colegios y Universidades, contraponiendo al espíritu naturalista una intensa formación espiritual.

Con las nuevas Universidades se remedió también a la necesidad de restaurar los estudios teológicos. En 1545, el P. Jayo, lamentando la postración de los estudios escolásticos en Alemania, escribía al P. Salmerón: «Es preciso fundar colegios para resucitar el estudio de la Teología.»

La Teología

Llevada a la cumbre por Santo Tomás, la Teología había ido decayendo lastimosamente en los siglos posteriores, y estaba necesitada de una eficaz restauración. Francisco de Vitoria, O. P. († 1546) la realizó en Salamanca, y en sus métodos se formaron algunos de los más celebrados teólogos jesuítas de la segunda generación. San Ignacio y sus compañeros reciben más bien la orientación de Alcalá y París. De Alcalá, el estudio de las fuentes del dogma o la tendencia positiva en la Teología; de París, el amor y estima de Santo Tomás, pues si es verdad que la decadente escolástica parisiense estaba contagiada de nominalismo, principalmente en Filosofía, pero en el célebre convento de los jacobitas, a cuyas aulas teológicas acudieron Ignacio y sus compañeros, con-

servábase inextinto el sacro fuego de la tradición tomista. Por eso San Ignacio, que comprendió desde el primer momento las ventajas de la *Summa Theologica*, legisló en las Constituciones: «En la Teología leeráse el viejo y nuevo Testamento y *la doctrina escolástica de Santo Tomás;* y de lo positivo escogerse han los que más convienen para nuestro fin.» (Parte IV, c. 1.) Junto a la escolástica pone siempre la *Teología positiva*, como adivinando la importancia que había de tener en la restauración de los estudios eclesiásticos, y en este sentido orientó a sus primeros compañeros, como lo indica Bobadilla, el cual leyó en París los principales Santos Padres y siempre se distinguió por su copiosa erudición teológica.

Del P. Laínez basta leer los escritos publicados por el Padre Grisar, para quedar asombrados de su conocimiento de todas las fuentes o lugares teológicos, a la vez que de su penetración y buen juicio.

Lástima que las muchas ocupaciones le impidieran componer el libro de texto o *Summa Theologica* que deseaba San Ignacio.

Poco inferior a Laínez como teólogo, y superior como estilista, fué Salmerón, que, dedicado en cuerpo y alma al apostolado, sólo en los años de su vejez tuvo vagar para poner en orden algunos escritos. Martín Grabmann, en su *Historia de la Teología*, escribe de él estas palabras: «Abre la serie de los grandes exegetas Alfonso Salmerón, S. I., profesor en Ingolstad y teólogo del Tridentino († 1586), con sus gigantescos trabajos sobre el Nuevo Testamento (quince tomos en folio). Estos no son un comentario seguido, sino una elaboración práctica y ordenada de los libros del Nuevo Testamento, y contienen poco más o menos lo que hoy se llamaría Teología bíblica.»

Fama de buen teólogo tenía el P. Jayo, y cuando, en 1544, los obispos del Sínodo de Salzburg le presentaron los artículos pidiéndole su parecer, «yo—dice—no tenía más libros que uno que he escrito, recogido de algunos libros de los Santos Padres y otros doctores, armándome contra los errores».

El primer profesor de Teología y Sagrada Escritura en Roma fué el doctor Olave, que, tras larga y brillante carrera en la Sorbona, y

después de regentar una cátedra en la Universidad de Dilinga entró en la Compañía con fama de docto y agudo disputador.

Entre los hombres sabios y bien formados que por entonces se alistaron en la Compañía ninguno del renombre y autoridad de Francisco Torres, palentino († 1584). La Filosofía, la Teología, la Historia Eclesiástica, la Patrística, la controversia con los herejes, todo lo abarcaba y en todos esos ramos del saber dejó obras eminentes. Editó no pocos monumentos de la antigüedad cristiana. En dominio del griego nadie le superaba.

El P. Diego de Ledesma († 1575), ocupado en tareas pedagógicas, no nos dejó de su maduro ingenio sino unas obritas de carácter teológico y pedagógico.

Del gran Maldonado hemos hablado arriba. La obra que le inmortalizó fué, sobre todo, el *Comentario a los cuatro Evangelios*, obra clásica aun hoy día.

A la misma altura científica levantó la exégesis el P. Francisco de Toledo († 1596), con sus comentarios del Evangelio de San Juan y de la Epístola a los Romanos, pero no fueron recibidos con menor aplauso los comentarios a la *Summa Theologica* de Santo Tomás y a diversos libros aristotélicos, fruto de sus lecciones en el Colegio Romano. En este colegio brillaban profesores que podían competir con los de las más célebres Universidades.

El P. Mariana, uno de ellos, los evocaba años adelante escribiendo a San Roberto Belarmino: «Quisiera recrear un poco mi ánimo con la memoria de cosas pasadas (permite a un viejo este recuerdo), cuando en Roma, después de la muerte de Marcelo Pontífice máximo, tu tío, corrías a carrera abierta los primeros espacios de las artes liberales bajo la enseñanza de Parra, mi amigo e igual en edad. Yo enseñaba entonces Teología, aunque joven en los años y en la ciencia... Eran a la sazón mis compañeros en el mismo ejercicio Manuel y Ledesma. ¡Qué hombres! ¡Y qué llenos de ingenio, de erudición y virtud! Leía Filosofía Toledo, después honrado con la púrpura cardenalicia en premio de su doctrina teológica; Perera, hombre ciertamente de elegante ingenio; también Acosta, a ninguno de éstos inferior. Era maestro de Retórica Perpiñá, de cuya boca fluía una conversación más dulce que la miel, compa-

rable a los primeros oradores de nuestro siglo, y muy parecido a los antiguos. Enseñaba Matemáticas Clavio, bien conocido por sus escritos; las letras hebreas, Bautista, rosa olorosa entre las espinas de su nación, más gracioso por sus costumbres que por su aspecto; y las griegas, Esteban, natural de Valencia... También hago memoria de aquellos jóvenes, que pasaban de doscientos, de naciones diferentes, que vivían en el mismo colegio... Entre todos, jamás podrá borrarse de mi memoria Ludovico Odescalchi, a quien las manos divinas de las mismas gracias habían adornado de belleza, de costumbres y de talentos. Era Rector del Colegio Sebastián Romei, varón tan prudente como virtuoso. No pasaré en silencio a Diego Páez, en otro tiempo mi primer compañero en las letras y el más querido entre todos mis condiscípulos; ni a Organtino, muerto poco ha en el Japón, consumido de inmensos trabajos; ni a Maldonado, gloria de nuestra nación e Instituto, aunque estuvo poco tiempo enseñando en Roma, pero fué mi compañero en París.»

En otra parte hacemos mención del apostolado de la pluma realizado por San Pedro Canisio, cuya ciencia teológica, aureolada por la santidad, le ha merecido el supremo título de «Doctor de la Iglesia». Imposible que en estos primeros decenios se produzcan obras maestras. Falta tiempo y son escasos los hombres que se dedican plenamente a la ciencia. Pero ya apuntan en el horizonte los grandes doctores.

Letras humanas

No eran aquellos tiempos de la Compañía naciente los más a propósito para cultivar los jardines de la literatura, ni las arduas tareas de la siembra y siega apostólica dejaban vagar para los ocios poéticos. Con todo, ya en torno de San Ignacio, que tuvo mirada genial para comprender la trascendencia que para el apostolado tendrían las letras humanas, encontramos un verdadero humanista, que tal era el *P. Andrés des Freux (Frusio* † 1556), fecundo autor de *Poemas latinos y Epigramas sagrados,* expurgados y

corrector de Marcial. A él se le debe la traducción vulgata de los Ejercicios.

Magnus poeta llaman nuestras historias al *Padre Miguel Venegas*, que murió en Roma en 1563, que versificaba en latín con elegancia y fué de los primeros jesuítas que abordaron el teatro componiendo tragedias de argumento bíblico, que se representaban en los colegios.

Del *P. Juan Perpiñá* hemos hecho mención en otra parte. Su refinada cultura humanística no podía menos de manifestarse, conforme al gusto de su tiempo, en acicalados versos, que no sabemos se hayan publicados. Los lectores de sus discuros y epístolas podrán saborear la armonía y elevación de su estilo ciceroniano, tan admirado de sus contemporános.

Dedicados los jesuítas a la labor escolar, no podían faltar quienes se dedicasen a la composición de libros de texto para los alumnos. Ya en 1560 salió en Coimbra la primera edición de una Retórica *(De arte rethorica libri tres)* que había de alcanzar gran boga en lo sucesivo y era fruto de la ciencia y experiencia del *Padre Cipriano Suárez*, natural de Ocaña, profesor de Humanidades durante siete años y de Sagrada Escritura durante veinte. Murió en 1593. Mayor es la fama del portugués *P. Manuel Alvarez* († 1582), por su celebérrima Gramática latina, mil veces reeditada, aun en nuestros días, y traducida a todas las lenguas, aun al polaco, croata, húngaro y chino.

Patrono de los humanistas es la simpática figura del Beato mártir *Edmundo Campion*, que en ciertos aspectos recuerda a su compatriota Tomás More. Empapado en lo más puro de la cultura clásica, y lleno el corazón de amor a Cristo y a la Iglesia Romana, sabemos que compuso algunas piezas teatrales de carácter sagrado; mas para su renombre de humanista bastan las epístolas y discursos que nos quedan, rebosantes de celo por la salvación de sus compatriotas, y tan admirables por la doctrina teológica como por la belleza de la forma. Humanista malogrado, que hubiera brillado entre los primeros de haberle tocado vivir en las academias de Italia, pero que voluntariamente se escondió en la hosquedad de las selvas brasileñas, el *Venerable P. Anchieta*, fa-

vorecido por Dios con extraordinarios poderes taumatúrgicos y misionero abnegado y emprendedor, halló tiempo en sus solitarias excursiones para componer, sin tinta ni papel, un poema *De Beata Virgine Dei Matre Maria*, en 2.643 dísticos.

Humanistas de esta clase produjo la Compañía a centenares en las épocas siguientes. Cúmplenos ahora subrayar el nacimiento del drama clásico-religioso, que hallamos desde los primeros tiempos, no sólo en colegios europeos, como los de Coimbra y Roma, sino en los de Brasil y Nueva España. En toda España, las piezas de más solemnidad y aparato escribíanse en latín, aunque prevaleció pronto en casi todos los colegios la costumbre de representar en castellano, para mayor divertimiento y espiritual edificación del gran público. Del toledano *P. Pedro Pablo de Acevedo* cuenta el Padre Ribadeneira que «era excelente poeta y orador, y en las letras humanas, latinas y griegas, varón eminente... Componía oraciones, diálogos, comedias y tragedias admirables... Trocó los teatros en púlpitos, y salían los hombres muchas veces más recogidos y llorosos de sus representaciones que de los sermones de algunos excelentes predicadores». También se mezclaban entremeses cómicos de costumbres populares, al estilo de los que por entonces ensayaba en las tablas Lope de Rueda.

Entre los discípulos que aprendieron las letras humanas en colegios de la Compañía descuellan por este tiempo la figura de Torcuato Tasso y, sobre todo, la del Príncipe de los Ingenios españoles, Miguel de Cervantes, que estudió con los jesuítas en el Colegio de Sevilla por los años de 1564-1565.

SECCION III

GENERALATOS DE AQUAVIVA Y VITELLESCHI

(1581-1645)

Edad de oro de la Compañía de Jesús. El árbol plantado por San Ignacio, hecho ya fuerte y corpulento, extiende su ramazón por todos los países del globo y empieza a producir frutos abundantes y sazonados. En todos los ramos produce figuras inmortales y con una profusión que asombra. Acude a todos los frentes de combate, y aún le sobran energías que derrochar en torneos escolásticos y en pacíficas diversiones de retaguardia. Un Manual de Historia de esta época corre peligro de convertirse en un catálogo de nombres ilustres. España sigue en el cenit, pero inicia ya su lento descenso en el mundo político, todavía no en el cultural; mientras Francia sale de sus luchas religiosas y civiles dispuesta a arrebatar a los Austrias la supremacía de Europa y de la Cristiandad. La pujante vitalidad de la Iglesia, superior a la del siglo XIII, se desborda en múltiples instituciones y en prodigios de vida activa y contemplativa. Nunca el Cristianismo, desde la edad de los apóstoles, había sido tan conquistador, aunque, a decir verdad, en los países del Norte de Europa es relativamente poco lo que se recobra del terreno perdido. Ese espíritu católico de conquista, de dinamismo, de expansión, de gloria, no podía menos de influir en las artes, las letras, las ciencias, y creó lo que unos han llamado *estilo jesuíta* y otros *cultura barroca*, de

la que hablaremos luego. Aunque cerramos este período con la muerte del P. Vitelleschi (1645), mejor lo podríamos hacer con el primer centenario de la Compañía de Jesús (1640), o con la paz de Westfalia (1648), que corta el avance de la Iglesia en Europa, abate a los campeones del Catolicismo y marca una línea divisoria entre dos edades históricas.

P. Claudio Aquaviva (1581-1615)

Convocada la cuarta Congregación General por el P. Oliverio Manareo, no pudo reunirse hasta febrero de 1581, y de ella salió elegido General de la Compañía Claudio Aquaviva, nacido en Atri, reino de Nápoles (1543), de la noble familia de los Duques de Atri, y que era a la sazón Provincial de Roma, contando tan sólo treinta y siete años de edad. Joven de veinticuatro años, «Monseñor Aquaviva» había renunciado a su cargo de Camarero secreto de Pío V, para alistarse entre los hijos de San Ignacio. Durante más de treinta y tres años había de gobernar la Compañía. Gobierno tan prolongado, en pleno período de Restauración católica, y en circunstancias en que la Compañía llegaba a su madurez, no podía menos de ser trascendental en la Historia de la Orden. Si a esto añadimos la prodigiosa capacidad del General para atender a todos los negocios, su talento organizador, su aguda perspicacia y firmeza de carácter, comprenderemos que su Generalato tuvo que ser brillante y fecundo. Ocasiones hubo en que tuvo enfrente de sí a todo un Felipe II, a la Inquisición española y a la Escuela teológica más autorizada. Con la cooperación de eximios Asistentes y de otros varones ilustres, que entonces surgieron por todas partes, pudo soslayar y vencer las gravísimas acometidas contra el Instituto, contra la doctrina de los jesuítas contra la persona misma de Aquaviva, cuya figura, por lo relevante y señera, no es maravilla que sea diversamente juzgada. Hay quien le ensalza hasta llamarle segundo fundador de la Orden, como si hubiera completado con algo esencial la creación ignaciana; lo que hizo fué simplemente conservar en su ser la

Compañía en medio de las más recias contradicciones, codificar ciertas reglas, promulgar la *Ratio Studiorum*, legislar en demasía sobre mil puntos y cuestiones que entonces ocurrían, y despachar infinitas instrucciones, ordenaciones y avisos, hasta caer en la nimiedad, defecto que él mismo reconoció y trató de enmendar más tarde. Otros, en cambio, le han tachado de «político»; pero si conocía las mañas de sus enemigos y sabía esquivarlas hábilmente, prohibió con severidad a sus súbditos meterse en política; vigiló a los confesores de reyes, a los consejeros y predicadores de corte, recomendándoles la humildad religiosa y la vida de comunidad. También le tildaron de riguroso y severo, por más que siempre se mostró paternal y tiernamente caritativo. Era un asceta, en cuyas cartas quisieron descubrir algunos cierto sabor monástico, como lector asiduo de San Bernardo y San Basilio; pero de su espíritu, ignaciano puro, dan testimonio todos sus escritos, en particular las *Industriae ad curandos animae morbos* y el Directorio de los Ejercicios que por orden suya se compuso.

Fomentó el estudio de la Teología y el espíritu misionero, como se verá en las páginas que siguen. Durante su gobierno vió más que duplicarse el número de jesuítas, pues en 1616, según el Padre Jouvancy, ascendían a 13.112, repartidos en 32 provincias, 41 casas de probación, 123 residencias, 23 casas profesas y 372 colegios, siendo indicio del auge de la Compañía este dato: que en los cinco primeros años de su generalato tuvo que rehusar no menos de 60 colegios. De las relaciones de Aquaviva con los Papas Sixto V y Clemente VIII trataremos en seguida.

P. Mucio Vitelleschi (1615-1645)

Al generalato belicoso y heroico de Aquaviva sucedió el pacífico de Vitelleschi, continuador de la gigantesca obra de su antecesor, con un dorado matiz otoñal, debido al clima histórico, no menos que al carácter maduro y suave del General, que alguien ha comparado con el de San Francisco de Sales († 1662).

Nacido en Roma, de noble familia, entró a los veinte años en la

Compañía, cautivado por la modestia que resplandecía en los jóvenes jesuítas del Colegio Romano. Pidió en vano ser enviado a misiones, gobernó las provincias de Nápoles y Roma, y era Asistente de Italia cuando, en noviembre de 1615, a los cincuenta y dos de su edad, fué elegido General. En los treinta años, no cumplidos, que duró su gobierno, gozó del favor de los Papas Paulo V, Gregorio XV y Urbano VIII, particularmente del segundo, discípulo del Colegio Germánico y amigo fervorosísimo de los jesuítas, que beatificó a Luis Gonzaga y canonizó a San Ignacio y a San Francisco Javier, aunque dejó la promulgación de la bula a Urbano VIII, el cual procedió también a la beatificación del Duque de Gandía y de los tres primeros mártires japoneses. Todo esto le llenaba el alma de consuelo, pero aún daba mayores gracias a Dios por los mártires de la fe y de la caridad que se dignaba escoger entre las filas de los jesuítas, pues ascienden a más de doscientos los que derramaron su sangre por Cristo en tierra de paganos, de protestantes y de cismáticos durante el gobierno de Vitelleschi y pasan de setecientos los que en el mismo tiempo se inmolaron como víctimas de caridad sirviendo a los enfermos contagiosos, particularmente durante la guerra de treinta años.

Del incremento que adquirió la Compañía en varios millares de sujetos, pues ya en 1626 ascendían a 15.544, baste indicar este dato relativo a la enseñanza: los 372 colegios existentes a la muerte de Aquaviva llegaron a 518 antes de morir Vitelleschi, sin contar los 81 Seminarios o internados. ¡Qué extraño que al cumplirse el primer centenario de la fundación de la Compañía se celebrase en todas partes con grandes regocijos y hacimientos de gracias!

Conspiración contra el Instituto de la Compañía

Años más tempestuosos que los del Generalato del P. Aquaviva no los ha conocido la historia de la Compañía, como no sean los que precedieron a la extinción en el siglo XVIII. No es fácil seguir el curso de las diversas olas que se suceden sin interrupción, y a

menudo se mezclan y entrechocan amenazando sepultar la nave de Ignacio. Mientras los dominicos arremetían violentamente contra los jesuítas, veían éstos dentro de la Orden fraguarse una conjuración mucho más formidable, que recuerda a la que en los primeros tiempos sufrió la Orden franciscana, aunque ahora los promotores de estos cismas y trastornos no eran muchos ni buenos religiosos, sino como una treintena de españoles inquietos, intrigantes, ambiciosos, descendientes casi todos de judíos o moriscos, que, por medio de memoriales, a veces anónimos, hicieron llegar a la Inquisición y al Rey su descontento del gobierno de la Compañía.

Y es cosa en verdad sorprendente cómo un puñado de religiosos intrigantes gozaron de todo el apoyo de monarca tan bienintencionado como Felipe II y de Tribunal tan santo como el de la Inquisición; fenómeno explicable solamente por estas tres causas: por ser poco favorable a la Compañía el confesor del Rey, Fray Diego de Chaves; por el temor que tenían los inquisidores de que los jesuítas, con sus privilegios, coartasen la jurisdicción del Santo Oficio, y por la tendencia nacionalista de los revoltosos contra el universalismo romano, deseosos de tener un Superior General en Madrid, que más fácilmente fuera manejado por las autoridades políticas españolas. Los conspiradores, que al principio tramaron su conjura con el mayor secreto, se fueron descubriendo poco a poco, porque algunos de sus memoriales, mandados por el Nuncio al Papa, fueron entregados al P. General, y más tarde, viéndose protegidos por las autoridades externas, no temieron dar sus nombres. Parece cierto que el primer sembrador de esta cizaña no fué otro que el P. Araoz; aparecen los primeros brotes en tiempo del P. Mercuriano; sofocados fácilmente en sus comienzos, rebrotan con pujanza bajo Aquaviva. Al Tribunal del Santo Oficio iban llegando sigilosamente memoriales tras memoriales de unos cuantos descontentos, entre los que descollaban Dionsio Vázquez, astuto y doblado, que había brillado algo en tiempo de San Francisco de Borja, y que, echado de Roma, guardaba rencor a las italianos; Francisco de Abréu, carácter bravío, orgulloso, de una franqueza brutal, docto legista y canonista, que,

enfrascado en negocios seculares, perdió el espíritu hasta hacérsele intolerable el yugo de la obediencia y el voto de pobreza, por lo que fué expulsado de la Compañía: Gonzalo González, hombre extravagante y voluntarioso: Enrique Enríquez, conocido moralista, de trato apacible, pero taimado y desobediente, que pasó a la Orden dominicana para volver a morir en la Compañía; Jerónimo Román de la Higuera, grafómano empedernido y falsario de execrada memoria, amargado contra sus superiores, porque *empantanaban* sus escritos, y otros de menos significación, gente intrigante, a los cuales, por desgracia, hicieron coro algún tiempo y en algunas cosas tres jesuítas de fama mundial, varones piadosos y beneméritos: los Padres José de Acosta, Juan de Mariana y Francisco de Toledo.

No pudiendo soportar la autoridad del P. Aquaviva, aquellos memorialistas pedían a la Inquisición y al Rey: *a)* reformar la constitución monárquica de la Compañía, nombrando un Comisario nacional independiente para España, restringiendo a seis años el cargo de General, implantando el sistema capitular en la elección de Provinciales, etc.: *b)* borrar la diversidad de grados establecida por San Ignacio y conceder a todos la profesión al cabo de cierto tiempo: *c)* quitar la facilidad que tenía la Compañía en despedir a los indignos, sin formación de proceso. Añadían otras menudencias, quién una, quién otra, y no pocos se desfogaban contra la cuenta de conciencia.

Recibidas favorablemente todas estas acusaciones, movióse el Rey a enviar un Visitador a las casas de la Compañía, y recayó el nombramiento sobre el Obispo de Cartagena, don Jerónimo Manrique. No era el fin de la visita reformar abusos, sino exigir razón de ciertos puntos del Instituto para ver de reformarlo, en lo cual obraba el Rey con la aprobación del Papa. La tempestad que se cernía era gravísima, pues además de la afrenta pública, amenazaba cambiar sustancialmente la obra de San Ignacio. Aquaviva vió el peligro, y tan buena maña se dió con el Sumo Pontífice, que Sixto V mandó súbitamente, con la energía en él característica, que el Obispo Manrique no diera un paso en la visita. La primera oleada estaba vencida.

El Papa, que así había salvado a la Compañía de un peligro, provocó otro mayor, pues la acometida venía ahora de la suprema autoridad. Conocido es en la Historia Eclesiástica el temperamento autocrático de Sixto V, que no se dejaba dominar de nadie y gustaba de obrar con absoluta independencia. Habíase opuesto a los planes de Felipe II y de la Inquisición sobre los jesuítas, pero leyendo los memoriales de los acusadores y las Constituciones de la Compañía, tropezó en otros puntos del Instituto, como en el nombre de Compañía de Jesus, en la obediencia ciega, la cuenta de conciencia, la diversidad de grados, lo que dice San Ignacio de dar la hacienda a los pobres y de procurar perder la afición carnal, y convertirla en espiritual, con los deudos: tropiezos verdaderamente raros en un Papa y que prueban la precipitación con que leyó las Constituciones. Nombró una comisión de Cardenales que examinasen esos puntos, y como los examinadores, intencionadamente, dieran largas al asunto, intervino el Papa mandando al P. Aquaviva que redactara un documento renunciando por sí al nombre de Compañía de Jesús y modificando otras cosas sustanciales del Instituto. De poco o nada sirvieron las súplicas del Emperador Rodolfo, del Rey Segismundo de Polonia y del Duque Guillermo de Baviera interesándose por la intangibilidad de una religión que era el principal sostén del catolicismo en el Norte de Europa. Sólo Dios podía evitar el temible golpe. Y lo evitó. El 27 de agosto de 1590 moría Sixto V, dejando sobre su mesa la minuta del documento proyectado.

A pesar de estas prevenciones, Sixto V amaba a los jesuítas, les había entregado la dirección del Colegio maronita en Roma, había favorecido las Congregaciones marianas, y cuando se enteró de que la Inquisición había recogido las bulas de la Compañía para examinarlas y tenía encerrados en la cárcel (1576-1578) al Provincial de Castilla y al P. Ripalda con otros dos Padres, amenazó al Arzobispo de Toledo con despojarle del capelo y del cargo de Inquisidor general. No más de doce días reinó su sucesor, Urbano VII, a quien siguió en el trono pontificio Gregorio XIV (1590-1591), que, desgraciadamente, murió pronto, aunque tuvo tiempo para hacer una magnífica confirmación de la Compañía en la bula

Ecclesiae catholicae, aprobando con especialidad todos los puntos en cuestión y declarando que el nombre de Compañía de Jesús debía conservarse para siempre. También la segunda oleada se había deshecho en espumas sin producir daño alguno.

Otras no menos amenazadoras se encrespaban ya en el horizonte. El pulso de Aquaviva se iba haciendo más firme y seguro, y bien lo necesitaba, pues el ataque futuro descargaría principalmente sobre su persona.

Venido del Perú, donde se había distinguido como Provincial no menos que como misionero, visitaba la Ciudad Eterna, en 1588, el P. José de Acosta, varón elocuente, hábil para los negocios, de apacible trato, copiosa doctrina y florido ingenio. Pensó Aquaviva que aquel hombre era el más apto para disipar los prejuicios que contra la Compañía se iban acumulando en la corte de Madrid. Daría razón del Instituto al Rey y a los Inquisidores, propondríales que la Compañía fuese visitada, no por un extraño, sino por un jesuíta; resolvería, en fin, las dificultades ocasionadas por los descontentos. Acogido muy benignamente por Felipe II, emprendió el mismo Acosta la visita de Andalucía y Aragón, que desempeñó con plena satisfacción del Monarca y de Aquaviva, al mismo tiempo que el P. Gil González visitaba las provincias de Castilla y Toledo, y el P. Fonseca la de Portugal, pues también en Portugal bullían algunos intrigantes y revoltosos, con cuya expulsión se logró que renaciese la calma.

Esperaba Acosta, después de su magnífica actuación, ser premiado con algún alto cargo de gobierno; empezaba a roer sus virtudes el gusanillo de la vanidad, y se indispuso con el P. Aquaviva. Acosta, que tan buena maña se había dado para apaciguar la tormenta que fermentaba en España, favoreció ahora las intenciones de los conspiradores, proponiendo a Felipe II la necesidad de una Congregación General para remediar los males de la Compañía, como si la autoridad del General no fuese suficiente. Para forzar al P. Aquaviva a convocarla, había que mover al Papa, y con este intento negoció ser enviado a Roma en nombre del rey (1592).

Como le sobraba talento, consiguió todo lo que quiso, en Madrid y en la Curia pontificia. Antes de salir de España, tuvo una larga

conversación con el P. Juan de Mariana, quien desde 1593 aparece abiertamente como fautor de los descontentos. Mariana amaba de veras a la Compañía, cuya forma de vida tenía por la más perfecta de la Iglesia, pero le gustaba criticar *oportune et importune* lo que juzgaba menos perfecto; como amaba también a España, ¡y hay que ver la crueldad con que maneja el escalpelo cuando censura las costumbres y la política de su época! Hombre sincero y de lengua demasiado suelta, hacíase intratable en ocasiones; después de cualquier choque, se refugiaba el sabio tranquilamente en el trato más dulce de sus libros. Había defendido brillantemente a la Compañía contra los ataques de los dominicos, pero, contagiado con las conversaciones de Dionisio Vázquez, redactó más tarde unos apuntes *sobre las enfermedades de la Compañía*, que no pensaba publicar. Se los hallaron en su aposento cuando, en 1609, los Ministros reales secuestraron sus cosas con ocasión del libro *De conversione monetae*, y salieron a luz, muerto Mariana, por manejos de algunos enemigos de la Compañía.

Poco antes de que saliera Acosta para Roma, llegaba de la Ciudad Eterna otro enviado del General: el P. Alonso Sánchez; y es lástima que no llegara antes, porque hubiera deshecho toda la urdimbre de Acosta en la corte de Felipe II. Era el Padre Alonso Sánchez un hombre de macizas virtudes, aunque de espíritu raro, carácter dominador, talento poderoso, de gran eficacia en la ejecución de los negocios. Lo primero que hizo fué expulsar al díscolo y aseglarado Abréu, nombró en seguida nuevos Provinciales y tuvo una larga audiencia con Felipe II, defendiendo a Aquaviva y su modo de gobernar. Hablaron también de las cosas de las Indias, y el rey, que conocía perfectamente la devoción monárquica de Alonso Sánchez y los grandes servicios que aquel hombre singular había prestado a la corona de España en Filipinas y en China, se rindió enteramente a su parecer y le prometió todo favor. Por desgracia, el P. Alonso Sánchez murió prematuramente en mayo de 1593.

Quinta Congregación General (1593)

Obedeciendo al Papa, convocó Aquaviva la Congregación General, de la que esperaban sacar partido los revoltosos, modificar algunos puntos del Instituto de San Ignacio y aun deponer al P. General. Confiaban para ello en dos poderosos valedores: Acosta dentro de la Congregación, y Toledo fuera de ella; sin contar los influjos de Felipe II y de Clemente VIII. Pero Acosta se portó en las sesiones con más cordura y dignidad de lo que se podía y esperar, y Toledo, elevado entonces mismo al Cardenalato, pudiéndolo todo con el Papa, de quien era consultor ordinario, pudo muy poco con los Padres congregados. Examinaron éstos los graves problemas que turbaban el buen régimen de la Compañía; acertaron a dar satisfacción a Felipe II en algunas peticiones, nada sustanciales, que había presentado, y cuando el Padre Aquaviva propuso que se inquiriese con todo rigor y libertad sobre su propio gobierno, formóse una comisión para estudiar todos los cargos levantados por los memorialistas, resultando de este examen la más espléndida justificación de la persona del General.

Cuentan que, repasando el Papa las actas, exclamó: «Buscábamos un reo y hemos hallado un santo.» Clemente VIII se persuadió que los descontentos no eran la masa de la Compañía, como baladronaban, sino una insignificante minoría, cuando vió la admirable uniformidad con que los Padres congregados determinaron enérgicamente mantener en su pureza e integridad el Instituto de San Ignacio. Observando la Congregación que del admitir en la Compañía muchos cristianos nuevos se seguía notable escándalo en las provincias españolas, y que de esa gente habían salido casi la totalidad de los revoltosos, dió un decreto prohibiendo la entrada a los descendientes de judíos y moros.

Estaban ya para clausurarse las sesiones, cuando el Cardenal Toledo se presentó, en nombre del Papa, imponiendo a los Padres la mudanza de Asistentes y la obligación de reunir nuevamente la

Congregación al cabo de seis años, cosas que disgustaron, naturalmente, pero que fueron inmediatamente aceptadas por obediencia al Sumo Pontífice.

La perpetuidad del generalato hallaba todavía tropiezos en muchos de los extraños, y con el favor de Felipe II y el valimiento del Cardenal Toledo, el cual oscurecía sus egregias cualidades con su carácter inquieto y su resentimiento contra el Padre General, hubo quienes sugirieron al Papa que nombrase al Padre Aquaviva Arzobispo de Nápoles, removiéndole así de su cargo. Por esta vía oblicua estaban a punto de conseguir su objeto, y ya parecía cosa hecha, cuando el P. Juan Alvarez, Asistente de Portugal, amenazó a Toledo con hacer una campaña para elevar a Aquaviva del arzobispado al cardenalato. El temor de tener en el Sacro Colegio un rival tan poderoso arredró al intrigante, que no tardó en deshacer toda la trama.

Aquí debemos añadir otra tribulación que le sobrevino al Padre Aquaviva. El jesuíta español Fernando Mendoza, religioso poco observante, gozaba de la amistad del Conde de Lemos y era confesor de la Condesa, hermana del Duque de Lerma, cuya actuación en la historia de España es bien conocida. Quiso el Padre General obligarle a cumplir sus reglas o salir de la Compañía. Clemente VIII, por consideraciones políticas, protegía al rebelde, y aun secundó los planes de éste, que eran llevar al General a la corte de España y manejarle a su arbitrio o tenerle allí humillado. Todas las objeciones y súplicas de Aquaviva fueron inútiles. El viaje era inminente, cuando, el 3 de marzo de 1605, la muerte del Papa vino a paralizar el negocio definitivamente. Su sucesor, Paulo V (1605-1621), que profesaba amor sincero a la Compañía, y veía, por otra parte, en el P. Mendoza un instrumento de la política, arregló por fin el conflicto nombrándole obispo del Cuzco, y fué buen prelado en el Perú el que había sido mal religioso en España.

Paulo V aprobó de nuevo el Instituto, confirmó los privilegios y bulas y ratificó las decisiones de la quinta Congregación, con lo que los perturbadores que no habían muerto o salido de la Compañía enmudecieron. «Cuánto ha trabajado la Compañía de

Jesús en propagar la fe, la piedad y la religión, y trabaja aún más cada día, Nos lo sabemos—dice el Papa en su Breve—y lo sabe toda la Cristiandad.»

SEXTA CONGREGACIÓN GENERAL (1608)

Debía reunirse en 1600, según la ley del sexenio impuesta por Clemente VIII, pero fué el Papa el primero en disuadir entonces la convocatoria, engolfados como estaban todos en la controversia *de auxiliis*.

En 1606 fué la Congregación trienal de procuradores la que determinó la próxima apertura, que no fué tan próxima, pues se retrasó hasta el 21 de febrero de 1608. El asunto principal era el estado de la Compañía en Francia, que, entre persecuciones y calumnias, prosperaba a la sombra protectora del convertido Rey Enrique IV. Creóse la *Assistentia Galliae*, separada de la del Septentrión; diéronse decretos rigurosos contra los perturbadores y contra todos cuantos buscasen valedores para modificar el Instituto; explicáronse las Reglas 9 y 10 del Sumario, que habían sufrido violentas impugnaciones; se reglamentó la costumbre de hacer todos los años ocho o diez días de ejercicios espirituales, y de prepararse con un triduo para la renovación de los votos dos veces al año; se autorizó admitir a la profesión de cuatro votos a quienes fuesen eminentes en letras humanas, aunque en ciencias eclesiásticas no pasasen de la medianía; y, por fin, se acordó postular la canonización de los jóvenes Beatos Luis Gonzaga y Estanislao de Koska.

Cuando los Padres volvieron a sus provincias y comunicaron el buen suceso de la Congregación, ocurrió, en 1609, la beatificación de San Ignacio de Loyola, que fué solemnizada por el pueblo católico con festejos de toda clase, procesiones, academias y representaciones teatrales espléndidas, como era costumbre en aquellos fastuosos tiempos del barroco. Aún vivían, en España, el P. Ribadeneira, y en Bélgica, el P. Manareo, discípulos del Santo Fundador.

La paz interna que en sus últimos años empezó a gustar Aquaviva—pues la externa nunca la han conocido plenamente los je-

suítas—prolongóse durante el largo y próspero generalato de Vitelleschi, que no cesó de inculcar con suavidad y constancia la vida interior, y tuvo la dicha de ver, por un lado, la gran cosecha de heroísmos apostólicos y de santidades reconocidas después por la Iglesia, y por otro, la aprobación entusiasta que pueblos y monarcas tributaron a la Compañía en el primer centenario de su fundación.

Italia (1581-1645)

Pujante era en esta época el estado de las provincias italianas, que casi doblaron el número de sujetos, los cuales llegaron a ser unos 3.000, y casi triplicaron el número de colegios, que en 1640 ascendían a 115, incluídos los seminarios. Crecimiento tanto más de tenerse en cuenta, cuanto que de 1606 a 1637 la Compañía estuvo desterrada de la Señoría de Venecia, no por otro motivo que por su adhesión al Papa. Por causa de ciertas medidas atentatorias a la jurisdicción eclesiástica, aquella república estaba en entredicho. Prohibió el Dux que se publicase la intimación de Paulo V, y mandó al clero que siguiese celebrando el culto divino. Cedieron a la fuerza todos los eclesiásticos, menos los jesuítas, capuchinos, teatinos y mínimos, que prefirieron el destierro. Belarmino y Baronio salieron a la defensa del Papa; el servita Paolo Sarpi, poseído de entrañable rencor a todo lo romano, se declaró campeón de los venecianos. Nuestro Rey Felipe III desplazó un fuerte ejército del Milanesado, al mando del Conde de Fuentes, para imponerles la verdad y la justicia por la espada. Intervino el Rey de Francia en pro de la paz, y los venecianos dieron satisfacción a Paulo V, exigiendo tan sólo, por sugestión de Sarpi, que no volviesen los jesuítas. Fué entonces el noble corazón de Aquaviva quien se presentó al Papa diciéndole que la Compañía no quería ser obstáculo a la paz, y que aceptaba voluntariamente el sacrificio. Volvieron, pues, las demás Ordenes a Venecia, pero no la Compañía, que tuvo que dejar sus importantes Colegios de Padua, Verona y Brescia, además de la casa profesa de Venecia y la misión de la isla de Creta.

Grande fué el número de jesuítas italianos que cultivaron con

éxito las letras humanas, como puede verse en Sommervogel; grande el florecimiento de los colegios, donde marchaban en competencia las academias y las congregaciones; pero no era menor el foco de vida espiritual que ardía en residencias y casas profesas, como en Nápoles, donde ejerció fecundo apostolado el P. Salmerón hasta que falleció en 1585, el mismo año en que el santo primogénito de los Marqueses de Castiglione entraba en el noviciado de Roma; como en Loreto, donde murió en 1590 el último de los votantes de Montmartre, Nicolás de Bobadilla; como en Lecce, santificado por la vida y muerte del apostólico varón Bernardino Realino († 1616), cuya fama de santidad, acreditada con milagros, era tan extraordinaria, que el cabildo y las autoridades de la ciudad firmaron un documento nombrándole, aun en vida, su patrono e intercesor ante Dios.

La Ciudad Eterna vió enriquecerse sus maravillas artísticas con dos nuevos templos: el del *Gesù*, debido a la munificencia del Cardenal Farnesio y al genio de Vignola, templo que fué consagrado en 1583 por el mismo Gregorio XIII, y el de San Ignacio, rival del anterior, y edificado a expensas del Cardenal Ludovisi, como espléndido homenaje al Fundador de la Compañía, canonizado en 1622.

El Papa Clemente VIII, que nombró los primeros cardenales jesuítas (Toledo y Belarmino), admiraba principalmente la actividad y celo de los misioneros populares, y en tales ministerios empleó a no pocos de la Compañía, con admirable fruto, por la Italia central. Hemos mencionado ya a S. *Bernardino Realino*. Insignes predicadores fueron el *P. Francisco Adorno* († 1586), en cuyos brazos murió San Carlos Borromeo, con quien había misionado en su archidiócesis; también acompañó al Santo Arzobispo de Milán el conocido autor ascético *Aquiles Gagliardi* († 1607), Rector que fué de Turín, Milán, Venecia y Brescia. El *P. Pedro Espiga* († 1594) fué considerado como el apóstol de Cerdeña, su patria. Se han introducido las causas de los venerables *PP. Bernardo Colnago* († 1611), siciliano, *Luis La Nuzza* († 1656), también siciliano, y *Julio Mancinelli*, de Macerata († 1618), que después de desempeñar el cargo de maestro de novicios en Roma (1566), sintiéndose

llamar a las misiones, recorrió Italia, Turquía, Dalmacia, Polonia, Valaquia, Moldavia, Bohemia, Hungría y Argelia. El apóstol de Bolonia, *P. Jorge Giustiniani* († 1644), de ilustre familia, natural de la isla de Chios, misionó durante cuarenta años en Italia y llegó hasta Constantinopla. Oradores de alto renombre fueron *Benito Palmio* y *Francisco de Toledo*, predicador de la corte pontificia por veinticuatro años, y el historiador y humanista *Famián Estrada* († 1649). Entre los directores de Congregaciones marianas, hay que citar al *P. Francisco Pavone* († 1637), que a las numerosas Congregaciones que existían en Nápoles, cinco de ellas de artesanos, marineros, pescadores, etc., añadió en 1611 la de eclesiásticos, con oración mental cada día y ejercicios anuales de ocho días, que contaba centenares de afiliados y al cabo de un siglo pudo gloriarse de haber tenido entre sus miembros a un Papa, diez cardenales, 150 obispos e innumerables sacerdotes fervorosos. Análogos frutos producía en la ciudad otra congregación fundada el año siguiente para formar maestros cristianos.

Gloria de las provincias italianas fué el poder derramar sus hijos ilustres más allá de las fronteras patrias: un *Lorenzo Maggio* († 1605), empleado por los Generales en importantes comisiones y cargos, visitador de Alemania, Polonia y Francia; un *Antonio Possevino* († 1611), de cuyas legaciones pontificias hemos hablado ya; y sobre todo, una legión de misioneros, que en misiones españolas y portuguesas prestaron su colaboración esforzada, y en ocasiones genial, como veremos en su propio lugar.

Añadamos aquí, que «si la Italia culta recobró la piedad eclesiástica, si volvió a sentir entusiasmo por el ascetismo y las misiones de infieles, si aprendió otra vez el estilo católico en la poesía y el canto y tornó a glorificar con mayor y más íntimo interés los ideales de la Iglesia en mármoles y colores, eso fué, en no pequeña parte, fruto de la educación que las clases superiores recibieron en la escuela y en el confesonario de los jesuítas». Así lo afirma Boehmer, aunque haciendo a la Compañía responsable—a nuestro parecer, injustamente—de haber ahogado la fresca alegría y la infantil ingenuidad del alma italiana con la espiritualidad más patética, española y eclesiástica del barroco.

Francia. Liguistas y antiliguistas

Tristísima es la historia política y eclesiástica de Francia en la segunda mitad del siglo XVI. Desde 1562 las guerras de religión ensangrentaban su territorio, dando ocasión a mil crímenes, traiciones y despojos. No se aniquiló el poder de los hugonotes con la matanza de San Bartolomé (1572), antes se fué acrecentando por la connivencia de los *políticos*, casi indiferentes en cuestiones religiosas, y por la debilidad del licencioso Rey Enrique II. En reacción contra la amenaza calvinista, dirigida por el joven Príncipe de Condé y por Enrique de Navarra, se formó el partido de la Liga, capitaneado por el Duque de Guisa y favorecido por el Rey de España Felipe II. Era el Duque Enrique de Guisa el ídolo de los católicos por sus excelsas cualidades, ardiente fe y valor en las batallas, admirado como un segundo Judas Macabeo, y en él estaban puestos los ojos y las esperanzas de todos los buenos, cuando, en 1588, un puñal asesino, mandado por Enrique III, cortó aquella preciosa vida, juntamente con la de su hermano Luis, Cardenal-Arzobispo de Lyón. Muy pronto pagó el Rey su crimen, porque, habiéndose aliado con Enrique de Navarra, y estando sitiando la ciudad de París, levantada en armas contra el tirano, un joven dominico, Jacobo Clemente, dominado por el fanatismo religioso, y creyendo hacer una obra grata a Dios, penetró en la tienda del monarca y le asesinó (1589). Enrique de Navarra, calvinista, proclamóse Rey de Francia. Levantáronse en guerra los de la Liga para impedir que un hereje se sentase en el trono de San Luis. Pero Enrique IV fué ganando partidarios.

A unos les atraía la brillante personalidad del de Navarra; a otros les arredraba el poderío creciente de Felipe II. Por fin, la conversión de Enrique al Catolicismo le aseguró la corona. ¿Cuál fué la actitud de los jesuítas en estas contiendas? Ellos, como la mayoría de los católicos franceses, se pusieron de parte de la Liga, si bien no faltó alguno que le fuese contrario, como el Provincial P. Edmundo Auger, varón extraordinario por muchos conceptos, orador de los más elocuentes y doctos de su siglo, pero a

quien el amor ardiente que profesaba a su Rey Enrique III, de quien era confesor, le cegaba en ocasiones. Entre los liguistas se manifestó sobre todo el P. Claudio Mathieu, pero éste salió de Francia por orden del P. Aquaviva ya en 1586, y poco después tuvo que salir también el P. Auger, que murió en Como el año 1591.

A pesar de estas medidas severas del General, y a pesar de que los jesuítas fueron de los primeros en jurar obediencia al convertido Enrique IV, estalló una cruda persecución de parte de los dos grandes y antiguos enemigos de la Compañía: la Universidad y el Parlamento de París. Acusaban a los jesuítas de estar vendidos al Rey de España, olvidando, sin duda, que la Universidad, aduladora hoy de Enrique IV, habíase mostrado ayer la más enérgica defensora de la Liga, siendo ella la que declaró lícito negar la obediencia al Rey que asesinó al Duque de Guisa.

La saña antijesuítica de aquellas dos corporaciones no conocía límites, y Antonio Arnauld, padre del futuro patriarca jansenista, al pedir en nombre de la Universidad al Parlamento la exterminación de la Compañía de Jesús, declaraba con apasionada violencia que la Liga había sido una insurrección criminal promovida solamente por los jesuítas, y que éstos eran los que encadenaban a los pueblos y asesinaban a los reyes, los que habían entregado Portugal a España, inundado de sangre los Países Bajos y organizado la caza del indio en el Nuevo Mundo. «¿Qué lengua, qué voz—exclamaba, remedando a Cicerón—podrá decir los consejos secretos, las conjuraciones, más horribles que la de las bacanales, más peligrosas que las de Catilina, tenidas en su colegio de la calle de Santiago y en su iglesia de la calle de San Antonio?» Y en este tono de exaltación, seguía llamándolos «oficina de Satanás, traidores, criminales, asesinos, regicidas»...

La serena refutación del Padre Barny y la protesta de obispos, ciudades y nobles lograron que el Parlamento se abstuviese por entonces de pronunciar sentencia condenatoria. Pero he aquí que a fines de 1594 un joven desequilibrado, estudiante de Derecho en la Universidad, que había cursado sólo un año de Filosofía, como externo, en el Colegio de Clermont, intenta matar a Enrique IV; se

pretende acusar de complicidad a los jesuítas: el criminal, antes de ser descuartizado, protesta de la inocencia de aquéllos; pero en el aposento del Padre Juan Guignard se descubren unos viejos papeles del tiempo de la Liga contra Enrique de Navarra, y el Parlamento condena por esta culpa al P. Guignard a ser ahorcado y quemado en la plaza de Grève, y a todos los jesuítas a salir desterrados de Francia (1595). La fuerza les obligó a salir de París, Ruán, Dijón; en cambio, los Parlamentos de Burdeos, Toulouse y otras provincias les permitieron seguir en sus colegios y residencias.

El corazón de Enrique IV

Educado en el calvinismo, Enrique IV participaba en los primeros años de su reinado de todos los prejuicios antijesuíticos, mas no tardó en persuadirse de la fidelidad y patriotismo de los jesuítas y de la pasión de sus adversarios. El veneciano P. Maggio, enviado como Visitador por el P. Aquaviva, logró captarse las simpatías del Rey y disiparle los prejuicios. En Roma, tres hijos de San Ignacio habían trabajado para que el Papa Clemente VIII levantase la excomunión que pesaba sobre el monarca francés: eran el Padre Possevino, el P. Sirmond, Secretario a la sazón del Padre General, y, más que nadie, el Cardenal Toledo, a quien Enrique IV quedó muy reconocido. Entonces aparece en la corte uno de los jesuítas más eminentes por sus virtudes y talento: el P. Pedro Coton.

De familia noble, hizo sus estudios con extraordinaria brillantez, distinguiéndose en el púlpito por su palabra persuasiva, en el confesonario por la sabiduría y prudencia de sus consejos, en la controversia con los herejes por su saber teológico y habilidad en deshacer los errores y sofismas, y en el trato social por la amabilidad y sencillez de sus maneras. Prendóse de él Enrique IV, tomóle por consejero, predicador y, más tarde, por confesor, cargo que desempeñó también con el Delfín, antes y después de subir al trono con el nombre de Luis XIII. «A esta circunstancia sobre todo tiene que agradecer Francia que el hijo de Enrique IV llevase una vida tan irreprensible moralmente, como ningún otro

monarca francés desde Luis el Santo» (Pastor). Dejaba la corte cuando podía, para predicar la palabra de Dios en fructíferas misiones en Lyón, Marsella, Grenoble, Nimes, Avignón, renunció al obispado y cardenalato que quería procurarle Enrique IV, y en la corte se portó siempre como perfecto religioso, no mirando sino a los intereses de la Iglesia. Ya se supone que de esta privanza se aprovecharía para favorecer a sus hermanos de religión, cuyo regreso permitió el Rey por su edicto de Ruán en 1603.

Cuando en 1604 abrieron los Padres en París su iglesia de San Luis, allí estuvo Enrique IV honrando la ceremonia, y si todavía no se abrió el colegio de Clermont, fué, entre otras razones, porque el Rey quería dar gran vuelo al Colegio de la Flèche, verdadera Universidad con cátedras de Humanidades, Filosofía y Teología, cuya apertura tuvo lugar en 1604 con más de 1.000 alumnos, entre los que descollaba el futuro filósofo René Descartes, que allí hizo sus estudios de 1604 a 1612. Enrique IV, que daba continuas muestras de amor a los jesuítas, no sólo quiso ser el fundador del gran Colegio de la Flèche y de su iglesia adjunta, sino que mandó en su testamento que su corazón fuese trasladado al Colegio de la Compañía. En vano redobló las calumnias el abogado Arnauld, en vano repitió sus acerbas diatribas el viejo Pasquier, en vano el síndico de la Facultad teológica, Edmundo Richer, galicano furibundo y enemigo de la constitución monárquica de la Iglesia, azuzaba a todos contra la Compañía de Jesús: el Rey la protegía, y a su sombra prosperaba y se multiplicaba por las principales ciudades.

El puñal de Ravaillac y el libro de Mariana

Aciago día para Francia fué el 14 de mayo de 1610, en que la figura siniestra de un anormal, por nombre Francisco Ravaillac, saltó sobre la carroza real en la calle de la Ferronnerie y apuñaló a Enrique IV. ¿Quién iba a pensar que semejante monstruosidad se la endosarían también a los jesuítas? Pues no faltó quien así lo proclamase desde un púlpito de París. Acusación tan absurda no podía hallar curso, pero pronto se buscó el medio de demostrar que el espíritu jesuítico era el que había armado el brazo regicida.

Once años antes, nuestro ilustre historiador Juan de Mariana había publicado en Toledo un libro titulado *De rege et regis institutione*, dedicado a Felipe III. Trata de las virtudes que debe tener un buen rey, y al tocar la cuestión de si es lícito matar a un tirano, examina las opiniones escolásticamente y viene a inclinarse él por la afirmativa, pero con tales restricciones y circunstancias, que hacen casi imposible se dé alguna vez en la Historia semejante tirano. Por eso en España no encontró el libro sino aplausos. Con todo, al nombrar al regicida Jacobo Clemente, escribe esta frase, que en Francia levantó tempestades: «*Sic Clemens periit, aeternum Galliae decus, ut plerisque visum est.*»

Los adversarios y rivales de la Compañía se apresuran a decir que esta lectura era la que había incitado a Ravaillac a su crimen, sin advertir que Ravaillac no conocía a Mariana ni de nombre, más aún, que mal podía leer aquel libro quien no sabía latín, y, en fin, que a raíz del asesinato de Enrique III, la misma Universidad y Parlamento de París habían glorificado al regicida. Por lo demás, nunca la Compañía de Jesús había defendido la doctrina del tiranicidio en su forma estricta, condenada por el Concilio de Constanza; sus teólogos la refutaron en todas las naciones, y el P. Aquaviva dió inmediatamente un decreto prohibiendo que nadie la aprobase de palabra o por escrito, en público ni en privado. ¡Y todavía corre por ahí, como tantas otras calumnias, la de que los jesuítas defienden el tiranicidio! El libro de Mariana fué condenado a la hoguera; delante de Notre-Dame el verdugo lo hizo pedazos y lo arrojó a las llamas. Libelos de toda clase se esparcieron contra la Compañía, a los cuales supo darles un público mentís la pluma del P. Coton. Vengóse el Parlamento condenando como falso y peligroso para la paz de los Estados el tratado del Cardenal Belarmino sobre la potestad del Sumo Pontífice.

La doctrina defendida por el Cardenal jesuíta, hoy Santo y Doctor de la Iglesia, es la de la *potestad indirecta* del Papa en las cosas temporales. ¡Qué hubiera dicho Sixto V, que había querido poner en el índice las controversias del mismo Belarmino porque no defendía la *potestad directa!* Poco después el Cardenal

Du Perron, Arzobispo de Sens, amigo íntimo de los jesuítas y seguidor fiel de las doctrinas belarminianas, reunía a sus obispos sufragáneos en concilio provincial y les hacía condenar un librito de E. Richer, de tendencias cismáticas, refutado por el P. Sirmond; de poco le valió el apoyo del Parlamento al «Graco de las libertades galicanas»; la misma Universidad se vió obligada a quitarle el cargo de síndico de la Facultad teológica. La contestación del partido antijesuítico fué conseguir del Parlamento (1614) la condenación a la hoguera del famoso libro de Suárez, aprobado por el Papa, en *Defensa de la fe católica y apostólica contra los errores de la secta anglicana.*

Entre la polvareda de tales campañas y de otras más, en que los jesuítas, por bien de paz, no se opusieron con bastante resolución a los teólogos de la Sorbona y a los legistas del Parlamento inficionados de galicanismo, tuvieron ocasión de lucir sus plumas bien cortadas los apologistas de la Compañía, entre los cuales campeaban personajes tan autorizados como el P. Coton y más aún el P. Luis Richeome, discípulo aprovechado de Maldonado, tan buen escritor y controversista como hombre de gobierno.

Lides tan porfiadas con tan violentos y repetidos asaltos, no estorbaron la propagación de la Compañía en Francia, ni su labor admirable en colegios, misiones populares y brillantísima aportación científica. Véanse algunos datos. En 1582, creciendo el número de sujetos, fué necesario crear una tercera provincia: la de Lyón, y en 1608 la de Toulouse, separada de la de Aquitania; al mismo tiempo que la sexta Congregación General erigía la Asistencia de Francia, poniéndole al frente al P. Richeome. En 1616 se desgajaba de la provincia de París (o Francia) la de Champagne. Las cinco provincias contaban en total, hacia 1616, no menos de 46 colegios y 1.766 sujetos; diez años más tarde, cerca de 60 colegios y 2.136 sujetos. De esos colegios, el de Avignón tenía, en 1599, unos 1.300 alumnos (de los cuales, 100 filósofos y 50 teólogos); el de Caen empezó, en 1609, con 930; un millar contaba el de Pont-à-Mousson en 1608, y el mismo número el de Dijón en 1617; le superaban los de Rouen, París, La Flèche, Billom; poco inferiores eran los de Besançon, Poitiers, Verdún, Dole, etc. En

1618 volvió, por fin, a abrir sus puertas el Colegio parisiense de Clermont, tan temido de la Universidad, y sabemos que en 1620 contaba 300 convictores (internos) y 1.700 externos.

Del fruto que reportaban, baste un ejemplo: al fundarse, en 1572, el Colegio de Burdeos, había en aquella ciudad 1.200 familias hugonotes; en 1589 apenas quedaba ninguna. Y el P. Richeome, en una de sus apologías, apelaba al testimonio de las ciudades donde hubiese colegios de jesuítas, para demostrar la trasformación moral y social que por medio de ellos se obraba. A ellos y a las Congregaciones marianas atribuye el historiador L. Pastor buena parte en el triunfo de la Restauración católica en Francia. Muchos de ellos, como los de Burdeos, Cahors, Bourges, Rheims, Caen, Poitiers, Aix, Avignón, Besançón, Montpellier, Pau, Toulouse, consiguieron ser agregados a las Universidades allí establecidas, no así el Colegio de Clermont, en París, por la tenaz resistencia de aquella Universidad a que fuesen válidos los cursos de Filosofía y Teología hechos con los jesuítas. Esto fué causa de que discípulos de aquel colegio en Retórica, verbigracia Bossuet, pasasen a otros colegios, como el de Navarra, para los cursos superiores, y fué causa también de que la influencia teológica de la Compañía fuese más restringida y que el galicanismo triunfase juntamente con el jansenismo.

No se vaya por eso a olvidar la eficacísima labor de los misioneros y predicadores, que, ora entre católicos, ora entre calvinistas, con la palabra y con la pluma, defendían el dogma y exhortaban a la vida cristiana. Además de los *Padres Auger, Coton, Richeome,* distinguiéronse otros muchos, como el fogoso orador evangélico *P. Juan Gontery;* el *P. De Villars*, amigo de San Francisco de Sales; el *P. Juan Arnoux* y el *P. Juan Suffrent,* confesores sucesivos de Luis XIII; el *P. Francisco Garasse,* gran polemista y satírico, además de predicador, y el *P. Nicolás Caussin,* eximio literato. Ni faltaron los ejemplos de santidad heroica.

Muchos fueron en Francia, como en otras naciones, los que dieron su vida en aras de la caridad, sirviendo a los apestados. El *Padre Jacobo Sales* era un joven profesor de Teología, encendido en amor a Cristo, particularmente en el sacramento de la Eucaristía. *Gusto Deum,* empiezan unos versos latinos que compuso en su ju-

ventud. Enviado a predicar en Aubenas el adviento y la cuaresma, en compañía del H. Coadjutor *Guillermo Saltamocchio*, alma angelical, candorosa y fiel, fueron ambos martirizados por los hugonotes (1593), y juntos han subido recientemente a los altares. Pero el modelo de todos los misioneros populares fué *San Francisco de Regis* († 1640). En el campo de la ciencia descollaron figuras como el *P. Sirmond*, que ayudó a Baronio durante los largos años que pasó en Roma con el cargo de Secretario de Aquaviva, y luego en París emprendió su famosa edición de Concilios, mientras el *Padre Fronton du Duc* editaba las obras de muchos Santos Padres, y el incomparable *Petau*, tras brillante carrera de humanista, inauguraba sus lecciones de Teología positiva en el Colegio de Clermont. Tampoco descuidaron la literatura ascética, como lo demuestran *Luis Richeome*, *Esteban Binet* y, sobre todo, *Antonio Le Gaudier*, y toda la escuela mística de *Lallemant*, que es el Baltasar Alvarez de Francia.

Merece anotarse que en medio de las atroces persecuciones sufridas entonces por la Compañía, todos los grandes hombres que honraban a la sazón aquella Iglesia, se mostraron sus amigos y favorecedores, como el Cardenal Du Perron, apellidado el Borromeo de Francia, protector decidido de los jesuítas; el mismo Pedro de Bérulle, fundador del Oratorio, que trató con el P. Maggio su vocación y, a la luz de los Ejercicios ignacianos, conoció que Dios no le llamaba a la Compañía ni a otra Orden religiosa, sino a trabajar sin descanso por la perfección del estado sacerdotal; San Juan Eudes, que no se cansaba de agradecer a la Virgen el haber sido Congregante «bajo la vigilancia y dirección de la Santa Compañía de Jesús en la ciudad de Caen»; San Vicente de Paúl, a quien ayudaron en sus misiones algunos jesuítas; y, en fin, San Francisco de Sales, que se educó en el Colegio de Clermont y murió, en 1622, en los brazos de un jesuíta. Conocido es su elogio del Instituto de San Ignacio: «Así, mientras que dormíamos, el hombre enemigo ha puesto fuego a la casa, y todos hubiéramos perecido si la bondad divina no hubiera suscitado a los Padres de la Compañía de Jesús, esos poderosos espíritus, esos grandes hombres, que tienen un valor infatigable, un celo intrépido y una

doctrina profunda; que no sólo hacen una vida santa y ejemplar, sino que devoran los libros con sus continuos estudios; que, arrostrando las calumnias, las injurias y los ultrajes, han restablecido la verdadera fe y aun hoy, por sus grandes trabajos, llenan el mundo de hombres doctos que minan la herejía por todas partes.»

Richelieu y los jesuítas

El célebre Cardenal, de poco grata recordación en la historia del Catolicismo, porque, empeñado en satisfacer sus patrióticas ambiciones sin reparar en medios, hundió a la Casa de Austria, de donde se siguió el predominio en Europa, primero de Francia y luego de las naciones protestantes, mostróse, cuando era sólo Obispo de Luçón, amigo de los jesuítas, y al llegar a ser Primer Ministro les hubiera profesado la misma amistad, si hubiera logrado sus deseos de hacer de ellos dócil instrumento de su política. Muy adicta a los Padres de la Compañía era la Reina Regente María de Médicis; su hijo Luis XIII les profesaba singular amor. También Richelieu empezó favoreciéndolos, a pesar de que la Universidad maniobraba cuanto podía por hacerlos odiosos. Sátiras agudas y violentos panfletos corrían contra la política, nada católica, del eminentísimo purpurado; rumoreábase—falsamente—que el autor de alguno de ellos era el cáustico P. Garasse. Indagó Richelieu cuanto pudo, sin dar con el verdadero autor. En 1626, con ocasión de un imprudente libro publicado en Roma por el Padre Andrés Santarelli, amenazó con expulsar de Francia a todos los jesuítas.

Aunque no confiaba del todo en ellos, encomendóles, sin embargo, las misiones populares, y veía con placer la actividad apostólica que lejos de la Patria desarrollaban, particularmente en Constantinopla y en las colonias del Canadá. El P. Caussin, confesor del rey, desafió las iras del Cardenal reprobando su política, poniendo escrúpulos en la conciencia de Luis XIII por el cruel trato y aislamiento que se daba a la reina madre, por el abandono en que el monarca dejaba a su esposa, Ana de Austria, por las alianzas abominables con los príncipes protestantes de Ale-

mania, con Suecia y Holanda, y aun con los turcos; por los tributos excesivos que imponía al pueblo para sostener guerras innecesarias. Richelieu hizo desterrar al confesor jesuíta y logró tranquilizar la conciencia del rey. Murió el omnipotente ministro en 1642, sin ver logradas sus ambiciones de constituirse en Patriarca de la Iglesia francesa, con poderes casi papales; y al año siguiente le siguió al sepulcro Luis XIII, auxiliado por el Padre Jacobo Dinet, que después del P. Sirmond dirigía su real conciencia y era el décimo de sus confesores jesuítas.

Países Bajos (1581-1645)

En pocas partes alcanzó la Compañía de Jesús florecimiento tan espléndido como en las regiones católicas de los Países Bajos. Tuvo esta provincia la suerte de tener un excelente Superior en el *P. Oliverio Manare* († 1614), discípulo de San Ignacio, que, después de haber sido Asistente, vino a los Países Bajos en 1583, y por sus largos y prósperos años de gobierno como Visitador y como Provincial, mereció del P. Aquaviva el título de *Pater Provinciae*. También el *P. Carlos Scribani* († 1629) dió gran impulso a la provincia, y tanto por su consejo como por la ciencia que resplandecía en sus libros contra los herejes, fué muy estimado del Archiduque Alberto, de Felipe IV y Fernando II. Otra gran fortuna fué la de tener aquel país unos gobernadores ideales, primero en Alejandro Farnesio (1583-1592) y más tarde en los Archiduques Alberto e Isabel (1598-1633). Farnesio había heredado el amor a la Compañía de su madre, Margarita de Parma. También Alberto de Austria, educado desde niño en España, y la hija de Felipe II, tan inteligente como piadosa, dispensaron su favor a los jesuítas, los cuales se multiplicaron de tal suerte, que, siendo en 1578 tan sólo 158, repartidos en una docena, poco más o menos, de domicilios, eran en 1633 nada menos que 1.704, con 42 casas, casi todas colegios, y desde 1612 estaban divididos en dos provincias: la *Galo-bélgica* y la *Flandro-bélgica*.

De esta última provincia poseemos algunos datos que nos

revelan la actividad religiosa desplegada por aquellos Padres. Al final del período que reseñamos, o sea, por los años de 1640, una estadística nos dice que en las 18 iglesias de aquella provincia ascendieron las comuniones a 1.235.000, cifra que se mantiene con ligeras variaciones durante todo el siglo XVII, y que para aquellos tiempos era muy alta. Mejor comprenderemos los siguientes datos de la misma provincia: en el mismo año existían 200 secciones catequísticas, admirablemente organizadas, que dieron 10.745 lecciones a 32.508 asistentes, y funcionaban 90 congregaciones, con 13.727 congregantes; sólo al Colegio de *Amberes* acudían 5.000 alumnos.

Casi otro tanto puede asegurarse de la Galo-bélgica. En 1612 contaba la congregación de Lovaina 180 universitarios en la sección de Derecho, un número algo mayor en la de Teología, y no menos de 400 en la de Filosofía; lo mismo sucedía en las ocho que funcionaban en la Universidad de *Douai*. Congregantes fueron los grandes maestros de la pintura flamenca Rubens, Van Dyck, Teniers; y uno de los más asiduos a las reuniones era el humanista Justo Lipsio. En los 17 colegios que regentaba esta Provincia en 1645, se educaba la juventud más prometedora.

Dos eran las principales Universidades del país: la antigua de Lovaina y la moderna de Douai, fundada por Felipe II en 1562. A la sombra de una y otra habían plantado los jesuítas su colegio. El de Douai llegó a enseñar, además de las letras humanas, Filosofía, Teología escolástica, Moral y Pastoral, Sagrada Escritura y Hebreo. Mil alumnos asistían a las clases hacia 1600. Ilustraron sus cátedras maestros como *Lessio*, *Jacobo Bonfrère*, discípulo de Alapide, y el célebre *Martín A. Del Río*, nacido en Amberes de familia española, doctor en Derecho por la Universidad de Salamanca, y a quien llamó Justo Lipsio «el prodigio de su siglo». Del Colegio de *Lovaina*, en la Flandro-bélgica, hemos contado ya los orígenes. Un joven profesor de veintiocho años, pero que tenía por nombre *Roberto Belarmino*, acreditó en su cátedra de Teología la enseñanza jesuítica (1570-1576). Con autorización de la Universidad se abrieron también clases de Sagrada Escritura y de Matemáticas, mas no fué posible inaugurar un curso de Filosofía, por-

que tal enseñanza se la reservó siempre para sí la Facultad filosófica de la Universidad. En pos de Belarmino surgieron otras figuras de inmortal renombre: *Leonardo Lessio,* discípulo de Suárez en Roma, enseñó Teología escolástica en Lovaina de 1585 a 1600, y *Cornelio Alapide* explicó Sagrada Escritura en 1596 a 1616.

Entre los doctores seglares lovanienses descollaba por su saber y virtud Miguel Bayo, que estuvo en Trento como teólogo de Felipe II, y que con el empeño de reducir a los protestantes, lanzó en su cátedra proposiciones muy audaces. Refutólas Belarmino sin nombrar al autor, pues cundían en la Universidad aun después de la condenación de S. Pío V en 1567. De nuevo fueron proscritas en Roma, a instigación de varios teólogos lovanienses y españoles, y el Padre Toledo, encargado por Gregorio XIII de llevar a Lovaina la bula condenatoria, desempeñó su cometido con tan buenos modos, que Bayo, algo reacio hasta entonces, pareció someterse sinceramente (1580). Algún resquemor le debió de quedar oculto, pues en 1587 trató de defenderse indirectamente, atacando las doctrinas premolinistas de Lessio sobre la gracia y la predestinación como si fueran contrarias a San Agustín, pero un enviado de Sixto V impuso silencio a los contendientes, prohibiéndoles, bajo pena de excomunión, dar censura teológica a las proposiciones en cuestión. La concepción sombría del Cristianismo que se formó Bayo, su falso concepto de la condición natural del hombre y de las consecuencias del pecado original, reaparecerán con nuevo vigor y mayor apasionamiento en el jansenismo. Brillaron también entonces científicos ilustres, que más adelante mencionaremos. Al matemático *Padre Francisco d'Aguilon* se debe, según Papebroch, el plano de la iglesia de Amberes, atribuído por otros a Rubens, iglesia que resultó el más estupendo monumento barroco de aquellas partes.

El año 1615 se abrió en *Malinas* un Colegio, entre cuyos primeros alumnos figuraba un seminarista de 16 años: se llamaba *Juan Berchmans.* Al año siguiente entraba en el noviciado de aquella ciudad.

Actividad misionera

Al igual que en otras naciones, no se descuidaban en los Países Bajos las misiones rurales, tan fructuosas para despertar la fe y levantar la moralidad de los pueblos. Bruselas constituía como los cuarteles de invierno adonde se retiraban de vez en cuando a descansar los misioneros. Más interesante era la misión naval y la misión castrense, organizadas ambas de una manera permanente.

Fundóse la misión naval en 1622 con el fin de auxiliar espiritualmente a los marinos en sus travesías, en sus luchas y peligros. Más antigua era la misión castrense, por la que los jesuítas de todos los países mostraron predilección desde los tiempos de Nadal y Laínez. Así los vimos en Africa y en Lepanto y los veremos en todas las guerras, hasta la conflagración europea de 1914 y la cruzada española contra el marxismo en 1936. En Flandes, bajo las banderas de Don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio, realizó prodigios de heroísmo el toledano *P. Juan Fernández*, entrado en la Compañía en 1556 y que antes de sus campañas con los tercios había explicado Sagrada Escritura en Roma. Siguió sus ejemplos el *P. Tomás Sailly*, confesor de Farnesio, que, ayudado por otros doce jesuítas, organizó establemente la capellanía militar, que duró hasta 1660, y que en los frente de combate y en la vida de campamento desterró muchos abusos y pecados. Heroicamente se portó el *P. Antonio Crespo*, capellán de la Invencible y confesor más tarde del Conde de Fuentes. Diez jesuítas murieron en el sitio de Ostende (1600-1604); nueve en la campaña del Palatinado (1620-1625), durante la guerra de Treinta Años; cincuenta y seis en el período de 1592 a 1654. Otros tres, acusados por los calvinistas holandeses de querer entregar la ciudad de Maestricht a los españoles, perecieron entre horribles tormentos (1638). Anotemos, por fin, la tarea de evangelización y de caridad emprendida por los jesuítas flamencos en las Provincias Unidas, rebeldes al yugo español, que tomaron el nombre de Holanda. Desde 1592 trabajaron algunos misioneros en medio de mil peli-

gros, administrando en secreto los sacramentos y consolando a los católicos, tiranizados por los calvinistas, y tratando de convertir a éstos, labor áspera y difícil, que produjo entre otros frutos la conversión en Amsterdam del más grande poeta holandés, Joost van den Vondel († 1679). Del célebre jurista Hugo Grocio (Huig van Groot, † 1645), desterrado de su patria desde 1621, afirma su amigo el P. Petavio, que estaba para convertirse al catolicismo cuando le sorprendió la muerte.

España (1581-1645)

Hemos narrado ya las dolorosas luchas internas que afligieron a la Compañía por culpa de unos cuantos jesuítas españoles en tiempo del P. Aquaviva. Aquí es preciso decir alguna cosa de las resonantes controversias promovidas en España y en Roma con ocasión del libro del P. Molina, las cuales estallaron cuando las otras llegaban a su período más álgido. El mundo entero asistió con anhelante expectación al gran torneo ideológico, presidido por el Romano Pontífice, en que las dos Ordenes más poderosas de la Iglesia y sus teólogos más insignes contendían, con admirable alarde de ingenio, sobre los problemas palpitantes y pavorosos de la gracia y de la predestinación, de la presciencia divina y de la libertad humana.

No es cierto que la Orden de Predicadores abrigase malquerencia, celos y rivalidades respecto de la Compañía de Jesús; eso, a lo más, se podrá decir de algunos de sus miembros, secuaces de Melchor Cano, que hacia 1582 renovaron su recia campaña antijesuítica, hasta que intervino el Papa, amonestando a los Superiores que hicieran callar a sus súbditos. No hay duda que si les movía el celo de la verdad, ese celo era excesivo e intolerante. Tal vez la raíz haya que buscarla en su incomprensión y natural antipatía hacia el espíritu de la nueva Orden. Un lector de Teología en Avila, Fray Diego Peredo, enseñó por entonces que los tres votos simples del Instituto de San Ignacio no hacen a uno miembro de la Compañía, doctrina que fué inmediatamente condenada por Gregorio XIII en su bula *Quanto fructuosius* (1583). Siguió,

no obstante, Peredo escandalizando a sus discípulos, y afirmando que el Papa hablaba como doctor particular, no como Pastor universal. Semejantes explicaciones fueron condenadas en Roma, a instancias de los jesuítas, como falsas y temerarias; a su autor le vino una grave reprensión, con que cesó en su oficio. Poco después se consiguió, por medio del Cardenal Toledo, la bula *Ascendente Domino* (1584), que prohibía bajo pena de excomunión impugnar en este punto a la Compañía. Apenas supo Peredo la muerte de Gregorio XIII, gran protector del Instituto ignaciano, se presentó en Roma para defender su causa ante Sixto V, pero se le impuso silencio. ¿Quién iba a decir que una doctrina tan explícita y reiteradamente condenada por la Iglesia había de tener un patrocinador como Domingo Bañes? Pues así aconteció en 1589, ya que este gran teólogo, que había mostrado poca simpatía al Instituto y a los Ejercicios espirituales de San Ignacio, quiso defender públicamente la opinión de Peredo «por creerla doctrina de Santo Tomás».

Opúsose el Nuncio. Recurrió Bañes a Sixto V. Y el Papa repitió: El que hace los tres votos simples de la Compañía de Jesús es verdadero religioso. Si en cosa tan clara y resuelta, donde el católico no tiene sino bajar la cabeza y acatar la determinación pontificia, hallaba la pertinacia del teólogo motivos para insistir, ¿qué será cuando en la controversia *de auxiliis*, la teoría del adversario no goce de tales prerrogativas?

No nos detengamos en la deplorable campaña de acusaciones infundadas contra los jesuítas, a que se dedicó Fray Alonso de Avendaño, con algunos otros hermanos de hábito, durante dieciséis años (1577-1594) por los principales púlpitos de España. Y vengamos ya a la famosa contienda teológica.

Molinismo y bañesianismo

Es indudable que los jesuítas contribuyeron notablemente a la universal aceptación de Santo Tomás de Aquino en las Universidades católicas de todos los países, pues aunque es verdad que a los dominicos corresponde la parte principal, como a celosos

y constantes campeones del tomismo, y sus teólogos habían logrado reclutar en torno del Angel de las Escuelas a no pocos maestros seglares, hastiados de sutilezas nominalísticas, pero existía una dificultad para la universal aceptación del Angélico, y era el espíritu de secta, dominante en todas las escuelas. Se pensaba que el tomismo era propiedad exclusiva de los dominicos, como el escotismo de los franciscanos. Esa dificultad se desvaneció cuando los jesuítas, ajenos a la Orden dominicana, se alistaron, no ya individualmente, sino corporativamente, bajo el estandarte del aquinatense, eligiendo la *Summa Theologica* para texto de sus lecciones y base de sus comentarios. Al tomar a Santo Tomás como a su Doctor propio no quisieron los jesuítas renunciar a una moderada libertad de juicio en las cuestiones discutibles. No se aferraron tan fuertemente como los dominicos a la letra del Santo. Pudieron en ocasiones equivocarse, pero no deja de ser admirablemente heroica la conducta de muchos pensadores, comenzando por Suárez, que sacrificaron en aras de Santo Tomás la originalidad mucho mayor que hubieran alcanzado, cierto con mayores riesgos, echando por caminos personales y no trillados. Es ésta una tentación muy seductora para los grandes ingenios, y la sintieron desde un principio los jesuítas, pero los Superiores generales, desde San Francisco de Borja, no se descuidaron en podar los primeros brotes de opiniones peregrinas, recomendando siempre la doctrina de Santo Tomás. ¿Qué extraño, sin embargo, que entendimientos tan poderosos como Toledo, Molina, Valencia, Suárez, Vázquez, etc., aun profesando gran respeto y veneración al Doctor Angélico, al pensar por cuenta propia en ciertos problemas difíciles, los mirasen desde un nuevo punto de vista, o no se satisfacieran con los argumentos del Santo, o bien quisiesen desenvolver lo que apenas hallaban apuntado? ¿No se permitían semejante libertad los grandes teólogos dominicos? Veamos un caso concreto, el más célebre en la Historia.

Había enseñado Santo Tomás que Dios ve todos los futuros libres como presentes a su eternidad infinita, y que a la luz de esta ciencia da sus decretos creadores. En problema tan hondo quedan muchas cosas por aclarar. ¿Qué ciencia divina es ésa?

¿Cómo concurren Dios y la criatura en el acto libre del hombre? Santo Tomás no se detiene a explicarlo. El jesuíta Luis de Molina propondrá la *ciencia media* y el *concurso simultáneo*. El dominico Domingo Bañes, comentando la *Summa*, poco antes, había hablado de decretos predeterminantes y de concurso previo. La omnisciencia divina, dice Molina, como quiera que se extienda a toda verdad o a todo objeto cognoscible, ve como presentes «*ex arce aeternitatis*» todos los actos que la voluntad humana ejecutaría en todos los casos posibles; ve, por lo tanto, en virtud de su «*supercomprehensio possibilis voluntatis*», el consentimiento o la resistencia que la voluntad libre prestaría a cualquier gracia divina en cualquier hipótesis. A este conocimiento de los futuros contingentes condicionados llama el P. Molina *ciencia media*, porque efectivamente ocupa un puesto medio entre la ciencia divina *necesaria* y la ciencia *libre*, consiguiente al decreto de creación, entre la ciencia llamada *de simple inteligencia*, por la que Dios conoce todos los posibles (en todos los órdenes, con todas sus relaciones), y la ciencia *de visión*, por la que conoce lo absolutamente futuro, lo que realmente ha de existir. A la luz de esta *ciencia media* Dios escoge por un acto eterno y único de su voluntad libérrima, entre todos los posibles, un determinado orden de cosas, que abarca toda la armoniosa complejidad del universo: el curso de la creación, la predestinación de los elegidos, la encarnación de Cristo, la predefinición de todas las obras buenas, distribución de todas las gracias que ha de conceder permisión de los pecados, etc. Por lo tanto, la predestinación a la gracia y a la gloria es un acto de la libre misericordia de Dios. Con ese conocimiento de los futuros condicionados distribuye la gracia necesaria y suficiente a cada uno de los hombres, gracia que es *eficaz* en aquellos que cooperan con ella, y *mere sufficiens* en los que culpablemente no quieren cooperar. Aun siendo en ambos casos la gracia entitativamente la misma, puede decirse que en el primero es siempre mayor moralmente, *in ratione doni supernaturalis*, ya que Dios escogió precisamente para aquel individuo aquella gracia que previó sería eficaz en aquellas circunstancias y quiso su eficacia; tiene, pues, especial razón de gratuidad y beneficio.

Así conduce Dios infaliblemente las voluntades humanas hacia sus fines providenciales. Si se pregunta cómo influye la gracia, dejando a salvo la libertad humana, y cómo la voluntad libre pasa—bajo el influjo de la gracia—del *actus primus al actus secundus*, responde Molina que la voluntad se determina libremente a un acto cualquiera mediante un concurso divino *simultáneo*, que se dice *indiferente* porque no fuerza a la voluntad, concurso que alcanza a todo el acto libre, sin que haya en éste dos elementos físicamente discernibles, el uno de la criatura, el otro del Criador, «*totus quippe effectus et a Deo est, et a causis secundis; sed neque a Deo, neque a causis secundis, ut a tota causa, sed ut a parte causae, quae simul exigit concursum et influxum alterius*». Así se realiza la concordia anunciada en el título de su famoso libro. La teoría de la *ciencia media*, si no fué invención de Molina—cosa que todavía se discute—, él por lo menos la elaboró mejor que sus antecesores; quizás se la oyó al que fué primero su maestro y luego su colega, Pedro de Fonseca, S. I.; doctrina semejante había explicado años antes San Roberto Belarmino en Lovaina, y era corriente en la Compañía de Jesús desde sus orígenes; defendíanla principalmente los controversistas contra los protestantes, y tenía raíces muy hondas en la tradición y teología católica. Aunque lo esencial del sistema molinista fué adoptado generalmente por la Compañía de Jesús, no todos los jesuítas aceptaron todas las tesis del libro de Molina, y algunos teólogos, como Suárez, Belarmino y otros, lo corrigieron en puntos secundarios.

Sistema totalmente opuesto fué el ideado por Bañes para explicar los mismos hechos. Bañes, confesor y director espiritual de Santa Teresa muchos años, antes de publicar sus obras polémicas y teológicas, era catedrático afamado en Salamanca y había heredado de su maestro Melchor Cano, más que la doctrina, la pasión antijesuítica. «En él, como en Cano, quedaba al lado de sus grandes virtudes, algo de aquel recio carácter español que se mostraba en las disputas escolásticas, tanto más cuanto que Bañes parece hacer suyos los intereses de Dios, de la Iglesia y de Santo Tomás.» (F. Ehrle.) Su sistema es muy simple y de una lógica férrea. Dios ve todo el porvenir de las criaturas libres en sus de-

cretos eternos predeterminantes, que se realizan o aplican en el tiempo mediante la *predeterminación física*, moción o gracia *ex se efficax* que Dios imprime a la voluntad, determinándola a obrar no solamente en los actos buenos, sino aun en los inhonestos y pecaminosos, de tal suerte que donde no se da tal predeterminación repugna metafísicamente que la voluntad libre ponga un acto, y si se da, es igualmente imposible no ponerlo o ponerlo de modo diverso de como es predeterminado. Esa predeterminación es como el instrumento por el cual Dios omnipotente ejecuta en el tiempo de una manera infalible e irresistible sus decretos eternos. Según Bañes, no existe la autodeterminación de la voluntad, como quiere Molina; la gracia eficaz es tal por sí misma y *ab intrinseco*, independientemente del consentimiento humano, y, por tanto, es imposible que con el mismo auxilio de la gracia un hombre se convierta y otro no, porque esa gracia, o es eficaz o no lo es: en otros términos, o contine la predeterminación o no; en el primer caso, repugna metafísicamente que el hombre no obedezca a la gracia, y en el segundo, al contrario.

Entonces—preguntaban los molinistas—, ¿a qué se reduce la suficiencia de la gracia suficiente, que todos los teólogos tienen que admitir? ¿Y cómo es libre un consentimiento producido irresistiblemente por Dios mismo? ¿No es eso hacer a Dios autor del pecado? Decir que la predeterminación física mueve la voluntad a la sustancia del acto y también al modo (libre) del mismo, parece una escapatoria puramente verbal, como la distinción *in sensu composito et diviso*.

Los bañesianos, por su parte, acusan al sistema molinista de no dar todo lo que corresponde al dominio absoluto de Dios sobre sus criaturas. Ambas teorías tratan de aclarar en lo posible un hondísimo misterio, partiendo de dos ángulos opuestos.

Tales ideas y otras muchas en conexión con ellas se agitaron en la gran controversia *de auxiliis*, sobre los auxilios de la divina gracia.

Empieza la disputa en Salamanca

Saltó la primera chispa con ocasión de unas tesis defendidas públicamente en Salamanca por el entonces Hermano estudiante Prudencio de Montemayor, S. I. (1582), en las que incidentalmente refutó los decretos predeterminantes. Arguyó Bañes, allí presente. Salió en defensa del sustentante la egregia figura de Fray Luis de León, y enredóse entre todos una acalorada polémica, de las que eran tan frecuentes en las Universidades de aquel tiempo.

Seis años más tarde se reencendía la hoguera con el libro del P. Molina: *Concordia liberi arbitrii cum gratiae donis, divina praescientia, providentia, praedestinatione et reprobatione...*, estampado en Lisboa en 1588, tras riguroso examen y con la aprobación de los inquisidores portugueses y de un teólogo dominico, y expuesto a la venta en 1589. Los inquisidores de Castilla y los consejos reales de Castilla y Aragón diéronle también su visto bueno. Bañes, empero, reconociendo en la *Concordia* el más formidable ariete lanzado contra sus doctrinas, se esforzó inútilmente, en compañía de su incondicional partidario Francisco Zumel, de la Orden de la Merced, por conseguir que la Inquisición pusiese el libro en el Indice. Hasta las mujeres y hasta las monjas en sus locutorios disputaban sobre la gracia y el libre albedrío, acusando unos a Molina de pelagiano y otros a Bañes de calvinista. El 5 de marzo de 1594 defendió en acto público el jesuíta Antonio de Padilla las principales tesis de Molina, contra el cual arguyeron tumultuosamente algunos dominicos, promoviendo un verdadero escándalo, mientras desde los púlpitos de las iglesias tronaba Fray Alonso de Avendaño contra los herejes encubiertos y enemigos de Santo Tomás.

Acudieron a la Inquisición los de uno y otro partido, pero antes de que se diese solución en España al conflicto doctrinal entre las dos Ordenes religiosas, el Papa Clemente VIII avocó la causa a su Tribunal supremo, imponiendo el silencio entre tanto

que no se diera juicio decisivo. Transcurrieron tres años hasta que Su Santidad nombró una comisión encargada de dirimir la contienda (1597). ¡Y todavía no habían llegado los documentos del proceso! Estos llegaron al año siguiente en tres grandes cajas, que contenían los escritos de los jesuítas, los de los dominicos y los pareceres de las Universidades de Salamanca, Alcalá y Sigüenza, mamotretos que, según Bañes, no se podrían leer en menos de dos años. Pues he aquí que en dos meses largos la comisión romana había leído, estudiado y discutido todas aquellas dificilísimas cuestiones, presentando al Papa, como resultado, un dictamente condenatorio de 61 proposiciones del libro de Molina. ¡Admirable facilidad de trabajo, si no hubiera dado motivo entonces y ahora para acusar a sus autores de incompetencia y de parcialidad! Constaba la comisión de dos Cardenales, tres Obispos y cinco Doctores, ninguno de los cuales se ha inmortalizado por sus obras teológicas; sólo uno de ellos enseñaba a la sazón Teología, y ése era el carmelita Juan Antonio Bovio, constante defensor de Molina. Luego se añadieron y sustituyeron otros miembros. Secretario de la comisión era el agustino Gregorio Núñez Coronel, enemigo acérrimo de la Compañía, cuyas actas desautorizó después Inocencio X, como no merecedoras de crédito alguno. Clemente VIII, aunque personalmente poco favorable a Molina, no quiso ratificar este dictamen, juzgándolo precipitado, y, llamando al P. Aquaviva, General de los jesuítas, y al Padre Beccaria, General de los dominicos, les ordenó que para las conferencias teológicas se uniesen ambos con sus respectivos teólogos delante del Cardenal Madruzzo, Inquisidor general. Todo el año de 1599 se llenó con estas disputas, acaso las más fructuosas de toda la controversia, pues en ellas se aclararon las ideas y se delimitaron perfectamente los sistemas. De parte de los dominicos, fueron los principales teólogos Fray Diego Alvarez y Fray Rafael de Ripa, y de parte de los jesuítas, los Padres Pedro de Arrúbal y Cristóbal de los Cobos. Tuvo entonces lugar la ascensión al cardenalato del P. Roberto Belarmino, de quien dijo el Pontífice al nombrarle: «Elegimos a éste, porque la Iglesia de Dios no tienen otro igual en doctrina.» Y en seguida dispuso Su Santidad que tanto él como el Cardenal domi-

nico De Ascoli, asistiesen al Cardenal Madruzzo en la dirección de las conferencias. Desgraciadamente, éstas se interrumpieron con la muerte del anciano Cardenal Madruzzo en 1600; el mismo año fallecía en Madrid el P. Luis de Molina, a los sesenta y cinco años de edad.

Había nacido en Cuenca este virtuoso religioso, eminente filósofo, teólogo y jesuíta, de quien escribe el P. Andrade, su biógrafo, que «no fué como los que trasladan cartapacios ajenos y los venden por trabajos propios; porque siempre hiló de suyo, hallando salida a las más enmarañadas dificultades, y pasó a donde, hasta su tiempo, no la había».

Volvió a actuar la comisión romana, empeñándose en hacer disección del libro de Molina, como si él fuera el eje de toda la controversia, siendo así que los jesuítas no querían hacerse responsables de todas las proposiciones en él contenidas, y abogaban en cambio porque se ventilasen las diferencias de doctrina que existían entre las dos Ordenes. Ahora la comisión redujo a 20 el número de proposiciones condenables. El Papa, con todo, no veía claro y estaba indeciso, por más que los jesuítas españoles éranle cada día menos simpáticos, sobre todo desde que tuvieron la imprudencia de defender en Alcalá (1602) una tesis poco grata a Clemente VIII, el cual, por otra parte, pensaba, según escribió en un papel particular, que «los que defienden a Molina no son sino cuatro españoles, y sabe Dios de qué raza descienden». Determinó, pues, ilustrarse por sí mismo, y a este objeto mandó que los Generales, dominico y jesuíta, con sus respectivos teólogos, se reuniesen a disputar bajo la presidencia del mismo Papa y de varios Cardenales. Así se formaría él su opinión. San Roberto Belarmino se lo desaconsejó, «puesto que no era teólogo»; pero Clemente VIII persistió en su idea, apartó de Roma al santo y sabio Cardenal, hoy Doctor de la Iglesia, nombrándole Arzobispo de Capua, y el 20 de marzo de 1602 se tuvo la primera de aquellas *Congregationes de auxiliis*, tan ruidosas como poco fructuosas.

Nada menos que 68 fueron las reuniones (37 dedicadas a disputas y 31 a consultas), en las cuales, con método harto

largo y poco práctico, iban cotejando la *Concordia* de Molina con la doctrina de San Agustín (tan difícil de precisar aun hoy día), con la de los pelagianos y semipelagianos. Gregorio de Valencia, principal teólogo de parte de los jesuítas, reprochaba a sus adversarios que tenían falso concepto del pelagianismo y que daban por dogma de fe la predeterminación física, falso supuesto que les impedía apreciar justamente a Molina. Agobiado de trabajo, falleció el P. Valencia en 1603; sucedióle Pedro de Arrúbal, y habiendo éste enfermado aquel mismo año, ocupó su puesto Fernando de la Bastida. El principal impugnador de parte de los dominicos fué Fray Tomás de Lemos. «Vuestra Santidad no definirá nunca los decretos predeterminantes», había dicho Belarmino al Papa: éste, sin embargo, inclinábase a condenar a Molina. Dios lo impidió llamándolo a Sí el 3 de marzo de 1605. El año anterior había muerto Fray Domingo Bañes.

Tras el breve pontificado de León XI, que reinó veintisiete días, ciñó la tiara Paulo V, que de Cardenal había asistido a casi todas las Congregaciones *de auxiliis*. Lo primero que hizo fué ordenar, con gran placer de los jesuítas, que se discutiese la predeterminación física. Por fin, el Papa, queriendo zanjar brevemente la cuestión, después de consultar a personas autorizadas (entre otras, al Doctor de la Iglesia San Francisco de Sales, que, aunque molinista, le respondió no convenía definir nada), reunió en torno suyo a nueve Cardenales, entre los que descollaban San Roberto Belarmino y el gran controversista francés David du Perron, ambos censores despiadados de la teoría bañesiana, y ordenó en conclusión que los disputantes se volviesen a sus casas, añadiendo que el Papa daría a su tiempo la resolución conveniente, y que cada una de las partes podía seguir defendiendo su doctrina, con tal que todos se abstuviesen de calificar o censurar la opinión contraria. Tal fué el decreto que se dió en aquella última Congregación del 28 de agosto de 1607.

El Capítulo General de la Orden de Predicadores, en 1644, y la Congregación General de la Compañía de Jesús, en 1646, recomendaron a sus súbditos el fomento del mutuo amor y caridad entre las dos Ordenes religiosas.

La *Concordia* de Molina, tan rudamente combatida como acaso no lo ha sido jamás libro alguno, salía indemne de la prueba, con la innegable gloria de haber contribuído a que los teólogos católicos perfilasen los conceptos de gracia eficaz, gracia suficiente, libertad, predestinación, etc.

Expansión y crecimiento

No hay mejor índice para conocer la popularidad de que gozó en España la Compañía, que seguir el avance y multiplicación de sus domicilios, singularmente de sus Colegios, con las estadísticas de los alumnos que en ellos se educaban. Los jesuítas, que en las Universidades disputaban la palma a los dominicos, como preceptores de letras humanas no tenían rival. Era, por otra parte, bien conocida y admirada su abnegación en los hospitales contagiosos, su ostentación y esmero en las funciones litúrgicas, su celo en las misiones populares. Efecto de estas predicaciones solían ser las fundaciones de Colegios, pues apenas los misioneros se daban a conocer en una ciudad, despertábase allí el deseo de tenerlos habitualmente y de confiarles la educación de la juventud, y no tardaba en surgir un fundador, con frecuencia el Obispo, algún eclesiástico o una persona opulenta. Muy notable es el incremento de casas e individuos durante el generalato, tan tempestuoso, de Aquaviva. La provincia de Aragón vió levantarse los Colegios de *Calatayud* (1584), *Tarazona* (1591), *Gerona* (1590), *Urgel* (1599), *Lérida* (1605), *Perpiñán* (1603, residencia, y más tarde colegio). En Andalucía se fundaron los de *Ecija* (1590), *Cazorla* (1591), *Ubeda* (1592), *Fregenal* (1600), *Guadix* (1599), *Osuna* (1602), *Antequera* (1610), *Jaén* (residencia, que luego se transformó en colegio). A la provincia de Toledo pertenecen los de *Talavera* (1582) y *Toledo* (1583), fundados por el Cardenal Gaspar de Quiroga; *Almagro* (residencia 1601 y colegio 1611), *San Clemente* (provincia de Cuenca, 1613), *Almonacid* (1614) y el noviciado de *Madrid*, fundado en 1602 por la Marquesa de Camarasa, a quien también se debía la fundación de *Guadix*.

Castilla se acrecentó con los Colegios de *Pamplona* (1584), tras prolongada y ruda oposición de ciertos religiosos y autoridades;

Arévalo (1588), donde aún se conservaba fresco el recuerdo de Iñigo de Loyola; ; *Vergara*, a donde se trasladó en 1597 el Colegio de *Oñate; Monforte* (1593), que llegó a ser, como quería su fundador, el Cardenal don Rodrigo de Castro, «Seminario universal de la juventud gallega»; *Villafranca del Bierzo* (1601), *Bilbao* (1604), además de la pequeña residencia de *Azcoitia* (1600), y de otros muchos Colegios ofrecidos, pero no aceptados. Debemos añadir que, hacia 1590, por iniciativa del P. Parsons y protección de Felipe II, se erigió el Seminario Inglés de Valladolid, y en 1591 el de Sevilla para recibir jóvenes ingleses, que adquiriesen en España una educación sólidamente católica y volviesen, hechos sacerdotes, a evangelizar a su patria. La compañía española duplicó su número de individuos en el gobierno de Aquaviva, pues sabemos que en 1616 eran éstos (incluyendo los de América, que crecieron a un ritmo todavía más rápido) en total 3.199, repartidos en unos 130 domicilios. Castilla tenía 613 jesuítas; Andalucía, 600; Toledo, 570; Aragón, 390; Perú, 370; Méjico, 340; Paraguay, 116; Nuevo Reino de Granada, 100; Filipinas, 100.

Con el P. Vitelleschi las fundaciones son menos frecuentes, y aunque el número de casas aumenta, pero el de sujetos, después de acrecentarse en los primeros años, empieza a decrecer, lo cual no debe extrañar si se tiene en cuenta la desoladora guerra de secesión que afligió las regiones catalanas (1639-1652), y las graves pestes que se ensañaron particularmente en el mediodía de España, por efecto de las cuales la provincia bética sufrió una disminución de 220 sujetos. La Marquesa de Aitona, dueña de la *Santa Cueva de Manresa*, cedióla en 1616 a la Compañía, la cual puso en seguida allí una residencia y un colegio; en 1622 se fundó el Colegio de *Vich*, en 1635 el de *Segorbe*, y poco después el de *Alicante;* en *Mallorca*, tras dieciséis años de batallar, se consiguió un segundo colegio, que no se abrió hasta los tiempos del P. Carafa.

En 1617, el Duque de Lerma, descendiente de San Francisco de Borja, y célebre valido de Felipe III, ofreció a la Compañía la casa profesa de *Madrid*, para cuyo templo consiguió traer a Roma los restos del Santo Duque de Gandía. Abriéronse, además, en

la provincia de Toledo los Colegios de *Alcaraz* (1619), *Llerena* y *Guadalajara* (1631), *Badajoz* (1636); en Andalucía, los de *Carmona* (1620), *Utrera* (1625), *Morón* (1626). A imitación de los Seminarios ingleses ya nombrados, fundáronse otros dos Colegios irlandeses, el de *Sevilla* (1619) y el de *Salamanca* (1620), que fueron gobernados por la Compañía hasta la expulsión de ésta por Carlos III. Vencida la recia oposición que en la ciudad de *San Sebastián* levantaron algunos frailes, pudieron los jesuítas de Castilla establecer allí un Colegio en 1627.

El que existía en *Salamanca* se transformó por la regia magnificencia de doña Margarita de Austria, esposa de Felipe III, en un monumento de colosales proporciones. Merecen copiarse unas cláusulas del testamento en que aquella piadosa Reina declara los motivos de tan espléndida fundación: «Primeramente, mis padres tuvieron siempre grandísima devoción a la Compañía de Jesús, y me criaron en ella; mis abuelos fueron los primeros que la trajeron a Alemania, y por medio de ella y de los Colegios que le fundaron, la conservaron en la fe católica, como hoy, por gracia de Dios, se ve. Después, los bienes que yo, desde mi niñez de ella recibí en mi alma, son innumerables, y tales y tantos, que yo les estimo en más que no toda la grandeza de este mundo. También como todos saben el grande e increíble fruto que la Compañía por todo el mundo entre fieles, infieles y herejes, con todo género de hombres hace, juzgo por bienaventurado a quien Dios hace esta merced, de poder de su hacienda fundarle un colegio de ella y hacerse particionero de tantos bienes... Y todo esto hago puramente por amor de Dios, de mi alma y de la del Rey mi señor y de toda la Casa de Austria y de estos Reinos, creyendo por cierto que no puedo hacer cosa más acertada para este fin, pues en esta obra se encierran todos las demás obras de misericordia corporales y espirituales. Como que por una parte los mismos Padres en sus colegios hacen, y por otra las enseñan también a los demás por todo el mundo.» Muerta doña Margarita en 1611, Felipe III realizó sus planes, y en 1617 se puso la primera piedra, con inusitada solemnidad.

Prosperidad e influencia de los colegios

No basta contar el número de colegios para formarse concepto cabal de la acción pedagógica de la Compañía. Hay que indicar el florecimiento admirable de aquellos planteles dirigidos por humanistas y pedagogos insignes, como el P. Juan Bonifacio, Gaspar Sánchez, Pedro de Alvarado, Juan Luis de La Cerda y otros cuyos nombres van desempolvando los historiadores de nuestra cultura.

Como de esto hablaremos luego, recordaremos aquí tan sólo algunas estadísticas: El Colegio de Monterrey llegó a tener en 1588 unos 1.200 alumnos, que luego disminuyeron algún tanto; el de Sevilla, lo mismo que el de Córdoba, llegó al millar en 1590; el de Valladolid contaba 700 estudiantes de letras humanas en 1581; el de Toledo, 700 gramáticos en 1583, y un año antes sabemos que el de Madrid tenía 600 jóvenes, y los de Ocaña y Belmonte, 500 cada uno; el de Pamplona, en 1586, enseñaba Humanidades a 400 y primeras letras a 220 niños; tenía además una lección de casos de conciencia, a la que asistían numerosos sacerdotes; el número de estudiantes del Colegio de Monforte, al año de su fundación, ascendía a 600, y el de Calatayud oscilaba, a fines del siglo XVI, entre 400 y 500. No se limitaba a las lecciones la labor ordinaria de los colegios, sino que su radio de acción se extendía a la organización de diversas secciones catequísticas en la ciudad, a las visitas de cárceles y hospitales, a la predicación en los días de fiesta y aun a las misiones rurales, aprovechando las vacaciones, si bien este ministerio era más propio de las residencias y casas profesas. La Compañía fomentó siempre la frecuencia de sacramentos; en los colegios se valió principalmente de las *Congregaciones marianas*, que celebraban mensualmente sus comuniones generales. En la casa profesa de Toledo (1594) muchos comulgaban diariamente, y en la iglesia de Sevilla llegaban a 1.000 los que comulgaban todas las semanas. Lo mismo en Méico, Perú y Filipinas. Y no se formaron tan sólo congregaciones de jóvenes estudiantes, sino también de caballeros,

sacerdotes, menestrales y aun de mujeres, por más que las asociones femeninas no eran gratas al P. Vitelleschi, qnien, en varias ocasiones, mandó suprimirlas. En el Colegio de Zaragoza funcionaban en 1599 cuatro congregaciones: una de personas nobles, otra de obreros, la tercera de estudiantes mayores, teólogos y filósofos, y la cuarta de retóricos y gramáticos. Además de catecismos y visitas de hospitales, solían tener en Cuaresma ejercicios de penitencia, a los que se agregaba mucha gente del pueblo con ásperas disciplinas.

Eco de la opinión que el pueblo español tenía de los colegios de la Compañía es el magnífico encomio que de ellos hace Cervantes en el *Coloquio de los perros*, cuando pondera «el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos Padres y maestros enseñaban a aquellos niños, enderezando los tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban». «Para guiadores y adalides del camino del cielo—añade el gran novelista, refiriéndose a los jesuítas—pocos les llegan. Son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia y, finalmente, la humildad profunda.» No menos encomiásticamente se expresaba uno de los más geniales escritores del siglo XVII, don Francisco de Quevedo: «Compañía de Jesús, cuya reverencia y respeto creció conmigo desde los primeros años; a quien debo, desde la gramática, los estudios, y pudiera deber mucha virtud y grandes progresos, si a sus diligencias no se hubiera opuesto mi incapacidad y distraimientos... V. P. (P. Pineda) está en la Compañía, y la Compañía está en mí y en mi corazón.»

Observancia regular

No se puede negar que en este período hubo defectos notables de religiosos que perdieron el espíritu y salieron de la Compañía, como el célebre teólogo Fernando de la Bastida y como un grupo de nueve estudiantes en Murcia y otro de doce en Alcalá, que, por sus faltas graves, merecieron la inmediata expulsión en 1634;

pero casos de éstos no son privativos de ninguna época. Lo peculiar del período que reseñamos fué la peste de intrigantes y descontentos, en total unos treinta, que escandalizaron a los buenos y dieron quehacer a los superiores por su mal encubierta ambición y voluntad de reformar el Instituto. Como gozaban del patrocinio de la Inquisición y del Rey, les fué fácil coartar la libertad de los superiores para que no procediesen enérgicamente contra ellos y contra otros abusos que se fueron introduciendo, singularmente en materia de pobreza. Ciertos Padres cortesanos, confesores de grandes personajes, y predicadores de más fama que valor y mérito, como Jerónimo Florencia, predicador de la corte muy alabado por sus coetáneos, cayeron en verdaderas ridiculeces, exigiendo que en el servicio de su aposento y de la mesa, en el viajar, etc., se les tratase como a grandes señores. Otros, en cambio, por la extrema pobreza de algunos colegios, buscaban fuera de casa, en amigos o parientes, lo necesario para su vida, viniendo así a incurrir en el mismo confort y lujo que los precedentes, con doble falta de pobreza.

Semejantes a este defecto fué el de *meterse en arbitrios* políticos y económicos y el de constituirse en testamentarios y procuradores de personajes extraños, contra lo que manda la Regla. El caso más resonante fué el del P. Fernando de Salazar, a cuyos consejos se atribuían todas las pragmáticas reales que se daban en el orden económico. Aunque gozaba del valimiento de Felipe IV y del Conde-Duque de Olivares, se empeñó el P. Vitelleschi en hacerle entrar por los caminos de la humildad religiosa, oponiéndose con todas sus fuerzas a que le hicieran Obispo de Málaga, y después Arzobispo de Charcas, como quería el Rey. Tuvo al fin que permitir que viviera en la corte, con plena independencia de la Compañía, dándose título de Arzobispo electo, aunque nunca fué preconizado, y viviendo de crecidas rentas que, a nombre de su hermano, le pasaba el Estado.

Esta decadencia espiritual afectó a unos cuantos particulares, y no puede decirse que la relajación entrase en la Compañía, porque la inmensa mayoría cumplía fielmente los consejos evangéli-

cos, y porque los superiores se apresuraron a corregir los defectos imponiendo severas penitencias a los culpables.

Que la Compañía española se mantuvo poco más o menos a idéntico nivel que la de otras naciones en aquella época, lo patentizan sobre todo los excelentes superiores que estuvieron entonces al frente de todas las provincias, entre los que sobresalen el *Padre Gil González Dávila* († 1596), ferviente propulsor de los estudios y de la genuina espiritualidad ignaciana; el *P. García de Alarcón*, muy parecido al anterior por la suave firmeza de su gobierno; el *Padre Luis de la Palma*, espejo de todos sus súbditos por la humildad, fervor de espíritu y laboriosidad, a la vez que sobresaliente expositor de la ascética de los Ejercicios; el *P. Francisco Aguado*, dos veces Provincial, confesor durante catorce años del Conde-Duque de Olivares y tan estimado por sus sermones y libros ascéticos como por sus virtudes. Dechados de la más alta perfección religiosa se mostraron los conocidos escritores *Alonso Rodríguez* y *Luis de la Puente*. Los *Padres Antonio de Padilla*, Catedrático de Teología, y *Rodrigo Niño de Guzmán*, Provincial de Toledo, dieron ejemplo de abnegación y desprecio del mundo, renunciando a las dignidades y honores que podían esperar de su nobilísimo linaje y viviendo entre sus hermanos con austeridad y humildad religiosa.

Algunos de los más eminentes teólogos, como *Francisco Suárez*, *Diego Ruiz de Montoya*, *Gaspar Sánchez*, *Diego de Granados*, distinguiéronse igualmente por su virtud como por su saber. Fecundísima labor realizó el *P. Jerónimo López* († 1658), avivando la fe y mejorando las costumbres del pueblo español durante cuarenta años de infatigable misionar en no menos de 1.300 poblaciones de Aragón, Cataluña, todo Levante y aun Castilla. Por su predicación impresionante y por la austeridad heroica de su vida, pasa por uno de los más insignes misioneros rurales. Y nada hemos dicho aún del santo Hermano *Alonso Rodríguez*, de Segovia, prodigio de humildad, mortificación y contemplación altísima, que perfumaba con sus ocultos heroísmos el Colegio de Mallorca, mientras su discípulo en el espíritu *San Pedro Claver*, se embarcaba con rumbo a las Indias, donde se ganaría el título de «Apóstol de los negros y esclavo de los esclavos».

Las intrigas de los descontentos, de que ya hemos hablado, han dado motivo para que algunos pensasen que el Rey Felipe II era poco afecto a la Compañía, lo cual no responde a la realidad, pues si bien proporcionó en ocasiones a los jesuítas graves molestias, en el fondo de su corazón los veneraba, según aparece en muchos testimonios, y particularmente en este del P. Torres, Provincial de Toledo, a raíz de una conversación con el monarca en junio de 1593:

«Dijo tenía Su Majestad grande estima y afición a esta santa religión, y que, sin lisonja, la tenía por *la religión que el día de hoy sirve más a Nuestro Señor y hace más fruto y provecho en la Iglesia de Dios*, de cuantas hay en ella, y que está muy satisfecho de sus personas y de su Instituto, y en señal de la afición y estima que Su Majestad tenía de la Compañía», etc.

Triunfos y contradicciones

Los ideales católicos de aquella época, su espíritu y su cultura tal vez no hallaron en ninguna otra corporación expresión tan exacta como en la Compañía de Jesús. En España, lo mismo que en toda la cristiandad. El pueblo español manifestaba su adhesión y entusiasmo por los jesuítas en todas las fiestas que éstos celebraban, fuesen religiosas o literarias; así aconteció en 1622, cuando la canonización de San Ignacio de Loyola y de San Francisco Javier. Aquellos festejos pudieron parecer excesivos, pues no se redujeron a solemnísimas funciones religiosas, sino que enormes multitudes atestaban teatros y plazas o se formaban en procesiones y cabalgatas para aplaudir las glorias y triunfos de la Compañía de Jesús. Al frente del pueblo iban las autoridades civiles, y, entre tanto, los más celebrados poetas porfiaban en ensalzar a los nuevos santos con sonetos y romances.

Pero los triunfos fácilmente despiertan rivalidades. En 1623, Felipe IV y el Conde-Duque de Olivares ofrecieron al P. Vitelleschi la fundación en Madrid de unos Estudios generales, especie de Universidad bien dotada. Puso Vitelleschi algunos reparos, y por fin aceptó. Aquellos estudios generales tendrían, según el proyecto

de 1625, no menos de 23 cátedras, a saber: de Latín, Retórica, Griego, Hebreo, Caldeo y Siríaco, Ciencias Históricas y sus auxiliares, Matemáticas, Crítica y Arqueología clásica, Filosofía, Ciencias Políticas y Económicas, Historia Natural, Teología moral, Sagrada Escritura, etc. Era de prever la emulación y el recelo de las Universidades. La de Alcalá, ciertamente, por la proximidad, había de perder bastantes alumnos. Es de notar que mientras la Compañía consagró su enseñanza casi exclusivamente a la Gramática y a las Humanidades, los profesores universitarios mostraron mucho amor y aun gratitud a los jesuítas, que les enviaban discípulos admirablemente preparados; mas luego que abrieron cátedras de Filosofía y Teología, se volvieron recelosos y enemigos, máxime los de Salamanca, donde tenían mucha mano los dominicos. Al saberse en 1626 el plan del Rey sobre los Estudios generales de Madrid, la Universidad de Alcalá, aunque bastante afecta a la Compañía, no podía menos de protestar, y, en efecto, alzó su voz, reforzada por la de Salamanca, diciendo que quedarían hechas páramos si se verificaba el intento.

Avivóse la enemistad de Salamanca con la presencia de Cornelio Jansenio, en quien nadie adivinaba al padre del Jansenismo, que en 1627 vino a España con una comisión de la Universidad de Lovaina, para coligar a las principales Universidades en el empeño de detener el progreso de las jesuítas, los cuales en toda Europa, según él decía, iban haciendo sombra y arruinando a las Universidades.

Era tal el prestigio de la Compañía, que, como dice el memorial que Salamanca dirigió al Rey, con hipérbole mezclada de ironía, «temen, Señor, y justamente recelan, el Reino y las Universidades, que como esta sagrada religión y sus santos hijos tienen en sí tan vinculada la santidad y sabiduría y el justo crédito en toda la Cristiandad, también tendrán por suyo el poder y suma fortuna». «Si los Reyes de España han de tener mercedes y gracias cada día a esta sagrada religión, no tienen harto en toda su monarquía, porque como cada día crecen sus grandes servicios hechos a la república y a la Iglesia, si al paso de sus méritos ha de ser la paga, ni Vuestra Majestad, ni la república, ni la Igle-

sia no tendrán tesoros que basten a tantos méritos y a tantos servicios. Póngase, pues, Señor, límite a tantas peticiones.» Realmente era cosa de pensarse.

El monarca parece que lo pensó, y, pasando por encima de todas las oposiciones, fundó los Estudios generales, que se abrieron en febrero en 1629, celebrándose la inauguración con un drama presenciado por Felipe IV y por toda la corte, tan aplaudido del público—Lope de Vega se hallaba entonces en su cenit y acaso asistió a la representación—, que fué menester repetirlo seis veces para satisfacer a los deseos de la concurrencia. El P. Carlos Della Faille gran matemático y cosmógrafo, preceptor del segundo don Juan de Austria, en cuyos ejércitos trabajó de capellán, vino de Lovaina a explicar Matemáticas; al italiano Pedro Camassa se le encomendó una cátedra de ingeniería, sobre todo en sus aplicaciones militares; el P. Dionisio Petavio, teólogo y humanista de los más afamados de Europa, fué solicitado por Felipe IV para enseñar la Teología positiva, pero su flaca salud le impidió acceder; nuestro Eusebio Nieremberg se encargó de la cátedra de Erudición y de Historia natural. «Hubiera sido un gran bien para España—así piensa Astrain—que este impulso (hacia las Ciencias positivas) hubiese continuado en la misma dirección, llegando a despertar en nuestros abuelos el deseo de la atenta observación de la Naturaleza. De este modo hubieran entrado los españoles en la carrera de las ciencias experimentales modernas, que entonces daban los primeros pasos en Europa. Pero, por desgracia, este conato de los jesuítas no tuvo el resultado apetecido. Los esfuerzos de nuestros Padres se estrellaron contra la rutina y la indiferencia del público español. Continuaron las cosas como antes en materia de estudios y en el objeto a que ellos se dirigían. Los escolásticos siguieron disputando eternamente sobre sutilezas medievales, los legistas continuaron atiborrándose la cabeza con farragosa erudición, los poetas y literatos seguían alambicando conceptos, y a todo esto los Estudios Reales de Madrid, que al principio se creyeron el teatro más ilustre en que campeasen nuestros ingenios, empezaron a languidecer lastimosamente.»

La Universidad de Salamanca, viendo fallidos sus intentos, no

dió paz a las armas contra la Compañía. Lo que hizo fué cambiar de frente. Comprometióse, por juramento, aquel claustro universitario a defender siempre las doctrinas de San Agustín y de Santo Tomás, tolerando las de Escoto y Durando, y excluyendo las demás; por tanto, las jesuíticas (1627). Más aún: quiso, con ayuda de dominicos y agustinos, introducir en los estatutos la ley de que todos los graduados hiciesen en adelante el mismo juramento; designio inspirado más por la pasión que por el amor a la verdad, que no fué aprobado por el Consejo real ni por el Papa Urbano VIII.

Aparte de estas pequeñas tribulaciones, no hubo otras, durante el pacífico gobierno de Vitelleschi, que la propaganda antijesuítica de las obras del alemán Gaspar Schoppe, traducidas por el doctor salmantino Roales y divulgadas por el expulso Juan del Espino, que difundió también el *Monita secreta*, fuente de mil calumniosas campañas.

Por todo esto se ve claramente que la Compañía estaba protegida por las autoridades civiles, estimada generalmente de los obispos, amada del pueblo y de la clase media, que llenaba sus templos y colegios, y admirada de los mejores representantes del alma popular española: de Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Calderón, etc., etc. Pero tenía en contra de sí a las Universidades y a algunas Ordenes religiosas. El día en que le falte el favor real, por zancadillas de ministros volterianos; el día en que muchos obispos se contagien de regalismo jansenista o simplemente de servilismo, y en que las plumas españolas se pongan al servicio del enciclopedismo francés, se comprende que los adversarios de la Compañía cobrarán nuevos bríos y más poderosas influencias, hasta obtener un decreto que, desoyendo el clamor popular, arranque a la juventud estudiosa sus maestros y a los indios sus queridos misioneros.

Portugal (1518-1645)

Al extinguirse con el Cardenal Enrique, en 1580, la dinastía de Borgoña, pasó el cetro a manos de Felipe II de España, y desde esa fecha hasta 1640 Portugal, con todas sus colonias, quedó

incorporado al gran imperio español. Los jesuítas, por lo general, exceptuando algún que otro predicador de encendido nacionalismo, se sometieron de buen grado al Rey católico. Así lo testifica uno de los portugueses más respetables y autorizados por su ciencia y su prudencia, el *P. Pedro Fonseca*, en un memorial de 1588: «Acuérdese—dice al Rey—cuán leal y de veras dedicada al servicio de Su Majestad fué y es aquella provincia en el negocio de la sucesión del reino, y que habiendo tantos religiosos de otras religiones contrarios a su servicio, la Compañía siempre estuvo entera en los oficios que a Vuestra Majestad debía, como todo el mundo sabe, y que particularmente los que estaban en la Isla Tercera fueron por el servicio de Vuestra Majestad, saqueados y tapiados, negándoseles todo subsidio humano, si no era lo que algunos pocos devotos arrojaban por encima de las paredes, por lo cual en aquella isla fueron llamados mártires de Vuestra Majestad.»»

En Portugal pasó la Compañía por las mismas vicisitudes que en España. En 1610 contaba la provincia lusitana 686 sujetos en 17 casas, sin contar el gran número de operarios que cada año mandaba a las provincias misioneras del Brasil y las Indias orientales, todas las cuales juntas tenían mayor número de sujetos que la provincia madre. Gloria de Portugal fué siempre este espíritu apostólico, con que sostenía la evangelización de dos mundos. Del puerto de Lisboa salieron en 1628 no menos de 35 jesuítas para la India, y en ocasiones partían expediciones aún más numerosas. Del florecimiento de los Colegios hablan claro los siguientes datos: el de Lisboa llegó a tener, en 1588, cerca de 2.000 alumnos; el de Evora, verdadera Universidad, 1.400 en 1585, y a fil del siglo contaba Coimbra tantos como Lisboa. En aquel famoso Colegio conimbricense, que ilustraron después de Fonseca tantos filósofos y escrituristas de un humanismo más refinado quizá que el de sus hermanos españoles, reinaba el fervor religioso, como lo desmuestran las 124 vocaciones a diferentes Ordenes religiosas que de allí salieron en el año de 1592.

Ya dijimos cómo en tiempo de Aquaviva hubo algunos revoltosos portugueses que hicieron causa común con los memorialistas

de la corte de España. Con la expulsión de siete de ellos logró el P. Fonseca pacificar la provincia. Fomentábase la piedad del pueblo con toda clase de ministerios espirituales. En 1609, durante el triduo de Carnaval, introdújose la costumbre del ejercicio de las cuarenta horas, que en otras partes promovían los jesuítas con mucho fruto y aumento de devoción al Santísimo Sacramento. La mejor actividad de su celo se desplegó en las muchas y fructuosísimas misiones que dieron por varias regiones de Portugal, señalándose el *P. Sebastián Barradas* († 1615) por su elocuencia y sus virtudes. Además del P. Barradas, que dejó la cátedra de Sagrada Escritura en Coimbra y Evora, para predicar la palabra de Dios al pueblo, florecieron otros varones ilustres, de los que mencionaremos ahora al *P. Diego Monteiro* († 1634), insigne maestro de novicios, Rector y Provincial y religioso de alta perfección.

Desde 1635 empezó a fraguarse en Portugal la revolución que traería la independencia, en vista de lo cual dió órdenes el Provincial de mantenerse todos alejados de cualquier asunto político; esto no obstante, cuando en 1637 estalló en Evora una sedición contra el Rey de España, participaron en ella algunos del Colegio de la Compañía. Cuando, por fin, sobrevino en 1640 la guerra y la emancipación, los jesuítas, partidarios, como es obvio, de la indepedencia nacional, se mantuvieron en una expectante reserva, que no disgustó al nuevo Rey Juan IV de Braganza, pues en seguida llamóles a su corte y dispensóles toda suerte de favores.

El gran *Antonio Vieira*, recién venido del Brasil, predica en 1642 ante el monarca, el cual se sirve de él durante casi diez años en negocios de estado y misiones diplomáticas, hasta que el brillante predicador oye la voz de Dios que le llama a evangelizar pueblos salvajes y se embarca en 1652 para el Brasil. El resto de su vida, múltiple y fecunda, entra de lleno en la historia del período siguiente.

Alemania (1581-1645)

Período es éste para el catolicismo alemán de reacción conquistadora contra las sectas protestantes, de espléndida expansión

y de violento dramatismo, de victorias y triunfos ensombrecidos al fin por los nubarrones de una guerra de treinta años, fatal para la causa católica. Los principales campeones de esta lucha espiritual, de esta pujante vitalidad religiosa y exuberante cultura, que impropiamente se ha llamado *contrarreforma*, fueron indudablemente los jesuítas. Ya San Ignacio, Javo, Nadal, Canisio, comprendieron que en la educación de la juventud debía ponerse el fundamento más sólido de la recatolización de Alemania.

Unos veinte Colegios existían al empezar el gobierno de Aquaviva (1581); los operarios disponibles eran pocos, pues contando novicios, estudiantes y coadjutores, no pasaban de 700 para todo el Imperio; al subir su sucesor (1615), los Colegios se habían más que duplicado y los jesuítas eran 1.700 en números redondos. En esta progresión siguieron en años sucesivos: al dividirse la provincia renana en 1626 quedó el Bajo Rhin con 406 sujetos, 10 colegios, 5 residencias y 8 puestos de misión; y el Alto Rhin con 434 sujetos, 12 colegios, 5 residencias y 4 puestos de misión; la Germania superior contaba ese mismo año 820, con 20 colegios, 7 residencias y 10 puestos de misión, y la provincia de Austria, en 1638, unos 775 individuos; la de Bohemia, con régimen independiente desde 1623, tenía en 1636 nada menos que 624, de ellos 211 sacerdotes con 16 colegios.

Bajo la protección de los Habsburgos y de los Wittelsbach, la Compañía de Jesús multiplica sus centros de enseñanza lo mismo en Austria y Baviera que en Bohemia, Silesia, Croacia, Alsacia y Suiza; por todo el Imperio levanta sus baluartes de cultura católica desde el Báltico al Adriático y desde los Vosgos a los Cárpatos, penetrando sin miedo hasta en ciudades enteramente protestantes, como Augsburgo, Hildesheim, Worms, Erfurt, etc., y logrando que algunas de ellas, como Paderborn y Münster, vuelvan a la Iglesia casi en su totalidad. Empezaban a surgir obispos dignos y celosos, que, deseando predicadores sabios y discretos, llamaban a los jesuítas para que esparciesen la buena doctrina sin exasperar a los protestantes; así lo hacían, predicando el genuino evangelio y disipando prejuicios, con lo que muchísimos volvían al redil de la Iglesia, y no tardaban en pedir un Colegio, al que

asistían incluso los hijos de los herejes. El de Augsburgo se inauguró en 1582, fundado económicamente por un heredero de los famosos Fugger. Había no pocos colegios que alcanzaron categoría de Universidad, como *Dilinga, Paderborn, Fulda, Wurburgo, Molsheim, Graz;* otros, como los de *Ingolstadt, Viena, Praga*, se incorporaron a la Universidad, la cual quedó, al menos en parte, bajo la dirección de la Compañía. «Bajo el impulso de los jesuítas—escribe Ranke—la Universidad de Ingolstadt llegó muy presto a ser para el Catolicismo lo que la de Wittemberg y Ginebra habían sido para el protestantismo. No menor actividad desplegaban en la dirección de escuelas de latinidad... En esto hicieron milagros. Era notorio que la juventud aprendía en seis meses con los jesuítas más que en dos años con otros maestros.»

Los colegios de *Viena* y *Colonia* tenían a fin de siglo alrededor de 1.000 alumnos; el de *Praga*, 700, de los cuales 100 eran filósofos; el de *Munich*, magníficamente reconstruído, con su flamante iglesia de San Miguel, por Guillermo V de Baviera, contaba 900 en 1597, y alcanzó su máximo de 1.464 en el año 1631; uno de los más frecuentados era el de Münster, con sus 1.300 alumnos en 1616. Adherido al Colegio de *Dilinga* había un pensionado de unos 100 religiosos de diversas Ordenes, venidos de Austria, Suiza, Alsacia, etcétera, bajo un Padre espiritual que atendía a su formación religiosa. El Colegio-Seminario de Eichstatt florecía desde 1619. Discípulos de los jesuítas fueron los Emperadores Fernando II, Fernando III, el Príncipe Maximiliano I de Baviera, con sus hermanos; el gran Tilly, tan insigne por su solidísima piedad como por sus geniales dotes militares; el General Piccolomini, caudillo de las tropas imperiales y españolas, y otros muchos personajes, que solían ser los primeros en alistarse en las Congregaciones marianas. De la solemnidad con que los colegios celebraban los actos públicos, apuntaremos algo al hablar del teatro jesuítico. La composición de los dramas, de forma clásica, corría generalmente a cargo de los profesores de Retórica; algunos de éstos eran grandes humanistas, como, en Augsburgo, el célebre *Jacobo Pontamo* († 1626), y en Freiburg e Ingolstadt, el gran polígrafo *Jacobo Gretser* († 1625).

Congregaciones y otros ministerios

Nadie tan benemérito de las Congregaciones como el Venerable *P. Jacobo Rhem* († 1618), recibido en la Compañía por San Francisco de Borja en Roma. Al volver a su patria se propuso fomentar las Congregaciones introducidas desde 1576 por el insigne malinense P. Francisco Coster, y que no tardaron en arraigar en Wurzburgo y en Ingolstadt, cuya Congregación dirigió con gran fervor durante treinta años. El hijo del Duque Guillermo V de Baviera, el futuro Elector Maximiliano, fué nombrado en 1584 presidente de todas las Congregaciones de Alemania. En Colonia florecía a fines de este período la de soldados; la de jóvenes tenía 300 miembros y la de varones 500. En Alemania, como en Francia, los jesuítas de esta época influyeron mucho en la corte como confesores de los monarcas. Munich, Viena y otras ciudades se reformaron moralmente y dieron el tono por su devota religiosidad, gracias a los confesores reales, como *Martín Becano*, conocido teólogo († 1624) y *Guillermo Lamormaini* († 1648). Como predicador de Ernesto de Austria y del Archiduque Matías distinguióse el *P. Jorge Scherer*, que, después de enseñar Gramática, Hebreo y Filosofía, fué misionero durante cuarenta años, y murió en Linz en 1608, de donde fué el primer Superior. Mayor es la fama del *P. Jeremías Drexel* († 1638), predicador en la corte de Munich, aunque la posteridad le recuerda principalmente por sus libros ascéticos. Otros ministerios muy frecuentados eran los catecismos y las misiones. La casa de Colonia tenía organizadas doce catequesis en diversas partes de la ciudad, para lo cual eran instrumentos muy aptos los jóvenes congregantes. Misiones muy fructuosas se predicaron en la diócesis de Wurzburgo, Fulda y en toda Suiza y Alsacia. Las guerras de religión dieron mucho que sufrir a la Compañía, que se vió a veces expulsada, como lo fué de Bohemia, Moravia y Silesia en 1618-1619. Volvió pronto a estas regiones con el ejército de la Liga, en el que iban de capellanes militares 18 jesuítas, y trabajó como nadie en la recato-

lización de aquellos países, particularmente de Bohemia, donde en 1625 logró la conversión de 11.000 herejes.

Entre los muchos jesuítas ilustres de aquella época, merece una mención especial el *P. Federico Spee*, hombre extraordinario, tan admirable por su talento como por su gran corazón y hermoso carácter, profesor de Filosofía, y de Teología moral en Paderborn, Colonia y Tréveris, predicador de abnegado celo, notable escritor ascético y además músico y uno de los mayores poetas líricos del barroco alemán. Se inmortalizó sobre todo con su libro *Cautio criminalis*, protestando de las injusticias que se cometían en los procesos contra las brujas. El fantasma de las hechicerías obsesionaba entonces las cabezas más claras y mejor asentadas, lo mismo de los católicos que de los protestantes, en todos los países del Norte. La Inquisición española no puede compararse con aquellos tribunales de Alemania, Inglaterra, etc., que condenaban a la hoguera a millares de personas, en su mayoría inocentes, acusadas supersticiosamente por el pueblo de que con sus misteriosos maleficios causaban daño a las cosechas o al ganado. Si el Padre *Martín del Río* pudo favorecer estas supersticiones con la publicación de su eruditísimo libro *Disquisitionum magicarum libri sex* (Lovaina, 1599), otros jesuítas, como el *P. Adam Tanner* y el *P. Pablo Laymann*, se expresaron bastante claro contra la bárbara costumbre de quemar a tales personas; pero quien se atrevió a reprobar abiertamente y denunciar las gravísimas injusticias que se cometían fué el P. Spee en su libro dirigido a los príncipes y a los confesores. Murió en 1635 asistiendo a los soldados en una epidemia.

Entre los Superiores que gobernaron sabiamente aquellas provincias, sobresalen, después de San Pedro Canisio, los *Padres Maggio* y *Hoffeo*. El veneciano P. Maggio, que desempeñó también en Francia papel importantísimo, tuvo en Alemania mucha entrada con los príncipes, poniendo siempre de relieve sus grandes dotes de gobierno. Refiriéndose al P. Hoffeo, decía el Duque Alberto de Baviera: «*Pedro* Canisio y *Pablo* Hoffeo, ellos, Señor, nos enseñaron tu ley.» Había sido recibido por San Ignacio en Roma el año 1555; después de doctorarse en Teología por Bolo-

nia, sucedió al P. Victoria en los estudios de Viena, de donde pasó a Ingolstadt; fué Provincial de Germania Superior, y tras diez años de Asistente en Roma visitó la provincia de Germania Superior y del Rhin. Falleció en 1608, a los ochenta y cinco años. Hasta Hungría llegó la evangelización de muchos jesuítas alemanes. Allí surge de pronto la dominadora figura de *Pedro Pazmany*, Arzobispo de Gran, Primado de Hungría († 1637). Había sido miembro de la Compañía de Jesús, discípulo de Belarmino en Roma, profesor de Filosofía y Teología en el Colegio de Graz, ilustre predicador y escritor. Elevado a las más altas dignidades eclesiásticas, se valió de los jesuítas para la restauración católica de su patria, encomendándoles la enseñanza de la juventud en Colegios como Pressburgo y la Universidad de Tyrnau. Llamó a su lado al canónigo *Marcos Crisino*, congregante y discípulo de los jesuítas, para que le ayudase en la administración de la diócesis, y hallándose este celoso sacerdote en la ciudad de Cassovia con dos predicadores jesuítas, el alemán *Melchor Grodecz* y el húngaro *Esteban Pongracz*, cayeron los tres en manos de los herejes y obtuvieron un cruelísimo martirio (1619), que la Iglesia ha glorificado.

La guerra de Treinta Años

Cuando el Catolicismo avanzaba por las regiones del Imperio a velas desplegadas y eran más risueñas las esperanzas de que todo el pueblo alemán se unificase tornando al redil de la Iglesia bajo el cetro de los Habsburgos, estalla la sublevación de los príncipes protestantes en 1618 con la famosa defenestración de Praga. Unidos los rebeldes con Dinamarca, Suecia y Francia, logran por fin, no obstante las tremendas derrotas que les infligen los gloriosos capitanes Maximiliano de Baviera, Tilly y Wallenstein, la paz de Westfalia, que sella la preponderancia protestante en Europa y deja a las fuerzas católicas exangües y maltrechas. El moderno historiador de los jesuítas alemanes, P. Bernardo Duhr, sintetiza así los sufrimientos de los hijos de San Ignacio en aquella era de devastaciones y saqueos: «No hicieron alto todos aque-

llos horrores ante el umbral de los jesuítas; los enemigos, entrando a sangre y fuego, precipitáronse sobre los Colegios, y hubo muchos jesuítas que ensangrentaron la tierra bajo las espadas. ¡De cuántas penalidades habla la historia de este período, penalidades en la escuela y en la iglesia, en los palacios de los grandes y en las cabañas de los pobres; de cuántos sacrificios, hasta la entrega gozosa de la propia vida, en los hospitales de los apestados y en el salvaje tumulto de la guerra! Grande y heroica es la actividad jesuítica en este período. La peste, el hambre y la guerra hacen horribles estragos; embrutecidos y rapaces lansquenetes saquean y empuercan los Colegios; muchos jesuítas, a veces la mitad o más, sucumben a la peste y la guerra; los pocos restantes prosiguen con el mismo ánimo la obra de atender a los enfermos y pobres, de limpiar las habitaciones y escuelas asoladas y sucias, y apenas la campana escolar da la señal, vuelven a comenzar la enseñanza entre el horror de la guerra, y mientras en el contorno los incendios arrojan todavía sus llamaradas al cielo.» El Palatinado fué, acaso, la región que más tuvo que sufrir de la soldadesca, y eran los ejércitos suecos los que se distinguían por su barbarie, por más que el mismo Gustavo Adolfo mostrase alguna vez admiración hacia los jesuítas. Unos veinticuatro de éstos murieron a mano de los soldados herejes; otros muchísimos sufrieron cárceles y torturas. La provincia del Alto Rhin tuvo que abandonar algún tiempo sus doce Colegios, y de los 457 sujetos que le corespondían en 1633, sólo 157 estaban dentro de la provincia, los demás se habían visto obligados a refugiarse en el exterior.

Polonia (1581-1645)

A fines del siglo XVI era Polonia un vasto y poderoso reino que se extendía desde el mar Báltico hasta el mar Negro. Con su Rey Esteban Báthory (1576-1586), gran favorecedor de los jesuítas, acrecentó su poderío, conquistando a Dantzig y anexionándose a Livonia tras una campaña victoriosa contra los moscovitas. Vencido Iván IV de Rusia, pidió la mediación del Romano Pontífice,

el cual envió de Embajador al P. Possevino. Recibiéronle en Moscú con solemne pompa y arregló hábilmente los sucesos, aunque hubo momento en que el bárbaro Iván IV amenazó al jesuíta con el mismo cetro de acerada punta, con el que había matado a su propio hijo. Possevino se portó con la mayor sangre fría, pero trabajó inútilmente por promover la religión católica en aquella corte.

Igual simpatía que Báthory mostró a la Compañía Segismundo III (1587-1632), dirigido desde su juventud por Padres jesuítas, a quienes se ha achacado, sin fundamento, los desaciertos de aquél, si desaciertos fueron los de su política excesivamente belicosa, pero cargada de triunfos, con que venció a los rusos, ensanchó las fronteras y adquirió por herencia la corona de Suecia. Monarca representativo de la contrarreforma, se alió con el Emperador, reprimió las herejías, tomó por consejeros a los hijos de San Ignacio y se constituyó en campeón del Catolicismo. Su hijo Ladislao IV (1632-1648) no fué inferior como guerrero y organizador; llegó en sus guerras con Rusia hasta apoderarse de Moscú, y planeaba, con auxilio de los cosacos, una gran cruzada contra los otomanos, que no pudo realizar por la oposición de los magnates de Ucrania. Su hermano y sucesor *Juan Casimiro* (1648-1668) había sido jesuíta antes de subir al trono; hizo el noviciado en Roma (1643-1645), pero al poco tiempo el Papa Inocencio X le nombró Cardenal, sin ser sacerdote, y poco después le permitió renunciar al capelo para recibir el cetro y la corona de Polonia. Difíciles eran las circunstancias, pues los cosacos, insurrectos, amenazaban invadir a toda Polonia, soliviantando al pueblo ruteno contra los nobles, los judíos, y el clero católico, y reclamando la independencia. Derrotados por Juan Casimiro, se aliaron con Rusia, mientras Carlos X de Suecia invadía el territorio polaco. Juan Casimiro tuvo que refugiarse en Silesia, firmando después un armisticio con los rusos, por el que la Ucrania polaca se ponía bajo el protectorado de Rusia.

A consecuencia de esta sublevación aconteció la muerte de más de 40 jesuítas y el martirio bárbaro e inaudito de *San Andrés Bobola* († 1657), apóstol de Lituania y de la Rusia Blanca, modelo

de predicadores sacrificados y de directores de Congregaciones marianas.

Recordemos que en Polonia brillaron por su ciencia teológica, por sus sermones y por su consejo algunos jesuítas españoles, como *Antonio Arias* († 1591), *García de Alabiano* († 1624) y, sobre todo, aquel educador de príncipes, confesor de archiduques y emperadores, insigne profesor y hombre de gobierno, *Alfonso Carrillo* († 1618).

Varones ilustres

Sorprende en verdad el número de varones ilustres que produjo Polonia en aquella su edad de oro. Mencionamos antes al Padre *Warszewicki;* ahora debemos siquiera consignar los nombres de *Jacobo Wujek* († 1597), el primer jesuíta polaco que dió libros a la imprenta, entre los que no hay que olvidar su excelente traducción de la Biblia, que halló muy favorable acogida en la nación; *Estanislao Grodzicki* († 1613), que entró en la Compañía en Roma, y vuelto a su patria fué Rector de los Colegios de Pultusk (400 alumnos en 1581), Posen (800, igual que Vilna, en 1596), Jaroslaw, casa profesa de Cracovia, y mereció por sus predicaciones, después de Bobola, el sobrenombre de apóstol de Lituania; y sobre todo, *Pedro Skarga* († 1612), el Crisóstomo de Polonia, figura la más relevante y de mayor influencia durante el reinado de Segismundo III, de quien fué predicador y consultor constante desde 1588. Escritor de gran elegancia y fuerza persuasiva, teólogo doctísimo, y rey de los oradores, cosechó con su palabra y su pluma fruto extraordinario, particularmente entre los magnates polacos, a quienes inculcaba el amor a sus dos madres: la Iglesia y la Patria. Escribió obras de apologética y controversia contra herejes y cismáticos, obras de política religiosa abogando por la unificación de toda Polonia en una sola fe; obras históricas, como un compendio de los *Anales* de Baronio y unas Vidas de Santos, que hicieron en Polonia el mismo papel que el *Flos Sanctorum* de Ribadeneira en España, etc. Se esforzó principalmente por la conversión de los rutenos cismáticos, siendo uno de los que más contribuyeron a la Unión de Brest (1596), a la cual, sin duda,

coadyuvó el Colegio que Báthory había entregado a los jesuítas en Vilna para jóvenes rutenos. San Josafat Kuncevitch, apóstol y mártir de la unión de ambas Iglesias, estimaba tanto a los jesuítas, que llegó a decir: «Que no podía ser del número de los predestinados quien no era amigo de la Compañía de Jesús.»

Para facilitar esta unión, la Santa Sede encomendó a los jesuítas polacos reformar a los monjes griegos de San Basilio, dirigiéndolos en el espíritu y en las letras por medio de maestros de novicios y organizadores de sus estudios. El mayor teólogo polaco de este tiempo es el *P. Martín Smiglecki* (1619). No menos ilustre bajo otro punto de vista aparece el *P. Matías Casimiro Sarbiewski* († 1640), alto poeta lírico, llamado con razón el Horacio polaco, uno de los pocos que, escribiendo en el más clásico latín conservan personalidad y sentimiento moderno. Enseñó Retórica en el Colegio de Polozk, estudió Teología en Roma, donde el Papa Urbano VIII le ofreció, como a poeta, una corona de laurel, y, vuelto a su patria, explicó en la Universidad jesuítica de Vilna Retórica, Filosofía y Teología. Desde 1635 vivió en Varsovia, elegido por el Rey Ladislao como predicador de la corte. Mencionemos, por fin, a dos escritores ascéticos: *Druzbicki* (1660) y *Lenzycki*. El primero, Rector de varios Colegios, es conocido por diversos libros espirituales reunidos en su *Opera ascetica*. El Venerable Padre Nicolás Lenzycki o *Lancicio* († 1652) hizo sus estudios en Roma, explicó luego Hebreo, Teología y Sagrada Escritura en Vilna, fué Provincial de Polonia y Lituania, y se distinguió por su doctrina espiritual, tanto como por su santidad.

El número de jesuítas que hacia 1616 trabajaban en aquella católica nación ascendía a 800.

Contrariedades

Si la Compañía de Jesús, dividida en dos provincias (polaca y lituana) desde 1608, florecía en el reino de Polonia tanto o más que en cualquier otro Estado católico, como lo demuestra todo lo que antecede, tampoco le faltaban contradicciones. Cerca de diez mil jóvenes polacos se educaban hacia 1616 en los 18 Colegios que allí dirigían los jesuítas. Cuando en la ciudad de Cracovia,

donde estaban pujantes, por obra del P. Skarga, las Congregaciones de jóvenes y de caballeros, abrieron en 1623 un Colegio con la intención de que se incorporase a la Universidad, a la sazón bastante decadente, ésta, en vez de renovarse con noble rivalidad, declaró guerra sin cuartel al nuevo Colegio, añadiendo la divulgación de libelos calumniosos. El Venerable Padre Lancicio, acudió, como Rector, al Obispo de Cracovia, que dió la razón a los jesuítas; la Universidad apeló al Tribunal de la Rota romana, y su fallo fué idéntico. Pero tanto insistieron en sus campañas contra la Compañía, que ésta, por bien de paz, prefirió cerrar el Colegio en 1634.

Con esta ocasión se desbordó un torrente de injurias y calumnias, que de tiempo atrás se venía esparciendo por medio de folletos anónimos, de los cuales hay que citar uno, que, traducido a todas las lenguas, ha sido el arsenal donde se han armado muchos enemigos de la Compañía; aludimos al *Monita secreta,* publicado en 1614 con falsas indicaciones tipográficas. Aunque anónimo, pronto se descubrió que su autor era Jerónimo Zaborowski, expulso de la Compañía, quien, imitando el estilo latino de las Ordenaciones e Instrucciones que suelen dar los Padres Generales, fraguó en este libelo toda una política y moral tan satánicas, que parece increíble que personas de juicio hayan tomado en serio semejante engendro. Por muy criminales que se quiera suponer a los jesuítas, jamás los miembros de una corporación esbozarían tales principios y programas tan desembozadamente, ni aun en forma de *avisos secretos:* la misma Masonería vela sus designios con palabras de filantropía y humanidad. Ya en febrero de 1615 fué el *Monita secreta* denunciado como obra de un falsario y calumniador por el P. Juan Argenti, Visitador de Polonia y Lituania; el Arzobispo de Cracovia lo condenó en julio de ese mismo año; la Santa Sede lo puso en el Indice en 1616, y algunos de los más eminentes jesuítas alemanes, como el P. Gretser, y luego los Padres Tanner, Masen y Forer lo refutaron al instante. Pero se trata de misterios jesuíticos, y en este punto la estupidez de masas ingentes sigue hoy, como seguirá mañana, comulgando con ruedas de molino.

Gloriosas fueron las contrariedades que los jesuítas tuvieron que soportar por el nombre de Cristo en Transilvania. Agitadísima era allí su vida a causa de las continuas revoluciones político-religiosas de aquel país, dividido por las sectas y dependiente unas veces del Imperio, otras de Polonia o de los otomanos; tan pronto era llamada la Compañía como expulsada de todas sus casas, vuelta a llamar para ser nuevamente perseguida y desterrada, sin poder estabilizarse, a pesar del celo ardiente que mostró en todas las empresas, colegios, misiones, etc., y a pesar del sacrificio heroico de 20 jesuítas que dieron su vida sirviendo a los apestados en 1590 y de otros 27 que hicieron lo mismo cuatro años antes.

El Papa Clemente VIII, refiriéndose particularmente a Polonia, que conocía muy bien por haber desempeñado allí, siendo Cardenal, una legación pontificia, decía al P. Aquaviva en 1593: *De ocho partes del pueblo cristiano, las siete las tenéis vosotros, y gracias a vosotros persevera en ellas la religión de Cristo. Yo soy testigo ocular, y sé cuán bien trabajáis por la religión de Cristo en Polonia y en Germania.* Elogio desmesurado, pero que habla muy alto de los jesuítas polacos, que tan victoriosamente llevaban en su patria muy alto la obra de la restauración católica. El pueblo y los Reyes correspondían con un amor pocas veces visto, y cuando en 1540 la Compañía de Jesús celebraba en todo el mundo el primer centenario de su fundación, recibió de la nación polaca, de su Rey y sus magnates las más espontáneas y fervientes manifestaciones de afecto y simpatía.

Escocia, Inglaterra e Irlanda (1581-1645). Coronas de martirio

En la Escocia calvinista reinaba la infortunada María Estuardo, cuando fué visitada de parte del Papa por un jesuíta holandés, *Nicolás Gaudan*, que a su vuelta al contiente trajo consigo muchos jóvenes escoceses para formar con ellos el Seminario escocés de Pont-à-Mousson. Cuatro años más tarde (1566) recibió otra visita del jesuíta escocés *Edmundo Hay*, con quien la Reina mantuvo

correspondencia en lo sucesivo. Otros dos Padres escoceses fueron escogidos en 1584 para misionar en su patria: uno de ellos, *Guillermo Creighton*, que ya en dos ocasiones había penetrado furtivamente en Escocia, cayó ahora en poder de unos navegantes holandeses, que le entregaron a Isabel de Inglaterra; el otro, *Jacobo Gordon*, de la ilustre familia Huntly, recorrió como un apóstol todo el reino, ayudado luego por los Padres *Hay* y *Dury*, hasta que le desterraron en 1594. Misioneros insignes fueron los Padres *Roberto Abercromby*, que logró convertir a la Reina esposa de Jacobo VI; *Patricio Anderson*, que sufrió persecuciones y cárceles, y el Beato *Juan Ogilvie*, ahorcado y descuartizado en Glasgow el año 1615.

Ya María Estuardo llevaba doce años prisionera de su prima Isabel de Inglaterra, cuando en 1580 los jesuítas *Roberto Persons* y *Edmundo Campion* entraron disfrazados en la Gran Bretaña. Inmenso fué el fruto que recogieron en sólo un año de predicación incansable, instruyendo a unos, alentando y fortaleciendo a todos, refutando los argumentos de los anglicanos con hojas volantes y folletos; hasta 10.000 conversiones se consiguieron. Edmundo Campion había sido diácono de la Iglesia anglicana antes de convertirse y entrar en la Compañía; humanista cristiano de exquisita formación clásica y bien fundado en Teología, revela en sus escritos la hermosura y nobleza de su alma. No rindió todo lo que de él se esperaba, porque el año 1581, a los cuarenta y dos de su edad, fué encerrado en la torre de Londres y terriblemente atormentado o tentado con halagadoras promesas de parte de Isabel, hasta que, siempre vencedor, después de hacer enmudecer a sus enemigos en pública disputa, murió ejecutado en Tyburn, con una oración por la Reina en los labios. Con él fué martirizado el *Padre Alejandro Briant*, y al año siguiente el *P. Tomás Cottam* (1582), habiéndoles precedido dos jóvenes sacerdotes que en la cárcel pidieron y obtuvieron ingresar en la Compañía: *Tomás Woodhouse* (1573) y *Juan Nelson* (1578).

El infatigable Roberto Persons, perseguido en todas partes y privado de la imprenta clandestina con que esparcía sus escritos de propaganda y apologética, tuvo que retirarse a Francia. Per-

sons era ante todo un organizador. El fomentó el Colegio del Cardenal Allen en Douai, a donde se trasladó en 1612 el de Pont-à-Mousson; él trabajó en la fundación de los Colegios ingleses de Valladolid, Sevilla, Madrid, Lisboa y el de Eu en Normandía, trasladado después a St. Omer, Brujas y Stonyhurst, donde hoy florece; él se mezcló, quizá demasiado, en los planes que tramaban el Duque de Guisa y Felipe II con el Cardenal Allen y los representantes del Papa, con el intento de librar a María Estuardo y destronar a Isabel; él dirigió, animado del más ardiente celo, el Colegio Inglés de Roma desde 1597 hasta su muerte, acaecida en 1610.

En 1595 sufrieron el martirio, con los atroces tormentos a que estaban acostumbrados los verdugos de Londres, dos ilustres jesuítas: el *P. Roberto Southwell*, que llevaba seis años de heroico apostolado, y el *P. Enrique Walpole*. Tiene Southwell la doble belleza y el doble lauro del martirio y de la poesía; parece que leyó a Shakespeare y que Shakespeare lo leyó: ¿hubo también entre ambos poetas relaciones de amistad? Educado Walpole en la Universidad de Cambridge, había entrado en la Compañía movido por los ejemplos del P. Campion, sobre cuya muerte compuso unos bellos sonetos en inglés. Otros tres hermanos suyos salieron de Inglaterra para hacerse jesuítas, y el cuarto para militar en Flandes bajo las banderas de Felipe II. Concluídos los estudios del P. Walpole en Roma y Francia, pasó a Sevilla y Valladolid, donde obtuvo el permiso de partir para su patria. Saludó a Felipe II en El Escorial y se embarcó en Portugalete, rumbo hacia el Norte. Era el año 1593. La misma noche en que desembarcó en Inglaterra fué cogido preso y encerrado en la torre de Londres, de donde no salió sino para dar con su vida testimonio de Cristo. Por el mismo tiempo padecía mil penalidades y prisiones el *P. Juan Gerard*, bien conocido por su interesante autobiografía. Todavía antes de morir, la tiránica Reina sacrificó en medio de torturas infinitamente más crueles que las de la Inquisición, otra víctima, que fué el P. Francisco Page, elevado a los altares como todos los mártires arriba mencionados.

Pensaron los católicos que al subir al trono en 1603 Jacobo I

de Inglaterra (VI de Escocia), hijo de María Estuardo, cesaría la persecución; pero se engañaron, y tan desesperanzadora fué esta decepción, que algunos exaltados de la nobleza se dieron a conspirar, y uno de ellos, al confesarse con el *P. Enrique Garnett*, Superior de los jesuítas, le declaró que su plan era de volar con pólvora el Parlamento. Hizo el confesor lo posible para que el atentado no se llevase a efecto, pero eso no le valió para que, al descubrirse la conjuración, no fuese condenado a muerte con todos los conjurados (1605). Al año siguiente alcanzaron la palma del martirio los Beatos *Eduardo Oldcorne*, *Rodolfo Ashley* y *Nicolás Owen*, estos dos últimos, Hermanos coadjutores; en 1608 el *Beato Tomás Garnett*, sobrino del P. Enrique. No por eso se extinguía ni el número ni el celo de los misioneros, y así vemos que en 1623 se funda la provincia de Inglaterra, que entonces contaba 200 sacerdotes, de los cuales la mitad trabajaban en la misión. los restantes en el extranjero. Nada menos que 4.000 católicos salieron de las cárceles en 1622, cuando la política de Jacobo I, contra la voluntad del fanático Parlamento, trató de acercarse a España. Pero en este paréntesis de paz se avivaron las divisiones que venían señalándose entre el clero secular y regular, alimentadas por el despertar de cierto nacionalismo que miraba con recelo la influencia católica del partido español, al cual se inclinaban bastantes jesuítas.

Es de notar que en aquella sazón, desde que murieron los últimos Obispos del siglo XVI, no existía jerarquía eclesiástica en Inglaterra, siendo considerado aquel país como territorio de misión. Ante el influjo creciente de los misoneros, entre los que predominaban los jesuítas, el clero secular, algo postergado, pedía instantemente a Roma un Obispo, que hasta 1623 no le fué concedido, y aun entonces sólo como Vicario Apostólico. Ricardo Smith, que desde 1625 ejercía este cargo, abusó de su autoridad, coartando las facultades de los misioneros y hasta queriendo que se suprimiese la Congregación mariana, y que en el extranjero se quitase a los jesuítas la dirección de los Colegios ingleses. Tal era la situación del Catolicismo en Inglaterra cuando subió al trono Carlos I (1625-1649), casado con una princesa católica de

Francia. Aunque no persiguió a los católicos, dió plena libertad a los puritanos, por lo cual no faltaron algunos martirios, como el de los *Padres Edmundo Arrowsmith* (1628), *Tomás Holland* (1642), *Rodolfo Corby* (1644) y *Enrique Morse* (1645). El año 1624 se convirtió al catolicismo lord Baltimore, que recibió en feudo varios territorios de América, particularmente los Estados de Maryland y Delaware, lo cual fué causa de que muchos católicos fuesen a colonizar aquel país, y con ellos varios jesuítas, que sentaron los fundamentos de la Iglesia en los Estados Unidos.

En la católica Irlanda, tiranizada por Inglaterra, guardaban los fieles muy grato recuerdo del *P. David Wolf*, primer misionero irlandés, y del *P. Edmundo O'Donnell*, martirizado en Cork por los protestantes en 1575; por lo cual pidieron al P. Aquaviva les enviase nuevos misioneros de la Compañía. El P. General escogió al *P. Jacobo Archer*, Superior del Colegio irlandés de Salamanca, al *P. Fitz-Simon*, profesor de Filosofía en Douai, y al *Padre Cristóbal Holywood (a Sacro Bosco)*, profesor de Teología en Pont-à-Mousson, a quien sucedió en 1599 el *P. Ricardo Field*, apóstoles celosos e intrépidos, que con ayuda del clero formado en los Colegios del continente, supieron dar temple de héroes a los católicos de Irlanda. Dos mil florines se ofrecía en galardón al que descubriese a un jesuíta, mil a quien denunciase a un sacerdote secular.

MISIONES ENTRE LOS INFIELES (1581-1645) EN LA AMERICA ESPAÑOLA

Los jesuítas en Nueva España

Todas las tierras descubiertas y colonizadas por los españoles, más que colonias eran nuevas Españas, provincias españolas, partes integrantes del gran Imperio cuya metrópoli se asentaba en la Península Ibérica. No es ningún apasionado de España quien ha caracterizado nuestro Imperio con estas frases: «Los españoles en todas partes aparecen como constructores: iglesias, catedrales, monasterios, hospitales, palacios de los gobernadores, fortalezas

que defiendan todo esto. Ellos crean, no mesas de cambio o factorías, sino ciudades permanentes, tanto en el orden temporal como en el espiritual. Su idea, desde el principio, es la misma: adquirir toda la región para la Iglesia católica. Filipinas y la América española demuestran que obtuvieron un resultado que nadie ha obtenido.» (P. Charles.) Veamos la parte que en esta ardua y divina tarea de evangelización corresponde a la Compañía de Jesús.

La historia de los jesuítas en América presenta dos caras: una es la actividad desplegada entre los españoles indígenas civilizados; otra es la labor de roturación y de avance entre gentes bárbaras y países incultos. Si miramos a Méjico, veremos que en las casas y colegios abiertos ya antes por la Compañía en la capital, y en Puebla de los Angeles, Pázcuaro, Oaxaca, Veracruz, Valladolid (hoy Morelia), lo mismo que en los nuevos domicilios que se van fundando, como *Tepozotlan* (1580) y los Colegios de *Guadalajara* (1591), *Guatemala* (1607), *Mérida de Yucatán* (1615), *San Luis de Potosí* (1623), *Querétaro* (1625) y otros más, las obras y ministerios espirituales son enteramente los mismos que se veían por entonces en cualquier ciudad de la Península. El Padre Juan de la Plaza, Provincial desde 1579, algún tanto severo y descontentadizo, aunque varón ilustre por muchos títulos, se queja de que en Méjico «los estudios de nuestras escuelas tienen puesto el blanco en que haya coloquios y comedias de romance, porque con esto dicen que hay calor en los estudiantes y florecen los estudios», descuidando el latín; pero agrega un año más tarde (1584) que cada día crece el número de los que acuden a nuestra iglesia y escuela, y al parecer se van más aprovechando en virtud y letras. «Esta Cuaresma se ha puesto una lección de casos de conciencia para los clérigos de la ciudad, a instancias del señor Obispo, a la cual acuden casi cien clérigos.» Cosa parecida dice de Puebla.

En Veracruz era el fruto principal el que se sacaba del cultivo asiduo de los soldados que venían en las armadas y de los pasajeros y comerciantes. Un refuerzo de 23 operarios (5 sacerdotes, 10 estudiantes y 8 coadjutores) llegó en la expedición de 1584, presidida por el P. Antonio de Mendoza, de la casa de los Condes de

Orgaz, «espejo de virtudes—según informe de la época—, especialmente de humildad, junto con una madureza y prudencia admirables, celoso del Instituto de la Compañía y deseoso del espíritu de ella para todos sus hijos». Este iba a ser el sucesor del P. Plaza en el provincialato.

En el famoso Concilio III Mejicano (1585) el Arzobispo don Pedro Moya de Contreras se valió de los jesuítas, los cuales redactaron las actas, compusieron el *Confesionario o Instrucción de confesores* y el *Catecismo manual* para españoles e indios.

El mismo señor Arzobispo, escribiendo a Felipe II en 1583, dice, tras un cálido elogio de los jesuítas, que «para mejor ayudarles (a los prelados) aprenden y estudian con particular cuidado en pueblos de esta comarca las lenguas más universales de los indios, en que han hecho y hacen entre ellos tan conocido fruto». La misma impresión optimista recibió el P. Diego de Avellaneda. Visitador de Méjico (1591-1592). Se la comunica así al Rey de España: «En Méjico, como en Seminario de toda la provincia y reino y cabeza de él, se profesan con más exacción y plenitud las dichas facultades que la Compañía acostumbra enseñar, como Gramática, Retórica, Artes y Teología, así escolástica como moral... La suficiencia de los lectores, especialmente de las facultades mayores, es tal, que pudieran leerlas en Alcalá o Salamanca con mucha satisfacción... Acuden también los de la Compañía a los mismos españoles y a sus negros y esclavos, con los demás ministerios que donde quiera acostumbran, de predicar y confesar y administrar el Santísimo Sacramento, hacer paces, resolver sus derechos y dudas, ayudar a morir, acudir a las cárceles y hospitales, así en los pueblos adonde tenemos casa como en los demás de españoles por vía de misiones... No se tiene menos cuidado de ayudar a los indios, antes mucho mayor, como fin más principal de nuestra venida a estas partes... Creciendo el número de los nuestros en estas partes, comenzaron a aprender lenguas e instruyendo a los indios mejicanos, otomíes, tarascos, zapotecas, huachichiles, mazahues, y de poco acá a los de Cinaloa... Y no se ordena ninguno de sacerdote, ni ordenará de aquí adelante, que no sepa primero lengua... Demás de otras escuelas donde se ense-

ñan a estas cosas a españoles e indios indiferentemente, tenemos dos Seminarios para solo los hijos de los indios, escogiendo los principales y de más capacidad... El intento que en esto se tiene es criar a estos niños, hijos de caciques y principales, con toda institución de policía y cristiandad, porque siendo ellos los que después han de gobernar y regir sus pueblos, será de mucha importancia su ejemplo y enseñanza.»

Había pocos jesuítas para tantas empresas como acometían de exploración y de organización, y estaban agobiados de trabajo, pero en 1594 entró a gobernar la provincia el P. Esteban Páez, recién venido de España con 37 sujetos, y en 1604 el P. Ildefonso de Castro, que llegó con 20 compañeros. Así la provincia de Méjico, que abarcaba Centro-América y Filipinas, contaba en 1590 unos 200 individuos, y nueve años después, 314; perdió más de un centenar con la separación de Filipinas en 1605, pero ya en 1614 llegó a tener 313, y 419 en el año 1622, crecimiento este último debido a las vocaciones que brotaron en el país.

Misiones del norte de Méjico

A trescientas leguas al norte de Méjico se abrió la misión de Cinaloa con cuatro misioneros, cuyo Superior era el P. Gonzalo de Tapia, martirizado en 1594 por los indios, cuando estaba en lo más fecundo de su apostolado, pues se bautizaban anualmente más de 5.000 infieles. Para proteger a los misioneros, acudieron 24 soldados españoles con el valeroso y cristiano capitán Diego Martínez de Hurdaide, de «pies zopos o torcidos y encontrados, y con todo tenía tan grande fuerza de cuerpo y brazos y tan grande ligereza en tales pies, que era un gamo en correr tras un indio por una ladera, y si le prendía con las manos estaba segura la presa... En más de treinta años que anduvo en refriegas con los enemigos y más de veinte batallas campales y muy peligrosas que tuvo con ellos, no le cogieron soldado ni cabeza de ninguno de ellos. Porque aunque él y ellos salieron no pocas veces muy heridos, y de las heridas murieron algunos vueltos de la jornada,

pero nunca se gloriaron los enemigos de haber bailado con cabezas de españoles en tiempo del capitán Hurdaide» (Pérez de Rivas). Nadie ha descrito la vida de aquellos misioneros mejor que uno de ellos, el P. Miguel Godínez, irlandés (Wadding), en su conocido libro *Práctica de la Teología mística:* «La vida estaba siempre vendida entre hechiceros que, con pacto que tenían con el demonio, nos hacían cruda guerra. A dos religiosos, compañeros míos, flecharon e hirieron, y yo escapé dos veces por los montes, aunque mataron a un mozo mío. Andaban aquellos primeros Padres rotos, despedazados, hambrientos, tristes, cansados, perseguidos, pasando a nado los ríos más crecidos, a pie montes bien ásperos y encumbrados, por los bosques, valles, brezas, riscos y quebradas, faltando muchas veces lo necesario para la vida humana, cargados de achaques, sin médicos, medicinas, regalos ni amigos; y con todos estos trabajos se servía muy bien a Dios y se convertían muchos gentiles. Sólo el santo mártir Padre Santarén aprendió once lenguas y edificó cincuenta iglesias. Ningún año en mi tiempo bajaba el número de los bautizados de los cinco mil, y algunos años subió de diez mil, y el año de 1624 quedaban en toda la provincia bautizados arriba de ochenta y dos mil, y después pasaron de ciento veinte mil los bautizados. Verdad es que después entraron unas pestilencias que mataban millares de ellos, y nosotros trabajábamos sumamente con los apestados. Conocí a algunos misioneros de éstos, a quienes comunicó Dios altísimo grado de contemplación infusa, y cogía después en su rincón lo que había sembrado con tantas fatigas en aquellas misiones.»

Análogos padecimientos y frutos recogían los jesuítas entre los chichimecas, misión fundada en 1594, y entre los belicosos topehuanes, que en 1616 martirizaron a los Padres Hernando de Tovar y Bernardo de Cisneros y Diego de Orozco, y poco después al P. Superior con otros cuatro, entre ellos el famoso Padre Hernando de Santarén. «Todas estas misiones que la Compañía doctrina—escribía el Virrey don Luis de Velasco—es gente bárbara, desnuda, muy pobre, donde no llegan clérigos ni religiosos por las asperezas de la tierra y fiereza de los naturales.»

Entre mil dificultades avanzaba la misión de los taraumares, que años adelante se regó con sangre de mártires. Según el Virrey, Conde de Monterrey, la ventaja de los jesuítas sobre los franciscanos (que allí cerca tenían florentísimas misiones) consistía en que los de la Compañía se afanaban por aprender las lenguas de los indios, y los franciscanos no, de lo que se extrañó Felipe II y agradeció a los jesuítas este empeño por aprender las lenguas de los naturales. La última misión empezada en este período fué la de Sonora en 1638, el año mismo en que iniciaba su Provincialato el P. Andrés Pérez de Rivas, historiador de aquellas misiones.

Sólo de paso mencionaremos aquí la resonante controversia de los jesuítas con el Obispo de Puebla, don Juan Palafox († 1659), triste episodio en que los jesuítas cometieron lamentables imprudencias y el señor Obispo procedió con apasionamiento, rayano a veces en el paroxismo, por creer que aquéllos se oponían a sus derechos jurisdiccionales. Se han hecho célebres las tres cartas, sobre todo la tercera, que dirigió al Papa Inocencio X acumulando mil calumnias contra los jesuítas, acusándoles de rebeldía, de crímenes sacrílegos, de riquezas fabulosas, que sólo existían en la rica imaginación de Palafox, con cifras verdaderamente fantásticas, y pidiendo en conclusión al Papa la supresión de esta *santa religión*. En una cabeza equilibrada no podía forjarse aquel escrito calumnioso, el cual fué, sin duda, el motivo principal de que no se canonizase a su autor, como pretendieron luego jansenistas y regalistas. Pero también podemos decir que ese escrito fué el que inmortalizó el nombre de Palafox entre los enemigos de la Compañía y el que movió a éstos a promover su causa de canonización en un tiempo en que salieron a plaza, remozadas y acrecidas, todas aquellas acusaciones.

Islas Filipinas

Desde el año 1581, en que llegaron los primeros jesuítas, hasta 1605, dependieron de la provincia de Méjico. Poca actividad apostólica desarrollaron en los diez primeros años, en parte por creer que aquellas islas no eran su campo de evangelización, sino

sólo lugar de tránsito para el Japón y la China. Tanto como el Padre Antonio Sedeño, que iba de Superior, distinguióse la relevante personalidad del P. Alonso Sánchez, aunque, a decir verdad, su actuación fué más política que eclesiástica. Cuando no se comprometía en legaciones y negocios ajenos a su profesión, su carácter austero y algo extravagante le retenía en la soledad y recogimiento, dedicado a la oración y al estudio. Un compañero suyo le describía de esta suerte: «Es, a mi parecer, el más raro ingenio que he visto, porque en sus estudios está tan bien en ellos ahora como cuando los acabó de oír, que habrá cuatro años; gran talento para predicar y alguna inclinación a ello, y para tratar con prójimos y para gobernar. Recio y fuerte para cualquier trabajo... Extraño celo de las almas y de que hagan todos lo que deben en sus oficios y ministerios. No sólo mortificado en sí, pero muy deseoso de ver esta virtud en los demás, por ser amicísimo de ella... Es muy aficionado a letras, grande poeta en castellano.» Temperamento extremoso, enemigo de medianías, con aires de reformador, hubiera sido un sujeto de peligro, de no poseer gran amor a la Compañía y sólidas virtudes. Por su penetrante ingenio, ímpetu y eficacia en persuadir sus ideas, y habilidad en el manejo de los hombres, se imponía donde quiera que estuviese. Dos viajes realizó de Manila a Macao y las costas de China, con diversas comisiones del Gobernador de Felipinas; en una de ellas consiguió que la ciudad de Macao, emporio del comercio portugués, reconociese por Monarca a Felipe II en 1582. Cuatros años más tarde la Audiencia de Manila, con aprobación del Obispo y de los prebendados eclesiásticos, le encomendó un mensaje al Rey de España, que él aceptó de mil amores, porque era expresión de sus ideas conquistadoras y misioneras. Felipe II le oyó encantado desarrollar con elocuencia el derecho de España a las Islas Filipinas, pero cuando leyó en el memorial que puso en sus manos, los fantásticos sueños de conquistar todo el Imperio chino con sólo que fueran de España diez o doce mil soldados, de donde se seguiría, junto con inmensas riquezas y bienes temporales, la conversión de innumerables gentes, la erección de escuelas y Universidades de todas las ciencias, pues los chinos parecen aptos para

todo género de estudios, la instiución de tantos Obispados y Arzobispados como en la cristiandad antigua de Europa, con un Patriarca, y, en fin, la fundación de nuevas órdenes militares con mayores rentas que las de Santiago, Calatrava y San Juan; cuando todo esto leyó el Rey Prudente, sonreiría tristemente pensando que todavía tenía súbditos capaces de emular las proezas titánicas de Hernán Cortés y Pizarro, pero que ya los tiempos eran muy otros. El P. Alonso Sánchez partió de Madrid a Roma, donde se discutió ante el Santo Oficio su teoría de que era menester predicar la fe *con el Evangelio en una mano y la espada en la otra*, y tras las explicaciones que él dió, se la tuvo por buena. Allí el P. Aquaviva debió corregir las rarezas de espíritu que mostraba el P. Alonso Sánchez, y se valió de sus egregias dotes para la misión ante Felipe II, de que hemos tratado en otro capítulo.

Entre tanto, el P. Sedeño instruía a los indígenas a construirse las casas con piedra y cal, y les enseñaba a cultivar las moreras para el gusano de seda, iniciándoles en la industria del tejido, daba normas y planes a los españoles para la fortificación de Manila, y a los chinos les hacía pintar piadosas imágenes para las iglesias. Los jesuítas de Filipinas se determinaron, por fin, en 1591, a lanzarse a las faenas del apostolado, y fué el P. Pedro Chirino el que inauguró las misiones entre los Bisayas y después en las islas de los Pintados, en el centro del archipiélago. En 1616 eran 100 jesuítas, con 10 residencias y 4 Colegios, sin contar el noviciado y el Seminario. Los puestos de misión se fueron multiplicando más de lo que sufría el escaso personal; siguiendo, por lo general, el método usado en América de *reducciones* y escuelas de indios. Su historia no difiere de tantas otras misiones, ricas en trabajos y en frutos, como regadas con sangre de mártires, que no fueron raros, sobre todo entre los moros feroces de la isla de Mindanao. Entre tanto, florecía el Colegio de Manila, que llegó a obtener la facultad de dar grados en Filosofía y Teología, contra la oposición de los dominicos, y adherido a él vivía el llamado Seminario de San José.

Provincia del Perú

Por la afluencia de españoles y por la riqueza del país, constituía el Virreinato del Perú la provincia más próspera de América. Gobernaba aquella iglesia, desde 1581, Santo Toribio de Mogrovejo, espejo de prelados, un tanto brusco en sus procedimientos, por lo que tuvo frecuentes choques con los Virreyes, con los Obispos y también, aunque sin trascendencia, con la Compañía, pero celoso reformador y organizador de su vasta archidiócesis limeña. Conocido es en la historia eclesiástica el tempestuoso, pero fructífero Concilio de Lima (1582-1583), formado por los Obispos del Cuzco, Chile, Tucumán, Paraguay, La Imperial, La Plata y Quito, bajo la presidencia de Santo Toribio, y con asistencia de los Superiores de las Ordenes religiosas y de algunos teólogos consultores, entre los cuales descolló como nadie el P. José de Acosta, que fué quien redactó las actas, formó los decretos, trabajó con los Padres Alonso de Barzana y Blas Valera en la redacción del catecismo trilingüe (español, quichua y aymará), y consiguió después, en Roma, la ratificación de las decisiones conciliares. No eran todavía muy numerosos los jesuítas, si bien las vocaciones del país abundasen más que en otras partes. En 1581 llega de España el Padre Baltasar Piñas con 20 operarios; en 1585, el P. Diego de Samaniego con otros 20; y diez años más tarde, el P. Diego de Zúñiga con 32. De este modo, en el año 1608 llegaban a ser 376; en 1613 (después de la desmembración de Quito y Nueva Granada, en el Norte, y del Paraguay en el Sur) alcanzaban el número de 365, obteniendo el máximo en 1636 con 491 sujetos. Hay que advertir que en esta época empezaron a venir a las misiones hispanoamericanas no pocos jesuítas alemanes e italianos, que se distinguieron como los que más por su espíritu apostólico y por su adaptación al medio ambiente. A fines del siglo XVI y principios del XVII tuvo que sostener la Compañía molestos litigios sobre el modo de incorporar a la Universidad el Colegio de Lima, que tenía tres lecciones de Teología escolástica, dos de Artes y cuatro de Gramática, y estaba sumamente acreditado.

De la actividad que desplegaban los jesuítas entre los españoles dan idea las siguientes palabras del P. Rodrigo de Cabredo, Provincial: «Hay en aquel Colegio (de Lima) congregaciones para todo género de gentes. El estado eclesiástico tiene la suya y la forman unos noventa, entre los cuales se cuentan canónigos, racioneros y otros clérigos respetables... La Congregación de seglares cuenta unos cuatrocientos socios, entre los cuales figuran alcaldes, caballeros y mercaderes distinguidos; también a éstos se les induce a visitar los hospitales y las cárceles y a emplearse en obras de caridad con los prójimos. Se ha desterrado de ellos el vicio de jurar, se les enseña a oír misa todos los días y a examinar la conciencia cada noche antes de acostarse. La Congregación de los estudiantes está dedicada a la Inmaculada Concepción, y se procura que los congregantes se distingan en la aplicación al estudio, y para estimularlos suelen disponerse lucidos actos literarios, a los cuales acuden algunas veces el Virrey, la Audiencia y lo más lucido de la ciudad. Desde que entró la Compañía en el Perú tomó a su cargo muy de propósito el enseñar la doctrina cristiana a los negros. Recientemente se ha formado una Congregación de ellos, en la cual se admiten los más ladinos. Serán unos doscientos.»

En torno de las ciudades españolas solían extenderse inmensas barriadas de indios, a los cuales atendían con particular interés los jesuítas. El Rector del Colegio de la Paz escribía en 1584: «Salimos cada domingo con la procesión de la doctrina cristiana, en la cual van más de cuatro o cinco mil indios... Los viernes se juntan en nuestra iglesia hartos indios a disciplina, y han comenzado algunos de ellos a comulgar, cosa que hasta ahora no se había visto por acá.» Como de *Lima* y *La Paz*, podía decirse, en su tanto, de los Colegios del *Cuzco*, *Potosí*, *Arequipa*, *Huamanga (Ayacucho)* (1605), *El Callao* (1615), *Oruro* (1618), *Pisco* (1622), *Trujillo* (1623). La casa de *Juli* gozaba fama en 1538 de ser la más limosnera, sosteniendo diariamente hasta cuatrocientos necesitados, además de los mil y quinientos que acudían a pedir limosna; tenía, con escándalo del P. Vitelleschi, una Congregación de 600 mujeres y evangelizaba a unos 17.000 indios

del contorno. Era sobre todo un centro activísimo de apostolado y puesto de avanzada de la provincia hacia Chile y Paraguay. En Lima, Cuzco y Potosí existían colegios para hijos de caciques. Ansiando consagrarse en cuerpo y alma a la reducción de los gentiles, internáronse en 1587 los primeros jesuítas hasta la lejana Santa Cruz de la Sierra, donde, en seguida de aprender la lengua, cosecharon gran fruto entre los indios chiriguanes, tupis y toloparas. En 1591 pusieron otros el centro de su evangelización en *La Plata* o *Chuquisaca*, por otro nombre *Charcas (hoy Sucre)*. En 1597 el P. Miguel de Urrea, sin más armas que el crucifijo, se adentró más allá de las guarniciones españolas, pero fué muerto a golpes de macana por los indios chunchos; éstos fueron también los que, en 1629, martirizaron al P. Bernardo Reus. Otras dos misiones se abrieron en 1631 y 1636, la una al Sur, partiendo de la reducción de la Asunción, y la otra al Norte, hacia Cajamarca. En todas empezaban los misioneros por componer un catecismo en la lengua de la tribu, y frecuentemente también una gramática y vocabulario. Son fundamentales aun hoy día para el estudio de las lenguas quichua y aymará las obras del P. Barzana, P. Diego González Holguín y P. Diego de Torres Rubio, a quien no hay que confundir con el Superior Diego de Torres Bollo.

Si atendemos a la observancia religiosa y vida interior, hay que confesar que hubo faltas individuales, algunas notables; pero los delincuentes fueron expulsados de la Compañía; los demás observaban normalmente sus reglas, distinguiéndose por sus fervientes afanes apostólicos, que el asceta P. Alvarez de Paz juzgó excesivos.

Entre los Padres que gobernaron la provincia hubo algunos blandos, como el P. Acosta; otros de reconocida santidad, como el Padre Juan Sebastián de la Parra, cuya causa de beatificación está introducida, o de consumada prudencia y sólida virtud, como el célebre escritor ascético Diego Alvarez de Paz y el P. Diego de Torres. En el Perú, como en Méjico, y en todas partes, un medio aptísimo de que se valieron los Padres Generales para corregir abusos y renovar el espíritu fué el envío frecuente de Visitadores.

Quito y Nueva Granada

Desde el Perú salieron en 1586 algunos jesuítas, entre ellos el P. Baltasar de Piñas, con dirección de *Quito*, reclamados instantemene por los españoles de aquella floreciente ciudad. Consagrados al cultivo espiritual de españoles e indios no les faltó trabajo desde el primer momento, por el terremoto de 1587 y la epidemia de 1588. Sobresalía por su celo el P. Onofre Esteban. En 1594 se funda el Seminario, según las normas del Concilio de Trento, y la Compañía se encarga de su dirección. Un Colegio de Gramática se abrió desde primera hora, e inmediatamente se pusieron lecciones de Filosofía y Teología moral. Desde 1620 ostentará el título de Universidad real y pontificia de San Gregorio Magno. A su sombra florecían en 1612 nada menos que siete Congregaciones: de sacerdotes, de caballeros, de señoras, de estudiantes, de mestizos, de indios y, en fin, de mulatos y negros; esta última debía ser poco numerosa; dícese, en cambio, que los indios acudían en número infinito, y no es extraño si se tiene en cuenta que unos 62.000 vivían en los términos de Quito y que eran atendidos por los jesuítas con particular cariño. «Los de la Congregación de los mestizos (que son los hijos de españoles e indios)—dice una relación contemporánea—llevan adelante la costumbre de comulgar cada mes juntos en su capilla... Han comenzado este año a dar de comer a los enfermos del hospital cada primer domingo del mes... Los sábados en la noche, entre año, acuden a nuestra iglesia a tomar disciplina, contándoseles antes un ejemplo.» Aquellos Padres tienen la gloria de haber dirigido espiritualmente a la «Azucena de Quito», Santa Mariana de Jesús Paredes († 1645) que se ufanaba de llamarse hija de la Compañía. Uno de los primeros y más famosos misioneros que empezó a hacer excursiones y entradas en tierras salvajes fué el P. Rafael Ferrer, que predicó la palabra de Dios entre los huamaguas, ambogaguas, coronados y cofanes, entre los cuales alcanzó la palma del martirio el año 1610. Años más tarde fundáronse en Cuenca y Popayán dos peque-

ños colegios. El de Cuenca fué como la puerta por donde los jesuítas entraron en la gran misión del Marañón, inaugurada en 1638. El P. Raimundo de Santa Cruz fué uno de los primeros héroes en aquellas espesuras vírgenes y ríos desbordados; el P. Francisco de Figueroa será el protomártir.

Al formarse la viceprovincia del Nuevo Reino, a ella perteneció Quito, mas luego tornó a depender de la provincia peruana.

El *Nuevo Reino de Granada* (hoy *Colombia)* fué visitado en 1589-1592 por una expedición de tres jesuítas que llegó de España con el Presidente de aquella Audiencia, y en 1598 por otros dos Padres que vinieron de Méjico con el Arzobispo don Bartolomé Lobo Guerrero. El grato recuerdo de estos misioneros movió a los españoles a pedir domicilio estable de la Compañía, y por fin el P. Aquaviva accedió a tales deseos. Fué en 1604 cuando una expedición de jesuítas, apenas desembarcadas en *Cartagena*, se puso a la tarea de fundar Congregaciones, especialmente con los negros, mientras otra expedición, desde el Perú, entraba en *Santa Fe de Bogotá* y abría un Colegio, que con los de Quito, Cartagena y Panamá, formó una viceprovincia (1605), y en 1611, año en que se fundó el noviciado de *Tunja*, una provincia independiente. Abrióse más tarde el Colegio de *Honda*, junto al río Magdalena, y el de *Pamplona*, ambos de escasa importancia, y todavía fueron más insignificatnes el de *Mérida* (en Venezuela, 1629) y el de *Mompox*. En cambio, prosperaba el Seminario de San Bartolomé, entregado a la Compañía en 1605, y el Colegio de Bogotá, que había empezado con lecciones de Gramática y Retórica, luego de Artes o Filosofía (1608), y, por fin, de Teología escolástica y moral (1612), más alguna lengua indígena, floreció notablemente y se transformaba casi en Universidad, ya que se le otorgó la facultad de dar grados académicos. Trabajábase con asiduidad y constancia entre los indios, y desde un principio se compuso un catecismo, gramática y vocabulario de lengua muisca o chibcha; no se frecuentaron, con todo, las misiones organizadas en regiones salvajes, ya que la misión de los Llanos de Casanare, inaugurada felizmente en 1625, tuvo que interrumpirse en 1628 por contiendas con el Arzobispo de Bogotá.

La más alta gloria de Nueva Granada es el difícil y fecundo apostolado con los negros, cuya iniciativa se debe al P. Alonso de Sandoval, consagrado desde 1607 a recoger, instruir, bautizar, curar y remediar corporal y espiritualmente a los pobres esclavos africanos, que eran traídos al puerto de Cartagena, y desde allí repartidos por toda América. Allí, bajo los ardores de un clima enervante, entre horruras morales y materiales, durante cuarenta años de portentosos sacrificios, como recuerda pocos la Historia, el apóstol de los negros y esclavo de los esclavos, San Pedro Claver († 1654), regeneró por el bautismo a más de 300.000 almas.

Misión de Chile

Ya en 1577 manifestó Felipe II su voluntad de que entrasen en Chile los misioneros jesuítas. Por el momento no fué posible complacerle. Despachó en 1590 nuevas cédulas facilitándoles el viaje, mandando se les diesen medicinas, ornamentos para el culto y todo lo demás con que acostumbraba a socorrer a los misioneros; por todo lo cual dispuso el Venerable P. Juan Sebastián, Provincial del Perú, que en 1593 saliese una expedición de ocho jesuítas, entre los que iba el P. Gabriel de la Vega († 1605), que compuso un *Arte Gramatica, Vocabulario y notas a la lengua de Chile*, y el P. Luis de Valdivia, que había de ser el héroe principal de aquellas misiones, y quien desde el primer día, se dió a tratar con los indios y a escribir una gramática de la lengua indígena. Por lo demás, este Padre tenía por primera ocupación la de enseñar Filosofía en Santiago.

Enorme fué la perturbación de todo aquel país en las postrimerías del siglo por efecto de la gran catástrofe ocurrida en 1598, cuando los bravos indios del Arauco, irritados por el servicio personal a que les sujetaban los encomenderos, se sublevaron contra los españoles, dieron muerte al buen Gobernador Martín García de Loyola, pariente de San Ignacio, y arrasaron y quemaron ocho ciudades de las doce que había en la colonia. Según un Gobernador, en carta a Felipe III, «eran más poderosos dos solos misioneros de la

Compañía para rebatir el furor de los enemigos y contener a los amigos en la lealtad prometida, que todo el ejército real». El Padre Luis de Valdivia, religioso de sólida virtud, aunque en ocasiones aquejado de melancolías, dotado de gran talento y fecundo en iniciativas, supo ganarse las simpatías de los araucanos por su celo y obras de caridad. Conocedor como nadie de la situación, propuso al Conde Lemos, Presidente del Consejo de Indias, y luego al Rey, su famoso plan de la guerra defensiva, o sea, que en vez de gastar inútilmente tropas y dinero en someter a los rebeldes araucanos, se construyese una línea de fuertes fronterizos y allí la guarnición se mantuviese a la defensiva, mientras los misioneros entraban predicando la fe a los indios montaraces e indómitos hasta convertirlos y reducirlos a vivir en paz y amistad con los españoles. Con ello se conseguía además evitar que los indios vencidos y cautivos cayesen en la servidumbre y esclavitud de encomenderos sin conciencia. Acertado parecía el propósito y bonísima la intención del Padre, aunque poco conforme con su Instituto, que le prohibía meterse en negocios políticos. Valdivia vino a España a gestionar en la corte. Aceptado su proyecto, se volvió a Chile, y él, con amplísimos poderes, luego de haber obtenido la libertad de 11.000 indios esclavizados, se metió por el Arauco anunciando a todos los pueblos y a sus caciques la paz de parte de los españoles. Fundó en La Concepción un Colegio de la Compañía y otras tres residencias en la frontera, desde donde los jesuítas hacían sus entradas evangelizando a los indios con feliz resultado.

Hubo a los comienzos tres gloriosos martirios en el valle de Elicura; su sangre hizo fértil aquella tierra, y otros misioneros corrieron a recoger las mies, principalmente el fervoroso P. Diego de Rosales. La campaña del P. Valdivia en pro de la libertad de los indios tropezó con la violenta oposición de los encomenderos y de otros españoles, aun de los frailes; los superiores de la Compañía, especialmente el P. Diego de Torres, aprobaron la idea, mas no el hecho de mezclarse el P. Valdivia en asuntos políticos y militares. Los Reyes de España agradecieron vivamente al misionero los servicios que había prestado a la corona, y cuando regresó a su patria quisieron retenerle en Madrid, pero por vo-

luntad del P. General se retiró al Colegio de Valladolid (1621), donde pasó sus últimos años escribiendo una historia de la provincia de Castilla. Desde 1607 perteneció Chile a la provincia del Paraguay; desde 1624 se constituyó en viceprovincia subordinada al Perú. Si el número de sujetos siempre fué escaso, su actividad laboriosa se hizo digna de encomios. A propósito de las misiones chilenas escribía al Rey en 1633 el Virrey del Perú, Conde de Chinchón: «Si fuera posible que todas las doctrinas del Perú las tuvieran a su cargo los Padres de la Compañía, se les luciera diferentemente a los indios y se excusaran muchos excesos en materia de granjería.» El más floreciente de los colegios era, con mucho, el de Santiago, que por concesión del Papa y voluntad del Rey alcanzó la categoría de Universidad.

Facultad de conferir grados académicos. Universidades

Aunque el Estado español se apresuró a implantar en América Universidades, como las de Lima (1551) y Méjico (1553), que funcionaban en el siglo XVI con entera regularidad, gozando de las mismas prerrogativas y libertades que las de Salamanca y Alcalá, todavía, por las inmensas distancias que mediaban entre las poblaciones del Nuevo Mundo, les era difícil a muchos estudiantes adquirir los grados académicos necesarios para llegar a ciertas dignidades en las jerarquías eclesiásticas y civil.

Deseando acudir a esta necesidad, los jesuítas, casi al mismo tiempo que los dominicos, obtuvieron la facultad de conferir grados en algunos de sus colegios, los cuales, por el mismo hecho, quedaron equiparados a cualquier centro universitario, aunque careciesen de ciertas preeminencias y dignidades anejas a las verdaderas Universidades Pontificias y Reales. El 8 de agosto de 1621 Gregorio XVI, ampliando los privilegios otorgados en este punto a la Compañía de Jesús por Pío IV y Gregorio XIII, expidió un breve concebido en estos términos: «Condescendiendo con las súplicas que nuestro hijo carísimo en Cristo, Felipe, Rey

Católico de las Españas, nos ha presentado humildemente sobre este negocio..., concedemos con apostólica autoridad, por el tenor de las presentes, a Nuestros Hermanos los Arzobispos y Obispos de las Indias occidentales, y en caso de sede vacante, a los cabildos de las iglesias catedrales, el que puedan conceder los grados de bachiller, licenciado, maestro y doctor a todos los que hubieren estudiado cinco años en los Colegios formados por los presbíteros de la Compañía de Jesús, de las Islas Filipinas, de Chile, Tucumán, Río de la Plata, Nuevo Reino de Granada y de otras provincias y partes de las mismas Indias, donde no existen Universidades de estudio general, que disten por lo menos doscientas millas de las públicas Universidades...»

Confirmado este privilegio pontificio por el Rey Felipe IV, se dieron prisa los jesuítas a ponerlo en práctica en los Colegios de Córdoba, Chuquisaca, Santiago de Chile, Cuzco, Manila, etc., no sin enredarse en pleitos y disputas con la Universidad de Lima, y más adelante con los frailes Predicadores en Manila, Santiago de Chile, Quito y Santa Fe de Bogotá. Los mencionados Colegios, que tenían Facultades mayores, se llamaron simplemente Universidades.

El servicio personal o las encomiendas

Aquí conviene decir algo de las encomiendas de indios. Todos los Reyes de España prohibieron repetidamente y con seriedad esclavizar a los indios americanos, como en otras partes se hacía con los negros del Africa. Introdújose, sin embargo, un régimen que indirectamente condujo en algunas regiones a la servidumbre y esclavitud. «Remedando—escribe Astrain—las ideas feudales de la Edad Media, había introducido en América Cristóbal Colón, y lo habían aprobado nuestros Reyes, el uso de repartir a los españoles conquistadores y beneméritos ciertos territorios y cierto número de indios que les reconocieran como señores temporales, les prestaran vasallaje y les sirvieran con aquel tributo que debían pagar a Su Majestad Católica, conmutando en él lo que antiguamente pagaban a sus antiguos reyes y señores. Con esta

institución no se hacían los indios esclavos del encomendero, sino, propiamente hablando, vasallos o súbditos civiles.» Esto se decía *encomienda*, régimen justo, en sí considerado. Los indios no pagaban el tributo con dinero, sino con un *servicio personal*, ya en el cultivo de los campos, ya en la construcción de edificios, ya en otras obras serviles, y los encomenderos se obligaban a cuidar de la instrucción cristiana de sus encomendados. Como se deja suponer, hubo amos avaros y crueles que, desobedeciendo las órdenes reales, abusaron de este servicio personal, forzando a los indios a trabajar más de lo justo, negándoles lo necesario para vivir dignamente y reduciéndolos prácticamente a la condición de esclavos.

La Historia de la Compañía de Jesús debe contar como una de sus más brillantes páginas la campaña que sus hijos sostuvieron en pro de la libertad de los indios y de los negros de América y Africa. Hemos visto al padre Valdivia en Chile. Veremos más adelante al padre Barreira en el sur de Africa, al padre Avendaño en el Perú y al padre Vieira en el Brasil. Ahora nos toca ver al padre Diego de Torres. Estos campeones de la libertad natural del hombre pertenecen a la misma Orden que aquellos teólogos que en las Universidades europeas salieron por los fueros del libre albedrío, defendiendo la doctrina de Molina.

Fué el Provincial del Paraguay y Chile, padre Diego de Torres Bollo, quien emprendió la campaña contra el servicio personal abusivo. El año 1608, en llegando a Santiago, donde los mismos jesuítas tenían 20 indios en casa «me resolví—dice—a ejecutarlo y poner los indios en libertad, como lo hice, delante de su protector y un escribano y juez, ofreciéndoles de nuevo, si nos querían servir, mayores comodidades y salario, lo que ellos aceptaron con mucho gusto». Difundiéronse por la ciudad copias del acta notarial, y como se levantase gran clamoreo contra la Compañía, hizo el padre redactar un dictamen demostrando la licitud de lo por él ejecutado y la iniquidad del servicio personal, tal como allí se practicaba. Pasando en seguida al Tucumán y Paraguay, hizo otro tanto, levantándose las mismas protestas, aun de parte de amigos, que empezaron a negar a los jesuítas las limosnas y aun el trato,

y acusándoles de que querían arruinar el Imperio español, imposible de sostener sin el trabajo forzado de los indígenas. Pero el jesuíta no hacía sino interpretar y cumplir la voluntad del Monarca español, y tuvo la dicha de ver que en 1610 llegaba el oidor don Francisco de Alfaro, enviado por Felipe III para arrancar de cuajo los abusos, pasando por encima de todos los intereses creados. Con el consejo del padre Diego de Torres y de las personas autorizadas del país, dictó unas ordenanzas que señalan en Suramérica el alborear de la justicia, de la libertad y de la caridad social cristiana. «Aunque no hubiera hecho otra cosa en toda su vida el padre Diego de Torres sino empezar a promover esta obra admirable, tendría justos títulos a que todo el mundo le respetase como uno de los grandes bienhechores de la Humanidad» (Astrain). ¡Cómo no habían de reconocer los indios en todas las misiones que los jesuítas eran «sus únicos y verdaderos protectores y padres!

Las misiones del Paraguay

No se limitaba a la actual república del Paraguay el territorio de las célebres reducciones guaraníticas, sino que se extendía por las riberas de los grandes ríos Paraguay, Paraná y Uruguay, comprendiendo buena parte de la actual República Argentina y el Uruguay con las provincias meridionales del Brasil.

Fué el Obispo de Tucumán Francisco de Victoria, O. P., quien a fuerza de ruegos consiguió del padre Aquaviva y de Felipe II le enviasen misioneros jesuítas. Los padres Francisco de Angulo y Alonso de Barzana entran por fin en aquel país en 1585 y fijan su residencia en Santiago del Estero, iniciando desde allí la evangelización de los indígenas. Del Brasil llegan tres padres a la Asunción en 1587. Nuevos misioneros fundan modestas residencias en *Salta, San Miguel de Tucumán, Villarica.* Del padre Barzana, por poner un solo ejemplo que nos retrate el espíritu de aquellos varones apostólicos, refiere lo siguiente el padre Añasco, su compañero de fatigas en las misiones del Chaco (1590-92): «Aunque no vi al santísimo padre Francisco Javier en la India

oriental, vi al padre Alonso de Barzana, viejo de sesenta y cinco años, sin dientes ni muelas, con suma pobreza, con profundísima humildad, que no hay novicio de un día de religión que así se quiera sujetar, pidiendo parecer en cosas en que le puede dar aventajadísimamente y le ha dado muchos años; haciéndose viejo con el indio viejo y con la vieja hecha tierra, sentándose por estos suelos para ganarlos para Cristo, y con los caciques e indios particulares, muchachos y niños, con tanta ansia de llevarlos al Señor, que parece le revienta el corazón, y de la mañana a la noche no pierde un momento ocioso. Su oración retirada desde antes de amanecer por esos campos, su continuo trabajo en macear con tantas lenguas tan diferentes, y sobre todo, para llevar este trabajo, el mayor regalo que el santo viejo aquí tiene es una poca de harina de maíz tostada.» Sorprende verdaderamente la santidad de los misioneros del Paraguay, y así no es extraño que Dios bendijese tan maravillosamente el campo de sus sudores. El Provincial padre Rodrigo de Cabredo escribía después de una visita que les hizo en 1602: «Vi aquellos religiosos en quienes está embebido el primer espíritu de nuestra Compañía: humildes, pobres, mortificados, que comen mal y duermen peor, visten muy pobremente y están contentísimos y sanos y favorecidos de Nuestro Señor en la oración y unidos estrechamente con Su Divina Majestad y entre sí, con el vínculo de la verdadera caridad. Varones... *quibus mundus crucifixus est.*» Pobres eran aquellas tierras para el Imperio español, pero el Rey sostenía a los misioneros por el inmenso fruto espiritual que cosechaban. Al benemérito padre Diego de Torres, de quien hemos hablado ya, cabe la gloria de ser el primer organizador de las reducciones guaraníticas En su viaje por España e Italia reclutó 45 celosos operarios, y con 13 de ellos, dejando los restantes en el Perú, se dirigió al Paraguay, de donde acababan de nombrarle primer Provincial (1607-1614). Antes de poner las bases de la gigantescas obra de las misiones, mandó que todos hiciesen Ejercicios espirituales y empezó a planear. A pesar de las nuevas expediciones de misioneros, no disponía de muchos elementos. Sabemos que en 1614 los jesuítas de aquella provincia eran 122, y un decenio más tarde 196, pero la tercera

parte pertenecía a Chile. En 1628 el padre Gaspar Sobrino trajo al Paraguay 36 sujetos, con lo cual en 1631, después de la separación de Chile, llegaban a 149.

El excelente Gobernador de la Asunción, Hernando Arias de Saavedra, considerando que entre el Paraguay, Argentina y Brasil se extendía la populosa tribu de los guaraníes, de costumbres inhumanas y no fácil de domar por las armas, invitó al padre Diego de Torres a que la Compañía se encargase de convertir aquellos salvajes y reducirlos a vida sedentaria y civil: he aquí el origen de las famosas *Reducciones*. Para aceptar la propuesta, exigió el padre Torres dos condiciones: para el mantenimiento de cada dos misioneros (a veces dos y un Hermano), pagase el Real Erario la pensión de un cura y doctrinero de indios; y que estuviesen exentos, los que se reducían, del servicio personal y no fuesen molestados por soldados y colonos españoles. Aprobó estas condiciones el Gobernador y ratificólas el Rey en 1611. Esparciéronse los jesuítas en busca de los indios, no yendo nunca solos, sino de dos en dos, y ahora no en plan de misioneros itinerantes, sino exhortando a los indios y atrayéndolos con promesas, donecillos y con el encanto de la música a que dejasen sus selvas y tolderías movedizas para congregarse en pueblos estables o reducciones. Así la labor civilizadora y evangélica era más fácil y eficaz. El fervoroso padre Marciel de Lorenzana, misionero desde 1593, se dirigió hacia el Sur, a orillas del Paraná, y tras una provechosa entrevista con el franciscano fray Luis Bolaños, que le dió prudentes instrucciones y un catecismo en idioma guaraní, fundó la primera reducción, que recibió el nombre de San Ignacio-guazú (1610); los italianos José Cataldino y Simón Masetta corren hacia el Norte y fundan, en la región de Guayrá, las dos reducciones de San Ignacio-miní y Loreto (1610). El padre Roque González de Santa Cruz, que había hecho las primeras armas misionando a los Guaycurus, pasa en 1611 al Paraná y establece la reducción de Itapúa o Villa Encarnación (1615), asienta otras varias con la ayuda de otro celosísimo misionero, Diego de Boroa, entre los ríos Paraná y Uruguay, reúne a varios caciques y numerosos indios para fundar la de La Concepción (1620), y luego las de San Nicolás, San Javier y

Yapeyú, y cuando trabajaba en asentar la de Todos los Santos en el Caró, cae bajo los golpes de un cacique y hechicero, juntamente con los padres Alonso Rodríguez y Juan del Castillo (1628). En 1934 han sido los tres beatificados. Otro misionero infatigable, acaso el más insigne de cuantos trabajaron en aquel campo, fué el padre Antonio Ruiz de Montoya, que llegó en 1612 al Guayrá con el padre Martín Javier Urtasun, joven de veinticuatro años, pariente lejano de San Francisco Javier. Dos años más tarde, en la flor de su juventud, moría Urtasun de hambre y de miseria. No era el Paraguay ningún Eldorado sino para los codiciosos de reinos y tesoros espirituales. Desde 1620 era el padre Ruiz de Montoya Superior de las misiones de Guayrá y luego de todas las del Paraguay. El fué quien fundó las reducciones de San Javier, Encarnación, San José, San Miguel, San Pablo, San Antonio, Concepción, San Pedro, Los Siete Angeles, Santo Tomás, Jesús María, entre mil azares y peligros de muerte, como puede leerse en su *Conquista espiritual*. El fué también quien mandó misioneros a los indios itatines y a la inmensa región del Tape, en la parte meridional del Brasil.

Contradicciones

Los que vinieron a paralizar este gran movimiento civilizador y cristiano fueron principalmente los paulistas, habitantes de la ciudad de San Paulo, en la costa del Brasil, no todos portugueses y y mestizos, sino también aventureros y forajidos de diversas naciones, que en aquella ciudad buscaban refugio a sus crímenes y, mezclados con mestizos y mulatos, hacían incursiones o *malocas* por el interior del país para cautivar indios y traficar con ellos como esclavos. Merecen conocerse los datos que en 1652 comunica uno de los misioneros, el P. Francisco Díaz Taño: «Hiciéronse en las provincias del Paraná y Uruguay 48 pueblos, todos de indios infieles y bárbaros. De éstos, los 26 los han debelado y destruído los rebeldes del Brasil, y llevado tan gran suma de almas, que afirma Su Majestad en una Real Cédula, que es de las presentadas, haber testigos que afirman pasaban de 300.000. Solamente han quedado

22 reducciones, las 20 en los dos ríos del Paraná y Uruguay y dos en las provinicias de Itatines, donde hoy habrá en las del Paraná 40.000 almas entre mujeres y niños indios, que aunque eran muchos más millares, y estaban ya bautizados, como consta de los libros del bautismo, ciento cincuenta y tantos mil, parte de ellos llevaron los dichos y parte se han muerto con las pestes.» La primera incursión o *maloca* tuvo lugar el año 1611. Durísima fué la de 1628, en que 400 paulistas y 2.000 tupíes, indios feroces que solían ser sus auxiliares en estas malocas, devastaron el Guayrá. En vano el P. Masetta intercedió por sus indios cristianos; en vano se fué tras ellos, metiendo a veces su cabeza en las colleras de los cautivos, que desfallecían y caían muertos en el camino; en vano en la ciudad de San Paulo apeló a las autoridades del país; éstas eran cómplices de los malhechores. Todavía fué mayor el ejército de paulistas y tupíes que cayó en 1630 sobre las reducciones, destruyendo iglesias y cautivando cristianos. ¿Qué remedio tomar? De las once reducciones del Guayrá, con sus 100.000 indios, tan sólo quedaban en pie las dos primeras, con un total de 12.000 indios. El P. Ruiz de Montoya resolvió hacerlos transmigrar a todos, en una gigantesca odisea, que él se encargó de dirigir. Mandó construir 700 balsas o canoas, y en medio de peligros sin cuento bajaron por la corriente del Paraná a tierras más próximas de ciudades españolas (1631). Vendían los misioneros hasta sus librillos, sotanas y ornamentos de iglesia para dar de comer a los indios antes de acomodarlos en las nuevas tierras, y si no murieron de hambre fué porque un buen español les cedió un rebaño de más de 40.000 vacas.

Como se repitiesen ahora las incursiones de los paulistas contra la región del Tape y de los Itatines, pensó el P. Montoya en otro remedio más eficaz, que fué armar a sus indios y amaestrarlos para la guerra contra los enemigos. Se necesitaba el permiso del Monarca español. No vaciló el misionero, y en 1637 se dirigió a Madrid, expuso el asunto a Felipe IV, y habiendo obtenido del Rey lo que quería, regresó a América en 1640. El Virrey del Perú mandó suministrar a los indios armas de fuego y pólvora. Un Hermano coadjutor, antiguo soldado, les enseñó el ma-

nejo de los arcabuces y de alguna que otra pieza de artillería, de suerte que cuando en 1641 aparecieron 450 paulistas con 2.700 tupíes en 300 canoas por el río Uruguay, tocaron al arma los neófitos, juntáronse en un momento 4.200 indios de las reducciones, y en una refriega que duró dos días «dieron el más cruel Santiago que vieron jamás aquellos montes». Ciento veinte paulistas y centenares de tupíes quedaron tendidos en el campo; los demás huyeron escarmentados para siempre.

A estas contrariedades se eslabonaron otras de muy distinta especie. A punto estuvieron los misioneros de ser arrancados de sus queridas reducciones, y era lo más doloroso que el perseguidor venía ahora con báculo de Pastor y Padre; ya adivinará el lector que nos referimos a D. Bernardino de Cárdenas, Obispo de La Asunción (1641-1651). «Son tan inverosímiles, tan inesperados y tan contradictorios los hechos de D. Bernardino, que cuesta trabajo al historiador, no solamente establecer la verdad de lo que sucedió, sino también calificar a un hombre que unas veces parece loco rematado y otras criminal digno de un presidio.» (Astrain.) Baste decir que intentó matar al gobernador, asegurando que esto no era ni pecado venial, y él, que había empezado elogiando la labor de los jesuítas, quiso luego expulsarlos a todos del Paraguay, por lo cual el Papa le había de levantar —así decía—una estatua en Roma y le diría: «Bernardino, mañana te santificaré.» De palabra y por escrito infamaba a los de la Compañía cuanto podía, acusándoles de herejes y cismáticos, y repitiendo la calumnia, que desde entonces se generaliza en Europa, de que los misioneros del Paraguay ocultaban tesoros fabulosos, explotaban minas por medio de los indios, negaban el tributo al Rey y maquinaban levantarse con el reino del Paraguay. Y a una cabeza como la de D. Bernardino dieron crédito muchas personas que se decían sensatas e imparciales. A tales calumnias, y a las de su contemporáneo Palafox, poco tendrán que añadir en el siglo XVIII los enciclopedistas y jansenistas.

Organización de las reducciones

Todas las reducciones o pueblos fundados por los misioneros se construían de un modo uniforme. Una vez escogido el terreno salubre y fértil, alzábase lo primero la iglesia; a un lado, la casa de los Padres y las escuelas; al otro, los talleres de artes y oficios; detrás, un cercado o huerta para los misioneros, y delante, una gran plaza de unos 125 metros de lado, en cuyo centro se elevaba una cruz o columna con una estatua de la Virgen. A los lados de la plaza se alineaban las casas de los indios formando calles bien trazadas, más o menos largas, según el número de habitantes, que en cada Reducción oscilaba entre mil y siete mil. Las ruinas que aún se conservan dan testimonio de la magnificencia y arte con que se construían, sobre todo, las iglesias, todo lo cual contribuía a la educación y civilización de aquellos salvajes. Al frente de cada Reducción estaban dos o tres misioneros, bajo la vigilancia y dirección de un Superior general. Siendo poco conforme al Instituto la cura de almas estable y fija, quiso la Compañía ceder al Obispo las Reducciones, cuando éstas se convirtieron en Doctrinas o verdaderas parroquias, pero a ruegos de las autoridades, y viendo que de otro modo todo se venía por tierra, se encargó de ellas con ciertas condiciones que dejasen a salvo la libertad de los Superiores en el poner y retirar a los misioneros que hacían de *curas* o *doctrineros*.

Para proteger a los indios de la rapacidad y de los vicios de los colonos, consiguieron los misioneros que allí no entrasen de asiento españoles, ni mestizos, ni negros; todos eran indios, y de entre ellos se nombraban siempre las autoridades: un Corregidor, un Teniente, dos Alcaldes mayores de primero y segundo voto, Alférez real, cuatro Regidores, Alguacil mayor, Alcalde de la hermandad, procurador y escribano, que componían su cabildo o ayuntamiento. Reuníanse los cabildantes para la elección el día primero de año, escribían los nombres de los elegidos en un papel y lo entregaban al Padre, el cual quitaba o ponía, según le

parecía conveniente, «porque hay ley para toda la América que se haga el cabildo con dirección del párroco». El Gobernador daba luego su visto bueno. La toma de posesión hacíase en el pórtico de la iglesia, con grandes ceremonias y festejos populares. En esta separación o aislamiento de los indios reducidos y en el privilegio real de no estar adjudicados a ningún encomendadero, vieron algunos malévolos una estratagema de los jesuítas para apoderarse de aquellas tribus y constituir con ellas, no una provincia del Imperio español, sino un reino jesuítico independiente. Como eran aquellos indios de una mentalidad infantil, echaron mano los misioneros de aquellos recursos que impresionan los sentidos a la vez que educan cristianamente, como la música religiosa, las danzas alegóricas, y sobre todo la liturgia, que desplegó en las Reducciones guaraníes una pompa y esplendidez nunca vistas.

Claro que interpretaban la liturgia como se podía interpretar en los tiempos del barroco, mas los efectos eran admirables y el pueblo vivía plenamente el espíritu de la Iglesia, palpitando de anhelos del Salvador en Adviento, de contrición en Cuaresma y de alborozo en las fiestas pascuales; la del Corpus se celebraba con una solemnidad triunfal y pomposa, que se ha hecho célebre. Todos los días era la misa con cantos y música. «Les buscamos—escribe el P. Cardiel—papeles de los mejores músicos de España y aun de Roma, para cantar y tocar.» Describiendo este misionero la misa diaria, dice cómo al principio cantan un salmo, según el día, y el *Laudate pueri,* y continúa: «Vuelven a repetir que alaben a Dios, y esto hacen cuatro o cinco veces, hasta que se acaba el salmo. Al *Gloria Patri,* todos juntos, altos y contraltos, tiples, clarines, bajones, chirimías, violines, arpas, órganos, cantan el gloria, y con tal armonía, majestad y devoción, que enterneciera el corazón más duro. Y como ellos nunca cantan con vanidad y arrogancia, sino con toda modestia, y los niños son inocentes, y muchos de voces que pudieran lucir en las mejores catedrales de Europa, es mucha la devoción que causan. Acabado el salmo, después de la consagración, vuelven a tocar un poco, y luego entonan algún himno, el *Jesu dulcis memoria* o el *Ave*

Maris stella o alguna otra letrilla a Nuestro Señor, a la Virgen, a San Ignacio nuestro Padre o al santo de aquel día.» Acaso nunca se haya visto en la Historia, desde los tiempos de la primitiva Iglesia, una sociedad de vida tan pura y ejemplar, un «*cristianismo tan feliz*» como el de los guaraníes, que, exentos de toda preocupación corporal, levantábanse por la mañana rezando piadosas oraciones. asistían a los oficios litúrgicos, ejercitábanse en un trabajo moderado, solemnizaban con músicas las fiestas religiosas y civiles, pedían la bendición al Padre y a Jesucristo Sacramentado cuando salían de viaje y llevaban una vida que para otros sería excesivamente regular, pero que para aquellos indios aniñados, incapaces de toda iniciativa, era la única educadora. Así lo comprendieron más tarde aun los enemigos de los jesuítas que habían criticado esta forma de proceder y vieron que, apenas cambiado el sistema por la expulsión de los misioneros, volvieron los indios a la vida salvaje.

Por ese afán de crítica, han exagerado algunos la uniformidad de las costumbres, como si todo se hiciera a toque de campana, igual que en un colegio de religiosos. Lo cierto es que los guaraníes vivían encantados bajo aquel régimen paternal. Hase dicho también que allí reinaba un verdadero comunismo cristiano; mas también en esto hay exageración, porque aunque es verdad que cada pueblo tenía extensos campos y posesiones comunes, mas no le faltaba a cada familia su propiedad particular. Sucedía a veces que la desidia del indio era tan grande, que se olvidaba de sembrar, o desperdiciaba la cosecha; el misionero le imponía castigos y le obligaba a trabajar; de la propiedad común se remediaban las deficiencias particulares, se sostenía la casa de las recogidas, se pagaban los viajes en pro del pueblo, se agasajaba a los enfermos, viejos y necesitados, lo mismo que a toda clase de huéspedes y peregrinos, españoles o indios. Para evitar despilfarros o que el indio diera todo lo suyo por una bagatela, las cosechas de cada familia se almacenaban en los graneros comunes, de donde se iba dando a cada cual lo que necesitaba. Del mismo modo, cada familia poseía siempre su pareja de bueyes, además de las inmensas vacadas que poseían en co-

mún, con lo que la pobreza no existía. Como al principio estaban exentos de tributos, surgieron entre los españoles, murmuradores que acusaban a los misioneros de defraudar las arcas reales y de que los indios no prestaban utilidad ninguna al Estado; más aún, de que los del Paraguay no eran vasallos del Rey, sino propiedad de los jesuítas; por lo cual insistió el P. Ruiz de Montoya en que el Rey señalase un tributo fijo, que fué un ducado o peso de ocho reales por cabeza; pero fué un disparate el exigir este tributo en moneda y no en especie, porque moneda acuñada no circulaba en el Paraguay. ¿Qué hacer pues para sacar dinero? Fué preciso vender la yerba mate en La Asunción, Buenos Aires, etc., y como los indios no eran aptos para estos menesteres, porque les engañaban miserablemente los españoles o criollos, tenían que encargarse los misioneros de este negocio; de aquí los rumores infamatorios que corrieron sobre el comercio de los jesuítas. Con el producto del mate adquirían también los indios sus ropas, herramientas, alhajas de iglesia y otros objetos que les eran indispensables.

Los jesuítas les instruían en las primeras letras y en todas las artes y oficios que son de necesidad en un pueblo civilizado. «Herreros, carpinteros, tejedores, estatuarios, pintores, doradores, rosarieros, torneros, plateros, materos o que hacen mates, que es la vasija en que se toma la yerba del Paraguay llamada mate, y hasta campaneros y organeros hay en algunos pueblos. Sastres lo son todos los indios para sí, y para los ornamentos de la iglesia, vestidos de gala y cabildantes y cabos militares lo son los sacristanes. Para el calzado de éstos hay sus zapateros.» (Padre Cardiel.) En todas las artes y oficios alcanzaron una prodigiosa perfección imitativa, pero nunca mostraron ni asomo de originalidad.

Algo tiene de idílico este cuadro de las Reducciones, pero nadie vaya a imaginarse una república ideal, pues se trataba de gentes de mentalidad infantil y sumergidas hasta poco antes en los vicios de la borrachera, la poligamia y aun la antropofagia. Si los misioneros los trataron como a menores, sometiéndoles a su paternal tutela, fué porque era la única manera de purificar

sus costumbres. Naturalmente, había faltas; rara vez crímenes. El juez era el misionero, quien paternalmente, oídos los testigos, dictaba sentencia, sin réplica ni apelación. En otras misiones americanas, donde prevaleció un régimen análogo, los indios que se hacían reos de crímenes graves solían ser entregados a las autoridades españolas para que éstas los castigasen, con pena de muerte inclusive. En el Paraguay, por ser los indios más dóciles y los crímenes más raros, la pena de muerte no existía. Había cárcel, si bien el castigo más ordinario de los delincuentes eran los azotes.

No toda esta perfección que aquí hemos descrito la alcanzaron las Reducciones guaraníes desde el principio; su mayor perfección y florecimiento tuvo lugar en el siglo XVIII.

BRASIL

De la Provincia jesuítica del Brasil (que en 1616 contaba 180 sujetos) poco hay que añadir a lo referido en el período precedente. Unida, como Portugal, a la corona de España, tenía un régimen misional en todo semejante al de las demás regiones hispanoamericanas. Al surgir nuevas ciudades, allí estaban los jesuítas estableciendo nuevas residencias: *Paraíba* (1585), *Río Grande del Norte* (1599), *Espíritu Santo, Sao Paulo*. Se trabajaba con los blancos en los ordinarios ministerios espirituales y en la enseñanza literaria, se atendía con particular cuidado, desde los tiempos del P. Nóbrega, a la educación de los niños indígenas, y se misionaba entre los salvajes, penetrando en lo más recóndito de sus bosques y procurando congregarlos por el sistema de aldeamiento o de Reducciones. Treinta años de arduo apostolado le valieron al P. Francisco Pinto († 1608) la palma de los mártires, con que Dios le galardonó en una excursión a los bárbaros tapuyas. La misma corona le tocó al P. Luis Figueira en 1643. Al tratar del Paraguay hemos hablado de los paulistas; tales cazadores de hombres existían también en otras partes del Brasil, y éstos eran los mayores enemigos de las misiones, porque los indios huían a la selva, a fin de no caer en manos de aquella gente

desalmada, que los forzaba a trabajar como esclavos en las plantaciones de caña de azúcar, etc. En vano Felipe II en 1595 prohibió semejante esclavitud; en vano Felipe III mandó en 1609 y en 1610 poner en libertad a todos los así esclavizados; en vano Felipe IV renovó estas ordenaciones severas en 1640. Los abusos no se desarraigaban. Los jesuítas tronaron contra tamañas iniquidades. Y en el período siguiente veremos al intrépido Padre Vieira hacerse el campeón de la libertad de los indios brasileños.

MISIONES DE AFRICA

Angola, Congo, Zambeza, Etiopía

Uno de los ministerios de los jesuítas en el Brasil era el cultivo espiritual de los negros esclavos, tan numerosos en aquellas partes, que se pensó en agregar la misión africana de Angola a la provincia brasileña. De Angola, Guinea y Congo salían anualmente exportados no menos de 12.000 negros, cautivados algunos en guerras justas, otros muchísimos arrebatados criminalmente por los cazadores de hombres que traficaban con ellos, principalmente en los puertos de América. Gloria de los misioneros portugueses es la defensa constante y esforzada que hicieron de los pobres africanos, luchando intrépidamente contra las incursiones de los negreros y denunciando sus injusticias ante el Rey. Gracias a ellos, pudieron teólogos eminentes de la Compañía, como el famoso moralista Tomás Sánchez, Fernando Rebelo y singularmente el P. Luis de Molina, denodado paladín de la libertad, influir en la opinión pública desde las páginas de sus doctos tratados morales y jurídicos, en pro de la libertad y de la dignidad humana, la cual—justo es decirlo—nunca se vió tan conculcada y escarnecida como cuando, años adelante, la trata de negros cayó en manos de los ingleses.

Señalóse entre esos misioneros el *P. Baltasar Barreira* († 1612),

que tuvo la satisfacción de bautizar a varios reyezuelos, como el de *Sierra León*; plantó en la costa occidental del Africa una gran cruz, en señal de que allí reinaba Jesucristo, y redujo a la fe cristiana al Rey de Mocumba, en el interior de *Angola*, donde ya el año 1590 eran los cristianos indígenas más de 20.000. Digno sucesor del P. Barreira fué el *P. Pedro Tavares*, que supo adaptarse admirablemente a la condición de aquellas rudas gentes de *Angola* y del *Congo* y conquistarlas para Jesucristo.

En *Madagascar* o *San Lorenzo* no tuvo gran resultado la primera predicación de los jesuítas en 1613 y 1616, por lo que el Padre Mariano, dejando a los malgaches, lanzóse a la evangelización de los cafres de las orillas del río *Zambeza*. Aquí la tierra era más insalubre, pero los negros se mostraron más dóciles y el fruto más rápido y consolador. Hasta cien aldeas recorrió en el año de 1624 el P. Mendoza, inundándosele el corazón de gozo cuando oía las voces claras de los negritos, que cantaban en su lengua la doctrina cristiana y revelaban en sus costumbres la blancura de su alma.

Etiopía, sólo fecunda en trabajos y penalidades mientras vivió el P. Oviedo, conoció unos años de prosperidad por la acción del Padre Pedro Páez, quien realizó entre los abisinios un brillante apostolado, comparable con el de Ricci en el Imperio chino, con la ventaja de que aquí los resultados fueron más espléndidos, aunque efímeros. Cuando en 1589 trata Páez de penetrar en Etiopía, cae cautivo de los turcos, obtiene su libertad tras siete años de duro cautiverio en Arabia, y entra, por fin el año 1604 en el impero etiópico, sometido al error monofisita y al cisma de Alejandría. Sobre sus predecesores en la difícil misión tenía el prestigio de la ciencia. Su saber teológico le hizo triunfar de los doctores indígenas en públicas disputas, a lo cual contribuía en gran manera su fama de hombre docto, bien merecida por sus profundos conocimientos de la lengua popular *amhárica* y de la lengua sabia, el *gheez*, y de toda su literatura. Convencido el Emperador Za-Dagal de que la verdadera doctrina era la de Roma, predicada por el jesuíta, trató de volver al redil de San Pedro; estorbóselo el fanatismo de los monjes monofisitas; pero apenas

subió al trono el Negus Seltán Seghed (1607-1632) la actividad de los misioneros se redobló por el favor decidido de la corte. En 1622 el Negus renunció a la poligamia, principal lazo que hasta entonces le impedía la conversión, y se hizo católico, en unión del Príncipe heredero, que sucumbió luego en una conjuración, y de otros grandes del reino, como el Príncipe Sella Christos, con inmenso consuelo del P. Páez, que al año siguiente fallecía tranquilamente.

Había que nombrar un Patriarca de la Iglesia de Etiopía, y el Papa Gregorio XV designó para este cargo al P. Alfonso Méndez, catedrático de Sagrada Escritura en las Universidades de Coimbra y Evora. En sus manos hizo el Emperador con toda su corte profesión de fe católica y juramento de fidelidad al Papa de Roma, e inmediatamente se multiplicaron las conversiones: 25.000 paganos recibieron el bautismo en 1625 y muchos millares de monofisitas abrazaron la fe romana. Entre los mismos monjes, cuyo fanatismo parecía irreductible, hubo conversiones tan sinceras, que de ellos salieron fervorosos apóstoles de su patria y heroicos mártires de la fe; la mayoría, sin embargo, permaneció aferrada a su herejía, a sus prácticas judaicas y al desenfreno moral, muy arraigado, por desgracia, en el país. Ellos fueron los que tramaron conjuraciones, revueltas y guerras, que llegaron a fatigar el ánimo de Seltán Seghed y le movieron a apostatar. No tuvo el Patriarca Méndez el tacto y discreción convenientes, pues al querer corregir con mano fuerte la superstición e inmoralidad, al imponer a los sacerdotes coptos el celibato, al tratar de sustituir la liturgia nacional por la latina, dió, si no causa, al menos pretexto para que los rebeldes y descontentos, particularmente los monjes y el Príncipe heredero Basilides o Fasildas, persuadieron al Negus la vuelta a la antigua fe alejandrina. Esto tuvo lugar en 1632. Aquel mismo año murió, arrepentido y después de recibir los sacramentos de manos de un misionero jesuíta, el Negus Seltán Seghed. Subió al trono Basilides, que persiguió cruelmente a los católicos y desterró a los misoneros. El Padre Méndez fué encarcelado; pero, libertado luego por los portugueses, acabó su vida en Goa, el año 1656. Siete misioneros

que quedaron ocultos murieron mártires; los dos últimos, en 1640. De los mártires seglares, el más ilustre fué el Príncipe Sella Christos, hermano de Seltán Seghed.

MISIONES DE ASIA

Misiones del próximo Oriente

La primera misión estable que la Compañía de Jesús fundó en Levante, o sea, en las regiones bañadas por el Mediterráneo oriental, fué la de *Constantinopla*, iniciada por jesuítas italianos, a cuya cabeza iba el heroico P. Julio Mancinelli. La peste se cebó en ellos, por lo cual Sixto V los mandó retirarse en 1586. Jesuítas franceses reemprenden la misión en 1609. Enrique IV, aconsejado por el P. Cotón, obtuvo permiso del Sultán para que en la capital del Imperio turco se abriese una residencia de misioneros. Y allá van el P. Francisco Canillac con otros cuatro. A vueltas de dificultades y aun de rudas persecuciones, fundan escuelas, ejercitan obras de caridad y se captan la simpatía de la población y aun de las autoridades cismáticas, logrando por la embajada de Fernando II (1623) licencia para extender su apostolado a todo el Imperio. En 1628, el Patriarca bizantino Cirilo Lucaris, de tendencias calvinistas, dió mucho que sufrir a los misioneros, hasta arrancar de la autoridad superior un decreto de expulsión. Mas a los pocos años (1634), el apóstata hubo de salir desterrado, y más tarde, complicado en complicaciones políticas, acabó en la horca.

Deseosos los Monarcas de Francia de atenuar el escándalo que daban a sus propios súbditos católicos, aliándose con la Media Luna, movidos también ellos en cierto grado—no hay que regateárselo, especialmente a Luis XIII—del espíritu misionero que alentaba a lo mejor del pueblo francés, esforzáronse por ejercer en el Imperio turco un verdadero protectorado de las misiones. Dada la impermeabilidad musulmana a la idea católica, ilusión sería pensar en convertir las masas del pueblo turco; pero bajo

el yugo de la Sublime Puerta bullía una vasta población de cismáticos orientales en Persia, Armenia, Siria, Grecia y Egipto, entre los que se podía sembrar y recoger copiosamente. Ministerio favorito de los jesuítas era visitar a los cautivos cristianos, que gemían en los «baños», principalmente en Constantinopla, consolar a aquellos esclavos, infundirles resigación, confirmar en la fe a los que estaban en peligro de apostatar, traerlos a Dios y darles valor aun para el martirio. En Esmirna, Alepo, Naxos y Santorín se abrieron nuevos puestos de misión. El P. Jerónimo Dandini († 1634), enviado al Líbano por Clemente VIII, gozaba de gran prestigio entre los maronitas. Otros Padres trabajaban en Armenia.

India

La obra de San Francisco Javier en la India se desarrollaba con pujante vitalidad, máxime después del paso por aquellas tierras del Visitador Alejandro Valignani. Ochenta iglesias levantaban sus torres coronadas por la cruz bajo el cielo de Goa, donde los jesuítas tenían colegio, casa profesa, noviciado, catecumenado e imprenta. Otro foco de irradiación apostólica era Cochín, de donde salieron misioneros hacia Calicut, Travancor, Nagapatam, Meliapur, Maduré, etc. La Provincia de la India oriental dividióse en 1610 en dos, que fueron la de *Goa* y la del *Malabar*; a ésta pertenecían las misiones de Bengala y del Perú; a la de Goa, todo el Norte con las misiones de Etiopía y de Africa austral.

Misión del Mogol

Cinco mártires fecundizaron con su sangre la península de Salsete el año 1583; se llamaban Alfonso Pacheco, Pedro Berno, Antonio Francisco, sacerdotes; y el H. coadjutor Francisco Aranha, con su Superior el Beato Rodolfo Aquaviva, sobrino del Padre General, fervoroso joven cuya santidad y suaves modales habían encantado por tres años (1580-1583) al Rey mogol

Akbar el Grande, en su corte de Fetipur, en el norte de la India. A instancias del fastuoso y poderosísimo Emperador Akbar (1556-1605), que pidió nuevos misioneros, fueron enviados en 1594 el P. Jerónimo Javier, sobrino del gran Apóstol de la India, con el P. Manuel Pinheiro y el H. Benito Goes. Mostrábales Akbar verdadero cariño, gustaba de su conversación, llevábalos consigo en los viajes y expediciones militares, interrogábalos sobre cosas de religión, complacíase en venerar las imágenes de la Virgen y de los Santos, pero hacíasele difícil la aceptación de los misterios de la Trinidad y la Encarnación, porque quería comprenderlos y no rendir su razón a la fe: soñaba además en ser el fundador de una nueva religión de carácter sincretista con elementos paganos, moral mahometana y dogmas cristianos. Esta soberbia imposibilitó su conversión y acaso la de su vasto Imperio, que se extendía al pie del Himalaya, desde el Afganistán hasta el Orissa.

De la corte del Gran Mogol salió el H. Benito Goes en una arriesgada excursión de 4.000 kilómetros hacia el fabuloso Katay, que demostró ser lo mismo que China. Llegó a Sut-Shu y murió en 1607. El primer europeo que penetró en el Tibet fué el P. Superior de la misión de Agra, Antonio de Andrade († 1634) atravesando las nevadas cumbres del Himalaya.

Roberto de Nobili en el Maduré

Cristiandades florecientes poblaban el litoral de la India, pero en el interior, a donde no había llegado la palabra taumatúrgica de Javier, reinaba el más denso paganismo. Doce años llevaba el P. Gonzalo Fernandes predicando en el Maduré, sin conseguir ningún fruto. ¿A qué atribuir esterilidad tan pertinaz? El P. Roberto de Nobili, joven romano de altos ideales, acertó con la explicación, no bien puso los pies en aquel terreno el año 1606. Era que los hindúes, saturados de ideas bramánicas, despreciaban a todos los portugueses, porque bebían vino, comían carne de buey y no tenían reparo en tratar con personas de to-

das las castas. Por eso los convertidos hasta entonces eran generalmente de las clases bajas. Había que acercarse a las clases superiores y traerlas a Cristo. Y el P. Nobili ideó el nuevo método de evangelización. Con permiso del P. Francisco Roz, Arzobispo de Cranganore, presentóse, no como un *prangui*, nombre despectivo de los portugueses, sino como un rajá europeo, título que luego cambió por el de brahmán; evitó el trato con los parias y aun con los pranguis, se hizo servir sólo por brahmanes, vistióse el traje verde-amarillo de los *saniassis* o penitentes hindúes, rapó su cabeza dejando un mechón en la coronilla, que cubrió con su turbante, señaló su frente con polvo de sándalo, y retiróse a la soledad. El nuevo Gurú (doctor o maestro espiritual) alimentábase de arroz, leche, hierbas y agua, y esto una sola vez al día; estudiaba intensamente la lengua tamul, que llegó a dominar con entera perfección; aprendió igualmente el sánscrito y fué el primer europeo que leyó los libros sagrados de los *Vedas*; la antigua filosofía india no tenía secretos para Nobili. La ciencia y austeridad del *saniassi* extranjero llamaron la atención de los brahmanes, los cuales no tardaron en acercársele, como discípulos, quedando gratamente impresionados al ver la perfección con que hablaba el tamul, la oportunidad y buena gracia con que recitaba trozos de los poemas primitivos, lo razonable de su doctrina filosófica en lo tocante a Dios, a la creación, al alma humana, a las virtudes naturales. Cuando creyó llegada la hora, Nobili les presentó los dogmas de la fe cristiana, y siguiendo un método análogo al de San Justino y otros apologistas cristianos del siglo II, intentó demostrar que la doctrina de los Vedas estaba de acuerdo con la revelación cristiana, que ésta venía a ser como una prolongación y floración de aquélla. El éxito fué nunca visto. Al cabo de un mes noventa brahmanes se decidieron a recibir el bautismo. Naturalmente, los neófitos tenían que renunciar a todas las prácticas idolátricas o supersticiosas, pero el P. Nobili les permitía guardar la separación de castas; permitíales asimismo conservar los usos nacionales y sociales. Hubo entre los cristianos quienes se escandalizaron de semejante proceder, y fué el primero el P. Fernandes, por lo que el P. Nobili

tuvo que justificarse en 1618 ante el Arzobispo de Goa, interrumpiendo durante varios años su apostolado. Las acusaciones llegaron a Roma, al Cardenal Bellarmino, íntimo de la familia de Nobili, y a la Inquisición portuguesa, la cual aprobó la conducta del misionero, y Gregorio XV, en 1623 permitió aquellos usos del Maduré con las debidas cautelas. Inmediatamente volvió «el apóstol de los brahmanes» a sus métodos de apostolado, y en cuarenta y dos años de fecunda labor, escribió una página de las más brillantes en la historia de las misiones. En su ancianidad se retiró al Colegio de Jafnapatam, en la isla de Ceilán, y, por fin, a Meliapur, donde murió con fama de santidad en 1656. Por consejo suyo, hubo en adelante dos clases de misioneros, unos brahmanes para las clases superiores, y otros *yoquis o pandaras*, ascetas menos estimados que los *saniassis*, pero a quienes se les permitía el trato con todas las castas. De esta segunda clase fué el P. Baltasar da Costa, cuyo apostolado produjo numerosas conversiones.

Indochina

En 1615 entraron en Cochinchina los PP. Francisco Buzoni y Diego Carvalho. Dios bendijo la abnegada labor de los jesuítas, y a los veinte años ascendían los cristianos a 20.000, número que se fué multiplicando por obra del gran misionero P. Alejandro de Rhodes.

Al *Tonking*, donde ya trabajaban los dominicos, llegó el mismo P. Rhodes con el P. Marques en 1627, consiguiendo que las hermanas del Rey y muchos de sus parientes abrazasen el Evangelio. La persecución de 1630 paralizó un tanto el avance; con todo, en 1639 había 82.000 cristianos y 200 iglesias. Estalla nueva persecución en 1640. El P. Rhodes retorna a *Cochinchina*, donde llega a bautizar unos 30.000 infieles. Planeaba entretanto métodos más eficaces de evangelización y pensaba que para atender a aquellos pueblos, en trances de persecución y de destierro de los misioneros, lo mejor era mandar algunos Obispos que consagrasen sacerdotes indígenas. Con estas ideas emprendió en 1645

un viaje a Europa como procurador de la Provincia japonesa, a la que pertenecía *Indochina;* habló al Sumo Pontífice Inocencio X y a la Congregación de Propaganda, la cual le comisionó para que escogiese los sacerdotes episcopables que le pareciesen aptos para su plan; trató en París con el P. Bagot, director de la Congregación mariana del Colegio de Clermont, quien, juntamente con el canónico M. Pallu, estaba al frente de una sociedad de jóvenes sacerdotes llamados *Bons amis.* De aquel germen había de brotar «la Sociedad de Misiones Extranjeras», institución que no llegó a ver el P. Rhodes, muerto el año 1660 en Ispahan, de Persia.

Japón: su florecimiento y ruina

Lo primero que hizo el P. Valignani al llegar al Japón (1579) fué organizar aquella viceprovincia y dotarla de nuevos misioneros. Un puñado de héroes, con el P. Francisco Cabral a la cabeza, agotaba sus energías en atender a las conversiones en masa que se producían bajo el Imperio de Nobunanga, quien públicamente reconocía la superioridad del Cristianismo sobre el Budismo y el Shintoismo. Con los refuerzos que el Visitador Valignani hizo venir de la India, ascendió el número de jesuítas a 150 (año 1587), y pudieron abrirse nuevas casas y Seminarios, como el de Arima y Ansukiama, donde jóvenes de buenas familias se preparaban para ser catequistas y aun sacerdotes, aprendiendo latín, perfeccionándose en la lengua materna, estudiando la historia o antigüedades del Japón y siguiendo un curso de Teología elemental. Se les amaestraba en Apologética contra las sectas allí dominantes, se les enseñaba música y canto religioso, y a los que tenían aptitud se les instruía en el arte de la pintura, grabado e imprenta.

Deseando el P. Valignani que el Occidente se interesase por la misión del Japón y que los japoneses conociesen la vida cristiana y la cultura occidental, determinó escoger cuatro jóvenes ilustres y llevar con ellos una embajada al Romano Pontífice para rendir al Vicario de Cristo el homenaje del Japón cristia-

no. Embarcáronse en febrero de 1592 con cartas para el Papa, de parte de los Reyes de Bungo, Arima y Omura, de quienes eran parientes los cuatro jóvenes embajadores. No pudo Valignani acompañarles más allá de Goa, pero otros dos Padres jesuítas se encargaron de conducirlos hasta Lisboa, Toledo, Madrid y Roma. Hospedábanse siempre en casas de la Compañía; en todas partes eran recibidos como príncipes; Felipe II les hizo grandes honras en la corte de España y sufragó los gastos del viaje mientras estuvieron en dominios españoles. Gregorio XIII los recibió solemnemente en consistorio público; Francia y Alemania pidieron ser visitadas por los embajadores japoneses, pero fué imposible acceder a ese deseo, porque el viaje iba durando más años de lo que se imaginaron. Aquellos cuatro jóvenes, a quienes llenaba de admiración la pompa de las cortes europeas y la solemnidad de las funciones religosas, dejaban en todas partes el más grato perfume de virtud y devoción. Hacían puntualmente su oración matutina, lección espiritual, examen de conciencia y comulgaban todos los domingos. En Roma asistieron a los funerales de Gregorio XIII y recibieron de Sixto V iguales muestras de simpatía y favor. En su regreso visitaron la Santa Casa de Loreto, los sepulcros de Santa Clara de Montefalcone, de San Francisco de Asís y de Santo Domingo en Bolonia; los santuarios de Montserrat y del Pilar de Zaragoza, y se embarcaron en Lisboa (13 abril 1586) para juntarse en Goa con el P. Valignani (mayo 1587) y tornar a su patria. Los cuatro pidieron y obtuvieron ser admitidos en la Compañía de Jesús.

Durante su ausencia, graves acontecimientos habían ocurrido en el Japón. Asesinado Nobunanga en 1582, había subido al trono *Hideyoshi*, que asumió el título de *Taicosama* y sojuzgó a los príncipes y señores feudales, implantando el absolutismo en todo el Imperio. Por recelo, quizá, de los daymios católicos, y porque unas cristianas se negaron a satisfacer la concupiscencia del tirano, lanzó éste un edicto en 1587 desterrando para siempre del Japón a los jesuítas. Los misioneros no obedecieron, pero tuvieron que ocultarse y disimular. Cuando llegaron de Europa los jóvenes embajadores, el furor del Emperador íbase calman-

do, tanto, que los recibió en audiencia con bastante benignidad. Poco después, en 1590, entró en Meaco el P. Valignani trayendo personalmente una embajada del Virrey de la India con magníficos presetes que halagaron el orgullo de Taicosama, el cual desplegó gran pompa en la recepción, y, como resultado, permitió que diez Padres viviesen en Nagasaki y toleró tácitamente que los demás misioneros siguiesen en el Japón. El número de conversiones había ido creciendo por millares de año en año, de suerte que a principios del siglo XVII se calcula que habría medio millón de cristianos al cuidado de 62 sacerdotes jesuítas (7 japoneses), con otros tantos Hermanos (estudiantes y coadjutores) y 800 catequistas. Es de advertir que desde 1593 misionaban también algunos franciscanos que se habían metido en el Japón persuadidos de que el Breve de Gregorio XIII (1585) concediendo a los jesuítas la exclusiva de evangelizar aquellas tierras, estaba derogado. Por este motivo hubo disensiones y conflictos, que todavía hoy encienden de pasión las plumas de los historiadores de ambas Ordenes y que antaño no sirvieron más que para escándalo de los fieles y para desencadenar la persecución, en la cual, justo es decirlo, jesuítas y franciscanos morían abrazados como hermanos. Sucedió que los hijos de San Francisco, fiados en la aparente benevolencia de Taicosama, se dieron a predicar libremente, sin la cautela que les recomendaron desde un principio los de la Compañía, sobre todo en el Japón central, donde los vigilaba la mirada del Emperador. Añadióse la arribada del galeón *San Felipe*, naufragado en las costas japonesas (1596), y cuyo rico cargamento fué confiscado por orden de Taicosama.

Creyendo intimidar a los japoneses para que soltasen la presa, uno de los pilotos describió la grandeza del Imperio español en todo el mundo, y cuando le preguntaron cómo Felipe II había podido apoderarse de tan vastas regiones, respondió el imprudente marino, que el Rey de España mandaba por delante misioneros que predicasen el Evangelio, después de lo cual la conquista era fácil, porque los neófitos se le sometían de buena gana. Esto que oyó Taicosama, se imaginó que los misioneros del Japón—en el *San Felipe* iban dos franciscanos y otros cinco re-

ligiosos españoles—seguirían la misma táctica, por lo cual, fuera de sí, mandó en seguida apresar y poner en cruz a todos los misioneros de Meaco y Osaka, con los cristianos que frecuentaban sus casas. Fueron 26 las palmas de martirio que, como primicias, ofreció a Cristo la Iglesia japonesa el 5 de febrero de 1597. Jesuítas eran 3: Pablo Miki, orador elocuente de treinta y tres años, próximo a ordenarse de sacerdote; Juan de Goto y Diego Kisai, el uno escolar, el otro coadjutor, canonizados todos por la Iglesia. Franciscanos, 6, entre los que descollaba el vizcaíno San Martín de la Ascensión. Los restantes eran cristianos del país. Los tres jesuítas crucificados en Nagasaki eran japoneses; a los jesuítas extranjeros, por consideración a los portugueses, se les impuso solamente el destierro. El Seminario de Arima, el escolasticado de Amakusa y 154 iglesias fueron destruídos. Felizmente para la misión, Taicosama murió al año siguiente. Hubo un interregno de paz no turbada por la subida al trono de *Yevatsu*, que tomó el tíulo de *Daifusama* (1598-1616). Fué este Monarca quien permitió se estableciesen los misioneros en Meaco, Osaka y Nagasaki; él fué también quien recibió en audiencia muy benignamente al Obispo Luis de Cerqueira, S. I., sucesor del P. Pedro Martínez, y al Viceprovincial P. Páez. Pasma verdaderamente la actividad de los misioneros, ayudados desde 1602 por dominicos y agustinos, que no daban a basto al movimiento de conversiones en todo el Imperio y en todas las clases sociales, empezando por las más nobles. No faltaban algunos martirios, que sólo servían para despertar más el fervor de los neófitos; pero la persecución en serio no empezó hasta 1614, y eso por la hostilidad constante de los budistas y por el sectarismo de ingleses protestantes, que establecieron una colonia en Yedo e indispusieron al Shogun contra los católicos. Las iglesias debían ser destruídas, las misiones desterradas, y todos los fieles abjurar de su religión, so pena de destierro y de calabozo o de muerte. Pocos religiosos abandonaron la grey cristiana, que constaba entonces de unos 750.000 católicos, atendidos por 130 jesuítas y 30 de otras Ordenes religiosas.

A Daifusama sucedió su hijo *Hidetada* (1616-1623), que ur-

gió las leyes persecutorias y con su crueldad inhumana dió ocasión a que el mundo admirara hasta qué extremos de heroísmo puede impulsar la fe cristiana arraigada en un alma japonesa. El *Beato Juan Bautista Machado* († 1617) fué preso en la isla de Goto y decapitado en Omura; el *Beato Leonardo Quimura* († 1619), japonés de distinguida familia, que hizo suficientes estudios eclesiásticos, pero prefirió el estado de Hermano coadjutor, murió cantando entre las llamas; el año de «el gran martirio», 1622, hubo en total 121 ejecuciones, siendo el más admirable de aquellos espectáculos el que tuvo lugar en Nagasaki: 22 religiosos de diversas Ordenes y 30 cristianos sufrieron el fuego lento atados a un palo o dieron su cerviz al verdugo; de éstos fué el niñito Ignacio, bautizado por el *P. Spínola,* que, con no contar más que cuatro años, desnudó su cuello sin temblar cuando vió rodar a sus pies la cabeza ensangrentada de su madre. La Compañía de Jesús tuvo aquel día nueve palmas con los Beatos Carlos Spínola y Sebastián Quimura, sacerdotes, y otros siete japoneses novicios. A los pocos días murieron igualmente en la hoguera, cerca de Firando, los *Beatos Camilo Constanzo* y *Agustín Ota;* y antes de acabar el año tuvieron la misma suerte, en Arima, el *Beato Pablo Navarro* con los novicios *Dionisio Fugixima* y *Pedro Onizuqui* y el fámulo *Clemente.* De los cristianos seglares, se calculan varios centenares de toda clase, sexo y condición los que fueron inmolados por Jesucristo, y no fueron los menos heroicos y serenos los niños de cuatro, siete y diez años de edad.

Con la muerte de Hidetada, lejos de amainar la tormenta que inundaba de sangre al Japón, se recrudeció bárbaramente, ya que el nuevo Shogun, *Yemitsu* (1623-1651), superó a todos los tiranos en refinamiento de crueldad, con el intento de exterminar en absoluto el catolicismo del Imperio japonés. Decretáronse ejecuciones en masa; miles de cristianos fueron quemados vivos, degollados, aserrados o martirizados con las más horrorosas y diabólicas torturas. Iban disminuyendo notablemente los misioneros; los fieles no descaecían del fervor primitivo, antes se enardecían más para el combate, y si gozaban de algún pequeño respiro, lo

aprovechaban para redoblar su afán proselitista. El *Beato Jerónimo de Angelis*, tras veintidós años de fecundo apostolado, fué delatado por unos traidores en Yedo, y en unión de su catequista *Simón Yempo*, admitido poco antes en la Compañía, ofreció a Dios el holocausto de su vida en la hoguera (1623). Al año siguiente, con un nuevo género de martirio, dió magnífico testimonio de su fe el *Beato Diego Carvalho*, que, obligado a salir desterrado, misionó algún tiempo en la Cochinchina, y, vuelto al Japón, fué preso y condenado a morir lentamente en las aguas de un estanque helado. Desnudo, y en el rigor del invierno, soportó durante cuatro días los rigores del hielo. Devorado por las llamas, otro jesuíta portugués, el *Beato Miguel Carvalho*, aumentó el ejército de los mártires en agosto de aquel año (1624), y con el mismo suplicio glorificaron al Señor los *Beatos Francisco Pacheco*, Provincial y administrador del Obispado del Japón, *Juan Bautista Zola* y *Baltasar de Torres*, sacerdotes, con cinco escolares de la Compañía y un Hermano coadjutor, estos últimos naturales del país (1626). En 1627 el *Beato Tomás Tzugi*, de noble familia de Omura, tras una lucha pertinaz con sus parientes, que temían perder la honra y los bienes, murió predicando entre las llamas. Y en 1628 el *Beato Miguel Nacaxima*, recién entrado en la Compañía como Hermano coadjutor, padeció ocho distintos martirios; de la cárcel le sacaron para dejarle expuesto a los rayos de un sol abrasador, azotáronle con varas, tendiéronle luego boca arriba y le hinchieron el cuerpo de agua, que le hicieron arrojar juntamente con su sangre, pistoteándole el vientre con fiereza. Varias veces se repitió este atroz tormento, hasta que los verdugos le llevaron al cráter del monte Ungén, de donde salían exhalaciones de azufre y agua hirviente, entre las cuales voló su alma triunfadora al cielo. Esas emanaciones sulfurosas del monte Ungén sirvieron frecuentemente de instrumento de tortura contra los cristianos; allí fué atormnetado, en 1632 el *Beato Antonio Ixida*, sacerdote japonés de la Compañía, hasta abrírsele las carnes doloridas y deshechas; durante un mes sufrió tan intolerable suplicio, y por fin acabó su vida a fuego lento. En 1633 sucumbieron heroicamente 34 religiosos, de ellos

24 jesuítas; los cristianos sacrificados, ¿quién los podrá contar? Y se generalizó un tormento más horrible que los anteriores. Sepultaban al mártir cabeza abajo hasta la cintura en una fosa hedionda, dejándole libre una mano para que hiciera alguna señal en caso de que, vencido por el dolor, apostatase. Así murió el hermano *Nicolás Keyan Sukunanga* al cabo de dos días de tormento y el *P. Manuel Borges*, con dos novicios, y los *PP. Benito Fernández* y *Pablo Saito*, después de siete días de espantoso padecer. Se buscaba, más que la muerte, la apostasía. Y aunque la inmensa mayoría de las víctimas perseveraron hasta el fin con sobrehumana fortaleza, tampoco faltaron casos lamentables de quienes negaron su fe. El más tristemente célebre, por la resonancia que en Europa le dieron los jansenistas, fué el del jesuíta Cristóbal Ferreira, misionero veterano, a quien algunos dan el título de Provincial, cuya constancia flaqueó al cabo de cinco horas en el suplicio de la fosa, mientras los *PP. Mateo Adami*, *Antonio de Souza* y *Julián Nakaura*, uno de aquellos cuatro jóvenes embajadores que vinieron a Europa, resistían firmemente hasta alcanzar la palma del martirio (1633).

Cuando corrió la noticia de que el P. Ferreira había renegado de la fe, hiciéronse penitencias y oraciones extraordinarias en las Casas de la Compañía, y hubo muchos jesuítas que, ansiosos del martirio, se ofrecieron a la misión del Japón para borrar aquella afrenta y expiarla con su sangre. Apiadóse Dios del infeliz, y, aunque tarde, se arrepintió de su pecado y en 1651 murió como mártir en el mismo suplicio de la fosa. Yemitsu iba consiguiendo su propósito de exterminar el catolicismo en el Japón; los puertos se cerraban con inquisitorial vigilancia a todo europeo, como no fuese holandés, y estos herejes avivaban más el odio al portugués y español. A todo sospechoso de ser cristiano le hacían pisotear la imagen de Cristo y de la Virgen en unas placas de bronce que aún se conservan en el museo de Tokio. Con todo, burlando la vigilancia de las costas, logró, en 1632, penetrar el *P. Sebastián Vieyra*, para morir dos años después con cinco Hermanos coadjutores en el suplicio de la fosa. Lejos de desalentarse, los jesuítas, siempre en acecho y deseosos de no

dejar desamparada aquella cristiandad, logran introducirse por diversos sitios (1634) en núm. de 33, entre los cuales iba el granfavorecido de Javier, *P. Francisco Mastrilli*, mártir de Cristo a los tres años de su llegada. Los últimos jesuítas naturales del Japón, *PP. Pedro Cassoui* y *J. B. Porro*, sufrieron el martirio en 1639, llegando con eso al número de 80 los hijos de la Compañía de Jesús que regaron con su sangre las islas japonesas. Todavía en 1642 el *P. Antonio Rubino*, con cuatro compañeros, y en 1643 el *P. Pedro Márquez*, con otros cuatro, osaron saltar a aquellas playas inhospitalarias, donde les esperaba una muerte segura. ¿Cuál fué el número total de martirios? Para mediados del siglo XVII constaba ciertamente de 3.120, sin que entren en la cuenta los que perecieron de miseria y de hambre o en el destierro, que un juez japonés calculaba serían de 200.000 a 300.000. Todos los demás cristianos se vieron forzados a ocultar su fe en una vida de catacumbas. Trágica suerte de una misión a quien sonrió algún tiempo la esperanza de entregar íntegramente a Jesucristo aquel poderoso Imperio del Sol Naciente.

Hase reprochado a los jesuítas el haber descuidado la formación del clero indígena, que trajo por consecuencia la ruina completa de aquellas misiones, pero se ha de tener presente que el P. Cabral, uno de los más acusados de negligencia, expuso ya en 1575 la necesidad de un Seminario indígena; que el Padre Valignani, a quien nadie tachará de imprevisor ni de poco celoso, hizo cuanto pudo, fundando el Seminario de Arima y de Ansukiama, además de la casa de estudios para los jesuítas; que ya en 1601 fué un Obispo jesuíta quien ordenó a los primeros sacerdotes japoneses; y que si el mismo P. Valignani y los otros Superiores se mostraron exigentes y difíciles en abrir las puertas del santuario a los indígenas, es porque preferían pocos pero excelentes sacerdotes, a muchos pero no enteramente purificados de las costumbres paganas y tales que, al llegar el ataque de la persecución y del tormento, flaqueasen en sus convicciones. Aun así hubo varias apostasías. Además es ilusión imaginarse que el sacerdocio indígena hubiera evitado el aniquilamiento de aquella cristiandad. ¿Acaso los pocos sacerdotes ja-

poneses no fueron exterminados lo mismo que los extranjeros? Y en fin, es falso que el cristianismo desapareciera totalmente del Japón. Probablemente se debió la prodigiosa conservación durante más de dos siglos de aislamiento y abandono a la magnífica institución de los catequistas, obra favorita de los misioneros de la Compañía. Y así sucedió que, al abrirse los puertos del Japón a las potencias extranjeras y erigirse una capillita en la concesión europea de Nagasaki (1865), acercóse sigilosamente un grupo de personas para inquirir si el sacerdote que allí oficiaba era como sus antiguos Padres. A fin de discernirlos de los protestantes, le preguntaron, conforme a las instrucciones transmitidas de generación en generación, estas tres cosas. 1.° Si daba culto a la Santísima Virgen. 2.° Si venía de parte del Pontífice de Roma. 3.° Si estaba casado. Cuando se persuadieron que era como los antiguos misioneros, le revelaron que ellos eran católicos, hijos de mártires, y que, como ellos, ocultábanse en el Japón millares y aun decenas de millares. Aquella anagnórisis fué una de las escenas más sublimes y conmovedoras de la historia de las misiones.

Imperio chino

En el siglo XIII habían penetrado en el Celeste Imperio algunos franciscanos, como Fr. Juan de Monte Corvino († 1328), que convirtió a muchos. Pero la dinastía de los Ming, al triunfar en 1368, persiguió en tal forma a los católicos, que en el siglo XVI no quedaba de ellos el menor vestigio.

Tentativas individuales de penetrar en el gran Imperio chino hubo muchas desde San Francisco Javier, capitán de todos los misioneros del Oriente; mas todas se frustraron hasta que el insigne P. Alejandro Valignani preparó el asalto con un largo asedio metódico. Existía en Macao una factoría portuguesa, a cuya sombra puso la Compañía de Jesús una residencia (1562), convertida después en Colegio (1595). De su importancia baste decir que aquí venían a refugiarse los misioneros del Japón, China y Cochinchina; aquí se adiestraban los nuevos apóstoles recién

venidos de Europa y se formaban los religiosos chinos y japoneses; aquí hacían escala casi todas las expediciones, y desde aquí, como desde un observatorio militar, se atendía a todos los frentes. Valignani hizo venir a Macao en 1579 al P. Miguel Roger (Ruggieri) para que aprendiese la lengua china. Tres años más tarde llamó con el mismo objeto al P. Mateo Ricci. Estos misioneros no tardaron en conseguir del Virrey de Cantón, disimulando sus intentos de evangelización, un terreno en *Tchao-king*. De presentarse como predicadores de una nueva religión, no hubiesen sido en manera alguna tolerados por los chinos, que se creían infinitamente superiores a los extranjeros, de los cuales no se dignaban oír ni recibir absolutamente nada. Entreteníase el P. Ricci en traducir al chino los *Elementos* de Euclides, en construir cuadrantes solares, esferas terráqueas y celestes, con lo que atrajo la curiosidad de los letrados y mandarines y otros chinos notables, que hacían a los misioneros mil preguntas sobre su religión—su cualidad de sacerdotes y religiosos no la dismularon nunca—, y para responderles compusieron un catecismo en lengua china. El P. Ricci vió desde el primer momento que en China había que seguir un método de adaptación análogo al de Nobili en la India. Prefirió en un principio la indumentaria bonceril. Más tarde, por consejo del P. Cattaneo, abandonaron los misioneros el modo de vestir de los bonzos, porque éstos eran tenidos en poco, y tomaron el traje de los letrados y mandarines, bata y gorro de seda, dejándose además la barba. Era preciso llegar hasta el corazón de China, hasta la corte del Emperador. Como medio muy a propósito, había aconsejado el P. Alonso Sánchez, cuando pasó por Macao (1584), una embajada del Papa y de Felipe II. Para negociarla, fué enviado a Europa el P. Ruggieri, que murió en Italia sin lograr su intento. El P. Ricci buscó otros caminos. Ya existía una nueva residencia de jesuítas en Shiuchow, donde hallamos en 1589 dos novicios chinos con nombres un poco extraños: llamábanse Bastián Fernández y Francisco Martínez. En 1595 pretendió Ricci, en compañía de un gran mandarín militar, amigo suyo, llegar hasta Pekín; sólo llegó hasta Nankín y ni siquiera pudo quedarse allí, pero abrió una casa en *Nanchang* y otra, más

tarde, en *Nankín* (1599), donde instituyó una escuela de Matemáticas y explicaba la Física de Aristóteles con gran concurso de los entendidos. Las conversiones que se iban haciendo no eran muy numerosas, pero sí muy selectas, y las amistades muy valiosas. Por fin, el 24 de enero de 1601, tras múltiples penalidades y cárceles, el P. Ricci, que desde 1598 era Superior de toda la misión, pone el pie en Pekín en compañía del P. Diego Pantoja. Con licencia del Emperador, fascinado por los presentes que le hicieron los misioneros—relojes, cuadros al óleo, instrumentos de astronomía—, se establecieron en casa propia. Como la influencia de los letrados en China era inmensa, ya que aparte de la ciencia poseían los principales cargos políticos, la táctica de Ricci fué empezar por ellos para llegar más rápida y seguramente a todas las clases sociales. Ricci pasaba por un prodigio de sabiduría, puesto que en Matemáticas y Astronomía, ciencias muy estimadas y cultivadas por los letrados, estaba a cien codos sobre ellos. En 1603 se convirtió en Nankín el famoso Pablo Siu, que llegó a ser Ministro del Emperador y columna de la Iglesia china. Siguió su ejemplo en Pekín el sabio, filósofo y mandarín Pablo Li, Presidente del Departamento de Matemáticas en el Ministerio Imperial. Con la prudencia y tenacidad que le caracterizaban, el P. Ricci asentó sobre firmes bases la misión de China; en 1609 fundó en Pekín la Congregación mariana, y al año siguiente murió venerado por todos, no menos por sus virtudes que por su ciencia.

Método apostólico

Los métodos iniciados en China por el P. Ricci fueron ya en vida de éste combatidos, y sobre todo después de su muerte. Para que la Iglesia católica no hallase violenta resistencia entre los chinos, la intención de aquel gran misionero fué la de adaptar en lo posible la doctrina cristiana al pensamiento chino y conservar, en cuanto fuesen compatibles con el Cristianismo, los ritos o costumbres nacionales. Por eso declaró guerra abierta al budismo y al taoísmo, religiones falsas, pero vió en el confucia-

nismo no una religión, sino una secta filosófica, y en Confucio un Doctor nacional, de cuyos dichos y sentencias él se aprovechaba, como se aprovechaban de Platón algunos Santos Padres. Por lo mismo, consintió que los convertidos participasen en el culto a los antepasados y en el que los letrados tributaban a Confucio, juzgándolo mero deber de gratitud y respeto filial, sin carácter de culto religioso. En la enseñanza catequística y en sus escritos llamó a Dios *Tien-tchu* (Señor del cielo), y permitió el nombre de *Chang-ti*, usado por Confucio para designar el principio del mundo. Los jesuítas, por lo común, siguieron estas normas, hasta que, años adelante, intervino la Santa Sede corrigiendo los abusos que de ellas se derivaban o podían derivarse.

Sucesores de Ricci

Por designación del mismo P. Ricci, le sucedió en el cargo de Superior de la misión el P. Longobardi, uno de los que más enérgicamente se habían opuesto en la cuestión de los ritos. El Emperador, a instancias de Pablo Li, concedió un lugar de sepultura a los restos mortales de su venerado P. Ricci, que fué conceder derecho de ciudadanía a la religión católica; en aquel cementerio se enterraron hasta 1838 ochenta y ocho misioneros. Cuando en 1617 se levantó la primera persecución y varios Padres de Pekín y Nankín fueron, en jaulas de madera, deportados a Macao, se puso en evidencia que la obra del P. Ricci tenía raíces profundas, pues reaccionaron activamente los católicos influyentes de la corte y pronto amainó la tormenta. En 1619 llegaron nuevos refuerzos de misioneros. Nublóse otra vez el cielo en 1620, pero fué para que apuntase en seguida un espléndido amanecer. Si a la muerte de Ricci los cristianos eran pocos más de 2.000, en 1616 serían 13.000, entre ellos 13 mandarines y 321 letrados; y en 1640 llegaban a 67.000; los jesuítas evangelizaban de un modo estable en nueve provincias del Imperio. Pero desde 1631 no eran ellos los únicos misioneros católicos. De Formosa empezaron a venir algunos dominicos españoles y luego

también franciscanos, cuyo ardoroso celo, quizá menos prudente, suscitó una tempestad de parte de los mandarines contra los intrusos que predicaban contra Confucio y contra el culto de los antepasados. A punto estuvo de repetirse la catástrofe del Japón. Quedó prohibida la religión cristiana en la provincia de Fukien, los nuevos misioneros fueron presos y deportados a Macao, las iglesias fueron profanadas, los neófitos castigados y los mismos jesuítas de aquella provincia salieron al destierro. Sólo por influencia de altos mandarines pudieron regresar todos los misioneros en 1639, y recomenzar en paz y armonía la predicación, mostrándose ahora dominicos y franciscanos más prudentes y cautos.

El P. Schall

El prestigio científico de Ricci, lejos de palidecer con sus sucesores, resplandecía más cada día, gracias sobre todo al Padre Adam Schall, discípulo aventajado del P. Clavius en el Colegio Romano. En unión con el P. Rho entró en Pekín en 1630 para reemplazar al difunto P. Juan Schreck (Terrentius), notable naturalista y matemático, colega un tiempo de Galileo. Trataban entonces los chinos de reformar su calendario, y necesitaban de un gran astrónomo. A proposición del sabio Pablo Siu, llamaron al P. Schall, quien empezó por dar un curso de astronomía a los 200 miembros del Tribunal de Matemáticas. Estos honores redundaban sobre todos los misioneros, los cuales recibían continuos homenajes de respeto y simpatía de parte de los mandarines en todas las provincias. El Evangelio marchaba de triunfo en triunfo. En la misma corte imperial, diez eunucos, entre ellos los principales servidores del Soberano, abrazaron la religión cristiana. El P. Schall entreveraba sus tareas científicas de reforma del calendario con los ministerios apostólicos. No le faltaba oposición, pero el Emperador protegía a aquel sabio extranjero que vaticinaba los fenómenos celestes. No se podía pedir más en punto a favores de la autoridad pública, y sin embargo la revolución que en 1641 estalló contra la dinastía de los Ming

no trajo sino ventajas para el catolicismo, a pesar de que los misioneros se pusieron, como era natural, de parte de la autoridad constituída, a la que debían grandes beneficios. El Padre Schall fundió cañones y puso sus conocimientos técnicos al servicio del Emperador, mas no estaba en su mano impedir la traición que dió la victoria a los insurrectos, los cuales entraron a sangre y fuego en Pekín, destruyendo la misma casa de los jesuítas. Al P. Schall no le tocaron. La emperatriz y el príncipe heredero se pusieron en fuga y recibieron las aguas bautismales de mano del P. Andrés Javier Koffler. Con la nueva dinastía de los Tching, iniciada en 1643, se inauguró en el Imperio chino una era de máximo esplendor y prosperidad para la religión cristiana, que si en 1617 contaba 13.000 adeptos, en 1650 llegaban a 150.000. Su principal sostén y autoridad era el P. Schall. El acierto que tuvo, superior al de los chinos, anunciando en 1644 un eclipse de sol, y el año siguiente uno de luna, le merecieron el alto puesto de Presidente del Tribunal Matemático y mandarín de primera clase. Tenía entrada libre al Emperador, el cual a veces iba a visitarle en su propia casa y se entretenía con él horas enteras hablando de la Tierra y de las estrellas. Cuando, en 1661, murió el Emperador Chun-tchi, el P. Schall, denunciado por un envidioso astrónomo chino ante los regentes del Imperio, sufrió cárceles y cadenas. Estaba para ser descuartizado, cuando un violento terremoto, un incendio del Tribunal y diversos meteoros espantables fueron causa de que se revocase la sentencia.

Cuando al año siguiente (1666) descansó en la paz del Señor el ilustre misionero, tenían los jesuítas bajo su dirección pastoral más de 257.000 cristianos en un total como de 160 iglesias, con más de 40 residencias, y estaba a punto de subir al trono un hijo pequeño de Chun-tchi, que favorecería más aún que su padre al Cristianismo e inmortalizaría su nombre de Kang-sī en largos años de pacífico reinado.

LAS CIENCIAS Y LAS LETRAS (1581-1645)

La «Ratio studiorum»

Antes de mostrar la exuberante fecundidad de hombres ilustres en las ciencias y en las letras que produjo la Compañía en su edad de oro, conviene decir algo de la organización de los Colegios y de la educación que en ellos se daba, tanto a los externos como a los estudiantes de casa. El código pedagógico vigente en todas partes era, desde 1599, la llamada *Ratio studiorum*. Puede decirse que este *Plan y Método de los estudios de la Compañía* venía poniéndose en práctica, en cuanto a lo sustancial, desde los primeros tiempos, ya que el núcleo primordial, las líneas más generales y el espíritu que lo informaba son obra de San Ignacio en la *Parte IV de las Constituciones*. Al pretender, como era necesario, dar uniformidad a la enseñanza, comprendió el Santo Fundador que la legislación pedagógica, para ser perfecta y universal, no debía construirse *a priori*, sino teniendo en cuenta los resultados de diversas tentativas y varios métodos; y por lo mismo, no debía ser obra de un solo hombre, sino fruto de múltiples y armónicas colaboraciones. Por eso, aunque nadie tan apto como el mismo San Ignacio para formar un Plan completo de estudios, dejó que sus hijos de diversas nacionalidades perfilasen, aleccionados por la experiencia, el magistral esbozo por él trazado. Fué el P. Nadal, que conocía perfectamente los métodos pedagógicos de Alcalá y de París, el primero que trazó un esbozo de la *Ratio* con su tratado *De studiis Societatis Iesu*, que compuso siendo Rector del Colegio de Mesina, y con otro titulado *Ordo Studiorum*, escrito más tarde, cuando era Superintendente del Colegio Romano, en 1564. Más cabal hubiera sido, y quién sabe si definitivo, el trabajo emprendido y no acabado por el P. Diego de Ledesma, varón doctísimo en Teología y en Letras

Humanas, experimentado en las Universidades de Alcalá, París y Lovaina, que entró maduro en la Compañía, y siendo Prefecto de estudios del Colegio Romano se puso a redactar un tratado o método de enseñanza con el título *De ratione et ordine studiorum Collegii Romani*. En 1584 designó el P. Aquaviva una comisión de seis Padres de distintas nacionalidades, para que conferenciasen entre sí y, cotejando los estatutos de varias Universidades y los reglamentos de diferentes Colegios, elaborasen la *Ratio studiorum* para toda la Compañía. Al cabo de nueve meses la obra estaba terminada. Se ha dicho que este primer ensayo fué obra de profesores más que de legisladores, y así es la verdad, porque acompañan al plan de enseñanza ciertas introducciones y comentarios en los que se da razón de todo lo que se prescribe, cosa muy necesaria para que los jueces que debían dictaminar sobre este escrito, lo hiciesen a ciencia y conciencia. Una refundición y simplificación vendría más tarde. A todas las provincias se envió este libro para que lo examinasen y criticasen. Recogió Aquaviva las innumerables observaciones que se hicieron de todas partes y acometió la refundición de la *Ratio studiorum*, asesorado de eminenes profesores del Colegio Romano. Terminada esta labor e impreso el libro en 1591, se remitió en seguida a las provincias para que se pusiese en práctica por vía de prueba, recomendando otra vez que le avisasen de las dificultades que surgiesen en su ejecución y de las mejoras que se pudiesen introducir. Numerosas fueron las observaciones llegadas a Roma, y el Padre Aquaviva, con ellas a la vista, dió la última mano a aquel escrito, que salió ahora más breve y sintético.

Aquella fué la forma definitiva de la *Ratio studiorum*, que se promulgó en 1599. Ese código pedagógico estuvo vigente durante dos siglos en todos los Colegios de la Compañía y fué el plan de estudios que más influyó en el mundo católico durante ese tiempo. Cuando en el siglo XIX se perdió la libertad de enseñanza, sólo pudo ser aplicado en la formación de los mismos jesuítas y en algunos Seminarios eclesiásticos. ¿Puede decirse que es un libro pedagógico original? No lo es, si se atiende a los elementos particulares que lo integran, ya que buena parte de sus

normas educativas se hallan en los escritos de los humanistas del Renacimiento y en la tradición cristiana; y en cuanto a la organización de los estudios, está calcada, con retoques y adaptaciones, en los estatutos de las Universidades, principalmente en la de París y Alcalá, no menos que en los métodos y costumbres que solían observarse en las Academias de los humanistas y en las Escuelas de los Hermanos de la Vida Común. En eso precisamente consiste su valor, en ser como el sedimento de largas generaciones de pedagogos, la flor de muchas instituciones de enseñanza y hasta, podríamos decir, de la pedagogía católica en edades anteriores. Es, con todo, verdaderamente original por ser el primer sistema organizado de educación católica en un marco de formación humana integral, y porque, realizando el ideal erasmiano y de otros humanistas de «eruditionem cum pietate copulare», lo hace con un cuño marcadamente *jesuítico*. Alguien ha buscado en la *Ratio studiorum* un tratado de pedagogía con exposición de teorías sobre la educación. Vano intento. Eso podrá buscarse, a lo más, en la edición de 1586, donde se razona lo que en la edición definitiva cristalizó en cánones eminentemete prácticos; así como quien desee comprender la profundidad y alteza de miras que dieron origen e inspiración a este librito, deberá acudir a las Constituciones ignacianas.

Parte didáctica, disciplinar, moral y religiosa

Este *plan de estudios* está organizado según la triple división entonces corriente de *Letras*, *Filosofía* y *Teología*, empezando por la más noble de las disciplinas y acabando por la Gramática. De la instrucción primaria no dice palabra. lo cual no quiere decir que los jesuítas abandonasen esa parte de la enseñanza, pues ya sabemos la importancia que le atribuía San Ignacio y el celo con que la Compañía fomentó las escuelas gratuitas de primeras letras, lo mismo en las ciudades de Europa que en los países de infieles. En forma de reglas para el profesor de Sagrada Escritura, para el de Lengua Hebrea, para los de Teología y Filosofía

en sus diversas ramas, para el de Matemáticas, etc., va dictando la *Ratio studiorum* la duración de los cursos, los autores que deben servir de texto, el método en la explicación, completado todo con las reglas para el Provincial, de quien depende el Colegio, para el Rector, para el Prefecto de estudios, además de las reglas comunes a los profesores de las clases inferiores, el de Retórica, el de Humanidades, el de Suprema, Media e Infima Gramática; señala la división del tiempo, los autores griegos y latinos que se han de leer y traducir, las composiciones que se han de hacer en ambas lenguas y tanto en prosa como en verso; enseña cómo se ha de tener la *prelección* o explicación de un texto clásico desde el punto de vista gramatical, etimológico, histórico y literario, con comentarios de varia erudición y aun de filosofía moral; da singular importancia a la *repetición* diaria y sabatina de las cosas más sustanciales; la *concertación* o público certamen de las clases inferiores equivale a las disputas escolásticas de las facultades superiores; inculca, para formar el estilo, los ejercicios escritos, que el profesor debe corregir, y la imitación de los clásicos, ora traduciendo el texto griego y latino en buen romance para volverlo luego a la lengua original y compararlo con el modelo, ora acomodando los textos clásicos a sucesos y personajes cristianos que ofrezcan algún paralelismo o semejanza; prescribe el hablar siempre en latín, fuera de las horas de recreo; recomienda las *declamaciones públicas* de composiciones hechas por los mismos alumnos y aun la *representación de obras dramáticas* originales.

Si a estos métodos se junta la disciplina que siempre fué honroso distintivo de los colegios de la Compañía, la consagración de los profesores a su deber de maestros y de educadores, el estímulo y la emulación que se procura despertar en los alumnos con honores y premios, la moderación de los castigos—la *Ratio* prohibe a los de la Compañía castigar por su propia mano, remitiendo este oficio a un externo que lo haga sin pasión y según lo merecido—, el trato confiado y respetuoso de los profesores con sus discípulos, el estudio de la índole particular de éstos, el modo de hacerles aprender la ciencia, no simplemente

oyendo en clases, sino practicándola y viviéndola por medio de ejercicios apropiados, y, por fin y sobre todo, la educación moral y religiosa, profunda y constante. todo esto junto explica el éxito que, a juicio de todos, alcanzaron los colegios de los jesuítas. La educación moral y religiosa era para San Ignacio y sus hijos de más valor y transcendencia que la instrucción científica y literaria. Todo conspiraba a ese fin primordial: el buen ejemplo de los institutores, la discreta vigilancia, las buenas lecturas y la expurgación de los textos clásicos, los consejos en privado y las frecuentes pláticas de comunidad, la misa de cada día, la confesión y comunión por lo menos cada mes, los sermones de los días de fiesta, la explicación semanal de la doctrina cristiana; en fin, para los más selectos la Congregación mariana, con todas las obras de piedad y de caridad que consigo llevaba. «Que la *Ratio studiorum* está elaborada con gran talento y extraordinario cuidado, nadie lo pone en duda, como nadie niega que el plan de estudios responde perfectamente a las exigencias de la época... Yo no dudo que la Orden, con sus colegios, fomentó activamente la cultura intelectual, y sobre todo el conocimiento de las lenguas clásicas en los países católicos. Los jesuítas eran entonces, ciertamente, los maestros más sabios y más celosos que en esos países había... El defecto mayor era el continuo cambio de personal docente.» (F. Paulsen.) Es de advertir que esto último ha sido siempre un abuso, nada conforme a la *Ratio*. Protestante, como Paulsen, es F. Körner, el cual afirma que la *pedagogía científica* empieza con los jesuítas, y que éstos fueron los primeros pedagogos que educaron y formaron, no según un patrón fijo para todos, sino conforme al carácter y disposiciones de cada individuo. Bacon decía: «En cuanto a la educación de los niños, bastaría decir: Mirad los colegios de los jesuítas (*consule scholas jesuitarum*); no hay en el día de hoy cosa mejor... Cuando yo considero su aptitud y habilidad para formar a los jóvenes en las ciencias y en las buenas costumbres, me acuerdo de lo que dijo Agesilao de Farnabazo: «Siendo lo que sois, ¿por qué no sois de los nuestros?»

Críticas y objeciones

La *Ratio studiorum* ha sido objeto, como toda la educación jesuítica, de las acusaciones más absurdas y contradictorias. Modernamente se le ha lanzado el reproche de que su formación clásica es más pagana que cristiana. Los que tal dicen son gente poseída del prejuicio de que en el clasicismo no hay cosa aprovechable por ser todo él esencialmente pagano, y desconocen en absoluto el funcionamiento de la *Ratio* y la intensa vida de piedad exigida a los alumnos. Por lo demás, así como los autores licenciosos se expurgan o se excluyen, así también, junto a Demóstenes, Platón, Sófocles y Píndaro, se leen y comentan San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, Sinesio y otros semejantes. Objetan otros que la *Ratio* concede demasiada importancia al latín, muy poca a las ciencias y a la Historia, ninguna a la lengua patria. En cuanto al latín, no se diferencia de los demás métodos humanísticos; las ciencias, y singularmente la Historia, es verdad que hallan poca cabida en la *Ratio* de Aquaviva, como en cualquier universidad o colegio católico de aquel tiempo, pero a medida que progresaban las ciencias, los jesuítas progresaron con ellas y ojalá no se hubieran excedido en el cultivo de las mismas; sabido es que discípulos de los jesuítas fueron Descartes, Galileo, Cassini, Réaumur, Buffon, Bossuet, La Condamine, Lalande, etc. En 1832 el P. Roothaan, al hacer una edición corregida de la *Ratio*, introdujo lo que se echaba de menos respecto de las ciencias, la Historia y, sobre todo, las lenguas y literaturas nacionales. Esto no quiere decir que los antiguos jesuítas no fomentasen la Historia y que sacrificasen la literatura patria en aras de la griega y latina; la interpretación histórica de los textos y el frecuente paralelismo entre los hechos de la antigüedad y los del Cristianismo, les obligaban a estudiar las historias; la dura faena de traducir con fidelidad y elegancia los autores clásicos era el mejor adiestramiento para salir perfectos escritores en la lengua vernácula. ¿Y no fueron jesuítas los que en el

Colegio de Clermont de París y en la Biblioteca de los Bolandistas de Amberes dieron el mayor impulso a las ciencias históricas y a sus auxiliares? ¿No fueron discípulos de los jesuítas las más brillantes lumbreras de la literatura patria en Francia, España, Italia? Acaso el reproche que más se repite es el de que tal formación es formalista en demasía, suprime la originalidad y coarta la independencia de espíritu. No negaré yo que la formación clasicista entrañe cierto peligro de formalismo si no se sabe temperar con una fuerte educación cristiana y nacional; mas que la originalidad de pensamiento y de estilo sea incompatible con aquella formación, lo están refutando los innumerables personajes que han inmortalizado su nombre y que fueron discípulos de los jesuítas, como Bossuet, Descartes, San Francisco de Sales, Corneille, Molière, Voltaire, Lope de Vega, Calderón, Galileo, Muratori, Goldoni, Zorrilla, etc., etc.

Varones eminentes en las ciencias eclesiásticas

Haremos ahora una breve reseña de los nombres más famosos de la Compañía que deben figurar en la historia de la cultura durante el período de la Contrarreforma. Al frente de todos ellos la Compañía de Jesús se gloría de poder colocar a dos Santos Doctores de la Iglesia universal: *San Pedro Canisio* y *San Roberto Belarmino*, cuya eminente ciencia y santidad han sido reconocidas y condecoradas con los supremos honores pública y oficialmente por el Vicario de Cristo. Nombraremos a continuación solamente a los escritores de más extendida fama, por no hacernos interminables; y por lo mismo, tejeremos un catálogo escueto sin conmemorar sus méritos ni sus libros, para lo cual nos remitimos a los eruditos volúmenes de Sommervogel (*Bibliothèque des écrivains de la C. de J.*) y al *Nomenclator* de Hurter.

Exégesis bíblica

Empecemos por los exegetas o comentadores de la Sagrada Escritura, que juntan necesariamente con la sabiduría teológica una magnífica formación clásica y filológica. Sólo España puede presentar, además del gran *Maldonado* y del *Cardenal Toledo* († 1596), ya mencionados en el período precedente, a *Francisco de Ribera* († 1591), profesor en Salamanca y director de Santa Teresa, cuya vida escribió; *Jerónimo del Prado* († 1610), profesor en Córdoba, y su discípulo *Juan B. Villalpando* († 1608); *Benito Perera* († 1610), que enseñó Filosofía y Sagrada Escritura en Roma; *Luis del Alcázar* († 1613), que tuvo cátedra en Córdoba y Sevilla; *Martín del Río* († 1608), español nacido en Amberes, que ilustró las aulas de Salamanca, Douai, Lieja y Gratz; *Gaspar Sánchez* († 1628), varón tan santo como sabio, distinto de su homónimo el pedagogo, aunque también él era humanista y enseñó Letras Humanas en Oropesa, Madrid y Talavera antes de enseñar las Divinas en Murcia y Alcalá; *Juan de Pineda* († 1637), que regentó su cátedra de Sagrada Escritura en Córdoba, Sevilla y Madrid; *Cristóbal de Castro* († 1615), profesor en Alcalá y Salamanca; *Juan de Mariana, Agustín de Quirós* († 1622), *Luis Ballester* († 1624), *Gabriel Alvarez* († 1645), *Diego de Celada* († 1664). A éstos se juntan los portugueses *Manuel Saa* († 1596), que enseñó Filosofía en Gandía y Alcalá y Sagrada Escritura en Roma, *Blas Viegas* († 1599), *Sebastián Barradas* († 1615) y *Cosme de Magalhaens* († 1624), profesores de Coimbra. El italiano *Benito Giustiniani* († 1622), brilló en Mesina y Roma; *Juan Esteban Menochio* († 1655), dejó su cátedra de Milán para desempeñar altos cargos de gobierno, siendo Provincial de Milán, de Roma y Asistente de Italia. Exegeta, a la vez que economista y político contra Machiavelli, fué el profesor de Maguncia *Adam Contzen* († 1635); escriturista e historiador, su compatriota *Nicolás Serarius* († 1609), llamado por Baronio «Luz de la Iglesia en Alemania».

En los Países Bajos, nos encontramos con el gran *Cornelio Alapide* († 1637), con su ilustre discípulo *Jacobo Bonfrère* († 1642), y con *Jacobo Tirinus* († 1636). De los franceses, recordemos a *Juan de Lorini* († 1634), que enseñó en Roma, París y Milán. Ya conmemoramos los méritos de *Jacobo Wujek* († 1597), al traducir la Biblia al polaco; *Jorge Kaldi* († 1634), la tradujo al húngaro, y *Luis de Azebedo* († 1634), con *Luis Caldeira*, hizo una versión etiópica, que no se conserva.

Patrística, Historia de los Concilios, etc.

Predominaba en la Teología hasta el siglo XVI el carácter escolástico o especulativo; con el desarrollo de las ciencias históricas y el mayor conocimiento de la antigüedad, también los teólogos acuden afanosos a las fuentes del dogma, que son, además de la Sagrada Escritura, la Tradición eclesiástica, los decretos conciliares, las decisiones de los Pontífices, la liturgia, con lo que viene a nacer la Teología positiva e histórica. Los jesuítas la cultivan con ardor, porque ven en ella el campo más apropiado para luchar con los herejes. No florece tanto entre los españoles como entre los franceses, belgas y alemanes; lo cual no quiere decir que aquéllos la descuiden o menosprecien, sino que no la separan de la Teología especulativa, como puede verse en Ruiz de Montoya, Suárez, Vázquez y otros. Ya en el período anterior hemos mencionado a *Francisco Torres* († 1584), gran conocedor de la antigüedad griega y fecundo controversista con los protestantes, que ya antes de entrar en la Compañía había publicado no menos de catorce obras. Junto a él merece citarse *Alonso de Pisa* († 1594), profesor de Filosofía en Roma y de Teología en Ingolstadt, Dilinga y Posen, que además de otras obras teológicas, publicó la Historia, Actas y Decretos del Primer Concilio de Nicea.

El alemán *Jacobo Gretser* († 1625), eximio humanista, teólogo y controversista sacó a luz no pocos opúsculos de autores antiguos y valiosos documentos histórico-eclesiásticos.

Profesor de griego en Salamanca y Zaragoza había sido *Andrés Schott* († 1629), cuando decidió hacerse jesuíta, cumpliendo su voto de renunciar al mundo si Amberes, su patria, lograba caer bajo el dominio español. Editor de numerosas obras de escritores eclesiásticos, no menos que de clásicos autores, es además benemérito de la bibliografía española.

En Amberes nació la obra más monumental que en el terreno histórico la Compañía de Jesús ha emprendido y sostiene todavía; me refiero al *Acta Sanctorum* de los Bolandistas, institución a la que dió su nombre *Juan Bolland* († 1665), y que tuvo su precursor en *Heriberto Rosweyde* († 1629).

Dionisio Petavio († 1652), lumbrera mayor del Colegio de Clermont en París, distinguidísimo en todas las ciencias y tan consumado humanista como teólogo de primera línea, pasa generalmente por fundador de la Teología positiva. Digno de emparejarse con él, a lo menos en erudición, es *Jacobo Sirmond* († 1651), editor de Santos Padres, de autores eclesiásticos y de los Concilios de la Galia. Erudito como Sirmond y humanista como Petavio, trabajó en el mismo colegio *Felipe Labbe* († 1667), publicando una colección de Concilios, continuada por *Gabriel Cossart* († 1674). Habíales precedido en esta labor editora de obras de la antigüedad el bibliotecario de aquel colegio *Fronton du Duc* († 1624).

Controversia y Apologética

Ya San Ignacio, comprendiendo la necesidad de refutar sólidamente los errores de los novadores, mandó al P. Olabe tener un curso especial de controversias en el Colegio Romano. Fluctuó algún tiempo la forma, no menos que la materia, de estas lecciones, hasta que cristalizaron en las famosas *Disputationes* de *San Roberto Belarmino* († 1621), obra maestra que mereció a su autor el título de «Príncipe de los controversistas». A su lado debe figurar *Francisco Suárez* († 1617), por su *Defensio fidei* contra Jacobo de Inglaterra y *Gregorio de Valencia* († 1603), cuya principal actividad se desenvuelve en Dilinga e Ingolstadt.

Acaso el controversista que más se asemeja a Belarmino sea el belga *Martín Becanus*, Van der Beeck, († 1624), profesor de Teología en Würtzburgo, Maguncia y Viena. El portentoso polígrafo *Jacobo Gretzer* († 1625), de quien Sommervogel cita 234 obras, sin contar muchas inéditas, tiene en su variadísima producción notables tratados de controversia y apologética.

El austríaco *Jorge Scherer* († 1605) dejó la lengua latina en sus ecritos para llegar con el alemán a círculos más amplios de lectores. Es lo que hicieron entre los flamencos *Francisco Coster* († 1619), llamado «el martillo de los herejes», y *Juan de Gouda* († 1630). En forma más popular y elegante, sin dejar de ser docta, escribieron importantes apologías del dogma cristiano en francés *Edmundo Auger* († 1591), *Juan Gontery* († 1616), nacido en Turín, *Luis Richeome* († 1625) y *Pedro Coton* († 1626). Por fin, recuérdese lo que a su tiempo dijimos del inglés *Beato Edmundo Campion* († 1581), de los polacos *Skarga* y *Wujek* y del restaurador del Catolicismo en Hungría *Pedro Pazmany*, Arzobispo de Graz desde 1616, Cardenal desde 1629 y que falleció en 1637. Añádanse los escritos latinos de *Juan Buseo* (Buys † 1611).

Teología escolástica

En aquel florecer de la Teología escolástica, con su carácter especulativo y sistemático, que fué la gloria mayor de las Universidades en el periódo postridentino, «*la Escuela jesuítica*, que juntó en sí maravillosamente todos los elementos de la Teología histórica y exegética, fertilizó con ellos también su propia escolástica, pero en esta última, a pesar de su estrecha adhesión a Santo Tomás, pagó tributo a cierto eclecticismo, queriendo utilizar las más modernas investigaciones e iniciativas. Por eso advertimos en ella una particular tendencia crítica, que pasa revista a todas las producciones anteriores» (Grabmann). En pos de *Toledo*, insigne comentarista de la *Suma*, van otros seis españoles, que son las columnas de la Teología jesuítica, a saber: el conocido *Luis de Molina* († 1600); *Gregorio de Valencia*

(† 1603), restaurador de la Teología en Alemania; *Gabriel Vázquez* († 1604) «cabeza eminentemente crítica, que fué para Suárez casi lo mismo que Escoto para Santo Tomás, con la particularidad, no verificada en Escoto, de mostrar en el campo exegético-histórico igual dominio que en el especulativo»; *Diego Ruiz de Montoya* († 1632), «de más puros quilates que Vázquez y superior en erudición y profundidad a Suárez en algunos tratados»; *Francisco Suárez* († 1617), «el mayor teólogo de la Compañía de Jesús, llamado por varios Papas «Doctor eximius», y señalado por Bossuet como el teólogo *dans le quel on entend toute l'école moderne*, el más fecundo de todos los modernos escolásticos, eminente por la claridad, serenidad, profundidad y circunspección» (Grabmann); el Cardenal *Juan de Lugo* († 1660), sólo inferior a Suárez, a quien supera en agudeza. A estos gigantes de la Teología no les van muy a la zaga *Juan Martínez de Ripalda* († 1648), que enseñó en Salamanca y en Madrid; *Francisco de Lugo* († 1652), hermano del Cardenal, profesor en España y en Méjico; y, en fin, el célebre catedrático de la Universidad de Praga, sutilísimo hasta quebrarse de agudo, *Rodrigo de Arriaga* († 1667). Interminables nos haríamos con sólo hacer un recuento de los teólogos más aplaudidos, como *Pedro de Arrubal* († 1608), *Juan de Salas* († 1612), *Diego Granado* († 1632), *Diego de Alarcón* († 1632), *Luis de Torres* († 1635), *Valentín de Hérice* († 1626), *Gaspar Hurtado* († 1646), *Antonio Pérez* († 1649), *Juan de Dicastillo* († 1653, nacido en Nápoles, *Bernardo de Aldrete* († 1657) y el portugués *Manuel de Vega* († 1648). En los Países Bajos descuellan *Leonardo Lessio* († 1623), discípulo de Suárez, y *Egidio de Coninck* († 1633), discípulo de Lessio; los italianos, después de la figura cumbre de Belarmino, no presentan teólogos de renombre, como no sea *Francisco Amico* († 1651). El más egregio quizá de los alemanes es *Adam Tanner* († 1632), natural de Innsbruck; entre los escolásticos franceses merece citarse *Jorge de Rhodes* († 1661); y entre los irlandeses *Pedro Wadding* († 1644), profesor de Lovaina y Praga, que no se ha de confundir con *Lucas Wadding* († 1650), profesor de Salamanca.

Catecismo

Siguiendo los consejos y ejemplos del Fundador, consagráronse los primeros jesuítas a enseñar el Catecismo a los niños y gente ruda. Pronto echaron de ver que los compendios de doctrina cristiana que corrían entre el pueblo eran a veces deficientes, si no en lo sustancial, al menos en la forma y adaptación pedagógica, y escaseaban más de lo justo. Por eso quizá los primeros escritos de la Compañía de Jesús no fueron científicos ni literarios, ni siquiera ascéticos, sino catequísticos.

Ya en los primeros ministerios del P. Laínez en Parma, redactó, hacia 1540, un librito para la instrucción religiosa de los niños. En 1547 se publicó el catecismo del *P. Jerónimo Doménech* († 1592), impuesto por el Virrey a toda la isla de Sicilia. Sabido es el afán con que *San Francisco Javier* componía sencillos catecismos, que hacía traducir a la lengua de la región donde había de misionar. En Portugal, el *P. Marcos Jorge* († 1571), profesor de Teología en Coimbra, estampó en 1561 su catecismo, que obtuvo también en España muy buena acogida. En 1563 publicó en Lyón su famoso catecismo francés «Suma de la doctrina cristiana» el *P. Edmundo Auger* († 1591). Hacia 1563, el italiano *Juan Francisco Araldo* († 1599), compuso el suyo, retocado luego por el P. Alfonso Salmerón. Todos estos brotaron espontáneamente de la pluma de los jesuítas, antes que el Concilio de Trento decretara el fomento de la doctrina cristiana al pueblo y ordenara la publicación de un catecismo. Y no hemos dicho que ya para entonces alcanzaba enorme difusión la *Suma de la doctrina cristiana* (1555), de *San Pedro Canisio*, con el *Pequeño Catecismo* y *Catecismo menor* del mismo Santo Doctor, traducidos a todas las lenguas y editados en todas las formas. Cosa parecida podemos decir del catecismo de *San Roberto Belarmino*, que Clemente VIII impuso a los Estados de la Iglesia y deseó, lo mismo que Benedicto XIV, se adoptase en todo el mundo católico; de hecho, sirvió de modelo para el proyecto de Catecis-

mo universal ideado por el Concilio Vaticano. En España tenemos cuatro muy notables: el del *P. Diego de Ledesma* († 1575), traducido a muy diversos idiomas, el del *P. Diego Ruiz de Montoya* († 1632), el del *P. Gaspar Astete* († 1601) y el del *P. Jerónimo Ripalda* († 1618); estos dos últimos prevalecieron de manera que por ellos han aprendido la doctrina cristiana las generaciones de España y América por más de tres siglos. En el Brasil ha sido muy popular la «Cartilla de la doctrina cristiana», del *Beato Ignacio de Azebedo* († 1570). Menos resonancia tuvieron otros, de valor más circunstancial, como el del celebrado orador y controversista alemán *Pedro Miguel Brillmacher* (Michaelis † 1595), los italianos del *P. Polanco* († 1577) y del *Padre Aquiles Gagliardi* († 1607), así como el que escribió el *Padre Juan Bautista Eliano* (o Romano, † 1589), hebreo convertido por el P. Frusio y admitido en la Compañía por San Ignacio.

De los infinitos y curiosos catecismos escritos por los misioneros en los idiomas de las gentes entre las cuales predicaban, baste decir que muchos son hoy todavía estimados por su importancia filológica.

Teología moral y Derecho

Como algunos tratados de la Moral están íntimamente trabados con el Derecho, y toda la Teología moral enseñábase antiguamente dentro del marco de la Dogmática, no es extraño que casi todos los grandes teólogos, aun los de tendencia más especulativa, sean a la vez excelentes moralistas y no falten entre ellos juristas insignes. Gran moralista, por ejemplo, es *Toledo*, y muy estimable *Manuel de Saa;* juristas eminentes *Suárez* y *Molina*. El mayor de los teólogos moralistas es el ya citado Cardenal *Juan de Lugo*, «doctissimus Lugo—son palabras de San Alfonso M. de Ligorio—qui post D. Thomam, non temere inter alios theologos facile princeps dici potest». Sobresalen en España como autoridades en materia moral *Tomás Sánchez* († 1610), *Juan Azor* († 1603) y *Fernando de Castropalao* († 1633), a los cuales

añadiremos los nombres de *Antonio Escobar* y *Mendoza* († 1669), vilmente calumniado por Pascal en las *Provinciales; Diego Alvarez* († 1618), que escribió con el pseudónimo de Melchor Zambrano, y *Juan de Alloza* († 1666), profesor en Lima, de donde era natural, varón muy espiritual, que publicó, además de *Casos de conciencia*, varios escritos piadosos. El mayor de los moralistas alemanes es, sin duda, *Pablo Layman* († 1635), nacido cerca de Innsbruck, y profesor de Teología en Ingolstadt, Munich y Dilinga; de igual celebridad, aunque algo inferior en mérito, es *Herman Busenbaum* († 1668). *Vicente Filliucci* († 1622), *Pablo Comitoli* († 1626), *Francisco Pellizzari* († 1651), *Nicolás Baldelli* († 1655), y *Andrés Bianchi*, epigramático latino, que publicó una obra de moral con el pseudónimo de Candidus Philalethus († 1657), alcanzaron alguna notoriedad entre los italianos. Entre los portugueses, *Henrique Henríquez* († 1608) y *Esteban Fagundes* († 1645).

En Francia, debemos citar a *Valerio Regnault* (Reginaldus, † 1623), profesor en Pont-à-Mousson, París y Dole; a *Juan Martinon* († 1662), que enseñó en Burdeos, y, por fin, a *Esteban Bauny* († 1649), cuyas obras están en el índice por errores de laxismo y dieron ocasión a Pascal para calumniar a toda la moral de los jesuítas.

Sobre cuestiones particulares de Derecho Canónico escribió el francés *José de Gibalin* († 1671).

Teología ascética y mística

Muy desfigurada ha sido recientemente la espiritualidad jesuítica por quienes no la han estudiado seriamente, ni menos la han vivido. Hásele tachado de formulista y ordenancista, juzgando del árbol por la corteza y no por la fecundidad y excelencia de sus frutos; no hay que confundir método y disciplina de la vida interior, con rígido mecanismo. Se ha dicho que es antiliturgista; pase, si con ello se afirma solamente que no acentúa el matiz litúrgico, como la espiritualidad benedictina, lo cual es

explicable y aun natural y necesario, dada la naturaleza y el fin de su Instituto; pero es falsísimo que menosprecie la liturgia o aparte de ella a los fieles. Ya sabemos la afición personal de San Ignacio al canto y a los oficios litúrgicos y conocemos su precepto en los Ejercicios: «Debemos alabar el oír misa a menudo; asimismo cantos, salmos y largas oraciones en la iglesia y fuera de ella... Asimismo horas ordenadas a tiempo destinado para todo oficio divino y toda oración y todas horas canónicas.» ¿Y quién trabajó tanto como los jesuítas por lo más esencial de la liturgia, por la frecuencia en asistir al Santo Sacrificio y en recibir los Sacramentos? ¿Que carece del espíritu de *amable libertad* (así dicen) de la piedad litúrgica? No siempre el vehículo más libre es el que más rápida y seguramente llega a su fin. Pero de todos modos «omnis spiritus laudet Dominum». La espiritualidad de la Compañía—insisten—es asceticista y antimística. La espiritualidad de la Compañía es, ni más ni menos, la de San Ignacio, la del gran místico experimental, que en sus escritos no hace alarde de fenómenos místicos porque no le gustaba fomentar curiosidades vanas o ilusiones, tan frecuentes en su tiempo, pero alguien ha dicho acertadamente que San Ignacio, como buen director espiritual, piensa siempre en la mística, sin tomarla casi nunca en los labios, como piensa siempre en el amor, aunque raras veces lo mencione. Lo que hace es preparar las almas a recibir las visitas del Señor, en caso de que el Espíritu Santo quiera favorecerlas; lo que anhela y procura es que ningún alma, por sus imperfecciones y falta de generosidad, ponga estorbo a la gracia de Dios. Esta libertad para ir a Dios, o mejor, este vaciarse de sí mismo para que Dios se comunique libremente, es esencial en la ascética ignaciana. Que en la Compañía no hay prejuicios antimísticos, lo prueba mejor que nada el grande número de santos y contemplativos que ha producido. Hay quien acusa a la espiritualidad jesuítica de exagerar el antropocentrismo y de olvidar el teocentrismo tradicional cristiano; pero si se estudian las fuentes de esa espiritualidad, se verá que son tan teocéntricas como las de cualquier Orden religiosa. «A la divisa *Ad maiorem Dei gloriam* es difícil negarle

un teocentrismo tan evidente, al menos, como a la de *Paz* o *Veritas*» (P. Cavallera.)

Otros, en fin, la tildan de molinista, lo cual, lejos de ser un reproche, puede ser una alabanza, si se entiende el molinismo en su recto y auténtico sentido, sin las sombras de semipelagianismo que sobre él echan injustamente sus adversarios; es, pues, molinista, en cuanto que es operativa, no quietista; combativa, no pacifista ni de transacciones; dinámica, mas con un dinamismo plenamente sobrenatural. El amor a Cristo es el potente motor que comunica fuerza y movimiento para todas las acciones, amor tan ardiente como activo y práctico, porque, según San Ignacio, el amor se debe poner más en las obras que en las palabras. Dentro de la historia de la espiritualidad cristiana, la piedad jesuítica no se injerta tan propiamente en la rama litúrgica de los benedictinos, o en la más especulativa de los dominicos, como en la afectiva de los franciscanos y de la representada por la *Imitación de Cristo*, conservando siempre su propio carácter eminentemente apostólico. Dos son sus principios fundamentales: imitar a Cristo y ordenar todas las criaturas a la mayor gloria de Dios. La ascética de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz coincide perfectamente con la de los hijos genuinos de San Ignacio; y hablo de la ascética, porque si bien se podrían señalar afinidades igualmente en la mística, esas dos cumbres señeras de la mística universal no admiten cotejo ni comparación.

Anotemos por orden cronológico algunos de los principales autores. En España sobresalieron, después del Fundador y de San Francisco de Borja: *Jerónimo Nadal* († 1580). *Baltasar Alvarez* († 1580), *Antonio Cordeses* († 1601). *Francisco Arias* († 1605), *Melchor de Villanueva* († 1606), *Alfonso Rodríguez* († 1616), *San Alonso Rodríguez* († 1617), *Alvarez de Paz* († 1620), *Venerable Luis de la Puente* († 1624), *Gaspar de la Figuera* († 1637), *Luis de la Palma* († 1641), el irlandés que escribió en clásico español. *Miguel Godínez* (Wadding, † 1644), *Tomás de Villacastín* († 1649), *Francisco Aguado* († 1654), *Juan Eusebio Nie-*

remberg († 1658), *Alonso de Andrade* († 1672), y el portugués *Diego Monteiro* († 1634).

En Italia fueron muy leídos, particularmente en los conventos, *Jerónimo Piatti* (*Platus*, † 1591), *Lucas Pinelli* († 1607), *Aquiles Gagliardi* († 1607), *Julio Negrone* († 1625), el *Santo Cardenal Belarmino* y el *Venerable P. Vicente Carafa* († 1649).

Los flamencos continúan la tradición de *San Pedro Canisio*, con *Juan Buseo* (Buys, † 1611), profesor de Teología en Maguncia y pariente del Santo Doctor de Nimega; *Adrián Adriaensens* († 1581); *Leonardo Lessio* († 1623), *Maximiliano van der Sandt* (Sandaeus, † 1656) y *Guillermo Stanyhurst* († 1663), nacido en los Países Bajos de padres irlandeses.

Entre los alemanes descuellan *Jeremías Drexel* († 1638) y *Jorge Stengel* († 1651); entre los polacos, *Nicolás Lancicio* (Leczycki, † 1652), lituano, convertido del calvinismo, y *Gaspar Druzbicki* († 1662); y entre los franceses son cada día más estimados *Antonio Le Gaudier* († 1622), *Luis Lallemant* († 1635), *Esteban Binet* († 1639), *Juan Suffren* († 1641), *Amable Bonnefons* († 1653), *Juan B. Saint-Jure* († 1657), *Juan Rigolenc* († 1658) y *Juan J. Surin* († 1665).

Filosofía

Exagera F. Paulsen cuando dice: «Hay que conceder que los estudios de la Compañía han contribuído poco al acrecentamiento de la ciencia y al desarrollo de la Filosofía. La razón está en la esencia de la Compañía y en la línea fundamental de su enseñanza; lejos de estimular el pensamiento independiente y la investigación, se empeña más bien en oprimir los impulsos con todos los medios. La investigación científica y filosófica presupone que todavía hay cuestiones importantes, en las cuales se pueden obtener nuevas perspectivas. La *Ratio studiorum* presupone que la verdad está plenamente descubierta en Filosofía no menos que en Teología.» Paulsen desconoce el decisivo impulso que a la Filosofía aristotélica dieron los Colegios jesuíticos, cuando aún

esos estudios eran despreciados de los protestantes y de los puros humanistas.

No negaremos que filósofos independientes, inventores de nuevos sistemas o pensadores de gran originalidad, no abundaron en la Compañía, como en casi ninguna Orden religiosa. Las razones son varias. Primeramente, porque al filosofar no buscaban la satisfacción de una meva curiosidad intelectual ni el vano renombre, sino la verdad, aunque para llegar a ésta fueran los caminos trillados. En segundo lugar, porque la pura especulación nunca fué del gusto de los jesuítas, orientados siempre, por vocación, hacia los fines prácticos del apostolado. Además, porque entonces apenas se cultivaba otra Filosofía que la de las Escuelas, que en aquel tiempo, más que en el nuestro, se limitaba a ser *ancilla theologiae*, siendo objeto de estudio en tanto en cuanto sirviera a la Teología, sin que de ordinario se le concediera valor independiente. Justo es, sin embargo, hacer constar que los jesuítas recomendaron el estudio de la Filosofía a muchos jóvenes que no pensaban en ser teólogos, verbigracia, a los juristas, y aun a los que aspiraban a recibir una formación humana integral. Por lo demás, la Filosofía que ellos enseñaban era la peripatética, no apartándose de Aristóteles sino en ciertas cuestiones opuestas a la fe o al sentir común de la Escuela, y teniendo siempre en cuenta la interpretación y doctrina de Santo Tomás.

No se dió en los siglos XVI y XVII una restauración de la Filosofía escolástica tan pujante y espléndida como de la Teología, ni dentro ni fuera de la Orden de San Ignacio, aunque es verdad que todos los teólogos de aquella época solían ser hábiles filósofos. La figura de *Francisco Suárez* († 1617), con sus *Disputationes metaphysicae*, se yergue en medio de todos como una pirámide del desierto. Diríase que los anteriores a él sólo sirven para darle perspectiva, y todos los posteriores llevan tan clara la marca suareciana, que parecen simples reflejos o derivaciones parciales; hasta en las Universidades protestantes de Alemania Suárez suplantó a Melanchton y reinó sin rival hasta que vino la Filosofía de la Ilustración.

Españoles e italianos fueron los filósofos que entonces pro-

dujo la Compañía. *Francisco de Toledo* († 1596), discípulo de Domingo de Soto, O. P., llevó los nuevos métodos de España a Roma, donde ya brillaba el vivista *Benito Perera* († 1610). Por el mismo tiempo *Juan Maldonado* († 1583) purificaba la escolástica parisiense con unas lecciones de Metafísica que, desgraciadamente, no perfeccionó para la imprenta. *Pedro de Fonseca* († 1599), el Aristóteles portugués, inició el famoso curso de Coimbra, continuado por *Manuel de Goes* († 1593), *Cosme Magalhaens* († 1624), *Baltasar Alvarez* († 1630) y *Sebastián de Couto* († 1639), conocidos con el nombre de los Conimbricenses. *Antonio Rubio* († 1615) se hizo célebre en su cátedra de Méjico, como *Francisco Alonso*, de Malpartida († 1649), en Alcalá, *Pedro Hurtado de Mendoza* († 1651) en Salamanca, y *Francisco de Oviedo* († 1651) en Alcalá y Madrid. Pasando por alto talentos tan penetrantes como *Gabriel Vázquez* y *Juan de Lugo*, que cultivaron principalmente la Teología, recordemos, por fin, a *Rodrigo de Arriaga* († 1667), en quien apuntan ya las sutilezas excesivas y el criticismo de la decadencia.

En Italia figuran *Cosme Alamanni* († 1634), discípulo de Vázquez y Suárez en el Colegio Romano. *Pablo della Valle* (o *da Valle*) († 1622), *Sforza Pallavicino* († 1667), distinguido humanista e historiador del Concilio tridentino, que escribe con originalidad sobre ética y estética; y algunos otros. Añadamos el nombre del portugués *Francisco Soares* († 1659 y el del francés *Pedro Bourdin* († 1653).

Ciencias Exactas

En todos los tiempos ha tenido la Compañía varones eminentes en las Ciencias Exactas, en las Matemáticas, en la Física y particularmente en Astronomía. Hemos hecho mención de los astrónomos y matemáticos que hicieron de su ciencia un magnífico instrumento de apostolado en el Imperio chino: *Mateo Ricci* († 1610), *Jacobo Rho* († 1638), *Adam Schall* († 1666). Varias veces hemos nombrado al célebre profesor del Colegio Romano *Cristóbal Clavius* († 1612), el Euclides de su siglo, de quien se

valió Gregorio XIII para la reforma del calendario. Sucediéronle en la cátedra *Cristóbal Griemberger* († 1636), excelente matemático tirolés, y *Gregorio de Saint-Vincent* († 1667), insigne geómetra belga, que luego pasó a Praga llamado por el Emperador. El suizo *Pablo Guldin* († 1643), amigo de Kepler, se convirtió al catolicismo en su juventud y entró en la Compañía como Hermano coadjutor, pero mostró tan relevantes dotes de matemático, que cursó luego los estudios y se ordenó de sacerdote para honra de la Orden y progreso de las ciencias. El gran astrónomo *Cristóbal Scheiner* († 1650), fundador de la nueva Física solar, descubrió las manchas solares independientemente de Galileo, y quizá al mismo tiempo (1611) que Juan Fabricius, aunque éste se le adelantó en anunciarlas. Carteóse con Gassendi, Kepler y Galileo. Digno sucesor de Scheiner en Ingolstadt fué *Juan B. Cysat* († 1657), natural de Lucerna, arquitecto de la iglesia del Colegio de Insbruck. El matemático y físico *Pedro Bourdin* († 1653) regentó con aplauso una cátedra en el Colegio de La Flèche, y el físico y filósofo *Esteban Noel* († 1659) se carteó con Descartes y Pascal. *Andrés Tacquet* († 1660), admirador de Descartes, enseñó Matemáticas en Lovaina y Amberes. *Juan B. Zupi* († 1667) las enseñó en Nápoles y fué el primero que vió las fases de Mercurio (1639) y las bandas de Júpiter. Otro italiano, *Francisco Grimaldi* († 1663), con sus estudios sobre la difracción y dispersión de la luz, preparó la teoría de la ondulación y determinó, mucho antes que Huyghens, el aplanamiento de Saturno. El alemán *Gaspar Schott* († 1666) hizo curiosas observaciones y contribuyó al progreso de la Física. Lo mismo se diga del francés *Jacobo Grandamy* († 1672).

Al cultivar las ciencias, procuraron los jesuítas armonizar los descubrimientos que en ese terreno se hacían, con la principios fundamentales de la Filosofía aristotélica. Desgraciadamente, no todos los escolásticos tuvieron suficiente flexibilidad de espíritu para adaptar su doctrina a las nuevas teorías, y sobrevino a fines del siglo XVII el escandaloso divorcio entre la Filosofía clásica y las llamadas ciencias modernas, que ha durado casi hasta nuestros días.

Omitimos todo lo relativo a los naturalistas, porque sería preciso llenar muchas páginas con nombres de misioneros que dieron a conocer a los europeos las curiosidades de la fauna y flora de los países en donde misionaban; sabido es que los jesuítas propagaron el uso de la corteza de la quina como medicamento febrífugo, llamado por eso *pulvis jesuiticus*. Un nombre debe quedar consignado en esta sección, el del *P. José de Acosta* († 1600), por su *Historia Natural y Moral de Indias*, la primera obra científica sobre Geografía física e Historia Natural del Nuevo Mundo, muy estimada por la riqueza de su contenido, por su método y criterio, no menos que por su ameno y clásico estilo. Del *Padre Bernabé de Cobo* († 1657) se han publicado modernamente algunos escritos, que le merecen un puesto de honor entre los naturalistas.

Historia profana y eclesiástica

Pongamos al frente de los historiadores a *Juan de Mariana* († 1624), bien conocido por su clásica *Historia de España*, la primera completa que hubo en nuestra patria, quien, juntamente con otros trabajos filosóficos, económicos, teológicos y exegéticos, hacen de su autor una de las personalidades más atrayentes y originales del Renacimiento español.

Imitando a Tito Livio, pero con estilo moderno y vivaz, *Famiano Strada* († 1649) escribió la historia de las guerras de Flandes en hermoso latín, pues Strada era buen humanista, y con perfecta documentación, ya que Alejandro Farnesio, por cuyas instancias escribía, le facilitó la consulta de los archivos. Para estudiar el Concilio de Trento, todavía hoy se hace preciso acudir a la historia del Cardenal *Sforza Pallavicino* († 1667). En latín escribió *Juan Buzelin* († 1629) los anales del Flandes francés, y *Melchor Inchofer* († 1648) los de Hungría, y *Andrés Brunner* († 1650) los de Baviera, que le valieron el título de «Tito Livio bávaro».

Ya se supone que en la Compañía no habían de faltar historiadores de las misiones. Las de la India y Japón supo historiar-

las, basado en informes de los misioneros, *Luis de Guzmán* († 1605), de quien quiso hacer una traducción francesa *Pedro du Jarric* († 1618), acabando por hacer una obra original. Especial valor tienen *Luis Froes* († 1597) para el Japón y *Nicolás Trigault* († 1628) para la China. Una elegante historia latina de las Indias orientales nos dejó *Juan Pedro Maffei* († 1603), sucesor de Perpiñá en la cátedra romana de Retórica. *Francisco Colín* († 1660) historió las misiones de Filipinas; *Alonso Ovalle* († 1651), las de Chile, y así otros muchos.

En la Hagiografía son harto conocidos los nombres del clásico *Pedro de Ribadeneira* († 1611), que además de su popular *Flos Sanctorum*, compuso la *Vida de San Ignacio de Borja*, etc. Recuérdese lo que dijimos de *Pedro Skarga* († 1612) en Polonia. Los escritos de *Martín de Roa* († 1637) demuestran mejores cualidades de literato y moralista que de historiador. En el mismo género de la Hagiografía se ejercitaron *Mateo Rader* († 1634), excelente latinista y filólogo, maestro de Stengel, Drexel y Bidermann; *Cristóbal Brouwer* († 1617), que escribió en latín vidas de Santos alemanes, y *Bartolomé Fisen* († 1649) sobre los Santos de Lieja, su patria. Todos estos ensayos, más piadosos que científicos, no valen nada ante el gran monumento levantado a la ciencia y a la sólida piedad por la secular institución de los Bolandistas. Ya el P. Aquaviva trató de fundar en 1612 algunos colegios de escritores que ilustrasen los diversos ramos de la historia de la Iglesia, después de serias investigaciones. No prosperó la idea, aunque empezó a realizarse en Munich; pero independientemente de ella se formó algo equivalente en el Colegio de Clermont gracias a eruditos tan formidables como *Petavio* y *Sirmond*, y sobre todo se plasmó de una manera perfecta y perdurable en la obra colosal del *Acta Sanctorum*, cuyo primitivo esbozo se debió a *Heriberto Rosweyde* († 1629), pero cuyo plan definitivo y vastísimo fué obra de *Juan Bolland* († 1665), ayudado por su primer compañero *Godofredo Henschen* († 1681).

No debemos olvidar a los que tomaron por objeto de sus investigaciones la historia de la Compañía de Jesús: *Alfonso de Polanco* († 1577), primer biógrafo de San Ignacio y analista de

la Compañía; *Nicolás Orlandini* († 1606) y *Francisco Sacchini* († 1625), de no vulgares dotes de historiador, sobre todo el último, muy estimado por Ranke, quizá el mejor historiador oficial de la Compañía, a la vez que modelo de humanistas y sabio pedagogo. A menos altura suelen rayar los biógrafos de varones ilustres, por ejemplo *Juan Eusebio Nieremberg* († 1658) y su continuador *Alonso de Andrade* († 1672), bastante bien informados comúnmente, pero tendenciosos, por querer ver en todos sus héroes rasgos de extraordinaria santidad, lo cual presta a esas galerías de personajes un ambiente borroso, en el que se diluyen los caracteres individuales.

El Catálogo de Escritores Ilustres de la Compañía, publicado primeramente por *Pedro de Ribadeneira*, y completado por el hispanista y filólogo clásico *Andrés Schott* († 1629), fué continuado por la Biblioteca de Escritores de *Felipe de Alegambe* († 1652) y acrecentado después por *Natanael Southwell* († 1676), cuya Biblioteca comprende 2.237 escritores jesuítas.

Por todo esto puede conjeturarse que no desdeñaron la Historia los jesuítas. Si en la *Ratio* no se le asigna cursos especiales, era porque, juntamente con la Geografía, se la englobaba en la *eruditio* que acompañaba a toda interpretación de textos. Fuera de esto, sabemos que en todos los colegios era muy leído el *Epitome de Historia Universal*, escrito con elegancia ciceroniana por el gran humanista *Horacio Torsellini* († 1599); y aunque de carácter rigurosamente científico, algo semejante se podría decir del *Rationarium temporum*, resumen de historia y cronología, compuesto por el sapientísimo *Petavio* para uso del Gran Condé, joven alumno de los jesuítas en el Colegio de Bourges.

En otras ciencias, como la Etnografía, la Lingüística, etc., la diligente labor de los jesuítas, particularmente en países de misiones, ha dado ocasión a libros enteros. Por eso, a fin de no amontonar nombres y nombres, remitimos al lector al libro del Padre José Dahlman *La lingüística y las misiones* y a la monumental *Bibliotheca Missionum* de Streit-Dindinger.

Pedagogía, Filología clásica y Literatura

La Compañía de Jesús, que en su *Ratio studiorum* presentó uno de los más perfectos sistemas pedagógicos, produjo además en esta ciencia y en los campos afines una literatura infinita de gramáticas, libros de lectura, ediciones de clásicos, diccionarios, retóricas y poéticas, cursos de matemáticas, manuales de física, comedias escolares, etc. Y no digamos nada de las obras literarias, tanto en prosa como en verso, así en griego y latín como en la lengua patria, en cuyo estilo se refleja más o menos el ambiente escolar, como de invernadero, al que deben su concepción y vida. Puédense contar por centenares los poetas latinos que la Compañía produjo en cada nación, algunos pocos verdaderamente inspirados y de talento múltiple y poderoso, que los hace dignos de figurar en la historia general de la cultura humana; los más, como es natural, versificadores habilísimos, remedadores muy felices de los autores clásicos, sin propia inspiración. No es difícil, en medio de esa selva inmensa de epigramas, odas, poemas, elegías, epístolas, discursos, narraciones, encontrar piezas de factura irreprochable y de fresca belleza, que podrían llevar la firma de cualquier gran humanista del Renacimiento. Acerca del teatro diremos en seguida unas palabras. Menéndez Pelayo, refiriéndose a la literatura española de la decadencia, escribe: «Así nació aquella filología, aquella oratoria y aquella poesía de colegio, que malamente llaman algunos jesuítica, puesto que los jesuítas (en cuyas manos vino a quedar finalmente la enseñanza de las letras clásicas en muchos países de Europa) antes contribuyeron a retardar que a acelerar la inevitable decadencia; por más que, llegados a las cátedras en época tardía, en que el Renacimiento había dado sus mejores frutos y comenzaba a descender, participasen, como todo el mundo, de la atmósfera retórica y declamatoria que empezaba a respirarse y aun cargasen con el principal sambenito por ser los más numerosos y reputados institutores de la juventud. No tenían ellos la culpa de que las es-

cuelas del siglo XVII no pudiesen ya producir Vives, ni Foxos, ni Arias Montanos, ni Brocenses, porque el espíritu que había alentado a aquellos grandes hombres estaba extinguido.» Sin negar exactitud a estas palabras en lo tocante a España, hay que reconocer que figuras como Petavio, Mariana, Sacchini, Gretser; poetas como Stefonio, Sarbiewski, Bidermann, Spee, Balde, no pierden nada en la comparación con los más grandes renacentistas.

En la historia de la pedagogía humanística ocupan puesto distinguido *Juan Perpiñá* († 1566), *Juan Bonifacio* († 1606), *Antonio Possevino* († 1611), *Jacobo Pontanus* (Spanmüller, † 1626), etc. La boga que ha tenido durante siglos la Gramática latina de *Manuel Alvarez* († 1582) no tiene igual, ni siquiera en la que obtuvo la Gramática griega de *Jacobo Gretser* († 1625) o la Retórica de *Cipriano Soarez* († 1593). Entre los preceptistas y latinistas, citaremos también a *Andrés Rodríguez* († 1600), *Juan de Santiago* († 1604), *Bartolomé Bravo* († 1607), *Melchor de la Cerda* († 1615), *Francisco de Castro* († 1632), *Juan Luis de la Cerda* († 1643), insigne comentador de Virgilio, como el francés *Nicolás Abram* († 1655) lo es de Cicerón; *Nicolás Caussin* († 1651), etc. Como helenistas y hebraístas son conocidos *Jorge Mayr* († 1623), que vertió al hebreo el Nuevo Testamento y el pequeño catecismo de Canisio, y al griego la *Imitación de Cristo* y otras obras; *Baltasar Cordier* († 1650), traductor de Santos Padres, etc.

Al lado de los dos grandes líricos *Matías Casimiro Sarbiewski* († 1640) y *Jacobo Balde* († 1668), el primero polaco, el segundo alemán, que demostraron no ser imposible cantar en verso latino con genuina inspiración y personalidad genial, se agrupan otros poco inferiores, como *Jacobo Bidermann* († 1639), que lleva la palma en la dramática, el ya nombrado *Pontanus, Sidronio de Hossche* († 1653), flamenco, cuyas *Elegías de la Pasión* fueron traducidas a diversas lenguas; *Boleslao Balbinus* († 1688), autor de poemas, comedias y de una historia de Bohemia, y, omitiendo innumerables, *Jacobo Masen* († 1681), cuyo poema *Sarcotis* tuvo el honor de ser imitado por Milton en el *Paraíso perdido* y por Vondel en su *Lucifer*.

Que los jesuítas no descuidaron el cultivo de las literaturas

nacionales, lo patentizan en España los siguientes nombres, que figuran en todos los manuales de historia literaria y en no pocas antologías: *Pedro de Ribadeneira, Juan de Mariana, José de Acosta, Alfonso Rodríguez, Martín de Roa, Juan Eusebio Nieremberg*, y superior a todos ellos como refinado estilista y pensador, *Baltasar Gracián* († 1658), «de imaginación tan varia, tan amena, tan prolífica, sobre todo en su *Criticón*, que verdaderamente maravilla y deslumbra, atando de pies y manos el juicio, sorprendido por las raras ocurrencias y excentricidades del autor, que pudo no tener gusto, pero que derrochó un raudal de ingenio como para ciento» (M. Pelayo). Esta degeneración literaria, contra la cual dieron severas órdenes los superiores por el daño que hacía en la predicación sagrada, no se manifiesta hasta entrado el siglo XVII, y se engañan los que personifican el mal gusto poético en el *P. Diego García Rengifo*, natural de Avila, porque su famosa *Arte poética española*, publicada en 1592, en Salamanca, a nombre de su hermano Juan Díaz Rengifo, no adolece, como muchos piensan, de las excentricidades que le adicionó un José Vicéns en el siglo XVII. Hubo varios que emplearon sus ocios en componer obras dramáticas, como *Pedro de Salas* († 1664), profesor algún tiempo en Valladolid, autor de *La Escolástica triunfante, La Margarita preciosa*, etc.; *Hernando de Avila* († 1600), que compuso la tragicomedia *Tanistorus, San Hermenegildo, Santa Catalina; Valentín de Céspedes*, en quien se advierten claras influencias de Calderón y de Góngora, y el más fecundo de todos, *Antonio Escobar y Mendoza* († 1669), el célebre moralista, que antes de componer sus gruesos infolios latinos, se había dedicado con éxito a la poesía castellana. El mismo nos dice: «Adolescens flosculos poematum protuli *centum sexaginta* comoedias, colloquia ad scholasticorum exercitamenta, varios divorum panegyricos, poema heroicum in Deiparam, cuius nomen *Nueva Gerusalem Maria*», etc. He aquí algunos títulos de sus dramas y autos sacramentales: *El cerco de Hostia, La toma de Cáliz, El cerco de Santa Fe, El peregrino Deseo, El caudillo vizcaíno* (San Ignacio), *Amor con vista*, etc. Su largo poema sobre la Virgen ha sido reeditado modernamente.

Por el mayor poeta lírico alemán del período barroco pasa *Federico Spee* († 1635), llamado «el Eichendorf del siglo XVII», muy benemérito por diversos títulos. Fogoso predicador y escritor de nervio es *Jorge Scherer* († 1605). En la literatura italiana merece un puesto *Sforza Pallavicini*, y en la inglesa los dos mártires *Edmundo Campión* y *Roberto Southwell*, éste sobre todo como inspirado poeta. De los méritos contraídos por los jesuítas franceses con su literatura nacional, algo podrían decir escritores como *Pedro Coton* († 1626), *Luis Richeome* († 1624), *F. Garasse* († 1631), y otros semejantes; pero es lo más significativo y honroso, que los gigantes de aquella literatura, Corneille, el creador genial de la tragedia; Molière, de la comedia; Bossuet, de la elocuencia; Guez de Balzac, dictador literario del Hotel de Rambouillet, fueran discípulos de los jesuítas. Del exquisito y horaciano poeta de Sevilla, *Francisco de Medrano*, pocos saben que fué largos años jesuíta, y que en la Compañía se formó, hasta que en 1602 salió de ella, cinco años antes de su prematura muerte.

Teatro

Puede decirse que el teatro jesuítico nace con los colegios. La *Ratio studiorum*, reconociendo la utilidad pedagógica de las representaciones teatrales, ordenaba, sin embargo, que se tuviesen raras veces, que en fondo y forma fuesen morales, excluyendo los personales femeninos, y escritas siempre en latín. A excepción de la moralidad, en lo cual los jesuítas mostráronse severísimos, en todo lo demás hubo con el tiempo dispensas y ampliaciones. Mientras en los países del Norte prevaleció siempre la lengua latina, en España se introdujo, ya en el siglo XVI, la castellana, que fué la predominante en los siglos posteriores. Se ha dicho que la dramática española influyó en la de los jesuítas, y es verdad si se trata de los siglos XVII y XVIII; pero ¿no habrá que invertir los términos si se pone la cuestión en el XVI? Una cosa parece indudable: que Lope de Vega y Calderón, lo mismo que Corneille y Molière, por haberse educado en colegios de la

Compañía, asistieron muchas veces a las funciones teatrales que en ellos se celebraban, y acaso se pueda extender la afirmación a otros dramaturgos extraños. Opinamos, con todo, que hay exageración en los que pretenden llenar con el teatro jesuítico el oscuro lapso que, en la evolución de la dramática española, media entre Lope de Rueda y Lope de Vega.

En los Colegios se empezó recitando églogas y sencillos diálogos; pronto se pasó a la complicada representación dramática en todos sus géneros.

Hay quien busca la génesis del teatro de los jesuítas en los misterios de la Edad Media y en las farsas y pasos cómicos, muy frecuentes en las Universidades; más cerca están de la verdad los que la buscan en el teatro renacentista clásico, del que es una ramificación el de los colegios de la Compañía; pero se ha de advertir que el móvil principal de aquellas representaciones fué el afán pedagógico, porque el objetivo de los Padres era, juntamente con el afinamiento del sentido estético y la educación de los más puros, nobles y generosos sentimientos, el amaestrar a los discípulos en el uso perfecto de la lengua latina, y más que nada el instruirlos prácticamente en todas las formas de la declamación, del gesto, de la emisión de voz, de la expresión de los afectos, y en el dominio de los grandes auditorios. Tal era el fin primordial perseguido por la *Ratio*, mas en la mente de los autores se dió frecuentemente la primacía al intento apostólico y moralizador. Hay que tener esto en cuenta para no juzgar únicamente con criterios artísticos aquellas producciones, que, en cuanto dramas, tienen que ser a menudo mediocres, y por tales las reputaban sus autores, como demuestra el hecho de que la mayoría no pasara de las tablas a la imprenta.

Solíase tomar el argumento, de la Biblia, de la Historia eclesiástica y de las misiones entre infieles, y llama la atención el espíritu profundamente sagrado con que se tocan los temas religiosos; a ese mismo espíritu obedece la prohibición de presentar en escena las ceremonias litúrgicas y todo cuanto pudiera tener viso de irreverencia de las cosas santas. También los dramas de argumento profano eran frecuentes, pero siempre se buscaba que

el efecto final, por lo menos, fuese de escarmiento, temor de la justicia divina o desengaño del mundo. A veces aparecen en esta literatura los grandes motivos de la literatura universal, como Cipriano y Justina, Barlaam y Josafat, Teófilo el penitente, la hija de Jefté, la vida es sueño, Don Juan, etc. Otra fuente de inspiración suele ser la historia nacional.

Es maravillosa la magnificencia que desplegaban los jesuítas en la ejecución de sus comedias y tragedias, señalando un progreso notabilísimo en el arte de la escenografía, sobre todo si se tiene en cuenta la miseria de recursos con que actuaban en el siglo XVI, bojigangas y farándulas. El Colegio de Munich solía hacer alarde de tan fastuosa pompa, que se diría impropia de unos religiosos, si no corriese todo a cuenta de los Duques de Baviera, interesados en mostrar el esplendor de su corte. También en otras partes solía haber un patrono que costeaba los gastos de la fiesta. Cuando en 1574 se representó en Munich la tragedia *Constantino*, obra probablemente del Rector Jorge Agricola, tomaron parte más de mil actores, entre ellos 400 caballeros que formaban el cortejo de Constantino, armados a la antigua usanza de Roma; toda la ciudad y los pueblos del contorno presenciaron con profunda devoción aquel espectáculo, que duró dos días y que tuvo por escenario todas las avenidas y palacios de la ciudad. Dos años más tarde, en la representación de *Ester*, todas las preciosidades del tesoro ducal fueron utilizadas y en el convite de Asuero figuraron 150 cubiertos con vajilla de oro y plata. Lo que superó a todo lo imaginable fué *El triunfo de San Miguel* (1597), cuando se consagró la iglesia del Colegio bajo la advocación del santo Arcángel. Más que la lucha de San Miguel con Lucífer se representó la lucha de la Iglesia contra el paganismo, contra la ciencia anticristiana, contra la herejía, contra el furor de los perseguidores: toda la historia del cristianismo. En la escena final, 300 demonios cayeron súbitamente precipitados en el infierno. La música estuvo a cargo del célebre compositor Jorge Victorin, cuyos grandiosos coros fueron ejecutados por 900 coristas. Cuando las bodas del Duque Guillermo V (1565), se representó la tragedia *Samson*, de Andrés Fabricius, con música del gran maestro de

la polifonía Orlando di Lasso. No iban a la zaga en recursos escénicos otros colegios, como el de Viena, Colonia, etc. Del último tenemos noticia de que, por medio de máquinas ocultas, volaban los personajes o desaparecían en el aire, mientras coros enteros de ángeles descendían de las nubes. Eran los tiempos clásicos del barroco.

Naturalmente, no eran tan aparatosas las representaciones de los primeros colegios. Empezaron por ofrecer al público cosas sencillas, églogas, diálogos con que adornaban las concertaciones de los estudiantes; luego compusieron, con argumento moral y cristiano, imitaciones de las comedias y tragedias clásicas, con fin puramente escolar, verdaderos ejercicios retóricos, que, para estímulo de los alumnos, se representaban ante un público selecto. Por fin, a la función teatral se le concedió valor propio y sustantivo, y para el máximo realce de ella se ponían a contribución todos los recursos del colegio y de sus bienhechores. Ya en 1560 representóse en Praga la comedia *Euripis*, a la que asistieron no menos de ocho mil espectadores, y en cuyo programa se leía: «Esa pieza os persuadirá de la inestabilidad de las cosas humanas y de la fragilidad de esta vida.» Los cuarenta actores fueron invitados por el Obispo de Viena a un banquete de gala; la comedia fué repetida varias veces, y, para complacer a la corte, el Padre Rector, Pablo Hoffaeus, tuvo que traducirla al alemán.

El drama *Santa Catalina*, ejecutado en Innsbruck, durante ocho horas, en 1576, gustó tanto al Archiduque Fernando, que concedió becas a los principales actores, y poco después fué puesto por el Rector, Juan Sanhoy, en «verso heroico». Del mismo modo, los jesuítas de otras naciones no se contentaban ya con simples églogas o piezas sencillas, sino que componían verdaderos dramas, y a veces, máxime en España, donde no se rendía tanto culto al clasicismo, en lengua vernácula, como, por ejemplo, la tragedia en cinco actos titulada *Triunfo de los Santos, en que se representa la persecución de Diocleciano y la prosperidad que se siguió con el imperio de Constantino*, que el P. Pedro de Morales envió al General de la Compañía (1579). Acabamos de mencionar las comedias de Avila, Céspedes, Escobar, Salas, etc. Otros, co-

mo *Pedro Pablo de Azebedo* († 1573). *Andrés Rodríguez* († 1600), *Miguel Henríquez* († 1611). *Juan Bonifacio*, etc., las compusieron en latín, algunos en ambas lenguas. Del inspirado profesor de Coimbra *Luis da Cruz* († 1604) se publicaron en Lyón, al año de su muerte, cinco dramas latinos de notable fuerza y originalidad. A la representación de su tragedia «Sedecías» en Coimbra asistió conmovido el joven Rey don Sebastián. En Italia brillaron *Francisco Benci* († 1594), discípulo de Mureto, *Bernardino Stefonio* († 1620), cuyo drama «Crispus» es mencionado por Corneille, *Alejandro Donati* († 1640), *Vicente Guiniggi* († 1653), *Mario Bettini* († 1657) y *Hortensio Scamacca* († 1648), aplaudido por sus comedias italianas.

Ante el Duque de Lorena representó el Colegio de Pont-à-Mousson en 1580, en versos franceses, una tragedia titulada *Historia trágica de la doncella de Orleáns... con coro de niños y niñas;* su autor era un joven profesor de veintiún años, *Fronton du Duc* (1624), que se distinguiría más tarde como editor de Santos Padres. El gran predicador y escritor *Nicolás Caussin* († 1651) compuso bastantes tragedias clásicas, como también el celebérrimo *Petavio* y el profesor de Retórica en La Flèche *Luis Cellot* († 1658). A las funciones del Colegio de Clermont asistió más de una vez Luis XIV, y en 1653 en compañía del Rey de Inglaterra y del Cardenal Mazarino. Los belgas *Carlos Malapert* († 1630), *Juan Surius* († 1631), capellán militar. *Balduino Cabilliau* († 1652) y *Jacobo Libens*, de Amberes († 1678) eran muy estimados, así como el inglés *José Simeons* († 1671).

En Alemania, hay que subrayar entre los arriba citados los nombres más ilustres de *Jacobo Gretser* († 1625), *Jacobo Pontanus* († 1626), *Jacobo Bidermann* († 1639), que, a juzgar por sus obras impresas, superó a todos en talento dramático; fué profesor de Humanidades en Munich, de Filosofía y Teología en Dilinga, y pasó los últimos diecisiete años de su vida en Roma como consultor teólogo. Sus mejores obras son la tragedia histórica *Belisario*, representada en Munich en 1607, y el drama *Cenodoxus o el Doctor de París*, que versa sobre la leyenda de la conversión de San Bruno, y que, como casi todas las representaciones de los je-

suítas, produjo tan honda impresión al público, que catorce de los espectadores se retiraron en seguida a hacer ejercicios espirituales. Muchas personas olvidadas de Dios, a quienes no pudieron convertir los más celosos predicadores, mudaron de vida por la emoción purificadora del teatro. Al tomar el velo de monja la Archiduquesa Eleonora, confesó que los primeros gérmenes de la vocación le vinieron en la representación de *Santa Cecilia en Roma*, obra de los jesuítas de Praga. El drama jesuítico pasó, sin decadencia, de las manos de Bidermann a las de *Jacobo Balde* († 1668) y *Jacobo Masen* († 1681), a las del inspirado tirolés *Nicolás Avancini* († 1686), tan conocido por sus meditaciones sobre la vida de Cristo como por sus producciones teatrales, y, en fin, a las de *Carlos de la Rue* († 1725), con otros, que en la Parte Tercera de esta Historia recordaremos.

Estando escritos en latín estos dramas de la Compañía en Alemania, y comúnmente también los de otros países, ¿cómo se explica la impresión profunda que causaban en los oyentes? Recuérdese que de ordinario eran para solos hombres, y asistían principalmente estudiantes, gente de la corte, clérigos y hombres cultos, entre los que el conocimiento del latín estaba muy extendido. Pero, además, no hay que admirarse de que aun los ignorantes de esa lengua comprendiesen lo sustancial, porque, como explica K. Trutmann en un librito sobre Oberammergau: «Sucedía entonces lo que actualmente en Oberammergau: las figuras y los personajes de la Sagrada Escritura les eran familiares a todos desde la infancia. Además, a los oyentes menos cultos se les facilitaba la inteligencia del drama de muchas maneras. Distribuíanse sumarios programas en alemán a todos los espectadores, con indicaciones sobre la marcha de la acción; cuadros artísticamente compuestos, sacados del Antiguo Testamento, con otros del Nuevo, servían de oportunas ilustraciones, igual que en la pasión de Oberammergau. Antes de cada acto avanzaba sobre la escena, según el método de los maestros-cantores, un heraldo, que con resonante voz explicaba en versos alemanes lo que iba a representarse. A la verdad, el texto literal escapaba a la masa del público, y en esto se distingue el drama latino de los jesuí-

tas de las comedias populares alemanas del tiempo de la Reforma. Pero si los jesuítas renunciaban a la lengua alemana, comprensible a todos, no por eso se aminoraba el efecto de sus representaciones, como no se disminuye la impresión que producen en las almas los oficios en latín del culto católico. Fin y objetivo de la representación era la emoción religiosa; sabíalo la fiel y piadosa multitud allí presente, y si no comprendía cada una de las palabras, servíale todo lo que veían sus ojos para conmover hondamente su corazón y su fantasía y, por medio de este sagrado sentimiento, conseguir el fin que se pretendía. ¿No sucede lo mismo en Oberammergau? Nadie, ciertamente, ha hecho jamás una peregrinación a la aldea de la Pasión para admirar las bellezas poéticas del texto; lo que más impresiona al público es, en primer lugar, lo que hiere sus ojos; ahora bien, esta impresión no sería menor si el tetxo de la representación se pronunciara en latín. Realizóse entonces en Baviera, en torno del ideal católico, la compleja obra artística, de carácter nacional, que Ricardo Wagner soñó para Alemania, la representación solemne, a la que acuden de todos los confines del país, y en la que participa espiritual y materialmente todo el pueblo, y que se eleva, por la grandiosidad de la ejecución, a la categoría de un oficio litúrgico nacional.»

Como Wagner en Bayreuth, así, a su modo, los jesuítas pusieron al servicio de la dramática todas las artes, uniendo la poesía con el canto y la música instrumental y la pantomímica y la danza y la decoración y la indumentaria.

Como quiera que se les juzgue desde el punto de vista artístico y literario, lo cierto es que los jesuítas alcanzaron sus objetivos, que eran, ante todo, pedagógicos, y cultivando en su teatro los motivos cristianos y nacionales, mostraron el verdadero camino por donde habrían de encumbrarse los grandes dramaturgos. Cuando Goethe presenció el año 1786 en Ratisbona un drama jesuítico, la impresión que sacó fué francamente favorable y entusiasta.

Arte barroco

También en la historia del arte significa algo la Compañía de Jesús. Sus hijos no crearon formas nuevas, sino que propagaron las que estaban en boga. Y, sin embargo, se repite con frecuencia, desde mediados del siglo XIX, que, a lo menos en arquitectura, existe un arte o estilo *jesuítico*, que es ni más ni menos el estilo *barroco*, nacido en Italia en los últimos decenios del siglo XVI y propagado en seguida a la Alemania católica, Países Bajos y España. Pero ha de notarse que a fines del siglo XVI y comienzos del XVII todavía los jesuítas, especialmente en Flandes, el país renano y el Tirol, construyen sus templos en estilo gótico, y si luego se impone en todas partes el nuevo estilo, no son los jesuítas los que lo llevan a las más violentas exageraciones. Puede, con todo, hablarse de un barroco jesuítico, como se habla de un románico cluniacense, o de un gótico cisterciense. Prototipo de casi todos sus templos fué *Il Gesu* de Roma, levantado por el gran arquitecto Vignola, templo de una sola nave, muy capaz, con capillas o altares laterales entre los contrafuertes, y otra nave más corta y ancha que hace de crucero, sobre el cual se levanta la cúpula, inundada de luz por la linterna. Generalmente se acomodaron a este modelo, porque la amplitud del local, los contrastes de luz a que se presta y la potente unidad que domina toda la construcción, servían maravillosamente a las grandes solemnidades eucarísticas y a la predicación al pueblo allí congregado. Frecuentemente eran Padres o Hermanos de la Compañía los arquitectos, como el *P. José Valeriani* († 1596), constructor del Colegio Romano, y del Gesù de Nápoles y de Génova; el *Hermano Enrique Hoymaker* († 1626), de la Provincia de Bélgica; el *H. Esteban Martellange* († 1641), que construyó numerosas iglesias de Francia y en sus últimos años se dedicó a la pintura; el *P. Horacio Grassi* († 1654), que dibujó los planos de San Ignacio en Roma; el *H. Juan du Blocq* († 1656), que dirigió la construcción de la iglesia de Nuestra Señora en Luxemburgo;

el *P. Francisco Aguillón* († 1617), que diseñó la iglesia de Amberes; el *H. Francisco Bautista*, que levantó el templo de San Isidro el Real de Madrid (1620-1651) y colaboró en la Clerecía de Salamanca, soberbio monumento comenzado por Juan Gómez Mora, y terminado por Churriguera; el *H. Juan de Breuil* († 1670), arquitecto y pintor, autor de un tratado de perspectiva; también en el magnífico templo de San Miguel (1582-97), en Munich, colaboraron varios jesuítas con el arquitecto principal, F. Sustris. Sobre el estilo barroco son, y serán, los pareceres tan varios como los gustos; pero, de todos modos, hay que afirmar que el barroco no es un estilo de decadencia. Podrá ser de mejor o peor gusto; decadente, no, como no sea en sus últimas etapas de la segunda mitad del siglo XVII y primera del XVIII, cuando degeneró en Francia en las frivolidades puramente decorativas del *rococó*, y en España en las frondosidades vacuas del churriguerismo. El barroco es más noble y digno; es la expresión de una nueva forma de cultura, que, por lo mismo, se manifiesta no sólo en las artes plásticas, sino en la pintura, y en la música, y en la poesía, mayormente en el teatro, y en la vida social y en la filosofía, y no falta quien quiere verlo hasta en la política y en las ciencias. Ciertamente, es un arte que responde al espíritu de los pueblos católicos en que nació, al ambiente de las naciones absolutistas y al estado de ánimo de aquella época, y como ese espíritu era de conquista, de dinamismo, de glorias triunfales, esos rasgos o caracteres debía ostentar el arte. De todas las artes, fueron la arquitectura y el teatro, por lo constructivo y lo dinámico, las que mejor expresaron y simbolizaron la fuerza creadora y triunfal del Catolicismo, y porque esas artes responden a la cultura católica de la época postridentina, son una glorificación de la Iglesia, del dogma, y, en particular, del dogma central de la Eucaristía, bien asentado en Trento contra los protestantes. Recuérdese que el más genuino dramaturgo barroco, Calderón, es el poeta de los autos sacramentales; que casi todos los arquitectos, escultores, etc., representativos de ese estilo trabajaban en levantar templos para Jesucristo Sacramentado. La Iglesia católica necesitaba para su cultura locales más amplios y suntuosos que los tem-

plos renacentistas, y de más luz que las iglesias medievales; en la escultura, en la pintura, en la música y literatura necesitaba formas nuevas para desplegar toda su magnificencia. Papas, Cardenales, Reyes, así como se construyen espléndidos palacios, así también y mucho más se constituyen fundadores de magníficas iglesias, donde se emplean los mejores artistas y los más ricos materiales: mármoles, oro, plata. El arte medieval, románico o gótico, les parece demasiado sombrío, bueno para épocas de recogimiento, no para épocas de expansión y apoteosis; el arte clásico renaciente es demasiado frío y abstracto, demasiado regular, reposado y falto de ornamentación; era menester más luz y más espacio, un arte más efectista, de aspiración a lo colosal y a lo dramático y de un realismo exagerado, que cae a veces en el ilusionismo. Y nace el nuevo estilo que los clasicistas denominaron despectivamente *barroco*. Algunos de sus representantes más geniales, como Bernini y Rubens, eran grandes amigos de la Compañía.

Ocupa un lugar preeminente entre los artistas barrocos el *Hermano Andrés del Pozzo* († 1709), pero su figura cae dentro del período siguiente. Anotemos aquí los nombres más oscuros del *Padre Juan Bautista Fiammieri* († 1606), escultor y pintor en varias iglesias de Roma, y del *H. Domingo Beltrán* († 1590), vitoriano, que trabajó como arquitecto y escultor en las iglesias de Murcia y Madrid y alcanzó fama por sus crucifijos de tamaño natural. Otros quedan nombrados más arriba.

En la *música* no produjo la Compañía grandes artistas; no faltaron, con todo, algunos compositores, empezando por San Francisco de Borja y San Roberto Belarmino. De Borja se canta todavía una misa muy estimada y varios motetes. Más se distinguió *Carlos d'Ambieville* († 1637), y en las misiones americanas hubo muchos que descollaron en este divino arte, pero de los cuales apenas tenemos más que vagas noticias, como del *P. Pedro de Silva* († 1649) en el Perú.

Primer centenario de la Compañía de Jesús

Al acercarse el año 1640, fecha en que se cumplía un siglo desde la fundación y primera confirmación de la Compañía de Jesús, podían los jesuítas, si echaban una mirada retrospectiva a la plenitud heroica de aquel siglo transcurrido, alabar a Dios por las gestas y proezas que el Instituto de San Ignacio, como dócil instrumento de la divina Providencia, había realizado en todos los campos a mayor gloria de Dios y ensalzamiento de la Iglesia Romana, y sentir la natural complacencia de unos hijos por las hazañas de sus progenitores. A fin de que las fiestas conmemorativas no se deshiciesen en humo y en palabrería vana, el P. Vitelleschi escribió una epístola a toda la Compañía insistiendo en la virtud de la humildad, como medio el más eficaz y seguro para no decaer del espíritu genuino. Mandaba a todos celebrar aquel jubileo, otorgado bondadosamente por Urbano VIII, con unos fervorosos ejercicios espirituales, y terminaba así: «Con el mayor sentimiento de mi corazón, en el cual llevo a mis Padres y Hermanos, os abrazo a todos de nuevo, unida y estrechamente en el Corazón de Jesús, en el cual os dejo para recibir de él un verdadero calor vital que de veras os renueve y vigorice en el espíritu.» En efecto, aquellas fiestas quisieron ser una renovación espiritual, que, naturalmente, fué acompañada, en todas las naciones, donde los jesuítas eran sumamente venerados, de otras solemnidades, así litúrgicas como profanas, y de entusiásticas congratulaciones de parte de los pueblos cristianos, distinguiéndose por encima de todos el de Polonia, con su Rey y los magnates. La floreciente Provincia flandro-bélgica, como regio monumento conmemorativo, hizo estampar en las célebres oficinas antuerpienses de Plantin un magnífico volumen rotulado: IMAGO PRIMI SAECULI SOCIETATIS IESU, con láminas e ilustraciones artísticas. Tiene 952 páginas y consta de seis partes: *Societas nascens, crescens, agens, patiens, honorata;* la sexta está dedicada a la Provincia flandro-bélgica. Sus autores, bajo la dirección del P. Juan Bolland, glorifican a la

Compañía, representándola como imagen de la Iglesia e imitadora de su Capitán Jesús, trazando más que una historia escueta, una pintura rubeniana y un fervoroso panegírico en armoniosas cláusulas ciceronianas y en poesías latinas, griegas y hebreas. Aquel estilo barroco, entusiástico, pomposo, escandalizó a los enemigos y envidiosos de la Compañía, que tomaron demasiado en serio la obra juvenil de unos literatos jesuítas, orgullosos, no sin razón, de los triunfos de su madre.

En el Colegio de Madrid se representó una comedia religiosa y alegórica: *Las glorias del mejor siglo,* «magnífico drama, que honraría al mismo Calderón», según el asaz benévolo juicio de Mesonero Romanos, el cual se excede en alabar la ingeniosísima ficción, la acción perfectamente sostenida, los caracteres alegóricos hábilmente diseñados, el magnífico raudal de riqueza poética, la noble, digna y discretísima expresión. Era su autor el *Padre Valentín de Céspedes,* afamado orador de la Provincia de Castilla, que se ocultó bajo el seudónimo de Don Pedro del Peso.

SEGUNDA PARTE

EPOCA DE MADUREZ. PERSECUCIONES Y EXTINCION DE LA COMPAÑIA DE JESUS

(1645-1773)

SECCION I

EL SEGUNDO SIGLO DE LA COMPAÑIA

(1645-1758)

El impulso conquistador de la *Contrarreforma* o Restauración católica en Europa no podía alargarse indefinidamente. Empezaba a notarse, en los hombres y en las instituciones, cansancio y lentitud. Imponíase, aun atendiendo a las propias conveniencias, un poco de reposo y más lento ritmo en la faena, para profundizar la labor. Necesidad exigida por la naturaleza y obligada entonces por los pujos de las naciones protestantes, que desde la *Paz de Westfalia* (1648) cortan el avance católico, obligando a la Iglesia a restringir su campo de acción y aminorando el influjo de Roma en la política europea. En la historia de la Compañía de Jesús este período no es de decadencia, como pudiera parecer a quien parcialmente lo considere; presenta simultáneamente dos fases muy distintas: en el campo de las misiones extranjeras, continúa el avance conquistador, menos expansivo, pero tal vez más organizado e intensivo, prolongándose la edad de oro iniciada en la época precedente; y en el campo de Europa, se interioriza el cultivo espiritual; a las iniciativas originales sucede el trabajo, un poco rutinario, pero eficaz, y a pesar de las tormentas que amargan constantemente, hay rica cosecha de frutos en dorada madurez. En los colegios de la Compañía alcanzan un brillo nunca visto las Congregaciones marianas con sus catecismos y obras de caridad; florece en los mismos el estudio

de las letras clásicas y si. entrado el siglo XVIII, se acusa a los jesuítas de retrasados en los métodos y en las ideas pedagógicas, es porque, fieles a la autoridad y firmes en la tradición, no aceptan el espíritu del siglo, que se jacta de progresista e ilustrado y lleva en el fondo los gérmenes del naturalismo, racionalismo y positivismo. Hombres providenciales, verdaderos apóstoles de vida penitente y palabra inflamada, recorren aldeas y ciudades dando misiones y ejercicios espirituales con fruto portentoso de conversiones, lo mismo en España e Italia que en Francia y Alemania; es la edad de oro de las misiones rurales. Al mismo tiempo, son también los jesuítas los que dan la norma, o contribuyen a formarla, de otra predicación más culta y elevada con oradores del tipo de Bourdaloue y Segneri. Que no hay decadencia, lo demuestran principalmente los Santos que sigue produciendo la Compañía, los innumerables mártires que dan su sangre por la fe en países remotos o se sacrifican por la caridad en los hospitales, y, en fin, las persecuciones por parte de los enemigos de la Iglesia de Cristo. La persecución es el ambiente ordinario en que se mueve la Compañía durante el segundo siglo de su existencia, persecución que viene en primer lugar de los jansenistas, apoyados más o menos conscientemente por ciertos religiosos y dignatarios eclesiásticos, a los que se agregan enciclopedistas y francmasones, que declaran guerra abierta al jesuitismo, mientras fraguan la gran revolución social y religiosa, y no paran hasta que las dinastías borbónicas, que tanto habían favorecido siempre a la Compañía, entran en la gran conjuración contra la Orden religiosa que más valientemente defendía los derechos de Roma.

Estadísticas

La Congregación General VIII (1646) limitó el número de candidatos que debían ser admitidos en el noviciado, restricción que entonces pareció prudente, pero que antes de diez años tuvo que ser ampliada para algunas provincias. En las frecuentes epidemias de aquel tiempo sucumbieron no pocos jesuítas; todo lo

cual, unido a las guerras que devastaron algunas regiones de Europa, explica que el incremento general de la Compañía tomase un ritmo más lento en la segunda mitad del siglo XVII, para recobrar en el siglo siguiente la acelerada progresión de los buenos tiempos. He aquí algunas cifras:

Año 1679: 17.655 jesuítas (7.870 sacerdotes), con 578 colegios y 88 seminarios.

Año 1710: 19.998 jesuítas (9.957 sacerdotes), con 612 colegios y 157 seminarios, 340 residencias, 200 puestos de misión, 59 noviciados, 24 casas profesas, 37 provincias y 1 viceprovincia.

Año 1749: 22.589 jesuítas (11.293 sacerdotes), 669 colegios y 176 seminarios, 335 residencias, 273 puestos de misión, 61 noviciados, 24 casas profesas, 39 provincias. (Correspondían a la Asistencia de España: 4 provincias en la Península, 7 en Ultramar y además la de Cerdeña, con un total de 5.114 sujetos en 320 domicilios, de los cuales eran 196 colegios de externos y 33 de internos.)

Si echamos una mirada más de cerca a las provincias españolas de la Península, veremos que el número de jesuítas había bajado a 1.800 en el año 1650, número muy reducido si se tiene en cuenta que en 1616 eran 2.173; pero poco a poco se acusa un crecimiento, que en 1673 llega a 2.000, y a mediados de la centuria siguiente pasa de 2.700.

En 1652,	la provincia de Andalucía contaba	427	sujetos;
	la de Aragón	»	333	»
En 1666,	la de Castilla	»	550	»
	la de Toledo	»	476	»
En 1710,	la de Andalucía	»	518	»
	la de Aragón.	»	523	»
	la de Castilla	»	630	»
	la de Toledo	»	561	»

En 1479, la provincia de Andalucía contaba 662 sujetos;
la de Aragón ..... » 604 »
la de Castilla ..... » 718 »
la de Toledo ..... » 629 »

Seis meses antes de la expulsión: Andalucía. 704 sujetos
» Aragón.... 630 »
» Castilla.... 801 »
» Toledo..... 611 »

El balance de las provincias hispanoamericanas es el siguiente:

Méjico ... . 345 sujetos (en 1654), 508 (en 1710), 572 en 1749), 678 (en 1767).
Nueva Granada.. 149 (en 1710), 193 (en 1749), 193 (en 1767).
Quito... ... . 169 (en 1711), 239 (en 1752), 261 (en 1767).
Perú ... ... 422 (en 1654), 518 (en 1710), 526 (en 1749), 400? (en 1767).
Paraguay.. ... .. 166 (en 1652), 269 (en 1710), 303 (en 1749), 564? (en 1767).
Chile ... ... 68 (en 1652), 155 (en 1710), 242 (en 1749), 348 (en 1767).
Filipinas... ... .. 165 (en 1710), 126 en 1749), 152 (en 1767).

La Compañía universal estaba organizada en cinco Asistencias, a las que en 1755 se añadió una más, la de Polonia, con 2.259 jesuítas, cuyas dos provincias de Polonia y Lituania se dividieron al año siguiente en las provincias de Polonia mayor y menor, Lituania y Masovia.

Carafa, Piccolomini, Gottifredi (1646-1649-1651-1652)

No seguiremos en este período el orden de naciones, como hemos hecho hasta ahora, sino que, a fin de ser más sintéticos, seguiremos el orden cronológico de los Padres Generales, interca-

lando o poniendo a continuación las cuestiones históricas más importantes relativas a la universal Compañía.

Reunida, a la muerte del P. Vitelleschi (1645), la Congregación General VIII, disponíase a la elección de un nuevo Prepósito general, cuando recibió un rescripto del Papa, por el que Inocencio X mandaba que los Padres congregados deliberasen sobre la conveniencia de modificar ciertos principios fundamentales del Instituto, como la perpetuidad del cargo de General, etcétera. A casi todos los puntos propuestos respondió negativamente la Congregación, visto lo cual, el Papa se contentó con imponer lo siguiente: Que cada nueve años se reuniese Congregación General y que en ella se eligiesen siempre nuevos Asistentes; que todos los Superiores inferiores, a excepción del maestro de novicios, se mudasen cada tres años, y que ninguno fuese reelegido hasta después de año y medio. Este último artículo fué abrogado en 1663; el de la convocación novenal de las Congregaciones permaneció vigente, con alguna excepción, hasta 1746. Inocencio X, que, por lo demás, dispensó siempre benévola protección a los jesuítas, fué en este punto obedecido con mayor prontitud de lo que todos anhelaban, ya que en el espacio de nueve años pudo ver reunidas tres Congregaciones y arrebatados por la muerte cuatro Generales.

El 7 de enero de 1646 la Congregación VIII procedió a la elección del *P. Vicente Carafa*. Antes de disolverse, recomendó vivamente el estudio del griego, que iba languideciendo en algunas provincias, mandó decir cien mil misas por el Rey de España, en agradecimiento por los grandes gastos que cada día hace en pro de las misiones de Indias, y resolvió para siempre la espinosa cuestión del bonete de los Hermanos coadjutores. Habíase infiltrado, especialmente en Italia y España, desde los tiempos de San Francisco de Borja, la costumbre de llevar bonete algunos coadjutores, que de este modo apenas se diferenciaban de los sacerdotes en el modo de vestir. Varias veces se trató de poner remedio a este abuso, y la Congregación VII (1616) redactó un decreto prohibitivo, mas no se creyó prudente ponerlo en

ejecución. La Congregación VIII tuvo valor para promulgarlo y energía para hacerlo cumplir.

El nuevo General pertenecía a la noble familia napolitana de los *Caraja* y era venerado de todos por su eminente virtud y por los dones místicos que se reflejan en sus escritos espirituales. Su primera circular versó sobre los medios de conservar el primitivo espíritu de la Compañía, exhortando a la vida interior; dió instrucciones para hacer más fructuosa la semestral renovación de los votos, e insistió en los Ejercicios espirituales de San Ignacio, cuya práctica anual había sido impuesta por la VI Congregación General (1608). En su tiempo ocurrió la escandalosa bancarrota del Colegio de Sevilla, ocasionada por el H. coadjutor Andrés del Villar Goitia, que, por favorecer a sus parientes, se arriesgó en aventuras económicas, a espaldas de los Superiores. El ex jesuíta francés Pedro Jarrige, pasado al calvinismo en 1647, atacaba a la Compañía desde Holanda. En Inglaterra ardía la guerra civil que elevó al poder a Cronwell, y en las cárceles de Londres no pocos jesuítas morían por la fe romana. En América se desarrollaban los sucesos de D. Juan de Palafox y don Bernardino de Cárdenas, ya narrados en la sección anterior, y en el Canadá recogían laureles de martirios San Juan de Brébeuf y sus compañeros (1649). Murió Carafa el 8 de junio de 1649, con fama de santo, y no tardó en introducirse su causa de beatificación.

Convocada inmediatamente la Congregación General IX, eligió por Prepósito general al *P. Francisco Piccolomini*, natural de Siena, emparentado con la noble estirpe que había dado a la Iglesia dos Papas, Pío II y Pío III. Dedicado primeramente al magisterio de Filosofía y de Teología en el Colegio Romano, tuvo la dicha de contar entre sus discípulos a San Juan Berchmans, quien le profesó particular cariño; gobernó luego varias provincias y, por fin, la universal Compañía, por el breve espacio de año y medio. Murió santamente el 17 de junio de 1651. Urgió la selección de los candidatos no menos que la selección de los superiores y dejó un importante documento sobre los estudios mayores, conforme a los deseos de las dos últimas Congrega-

ciones, trazando un Syllabus de 100 tesis que no se debían enseñar en las escuelas. Tuvo la satisfacción de ver la conversión del apóstata P. Jarrige, que, antes de morir, retractó sus acusaciones contra los jesuítas. Sucedióle el romano *Alejandro Gottifredi*, distinguido orador, poeta y filósofo, secretario de Vitelleschi y Provincial de Roma. Nombrado General el 21 de enero de 1652, no le duró la vida más que hasta el 12 de marzo del mismo año. La Congregación X, que le había elegido, pudo, antes de disolverse, darle un sucesor en la persona del P. Nickel, Asistente de Germania.

P. Goswino Nickel (1652-1664)

Fué éste el primer General alemán. Había gobernado sabiamente la provincia del Bajo Rhin durante la guerra de los Treinta Años y ahora Dios le concedió una compensación de aquellos sufrimientos contribuyendo a la conversión de Cristina de Suecia, hija de aquel Gustavo Adolfo, campeón del protestantismo, que había conducido por Alemania sus legiones desvastadoras, quebrantando el poderío del Imperio católico. Cristina, de sorprendente inteligencia y carácter varonil, subió muy joven al trono de Suecia. Los sabios de Europa, como Hugo Grotius y Renato Descartes, hallaban en su corte protección y favor. En 1650 llegó a Estocolmo, como capellán del embajador portugués, el jesuíta Antonio Macedo, el cual tuvo ocasión de hablar con la joven Reina. Esta, preocupada de tiempo atrás por el problema religioso, le abrió su alma, sedienta de verdad; mas no podían conversar detenidamente, porque jamás el fanatismo luterano de los suecos hubiera permitido que su Reina tratase con un sacerdote católico. Cristina propuso un plan: que vinieran dos jesuítas italianos disfrazados, con los que le sería fácil tratar de religión sin despertar sospechas. El P. Macedo partió hacia Roma con una carta de la Reina para el P. General de la Compañía. Acababa de morir el P. Piccolomini, y fué el P. Goswino Nickel quien comisionó para la difícil misión de Suecia al P. Pablo Casati, profesor de Matemáticas del Colegio Romano, y al P. Francisco

de Malinas, maestro de Teología en Turín. Hicieron el viaje a Estocolmo como si fueran dos nobles italianos aficionados al turismo y estimulados por la curiosidad científica; lograron hablar con la Reina, siempre con extremado sigilo; instruyéronla en la religión católica y disiparon todas sus dudas. Entonces Cristina, movida por la antigüedad de la Iglesia Romana, por el testimonio de los mártires, por la consoladora doctrina de la infalibilidad y por la pureza del celibato sacerdotal, se decidió a dar el paso decisivo y heroico. No pudiendo conservar la corona si se convertía al Catolicismo, renunció a ella en Upsala el año 1654, y en traje de varón se hizo a la mar. El embajador Pimentel le prometió la ayuda de España; la del Romano Pontífice la tenía asegurada. En llegando a Bruselas, hizo profesión de fe católica, aunque todavía privadamente. De allí salió con una comitiva de 200 hombres, entre ellos dos jesuítas, pasó por Innsbruck, donde profesó públicamente el Catolicismo, entró en Italia, ofreció en Loreto su cetro y su corona esmaltada de diamantes y rubíes a la Santísima Virgen y se postró en Roma a los pies del Papa Alejandro VII, que le asignó una pensión anual.

Otro consuelo del P. Nickel fué el regreso de la Compañía de Jesús a la República de Venecia, de la que había estado desterrada durante medio siglo. Gozaba de la benevolencia del Sumo Pontífice, mas no pudo impedir que el conocido historiador, literato y filósofo Sforza Pallavicino fuera encumbrado a la púrpura cardenalicia por su gran amigo Alejandro VII (1659).

Velando por la pureza de la doctrina y de la observancia, escribió el P. Nickel una serie de cartas, a cual más importante. Nunca como en el siglo XVII tuvo peligro la Compañía de sufrir alguna mengua en la santa pobreza, muro de la religión, según San Ignacio. Siendo muchos jesuítas confesores de Reyes y predicadores de Cortes, ¿cómo no contagiarse algún tanto de la esplendidez y regalo de aquel mundo en que vivían, y no introducir en los conventos los resabios aprendidos fuera? Muchas faltas contra la pobreza religiosa se originaban de otra fuente diametralmente opuesta, o sea de la gran miseria de algunas comunidades y de la ruindad de algunos Superiores, que no proveían

a sus súbditos de lo necesario, permitiendo que se lo procurasen, contra la regla, entre sus parientes y amigos. Estos y otros abusos semejantes quiso desarraigar el P. Nickel con su carta primera (1652), que versó sobre el amor y observancia de la pobreza.

En 1656 dirigió otra carta a la Compañía acerca del desordenado afecto nacional y provincial que, con daño de la caridad, apuntaba en varias regiones. Milagro moral llamaba el P. Ledesma a la maravillosa unión fraterna que reinaba en los primeros jesuítas, cuando en una misma casa convivían franceses, españoles, italianos, alemanes, flamencos, etc., como si tuviesen un solo corazón y un alma sola. A fines del siglo XVI se notan algunas rozaduras por el brote de los nacionalismos, siendo el principal desorden, según un escrito destinado a la Congregación V, la aversión que había en Europa contra los españoles, por ser ellos los dueños y dominadores de casi todo el mundo. Con el nacionalismo exacerbado brotaron, ya en el siglo XVII, ciertos provincialismos y otras parecidas escisiones, como las que cundieron entre Palermo y Mesina, que ocasionaron la división en dos de la provincia de Sicilia, las de flamencos y walones, las del Norte y Sur de Portugal, las rencillas y rivalidades que dentro de la provincia de Aragón dividían a los catalanes de los aragoneses y valencianos por efecto de la guerra de Cataluña, y las parcialidades que empezaron a manifestarse en América entre los españoles peninsulares (chapetones) y los españoles nacidos en aquellas tierras (criollos). Aunque no era fácil poner remedio eficaz a estos desordenados sentimientos, el P. Nickel lo intentó con el fervor tenaz que ponía en todo, y tanto él como sus sucesores se afanaron porque no sufriese el menor desdoro la caridad.

El jansenismo y Pascal

Otras cartas del P. Nickel se refieren a la enseñanza de la Teología moral, precaviendo a sus súbditos contra el laxismo de ciertos casuístas, y exhortándolos a no dar motivo de acusación

en esta materia. La *mentira inmortal* del jansenista Blas Pascal envenenaba ya la atmósfera de Francia y de Europa. Cornelio Jansenio, teólogo de Lovaina y Obispo de Iprés, había muerto en 1638, dejando una obra póstuma. *Augustinus*, centón de errores vestidos con frases agustinianas, y a un heredero de sus ideas, el abad de Saint Cyran, que se encargó de propagar en París el jansenismo práctico. Entre sus partidarios descollaron los Arnauld, en cuya familia se perpetuaba, como en herencia, cierta tiesura y sequedad calvinista, y el más famoso de los cuales era Antonio Arnauld, y con él la Madre Angélica, su hermana, abadesa de Port-Royal. Alrededor de este monasterio se instalaron los Solitarios de Port-Royal, que, con numerosos adictos, llegaron a formar un partido bien organizado, una verdadera secta, parecida al protestantismo, y por eso mal vista de Richelieu y de Luis XIV, con un dogma desesperante que estriba en la predestinación de unos y reprobación de los demás, consiguientemente al pecado original, y en la anulación práctica del libre albedrío, con una moral inhumanamente austera, que coarta todas las inclinaciones de la naturaleza, radicalmente corrompida, y que no permite acercarse a la Sagrada Comunión a quien no esté purificado de toda imperfección por el amor purísimo de Dios.

Los jesuítas de Lovaina fueron los primeros en descubrir los errores jansenistas, y se debió a ellos la rápida condenación del *Augustinus* por Urbano VIII (1642). En Francia Sirmond, Petavio, Dechamps y otros teólogos salieron a combatir la nueva herejía. Cinco proposiciones desglosadas del libro de Jansenio fueron anatematizadas en Roma, tras madura deliberación y largo examen, por Inocencio X (1653), sentencia que achacaron falsamente a los jesuítas y que produjo en los sectarios enorme consternación, hasta que la sutileza de Antonio Arnauld, bajo la inspiración de Nicole, inventó la distinción de *quaestio iuris et facti*, negando que las proposiciones condenadas fueran de Jansenio. «La Santa Sede—decía—es infalible al definir que una proposición es herética, mas no al determinar *que de hecho* la enseña tal autor; por lo cual no puede exigir en esto el asentimiento interno, sino sólo un *silencio respetuoso*.» Reprobó Alejandro VII

(1656) semejantes argucias, declarando que las cinco proposiciones estaban condenadas en el sentido natural de las palabras, o sea, *in sensu ab eodem Jansenio intento;* mas no por esto los jansenistas dieron su brazo a torcer. Podían ufanarse de que la pluma mejor cortada de Francia salía en su defensa, poniendo a los jesuítas en la picota del ridículo. Era el genio de Blas Pascal, que había empezado a publicar sus famosas *Provinciales*, dieciocho cartas admirables y abominables, que fueron saliendo anónimas y en imprenta clandestina desde el 23 de enero de 1656, fecha de la primera, hasta el 24 de marzo de 1657, fecha de la última. En las tres primeras se mete con la doctrina de la gracia, atacando al molinismo. De la cuarta a la quince emprende una campaña violenta y satírica contra el probabilismo, y, en general, contra los casuístas de la Compañía, autores, según él, de una nueva moral, acomodaticia, complaciente y extremadamente laxa. Bauny y Escobar son los que salen peor parados. En las últimas se pone a la defensiva y mitiga un poco el tono provocador. El modo inexacto de citar textos (que Pascal no había leído, pues de la obra ingente de Escobar, autor más benigno de lo justo, pero moralista benemérito, sólo había leído el Compendio y de otros nada) y la falsa manera de interpretar las opiniones, junto con las mentiras y calumnias que pululan en las *Provinciales*, bastan a justificar el dicho que se hizo corriente en Francia: «Miente como un jansenista.» Pascal, que acusa a los casuístas de jugar con distinciones metafísicas, defiende a capa y espada la distinción sofística de la *quaestio iuris et facti* para no obedecer a Roma. Acusa a los jesuítas de laxismo, pero muy laxa debía de tener la conciencia quien se permitía desacreditar públicamente a toda una Orden religiosa levantándole falsos testimonios. Porque aun concediendo que entre las infinitas soluciones de casos dadas por los moralistas de la Compañía hay algunas demasiado laxas, ¿con qué derecho se achaca a toda la Orden lo que es error de uno u otro, máxime teniendo en cuenta que allí donde se apartan de la opinión corriente en la Iglesia, tienen contra sí la enseñanza expresa de otros muchísimos y, a la verdad, de los más autorizados de la Compañía? Hubo, ciertamen-

te, en el siglo XVII entre los moralistas católicos una corriente favorable al laxismo, como lo demuestran los errores condenados por Alejandro VII e Inocencio XI, pero es un hecho histórico innegable que no fueron los jesuítas los primeros, ni los únicos, ni los principales representantes de esta tendencia. Tornando a las *Provinciales*, diremos que dogmáticamente enseñan la teología jansenista sobre la gracia y sobre la obediencia al Papa: jansenista es también su moral, a la que se ha definido justamente de «rigorismo geométrico». ¿Qué extraño que los jansenistas, que acusaban a la Iglesia de haber degenerado de la primitiva pureza, y que defendían un tuciorismo absoluto, condenado por los Papas, acusasen de laxismo a la Compañía? Era una posición paralela a la que guardaban acusando de semipelagianismo a los molinistas.

Los jesuítas que salieron a impugnar las cartas de Pascal no manejaron una pluma tan acerada y ágil como la del adversario; iban, sin embargo, con la razón y la justicia, y fué mérito de los Padres Jacobo Nouet y Francisco Annat, que desde la carta undécima el irónico panfletario cambiase de tono y actitud. La Inquisición española condenó las *Provinciales* como heréticas y calumniosas; el Parlamento de Provenza, como difamatorias, calumniosas y perniciosas al público; el Santo Oficio las proscribió en Roma el 15 de septiembre de 1657, y, por fin, el 14 de octubre de 1661 sufrieron en París la pena ordenada por el derecho de entonces para los libelos difamatorios y libros heréticos: la de ser quemadas en público por mano del verdugo. No se reparó con eso el gravísimo daño causado a la Compañía por las *Provinciales*, libro que continuó siendo el favorito de los enemigos de los jesuítas y predisponiendo en contra de ellos la opinión pública. Su influjo maléfico perdura todavía.

Como el jansenismo tenía partidarios entre los mismos prelados, ya se deja entender lo que tendrían que sufrir los jesuítas en ciertas diócesis; por ejemplo, en la de Sens, donde fueron censurados con suspensión y sus templos cerrados largos años por orden del arzobispo.

Generalato del P. Pablo Oliva (1661-1681)

Obedeciendo al decreto de Inocencio X, reunióse la Congregación General XI en 1661, ante la cual se presentó el P. Nickel para suplicar, en atención a su longevidad de ochenta años y a sus graves achaques, el nombramiento de un Vicario general que le aliviase el peso del gobierno. La Congregación, «condescendiendo con la voluntad de su carísimo y sumamente benemérito Padre», otorgóselo en la persona del P. Pablo Oliva, a quien invistió desde entonces con la suprema autoridad y con el derecho de sucesión (7 de junio de 1661). Todavía vivió el P. Nickel, alejado completamente del gobierno, hasta el 31 de julio de 1664.

Era el P. Oliva genovés, de relevantes dotes intelectuales y fervorosa elocuencia, que tuvo ocasión de ostentar como predicador apostólico de varios Papas. Su generalato es de los más transcendentales, por la gran prosperidad y difusión que alcanzó entonces la Compañía y por los gravísimos problemas en que tuvo que intervenir. Varón enérgico y sereno, fértil en iniciativas y confiando principalmente en los medios sobrenaturales, tuvo siempre ante sus ojos las normas ignacianas para superar las dificultades que en todas partes surgieron contra la Compañía. Ranke y Boehmer se hacen eco de una imputación que se le hizo, totalmente falsa, esparcida por algunos calumniadores que no le conocían y dijeron que el P. Oliva llevaba una vida de ocio y de sibaritismo en el Gesú y en una *villa* junto a Albano; cuando la verdad es que llamaba la atención por su religiosa austeridad. El genial Berninī gloriábase de tenerle por amigo, consejero y director espiritual. En su tiempo vió a la Compañía multiplicar los colegios en Italia con nuevas fundaciones en Milán, Nápoles, Génova, Turín, y a su gran amigo el P. Pablo Segneri emprender con éxito sorprendente las misiones populares; mientras los jesuítas de Alemania lograban resonantes conversiones entre los señores protestantes. El año mismo de su muerte pudo alegrarse con la adquisición en España de la Santa Casa de Loyola.

Era ésta propiedad de los Marqueses de Alcañizas, pero la Reina Mariana de Austria insinuó a sus dueños, que tendría consuelo en fundar un colegio e iglesia de la Compañía en la casa natal del fundador, a lo que accedieron los Marqueses con ciertas condiciones. La madre de Carlos II entregó la Santa Casa a los jesuítas, los cuales pasaron a vivir allí en agosto de 1682. El arquitecto Carlos Fontana trazó en Italia el plano del grandioso monumento. Para la ejecución de la obra vino el Hermano coadjutor Brogan, quien, con el maestro de obras Martín de Zaldúa, empezó la construcción en 1689, continuada en el siglo XVIII por el arquitecto azpeitiano D. Ignacio Ibero, que murió poco antes de la expulsión de los jesuítas, dejando sin acabar el ala izquierda del edificio.

Ya que hemos mencionado a Doña Mariana de Austria, digamos cómo al venir a España en 1649 para casarse con Felipe IV, trajo consigo de confesor al jesuíta austríaco *Everardo Nithard*. Este cumplió perfectamente con su delicado cargo hasta el año 1665, en que murió el Rey. Viéndose entonces sola la Regente Doña Mariana, buscó apoyo y consejo para los negocios políticos en su piadoso confesor el P. Nithard, quien aceptó la dignidad de Inquisidor general y Consejero de Estado, en lo cual no obró conforme a sus reglas. No obstante su honradez a toda prueba y su manifiesto desinterés, demostró poco talento político, y no tardó en surgir la oposición atizada por el bastardo D. Juan José de Austria, que intentó varias veces asesinarlo, por lo cual el Padre Nithard, con gran dolor de la Reina Regente, tuvo que retirarse a Roma, donde el año 1672 fué nombrado Embajador extraordinario de España, Arzobispo de Edessa y Cardenal.

Temía el P. Oliva estas ingerencias de sus súbditos en la política, mas sus esfuerzos por evitarlas fueron inútiles, ya que la omnipotencia de los Príncipes reclamaba jesuítas para confesores o consejeros. Los Reyes de Portugal, tan propensos hacia la Compañía, colmaron de honores al celebérrimo orador *Antonio Vieira*, y más aún al *P. Manuel Fernandes*, a quien Pedro II nombró en 1677 diputado en sus Cortes y quiso hacerle Inquisidor general, cargos que, ante las serias amenazas del P. Oliva,

tuvo que rehusar. En el extremo opuesto de Europa, el italiano *Carlos Mauricio Vota*, enviado a Rusia por Inocencio XI para concertar entre el Zar, el Rey polaco y el Emperador una liga contra los turcos, obtuvo de Pedro el Grande licencia para fundar una residencia en Moscú, y cuando ésta se deshizo en 1689, pasó a la corte de Polonia como confesor del heroico Juan III Sobieski, libertador de Viena, sucediendo en ese puesto al *P. Adam Przeborowski* († 1683), que había acompañado al Rey en todas las campañas.

El P. Lachaize y las regalías

De mayor trascendencia fué el influjo de otro confesor real; nos referimos al *P. Francisco de Lachaize*, cuyo modo de proceder estuvo a punto de enajenar a la Compañía la voluntad del Sumo Pontífice. Era Inocencio XI un Papa intransigente, pero piadoso y santo, que supo mantener sus derechos ante las bravatas y altanerías del galicano Luis XIV. Arrogábase este Monarca las llamadas regalías, o supuestos derechos del Rey a cobrar las rentas de los Obispados vacantes y a nombrar por sí todos los beneficios de los mismos. En 1673 trató Luis XIV de extender esos derechos a todas las diócesis de Francia, y cuando luego quiso nombrar abadesas, abades y Obispos, sin contar con el Papa, estalló un violento conflicto entre los dos poderes. Sabido es que, salvo dos Obispos jansenistas, todos los demás se acomodaron a las arbitrariedades del Rey. El P. Lachaize, que tenía de su penitente mejor concepto de lo que merecía, estimaba buena la intención de Luis XIV, mirando más a lo que renunciaba que a lo que exigía, y pensaba, como muchos franceses, que el Papa podía y debía hacer algunas concesiones. Inocencio XI persistió en la más rígida intransigencia y se quejó amargamente de que el jesuíta no empleara todos sus recursos para apartar a Luis XIV del camino emprendido. Lachaize, por su parte, respondía que no todos los negocios eran de la competencia del confesor, sobre todo cuando sabía que el Rey se aconsejaba de otras personas autorizadas. Estas contiendas no podían menos de angustiar el

corazón del P. Oliva, sabiendo que en Francia padecían persecuciones los jesuítas, colocados entre la espada y la pared, pues si hablaban en pro del Papa, había envidiosos jansenistas que los delataban como enemigos de la patria, y si en pro del Rey, como enemigos de la Iglesia Romana, y estos últimos rumores llegaban exagerados a oídos de Inocencio XI.

La cuestión del probabilismo

Otro grave disgusto llególe al P. General de quien menos se podía imaginar, del más grande misionero que teníamos por entonces en España, del *P. Tirso González*, a quien el P. Oliva había alentado y favorecido en sus fructuosísimas misiones. Inteligencia penetrante y vigorosa, voluntad perseverante y testaruda, el P. Tirso González arrebataba en su cátedra de Salamanca, como en los púlpitos de las ciudades españolas. Inflamado era su celo y muy sólidas sus virtudes religiosas, sólo que se le metió la idea fija de que el probabilismo en moral era un sistema pernicioso y funesto, del que convenía preservar a la Compañía. Las ideas probabilioristas le venían, según parece, del P. Miguel de Elizalde, quien después de ganar para su opinión al docto Cardenal Sforza Pallavicino, había publicado clandestinamente, contra la voluntad del P. Oliva, el libro *De recta doctrina morum* (Lyón, 1670), en el que, rebatiendo el probabilismo, defendía otras proposiciones insostenibles. Mucho sintió el P. General semejante escándalo, pero su dolor se acrecentó cuando entendió que su querido P. Tirso, desaprobando el hecho de la publicación, patrocinaba, con todo, las teorías del libro. Más aún: aprovechando los calores del verano, en que no podía dar misiones por estar ocupados los hombres en las tareas de la recolección, tomó la pluma el P. Tirso González y redactó, entre 1670 y 1672, una obra contra el probabilismo titulada *Fundamentum theologiae moralis*. Por más que insistió con su P. Provincial y con el General para que le permitiesen la publicación del libro, éste fué reprobado rotundamente por la censura romana. Elevado en 1676 a la cátedra

de vísperas de Salamanca, empezó a difundir sus ideas rigoristas, con turbación de alumnos y de comprofesores, hasta que el Provincial le atajó su propaganda con graves conminaciones; él en tanto fué redondeando su libro. Al tener noticia de las 65 proposiciones condenadas por Inocencio XI en 1679, y ver que la tercera sonaba así: «Generalmente, cuando hacemos algo confiados en la probabilidad extrínseca o intrínseca, por más tenue que sea, con tal que no salgamos de los términos de la probabilidad, siempre obramos prudentemente»; creyó el P. Tirso González que en esta sentencia—expresión genuina del laxismo—se encerraba igualmente una condenación implícita del probabilismo, sistema que exige una probabilidad no tenue, sino sólida, y escribió gozoso al Padre Santo felicitándole por aquella medida, y exponiéndole sus ideas probabilioristas. Halagadora por demás fué para el P. Tirso González la contestación de Roma, pues en ella le animaba el Papa a seguir defendiendo intrépidamente el probabiliorismo y encargaba juntamente al P. General permitiese a los Padres de la Compañía escribir en pro de la opinión más probable e impugnar la contraria. Pronto veremos las consecuencias de estas primeras relaciones entabladas entre el jesuíta español y la Santidad de Inocencio XI. Baste decir por ahora que a los que conocían al Papa no debió extrañar esta inclinación que mostró hacia el teólogo misionero. Porque Inocencio XI, poco ducho en el conocimiento de los hombres y mal formado en Teología, no era, en cuanto doctor particular, el más capacitado para discernir la solidez de una doctrina y se dejaba engañar fácilmente de los que le rodeaban. Así vemos que se dejó engañar, como él lo confesó más tarde, del pseudomístico español Miguel de Molinos y dejó poner en el Indice una obra del P. Segneri, el jesuíta más autorizado de Italia y el primero en impugnar los errores del padre del quietismo. Claro que luego volvió por los fueros de la justicia y encarceló a Molinos; pero no abrió tan pronto los ojos en sus relaciones con algunos jansenistas o amigos de ellos, que, dándose por fervientes y puros católicos, tendieron sus redes en el mismo Vaticano y trataron de indisponer al Papa con la Compañía de Jesús. El 8 de noviembre de 1681

la muerte vino a librar al P. Oliva del grave peso que había soportado durante veinte años y de las nuevas dificultades que veía surgir en el horizonte. Tenía entonces la Compañía cerca de 18.000 sujetos con 48 noviciados, 578 Colegios y 38 seminarios, sin contar las residencias y misiones.

P. Carlos de Noyelle (1682-1686)

Por dispensa del Papa Clemente IX, no se reunió la Congregación General XII hasta la muerte del P. Oliva, y entonces fué cosa nunca vista desde la elección de San Ignacio, que por plena unanimidad de votos, excepto el propio, resultase elegido, en julio de 1682, el P. Carlos de Noyelle, Asistente de Alemania, natural de Bruselas, religioso dechado de observancia regular, dulce y austero, admiración del pueblo romano y del mismo Inocencio XI por su angélica modestia.

Durante el quinquenio que gobernó a la Compañía vió empeorarse la situación en Francia por el galicanismo de Luis XIV; mejorarse, en cambio, la de Inglaterra por el advenimiento al Trono del católico Jacobo II; tuvo la satisfacción de que un amigo y discípulo de los jesuítas, el heroico Starhemberg, en unión con Sobieski, abatiese el poder de la Media Luna en el sitio de Viena, y murió tranquilamente el 12 de diciembre de 1686 contemplando la intensa labor de sus hijos en las naciones católicas y el magnífico despliegue de los mismos en países de infieles, sobre todo en América y en el continente asiático, si bien aquí las disenciones sobre los ritos le hacían augurar futura tormenta. A las urgencias y súplicas que el probabiliorista español Tirso González le hacía para la publicación de su libro, opuso siempre la misma actitud del P. Oliva. ¡Quién le iba a decir que aquel hombre tenaz y fogoso, pero sin experiencia de gobierno, había de ser su sucesor!

El P. Tirso González, XIII General de la Compañía (1687-1705)

Ya conocemos en parte la carrera y aun el temperamento del nuevo General. El P. Tirso González de Santalla había nacido en Arganza, diócesis de Astorga, y entrado en la Compañía a los veinte años. Después de enseñar Teología durante un decenio a los jesuítas de Salamanca, fué un gran acierto de los Superiores el de orientar aquellas sus magníficas cualidades hacia el apostolado de las masas populares. «Yo le he consagrado a Dios para las misiones—decía el P. Oliva—y Su Divina Majestad lo ha aprobado haciendo por su medio tantos prodigios y conversiones, con tan grande aplauso y aclamación de las ciudades y pueblos y con tanto crédito en la Compañía, de suerte que le podemos llamar apóstol de España.» Veinticinco provincias oyeron durante once años su elocuente palabra, que en todas partes conmovía los corazones y hacía fruto, aun entre los moriscos, para los cuales compuso un libro de apologética cristiana. De éste, que era su verdadero ambiente, fué sacado en 1676 para regentar la cátedra teológica de vísperas en la Universidad de Salamanca, donde perseveró otros once años, hasta que en 1687 la Congregación provincial de Castilla le designó por uno de sus vocales para la Congregación General XIII. Alegróse el Papa Inocencio XI de su venida a Roma y manifestó deseos, aunque sin querer coartar la libertad de los electores, de que el P. Tirso obtuviese mayoría de votos. Así se explica su inesperado nombramiento para el supremo gobierno de la Compañía. El P. Tirso González miró siempre su elección con ojos providencialistas, pensando que Dios le había encumbrado a aquel alto puesto a fin de extirpar de la Compañía y aun de toda la Iglesia la *doctrina de los probables*, según él decía, doctrina que nunca entendió bien y que frecuentemente confundía con el laxismo; y en esa persuasión le confirmaron ciertas palabras de su protector Inocencio XI. Condenados por los Papas el *laxismo* y el *tuciorismo* absoluto,

quedaban otros sistemas intermedios que podían seguir los católicos, como el *probabiliorismo*, defendido por la Orden dominicana, y el *probabilismo*, al que se inclinaban casi todos los teólogos de la Compañía, aunque había sido enunciado por primera vez por Fray Bartolomé de Medina, cierto sin las debidas restricciones o precisiones. Y es curioso que un General de la Compañía, el P. Tirso González, se constituyera en el más decidido paladín del probabiliorismo. Quienes principalmente le habían de llevar la contra, con apasionamiento excesivo, eran los Asistentes entonces nombrados: P. Julio Balbi, de Italia; P. Eusebio Truchses, de Alemania; P. Pablo Fontaine, de Francia; P. Pascasio de Casanova, de España, y P. Antonio de Rego, de Portugal. Que la Compañía no se abrazaba incondicionalmente con el probabilismo, execrando el probabiliorismo, como murmuraban algunos, lo demuestra el decreto que dió la Congregación, permitiendo a todos los jesuítas el defender cualquiera de los dos sistemas, y, lo que es más significativo, eligiendo por General al P. Tirso, harto conocido por su rigorismo doctrinal, intransigente y batallador.

Campaña antiprobabilista

Lo primero que hizo el P. Tirso González en orden a hacer triunfar sus ideas, fué llevar de Valladolid a su amigo el Padre José de Alfaro para que enseñase Moral en el Colegio Romano; fué este teólogo quien no halló cosa reprensible en las Máximas de Fenelón y uno de los que condenaron los errores de Quesnel. En segundo lugar, le pareció oportuno que saliese algún libro en pro de sus ideas rigoristas, y como ninguno se publicase por entonces, él mismo tomó la pluma y redactó un *Tractatus succinctus*, que hizo estampar secretamente en Dilinga (1691). Ya que no pudieron estorbar la impresión del libro, los Asistentes hicieron lo indecible por evitar su divulgación, pues decían que era una infamia para la Compañía el que su General denigrase públicamente una doctrina defendida por la inmensa mayoría de los jesuítas, y añadían que éstos no tendrían en adelante li-

bertad para emitir su opinión y enfrentarse con su Superior. Asocióse a la resistencia de los Asistentes el insigne P. Segneri, venerado por su virtud no menos que por su saber y elocuencia, y que gozaba de gran prestigio ante el nuevo Papa Inocencio XII. Tirso y Segneri eran dos figuras parejas, celosos ambos, ambos doctos y elocuentes, nacidos en un mismo día, poseídos del mismo espíritu y con el mismo historial glorioso de misioneros populares. Parece que debían comprenderse mutuamente y estimarse, pero sucedió todo lo contrario. Segneri escribió una carta gravísima al General amonestándole que de ningún modo publicase su libro. Esfuerzo inútil. Acudieron los Asistentes al Papa, el cual mandó que el negocio se suspendiese algo más de un año, hasta que en noviembre de 1696 deliberase sobre ello la Congregación de Procuradores. De pronto, he aquí que varias influencias extrañas vienen a turbar más el asunto. Primero es el Emperador Leopoldo, que se opone a la publicación del libro, mas luego cede y se retira. Después es toda la política y diplomacia de España, que entra en juego para defender a un súbdito español, movida desde lejos por el mismo P. Tirso. El Rey Carlos II ordena a su embajador en Roma y a los Virreyes y Gobernadores españoles en Italia protejan al P. General de la Compañía «por español y vasallo tan benemérito y digno de mi protección». Acaso se fué por este camino más lejos de lo que hubiera deseado el P. Tirso. Amainó éste un poco, o mejor, dió un ligero viraje, recogiendo la edición del *Tractatus succintus* y arreglando en cambio para la imprenta la obra que veinte años atrás había escrito con el título de *Fundamentum theologiae moralis*. Entregado el libro al Santo Oficio, obtuvo la aprobación de sus censores y salió a luz en Roma a principios de 1694, con tan rotundo éxito, que en un año se hicieron 12 ediciones en distintas ciudades, y con gran satisfacción del P. Tirso, «que no sólo con la tinta de los moldes y prensas, pero con la sangre toda de las venas lo imprimiera, por ser una tan eficaz como necesaria apología del honor de la Compañía contra la infamia tan esparcida, o de malévolos, o de mal informados, que en lenguas y plumas notan a la Compañía de que relaja las costumbres en anchuras de doctrina». No es de

alabar este gesto de todo un P. General, que, dejando a un lado su dignidad, desciende a luchar en la palestra, brazo a brazo, como un polemista cualquiera; pero el P. Tirso se creía llamado por Dios a dar el golpe de muerte y sepultar en una misma tumba al laxismo y al probabilismo, y «me juzgaría—dice—reo de gravísimo pecado mortal, si no impidiese en lo posible una tan grave calamidad». El P. Segneri, brazo derecho de los Asistentes, fué quien primero salió a la arena para combatir el *Fundamentum Theologiae moralis* en tres cartas, que fueron entonces muy leídas. El segundo que quiso refutarlo fué el alemán P. Cristóbal Rassler, menos orador que Segneri, pero más escolástico, en un libro extenso donde se defendía, quizá por primera vez, la teoría del *equiprobabilismo*, y al que los censores nombrados por el P. General dieron carpetazo. Un profesor de Teología de Valladolid, el jesuíta navarro Bernardo Sartolo, biógrafo de Suárez, por respeto a su Superior salió a combatirle con la careta del pseudónimo. Otros, en cambio, como Tomás Muniesa e Ignacio Camargo se inclinaron a la teoría propugnada por el Padre General.

Congregación de Procuradores y Congregación General XIV

Y entretanto, ¿qué había sido de la Congregación de Procuradores? Reunida en noviembre de 1693, se dividió desde el primer momento en dos bandos: el uno, capitaneado por los cuatro Asistentes, abogaba por que se convocase la Congregación General, para remediar las gravísimas disensiones que turbaban la paz de la Compañía; susurróse que lo que pretendía este partido era que la futura Congregación destituyese al P. General, lo cual no parece cierto, aunque, a la verdad, en un memorial amargo e irrespetuoso, dirigido por los Asistentes a los Procuradores se le pinta como hombre de escasa prudencia y de ninguna experiencia de gobierno, de carácter arrebatado y violento, testarudo, que en los negocios más graves obra sin consultar a los Asistentes y a quien importa poco que otros aborrezcan o persigan

a la Compañía, con tal que sean favorables a sus libros o a sus ideas. El otro bando, acaudillado por el P. Tirso, negaba la conveniencia de convocar la Congregación. Venidos al escrutinio, resultaron 16 votos por la negativa y 17 por la afirmativa. Persuadidos que aquí se daba la mayoría requerida (la mitad más uno), dieron los Procuradores el decreto de convocación y se volvieron a sus provincias; mas pronto se advirtió que 17 votos no era la mitad más uno (entre todos eran 33), sino la mitad más medio, con lo cual se suscitó una discusión acalorada entre los principales Padres de Roma, que hubo de ser resuelta por una comisión cardenalicia, en el sentido de que no constaba de la validez del decreto. No se reunió, pues, la Congregación, pero pasaron tres años y entonces fué el P. Tirso quien la convocó para cumplir la constitución de Inocencio X. Era en noviembre de 1696. Los enemigos de la Compañía, que iban creciendo en número y poder, particularmente en algunas Ordenes religiosas y en el clero jansenista, se prometían un regocijado espectáculo en las animosidades y discordias que estallarían entre los más altos representantes de la Orden. Lo que sucedió fué todo lo contrario. Deslizáronse las deliberaciones con admirable caridad, unión y concordia, echando en olvido las antiguas turbaciones, según la recomendación de Su Santidad: «recedant vetera, nova sint omnia». Eligiéronse nuevos Asistentes, nombróse al P. Tamburini Secretario del P. General, y cuando el P. Tirso propuso si convendría declarar que la Compañía aborrece toda libertad en el opinar y particularmente el laxismo en moral, la Congregación aprobó la idea y encargó al mismo P. General vigilar sobre ello y formar un catálogo de proposiciones que se debían proscribir. Para levantar el nivel de los estudios clásicos, encomendó la Congregación a uno de los primeros humanistas, historiadores y pedagogos de entonces, P. Jouvancy, la composición de su librito *De ratione discendi et docendi*, que sirviera de manual pedagógico a los jóvenes profesores. También alentó al estudio de las Humanidades, ordenando que los que en ellas fuesen sobresalientes, pudiesen ser admitidos a la profesión de cuatro votos, aunque en las ciencias sagradas no superasen la mediocridad.

Conflicto con Luis XIV

Empeñado el P. Tirso González en la gran polémica de las opiniones probables, diríase que no le sobrarían energías y tiempo para los múltiples asuntos de gobierno de la Compañía, en aquel siglo en que los jesuítas obraban y padecían en todas partes; y, sin embargo, ora miremos a las misiones de infieles, ora a los ministerios espirituales entre católicos, a la observancia de la disciplina doméstica o a los negocios político-eclesiásticos, hemos de confesar que a todos esos ramos y a otros análogos atendió el P. Tirso con firmeza y acierto.

Un conflicto grave se le suscitó por causa del galicanismo y absolutismo del más poderoso Monarca de su tiempo. Encarnizadas eran las luchas que sostenían los jesuítas franceses con los redomados jansenistas, los cuales, por aborrecimiento a los hijos de San Ignacio, hicieron causa común con los galicanos, si ya no eran ellos mismos galicanos, pues aspiraban a restringir lo más posible la autoridad de los Pontífices de Roma. Contra todos ellos la Compañía de Jesús defendía los derechos del Romano Pontífice. Hay quien acusa a la Compañía de no haber influído bastante con Luis XIV, por medio de sus confesores, para impedir la política galicana del Rey Sol, que tan amargos disgustos ocasionó a los Papas. Esta acusación, formulada ya por Inocencio XI contra el P. Lachaize, podrá, a lo más, tener alguna sombra de verdad si se refiere a ese Padre, cuya actuación, elogiada por unos, censurada por otros, siempre será discutida, y a otros pocos jesuítas que en momentos críticos y difíciles no vieron con claridad la actitud que les convenía tomar, o claudicaron un instante siguiendo el ejemplo de todos los Obispos. Por lo demás, el Papa tuvo en la Compañía el principal baluarte de su plena potestad. El historiador *Luis Maimbourg* († 1686), que abogó por las libertades galicanas, fué despedido de la Orden. Ya en 1661 se defendió en el Colegio de Clermont brillantemente la tesis de que existe en la Iglesia un Juez supremo, infalible, que puede de-

finir en cuestiones de hecho y de derecho, sin necesidad de reunir Concilio, lo cual levantó tal alboroto en los círculos jansenistas y galicanos y en la misma Corte, que el P. Annat, confesor del Rey, tuvo que dar explicaciones. Dos años más tarde, habiendo defendido en la misma Sorbona un discípulo de los jesuítas la suprema potestad del Papa y su superioridad sobre el Concilio, juzgó el Parlamento aquel acto como un complot contra la Monarquía y prohibió sostener semejantes peligrosas doctrinas. En 1682 la Asamblea del clero redactó los famosos *cuatro artículos* en pro de las libertades galicanas y contra la plenitud de la autoridad pontificia, que fueron impuestos por un edicto del Rey a todos los centros de enseñanza. Sin embargo, a los jesuítas no osó Luis XIV exigirles el juramento de los mismos. Trataba por entonces el autoritario Monarca francés de que la provincia jesuítica galo-bélgica se juntara a la Asistencia de Francia, a fin de que su dominación recién implantada en aquel país fuese más absoluta. Resistió a medias el P. Noyelle, mas el Padre Tirso González, su sucesor, se negó rotundamente a las arbitrariedades del francés. ¿No podía España exigir lo mismo de sus dominios de Italia? Montó en cólera Luis XIV y, llamando de Roma al Asistente de Francia, cerró sus fronteras a todos los jesuítas y pensó en nombrar un Vicario general para Francia, independiente del P. Tirso. Reunidos el P. Fontaine, Asistente, con los cinco Provinciales, acudieron al Papa, por cuya mediación se llegó a un compromiso entre el Rey y el P. General (1688-1690). La irrestañable productividad literaria del Padre Tirso por poco turba y agrava la situación, pues con el celo que le devoraba, tenía a punto de publicación un grueso volumen refutando los cuatro artículos galicanos de 1682, con lo que el Rey y la nación francesa se hubieran exacerbado contra la Compañía mucho más que cuando Suárez y Belarmino. Dios intervino llevándose a Inocencio XI, que favorecia la idea, y el nuevo Papa, Alejandro VIII, juzgó que, por bien de paz, se recogiesen todos los ejemplares.

Ultimos años del P. Tirso González

No nos detendremos a narrar las persecuciones de los jesuítas en Holanda, de parte de los calvinistas, irritados por las medidas tomadas por Luis XIV contra sus correligionarios, y principalmente de parte de los jansenistas, los cuales hacían estragos entre el clero de aquel país, y, como es natural, se ensañaban contra los jesuítas, a quienes el Vicario Apostólico Pedro Codde, jansenista furibundo, logró echar de Amsterdam y de otros puestos importantes.

Ni contaremos las vicisitudes de los misioneros en Inglaterra desde el supuesto *complot papista* (1678), inventado por el traidor y apóstata Titus Oates, que ocasionó muchos martirios, hasta la revolución de 1688, con la invasión de Guillermo de Orange y la caída del católico Jacobo II, que huyó a Francia, seguido del P. Eduardo Petre, su confesor y consejero. A pesar de la constante persecución, el número de jesuítas en Inglaterra, al abrirse el siglo XVIII, ascendía a 150, resguardados frecuentemente por alguna familia noble, a la que servían como capellanes.

Entre las glorias del P. Tirso, debemos apuntar la defensa que hizo de la monumental obra de los Bolandistas, moviendo en su favor a los más influyentes personajes de la corte pontificia, en ocasión en que la Inquisición española había dado el lamentable decreto de poner en el *Indice* los libros de los eminentes investigadores PP. Henschen y Papenbroeck, porque negaban que el profeta Elías hubiese fundado la Orden carmelitana. Consignemos aquí que en el *Indice* permanecieron hasta 1715, en que el P. Casani, de los fundadores de la Academia de la Historia y calificador del Santo Oficio, consiguió la derogación del decreto de 1695.

Mérito del P. Tirso fué que no se llevara adelante la causa de beatificación de D. Juan de Palafox, cuyas atrocidades contra los jesuítas conocemos ya.

Cobran en este tiempo gran impulso las misiones, así las extranjeras como las populares. Se promueve la práctica de los Ejercicios ignacianos, y se fundan Casas especialmente dedicadas a ese ministerio.

Y, en fin, el cuadro de este generalato se ilumina con un rayo de luz sobrenatural y divina que anuncia una aurora de esperanza y consuelo en medio de las sombras que se espesan de día en día; nos referimos al dulcísimo encargo que N. S. Jesucristo hizo a la Compañía por medio de Santa Margarita María de Alacoque (2 de julio de 1688) de abrazar, fomentar y propagar la devoción a su divino Corazón, con las promesas a este culto anejas.

Ibase haciendo viejo el P. Tirso González. Para asegurar su victoria sobre el probabilismo, compuso otro extenso libro, que debería estamparse después de su muerte, y para que el odiado sistema no levantase cabeza, presentó en 1702 y 1.703 dos memoriales a Clemente XI suplicándole declaraciones más explícitas sobre las opiniones probables. El Papa no dió paso ninguno en ese sentido, y como bien anota el P. Astrain, «cuán ajeno estaba el buen P. Tirso González de imaginarse que, cuando él escribía esto, ya había nacido el Santo Doctor que había de dar en tierra con todos sus libros, teorías y esperanzas». Desde San Alfonso M. de Ligorio, nacido en 1696, el probabilismo se ha impuesto, en una o en otra forma, en casi todas las escuelas católicas.

En el verano de 1703, cuando el P. Tirso entraba en los ochenta años, quiso nombrarse un Vicario general que le aliviase la carga del gobierno y eligió para ello a su Secretario, Miguel Angel Tamburini. En 1705, próximo a cumplirse el plazo de nueve años desde la última Congregación General, fué convocada la nueva Congregación para enero de 1706; mas antes que los vocales emprendieran su viaje a Roma, el P. Tirso emprendió el de la eternidad (27 de octubre de 1705). Gran tesoro de merecimientos llevó a la presencia del Señor: sus arduas faenas de misionero, su ardiente amor a la Iglesia y a la Compañía, sus muchas y no vulgares virtudes religiosas. Cierto que su rigorismo moral le obcecó en ocasiones, no en la defensa del probabilio-

sismo, sino en la manera de atacar al probabilismo. Sus defectos, si merecen llamarse tales, fueron de prudencia y de juicio, no de voluntad, y de todos modos, su campaña rigorista quizá para algunos moralistas resultó beneficiosa.

Siglo XVIII. P. Miguel Angel Tamburini (1706-1730)

Con el siglo XVIII no diremos que se abre un nuevo período en la historia de la Compañía y de la Iglesia, pero sí que se acentúan y agravan ciertos caracteres, cuya aparición se nota ya cincuenta años antes, como son la Ilustración de carácter naturalista, racionalista, deísta, personificada en la Enciclopedia; el predominio, en lo político, de los países protestantes, Inglaterra, Holanda y Prusia, la cual en 1700 se constituye en Reino, y, en el terreno eclesiástico, el josefismo o regalismo de los príncipes católicos que tratan de convertirse en Papas de sus Estados, con desprecio y desacato de la autoridad pontificia, abuso intolerable sustentado doctrinalmente por los teólogos galicanos y febronianos. Si a esto se añade el influjo creciente de la masonería, la inmoralidad de las clases aristocráticas y los gérmenes revolucionarios que laten dentro de las modernas filosofías, se comprenderá el asalto formidable que dió el espíritu del siglo a todas las religiones positivas, el naufragio de la Iglesia francesa cuando la gran revolución del 89, y, en fin, la fatal tragedia de la Compañía de Jesús, cuyo hundimiento, en el plan de los conjurados, no era sino la preparación del *aplastamiento de la infame* (Iglesia de Cristo), que decía Voltaire. El pueblo, afortunadamente, conservó en este tiempo su fe rancia y vigorosa gracias a los extraordinarios misioneros populares providencialmente suscitados en casi todos los países. Como a su primer enemigo, miraban todas esas fuerzas revolucionarias a la Compañía de Jesús, lo cual es para ésta timbre de gloria; lo triste es que la aversión y los prejuicios antijesuíticos se infiltrasen en algunos miembros influyentes del clero y aun de la curia romana, empeñados en desacreditar y perder a los que podrían tener faltas y

caer en inevitables miserias humanas, pero no tenían otro ideal que la gloria de Cristo y de su Iglesia.

En estas circunstancias se reunió la Congregación General XV para elegir sucesor al P. Tirso González. Después de la primera sesión (20 de enero de 1706) presentáronse algunos Padres a pedir la bendición al Papa, y entre otras cosas que Clemente XI les dijo, fué lo siguiente: «Han inventado los jansenistas la calumnia de que la Compañía de Jesús fomenta el laxismo entre los católicos. Ya sabe él que es falsa esta imputación, y oyendo hablar de esto, he respondido a los detractores dos cosas: primera, las personas que se confiesan con los jesuítas viven cristianamente, y los que no quieren vivir tan ajustados a la ley de Dios van a buscar otros confesores. Segunda, la Compañía se distingue entre las otras religiones por la observancia de la disciplina religiosa, y no es creíble que quien observa bien su regla fomente la relajación de costumbres.»

Consolados con la benevolencia del Sumo Pontífice, eligieron General al *P. Miguel Angel Tamburini*, varón muy espiritual, que había pasado por casi todos los grados de la enseñanza y del gobierno, y a continuación tomaron varias resoluciones importantes, como la de censurar treinta proposiciones cartesianas, recomendar ahincadamente la Filosofía de Aristóteles y promover la Teología positiva.

El P. Tamburini escribió a sus hijos una hermosa carta estigmatizando el espíritu de su época y exhortándolos a las cosas espirituales. Recibió con el más humilde acatamiento, en los comienzos de su gobierno, la prohibición de los ritos chinos y malabares, grave problema de adaptación misionera, que se venía debatiendo en los generalatos anteriores, y del que hablaremos más adelante. Por lo demás, gozaba de la simpatía del Papa Clemente XI, que elevó al cardenalato a tres jesuítas: los Padres Juan B. Tolomei (1712), Juan B. Salerno (1719) y Alvaro Cienfuegos (1720), muy adicto este último a la Casa de Austria, eminente teólogo, filósofo y literato gongorino. Más tuvo que agradecer el General los favores de Benedicto XIII, que otorgó la aureola de los santos a los amables patronos de

la juventud San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka (1726), con lo que echaron nueva flor los jardines marianos de las Congregaciones estudiantiles. La muerte, que por entonces ocurrió, de San Francisco de Jerónimo (1716), año en que fué beatificado Francisco de Regis (canonizado en 1737), la del Beato Antonio Baldinucci (1717), del Venerable *P. Manuel Padial* (1725), de algunos heroicos misioneros y de los que, como el P. Claudio Sicard, explorador del Nilo, sucumbieron sirviendo a los apestados, demuestra que el Instituto de San Ignacio seguía produciendo los mismos frutos de santidad que en los tiempos primitivos. Y como siempre, cosechaba los frutos de persecución que están prometidos a los discípulos de Cristo. En Saboya, reino que brotó de la fatal, para España, paz de Utrecht (1713), fin de la Guerra de Sucesión, el absolutista Víctor Amadeo II monopolizaba la enseñanza y privaba de todo derecho a los jesuítas, y ese mismo Rey, que en su breve dominación de Sicilia había expulsado a los jesuítas de la isla, llamaba ahora al Padre Andrés Guevarre a fin de que organizase en Saboya las instituciones de caridad, hospitales, hospicios, asilos de mendigos e inválidos, como las había organizado en varias ciudades de Francia e Italia.

Pero las más constantes y enconadas hostilidades venían de los jansenistas, exacerbados por la bula *Unigenitus* (1713), que atribuían a manejos de los jesuítas y en la que se condenaban 101 proposiciones del oratoriano Pascasio Quesnel. No pocos del clero francés, capitaneados por el Arzobispo de París, Cardenal Noailles, apelaron a un Concilio ecuménico; de nada les valió su rebeldía, sobre la que cayó otra vez el anatema pontificio; pero Noailles se vengó poniendo en entredicho a todos los jesuítas de su diocesis (1716-1729).

Sorteando con hábil mano los escollos y peligros, condujo el Padre Tamburini durante un cuarto de siglo la nave de la Compañía con gran prosperidad, como lo patentiza, entre otras cosas, el incremento de la Orden, que llegó a contar más de 20.000 sujetos, y la admiración universal que suscitaba en Europa la organización y vida de las Reducciones del Paraguay. Al P. Tam-

burini, que amaba como a las niñas de sus ojos a los propagadores del Evangelio, deben las misiones hispanoamericanas muchos estímulos y alientos para seguir con renovado celo sus grandes y penosas conquistas espirituales.

P. Francisco Retz (1730-1750), XV General de la Compañía

A los ochenta y dos años de edad entregó su alma a Dios el piadoso P. Tamburini, al finalizar el mes de febrero de 1730, y hasta noviembre no se reunió la Congregación General XVI, en la que no pudieron tomar parte los Padres portugueses por dificultades de su Rey Juan V, violentamente irritado entonces con el Romano Pontífice, ni los Padres de Cerdeña, por causa de la extrema penuria y pobreza de todos sus colegios, que ni siquiera les había permitido tener Congregación provincial: dato interesante para adivinar la miseria de muchos jesuítas, a quienes libelos indocumentados hacían dueños de fabulosos tesoros. Las faltas contra la pobreza que reconoció esta Congregación, fueron principalmente dos: a saber, que algunos tenían chimenea en el aposento para amortiguar la crudeza del invierno, y que otros se proveían por sí mismos de buena ropa interior, por no suministrarles lo necesario ciertos Superiores tacaños o míseros. Unos y otros fueron reprendidos severamente; lo cual pone de manifiesto que la observancia regular se conservaba íntegra y pura, y que si se cometían defectos, jamás se dejaban pasar sin eficaz correctivo. También ahora se volvió por los fueros de la Filosofía peripatética, añadiendo que los estudios de las Ciencias Físicas, tan en boga entonces, no pugnaban, antes eran muy conformes, con el espíritu y los metodos de Aristóteles. Digno de notarse fué que en el primer escrutinio salió elegido con admirable unanimidad, sin que le faltase más que un voto y el propio, el *P. Francisco Retz*, nacido en Praga de Bohemia, Asistente a la sazón de Alemania, y muy semejante a su antecesor en vida, carácter y virtudes.

Tranquilos se deslizaron los veinte años de su gobierno, tranquilos externamente, con la tranquilidad que suele preceder a las grandes tempestades. Pero no hacía falta ser muy perspicaz para ver y sentir que había mar de fondo y que las campañas de maledicencia que se notaban en todo el mundo contra la Compañía obedecían a un plan muy vasto y perfectamente calculado. Si los jesuítas hubieran sido tan poderosos, y sobre todo tan intrigantes y políticos, como suponían y exageraban sus adversarios, cierto que no se hubieran dejado prender en aquella inmensa red de dicterios y calumnias que jansenistas, enciclopedistas y—triste es decirlo—personas muy religiosas, fueron tendiendo de nación en nación y de Corte en Corte hasta alcanzar la curia romana, donde algunos Cardenales no disimulaban ya sus intentos de llegar hasta la supresión de la Compañía. El P. Retz conocía estas maquinaciones, mas para deshacerlas no apeló a medios humanos de intrigas, influencias, adulaciones, sino que, ni más ni menos que sus antecesores, recomendó a sus súbditos oraciones, caridad con todos, prudencia, modestia y silencio. Quizá durante todo el siglo XVIII los jesuítas, en las cuestiones más vitales para ellos, callaron demasiado, mientras la voz de sus enemigos resonaba en todas partes, con los más variados tonos. Es muy significativa una de las medidas tomadas por el P. Retz «para alejar las espantosas calumnias y maledicencias» de los adversarios: escogió por patrono y abogado de la Compañía a San Juan Nepomuceno, invocado como protector de la buena fama. Por no exacerbar a los enemigos, rivales o envidiosos, llevó su prudencia hasta no querer que se celebrase el *segundo Centenario de la Compañía* (1740), como se había hecho un siglo antes, con públicos regocijos y fiestas. Tal vez por esta prudente moderación era el P. General particularmente amado del Papa Benedicto XIV, de quien se ha dicho, tal vez sin fundamento, que no miraba con buenos ojos a la Compañía de Jesús.

La miraba, ciertamente, como un instrumento valioso para la Santa Sede, pero en el fondo no simpatizaba con ella. Nos inducirían a creerlo positivamente adverso algunos hechos de su pontificado, como la comisión dada al Cardenal Saldanha y el favor que dis-

pensó a ciertos personajes enemigos mortales de los jesuítas, como los Card. Passionei, Archinto, etc. Nos persuaden de lo contrario los muchos documentos que despachó a favor de la Compañía, como la abrogación del decreto de Inocencio X sobre la Congregación novenal, los privilegios que otorgó a las Congregaciones marianas, los elogios de las mismas y de los ejercicios espirituales, las frases encomiásticas que tuvo para la Compañía, diciendo que era *devotísima de la Santa Sede* y que su labor resultaba *utilísima para la Iglesia*, que daba ventaja a otras Ordenes religiosas, que los jesuítas eran en todas partes *bonus odor Christi* y que se mantenían fieles a sus sapientísimas leyes. Mucho decir era todo esto cuando se lanzaban contra ella crímenes sin cuento y se la describía como relajada y perjudicial a la Iglesia.

El mismo Benedicto XIV obligó a retractarse al dominico Padre Concina de los falsos testimonios que había levantado a los moralistas jesuítas, y si bien es verdad que el Papa dió fe en un principio a las acusaciones de desobediencia que llegaban a sus oídos contra los misioneros de Oriente, y se quejó amargamente de aquellos misioneros y aun de los jesuítas en general, también es cierto que, al informarse mejor, dió testimonio de la inocencia de los acusados, confesando que las ordenaciones pontificias se iban cumpliendo en China y Malabar con exactitud. De esta grave cuestión, que entonces se resolvió definitivamente, trataremos al llegar a las misiones. «Con la mano se palpa que la Compañía de Jesús no tiene en Roma más apoyo que su General tudesco», escribía Benedicto XIV al Arzobispo de Lyón. «En estas sus cartas confidenciales, el Papa apuntaba vagamente la conjuración, de que sólo tenía algún indicio, y que habían fraguado las principales logias de Toscana, señaladamente en Florencia» (P. Rosa). Claro que el enzarzarse en polémicas literarias de carácter satírico, como hicieron los jóvenes jesuítas Julio César Cordara, futuro historiador de la Compañía, eximio literato, de carácter aniñado, y Jerónimo Lagomarsini, gaditano, de familia genovesa, no era la defensa más apropiada en aquellas circunstancias, antes contribuyeron ambos con su estilete elegante y áureo, pero punzante, a crearse nuevos enemigos entre ciertos literatos.

Desarrollábase entretanto con entera normalidad y creciente fervor la vida de los colegios, sus academias, congregaciones y obras de caridad; los grandes misioneros populares del siglo XVII habían dejado en herencia su espíritu a otros no menos ardorosos, como el P. Pedro Lassudrye en el sur de Francia, y Calatayud en España; la devoción al Sagrado Corazón de Jesús ardía como una hoguera en todas las comunidades y abrasaba particularmente algunas almas escogidas; en fin, los hijos de San Ignacio seguían haciendo lo posible por realizar en aquellos críticos momentos el fin de su santo Instituto. Decadencia se advertía, prescindiendo de defectos particulares, tan sólo en los estudios sagrados y literarios, como no podía ser menos respirando el ambiente de vulgaridad, formalismo, erudición y pseudoclasicismo de aquella centuria. Quizás haya que acusar también de regalismo práctico en el siglo XVIII a no pocos jesuítas, posiblemente contagiados por los confesores de los Reyes en Francia y España. Bien se lo pagaron los Borbones.

P. Ignacio Visconti (1751-1755)

A la muerte del P. Retz, acaecida el 19 de noviembre de 1750, el Vicario general, P. Visconti, convocó la Congregación General XVII, la cual tuvo sus sesiones en el verano del año siguiente y designó para el supremo gobierno de la Compañía al mismo *P. Ignacio Visconti*, de familia milanesa, bien conocida en la Historia. «La elección—escribía el Papa Benedicto XIV en carta íntima—no pudo ser mejor, ni hecha con más dignidad. Los electores nacionales no han querido visitar antes de la elección a los ministros de sus príncipes, diciendo que cumplirían con ellos después de la elección. La demasiada flaqueza de complexión del elegido, que no hay tal en sustancia, no ha sido parte para que le rechazasen. Así proceden los maestros de la moral ancha, y si Su Eminencia recuerda el último conclave, se acordará también del diverso sistema seguido por algún profesor de la moral estrecha.»

Era el P. Visconti de carácter bondadoso y afable, distinguido en sus maneras, más propenso a la benignidad que al rigor; tildáronle de debilidad los que hubieran deseado medidas más enérgicas contra los enemigos de la Compañía, pero él ponía su fortaleza en el silencio y en la esperanza en Dios. ¡Cosa curiosa, que los Generales de aquella prepotente Compañía, tan ambiciosa, tan soberbia, tan intrigante, tan maquiavélica, como entonces la pintaban, no revolviesen el mundo para defenderse, y si de algo pecasen, fuese de pasividad y moderación, mientras sus adversarios les tendían lazos y asechanzas en todas las cortes católicas y al pie de la misma cátedra de San Pedro! Cumpliendo los deseos de la última Congregación General, escribió Visconti a los Superiores de todas las provincias insistiendo en la observancia de la perfecta pobreza, y atendió con particular esmero a la formación espiritual y literaria de los religiosos estudiantes. Como en materia de estudios se notaba en muchas provincias una doble corriente: la escolástica y la moderna, a veces en pugna, apoyada aquélla en Aristóteles, ésta en los científicos de última hora, recomendó las tesis fundamentales de Aristóteles y el método escolástico, dando al mismo tiempo amplia cabida a la moderna Física experimental. Esta última corriente, de tendencia progresista, prosperaba en el Colegio Romano, al paso que la más tradicional imperaba entre los Padres del Gesù. Entre los representantes de la Filosofía moderna propasóse algún tanto el joven profesor Carlos Benvenuti, favorecido por el dálmata Boscovich y aplaudido por el humanista Cordara, por lo que el P. Visconti le removió de su cátedra; pero intervino Benedicto XIV, más erudito que filósofo, y mandó revocar esa orden, con mengua del aristotelismo y de la autoridad del P. General.

El proceso de beatificación del Cardenal Belarmino se hubiera llevado a feliz término si el Gobierno francés, avisado por el Cardenal Passionei, enemigo declarado de los jesuítas, no se hubiese opuesto con todas sus fuerzas a la glorificación de aquel paladín del pontificado. Ya que en esto tuvo que ceder Benedicto XIV, tuvo por lo menos valor para dar un paso decisivo hacia otra beatificación, no menos gloriosa para la Compañía,

porque se trataba del P. Juan de Britto, martirizado en el Maduré, después de diecisiete años de evangelizar a los brahmanes conforme a las normas del P. Nobili. Ponían el grito en el cielo todos los adversarios de la Compañía, diciendo que llevar a los altares al P. Britto equivalía a canonizar las supersticiones e idolatrías de los ritos malabares, a lo cual el Papa respondió (1741) que no eran obstáculo los ritos practicados por el mártir, por no tener en el misionero significación religiosa, como en los paganos, sino solamente carácter de actos civiles.

Nunca se había visto, como entonces, una ofensiva tan general y tan intensa contra el Instituto y contra las personas de la Compañía, contra las doctrinas y contra las costumbres de los jesuítas, contra sus obras actuales y contra su historia pasada; un verdadero diluvio de calumnias e injurias se derramaba por todo el mundo en libelos, cartas, documentos, donde reaparecían todos los dichos y rumores que la maledicencia o el rencor habían barbotado durante dos siglos en el *Monita secreta*, en las *Provinciales* de Pascal, en las cartas de Palafox, en las prédicas de D. Bernardino y de otros seiscientos, que hablaban de ambiciones jesuíticas, de conjuraciones antimonárquicas, de tesoros ocultos, de tráficos escandalosos, explicables en quienes defendían ese sistema laxista del probabilismo. El Papa Benedicto XIV, que tal vez hubiera podido atajar a tiempo esta campaña, al menos entre los eclesiásticos y curiales, no comprendiendo su alcance, se chanceaba: «Las cartas de España—escribe el 5 de noviembre de 1755—no sólo publican la nueva de la sustitución de Monseñor Quintano, inquisidor mayor, en el cargo de confesor del Rey católico, en lugar del P. Rávago, jesuíta; sino que además un lego jesuíta llamado el H. Antonio, que estaba en el colegio de los suyos en el Paraguay, donde no hay otros religiosos que los jesuítas, ha sido aclamado rey y se halla al frente de treinta mil indios; y un fraile de Araceli muestra a quien quiera verla una moneda acuñada este año con el título de Antonio I, Rey del Paraguay. Si la nueva es verdadera, será toda una fecha para los anales de los terciarios.» Llamaba *terciarios* por broma a los amigos de la Compañía, pues ésta, como es sabido, no tiene Tercera

Orden. A los pocos meses de escribirse estas palabras llegaba a Roma como Embajador de Francia el favorito de la Pompadour, Esteban Francisco Choiseul, e inmediatamente se ponía al habla con el Cardenal Passionei y con otros adversarios de la Compañía, a fin de atar nuevos nudos con los hilos de la trama que venían urdiendo volterianos y jansenistas. Ya para entonces el P. General había pasado a mejor vida.

P. Luis Centurione (1755-57)
P. Lorenzo Ricci

Benedicto XIV escribía el 7 de mayo de 1755: «Comienzo ésta mi carta con una funesta nueva, que es la muerte del Padre Visconti, General de la Compañía de Jesús, acaecida después de cuatro años de gobierno, precedida de una enfermedad de tres o cuatro días, que le ocasionó un paseo por los claustros de la Cartuja en compañía del Cardenal Portocarrero después de comer, en tiempo ventoso y frío. Esta muerte ha sido y es ocasión de amargura a propios y extraños; a los extraños, entre los cuales era estimado por su prudencia; entre los propios, pues gobernaba con placidez y buen garbo. Ha dejado por Vicario General para el futuro Capítulo General al P. Centurione, Asistente de Italia.» Así era en efecto. Y fué el P. Luis Centurione, patricio genovés, el llamado a gobernar la universal Compañía por los votos de la Congregación General XVIII. El P. Centurione tenía en la sangre, como en el nombre, algo de militar, «algo más de príncipe que de padre», si hemos de creer a Cordara, quien añade que era cortés y afable con todos, familiar con ninguno. Ciertamente, su natural ardiente y enérgico formaba contraste con la dulzura de su antecesor, y aunque era anciano y enfermizo, tenía voluntad resuelta y emprendedora. Admirables cualidades para pilotar la nave de la Compañía con mano firme en medio de tan bravas tempestades y sacarla a buen puerto entre tantos escollos. Por desgracia, su gobierno no llegó a dos años.

La Congregación XVIII, al echar una mirada al estado general de la Orden en el mundo, la vió en todas partes perseguida,

y en todas partes próspera y floreciente. En Polonia, con el favor de los Reyes y la piedad del pueblo, se había propagado tanto, que juzgó prudente la Congregación constituir con aquel reino una nueva Asistencia, formada por la Provincia de Lituania (1.114 jesuítas) y la de Polonia propiamente dicha (1.145), cada una de las cuales se dividió poco después en otras dos: Lituania y Mazovia, Polonia mayor y Polonia menor. ¡Quién les iba a decir a los Padres congregados que en aquella Asistencia por ellos entonces constituída se habían de salvar los últimos restos del gran naufragio, que pronto iba a sufrir la Compañía; y que ésta había de sucumbir como Orden religiosa, casi a la par que Polonia como nación! Ellos de alguna manera preveían la catástrofe y deseando no dar motivo por su parte, hicieron un examen de conciencia y no advirtieron en todas las Provincias de la Compañía sino ligeras faltas, inseparables de la condición humana, y ciertas pequeñas mundanidades, propias de la ceremoniosa sociedad del siglo XVIII. Su corrección fué encomendada al Padre Centurione, y éste lo hizo con enérgica dignidad en su carta encíclica «Sobre el espíritu de nuestra vocación». Graves noticias llegaban de Francia y Portugal, cuando el 2 de octubre de 1757 falleció el P. General, dejando de Vicario al P. Timoni, griego de nación, visto con malos ojos por el Cardenal Archinto, Secretario de Estado.

Poco después fallecía también el anciano Pontífice Benedicto XIV, no sin haber dado un paso gravísimo, que entrañaba la destrucción de la Compañía en Portugal, pues cediendo al embajador portugués Almada, agente de Carvalho, comisionó al Cardenal Saldanha para visitar y reformar las casas y colegios de la Orden en aquella nación. El Patriarca de Lisboa, José Manuel Atalaja, prohibió a los jesuítas ejercitar los santos ministerios de predicar y confesar en su diócesis. Empezaba a descargar la tormenta, pero sobrevino en aquel año de 1758 el atentado contra José II, y los acontecimientos se precipitaron, arrollando todas las legalidades en los torbellinos de la tragedia.

Estaba al timón de la Compañía el XVIII General, *P. Lorenzo Ricci*, varón piadosísimo y prudente, destinado a presenciar,

sin que sus esfuerzos pudiesen nada, la más dolorosa de las catástrofes: la ruina de la Compañía en Portugal, en Francia, en España e Italia, el hundimiento de las más florecientes misiones, y, por fin, la extinción total de la Orden religiosa cuyo Padre y Superior general era él. Su conducta fué la de un santo, quizás mejor, la de un mártir. Se le ha acusado de no haber demostrado la previsión y el arranque de los grandes gobernantes. Cierto que en su carácter predominaba la dulzura paciente; pero el Padre Ricci hizo cuanto estaba en su mano, movió todos los resortes de que disponía, harto débiles en aquel entonces, y si no apeló a ciertos recursos políticos, fué porque los estimó inútiles o contraproducentes y porque se acordó de las palabras que le había dicho Clemente XIII en la primera entrevista: *silencio, paciencia, oración*. Y quiso seguir las normas que la Congregación XIX había recomendado a todos los Superiores para que éstos las inculcasen a sus súbditos: «solidarum virtutum ac perfectionis studium rebus omnibus anteferendum, hoc prae ceteris omnibus rebus a Societate maxime fieri, in eoque maius momentum, quam in doctrina vel in aliis donis naturalibus et humanis constitutum esse. Hoc saepe inculcent, et bonum Societatis statum huic rerum spiritualium studio totum inniti. Nam si forte, Deo ita permittente, placeat (quae adoranda consiliorum eius ratio est) ut adversis exerceamur: Deus adhaerentes sibi atque intime coniunctos non deseret».

Observancia regular y flores de santidad

Es preciso hacer notar que si la Compañía de Jesús subió al Calvario para sufrir pena de muerte con pública afrenta, no fué como los malhechores, en castigo de crímenes; su sacrificio se asemejó más bien al de Aquel que le dió su glorioso nombre y que prometió a sus discípulos e imitadores persecuciones y odios.

Ni relajación ni decadencia moral se halla en la historia completa de la Compañía; naturalmente, no siempre se mantuvo al mismo nivel; hubo fluctuaciones y vaivenes, como en todo lo que es histórico y humano; pero jamás degeneró de su primitivo Instituto, dotado por San Ignacio de tales órganos vitales, que

hacen muy difícil sobrevenga marasmo duradero o corrupción notable; y en el momento de la expulsión de los diversos reinos y de la extinción por el Papa, no pudo alegarse con fundamento el ser una Orden relajada, porque, si tenía defecto, los mismos y mayores podían encontrarse en otros Institutos religiosos, a los que, sin embargo, todos entonces colmaban de alabanzas. A los que se empeñan en repetir las murmuraciones antijesuíticas y ni con la lectura de las Constituciones y epístolas de los Generales se persuaden del genuino espíritu evangélico de la Compañía, ésta puede presentarles el supremo argumento de la santidad autenticada por nuestra Santa Madre Iglesia, cotejando los Santos y Beatos que aquélla ha producido con los que en otras parcelas de la viña del Señor han florecido a partir del siglo XVI.

Los documentos oficiales de la Compañía demuestran que la observancia regular se mantenía en vigor durante los siglos XVII y XVIII, no obstante la general decadencia que en esa época se nota en todas las naciones católicas y en casi todos los Institutos religiosos. El principal defecto que los Superiores reprenden constantemente se refiere al voto de pobreza, el cual si se quebrantaba con alguna frecuencia, era en parte por el trato de algunos Padres con príncipes y señores, pero más ordinariamente, como ya se ha explicado, por la misma penuria y miseria en que yacían muchas casas y colegios, a lo menos en España. En la carta que sobre este punto escribió el Padre Nickel se echarán de ver las faltas que se cometían y el remedio que no tardaba en imponerse. En el siglo XVIII se reprende a los alemanes por el frecuente banquetear con ocasión de huéspedes, visitas, etc., y la excesiva afición a la bebida, aun a los llamados *potus peregrini*: chocolate, café y té. Por lo general, mejora el estado económico de las casas, particularmente en algunas provincias americanas, que, poseedoras de inmensas haciendas, llegaron a disfrutar de verdadera esplendidez, no muy conforme con la pobreza evangélica. El P. Oliva, en carta circular de 8 de febrero de 1676, expone sinceramente el juicio que se ha formado de la universal Compañía, después de oír los informes de los Padres más graves de ella: «No debo yo tener para mí solo—dice—el singular consuelo que me han causado los Padres

Procuradores de las provincias que han venido a la Congregación ordinaria, con la uniforme relación que me han dado del estado de nuestras casas en regiones tan diferentes y tan distintas. Hanme asegurado muy seriamente que se conserva en todas partes la exacta observancia de nuestras reglas y que, por la divina misericordia, florece la guarda y ejecución de nuestro Instituto en la pureza de la vida, en el celo de las almas, en el estudio de la oración, en la aplicación a las letras, en la mortificación interior y exterior, en la unión de los ánimos, en el fervor de las misiones, en el religioso modo de proceder, en la decencia y fruto de nuestras conversaciones con los prójimos y señores grandes.» Aquel General, no fácil de contentar en punto a perfección religiosa, añade por su parte algunas faltas, cuya enmienda desea, como el predicar con poco espíritu, alambicando los conceptos, y el saber poco latín, que ya casi nadie lo escribe bien.

De la Asistencia de España hemos de decir, que si al iniciarse el siglo XVIII se notaban ciertas faltas de omisión y flojedad, cierta languidez y postración, que sintonizaban con la vida decadente de nuestra patria y que se aumentaron durante la Guerra de Sucesión (1700-1713), pero, terminada ésta, se inaugura una época de renovación espiritual, que va creciendo hasta el momento de la expulsión por Carlos III.

En algunas provincias americanas hay momentos de crisis, sobre todo en Chile, por la laxitud de un Provincial, no menos que por el espíritu rebelde de algunos Padres; también en el Ecuador, por el gobierno poco paternal de algunos Superiores y por la facilidad en admitir novicios; pero la mano fuerte del General y de sus representantes llegó a tiempo y cortó por lo sano. Del Virreinato del Perú escribe el Arzobispo de Lima en 1714 al Romano Pontífice sobre el celo de los jesuítas, particularmente con los indios, y exclama: «Ciertamente se debe llorar con lágrimas de sangre que no ejecuten lo mismo las demás religiones.» De los obispos que menciona, sólo dos son elogiados sin restricción; ambos eran dominicos y ambos muy amigos de la Compañía. El Virrey, escribiendo a Felipe V el año 1730, tributa a los jesuítas un elogio semejante: «La religión de la Compañía de

Jesús corre en su gobierno distintas líneas [que las demás religiones], porque de Roma le vienen hechas todas las elecciones, y así en esto como en todo lo demás que pertenece a su dirección, en lo común y en lo particular, en sus grandes letras, doctrina, ejemplo, virtud y celo de las almas, florecen en este reino con la misma igualdad que en todas las demás partes del mundo.» Y no citaremos las expresivas palabras de Jorge Juan y Antonio de Ulloa en sus *Noticias secretas de América*, porque al enaltecer a la Compañía, deprimen, sin duda, más de lo justo el estado de las demás Ordenes religiosas. Iguales encomios podían hacerse de la Provincia mejicana. Recordemos los nombres de algunos varones ilustres que más descollaron por sus virtudes, fijándonos ante todo en la Asistencia de España:

1. *El Venerable P. Diego Luis de Sanvitores* († 1672), ya desde sus primeras misiones en España acompañando al célebre Padre Jerónimo López, mostró el espíritu apostólico que después había de desplegar en el archipiélago de Filipinas y en las islas Marianas, misión por él fundada y regada por fin con su sangre generosa.

2. *El Venerable P. Francisco del Castillo* († 1673), de salud precaria, que le impidió dedicarse a las misiones de infieles, consagróse a la oración y los ministerios con sus paisanos de la ciudad de Lima, confesando de tan buen grado a los virreyes como a los niños, indios y negros, a quienes enseñaba el catecismo y entre los que murió con fama de santidad.

3. *El Venerable P. Manuel Padial* († 1725), granadino, de claro talento y eximias dotes de trato y carácter, fué ejemplo de asperísima penitencia, como se conocen pocos casos; redujo el sueño a hora y media, y eso en un duro banco o en el suelo, iba vestido de hórrido cilicio, se flagelaba despiadadamente y observaba rigurosísima abstinencia, todo lo cual no le estorbaba mostrarse siempre jovial y festivo e interiormente bañado de devoción y ternura infantil. Dios le premió con el don de una altísima contemplación y con prodigiosos favores sobrenaturales. Su causa de beatificación se suspendió, como tantas otras, cuando la extinción de la Compañía.

4. *El P. Juan de Santiago* († 1762), discípulo e imitador del Padre Padial, se distinguió por su abnegación en los ministerios más humildes.

5. El barcelonés *P. Ignacio Güell* († 1757), celosísimo misionero rural, fué en vida y en muerte fiel trasunto de San Francisco de Regis.

6. *El P. Pedro de Calatayud* († 1773), harto conocido por sus misiones, sólo tiene rival en España en el Beato Diego de Cádiz, O. M. C. De él hablaremos más adelante. Murió como un santo en el destierro, y por santo lo aclamaron pueblos enteros y cuantas personas le trataron.

7. Simpática figura, de dulzura salesiana, modelo de Superiores, de Padres espirituales y maestros de novicios, se nos presenta el *P. Francisso Javier de Idiáquez*, de nobilísima familia, descendiente de San Francisco Javier, San Francisco de Borja y San Ignacio de Loyola. Renunció al Ducado de Granada de Ega para entrar en la Compañía; teniendo cuarenta y cuatro años, fué elegido Asistente de España, cargo que no creyó digno de aceptar. De su espiritualidad jugosa, sólida y sencilla se formará alguna idea quien lea las *Prácticas del Noviciado de Villagarcía*, con que aún se educan los novicios de las provincias españolas. Desterrado en Bolonia, vivió santamente hasta 1790, dando sabios consejos y dirección a sus hermanos y antiguos súbditos.

8. *El P. Agustín Cardaveraz*, de angélicas costumbres y altísima contemplación, recorrió el país vasconavarro dando misiones y trabajó en Loyola en el fructuoso ministerio de los ejercicios espirituales; recibió grandes favores y apariciones celestiales y murió en 1770 cerca de Bolonia.

9. Como los Padres Calatayud y Cardaveraz, y más que ellos, el *P. Bernardo Francisco de Hoyos* († 1735) merece llamarse el Apóstol de la devoción al Corazón de Jesús en España. Su vida exterior era la de un San Juan Berchmans y la interior la de un místico extraordinario. Su corta vida, de nueve años de religión, once meses de sacerdocio y veinticuatro de edad, fué una perfecta consagración al Corazón de Cristo.

10. Nombremos, por fin, a *San José Pignatelli*, que es el

anillo de oro que une la antigua y la nueva Compañía, del cual hablaremos adelante; y, omitiendo tantos y tantos héroes de la fe en tierras salvajes y mártires de la caridad entre los enfermos de los hospitales, mencionemos, siquiera sea de pasada, a *San Francisco de Jerónimo* († 1716) y al *Beato Antonio Baldinucci* († 1717), apóstoles de Italia; a los *PP. Gaspar Moreira* († 1669) y *Francisco Cruz* († 1706), en Portugal; al Rector de Ingolstadt, *P. Serviliano Veihelin* († 1675), en quien se veía un fiel retrato de San Ignacio, y al célebre misionero *Venerable P. Felipe Jeningen* († 1704); al *Beato Claudio de la Colombière* († 1682), perfecto amigo del Corazón de Jesús; al apóstol de Bretaña, *Beato Julián Maunoir* († 1683), etc., etc.

Ni estará de más enumerar entre los discípulos santos que honraron los colegios de la Compañía, a los tres ilustres alumnos del Colegio Romano: San Camilo de Lelis, San Leonardo de Portomauricio y San Juan Bautista de Rossi (de Rubeis).

Frutos tan dulces y sazonados de santidad acreditan, según la palabra del Maestro, que el árbol seguía siendo bueno y útil. Y, sin embargo, a alguien hacía daño su sombra, porque se alzaban muchas y poderosas voces pidiendo se arrancase de raíz, mientras los verdaderos Santos decían con San Alfonso M. de Ligorio: La Compañía de Jesúss «es una Orden de quien puede decirse que ha santificado el mundo y continúa santificándolo hoy día».

Misiones rurales. P. Tirso González

En los países católicos, durante el período histórico denominado la *Ilustración*, fué providencial el impulso que recibieron las misiones populares, ya que gracias a los muchos varones apostólicos que Dios suscitó, y al riego fecundador de su acción misionera, conservóse encendida la fe sencilla del pueblo y apenas sufrieron detrimento sus devociones ingenuas y sus costumbres cristianas, en medio del laicismo y racionalismo que hacía estragos entre los ilustrados. La Compañía de Jesús, que desde sus orígenes había promovido ardorosamente esta predicación fruc-

tuosísima por aldeas y ciudades, fomentóla ahora quizás con mayor intensidad, y ciertamente produjo predicadores muy extraordinarios, cuyos nombres guarda esculpidos la Historia.

Por los *Catálogos de misiones* sabemos que en la provincia de Castilla salían de los colegios anualmente 15 ó 20 parejas de misioneros a predicar la palabra de Dios, aprovechando las vacaciones de verano, los que vivían consagrados a la tarea de la enseñanza. Y lo mismo debía acontecer en Aragón, Toledo y Andalucía, a juzgar por los datos aislados que conocemos y por las frases del P. Oliva agradeciendo a los Provinciales las muchas misiones que se hacen y animándolos a seguir fomentando y avivando en todos los colegios tan santo ministerio.

Lo que el P. Jerónimo López en la primera mitad del siglo XVII, eso fué en la segunda el P. Tirso González. Tuvo éste la suerte de dar en su juventud una misión en compañía de aquel celebérrimo y ya anciano misionero, aficionóse a sus métodos y sintióse inflamado en el mismo celo de las almas. ¿Quién sería su compañero en las duras fatigas del apostolado? El P. Diego de Sanvitores, educado en la misma escuela, partió pronto para las misiones de Ultramar. Entonces, por designación del mismo Padre Jerónimo López, se le juntó el P. Juan Gabriel Guillén. Pidieron al P. Oliva ser destinados ambos al ministerio de las misiones rurales, y el P. General accedió gozoso a la petición. En 1665 dieron comienzo a su predicación por tierras de Extremadura. De allí pasó el P. Tirso al otro extremo de la Península, a Navarra. Volvieron a juntarse los dos misioneros en Badajoz para evangelizar después las provincias andaluzas de Sevilla, Granada, Málaga; subieron luego a Alcalá y Madrid (1670), donde hasta los Grandes de España se conmovieron con la palabra ardiente del apóstol, y los primeros títulos de Castilla salieron en las procesiones de penitencia. Siguieron los misioneros por Segovia, Avila, Valladolid, Burgos, Zamora, Palencia, Galicia... Nuevas misiones en Sevilla los años 1671 y 1672, tan llenas de actos heroicos de parte de los personajes más conspicuos y tan fecundas en conversiones de moros, empleados en las casas como esclavos o en los más humildes menesteres, que ponen admiración al que no

conozca a los dos principales instrumentos que prepararon el terreno al riego divino de la misión: el Iustrísimo Sr. Arzobispo don Ambrosio Ignacio Espínola y el prodigio de caridad y penitencia cuyo nombre ha inmortalizado el arte y la literatura, don Miguel Mañara Vicentelo. Nos dice el P. Tirso que «una persona principal ofreció cincuenta misas por cada uno [de los moros] que se convirtiese; otra servir un viernes en un hospital, descalzo de pie y pierna; otra ponerse por cada conversión un día cilicio y besar la llaga más asquerosa que encontrase en el hospital. Otra persona ofreció a Nuestro Señor, con voto, abstinencia completa de carne si se convirtiese un mahometano».

Después de narrar los admirables ejemplos que resplandecieron en la misión de Sevilla, y que parecían la cosa más natural en la sociedad española del siglo XVII, exclama un severo historiador: «Habría, ciertamente, miserias entre nosotros; pero ¿podrá citarse una ciudad en el mundo, donde los más nobles caballeros y señoras hagan los extremos de caridad que vemos hacer a los sevillanos del siglo XVII para convertir a los obstinados musulmanes? Es costumbre en ciertos escritores modernos que retratan a la antigua España, mover y remover, como dice Menéndez y Pelayo, los lodazales de la literatura picaresca, y describiendo con fruición las trampas del Lazarillo de Tormes y las canalladas de Guzmán de Alfarache, parecen como decirnos: Esa era España. A estos señores críticos les rogaríamos que contemplasen con serenidad de juicio el espectáculo que nos dan los sevillanos. Permitan que les preguntemos: ¿No tendrán más derecho a representar a la antigua España los nobles caballeros, las ilustres damas y el inmenso pueblo de Sevilla, que llenaba las iglesias de bote en bote en estos actos de acendrada piedad y de apostólico celo; no tendrán más derecho, repetimos, a representar a la antigua Espaa, que los grupitos de granujas que bullían en los percheles de Málaga o las gavillas de bandidos que se escondían en los rincones de Sierra Morena?» (Astrain). La corte de Madrid oyó por segunda vez en 1674 la voz apostólica del P. Tirso, que predicaba penitencia en las diversas iglesias de la capital, y, lo que es más,

en el mismo palacio real, donde Carlos II, niño de trece años, y su madre la Reina escucharon devotamente las pláticas e instrucciones del misionero. Solía el P. Tirso, en todos los pueblos por donde pasaba, dejar instituída alguna congregación o entablada alguna buena costumbre que asegurase el fruto de la misión, como la lectura espiritual en las familias y algún rato de oración mental, sobre la cual daba instrucciones aun a los soldados, buen indicio del cultivo ascético que poseían aquellos españoles. ¿Cómo respondía el pueblo a los afanes del misionero? Véase por lo que éste nos cuenta de sus misiones en Navarra: «Los llantos, lágrimas y pedir a voces misericordia, casi en todos los sermones, ha sido cosa singular. Y el fervor con que dos veces en cada misión se juntaban más de cuatrocientos hombres a tomar disciplina en las iglesias fué tal, que de oír desde afuera las mujeres lo que hacían los hombres, se volvían a llorar y sollozar tanto, que se oían de muy lejos. Algunas vi yo que tenían los ojos hinchados de llorar. Hombres había que se disciplinaban con tal fuerza, que al fin de la disciplina caían desmayados. Las bofetadas que se daban en los sermones al sacar el Santo Cristo, eran con tan buena gana, que se acardenalaban las mejillas.»

Así pasó durante once años, como una bendición del cielo sobre los campos de España, y no sólo sobre los campos y aldeas, sino (lo que es en él característico) sobre las capitales y ciudades más importantes de la Península, la palabra evangelizadora del Padre Tirso González. Desgraciadamente, en 1676 fué promovido, como dijimos, a la cátedra de Salamanca. El año anterior la muerte había alcanzado en Madrid a su fervoroso compañero el Padre Guillén.

Misioneros populares de Alemania, Francia e Italia

De modo semejante a los colegios españoles procedían los de Alemania, según consta de las varias relaciones de misiones populares que se nos han conservado. Celosísimo operario mostróse el *P. Enrique Schacht* († 1654), luterano convertido, que sufrió

mucho en la misión de Suecia y edificó largos años a los habitantes de Hamburgo. Apóstol del sur de Alemania fué llamado el *Padre Felipe Jeningen* († 1704), venerado por el pueblo como santo, y cuya causa de beatificación está introducida. Los *Padres Andrés Metsch* († 1651) y *Adam Krawarski* († 1660) convirtieron en Bohemia y Silesia muchos millares de protestantes. El danés *Padre Carlos Stöcken* († 1753) dió ejemplos de invencible fortaleza y de pobreza evangélica en sus misiones por Alemania. El *Padre Juan Stankowitz* († 1673) misionó durante cincuenta y cuatro años, predicando en húngaro y eslavo por los pueblos de su patria y de Turquía. El austríaco *P. Ignacio Parhamer* († 1786), confesor de Francisco I y de la Archiduquesa María Isabel, no limitó su actividad a la ciudad de Viena, sino que extendió sus catecismos, congregaciones, etc., a otros pueblos hasta la extinción de la Compañía, después de la cual fué nombrado Rector de la Universidad y confesor de José II.

En Francia, siguiendo las huellas de San Francisco de Regis, en cuarenta y dos años de infatigable apostolado evangeliza las llanuras de la católica Bretaña el *Beato Julián Maunoir* († 1683), y para que el fruto fuese mayor y más duradero, forma no menos de 300 colaboradores del clero secular. De los jesuítas, son muchos los que le toman por modelo, como el *P. Pedro Sassudrye* († 1738), especialista en ejercicios; el *P. Juan Pablo Medaille* († 1689), misionero durante treinta años en Aquitania, y el célebre *P. Honorato Chaurand* († 1697), que misionó durante cincuenta años en más de 90 diócesis de Francia y llegó a fundar 126 casas de caridad para recoger y ayudar a los pobres, evitando así la mendicidad y la vagancia, obra que continuó su discípulo el P. Andrés Guevarre († 1724).

De Italia, sólo mencionaremos aquellos insignes misioneros que están en la memoria de todos, empezando por el más genial iniciador de los métodos misionales, *P. Pablo Segneri* († 1694); predicador de grandes auditorios en todas las regiones de Italia durante treinta años, veintiséis de los cuales le acompañó el *P. Juan Pedro Pinamonti* († 1703). *Pablo Segneri*, el joven († 1713) sobrino del anterior, supo emular sus virtudes y su elocuencia y tuvo

la gloria de tener por discípulo al gran misionero franciscano San Leonardo de Porto Mauricio. Mientras *San Francisco de Jerónimo* († 1716) evangelizaba con grandes dones carismáticos el reino de Nápoles, y el *Beato Antonio Baldinucci* († 1717), con parecidos prodigios, recorría el centro de Italia, el *P. Fulvio Fontana* († 1723) penetraba en sus excursiones apostólicas hasta los valles del Tirol.

P. Pedro de Calatayud, misionero de España

Con ser tan eminentes por diversos conceptos estas figuras que acaban de desfilar ante nuestros ojos, acaso ninguna realice tan cumplidamente el tipo de misionero popular como el *P. Pedro de Calatayud* († 1773). Dió comienzo a su carrera apostólica cuando terminaban las suyas los *PP. Juan de Abarizqueta* († 1729), activo director de Ejercicios y de Congregaciones, y *Jerónimo Dutari* († 1717), famoso por sus «Escuelas de María», que solía instituir después de sus misiones, en las cuales seguía los métodos del P. Jerónimo López. En 1718 inicia el P. Calatayud sus campañas misioneras, que habían de cruzar toda la Península Ibérica en el espacio de medio siglo. Su estatura elevada, rostro expresivo, continente austero, palabra encendida, sin belleza literaria, a juzgar por los escritos que nos quedan, pero de gran solidez de doctrina y de singular energía y hasta crudeza de expresión, conmovían a los oyentes, mucho más cuando éstos tenían ocasión de admirar sus virtudes heroicas.

Acostumbraba entrar en los pueblos, crucifijo en mano, al anochecer; congregaba alguna gente y empezaba a formar una procesión que, con faroles y hachas encendidas, recorría las calles, mientras los misioneros cantaban saetillas o coplas piadosas. En la plaza, hacía Calatayud un fervoroso sermón al pueblo reunido, terminando con un acto de contrición, y al llegar al templo predicaba sobre las palabras de Jonás: «Adhuc quadraginta dies...» Todos los pueblos circunvecinos solían venir, a veces procesionalmente, a la misión, en la que los sermones de verdades eternas alternaban con las instrucciones catequísticas. El mismo Padre Calatayud, en su *Arte de dar misiones*, explica los méto-

dos que seguía en la «función contra los juramentos, blasfemias y maldiciones», en el «perdón de los enemigos», en el «asalto general», acto decisivo de la misión, que se hacía recorriendo todo el pueblo con los niños en filas, luego los hombres, detrás los sacerdotes con crucifijos en las manos y pronunciando sentencias, desengaños, jaculatorias, y, por fin, las mujeres. Lo más emocionante era la «precesión general de penitencia», compuesta de varias procesiones particulares formadas por los respectivos pueblos, vicarías o valles. Iban delante niños y hombres vestidos de nazarenos, con cruces pesadas al hombro y coronas de espinas; otros iban con cadenas, otros aspados, otros descalzos y muchos disciplinantes de sangre y de cuerda. Formaban en la procesión las autoridades y los religiosos, entonando todos el Miserere y cantos de penitencia. Tras los primeros ensayos en la provincia de Salamanca, se le unió su fiel compañero el P. Juan Carbajosa en 1730. Juntos misionaron por tierras de León, Segovia, Palencia, Galicia, Navarra... En el «asalto general» de Pamplona desfilaron 20.000 hombres, excluídas las mujeres, cifra que no parecerá muy elevada, si se considera que asistieron a la misión 111 aldeas del contorno; en Tafalla, patria del misionero, se reunieron 53 pueblos, y le oyeron con tal fervor, que hubo quienes hicieron negocio vendiendo cilicios y disciplinas. Pasó luego a Alava, Vizcaya, La Rioja y después a Almería, Murcia, Cartagena, Alicante; recorrió toda la provincia de Asturias y bajó a la ciudad de Salamanca, con gran provecho espiritual de los universitarios. Su fama volaba por toda la Península. En la archidiócesis de Braga evangelizó 16 pueblos, y hubo ocasión en que 400 confesores no daban abasto a las multitudes enfervorizadas por el misionero. Volvió a entrar en Galicia y Valladolid, para retornar a Braga, y en 1751 le vemos en Zaragoza y Teruel, seguidamente en Toledo, Madrid, Burgos, Avila; baja hasta Sevilla y Huelva, para tornar a Castilla en 1762, y prosigue así removiendo las conciencias y predicando la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, hasta que en 1767 el decreto de Carlos III le arranca de aquella su España regada con sus sudores durante cuarenta y nueve años (1718-1767).

Ejercicios espirituales

Labor admirable, que pone más admiración cuando se observa la intensidad de su acción transformadora. ¿Quién dirá los conventos que reformó y las tandas de ejercicios que dió, sobre todo al clero? En esto último no sabemos que nadie le haya superado. Véanse algunos datos: el año 1739 dió ejercicios en Burgos a 450 sacerdotes, y en 1755, allí mismo, a 700; en Braga (1743), a 600 eclesiásticos; en Chaves, a 346; en Villa Real, a 484; en el año 1749, en Logroño, a 447; en Calahorra, a 550; en Nájera, a 679, y en Santo Domingo de la Calzada, a 750; en Bilbao, a 557; en Toledo (1753), dos tandas de diez días, una a 340 eclesiásticos, otra a 800, de los cuales 120 ordenandos. Más de 1.100 eclesiásticos hicieron con el P. Calatayud los ejercicios en Madrid el año 1753, de ellos 180 ordenandos y bastantes religiosos de varias Ordenes, que edificaron a la ciudad con sus actos de humildad y caridad sirviendo a los presos de la cárcel. En 1754, fueron 300 los de Segovia, y en 1756 dió dos tantas en Sevilla a más de 600 sacerdotes. Y así en todas las ciudades por donde pasaba.

Este ministerio de los ejercicios espirituales, que fué siempre el favorito de lo jesuítas, había cobrado un auge sorprendente, particularmente en Francia por obra del *P. Vicente Huby* († 1693), que, viendo la dificultad de hospedar a muchos ejercitantes en las casas de la Compañía, como se venía haciendo, fundó en Vannes de Bretaña la primera «casa de ejercicios», a donde se retiraba cada año, en varias tandas, más de un millar de ejercitantes. La segunda casa fué la de Quimper, fundada por el P. Maunoir, a las que siguieron otras en Rennes, Nantes, París, Rouen, Toulouse, Dijón, Nancy, etc. Y no sólo en Francia. Las había semejantes en Munich, en Vilna, en Venecia, Palermo, Florencia, en las provincias de Bélgica (al menos desde 1720), y en España y en Méjico, en el Paraguay, Chile, etc.

Grandes oradores: Vieira, Segneri, Bourdaloue...

Al frente de todos los oradores sagrados de esta época queremos poner al *P. Antonio Vieira*, que, si no es el más perfecto, es, sin duda, el más genial de los predicadores. Venido del Brasil en 1642, predica con aceptación ante el nuevo monarca de Portugal, Juan IV, y se enreda en Negocios de Estado, hasta que en 1652, hastiado de las intrigas palaciegas, se embarca con rumbo al Brasil, donde vapulea sin compasión la codicia de los colonos que estorbaban con sus iniquidades la conversión de los indios. Buscando el apoyo del Rey, vuelve a los dos años a Lisboa, para tornar a las misiones brasileñas en 1655. Es entonces cuando desarrolla una actividad apostólica sorprendente evangelizando a los indios salvajes y declamando con viril elocuencia demosteniana, saturada de Evangelio, en pro de la libertad de los esclavos. No pudiendo sufrir su látigo implacable, los habitantes de San Luis del Marañón asaltan el colegio de los jesuítas; poco después se subleva el Pará. Los jesuítas, presos a bordo de una nave, son transportados a Lisboa. Vieira predica ante el Rey su célebre sermón de la Epifanía, hablando de las persecuciones de los misioneros, el 6 de enero de 1662. La corte se divide en dos partidos. Triunfa el partido contrario a Vieira, el cual es desterrado, y como entre sus adversarios se contaban varios miembros del Santo Oficio de la Inquisición, éstos le forman proceso por el ardor con que defendía a los cristianos nuevos, por la reforma que planeó del santo tribunal y principalmente por el sebastianismo mesiánico que predicaba de palabra y por escrito, anunciando la salvación de Portugal con la reaparición vaticinada de aquel joven monarca Don Sebastián, muerto en Alcazarquivir. Ahora es el partido de Vieira el que triunfa en la corte y es el mismo Inquisidor el que se presenta en el colegio de la Compañía para hacer una visita a nuestro predicador, que vuelve a subir al púlpito. Por orden de los Superiores, sale para Roma (1669), donde el Papa, que le favorece, y los Cardenales y la Reina de

Suecia, que le quiere tomar por director espiritual, oyen encantados su arrebatadora palabra, que seduce en italiano como en portugués. Al cabo de seis años torna a Portugal, y en 1681 se embarca otra vez para sus queridas misiones del Brasil, donde muere lleno de méritos en 1697. Vieira es el primer prosista entre los clásicos portugueses; su palabra castiza, pintoresca, sutil o torrencial, estaba al servicio de una inteligencia poderosa, de una fantasía riquísima, de una dialéctica insuperable, y de un pecho oratorio como rara vez han contemplado los púlpitos. En sus sermones no se ve nada de abstractas y frías consideraciones; todo es palpitante y de las más candente actualidad; su defecto es el abuso de las paradojas y aquel alambicamiento con que le gustaba conceptear, pagando tributo al mal gusto de su tiempo.

Como religioso, hemos de decir que se metió en negocios políticos ajenos a su vocación, aunque le guió siempre un patriotismo alto y desinteresado; si algún tiempo llevó una vida algo distraída, aprendió pronto a despreciar las vanidades mundanas, mostró tener un alma grande y pura, propensa tal vez a las ilusiones, de las que le redimió el sufrimiento, la campaña que sostuvo en pro de la libertad de los esclavos y el celo apostólico de que hizo alarde como Superior de la misión y como simple misionero.

Entre los oradores italianos sobresale la egregia figura del *Padre Pablo Segneri*, el viejo († 1694), cuya elocuencia patética y meridional, mucho más sobria que la de otros predicadores de su época, parece moldeada con nimiedad de retórico en los discursos de Cicerón, pero salía de unos labios abrasados por el carbón de Isaías y dejaba compungidos y suspensos lo mismo a lss curiales de Roma que a los sencillos labriegos italianos. Pasando por alto a oradores de menor altura, aunque estimables, como los *PP. Juan Pablo Oliva* († 1681), *Jerónimo Tornielli* († 1752) y *Jerónimo Trento* († 1784), digamos una palabra de los predicadores franceses, que tan honda huella han dejado en la oratoria sagrada, imprimiéndole un carácter más racional y clásico, diverso del patrístico y homilético.

La oratoria francesa levantó el vuelo con el *P. Claudio de Lin-*

gendes († 1660), que, evitando cuidadosamente los defectos de los que con argucias escolásticas, citas extemporáneas y lenguaje callejero deshonraban la cátedra sagrada, señaló el camino de solidez doctrinal y tendencia práctica que siguieron los mejores oradores de los siglos XVII y XVIII, entre los cuales recordaremos a los *PP. Claudio Texier* († 1687), *Claudio de la Colombière* († 1682), y al predicador de los reyes y rey de los predicadores *Luis Bourdaloue* († 1704), tan austero en su vida como en su dicción y declamación, de elocuencia serena, vigorosa y profunda, excesivamente razonadora y metódica, que subyugaba a la corte del Rey-Sol por la claridad, lógica, conocimiento del corazón, sólida doctrina y más aún por la convicción y dignidad con que hablaba aquel hombre, que, según Voltaire, era la mejor refutación de las *Provinciales* de Pascal. La herencia de Bourdaloue se transmitió a los *PP. Carlos de la Rue* († 1726), *Honorato Gaillard* († 1727) y al primer orador del siglo XVIII, según la Harpe, *Padre Carlos de Neuville* († 1774), predicador del Luis XV, dotado de cualidades oratorias bastante más altas que las de su hermano *Pedro Claudio*, también orador jesuíta. Añadamos el nombre del conocido *P. Vicente Houdry* († 1729), cuya *Biblioteca de predicadores*, traducida a varias lenguas, es aun hoy día arsenal de los que se dedican a la predicación.

En España, después de Gracián gozaron de alguna fama los predicadores de la corte *Agustín de Castro* († 1671) y *Manuel de Najera* († 1680), y en el siglo siguiente brilló el *P. José Francisco de Isla* († 1781) como uno de los mejores predicadores, aunque no dejó de contagiarse un poco en sus sermones panegíricos y morales de cierto conceptismo y gongorismo, sin caer en las aberraciones increíbles que él ridiculizó grotescamente en la rabelesiana sátira del *Fray Gerundio*.

Los confesores reales

Adquieren en esta época los confesores de los reyes una importancia antaño no conocida. La Compañía acepta este cargo difícil, no por ambición y deseo de brillar, sino por juzgarlo útil pa-

ra el bien de la Iglesia; más que como un honor, lo considera como un sacrificio, como un oficio de inmensa responsabilidad, que no había de acarrearle gloria, sino resentimientos y hostilidades. No era ministerio apetecible para una Orden religiosa, antes muy peligroso y expuesto a odiosidades, porque no se trataba simplemente de dirigir la conciencia del monarca, sino que el confesor era consultado en casi todos los negocios eclesiásticos, políticos y aun civiles y económicos, y muchas veces prevalecía su dictamen sobre el de los otros ministros y consejeros. El confesor era el intermediario a quien acudían, para llegar al trono, todos los que apetecían algún favor real, desde el Papa y los Cardenales y los magnates del reino, hasta la turbamulta de los que andaban a caza de un empleo. Por la voluntad del confesor se resolvía con frecuencia la provisión de obispados y la colocación de otros beneficios eclesiásticos. De aquí mil rencores y murmuraciones envidiosas.

Ya el P. Aquaviva, en su *Instrucción a los confesores de príncipes*, había procurado dar ciertas normas, que después varios Generales y Congregaciones se encargaron de urgir: *a*) el confesor jesuíta acudirá a la corte para cumplir su oficio, mas no habitará en Palacio ni se tratará con más ostentación y regalo que el de cualquier humilde religioso; *b*) se abstendrá de inmiscuirse en negocios políticos, ajenos a su vocación y a su cargo; *c*) hablará con libertad de espíritu al rey; *d*) no transmitirá ni apoyará demandas de los que solicitan empleos o favores. No diremos que todos cumplieron religiosamente estas sabias normas, pero es cierto que en general se portaron bien, a pesar de que fueron muchos en todas las naciones, los que desempeñaron este elevado cargo. Solamente el Rey de Francia Luis XIII tuvo diez confesores sucesivos de la Compañía. Desde Enrique III hasta Luis XV inclusive todos tuvieron confesor jesuíta, y lo mismo se ha de decir de todos los Emperadores alemanes desde Fernando II, de todos los Duques de Baviera desde Guillermo V, y de casi todos los Reyes de Polonia y Portugal. En España, la casa de Austria solía escoger sus confesores en otras religiones, especialmente entre los dominicos, exceptuando el caso del P. Nitard,

de quien hicimos mención en el Generalato del P. Oliva; pero Felipe V, siguiendo el ejemplo de los Borbones de Francia, escogió un confesor jesuíta, y lo mismo hizo Fernando VI. Fué el *Padre Guillermo Daubenton* el escogido por Luis XIV para confesor de su nieto Felipe V, cuando éste vino al trono de España en 1700. Había ocupado altos puestos entre los jesuítas franceses, y en 1706 marchó a Roma para ser Asistente de Francia, dejando la dirección de la real conciencia al *P. Pedro Robinet*, nada simpático a los españoles y acusado por algunos de regalismo, de conducta poco conforme a la humildad y pobreza religiosa, así como de menospreciar la Teología escolástica, faltas de que otros le absuelven y justifican. En 1716 se retiró a su patria, y vino de nuevo el *P. Daubenton* con el cargo de confesor real, hasta su muerte, acaecida en 1723. Por sus no vulgares dotes de gobierno, por la nobleza de su carácter, por las virtudes religiosas con que edificó a sus hermanos, sin pretender ninguna singularidad en el trato de su persona, y por los beneficios que dispensó a casi todos los colegios españoles, dejó este Padre grato recuerdo en la Historia de la Compañía; se metió mucho en política, mas no tanto como algunos le han reprochado.

Sucedióle el madrileño *P. Gabriel Bermúdez* († 1749), predicador a lo Bourdaloue, digno religioso que confesó a Felipe V de 1723 a 1726, dejando luego el puesto al *P. Guillermo Clerke*, natural de Edimburgo. Rector del Colegio Escocés de Madrid, que se atuvo estrictamente a su ministerio espiritual. No hizo lo mismo el *P. Lefèvre*, su sucesor, tachado, con razón, de regalista, que dirigió la conciencia real hasta la muerte de Felipe V.

El más famoso de los confesores reales en España no hay duda que fué el *P. Francisco de Rábago*, antiguo teólogo del Colegio Romano, Rector de Valladolid y Provincial de Castilla, que desde 1747 intervino como confesor de Fernando VI en los principales acontecimientos de aquel reinado, v. g., en el Concordato de 1753, tan favorable al regalismo español. Caído el Marqués de la Ensenada en 1754, por manejos de Inglaterra, que no podía sufrir el resurgimiento naval de España, siguióle al año siguiente, como no podía menos, el retiro del P. Rábago, quien oportu-

namente había llamado la atención del Rey sobre el peligro que podían constituir para la patria las sectas masónicas. De su buen espíritu religioso dan testimonio estas palabras, de una carta al P. Salvador Osorio, Provincial de Castilla: «Yo he sentido gran pena de separarme de un príncipe amabilísimo y lleno de piedad; pero era invencible la imposibilidad de servir el empleo... Antes de que fuéramos confesores del Rey floreció hasta lo sumo la Compañía, llena de grandísimos hombres que en virtud y letras la ilustraron. ¿Qué hombres de éstos ha dado en los cincuenta y cinco años de confesonario? ¿Qué frutos espirituales o temporales ha sacado de él? ¿Qué amigos con él ha ganado o cuántos émulos disminuído? La Compañía está fundada *supra fundamentum apostolorum ipso angulari lapide Christo Iesu.* Cumpla con esta vocación y Dios la protegerá, y sin esto nada le servirán confesores ni Reyes.»

No repetiremos aquí los reproches que se han lanzado contra los jesuítas confesores de Reyes. Anteriormente hemos tratado del caso más sonado, cual fué el del *P. Francisco de Lachaize* en Francia, de quien el mismo Papa se quejó porque no iba a la mano a Luis XIV en sus ambiciones regalistas, a lo que el jesuíta respondió siempre, que no le remordía la conciencia de ninguna negligencia en el desempeño de su cargo. Todos los desaciertos de los Reyes se han reprochado a los confesores, como si el confesor fuera el único ministro y consejero, cuyo dictamen fuera infalible regla del Monarca. ¡Cuánto más acertadamente hubiera gobernado un Jacobo II de Inglaterra y un Luis XV de Francia, si hubieran dado oído al jesuíta que los confesaba! Digamos, en fin de cuentas, que este cargo, tan espinoso y delicado, si aumentó el influjo de la Compañía, particularmente en Francia, donde alivió la ruda contienda con el jansenismo y con el parlamento, y alcanzó del Rey favor y protección para las empresas culturales y misioneras, pero en general fueron de mayor peso los daños, las envidias, las acusaciones y las molestias que le ocasionó. Porque el P. Juan P. Tiremois de Sacy se negó a absolver a Madame de Pompadour, esta favorita de Luis XV entró en la coalición que maquinaba la ruina de la Compañía.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús

Cuando el deísmo racionalista iniciaba sus campañas contra todo lo sobrenatural, y el jansenismo quería sustituir, en la piedad de los fieles, el amor de Cristo por la inaccesibilidad del Dios eterno y justiciero, en un convento de Francia revelábase a una hija de la Visitación el Corazón de Jesús envuelto en llamas simbólicas y coronado de espinas, y le pedía la propagación de un nuevo culto, con nunca oídas promesas. Sus principales apóstoles habían de ser los jesuítas. Escribiendo a su director espiritual (¿P. Rolin?), decía Santa Margarita María de Alacoque: «Jesucristo me ha dado a conocer de un modo que no deja lugar a la menor duda, que quiere servirse principalmente de los Padres de la Compañía de Jesús para establecer en todo el mundo esta sólida devoción, y por medio de ella conquistar un número infinito de siervos fieles, de amigos perfectos y de hijos muy agradecidos.»

El primer elegido para dirigir a la Santa en las oscuras vías místicas por donde caminaba y para predicar a otros la consagración perfecta y el culto al Corazón divino de Jesús, fué el *Beato Claudio de la Colombière* († 1682), destinado en 1675, al acabar la tercera probación, a Paray-le-Monial, donde la incomprendida Margarita María recibía celestiales comunicaciones. Predicador de la Duquesa de York en Inglaterra y luego maestro de Filosofía en Lyón, desarrolló un apostolado tan breve como fecundo, viniendo a morir a los cuarenta y un años de edad al lado de la confidente del Corazón de Jesús. Cundió rápidamente esta tierna devoción entre los jesuítas franceses, siendo los más activos propagandistas el *P. Juan Croiset* († 1738), a quien Santa Margarita llamó su «muy querido hermano en el Sagrado Corazón de Jesucristo», y el *P. José Gallifet* († 1749), que primero como Provincial de Lyón y después como Asistente de Francia en Roma, trabajó más que nadie en la causa del Sagrado Corazón. Su libro *De cultu Sacrosancti Cordis Dei ac Domini Nostri Jesu Christi* (Roma 1726), publicado a expensas de nuestro Rey Felipe V, ins-

piró al P. Cardaveraz, estudiante de Teología en San Ambrosio de Valladolid, las primeras noticias del nuevo culto, siendo el fervoroso joven quien empezó a practicar en España la devoción al Corazón de Jesús. Seis años más tarde, en el día de la octava del Corpus, 11 de junio de 1733, predicó en Bilbao el primer sermón sobre este asunto, con notas que el estudiante de Teología *Bernardo Francisco de Hoyos* le había tomado del libro del Padre Gallifet.

Así, por indicación del *P. Agustín Cardaveraz* († 1770), conoció el precioso tesoro de esta devoción aquel joven vallisoletano (nacido en Torrelobatón en 1711 y muerto en Valladolid en 1735), designado por el mismo Jesús para ser su primer apóstol y director de otros apóstoles en España. Bien se mostró lo *encorazonado con el Corazón de Jesús*, que andaba desde que oyó la voz de Cristo el joven *Bernardo F. de Hoyos*, en el ardiente proselitismo que empezó a desplegar, ganando para su causa a los más eminentes jesuítas de Castilla: a su antiguo Padre Maestro de novicios, a su Rector, a su Provincial, al P. Francisco de Rábago, y muy especialmente al gran misionero *Pedro de Calatayud* y al Rector de Segovia, *Juan de Loyola*, en quienes lo mismo Hoyos que Cardaveraz depositaban toda su confianza y a quienes hacían partícipes de sus altísimas comunicaciones con Dios.

Calatayud recorría toda España fundando Congregaciones, cuyos miembros se comprometían a honrar al Corazón de Jesús y confesar y comulgar de mes en mes. «La primera Congregación —escribe—del Sagrado Corazón de Jesús en España fué la que fundé en la ciudad de Lorca, compuesta de toda la nobleza de ambos sexos, en la misión del año 1733, en cuyo año y el precedente se empezó a promover esta devoción. Son muchas las Congregaciones que con ocasión de mis misiones, en que procuré promover esta devoción, se han fundado y erigido, y en catorce meses que trabajé en las misiones de Asturias se levantaron 102 Congregaciones al Sagrado Corazón.»

No se circunscribió la labor del P. Loyola a dar consejos y alientos a Hoyos y Cardaveraz, sino que, a instancias del prime-

ro, tomó la pluma y escribió su conocido libro *Tesoro escondido en el Corazón de Jesús, descubierto a nuestra España* (Valladolid, 1734), del que se hicieron en pocos años cuatro ediciones. Con la misma fecha el P. Pedro de Peñalosa sacó a luz en Pamplona *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, traducción y arreglo de la que escribió en francés el P. Croiset, obra que también contribuyó en buena parte al éxito de la propaganda dirigida por el P. Bernardo de Hoyos. A las iniciativas de este joven emprendedor, muerto el 29 de noviembre de 1735, cuando sólo contaba veinticuatro años, debiéronse los frutos copiosos que se veían madurar en todas las diócesis españolas y que hacían exclamar al P. Loyola en 1736: «En nuestra España, donde la devoción del Corazón de Jesús era del todo incógnita hasta la mitad de 1733, ha hecho ya tan felices progresos, que sólo el amor infinito del Corazón divino para con los corazones españoles pudiera dilatarla tanto. Hállase entronizada en los corazones soberanos y excelentes de nuestra augusta corte, consagrada en los espíritus de los Ilustrísimos Prelados de nuestra ínclita nación, favorecida de innumerables comunidades religiosas de ambos sexos y de cuantas piadosas almas tienen la dicha de haber conocido y experimentado la solidez y dulzura del culto sacrosanto del Corazón de Jesús.»

El mismo fuego prendió en las provincias de Ultramar, y en Méjico se publicaban libros sobre esta devoción, y en las misiones de las Minas se celebraba la fiesta del Corazón de Jesús con la misma solemnidad y aparato que la del Corpus, y en los confines del Paraguay fundaba el *P. Antonio Guasp* (mártir en 1764) el pueblo del *Sagrado Corazón*. Cosa análoga hacían los jesuítas franceses en sus misiones de Constantinopla, Siria, Líbano, Persia, China y Canadá, fundando cofradías como las que propagaban en España los PP. Calatayud, Cardaveraz y *Sebastián Mendiburu* († 1782). Entre los alemanes, se distinguían el *Venerable P. Felipe Jeningen* († 1704) y el devoto escritor *Padre Francisco Schauenburg* († 1772); y entre los portugueses, el célebre misionero del Marañón, italiano de origen, *P. Gabriel Malagrida* († 1761).

Todo esto prueba que los jesuítas, desde el primer momento, tomaron animosamente el suavísimo encargo que el Corazón de Jesucristo se había dignado hacerles por medio de Santa Margarita M. de Alacoque, y es digno de notarse que la historia de esta devoción sigue las vicisitudes de la historia de la Compañía: si las persecuciones son comunes, igualmente los triunfos. El jansenismo persiguió por igual a la Compañía y al culto del Sacratísimo Corazón de Jesús. Con la extinción del Instituto de San Ignacio pareció también extinguida la devoción al Corazón de Cristo.

En la llaga abierta del costado divino se refugiaron, como azoradas palomas los perseguidos que no hallaban protección en ningún poder de la tierra. Las cartas del P. Ricci, que ante la inminencia de la tempestad ordenaba cultos oficiales de toda la Compañía y oración suplicante al Corazón de Jesús, como único medio de defensa contra las potestades adversas, fueron acogidas con fervor y entusiasmo, como que respondían al común anhelo de los jesuítas, los cuales estaban persuadidos, según consta por muchos testigos del siglo XVIII, que la causa de la Compañía era la del culto del Sagrado Corazón. Por eso el P. Czerniewicz († 1785), exhortando a los jesuítas de la Rusia blanca a propagar esta devoción, decía: «No es vana la esperanza—y así lo ha empezado ya a predecir la voz casi universal del pueblo fiel—de que se restablecerá la Compañía en toda su integridad cuando los nuestros, con señalado empeño, hubieren acrecentado la devoción al Corazón de Jesucristo Nuestro Señor.»

Colegios, Seminarios y Congregaciones

Conocemos ya la exuberante y lozanísima floración de colegios jesuíticos esparcidos por todas las naciones de Europa, que con la práctica de la *Ratio Studiorum* y la acción de eminentes pedagogos imprimieron poderoso impulso a la enseñanza clásica y llevaron a las Universidades bien preparados alumnos. No puede hablarse de decadencia y atraso en este período de los siglos XVII y XVIII, porque si bien en todas partes decae el estudio del grie-

go y en algunas inclusive el del latín, esto no se debe tanto a deficiencias del método pedagógico, cuanto al carácter de la época y se ve a las Congregaciones generales empeñadas en poner remedio a fuerza de decretos. Habrá, a lo más, decadencias parciales, pero al mismo tiempo métodos idénticos contribuían en Francia a los áureos esplendores del gran siglo, siendo discípulos de los jesuítas los más geniales autores de aquella literatura.

Todavía puede afirmarse que los colegios de la Compañía disfrutan del monopolio de la enseñanza en Europa, por más que en Francia los Oratorianos de M. de Bérulle († 1629) y los Hermanos de las Escuelas Cristianas (S. Juan B. de la Salle, † 1719), y en España, Italia y Polonia las Escuelas Pías de San José de Calasanz († 1648), les hacen alguna competencia. Una particularidad de esta época son los numerosos seminarios diocesanos que toma a su cargo la Compañía, sobre todo en Francia. Era frecuente hasta entonces que muchos clérigos hicieran sus estudios eclesiásticos en aquellos colegios de la Compañía que poseían cátedras de Filosofía y Teología, pero desde que oratorianos y lazaristas dirigen colegios exclusivos para los aspirantes al sacerdocio, son muchos los Obispos, empezando por el de Estrasburgo (1683), que piden y alcanzan de los jesuítas la dirección y administración de sus seminarios diocesanos. Nótese, empero, que los documentos y libros de aquel tiempo llaman simplemente *seminarios* o *convictorios* a los colegios que hoy decimos *internados*, porque en éstos frecuentemente se educaban los que se preparaban al sacerdocio.

Luis XIV fué el principal favorecedor de los colegios de la Compañía en Francia. Por voluntad suya, el famoso Colegio de Clermont, ricamente dotado por el Rey, se llamó Colegio Luis el Grande. Tenía unos 2.000 alumnos, poco más o menos, como el de Rouen. El de Rennes, en 1654, ascendió a 2.800; el de Toulouse, en 1668, a cerca de 1.200. Burdeos, alrededor de 1.000, igual que La Flèche. Seguían Avignon, Besançon, Metz, etc.

Los colegios de Alemania, duramente quebrantados por la guerra de Treinta Años, van reponiéndose y tornando a los buenos tiempos, de suerte que el de Munich cuenta 1.200 alumnos en

1657. En 1710 la Germania Superior tenía 27 colegios; el Alto Rhin, 13; el Bajo Rhin, 16; Austria, 31; Bohemia, 29, y la mayoría de ellos tenían anejos seminarios, ora pontificios, ora diocesanos. El Colegio de Heidelberg, fundado en 1703, se apoderó en 1706 de las cátedras de Filosofía, Teología y Derecho de la Universidad, siendo Rector el P. Melchor Kirchner. También los de Polonia habían sufrido horribles devastaciones cuando las invasiones cosacas a mediados de siglo; reflorecieron bajo el reinado de Sobieski y eran en 1710 unos 32 (de ellos, 14 en Lituania).

Al ser suprimida la Compañía, solamente en el actual territorio de Bélgica poseía 17 colegios de letras humanas, además de tres colegios de lengua inglesa y algunos seminarios teológicos.

Portugal podía presentar dos modelos de centros de enseñanza en los colegios de Coïmbra y de Evora y otros no menos florecientes en los de Lisboa, Santarem, Setúbal, Beja, Porto, Eibas, Braga.

Los de España y otras naciones continuaban en el mismo próspero estado de la época precedente. Poseemos una estadística bastante completa del año 1749. Hela aquí:

Había en	Alemania y Austria	101	Colegios y	41	Seminarios.
»	Bohemia	26	»	25	»
»	Bélgica	36	»	4	»
»	Polonia	41	»	10	»
»	Francia	89	»	32	»
»	Italia	133	»	22	»
»	España, en la Península ...	105	»	12	»
»	en Ultramar	83	»	19	»
»	Portugal, en la Península ...	20	»	3	»
»	en las colonias	32	»	4	»

En total, 845 instituciones de enseñanza (669 colegios y 176 seminarios), muchas de ellas con estudios superiores, pues las Universidades que en 1710 regían los jesuítas eran 24, y sólo en Francia había 46 colegios en que se enseñaba Teología. Estos centros de estudios, a cuya sombra crecían academias y círculos literarios, eran a la vez focos de intensa piedad cristiana, a cuyo calor vivían las Congregaciones marianas, tanto de escolares como de otras gentes.

En el siglo XVII, siete Papas, Urbano VIII, Alejandro VII, Inocencio X y XI. Clemente IX. X y XI, y 80 Cardenales gloriáronse de ser congregantes. Del mismo título se ufanaban los Mariscales de Luis XIV, los Príncipes Electores de Baviera y no pocos Emperadores. Cuatro Congregaciones florecían en Innsbruck en 1660 y seis en Augsburgo. Siete había en Munich en 1703, distinguiéndose por su piedad y número la de caballeros. Se calcula en 400.000 el número de congregantes de las tres provincias alemanas y en cerca de un millón el de los congregantes de la Asistencia germánica. En Lyón de Francia existían dos de estudiantes. una de nobles. otra de mercaderes, tres de obreros, y así en otras partes. En Caen desplegaba la de caballeros ferviente actividad benéfica con los pobres. En Mesina florecían 15 congregaciones para todas clases sociales, y 18 en Nápoles. De España, baste decir que en la Provincia de Castilla el año 1665 estaban en pie 45; 5 de sacerdotes, 14 de caballeros, las demás de estudiantes. La de Oviedo constaba de 700 miembros. En el Colegio de San Ambrosio de Valladolid había cuatro congregaciones: la de gramáticos; la de filósofos, teólogos y juristas, bajo el patrocinio de San Luis; la de la Inmaculada, para jueces y abogados; la de la Santísima Trinidad, para caballeros. En el de Zaragoza funcionaban otras cuatro: la de retóricos, la de teólogos, la de caballeros y la de oficiales. Las provincias ultramarinas rivalizaban con las de la metrópoli, si no las superaban en fervor. A más de las congregaciones de criollos, de indios, de esclavos negros, hemos de mencionar varias de sacerdotes, que en la segunda mitad del siglo XVII se fundaron en Méjico bajo la advocación de San Francisco Javier. «Las visitas de cárceles y hospitales, los fervorosos actos de contrición por las calles públicas, el socorro de doncellas desvalidas, cuya honestidad peligra en la pobreza, los sacerdotes enfermos y pobres, la explicación de la doctrina cristiana y otras semejantes obras de piedad, son los ministerios con que esta ilustre congregación, siguiendo las huellas de su santo titular, procura el remedio de las almas» (P. Alegre).

Toda esta variedad de congregaciones, como jardines floridos

de la Virgen María, contribuyó a esparcir aromas de idealidad y pureza entre la juventud, fomentó las obras de misericordia y de celo y propagó por todo el mundo la devoción a la Madre de Dios. Siguiendo el ejemplo de San Ignacio en las Constituciones de la Compañía, se recomendaba el rezo del Santo Rosario en obsequio de Nuestra Señora; algunos jesuítas, como *Pedro Ansaloni* († 1713), hacían especial propaganda de las letanías lauretanas; otros, como los *PP. Juan Nadasi* († 1679), *F. Javier Jacolet* († 1746), *Aníbal Dionisi* († 1754), *Francisco Lalonia* († 1789), y, en fin, *Alfonso Muzzarelli* († 1813), trabajaron por introducir la devoción del «Mes de mayo». Los escritos sobre la Santísima Virgen son innumerables. Sólo en favor del dogma, entonces no definido, de la Inmaculada Concepción, se cuentan por centenares.

MISIONES ENTRE INFIELES (1645-1773)

Norteamérica

Con los exploradores franceses que intentaron la colonización del Canadá, y siempre a la sombra protectora del pabellón francés, penetraron los misioneros jesuítas, ávidos de conquistas para Jesucristo. El primer apóstol que predicó el Evangelio en la Nueva Francia fué el P. Enemundo Massé, que con los PP. Biard y J. Quentin, inauguró una misión entre los hurones, pero fué de corta duración, porque los ingleses, establecidos en Virginia desde 1607, atacaron y destruyeron la colonia francesa, llevándose cautivos a los misioneros (1611-1613). Nueva expedición de jesuítas organizada por el Provincial, P. Coton, en 1625 y acaudillada por el P. Brébeuf, y nueva expulsión de los misioneros, después de la toma de Québec por calvinistas franceses al servicio de Inglaterra (1629).

Restablecida la autoridad francesa, el valiente y emprendedor Padre Pablo Lejeune entra por el anchuroso río San Lorenzo, se

establece en Québec (1632) y hace que se funde para hijos de los colonos un colegito, que desde 1659 tendrá clases de Filosofía y Teología, siendo *la primera Escuela Superior de Norteamérica*, ya que sus principios arrancan de 1635. Audaces excursiones por las tribus nómadas de los Algonquinos le persuaden que no se logrará fruto durable si no es siguiendo el método de reducciones empleado en la América española.

La atención de los misioneros se fija en la tribu más sedentaria y menos salvaje de los hurones. El P. Juan de Brébeuf es el héroe de durísimas campañas apostólicas desde 1634. No son los viajes entre nieves y hielos, por montes intransitables o en frágiles canoas, la penalidad mayor del misionero; le llegan más al alma las inmoralidades repugnantes y las borracheras habituales de los indígenas, cuya conversión se dificultaba más por el mal ejemplo de los mercaderes de pieles y demás europeos.

Con sangre de mártires tenía que ser regado aquel suelo para que la siembra no se perdiese. Enemigos jurados de los pacíficos hurones eran los iroqueses, siempre en acecho de las flotillas francesas que hacían la travesía por las corrientes del San Lorenzo y del Ottawa. Así cayó en 1642 la expedición del P. Isaac Jogues. El donado René Goupil fué en el acto sacrificado, y el Padre Jogues llevado a tierras iroquesas, donde le arrancaron de raíz las uñas y el cabello, cortáronle los dedos, falange por falange, y le hicieron sufrir refinadísimos tormentos, hasta que los holandeses le rescataron. Con el objeto de reclutar gente, paseó por Europa sus manos mutiladas, y al pedir licencia para celebrar, como pudiese, el Santo Sacrificio, contestóle el Papa: «No es justo que un mártir se prive de beber la sangre de Cristo.» Vuelto al Canadá, consumó el martirio de un hachazo en 1646 en compañía del donado Juan de La Lande. A falta de Hermanos coadjutores, los donados, seglares consagrados de por vida a la misión, prestaron en el Canadá los mejores servicios. Los iroqueses seguían invadiendo el país de los hurones, en una de cuyas aldeas mataron en 1648 al P. Antonio Daniel, mientras protegía la fuga de sus neófitos. Al año siguiente son los PP. Juan de Brébeuf y Gabriel Lallemant, sobrino éste de otros dos misioneros canadienses, los que sucumben en medio de indescripti-

bles torturas; y a poco los PP. Carlos Garnier y Noël Chabanel suben con nuevas palmas al coro de los mártires. Hoy los veneramos a todos en los altares.

Dispersos los hurones y en trance de ser exterminados, se convirtieron en masa al cristianismo. Sus vencedores, los iroqueses, amenazaron ahora caer sobre Québec, Montreal y Trois Rivières. Sorprenden en una expedición al *P. Jacobo Buteux* y le dan muerte (1652); al P. Poncet lo cautivan y se complacen en verle sufrir. Mas de repente renuncian a sus hostilidades y piden misioneros. Estos penetran confiados entre aquellos bárbaros de inhumanas costumbres, y, derrochando heroísmo, van formando lentamente pequeños grupos de neófitos, en los que florecen las más dedicadas virtudes y aun la santidad extraordinaria, como en la dulce virgen iroquesa Catalina Tegakuita, transplantada al cielo en la flor de su juventud († 1680).

En 1661 inauguraba una misión entre los indios chippewas el Padre René Manard, cuyas empresas fueron continuadas por el intrépido viajero P. Claudio Allouez, apóstol de los outauais, y por el célebre *P. Jacobo Marquette* († 1675), el que acabó de explorar sobre ligera piragua el largo curso del Mississipí, bajo cuyas aguas tiene su tumba uno de sus primeros exploradores, el capitán español Hernando de Soto. El P. Marquette, apóstol de los illinois, murió a los treinta y siete años de edad. Su estatua ocupa un puesto de honor en el Capitolio de Wáshington. Dediquemos aquí también un recuerdo al historiador *P. Francisco Javier Charlevoix*, que en 1720 remontó el San Lorenzo y se esforzó por infundir nueva vida a aquellas misiones, algo decaídas.

Bajando del Canadá, al abrirse el siglo XVIII, fundaron misiones los jesuítas en los estados de Michigán, Illinois, Indiana, Ohío, Yowa y Missouri; luego en Arkansas, Luisiana, Mississipí, Alabama, Pensilvania, etc. «Entre los dos extremos de este territorio recién descubierto, se llegó a formar una línea de misiones, así estables como nómadas, entre los indios, desde Michilimackinac hasta Nueva Orleáns. En la opuesta orilla del lago Michigán se alzaban los establecimientos de Green Bay y San José; Detroit, entre los lagos Hurón y Erie; las misiones de Kasgasia, desde Tamarois, casi enfrente de la actual San Luis, bajando por la ribera

oriental del Mississipí; estaciones entre los yazoos, natchez e indios alibamos; y una especie de base en Nueva Orleáns» (T. Hughes).

En Marylandia ya dijimos que unos jesuítas habían desembarcado en 1634 con Sir Cecil Baltimore. La llegada de los puritanos puso obstáculos a su labor y ni siquiera se llevó a ejecución la Escuela Superior que el P. Poulton quiso por entonces fundar en Wáshington. Cuando ésta tuvo ser en 1789, un antiguo jesuíta, Juan Carrol († 1815), nombrado primer Obispo de Baltimore, fundaba en Georgetown un colegio, que en 1806 pasó a manos de la Compañía y en 1815 adquirió derechos de Universidad.

Jesuítas de Francia trabajaban también desde 1640 en la *Martinica, Guadalupe, Costa N.-O. de Santo Domingo* y otras islas de las pequeñas Antillas, particularmente con los esclavos negros importados de Africa. Dos misioneros fueron martirizados en la isla de San Vicente (1654) por los feroces caribes a quienes trataban de convertir, y desde 1651 no faltaron en la Guayana algunos jesuítas que atendiesen a los colonos franceses y a los indios galibis.

En Hispanoamérica y Filipinas. El Estado español, misionero

Teniendo que hablar de las misiones españolas en América y Filipinas, es preciso recordar la protección oficial, militar y económica que nuestros católicos monarcas dispensaban a los predicadores del Evangelio, merced a la cual se realizó el milagro de la rápida y completa transformación de tantas tribus bárbaras e idólatras en pueblos cristianos y civilizados. Al conquistar nuevos mundos y evangelizar infieles, los Reyes de España protestaban obrar como *Delegados del Sumo Pontífice*; y en virtud del «Patronato» que el Papa benignamente les otorgara sobre las iglesias que se iban fundando, designaban el personal que las había de regir y asignaban cuantiosas dotaciones. Ellos dotaban a los obispos, a los cabildos, a los templos y parroquias esparcidos por todo el continente; fundaban conventos, socorrían largamen-

te a los misioneros y sostenían las «doctrinas» formadas con los neófitos.

«Ante todo, el Rey tomaba, como quien dice, en brazos al misionero español en el colegio o casa de España donde se hallase, lo proveía de un vestuario completo, conforme a las costumbres usadas en su religión y le daba un colchón, una frazada y una almohada, para dormir en el navío y hacer de este modo el viaje con la comodidad que entonces era posible. Costeaba después todo el viaje desde el colegio hasta Sevilla, suministrando cierta cantidad, que se computaba suponiendo que debían andar los viajeros veinticuatro millas al día. Llegado a la capital andaluza, el misionero era allí sustentado por cuenta del Rey todo el tiempo que debiera estar esperando la partida de los navíos. El coste del viaje marítimo corría, naturalmente, por cuenta de Su Majestad. En saltando en tierra los operarios evangélicos allá en Veracruz, mandaba el Rey que se pagase cumplidamente a los arrieros que los hubieran de transportar con sus libros y vestuarios hasta la ciudad de Méjico. Como ve el lector, Su Majestad tomaba al religioso en la casa donde vivía en España y no le dejaba de la mano hasta ponerle en medio de las Indias.

No contento con esta cumplida generosidad, suministraba el Rey a los misioneros un cáliz y ornamentos sagrados para celebrar la Santa Misa, pagaba el vino que se había de emplear en el Santo Sacrificio, y, por último, proveía también el aceite con que debía arder continuamente la lámpara del Santísimo Sacramento. No deja de inspirar tierna devoción esta solicitud del antiguo Estado español en favor de los predicadores evangélicos. Cuando el religioso agustino levantaba su altarcito allá en las costas escabrosas del archipiélago de Filipinas; cuando el franciscano se disponía a celebrar la misa en los bosques espesos del Paraná; cuando el jesuíta levantaba una humilde capilla cubierta de paja entre los lodazales del Marañón, en todos estos casos el misionero abría su cofre y sacaba de allí el ornamento regalado por el Rey de España, y cuando, después de celebrar la Santa Misa, dejaba en humilde sagrario de madera a Jesús Sacramentado, el Rey de España encendía y sustentaba la lámpara que en aquellas soledades debía arder constantemente en presencia de la Majestad de Dios oculta en el Sacramento. No se crea que estos gastos fuesen insignificantes y, como quien dice, una limosna arrojada desdeñosamente a un mendigo. Sabemos que sólo en nuestra Provincia de Filipinas, a fines del siglo XVII ardían constantemente delante del Santísimo sesenta lámparas a costa de Su Majestad, y esto ocasionaba al erario un gasto de 2.000 escudos anuales.» (Astrain.)

Pero lo más importante era que cada misionero recibía una pensión para llevar adelante sus obras apostólicas, sin ser gravoso a sus neófitos. En el tomo VI del P. Astrain puede verse las gruesas sumas que gastaba el Rey en las misiones de la Com-

pañía; pero es de notar que había otros muchos misioneros jesuítas que se adentraban en tierras de infieles sin contar con auxilio alguno del Estado, y que los que cobraban la pensión oficial no siempre la recibían íntegra, por culpa de los ministros reales.

Si el Estado era generoso con la Iglesia, también se mostraba exigente en pedir derechos que hoy nos parecen excesivos e inconvenientes. Este Patronato real, que no nos toca describir ni juzgar, ocasionó a veces, por sus exigencias en el nombramiento de doctrineros jesuítas, ciertos roces y disgustos, que con el tiempo se arreglaron y suavizaron, manteniendo la Compañía suficiente libertad de acción.

En este segundo siglo de la historia de las misiones veremos cómo llegan éstas a su mayor florecimiento y apogeo, debido en parte al aumento de misioneros. Por las estadísticas trazadas al principio de esta sección, se echa de ver el crecimiento que experimentaron todas las provincias hispanoamericanas, crecimiento que se debió, más que al desarrollo interno, a las frecuentes expediciones de 20 y 40 y hasta 60 misioneros que solía enviar la madre Patria; aunque es de justicia anotar que el Estado español, mitigando el rigor con que excluía de sus colonias a los extranjeros, abrió la mano, al mediar el siglo XVII, para que se embarcasen en Sevilla, con destino a las misiones americanas, numerosos jesuítas alemanes e italianos. Del celo apostólico con que estos eficaces colaboradores trabajaron por la salvación de las almas, y de su ardiente amor a España, veremos algunos ejemplos en las páginas que siguen.

Provincia de Méjico

Por razones de método y claridad tenemos que hablar de las provincias hispanoamericanas en esta sección de misiones, pero aquí conviene repetir lo que antes dijimos: que la actividad de los jesuítas en estas regiones presenta dos aspectos diferentes, aunque a veces se entremezclen de una parte el cultivo espiritual y literario de los españoles y criollos, y de otra las fecundas y heroicas labores apostólicas entre los indios por civilizar.

Testimonian el incremento de la Compañía de Jesús en Méji-

co las fundaciones del Colegio de Chiapa (1681); de los Seminarios de Guadalajara (1696) y Puebla (1702); del Colegio de Guatemala (1705), que llegó a tener Filosofía y Teología; del modesto Colegio de Monterrey (1715); de las residencias de Campeche (1716) y Celaya (1720); el Colegio y Seminario de Querétaro (hacia 1725); de los Colegios de Chihuahua (1718); La Habana (1724); León (1731); Guanajuato (1732); de Casas de Ejercicios en Puebla, Méjico y Valladolid, etc. Nos consta que al Colegio de Méjico acudían en 1680 más estudiantes de Filosofía y Teología que a la Universidad, y era voz común que la causa estaba en la competencia de los profesores. Brillaron como teólogos *Diego López Marín* († 1708), *Antonio de Peralta* († 1736), *Nicolás Segura* († 1743), F. *X. Lazcano* († 1762); y entre los oradores ninguno superó en brillantez y sutileza al citado *Nicolás Segura.*

Como los PP. Oliva y Tirso González fomentaron con tanto ahinco las misiones populares en todas partes, también en Méjico surgieron varones apostólicos que se consagraron por ese tiempo a tan fructuosos ministerios, sobresaliendo los *PP. Juan B. Zappa* († 1694) y *José Vidal* (1704).

Pasando por alto la actividad desplegada por los jesuítas en las ciudades colonizadas por los españoles, que apenas difería de lo que se hacía en España, miremos más bien a las conquistas espirituales que se realizaban cada día entre los indios infieles y por civilizar.

Desde 1673 avanza con nuevo impulso la misión de los *Tarahumares*, al Norte, en una extensión de 80 leguas de E. a O. y más de 90 de N. a S., llegando los misioneros entre penalidades sin cuento—frío, barbarie, pobreza, epidemias, motines promovidos por hechiceros, irrupciones de otros indios—a cultivar una floreciente cristiandad de 20 a 30.000 almas. En 1690 la riegan con su sangre los *PP. Juan Ortiz de Foronda* y *Manuel Sánchez.*

Al norte de la misión de *Sonora*, en un territorio de 100 leguas de N.-S. y 50 ó 60 de E.-O., dos egregios misioneros, el *P. Juan María Salvatierra*, milanés, y el *P. Eusebio Francisco Kino* (*Kühn*), nacido cerca de Trento, entraron predicando el Evangelio entre mil dificultades, no siendo la menor la diversidad de

lenguas de aquellos salvajes, hasta que el P. Kino las aprendió y compuso vocabulario, catecismo, etc., para ayuda de los que tras él vinieron. «Los trabajos geográficos y apostólicos de estos dos civilizadores insignes forman una epopeya, narrada en libros de tanto valor e interés como son, sin duda, la *Historia del Padre Francisco Javier Alegre* y los *Apostólicos afanes del Padre José Ortega*» (C. Pereyra). Conocidos son los penosos y dilatados viajes del P. Kino, visitando tribus bárbaras y rancherías hasta llegar al río Colorado y descubrir en 1700 que California no era una isla, como se creía, sino una península unida al continente, descubrimiento que supo agradecer el gobernador español.

Aunque iniciada en 1683 la misión de California por los Padres Salvatierra, Kino y Tomás Goñi, no tomó asiento hasta 1697 con el P. Salvatierra y luego con el industrioso y activo P. Juan de Ugarte. No faltaron mártires, andando el tiempo, v. g., los *Padres Lorenzo Carranco* y *Sebastián Tamaral*, muertos por los indios pericúes en 1734.

La misión del *Navarit* fundóse en 1721; las demás seguían florecientes: al Oeste, las de *Cinaloa* y *Sonora*; en el medio, la de los *Tepehuanes* y *Taraumares*; al Este, las de *Parras*, y en la parte más septentrional, la vasta misión de *Pimería*, teatro de las hañazas del P. Kino. Total: unos 120 jesuítas, al mediar el siglo XVIII, en un terreno de 450 leguas de largo por 50 de ancho, expuestos a las flechas de los salvajes, al hambre, a los rigores del tiempo y a las asperezas de los caminos, sostuvieron, para gloria de Dios y de España, unas misiones cuya organización mereció a fines del siglo los elogios del Conde de Revillagigedo, Virrey de Méjico, cuando se necesitaba mucha valentía para hablar bien de los extinguidos jesuítas.

Del sentimiento español que animaba a los misioneros extranjeros, véase esta muestra. El P. Salvatierra, italiano, escribiendo al Virrey de Méjico, le decía: «Señor Excelentísimo, yo no cedo a nadie en el mundo en el amor, fidelidad y veneración de nuestro católico monarca. Este pobre jesuíta, solo y desasistido de las reales cajas, ha conquistado y rendido a S. M. un país que en

más de ciento sesenta años, a costa de inmensos gastos hechos al real erario, no habían podido sujetarle todos los antecesores de V. E.»

NUEVA GRANADA

Pocos eran los sujetos que tenían que atender a las inmensas regiones que ocupan hoy las repúblicas de Colombia y Venezuela. A los domicilios reseñados en la sección anterior, debemos añadir ahora el pequeño *Colegio de las Nieves*, en las afueras de Bogotá; el de *Cartagena*, la residencia de *Hontivón* y un colegio que se fundó en *Antioquía* en 1729. Mediado el siglo XVIII, aparece una residencia en *Maracaibo* y un colegio incoado en *Caracas*. A la misma provincia de Nueva Granada pertenecía el Colegio de *Santo Domingo* (1723), con facultades superiores y privilegio de conferir grados académicos. En la segunda mitad del siglo XVII brota el espíritu de nacionalidad entre criollos y europeos, con perjuicio de la caridad fraterna, y se nota entre los naturales del país cierta ligereza e inconstancia en la vocación, con otras faltillas, que se remediaron gracias a la visita del P. Diego Francisco Altamirano, cuyas prudentes medidas reanimaron el fervor religioso, cada vez más encendido durante el siglo XVIII.

De las misiones volantes que partían de todas las casas de la provincia, así como de las hostilidades que sufrieron de parte de los Arzobispos de Bogotá, haremos caso omiso, para entrar en las misiones de *Los Llanos* y del *Orinoco*. Reanudóse en 1659 la misión de Los Llanos, emprendida treinta años antes, que se extendía por la vasta superficie encuadrada entre los Andes y los ríos Orinoco, Apure y Meta. Algunos misioneros hicieron excursiones hasta la Guayana, y llevando consigo varias familias españolas, fundaron en las márgenes del Orinoco el pueblo de Santa Rosa. Grandes eran las esperanzas que hacían concebir las incipientes cristiandades, cuando una banda de feroces caribes, auxiliados por holandeses, entró a sangre y fuego por las reducciones, matando al Superior de la misión, *P. Ignacio Fiol*, y a los dos Padres flamencos *Gaspar Beck* e *Ignacio Teobast* (1684). En otra ocasión dieron muerte al *P. Vicente Loberzo* (1693), y sólo

la presencia de soldados españoles impidió daños mayores. Semejantes incursiones de caribes y holandeses, con su séquito de muertes, saqueos y destrozos, repetíanse de tiempo en tiempo, como las de los paulistas en el Paraguay.

En 1705, después de cuarenta y cuatro años de arduo misionar, moría santamente el *P. Alonso de Neira*, cuando todavía no había puesto la planta en aquellas misiones su más insigne apóstol, el *P. José Gumilla* († 1750). Este joven misionero, de múltiples y valiosas aptitudes, hace en 1716 su primera expedición a los Lolacas, y se afana por congregarlos en pueblos, en cuya construcción actúa él como carpintero, albañil, alarife escultor, pintor y aun como médico y cirujano, con un celo que arrancó frases encomiásticas y alentadoras del P. Tamburini. Su actividad se acreció al ser nombrado por los años de 1725 Superior de todas las misiones de Los Llanos, vino a España, reclutó nuevos operarios y contó entre sus más eficaces colaboradores al *P. Juan de Rivero*, historiador, como él, de las misiones de Los Llanos de Casanare y de los ríos Orinoco y Meta.

Provincia de Quito

La provincia de Quito se independizó de Nueva Granada al fin de la visita del P. Diego Francisco Altamirano en 1696, conservando, aparte del Colegio de *Panamá*, el Colegio y Seminario de *Popayán*, el Colegio de *Cuenca*, el Colegio y Seminario de *Quito*, más las nuevas fundaciones de Latacunga (Noviciado, 1674); *Ibarra* (Colegio, 1684); *Ríobamba y Pasto* (Colegios, 1690?) y *Guayaquil* (Colegio, 1705), con las misiones de los Mainas y del Chocó.

La observancia religiosa, bastante perturbada en el Colegio de Quito entre 1670 y 1690, recobró todo su esplendor con la expulsión que ejecutó el P. Altamirano de 24 sujetos de aquella comunidad. Por lo demás, existen testimonios oficiales del siglo XVII, que enaltecen la actividad de los jesuítas y el gran fruto que recogían entre los indios, viviendo, por lo general, muy pobremente, aunque el obispo y bastantes eclesiásticos les acusaban de acaparar grandes riquezas. Expresión de lujo y magnifi-

cencia es la iglesia de Colegio de Quito, no acabada hasta 1766. Entre los cultivadores de las letras, baste recordar al teólogo y poeta *P. Marcos de Alcocer* († 1680).

La obra principal de esta provincia fué la gloriosa misión del Marañón. En 1653 el joven y fervorosísimo *P. Raimundo de Santa Cruz*, que misionaba en las riberas del Huallaga, descendió por la corriente de este río hasta penetrar en el Marañón, siguió navegando aguas abajo hasta dar con la desembocadura del Napo, por cuyo cauce remontó a fuerza de remos durante un mes; pero la muerte violenta de algunos indios cristianos que le acompañaban le obligó a retroceder. Dirigióse a Quito, de donde al año siguiente, con tres nuevos jesuítas, volvió a la misión del Marañón, campo de centenares de leguas, poblado de numerosas tribus, donde los misioneros, más que con el salvajismo de los indios, tenían que luchar con aquella bravía e inculta naturaleza de montes fragosos, ciénagas insalubres, calor sofocante, nubes de insectos, bosques enmarañados y ríos arrebatados que había que atravesar. En uno de los afluentes del Amazonas sucumbió el P. Santa Cruz en 1662. Cuatro años después, en 1666, el aguerrido misionero *P. Francisco de Figueroa* fué degollado de un hachazo, y el *P. Pedro Suárez*, joven de veintiséis años, murió alanceado por los salvajes. Entre los misioneros ilustres debemos mencionar al *Padre Lucas de la Cueva*, Superior de la misión, y a su sucesor, *Juan Lucero*, fundador de Santiago de la Laguna; mas a todos sobrepujó el *P. Samuel Fritz*, natural de Bohemia, infatigable explorador, diestro en las artes mecánicas, buen pintor, buen matemático, arquitecto y escultor, que delineó el mapa de todos aquellos países, en los que misionó durante cuarenta años. Con un amor a nuestra patria que en un español hubiera parecido apasionado, defendió con tesón increíble, contra los portugueses del Brasil, los derechos de Castilla a muchas regiones por él evangelizadas; viajó, discutió, redactó informes, salvó territorios de la rapiña y ambición de los brasileños, y, de haberse logrado sus razonadas pretensiones, la actual república del Ecuador extendería sus confines mucho más hacia el Oriente. Desde el Napo hasta la desembocadura del río Negro, en una extensión de 2.500 nilómetros, evangelizó a 40.000 omainas el intrépido Padre

Fritz, cuyo celo y entusiasmo se redoblaron al ser nombrado en 1704 Superior de la misión. Como en el Paraguay, se siguió el método y régimen de las reducciones, y aquí, como allí, sufrieron incursiones de brasileños, cazadores de indios. Los *Padres Enrique Wenceslao Richter* († 1695), *Francisco Real* († 1745) y *José Casado* († 1754), aumentaron el número de los mártires.

Perú

De la general relajación de costumbres que padeció el Perú en esta época, particularmente dentro del estado eclesiástico y religioso, se salvó la Compañía de Jesús, según afirman los autores de *Noticias secretas de América*, a una con el Virrey y el Arzobispo, aparte de los testimonios de los Visitadores jesuítas. Si hubo decadencia, fué en los estudios, y esto en Perú como en casi todas partes. Después del sabio teólogo y canonista Diego de Avendaño († 1688), descollaron en el púlpito más que en la cátedra. José Aguilar († 1708, Nicolás de Olea († 1705) y José de Alzugaray († 1763).

Tipo ejemplar del operario de las residencias en su vida cotidiana se nos presenta el Venerable *P. Francisco de Castillo* († 1673), natural de Lima, que empezó su apsotolado con sus compatriotas en 1648, se interesó por los negros, enseñándoles a rezar, y por los indios, a quienes instruía en la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados; fomentó la piedad de las congregaciones con solemnes comuniones generales de las distintas clases de la sociedad, dirigía la conciencia del Virrey, Conde de Lemos, y atendía al mismo tiempo a los niños y a las doncellas en peligro, ejercitando un apostolado idéntico al de San Francisco de Jerónimo en Nápoles.

Su labor apostólica, y especialmente la «Escuela del Smo. Crucifijo de la Agonía», vulgarmente llamada Escuela de Cristo, fué continuada por otros jesuítas en Nuestra Señora de los Desamparados, que fué luego casa profesa. Cuando el extrañamiento de 1767 por Carlos III, el Colegio de San Pablo, de Lima, daba vida a las siguientes Congregaciones: «La de la Presentación,

para señores sacerdotes, que fundaron los venerables *PP. Juan Sebastián y Diego Alvarez de Paz...*; la de la Expectación, para todo género de gremios, en la que estaba alistada la mayor parte del reino; la de la Concepción, para niños; la de la Asunción, para mercaderes; la de Nuestra Señora del Aviso, para señoras; la del Niño Jesús, para indios de ambos sexos; y asimismo, la del Salvador, para negros. Cada una de estas Congregaciones tenía un Prefecto que platicase los domingos y días de Nuestra Señora a sus respectivos congregantes».

Cuantiosísimas y hoy día casi increíbles eran las limosnas que repartían entre los pobres y menesterosos de los hospitales. Por ejemplo, según el testimonio arriba citado, la Congregación de Nuestra Señora del Aviso «llevaba el 20 de octubre desde la casa de Ejercicios, de las señoras, al Hospital de la caridad, de mujeres, muchas suertes de vendas, camisas, lienzos, hilas, bálsamos selectos, dinero, aves y comestibles proporcionados»; y el Padre hacía una plática en el hospital. Limosnas semejantes hacía la Congregación del Niño Jesús al Hospital de Santa Ana. La de la Expectación (o de la O, fundada en 1598 por el *Padre Estella*, a su vuelta de Chile) «daba todos los años, por suertes, dos dotes de 800 pesos a niñas pobres, y cada tres años, uno de 3.500 pesos a la que quisiese ser religiosa». «El Prefecto de esta Congregación debía repartir cada mes 150 pesos fuertes para misas, otros tantos el secular Tesorero y también el Asistente, asimismo secular». Durante el primer siglo, la Compañía redujo en el Perú su campo de acción a las poblaciones españolas, en muchas de las cuales fundó colegios y residencias, y a las aglomeraciones de indios que se reunían en las afueras de dichas ciudades, sin adentrarse apenas en tierras de infieles, hasta que en 1668 se abrió al norte de Santa Cruz de la Sierra la *gran misión de los Mojos.*

Dos jóvenes misioneros, el *P. Pedro Marbán*, vallisoletano, y el *Padre Cipriano Barace*, navarro, recién venidos de Lima a Santa Cruz, embarcáronse en una canoa y tras nueve días de viaje penetraron en la difícil misión, compuesta de muchas tribus con diferentes lenguas, tierra insalubre, caliente y húmeda. Ambos misioneros cayeron enfermos y el P. Barace estuvo cuatro años con-

tinuos tendido en un zarzo de palos, en una mísera choza, sin medicinas ni remedio humano, dándose a entender medianamente en la lengua del país. Vuelto a Santa Cruz, recobró la salud, y tras un paréntesis de ocho meses misionando a los chiriguanes, tornó a los mojos llevando consigo, con infinitos trabajos, centenares de vacas para el servicio agrícola y alimento de los neófitos.

Con el catecismo y la gramática que compuso el P. Marbán, les fué fácil, a los que después vinieron, la evangelización de aquellos indios, y surgieron en las orillas del Mamoré las florentísimas reducciones de *Loreto, Trinidad, San Francisco Javier, San José, San Pedro, San Luis Gonzaga*, etc., con espaciosas iglesias, construídas por Hermanos coadjutores, con ayuda de los indios. Penalidades inimaginables dieron por resultado la cristianización de los naturales; desaparecieron sus costumbres infames y bárbaras, y se distinguieron por la tierna devoción a «nuestra Madre», en cuyo honor rezaban todos los sábados el rosario con la salve y letanías, con tan fervorosa piedad, que, pasando por allí un dominico el día del Corpus, «le convidé—dice el P. Agustín Zapata—con la misa y función de ese día, y se le fué todo en llorar de ternura, viendo oficiar la misa cantada con tanta gracia y concierto y las danzas del Santísimo Sacramento, la procesión, altares en las cuatro esquinas de la plaza, arcos triunfales por toda ella, no siendo su menor admiración las muchas comuniones que por su mano dió ese día, pues casi medio pueblo comulgó de devoción».

Los misioneros fomentaron la agricultura señalando a cada familia campos de labor e introduciendo semilla, como el arroz, la mandioca, etc.; el P. Barace enseñó a los mojos a cultivar el algodón y hacer tejidos; se les instruyó en los oficios mecánicos de carpintería, herrería, sastrería, zapatería, etc., y se les dió una organización social en todo semejante a la del Paraguay.

En 1702 salió el P. Barace a llevar la luz de la fe a los baures y otras tribus, que le asaetaron y remataron de un golpe de macana. La sangre del mártir no tardó en fructificar y los baures sometieron su natural indómito al yugo suave del Evangelio. Tenemos del florecimiento de estas misiones tantos testimonios

ponderativos de las autoridades civiles y eclesiásticas, que nos sería fácil entretejer una antología de elogios, que podrían parecer hiperbólicos.

Reducciones del Paraguay

Tenía la Provincia del Paraguay en 1660 el Colegio-Seminario de *Córdoba*, los Colegios de *Asunción, Santiago del Estero, Buenos Aires, Santa Fe, San Miguel de Tucumán, Salta, Rioja*, a los que se añadieron antes de finalizar el siglo los de *Corrientes* y *Tarija*, de todos los cuales salían los Padres de tiempo en tiempo a convertir a los indios en veinte o treinta leguas a a redonda, además de las reducciones o pequeñas residencias entre indios, que en 1690 eran 26, con 77.646 almas.

Florecían las célebres reducciones, tal como en la sección precedente quedan descritas, y eran la admiración del mundo sus virtuosos misioneros, a quienes Dios Nuestro Señor dió a beber del cáliz de la tribulación más que a cualesquiera otros, acaso para que no les embriagase el vino de sus incomparables triunfos.

Ya habían terminado las campañas persecutorias de D. Bernardino, aunque por largo tiempo quedaron sus rastros dolorosos. A las irrupciones de los paulistas ya no se les tenía miedo, desde que el gobierno español permitió a los guaraníes el uso de las armas. Mandados por jefes españoles, rechazaron en 1663 un ataque de salvajes guaycurus contra la Asunción, y en 1678 reportaron de los mismos una brillante victoria. En 1676 derrotaron a los paulistas, arrebatándoles 4.000 cautivos que llevaban consigo; igual triunfo consiguieron los indios chiquitos sobre los mamelucos en 1694. Se vió que los indios cristianos, dóciles a la voz de los misioneros, podían ser magníficos auxiliares en el ejército del Rey, y, en efecto, los gobernadores sabían en los casos de apuro dónde reclutar excelentes soldados. Así, por ejemplo, en 1680 asaltaron 3.000 indios cristianos, encuadrados por 300 españoles, una fortaleza portuguesa frontera a Buenos Aires y la conquistaron, con gran mortandad de enemigos. Los portugueses la recobraron por la vía diplomática y amenazaron desde allí extender sus conquistas, pero en 1705 los españoles, gracias

al poderoso concurso de los guaraníes, tras un asedio de cuatro meses, lograron desalojar al enemigo de sus posesiones. A los indios de las reducciones se debió que el territorio de la actual república del Uruguay perteneciese a la corona de España. No sólo como soldados sirvieron los neófitos a las autoridades españolas, sino también como obreros en transportes, fortificaciones y grandes construcciones. El amor y veneración de los indios al Rey de España era proverbial, y sólo entre los ignorantes pudo hallar eco la calumnia de los que intentaban poner mácula en el patriotismo ejemplar de los misioneros jesuítas.

Desterrados de la Asunción en 1724 los Padres de la Compañía por un gobierno sedicioso y revolucionario, fueron restituídos triunfalmente en 1728, y aprovechándose de la aureola y prestigio del momento, iniciaron en la ciudad una renovación espiritual por medio de los Ejercicios espirituales, que hizo, el primero, el señor Obispo, y por orden suya todos los sacerdotes de la diócesis. Otra revolución, apellidada de los comuneros, de tendencias democráticas, los expulsa del Colegio de la Asunción en 1732, a pesar de la excomunión lanzada por el Obispo contra los revolucionarios; éstos matan al Gobernador (1733) y cometen mil desmanes, hasta que D. Bruno Mauricio de Zabala, Gobernador de Buenos Aires, entra con un poderoso ejército de indios guaraníes, suministrados por los misioneros, y apacigua el país, ordenando en seguida la vuelta de los jesuítas (1735). Entretanto, los enemigos de la Compañía propalaban en Madrid y en toda Europa mil rumores difamatorios contra los jesuítas del Paraguay, ofensiva violenta que formaba parte de la gran campaña internacional emprendida en el siglo XVIII contra la Compañía de Jesús; pero el Rey Felipe V, tras un estudio detenido de la cuestión, aprobó y confirmó en 1743 el régimen jesuítico de las reducciones con palabras de elogio para las mismas.

Nuevos avances apostólicos y martirios

Los misioneros del Paraguay no se durmieron sobre sus primeros laureles, pues cuando ya florecían las reducciones gua-

raníticas soñaban en extender sus conquistas por las tribus limítrofes. Reanudáronse en 1683 las tentativas de organizar la misión del Chaco, vasta planicie que se dilata al oeste del río Paraguay, pero no dieron más fruto que los martirios del *P. Juan Antonio Salinas* y del virtuoso sacerdote secular Pedro Ortiz de Zárate (1683). Tampoco prosperó la misión de los chiriguanes, entre Bolivia y la República Argentina, pese a los esfuerzos de su misionero, el *P. José de Arce*, quien pasó a inaugurar en 1692 la gloriosísima misión de los indios chiquitos, territorio de 6.640 leguas cuadradas al este de Santa Cruz de la Sierra. Las grandes dificultades que ofrecía el terreno compensábalas, y con creces, la índole piadosa y dócil de aquellos indios, que sobresalían por sus aptitudes para la música y por el esplendor de que rodeaban las funciones del culto católico. Entre los evangelizadores de los chiquitos queremos consignar los nombres de los *PP. Juan Patricio Fernández*, clásico historiador de aquella misión, e *Ignacio Chomé*, misionero entre 1730 y 1767, de quien se conservan importantes manuscritos en lengua chiquitana. En unión con los *PP. José Cardiel* y *Matías Strobel*, fundó la misión de las Pampas en la provincia de Buenos Aires, el *P. Tomás Falkner*, anglicano convertido, quien también exploró y evangelizó el país de los patagones, y más tarde, extinguida ya la Compañía, publicó en su patria una *Descripción de Patagonia*, libro de resonancia europea, y muy estimable por sus noticias geográficas y etnográficas.

Las correrías apostólicas de los misioneros en busca de nuevas tribus que reducir fueron causa de algunos martirios, como el del *Padre Lucas Caballero*, asesinado por los puizocas en 1709; del *Hermano Alberto Romero*, sacrificado por los zamucos en 1718; casi al mismo tiempo los de los *PP. José F. de Arce* y *Bartolomé Blende*, muertos por los payaguas cuando navegaban por el río Paraguay, y, en fin, del *P. Julián Lizardi*, que alcanzó palma de mártir entre los chiriguanes (1735), como el *P. Agustín Castañares*, entre los mataguayos (1744).

Encomios autorizados

Como en los libelos que por entonces se divulgaban en Europa contra la Compañía de Jesús nunca faltaba un capítulo sobre el Imperio jesuítico del Paraguay, acusando a los misioneros de una ambición desapoderada y loca, de tráficos escandalosos y de ocultar para su provecho minas y tesoros fabulosos, cosas que, de tener alguna sombra de verdad, demostrarían el absoluto eclipse del espíritu religioso y cristiano en aquella provincia, queremos transcribir algunos juicios de las personas más competentes y autorizadas que vieron por sí mismos el cuadro real que presentaban las misiones de los jesuítas y expusieron su parecer en documentos oficiales. Así, el franciscano Fray José de Palos, Obispo de la Asunción, informaba al Rey en 1724:

> «Me ha causado admiración el cuidado y desvelo con que dichos religiosos atienden a los indios de dichas doctrinas, así en la buena educación, pasto espiritual y temporal, como en el amor y lealtad a V. M. y buen régimen de gobierno. Pues aunque todo esto es público y notorio en todo el orbe, no me persuadía, ni se podrá persuadir nadie, si no es experimentándolo, sea tan acrisolado, faltándome razones para explicarlo.»

Y dos años más tarde:

> «En dichas reducciones me hallé tan distante de tener que reparar, que no cesaba de rendir gracias a nuestro Señor, al ver cristiandad tan florida, tan bien instruída y devota, así en la asistencia indispensable al Santo Sacrificio de la Misa, al amanecer, antes de pasar al trabajo (repartiéndoles después de ella a los hombres su ración de hierba [mate] todos los días) y al anochecer al rosario, como es la frecuencia de Sacramentos.»

El preclaro Gobernador de Buenos Aires, D. Bruno Mauricio de Zabala, fundador de Montevideo, escribía al Virrey en 1725 ponderando lo bien gobernados que estaban aquellos pueblos de los jesuítas, los cuales, según él, excedían al mejor gobierno en lo espiritual y en lo temporal. Y el Obispo de Tucumán decía a Felipe V en 1729:

«Las religiones proceden todas con buena regularidad y buena edificación... Y como, sin injuria de ninguna, ni disminución de las demás, sobresale en todas partes la Compañía de Jesús, aquí descuella con tantas ventajas, que se eleva sobre sí misma. Pues si en otras provincias es santa, en ésta es santísima...» Y prosigue tejiendo un incomparable panegírico.

¿Qué decir de la más grave y repetida y verosímil acusación, cual es la del comercio, vedado por las leyes eclesiásticas? Ya en 1640 corrían rumores en la corte de Madrid de que los jesuítas comerciaban en América, y en 1687 el P. General, alarmado al oírlos en Roma, pidió inmediatamente explicaciones. Informes bien documentados demostraron que los jesuítas no ejercitaban ningún tráfico prohibido. Lo que hacían era vender simplemente los productos de sus haciendas. Los bienhechores y fundadores de colegios, en vez de dar, como ahora, un capital depositado en un banco, solían regalar grandes posesiones agrícolas, de cuyo rendimiento se sustentaban alumnos y maestros, con todas las obras escolares. Sucedía, además, que en regiones como en el Paraguay, donde no circulaba moneda acuñada, era necesario hacer las indispensables compras y ventas por medio de permutas, y éstas operaciones podían fácilmente tomar aspecto de comercio. Como queda dicho al tratar de la organización de las reducciones, fué preciso que algunos Padres se encargaran de vender la hierba mate de los indios, para que no se cometieran fraudes abusando del infantilismo de los neófitos, lo cual dió ocasión a que se pensase que los jesuítas y no los indios eran dueños del negocio. ¡Y si todavía hubiesen cobrado en plata y no en géneros, a veces inútiles, que era preciso revender en otra parte a trueque de dinero o de otro género más útil! Pero oigamos la explicación del Gobernador de Buenos Aires, José de Herrera y Sotomayor, informando a Carlos II en 1683:

«Señor: Por las noticias de que son muchos los que hablan contra los religiosos de la Compañía de Jesús en esta Provincia de Buenos Aires.... me he movido a inquirir extrajudicialmente lo que sucede, sólo a fin de apurar la verdad, según la obligación del gobierno en materias que tanto conducen al bien público, que tanto cela V. M. Condenan a los religiosos de la Compañía en esta Provincia como a

> negociantes que no observan los sagrados cánones y bulas de nuestro Santo Padre Clemente IX; lo cual hallo ser ajeno de verdad... Algunas veces sucede que por la suma falta de moneda que hay en esta tierra, les pagan los dichos frutos de todo o en parte con géneros que no les sirven, muy contra su voluntad, por verse obligados a vender dichos géneros o conmutarlos por otros que les sean de utilidad.»

Esto explica cómo los jesuítas no se mezclaban en negocios ilícitos, aunque muchas veces se veían obligados a hacer compras y ventas hoy no usadas entre religiosos.

Paraguay: Tratado de límites (1750-1762)

También se les acusó a los misioneros de querer alzarse en el Paraguay con un reino independiente, y se habló de un Imperio, de Nicolás I, nombre que, al decir de las gentes, había tomado un Hermano coadjutor al proclamarse Emperador. Veamos los fundamentos de esta ridícula patraña, que constituye la página más dolorosa y trágica de aquellas idílicas reducciones.

Con el fin de precisar de una vez para siempre los límites de las posesiones españolas y portuguesas en Sudamérica, trazóse una línea divisoria desde la boca del Río de la Plata hasta el Orinoco, y en el convenio pactado por las dos potencias, acordaron que Portugal entregase a España la colonia del Sacramento, y España a Portugal el vasto territorio comprendido entre los ríos Uruguay e Ibicuy, donde florecían siete reducciones de indios guaraníes con un total de 29.191 almas; convenio desastroso para la corona de España, urdido secretamente por el Gobernador de Río Janeiro, Gomes Freire de Andrade, y el ministro español José de Carvajal Lancáster; hay quien sospecha que por maniobra de Inglaterra. Los portugueses miraban aquel trato como un gran negocio, sobre todo porque se imaginaban, dando crédito a burdas patrañas antijesuíticas, que en aquellas misiones se ocultaban riquísimas minas de oro. El bueno de Fernando VI, sin duda, no se dió cuenta de lo despótico e injusto que era este tratado, porque millares de súbditos fidelísimos se veían forzados a dejar su casas, sus templos, sus posesiones, y trasladarse ¿a dón-

de?, a selvas y llanuras remotas, a más de cien leguas de distancia, si podían allí encontrar campos de cultivo y sitio donde reconstruir sus pueblos, iglesias, etc. Lo que dejaban se valuó en cuatro y tal vez hasta dieciséis millones de pesos; lo que, en compensación se les daba eran 28.000 pesos, es decir, menos de un peso por cabeza, para gastos de viaje. ¿Qué hicieron los jesuítas y qué los indios? Ante todo, las autoridades de la Compañía, Padres Retz y Visconti, obedecieron, pecho por tierra, a las órdenes del Rey, mandando terminantemente a los misioneros que ejecutasen a la letra lo que disponía el tratado. Los misioneros, reunidos en consulta con el Provincial del Paraguay, no lo pudieron creer, por absurdo y perjudicial para España, juzgándolo imaginación de portugueses. Así, que escribieron inmediatamente al P. Rábago para que abriesen los ojos en Madrid y viesen el disparate y la injusticia que cometían, pero el P. Rábago no pudo remediar nada. Ante lo inevitable, los misioneros se resignaron y se dieron a explorar selvas y riberas a donde emigrar con sus pueblos. En febrero de 1752 llegaron los demarcadores españoles y portugueses. Con ellos venía un representante del P. General, el P. Lope Luis de Altamirano († 1767), ganoso de complacer al gobierno español y lleno de prejuicios contra los misioneros. Los indios le tenían por un portugués disfrazado. Tras muchas dificultades, tuvieron los Padres que poner en movimiento a sus neófitos para trasladarse, aunque veían que con eso se arruinaban las misiones. Dirigía la emigración el *P. Bernardo Nussdorfer*, héroe y mártir de aquella empresa. Al principio parecía que los indios aceptaban resignados, mas luego se negaron obstinadamente, amotinándose y resistiéndose a abandonar sus tierras. Hubo algunos pueblos que se pusieron en camino, mas a poco se volvieron atrás. Cuando los demarcadores, ejecutando su faena, llegaron a los ranchos de Santa Tecla, saliéronles al paso unos cuantos indios diciendo que los españoles de la comisión podían transitar libremente, pero en manera alguna los portugueses, como extranjeros y enemigos de los guaraníes. Esto hizo que toda la comisión regresase al punto de partida. Comenzaron entonces a difundirse las mayores enormidades: que un ejército de 8.000 indios, provisto de artillería, impedía el paso de los comisionados; que los

jesuítas acaudillaban a los rebeldes, siendo ellos los instigadores de la sublevación; acumulando dislates. D. Modesto de Lafuente dice que los indios eran 15.000. ¿De qué documentos habrá sacado la noticia? Ante las campañas calumniosas que corrían por todo el mundo acusando a los jesuítas de resistir al Rey para no entregar las minas de oro que ocultamente beneficiaban, el P. Provincial del Paraguay y protestó que los Padres de la Compañía habían hecho cuanto les era posible para obedecer a lo mandado por el Rey; pero los indios se resistían obstinadamente a la traslación. «Por lo cual, la Compañía de Jesús, juzgando incompatible con el real servicio el seguir a la cabeza de aquellos pueblos, renuncia sus derechos a doctrinarlos en el Gobernador de Buenos Aires, como vicepatrono de ellos, para que ponga otros doctrineros. Y si sucediera (como se puede temer) que los otros pueblos no comprendidos en el tratado fomenten la rebelión de esos siete, desde ahora para entonces renuncia la Compañía todos sus derechos a todos los pueblos que tiene a su cargo en la Provicia del Paraguay» (1753).

El P. Altamirano, comisario del P. General, desconfiando de los misioneros, mandóles con severidad tiránica, indigna de un hijo de San Ignacio, proceder inmediatamente a la evacuación de las reducciones. Virtud tenían aquellos Padres para las más difíciles obediencias, pero los indios montaron guardia a la entrada de los pueblos, a fin de que no se les comunicase esas órdenes, y por la violencia obligaron a los misioneros a quedarse. Españoles y portugueses, en número de varios miles, hubieron de recurrir a las armas (1754) y derrotaron sin dificultad a los indios (1756), los cuales, desamparados de sus jesuítas, no supieron organizarse como cuando luchaban contra los paulistas.

Para entonces había subido al poder el ministro Ricardo Wall, irlandés, fatal para España. Persuadido de que la culpa de la resistencia la tenían los jesuítas, procedió con la mayor brutalidad, dispuesto a castigarlos como a reos de lesa majestad, pero fué providencia de Dios que el enviado por él para ejecutar el tratado de límites fuese D. Pedro de Ceballos, varón íntegro y perspicaz, quien ordenó en seguida una investigación judicial de los hechos. El nos dirá con qué resultado:

«Habiéndose concluído el proceso, he visto por él, que no sólo no resulta que alguno de los Padres de la Compañía, aun de los once nombrados en mi Instrucción, haya tenido parte alguna ni influído de algún modo en la desobediencia de los indios, antes por el contrario, consta de las deposiciones de todos éstos, que los Padres hicieron cuantos esfuerzos les fueron posibles para contenerlos en la debida obediencia y fidelidad a las órdenes de Su Majestad, lo que también corroboran las declaraciones de los oficiales y principales empleados del Ejército, como todo lo verá Vuestra Excelencia con individualidad por el mismo proceso, cuyas incontrastables pruebas convencen con evidencia lo que... expuse a V. E. en orden a la pasión que había advertido en el modo de hablar de algunos contra los referidos Padres.»

Por el mismo tiempo, el portugués Gomes Freire empezó a poner dificultades al tratado, sin duda porque se convenció de que no existían las soñadas minas. El negocio se paralizó. En 1759 subió al trono de España Carlos III, que mandó archivar para siempre el tratado de límites. Respiraron los misioneros. Se tranquilizaron los indios. Y las siete reducciones arruinadas empezaron a restaurarse lentamente. Gracias a los indios, el Imperio español no había sufrido merma ninguna; pocos años después la colonia del Sacramento caía bajo las armas conquistadoras de don Pedro de Ceballos. Pero la leyenda del Imperio jesuítico corría por Europa con apariencias de verdad.

La Provincia de Chile

Al independizarse del Perú en 1684 tenía, sin contar el Noviciado y la casa de tercera probación, dos Colegios en *Santiago de Chile*, uno en *Concepción*, otro en *Mendoza*, el quinto en *Bucalemu*, otros tres colegios incoados y cuatro casas de misión, ya repuestas de la catástrofe sufrida en el terrible levantamiento de los araucanos (1655), que destruyó toda la obra colonizadora de un siglo.

Dentro de la Compañía chilena hubo también un levantamiento contra los superiores legítimos, siendo elegido Viceprovincial un intruso, caso verdaderamente deplorable y único, que hizo ex-

clamar al P. Oliva: «La horrenda y escandalosa rebelión de aquellos Padres contra la santa obediencia nos ha consternado. Si los demás fuesen como ellos, la Compañía no sería santa y se habría hecho más vil y laxa que las Ordenes completamente relajadas» (1667). El mal gobierno del primer Provincial (1684-1689) fué causa de que se formase un ambiente de decadencia espiritual, que el P. Tirso González se esforzó por purificar y regenerar, nombrando un Visitador que restaurase la observancia religiosa. Debiólo conseguir, y muy cumplidamente, pues algunos años más tarde confiesan los obispos del país que los jesuítas chilenos son la luz de la tierra y que superan en fervor a los demás religiosos. Prodigiosa era la actividad de su celo en los ministerios ordinarios de predicar, visitar hospitales, dar Ejercicios, etc. En esto último especialmente, se afanaron con inmenso fruto. En Chile, como en Paraguay, en Perú y en Méjico, se abrieron casas destinadas expresamente para hacer los Ejercicios Espirituales de San Ignacio.

En la evangelización de los infieles fué más lo que se padeció que lo que se cosechó. En 1700 abrióse un colegio de caciques en *Chillán*, y medio siglo después cuatro residencias en otros tantos pueblos recién fundados de españoles. Doble fué la razón de la esterilidad de las misiones. En primer lugar, por lo indómito de los araucanos, que tornaron a rebelarse en 1723, a consecuencia de lo cual perecieron once casas de la Compañía, que luego se restauraron; y en segundo lugar, por la dispersión de los indios que vivían en las islas meridionales, donde trabajaron incansablemente el *P. Juan del Pozo* († 1672), misionero durante cuarenta y seis años, y el *P. Nicolás Mascardi* († 1673), asesinado por los bárbaros cuando iba por los bosques inexplorados de la Patagonia en busca del utópico pueblo de los césares, supuestos descendientes de náufragos españoles. En 1707 el *P. Felipe de la Laguna* murió envenenado por los indios de Nahuelhuapi, misión iniciada por él pocos años antes; el mismo género de muerte alcanzó el *Padre Juan José Guillermo* en 1716, y al año siguiente murió a flechazos el *P. Francsico de Elguea*.

El P. Vieira, en el Brasil

Antonio Vieira, o «el gran Padre», según le apellidaban los indios del Brasil, nos es ya conocido como orador incomparable. Su nombre debe estamparse con letras de oro en la historia de la nación brasileña, con el de los PP. Nóbrega y Anchieta, y en la historia de América al lado del dominico Bartolomé de las Casas, de quien tuvo el celo ardiente, sin las exageraciones apasionadas, por la libertad de los indígenas. Como misionero y Superior de los jesuítas del Marañón, llegó a fundar 50 reducciones o aldeas, con muchos miles de neófitos. Hasta su muerte, acaecida en Bahía el 17 de julio de 1697, luchó denodadamente en pro de los esclavos contra las inquidades de los europeos, y cantó victoria cuando, en 1680, estando en Lisboa, obtuvo del monarca el decreto prohibitivo de la esclavitud y la vuelta de los misioneros a sus devastadas misiones. Con todo, los abusos, injusticias y atentados contra la libertad de los indígenas no desaparecieron hasta que el Rey José I, en 1755, declaró abolida la esclavitud en el Brasil, triunfo humanitarista y cristiano, debido en gran parte a los jesuítas sucesores de Vieira, por lo que éstos incurrieron en el odio iracundo de colonos y mercaderes. En 1750 trabajaban en la Provincia del Brasil 445 jesuítas (228 sacerdotes), en 69 domicilios (1 noviciado, 7 colegios, 1 seminario, 32 residencias y 28 puestos de misión, y en la Viceprovincia del Marañón, 145 jesuítas (88 sacerdotes), en 44 domicilios (2 colegios y 42 residencias). La expulsión decretada por Pombal ocasionó una verdadera catástrofe para las misiones del Brasil y aun para la cultura general de la nación brasileña, pues aparte de otros grandes méritos de la Compañía de Jesús para con aquel país, discípulos de los jesuítas fueron los principales personajes de su historia literaria, como los poetas Gregorio de Mattos († 1690), Basilio da Gama († 1795), José Durao († 1784), Claudio M. da Costa († 1789) y Alvarenga Peixoto († 1793); los predicadores Antonio de Sa († 1678) y Eusebio de Mattos († 1692), y los historiadores Vicente de Salvador († 1639) y Rocha Pitta († 1738).

Islas Filipinas y Marianas

Menguado era el número de los jesuítas que en el archipiélago filipino debían atender a la evangelización de tan varias razas y población tan dispersa. Mientras unos se dedicaban a las tareas escolares en los Colegios de Manila, de Cavite, de Arévalo, de Zebú, otros vivían consagrados a los trabajos apostólicos, los cuales tomaron auge en 1653 con la llegada de una expedición de misioneros y con el apoyo que les prestaron las autoridades. Unos ochenta pueblos de aquellas islas, con crecido número de neófitos (520.265 en el año 1659) estaban bajo la dirección de la Compañía. Entre los misioneros de más valía contábase el *Padre Alejandro López*, de gran ascendiente entre gentiles y cristianos, perfecto conocedor de las lenguas indígenas, en las que compuso varios trabajos literarios, que alcanzó la palma del martirio en Mindanao el año 1655 al mismo tiempo que otro joven misionero, el *P. Juan de Montiel*. En 1660 terminó la carrera de su vida apostólica el más insigne jesuíta de aquella misión, el *Padre Francisco Colín*, que había tratado en Mallorca con San Alonso Rodríguez, cuya vida escribió, y después de treinta y cuatro años como misionero y Superior de Filipinas, compuso la mejor historia de aquella Provincia. En 1674 pasaba a mejor vida el *Padre Francisco Ignacio Alcina*, que misionó veinte años en las islas Bisayas, de las que fué apóstol e historiador.

A pesar de estas y otras dolorosas pérdidas, la misión progresaba y aun soñaban aquellos fervorosos pregoneros del Evangelio en predicar la fe de Cristo en nuevas islas. El Venerable *Padre Diego Luis de Sanvitores*, natural de Burgos, pareció desde su juventud predestinado a ser un segundo Francisco Javier, y como a tal le veneraban los indígenas, lo mismo que los españoles. Después de explayar su celo varios años en la isla de Mindoro, hízose a la vela en la primavera de 1668 hacia las islas que, por indicación suya, se llamaron Marianas, del nombre de la Reina Mariana de Austria. De tal modo bendijo Dios la predicación de su apóstol, que aquellos rudos isleños venían a millares pidiendo

el bautismo por aclamación. No faltaron algunos indígenas rebeldes que se conjuraron contra los misioneros y asesinaron bárbaramente al *P. Luis de Medina* en la isla de Saypán (1670); el mismo *P. Sanvitores* alcanzó allí dos años más tarde la corona del martirio, e igual suerte cupo al *P. Francisco Ezquerra* (1672), al *Hermano Pedro Díaz* (1676), al *P. Antonio María San Basilio*, al joven *P. Sebastián de Monroy* (1676) y a otros varios.

Hubo también varias tentativas de evangelizar los archipiélagos de las Palaos y Carolinas, descubiertos a fines del siglo XVII, tentativas que no se lograron hasta 1731; mas luego, por el martirio de tres misioneros, quedó abandonada aquella misión.

Misiones de Asia. Conflicto de los misioneros regulares y los Vicarios Apostólicos

No haremos sino apuntar el doloroso conflicto que estalló entre la Congregación de Propaganda Fide, fundada en 1622 para centralizar en Roma la dirección de las misiones católicas, y el *Padroado* portugués, semejante al Patronato español, pero que reclamaba los llamados derechos patronales incluso para China e Indochina, donde apenas tenía Portugal más posesiones que la de Macao y algunas factorías comerciales. Nadie podía ejercer jurisdicción eclesiástica en las Indias orientales sino dependiendo del metropolitano de Goa, y nadie podía pasar a aquellas partes sino tomando barco en Lisboa.

Cuando el P. Alejandro Rhodes, fundador de la misión de Tongking, suplicó, en su viaje a Europa, el envío de misioneros al Extremo Oriente, la Santa Sede comprendió la urgencia de aquella necesidad. Aunque con pleno derecho para establecer allí la jerarquía independientemente de Portugal, no quiso instituir sedes episcopales propiamente dichas, limitándose a nombrar Vicarios Apostólicos en Tongking, Cochinchina, Nanking, al mismo tiempo que en el Malabar y Norte de la India (1659). Protestó Portugal como de una violación del *Padroado* y sobrevino el conflicto entre los Vicarios Apostólicos, que eran franceses, y los

antiguos misioneros, jesuítas portugueses en su mayoría, que se creían sometidos al Arzobispo de Goa.

«Entre los jesuítas y los nuevos Vicarios de Indochina mediaban muchas causas que acentuaban la diversidad, animosidad y cierta aversión: los Vicarios eran del clero secular y recientemente venidos a las misiones, mientras que los jesuítas llevaban un siglo de abundantes laureles ganados en la lid misional; los Vicarios, con sus compañeros, eran pocos e inexpertos, mientras los jesuítas, a la experiencia unían el número; los Vicarios, por la lucha y controversias jansenísticas, sentían cierta aversión a los batalladores jesuítas, mientras éstos ponían sospecha en ciertas ideas de los Vicarios. De hecho, Mons. Pallu fué acusado de jansenismo en Francia, y más tarde la Sociedad de Misiones Extranjeras tuvo que arrojar de su seno a algunos miembros eminentes, por infección jansenista» (F. X. Montalbán).

Pero es de notar que, de todos los misioneros, fueron los jesuítas, con sus catequistas y neófitos, los primeros que cesaron en su oposición y acataron humildemente la autoridad de los Vicarios Apostólicos, tan pronto como conocieron claramente la voluntad firme del Papa, que era restringir a los portugueses la jurisdicción del metropolitano de Goa; ni se les ha de cargar a aquéllos las violencias de la Inquisición goana y de las autoridades portuguesas. El P. Oliva, por ordenación de Inocencio XI, impuso a los misioneros, *in virtute sanctae obedientiae*, la obligación de jurar obediencia a los Vicarios Apostólicos (1680).

Los roces y contiendas entre los jesuítas y los sacerdotes de las misiones extranjeras, aficionados éstos a criticar a los antiguos, y ansiosos de los mejores puestos, fueron apaciguándose lentamente y desaparecieron casi de raíz a fin de siglo con el cambio de organización de aquellas misiones.

La cuestión de los ritos chinos

Llegaban a su cenit las misiones de China, cuando la discrepancia de los misioneros y de las autoridades eclesiásticas en el problema de la adaptación a la cultura, carácter y costumbres de

los pueblos evangelizados, determinó una enconada controversia, que estuvo a punto de arruinar las espléndidas misiones del Celeste Imperio y causó, ciertamente, su decadencia.

El origen de la controversia hay que buscarlo en el método del P. Ricci, pues sabido es que aquel célebre misionero toleró el culto de los antepasados y el de Confucio, interpretando como simple muestra de veneración y de respeto la práctica de ofrecer los letrados a Confucio, y todos los chinos a sus parientes difuntos, incienso y otros dones, con grandes reverencias, pero sin hacer súplica ni oración alguna. Respecto al nombre con que se debía designar a Dios, el P. Ricci y los jesuítas adoptaron desde el principio el de *Tien-tchu* (Señor del cielo), único nombre autorizado hoy día por la Santa Sede; mas no tuvieron dificultad en admitir también los de *Tien* (Cielo) y *Changti* (Soberano Señor), porque les parecía que designaban al verdadero Dios en los antiguos libros chinos. Se pensó, además, que aquellos cristianos nuevos, dispersos en un mundo pagano, debían ser dispensados con facilidad del ayuno, precepto dominical, uso de la saliva y la sal en el bautismo, etc., y se creyó prudente no exhibir desde el principio el signo de nuestra redención, la Cruz, aunque, naturalmente, a los catecúmenos se había de explicar claramente la Redención y celebrar el Viernes Santo con solemnidad las ceremonias de la Pasión de Cristo. Por supuesto, ciertos ritos evidentemente supersticiosos e idolátricos que los chinos mezclaban en sus ceremonias eran abiertamente condenados por los jesuítas, y aun todos aquellos ritos que no tuviesen carácter obligatorio en la vida pública y social; las concesiones que se hacían eran provisorias, hasta que, cambiadas las circunstancias, pudiesen los cristianos con entera libertad seguir los usos de la Iglesia universal.

Aunque ya entre los jesuítas brotó alguna disidencia en tiempo del P. Ricci, puede decirse que este método de adaptación no halló obstáculo mayor hasta la llegada de misioneros franciscanos y dominicos, los cuales, poseídos de un santo fervor, que a los jesuítas parecía *non secundum scientiam*, entraban, cruz en mano, predicando el Evangelio a los chinos, igual que a los pueblos de inferior cultura; y, lo que era más doloroso, acusaban a los jesuítas de favorecer la idolatría y de introducir en el cristianismo

elementos paganos. Uno de los dominicos, el P. Juan B. Morales, en 1643, presentó en Roma a la Congregación de Propaganda diecisiete cuestiones, diez de las cuales se referían a los ritos en honor de Confucio y de los antepasados. La Congregación, en 1645, declaró ilícitas las ceremonias descritas por el Padre Morales. Protestaron los jesuítas, diciendo que la descripción del P. Morales no respondía a la realidad, y mandaron a Roma al P. Martín Martini, autor de *Atlas sinensis* y de otras obras de historia china, con el encargo de exponer exactamente lo que ellos practicaban. Respondió la Congregación del Santo Oficio con un decreto, aprobado por Alejandro VII (1656), autorizando las ceremonias descritas por el P. Martini, pues parecían constituir «un culto puramente civil y político», aunque no revocaba el decreto de 1645. La conciliación pareció asegurada, cuando en 1665 varios misioneros de diversas Ordenes, desterrados y encarcelados en Cantón, pudieron tener largas conferencias y darse mutuas explicaciones, al fin de las cuales todos ellos, menos un franciscano, firmaron una serie de 42 artículos, de los que el penúltimo rezaba así:

> «En cuanto a las ceremonias con que los chinos veneran a su maestro Confucio y a los difuntos, hay que seguir resueltamente las respuestas de la Sagrada Congregación de la Inquisición, aprobadas por Alejandro VII en 1656, porque se fundan en una opinión muy probable, a la cual no se puede oponer ninguna evidencia en contrario; y puesta esta probabilidad, no se ha de cerrar la puerta a innumerables chinos, que se apartarían de la religión cristiana si se les prohibise hacer lo que lícitamente y de buena fe pueden hacer y lo que sin graves inconvenientes no podrían omitir.»

El P. Domingo Navarrete, Superior de los misioneros dominicos, después de firmar, puso algunas dificultades, pero se dió por satisfecho luego que leyó las sabias respuestas de varios jesuítas. Esto, no obstante, en los escritos que compuso luego en Europa, llenos de acusaciones apasionadas, trató de deshacer los convenios de Cantón, con gran alegría del jansenista Arnaldo, que de allí tomaba argumentos contra la Compañía de Jesús.

En contra de los jesuítas se declararon los Vicarios Apostó-

licos mandados por la Congregación de Propaganda, *Mgr. Carlos Maigrot*, Vicario Apostólico de Fukien, dirigió en 1693 a todos los misioneros de su jurisdicción un edicto proscribiendo los ritos chinos y pidió a Roma examinase de nuevo el asunto. Una comisión poco afecta a los jesuítas, compuesta de los Cardenales Casanata, Noris, Ferrari y Marescotti, condenó como supersticiosos aquellos ritos, pero su dictamen no se acabó hasta 1704 y no se publicó hasta 1709. En consecuencia, la inmensa mayoría de los 300.000 cristianos chinos se verían en la precisión de abandonar sus costumbres tradicionales, tenidas hasta entonces por legítimas, y de afrontar la persecución y acaso el martirio. Los misioneros obedecerían, mas ¡con cuánto dolor, al ver helarse aquella exuberante floración cristiana que tantas esperanzas hacía concebir para el porvenir de China! Es de notar que los jesuítas no estaban solos; coincidían con ellos muchos agustinos y franciscanos y algunos dominicos, mientras en el partido opuesto militaban muchos de diversa procedencia. No diremos que los jesuítas guardaron siempre la debida moderación, pero tampoco se les puede tachar de orgullosos por el hecho de reaccionar enérgicamente contra la acusación de fautores de la idolatría.

En el ínterin Roma decidió enviar un Visitador, que fué el piamontés *Mgr. Carlos Tomás Maillard de Tournon*, Patriarca de Antioquía. Presentándose en la corte de Pekín (1705), fué recibido por el Emperador Kang-si con mucho agasajo; mas al tenerse noticia del objeto de su legación, fué arrestado y conducido preso a Macao. Un edicto imperial ordenó a todos los misioneros, so pena de expulsión, pedir un diploma oficial que les autorizase para predicar el Evangelio, diploma que sólo se concedería a los que prometiesen observar los ritos chinos. El legado pontificio, que ya en Pondichery había condenado el método de los jesuítas, prohibió ahora obtener el diploma y a poco murió en Macao (1710), luego de haber sido nombrado Cardenal.

Los misioneros que, como Mgr. Maigrot, rehusaron pedir el diploma, fueron desterrados de China. La mayoría, es decir, los jesuítas con bastantes franciscanos y otros religiosos, y a la cabeza de ellos el Obispo de Pekín, franciscano, y el Vicario Apostólico de Kiang-si, agustino, pensaron que, para prevenir la rui-

na total, de la misión, les era lícito no cumplir el mandato del legado, mientras apelaban al Sumo Pontífice informándole de lo que ocurría, y pidiéndole que declarase más su mente. A pesar de todo, el Papa Clemente XI aprobó lo hecho por su legado. No les quedaba más remedio a los misioneros que someterse. El primero en presentar al Papa la más rendida sumisión fué el Padre General de la Compañía, en nombre propio y en el de todos sus súbditos (1710). Los Procuradores enviados a Roma en 1711 en representación de todas las Provincias de la Orden, rechazaron indignados la acusación de desobedientes, levantada por los jansenistas, y firmaron todos una protesta, que el P. Tamburini puso en manos de Su Santidad. Clemente XI, juzgando que sus órdenes no eran puntualmente obedecidas, publicó en 1715 la Constitución *Ex illa die*, que lleva este título: «Precepto sobre la observación total, absoluta, entera e inviolable de lo que ha sido anteriormente decretado por Su Santidad en la causa de los ritos y ceremonias chinas, en que se rechazan todas las razones o excusas alegadas para evitar la ejecución de esos decretos...»

Pudieron equivocarse algunos jesuítas en interpretar conforme a sus propias ideas las ordenaciones de la autoridad eclesiástica; de desobediencia formal no puede acusarse con fundamento a ninguno de ellos, cuanto menos a toda la Orden, como hicieron en el siglo XVIII los jansenistas y sus aliados. «No queremos justificar—diremos con el P. Brucker—a aquellos misioneros, de quienes habla aquí Clemente XI, que siguieron después de los decretos de 1704 y 1710, permitiendo los ritos prohibidos, intentando apoyarse en razones que el Papa indica y rechaza. Esto no obstante, la equidad obliga a reconocerles circunstancias muy atenuantes. Estaban entre la espada y la pared: de una parte, decretos terribles para una conciencia sacerdotal y religiosa, tales que ningún misionero osó violar ligeramente; de otra, la previsión, humanamente cierta, de que la ejecución de esos decretos sería el fin de la misión, por lo menos la destrucción de los más hermosos resultados obtenidos en ciento treinta años y la ruina de las más bellas esperanzas concebidas para el porvenir. Esta perspectiva, que se imponía con certeza moral (la palabra no es demasiado fuerte), hizo que muchos misioneros (y no exclusiva-

mente jesuítas) buscasen durante algún tiempo el modo de evitar las prescripciones rigurosas de 1704 y 1710, o de retardar, a lo menos, su aplicación. Que para hacer esto se contentasen demasiado fácilmente de argumentos sin valor, debe creerse, pues Clemente XI lo afirma; pero no serán los que tienen más en el corazón el amor de las almas, quienes más severamente los censuren.»

La Constitución *Ex illa die,* que manifestaba claramente y sin ambages la voluntad del Romano Pontífice, fué recibida por los misioneros con la más absoluta y universal sumisión. Entre los cristianos no faltaron resistencias tenaces. El Emperador Kang-si, que tantos favores había otorgado a los predicadores del Evangelio, mostrábales ahora desvío y dejaba obrar a los enemigos del cristianismo; sólo a los jesuítas franceses, que eran sus favoritos, y en especial al sabio P. Domingo Parrenin, les fué posible conservar algo de su antigua amistad, y así evitar a la Iglesia china una catástrofe parecida a la que un siglo antes aconteció en el Japón.

En tan críticas circunstancias, el Papa juzgó oportuna una nueva legación, que fué encomendada a *Juan Ambrosio Mezzabarba,* Patriarca de Alejandría, en 1720. Por influjo de los jesuítas de Pekín, le fué permitido llegar hasta la corte y tener una audiencia con el Emperador. Temiendo la expulsión de todos los misioneros, no supo cómo aplacar las iras imperiales, sino prometiendo suavizar las prohibiciones pontificias, y así lo hizo desde Macao en ocho concesiones que promulgó en 1721.

Como por estas atenuaciones se aumentó la oscuridad, produciéndose cierta desunión entre los misioneros, Roma estudió despacio el problema, y por fin en 1742 el Papa Benedicto XIV anuló las concesiones de Mezzabarba, restableciendo las rigurosas prohibiciones de Clemente XI, imponiendo a los misioneros un juramento de obediencia y prohibiéndoles discutir sobre el asunto. Por la correspondencia íntima de los misioneros se echa de ver el sacrificio de aquella dolorosa obediencia, que tuvo por efecto muchas apostasías de neófitos y notable disminución de conversiones. Si entonces podía caber duda del carácter religioso de aquellas ceremonias, hoy es evidente que se trata de observan-

cias meramente civiles. Por eso la Santa Sede, sin intención de enjuiciar las antiguas discusiones declaró el 8 de diciembre de 1939 que es lícito a los católicos participar en las ceremonias en honor de Confucio y de los difuntos, poner y reverenciar en las escuelas la imagen o tablillas del gran maestro chino y asistir pasivamente a los ritos de apariencia supersticiosa.

Los ritos malabares

Iniciados por el P. Nobili, según dijimos, los ritos malabares se practicaban en el Maduré con la autorización de Roma desde 1623. Cuando Mgr. Maillard de Tournon pasó en 1703-1704 por Pondichery, camino de China, recibió contra ellos una denuncia de parte de ciertos capuchinos que atendían a los europeos de aquella ciudad. Interrogó, por medio de intérpretes, a algunos indígenas, y, fiado de sus respuestas, sin haber visitado por sí mismo ninguna cristiandad, condenó y prohibió ciertos usos vigentes entre los misioneros desde hacía más de ochenta años. Esa prohibición fué confirmada en Roma por Clemente XI en 1706, y por Clemente XII en 1734, atenuando unos puntos y reduciendo otros de estrictos preceptos a simples consejos. El precepto más difícil que subsistió fué el que mandaba a los misioneros administrar los sacramentos públicamente a los parias enfermos en las propias moradas de éstos, con lo cual aquéllos quedaban contaminados a los ojos de los hindúes, siéndoles poco menos que imposible ejercer cualquier ministerio con las clases más elevadas. Como ni los jesuítas ni todos los Obispos de la India consiguieron atenuaciones en este punto, el P. Retz buscó la solución formando dos grupos de misioneros: unos tratarían solamente con los parias y otros con las demás castas. Benedicto XIV aprobó esta solución en 1744.

Respecto de los ritos malabares dió la Santa Sede en 1940 una declaración semejante a la anteriormente mencionada de los ritos chinos.

El apostolado de la ciencia en China

El largo reinado del Emperador Kang-si (1667-1722), discípulo de los jesuítas en las matemáticas, marca la etapa más fecunda y culminante del Cristianismo en China. Al P. Schall sucedió en la presidencia del Tribunal Astronómico el belga *Fernando Verbiest* († 1688), después de rigurosa prueba científica en que el sabio jesuíta dejó confusos y derrotados a los matemáticos y astrónomos chinos, sus competidores. No faltó quien pusiese objeciones a que un religioso desempeñase ese alto cargo, que al mismo tiempo le investía de la dignidad de mandarín y le imponía la redacción del calendario oficial, en el que solían incluirse algunos datos supersticiosos, v. g., la designación de los días fastos y nefastos. A esto había ya respondido el P. Schall rehusando, primero, todas las ventajas económicas y honoríficas anejas al cargo, y explicando, luego, que al Presidente sólo incumbían las indicaciones astronómicas de carácter científico, sin que de él dependiese la inserción de datos supersticiosos. Habiendo estudiado el asunto una comisión romana (1664), permitió al Padre Schall continuar en aquel puesto, que más de una vez había sido la salvación de las misiones chinas, y años adelante los Papas Alejandro VII y Clemente X autorizaron para lo mismo al Padre Verbiest. Este Padre recibió de Inocencio XI una aprobación implícita, con ocasión de la ofrenda que el misionero le hizo (1678) de dos hermosos volúmenes, el primero de los cuales contenía el Misal traducido al chino, y el segundo los grabados de los instrumentos construídos por el mismo P. Verbiest y sus observaciones astronómicas, regalo que el Papa agradeció con calurosos encomios de la labor científica del Padre y de sus métodos apostólicos.

Para facilitar la formación eclesiástica de literatos chinos, que podían aspirar al sacerdocio y colaborar eficacísimamente en la conversión de sus compatriotas, el P. Verbiest, Viceprovincial de la misión, hizo que el P. Luis Buglio († 1682), dotado de excepcional talento lingüístico, tradujese del latín a la lengua de los

mandarines, además del Misal, el Ritual, el Breviario, un curso de Teología moral y de casos de conciencia, gran parte de la *Summa Teologica* de Santo Tomás y otras obras.

Viendo que los operarios eran escasos para la inmensa mies que se dilataba ante sus ojos, el P. Verbiest hizo en 1678 un llamamiento a los jesuítas de Europa. Un soplo de Pentecostés pasó por las florecientes Provincias de Francia. Y Luis XIV, comprendiendo con larga pupila política la importancia que para su imperialismo tendrían las misiones del Extremo Oriente, resolvió, auxiliado por el P. La Chaize, enviar a Siam, y de allí a China, una expedición de jesuítas franceses, que con el título de «Matemáticos del Rey», hiciesen observaciones científicas y ayudasen a la propagación del Evangelio. En 1685, sin contar con la Congregación de Propaganda, y menos con Portugal, envió en barcos franceses a los PP. Fontaney, Gerbillon, Bouvet, Le Comte, Visdelou y Tachard, que dejaron grato recuerdo por su celo y por sus aptitudes científicas. Y en 1687 envió otra expedición de doce jesuítas matemáticos. Gerbillon y Bouvet se quedaron en Pekín, dando lecciones de Geometría, Filosofía y otras ciencias al Emperador Kang-si, que les cobró singular cariño.

Recelosa Portugal de la creciente influencia francesa, presionó cuanto pudo a los jesuítas portugueses para que no permitiesen a sus rivales ocupar puestos de importancia. Dentro de las casas de la Compañía hubo roces entre los jesuítas de ambas nacionalidades. Varios de los franceses gozaban de la simpatía del Emperador, quien les regaló en 1694 terreno para edificar una casa y una iglesia, a cuya construcción quiso contribuir con fuerte suma de dinero. En el año 50 de su reinado envióles una lápida, que debía colocarse en el atrio del templo, con una inscripción, compuesta por el mismo Emperador y escrita de su mano, que era un homenaje al verdadero Dios bajo el título de «Verdadero Príncipe de todas las cosas, increado e infinito».

Viendo el P. Tirso González que no siempre era fácil, a fuerza de caridad fraterna, evitar los roces nacionalistas, y considerando que los franceses eran ya tan numerosos como todos los demás juntos, los constituyó en Viceprovincia independiente (1705). Unos y otros trabajaron apostólicamente en perfecta armonía,

distinguiéndose los franceses por sus trabajos científicos, si bien la Presidencia del Tribunal Matemático o Astronómico perteneció a la Viceprovincia portuguesa. En esa dignidad sucedieron al P. Verbiest los *PP. Antonio Thomas* y *Tomás Pereira* († 1692), *Felipe Grimaldi* († 1712), *Kilian Stumpf* († 1720), *Ignacio Kögler* († 1749), *Augusto Graf von Hallerstein* († 1774). *Félix da Rocha* († 1781) y *José de Espinha* († 1788). También se distinguieron en la Astronomía el alemán *Gaspar Kastner* († 1709) y el gran sinólogo francés *Antonio Gaubil* († 1759).

Un misionero de China, *Carlos Le Gobien* († 1708), dió comienzo en 1702 a una publicación, continuada por *Juan B. du Ilalde* († 1743) y *Luis Patouillet* († 1779), de cartas de misioneros franceses, que con el título de *Lettres édifiantes et curieuses, écrites des missions étrangères par quelques missionnaires de la Compagnie de Jesus*, siguieron publicándose en París hasta 1776 y constituyen un tesoro inapreciable de noticias misionales y científicas, del que se aprovecharon largamente las revistas y los literatos y hombres de ciencia del siglo XVIII.

Años de persecución

Desde que en 1692 consiguieron los jesuítas, tan estimados del Emperador Kang-si por sus conocimientos científicos, un edicto que garantizaba a misioneros y neófitos la más completa libertad religiosa, el número de cristianos se veía crecer de día en día; sólo en la Provincia de Nankín eran 100.000 y los misioneros jesuítas, hacia 1700, pasaban en China de 70.

Pero aquel benévolo Emperador, que tan singulares muestras de simpatía había dado al Cristianismo, cambió de sentimientos antes de morir y empezó a manifestar aversión y enojo, desde que supo las decisiones tomadas por la autoridad eclesiástica contra los ritos chinos. En consecuencia, desterró al Vicario Mgr. Maigrot y a muchos misioneros. Cuando subió al trono su hijo Yontching (1722-1735) arreció más la persecución. Por un decreto de 1724, todos los misioneros debían ser expulsados o arrestados; los cristianos, encarcelados o decapitados. Más de 300 igle-

sias fueron clausuradas o convertidas en pagodas, escuelas, almacenes, a pesar de los esfuerzos que realizaba el P. Domingo Parrenin, que conservaba la gracia del Emperador, por salvar a la misión de un naufragio total. A los misioneros que residían en Pekín se les perdonó, con objeto de seguir utilizando sus conocimientos astronómicos y sus labores cartográficas. En cambio, los demás tuvieron que ocultarse, viviendo de día en el fondo de una barca o en el corazón de una selva y saliendo de noche a administrar los sacramentos y alentar a los cristianos, sobresaliendo entre todos el anciano P. Román Hinderer, gran propagador de la devoción al Corazón de Jesús, y algunos jesuítas chinos, con otros sacerdotes indígenas que prestaron muy estimables servicios a la misión. Por gratitud a los PP. Parrenin y Gaubil, de los que se había servido en unas negociaciones con el embajador de Rusia, Yon-tching mitigó su proceder con los misioneros y llegó a poner en libertad a los príncipes tártaros de la familia Sunu, fervientes cristianos, complicados en un complot.

Su sucesor Kien-long (1736-1795) prohibió con mayor rigor la predicación del Evangelio, desterró a los misioneros europeos y dió muerte a muchísimos. Particularmente cruel fué la persecución en los años 1746-1748, en que padecieron heroico martirio, además de muchos cristianos indígenas, cinco dominicos españoles y los jesuítas *Antonio José Henriquez*, portugués, y *Tristán Francisco de Attimis*, veneciano, y si los mandarines no se encruelecieron más contra los neófitos, fué debido a la influencia que en la corte de Pekín seguían ejerciendo los jesuítas. Seguían gozando de gran autoridad: el P. Gaubil, por sus trabajos históricos y literarios; los Hermanos José Castiglione y Juan Dionisio Attiret, con el P. Ignacio Sickelpart, por sus habilidades pictóricas, demostradas en la decoración del palacio imperial; el Padre José M. Amiot, por sus conocimientos en música y matemáticas; el P. Miguel Benoist, porque, con ayuda de otros varios, supo embellecer los jardines imperiales y grabó en cobre una esfera terrestre y celeste y un mapa del Imperio chino en 104 hojas, y, en fin, los PP. da Rocha y d'Espinha, por su labor en el observatorio y sus viajes científicos al Asia central, a más de mil leguas de Pekín. «La supresión de los jesuítas—escribe Schmid-

lin—tuvo también aquí efectos catastróficos; cuatro jesuítas del Tirol enviados a China tuvieron que regresar, y la misión pasó a manos de los lazaristas, cuya primera terna llegó en 1785, mas no pudieron impedir la decadencia de aquella cristiandad.»

Persecuciones en Indochina

La misión de Tonkín se vió turbada, desde los tiempos del Padre Rhodes, por frecuentes persecuciones. Estas se desataron con mayor furor en 1663, y para colmo de males sobrevinieron las desavenencias de los antiguos misioneros con los Vicarios Apostólicos. Interrumpida algún tiempo la labor de los jesuítas, reanudóse en 1692 por obra de los misioneros portugueses, y especialmente de los franceses, que en el reino de Siam tenían poderoso influjo como matemáticos del Rey de Francia. Mientras la misión de Siam se arruinaba con el destronamiento del Rey Franarai (1688), que, por ser protegido de Francia, arrastró en su desgracia a los misioneros, éstos desplegaban una actividad incansable al Norte, en la misión del Tonkín, aunque también aquí menudeaban las persecuciones. Baste decir que en 1723 sucumbieron como mártires de la fe los *PP. Juan Messari* y *Francisco Bucharelli*, y en 1737 alcanzaron la misma corona los *PP. Manuel de Abréu, Vicente da Cunha, Bartolomé Alvarez* y *Juan Gaspar Kratz*. Fué admirable el heroísmo de muchos neófitos y digna de los mayores encomios la conducta celosa y abnegada del clero indígena. Así se explica que la misión prosperase, contando en 1736 más de 250.000 cristianos, la mitad de ellos bajo la dirección de los jesuítas, que no eran más que siete (tres tonkineses). En Cochinchina hacía mayores estragos la persecución, sobre todo la de 1698, que arrasó 200 iglesias y se recrudeció en 1700 y en años posteriores, con un solo período de calma entre los años 1726 y 1750, gracias a la benevolencia de un Rey, amigo de la ciencia europea, quien escogió por médico suyo al P. Juan Koffler, el cual, desterrado en 1755, después de todos sus hermanos, se retiró a Macao y vino a parar en los calabozos de Pombal.

Las misiones de la India

Dos Provincias tenía la Compañía de Jesús en la India: la de Goa y la del Malabar. Si en 1626 la primera contaba 320 sujetos y la segunda 190, a mediados del siglo XVIII habían bajado a 150 y 47 (46 sacerdotes) respectivamente. ¿Por qué tal descenso? Porque ya no venían de Portugal expediciones tan nutridas como antaño y porque muchos puestos de misión tuvieron que ser abandonados ante las acometidas de los holandeses, que plantaron su pendón en Malaca (1639), en Formosa (1642), en Ceilán (1658), en las Molucas (1666); y de los ingleses, que se adueñaron de Madrás (1642), Bombay (1661), etc. El odio de estos herejes a la religión católica hizo sañuda guerra a los misioneros y fomentó cuanto pudo la apostasía y los cultos idolátricos. Si a esto se añade la deplorable contienda entre los fieles respecto de la jerarquía y de los ritos, se entenderá la decadencia que se notó en ciertos sectores de la misión, en el pueblo y en el clero secular y regular, más que en las misiones vivas. Precisamente el celo apostólico salvó a la Compañía de Jesús, por cuya labor florecían las misiones del Maduré, de Mysore, de Carnate (ésta a cargo de jesuítas franceses), del Mogol y hasta del Tibet. Las tres primeras llegaron a tener en 1746 cerca de 400.000 cristianos, parias en su mayoría, aunque no faltaban representantes de las castas superiores. San Juan de Brito fué el apóstol más destacado en esta época, predicando a los brahmanes lo mismo que a los pobres maravas, haciéndose yoqui o pandara, al modo de su venerado P. Baltasar da Costa, y estudiando con amor e interés las filosofías y viejas doctrinas de la India. Hubo bastantes jesuítas, principalmente el célebre José Constantino Beschi († 1746), que se distinguieron por sus conocimientos de los idiomas de la India y de sus literaturas.

«A pesar de la interna decadencia del clero y del pueblo, muchos misioneros, especialmente de la Compañía de Jesús, siguiendo las huellas del P. Nobili, tomaron a pecho la evangelización de los paganos; más que nadie brilló en el Maduré el P. Britto, que en cinco años administró 6.000 bautismos, en un trimestre

del año 1687 más de 2.000 en Marava, y un año después 8.000, pero fué martirizado en 1693. El P. Bouchet, por el mismo tiempo, bautizó en Awa, 20.000; el P. Laínez, de 4 a 5.000, y el Padre Martín, 2.000, en sólo el año 1698. Trabajaban además los jesuítas en Goa y sus contornos, en la costa de la Pesquería, en Travancor, Cranganore, Malabar, Pondichery, Carnate y Mysore, contrariados de mil maneras por las guerras, las destrucciones y persecuciones, pero consolados, en cambio, por la piedad y constancia de los neófitos y por el aumento de bautismos, que a veces eran por centenares, si bien, en general, disminuían las conversiones. Igual actividad desplegaban al Norte, en el Imperio del Mogol, no obstante la hostilidad del Gran Mogol Orengsib, que a fines de siglo elevó el islamismo a religión del Estado y trató de imponerlo a los indios. Junto a los jesuítas hallamos en el campo de misión de la India a los franciscanos y dominicos, los cuales, por lo común, no desplegaban mucha actividad fuera de sus conventos... La misión de la India oriental, que todavía en 1743 se contaba entre las más florecientes del mundo, sufrió duro golpe con la expulsión de los jesuítas, de los cuales 127 fueron encarcelados en Goa ya en 1760 y deportados a Lisboa. En su lugar entraron, además de intrusos protestantes, en unas partes sacerdotes seculares de Goa, que no estaban a la altura de la situación, y en otras, los misioneros de París» (Schmidlin).

Persia y Levante

En Persia había muerto en 1660 el fundador de la misión de Tonking, P. Rhodes. A petición de Luis XIV, acudieron en 1682 los PP. Longeau y Pothier, que se establecieron en Eriwan, en la *Armenia persa*, y poco después, por mediación de Sobieski, Rey de Polonia, entraron los jesuítas en Chamakié. El centro de la misión era Julfa, arrabal armenio de Ispahan. A ayudar a los franceses vinieron jesuítas polacos, entre los que debemos mencionar al gran misionero *Judas Tadeo Krusinski* († 1756). Desde los tiempos de Abbas el Grande († 1629), todos los Shahs de Persia se mostraron benévolos con los misioneros europeos. No falta-

ron momentos críticos. En el decenio de 1722-1732 tuvo la misión mucho que sufrir por las revoluciones políticas, pero el reinado del Shah Nadir (1732-1747) señaló un oasis de paz, dando plena libertad a los jesuítas, con lo que el número de católicos llegó a 400.000. Es de advertir que los misioneros trabajaban principalmente con los armenios, ya católicos, ya cismáticos.

Desde 1688, los PP. Roche y Beauvoilier, y luego Ricard y Monier, dedicáronse con éxito al apostolado y al cuidado de los enfermos en Erzerum (Armenia); otros extendieron su radio de acción hasta el *Kurdistán* (1671) y otros hasta *Crimea* (1710), donde el P. Claudio Duban († 1735) trabajó cuanto pudo por remediar la miserable situación de los esclavos.

«Como apóstoles del Oriente, a todos se aventajaron los jesuítas franceses, servidores a la par, ciertamente, de los intereses políticos de Francia; de modo que, después de la supresión de la Compañía, no pudieron los lazaristas sustituirlos satisfactoriamente. A principios del siglo XVIII hallamos en *Constantinopla* cuatro o cinco operarios apostólicos, y en *Tesalónica* vemos una misión jesuítica fundada en 1690 y restaurada en 1706. En el archipiélago griego, especialmente en *Chios* y *Naxos*, trabajaban con religiosos de diversas Ordenes, con Obispos y misioneros de la Propaganda. En Asia Menor, el centro de la actividad de los jesuítas era *Esmirna*, donde tenían abierto un seminario para misioneros y clero indígena. En Siria, las ciudades de *Alepo, Damasco, Trípoli, Saida* y *Antura* eran teatro de sus empresas apostólicas, mas también de sus padecimientos y sañudas persecuciones» (Schmidlin).

En Egipto luchaban los misioneros franciscanos y capuchinos con mil dificultades ocasionadas por los vicios de los mercaderes europeos, por el rigor de las leyes mahometanas y por el odio fanático de judíos y griegos. Dió un avance la misión cuando en 1698 llegaron al Cairo los jesuítas enviados por Luis XIV, entre los que sobresalían los PP. Carlos Fr. X. Brévedent y Claudio Sicard. El primero pasó a Etiopía, mas al acercarse a la residencia del Negus, fué arrebatado por la muerte (1699). El segundo se hizo célebre por sus trabajos entre los coptos y por sus investigaciones científicas sobre la geografía y arqueología egipcias,

hasta que murió heroicamente en el servicio de los apestados (1727).

En la segunda mitad del siglo XVII notamos que el apostolado de los jesuítas entre los griegos, sirios, armenios y coptos ofrece una particularidad, y es que a los misioneros latinos, conocidos como tales, se les permite, sin embargo, predicar, enseñar el catecismo católico y confesar en las iglesias de los cismáticos. No pocos de los Patriarcas orientales que favorecían los ministerios de los jesuítas, estaban muy próximos a la Iglesia Romana, y algunos de ellos pasaron a la obediencia del Papa. Otros lo permitían porque deseaban sinceramente la reforma moral de sus ovejas. Los jesuítas, sin hacer concesiones al cisma, explicaban al pueblo con claridad y de una manera positiva el dogma cristiano, incluso los puntos controvertidos, pero sin aire polémico. Viendo los Patriarcas enemigos de la unión los éxitos del método jesuítico, temieron se les fuese el rebaño al redil de Roma, por lo que azuzaron a los pachás turcos contra los latinos y sobrevinieron duras persecuciones, principalmente en Damasco y Alepo. Los que más íntegra mantuvieron su fidelidad a la Iglesia Romana fueron los maronitas. Aquella heroica nación, *rosa entre las espinas de la infidelidad*, celebró en 1736, con intervención de los jesuítas, un concilio nacional, que remedió algunos abusos en la disciplina eclesiástica. Presidiólo, como legado apostólico, el gran bibliófilo y conservador de la Biblioteca vaticana, José Simón Assemani, antiguo alumno del Colegio Maronita de Roma.

Para terminar, digamos que los jesuítas franceses esparcidos por todo el Levante en 1710 eran 64. De ellos, 32 en Turquía y Grecia, 20 en Siria y Egipto, cuyo Superior era un maronita, y 12 en Armenia y Persia. Débense añadir algunos italianos que misionaban en dos o tres islas del mar Egeo.

Del Africa nada tenemos que decir, pues poco es lo que se sabe de algunos jesuítas que evangelizaban el país de Mozambique en el Africa Oriental y la región de Loanda, en el Congo. Las misiones del continente negro, desde mediados del siglo XVII, o estaban en franca decadencia, o podían darse casi por abandonadas.

LAS CIENCIAS Y LAS LETRAS (1645-1773)

Epoca de evidente decadencia fué para los estudios teológicos y filosóficos en toda la cristiandad la que se inicicia a mitad del siglo XVII y que corresponde al agotamiento, laxitud y superficialidad que se nota en los diversos órdenes de la vida y de la cultura. Hay un positivo avance en los estudios crítico-históricos; las ciencias naturales siguen igualmente un progresivo desarrollo y el brillo de sus descubrimientos deslumbra a muchos, que abandonan sus posiciones antiguas para ir en busca de novedades; otros, en cambio, se aferran a sus fórmulas escolásticas, resbalando en la rutina, sin dar un paso hacia adelante. La bella literatura pierde originalidad y grandeza, degradándose en el mal gusto de un barroco degenerado o en la pseudoclásica estrechez del llamado «buen gusto». No podían sustraerse los jesuítas a esta atmósfera viciada; amonestados, sin embargo, frecuentemente por los Padres Generales, vuelven los ojos a su gloriosa tradición, y no obstante sus parciales deslices, dan un magnífico ejemplo de resistencia en los dos campos más peligrosos y resbaladizos: en el filosófico y en el pedagógico, manteniendo en el primero la doctrina aristotélica y en el segundo la formación humanística clásica. Tanto en las ciencias eclesiásticas como en las profanas, el número de escritores es sorprendente, y como faltan las individualidades geniales del período anterior, no es fácil hacer una selección de ellos, siendo casi igual citar en cada ramo 20 nombres que 200. Remitimos al lector a las obras del P. Hurter y, sobre todo, de Sommervogel y Uriarte.

ESCRITURISTAS

A pesar del avance innegable de la Filología y de la Historia crítica, no surgen hombres de talento, como en el siglo XVI, que apliquen esas ciencias al estudio profundo de los Sagrados Libros. Recordemos a los españoles *Diego de Celada* († 1661), *Juan Antonio Velázquez* († 1669), *Cristóbal de Vega* († 1672), bien

conocido por su mariología, rico bazar de joyas y de baratijas; *Ignacio Zulueta* († 1685), *Manuel Nájera* († 1680), *Diego Quadros* († 1746), comentadores todos ellos de diversos libros de la Sagrada Escritura, y *José Petisco* († 1800), que tradujo al castellano la Biblia, traducción probablemente la misma que publicó con su nombre Torres Amat. Recordemos igualmente al belga *Juan Erardo Foullon* († 1668), a los italianos *Juan Pablo Oliva* († 1681) y *Antonio Casini* († 1755); a los alemanes *Jorge Heser* († 1686), *Ignacio de Weitenauer* († 1783), erudito filólogo y fecundo escritor, traductor de la Biblia; al bohemio *Leopoldo Tirsch* († 1788), profesor de Praga, y a jesuítas checos, que tradujeron a su lengua nativa los Sagrados Libros (Praga, 1677-1715). De los franceses merecen citarse: *Domingo Bouhours* († 1702), excelente traductor del Nuevo Testamento; *Guillermo Francisco Berthier* († 1782), traductor de los Salmos y de Isaías; *René Tournemine* († 1739), que escribió mucho en las «Mémoires de Trevoux» y reeditó los comentarios de Menocchio; *Miguel Languedoc* († 1742), *Francisco de Ligny* († 1789), autor de una Vida de Nuestro Señor Jesucristo, y, en fin, *Isaac José Berruyer* († 1758), brillante y paradójico escritor, discípulo de Hardouin, que compuso en forma poética y casi novelesca la historia del pueblo de Dios, obra traducida inmediatamente a varios idiomas con gran éxito editorial y no menor oposición de los enemigos de la Compañía, que acusaban de hereje al autor. Este se sometió humildemente al ser puesto en el Indice, mas ya antes fueron los jesuítas los primeros en impugnar aquel libro y el Padre Provincial declaró que se había publicado sin noticia ni voluntad de los Superiores.

Teólogos escolásticos

Los teólogos escolásticos que vienen en pos de Arriaga, muerto en 1667, participan de sus defectos, sin alcanzar la altura de aquel poderoso y sutilísimo ingenio. Como él, descuidan la Teología positiva, contra las recomendaciones de la Congregación XV, y ensanchan cada día más el foso que los separa de los científicos y literatos, con lo que se inactualizan y caen en el desprecio, a

veces bien merecido. No faltan figuras notables, como el toledano *Antonio Bernaldo de Quirós* († 1668), teólogo y filósofo al estilo del gran Arriaga; *Miguel de Avendaño* († 1686) y *Diego de Avendaño* († 1688), guipuzcoano el primero y segoviano el segundo, que residió y enseñó Teología en el Perú; *Martín de Esparza Artieda* († 1689), teólogo y moralista navarro, digno discípulo de Antonio Pérez y de Martínez de Ripalda; *Matías Borull* († 1689), valenciano, y *Felipe de Aranda* († 1695), que enseñó en Zaragoza; *Pedro de Abarca* († 1697), natural de Jaca y catedrático de Salamanca; *Gabriel de Henao* († 1704), eruditísimo teólogo positivo y escolástico; *José de Aguilar* († 1708), limeño, autor de un comentario a Santo Tomás y de un *Curso filosófico; Juan Marín* († 1725), eximio teólogo riojano; *Juan Ulloa* († 1725?), madrileño; el *Cardenal Alvaro Cienfuegos* († 1739), asturiano, teólogo más original que sólido en sus teorías sobre el Sacrificio y Sacramento de la Eucaristía; *Francisco Rábago* († 1763), profesor en el Colegio Romano antes de ser llamado al regio confesonario; *Juan Bautista Gener* († 1781), catalán, cuya *Theologia dogmatico-scholastica* en seis tomos se recomienda por la erudición y crítica histórica, no menos que por la utilización de los monumentos arqueológicos; *Francisco Javier Alegre* († 1788), cuyo elogio hizo Menéndez Pelayo en estos términos: «Francisco Javier Alegre, ornamento grande de la emigración jesuítica, y uno de los varones más insignes que ha producido Nueva España, ya se le considere como historiador de la Compañía, ya como autor de un curso teológico acomodado a las necesidades de los tiempos nuevos, obra en que la pureza clásica de la dicción, digna de Melchor Cano o de algún otro rarísimo teólogo del Renacimiento, corre parejas con la solidez de la doctrina y con el largo estudio de la escritura, de los Padres y de los volúmenes inmortales de Santo Tomás, de Suárez y de Petavio.» En Francia brillaron *Jacobo Platel* († 1681), profesor en Douai; *Luis Dumesnil* († 1727), perfecto conocedor de la tradición eclesiástica; *Francisco Noel* († 1729), y el gran teólogo de Estrasburgo *Juan Jacobo Scheffmacher* († 1733), señalándose sobre todo los controversistas *Francisco Annat* († 1670), *Esteban Dechamps* († 1701), *Miguel Le Tellier* († 1719), *Gabriel Daniel* († 1728),

acérrimos enemigos de los jansenistas; *Juan Adam* († 1684) y *Juan E. de Fenis* († 1688), que refutaron la herejía de Calvino; contra los enciclopedistas lucharon bravamente desde las *Memorias de Trévoux*, revista mensual fundada en 1701, *René Tournemine*, ya citado, *Carlos Merlin* († 1747) y *Jacobo Lefèbvre* (belga) († 1755), que se distinguieron refutando los artículos del Diccionario de Bayle; *Guillermo Francisco Berthier* († 1782), director de la revista, y *Claudio Adriano Nonnotte* († 1793), que combatieron los errores y sufrieron las iras de Voltaire. La aludida revista, en que escribían teólogos, científicos, literatos y misioneros eminentes de la Compañía, abarca 267 tomos y lleva por título *Journal de Trévoux* o *Mémoires pour servir à l'histoire des Sciences et des Beaux-Arts* (de 1701 a 1767). Entre los alemanes descuellan *Vito Erbermann* († 1675), teólogo y apologista; *Antonio Mayr* († 1749), *Enrique Kilber* († 1783), *Lorenzo Veit* († 1795), tan santo como sabio, a los que añadiremos algunos controversistas, como el poeta *Jacobo Masen* († 1681), *Juan Kraus* († 1732), autor de más de 60 opúsculos de controversia; *José Kleiner* († 1786), refutador de Febronio, y *Herman Goldhagen* († 1794), tan buen apologista como exegeta. No olvidemos al húngaro *Martín Szentivany* († 1705), tan diestro en la Teología polémica como en la especulativa; ni a los polacos *Nicolás Cichocki* († 1669), *Juan Morawski*, buen teólogo y filósofo († 1700), *Teófilo Rutka* († 1700), *Godofredo Tannenberg* († 1729), que pusieron su pluma al servicio del dogma católico contra las sectas de su país, lo mismo que hicieron en Inglaterra *Juan Mumford* († 1666) y *Juan Spencer* († 1670). En Bélgica, encontramos a *Liévin de Meyere* († 1730), conocido historiador de las disputas *De auxiliis*, y al gran teólogo y apologista *Francisco Javier Feller* († 1802). De Italia, baste mencionar al docto y fecundísimo escritor *Alfonso Muzzarelli* († 1813), cuya muerte fué llorada por más de 30 poetas.

Moralistas y canonistas

«En cuestión de Moral—son palabras de San Alfonso M. de Ligorio—los jesuítas fueron y son todavía los maestros.»

Entre los innumerables cultivadores de la Teología moral en esta época, casi todos abrazaron la teoría, hoy general, del probabilismo; hubo, con todo, algunos rigoristas que defendieron a capa y espada el probabiliorismo, marchando a la cabeza de todos el General *Tirso González* († 1705), que, por lo demás, era profundo teólogo dogmático, y con él, los españoles *Miguel de Elizalde* († 1678), *José Alfaro* († 1721) e *Ignacio Camargo* († 1722), el belga *Egidio Estrix* († 1694), los franceses *Antonio Bonnet* († 1700) y *Pablo G. Antoine* († 1743), y el alemán *Adam Ehrentreich* († 1708). Siguieron la opinión tradicional los más eminentes, v. g., *Cristóbal Haunold* († 1689), profesor de Ingolstad; *Gaspar Riesman* († 1714), *Cristóbal Rasler* († 1723), iniciador del equiprobabilismo; *Juan Reuter* († 1762), luxemburguense, que enseñó con aplauso en Tréveris; el belga *Claudio Lacroix* († 1714), que reeditó la clásica obra de Busenbaum; el inglés *Antonio Terrill* († 1676), impugnador de Elizalde, y los italianos *Tomás Tamburini* († 1675), demasiado benigno en algunas opiniones; *Carlos Antonio Casnedi* († 1725), *Domingo Viva* († 1726), *Pedro Catalani* († 1732), *Nicolás Mazzotta* († 1737), *Juan Francisco Richelmi* († 1751), *Jacobo Sanvitale* († 1761), virtuoso varón y escritor ascético, etc.

Merecida fama alcanzó en Salamanca como moralista y predicador *Andrés Mendo* († 1684), autor, además, de un libro titulado *Príncipe perfecto* en emblemas.

Canonistas, pulularon en el siglo XVIII, siendo así que hasta bien entrado el XVII no hubo cátedras de Derecho en los colegios de la Compañía, aunque ya San Ignacio puso en las Constituciones que se podía enseñar «Concilios, Decretos y Doctores santos». Fueron los alemanes los que se adelantaron en este punto, sobresaliendo entre todos *Enrique Pirrhing* († 1679) y *Francisco Schmalzgrueber* († 1735), profesores en la Universidad de Dilinga, cuyas obras, clásicas en la materia, son todavía consultadas el día de hoy. A su lado pueden figurar el gallego *Juan de Araujo* († 1702); el bávaro *Vito Pichler* († 1736), el suizo *José Biner* († 1766) y el tirolés *Jacobo Antonio Zallinger* († 1813), profesor en Augsburgo durante treinta años, después de extinguida la Compañía. En Italia se distinguieron *Francisco Antonio Za-*

ccaria († 1795), sabio universal, y los españoles expulsos *José Pons* († 1816), *F. J. Alegre*, etc. Consignemos también el nombre del portugués *Manuel de Azebedo* († 1796), que ayudó al Papa Benedicto XIV en la publicación de sus obras, y es bien conocido de los liturgistas, lo mismo que *Antonio Baldassari* († 1724).

Ascética

Son infinitos los jesuítas de este período que compusieron obras más o menos extensas sobre la perfección del cristiano y del religioso; fuerza es, con todo, confesar que en general no llegan a la altura de los grandes ascetas y místicos de la época precedente. Con esmero y afán de escuela se cultiva la espiritualidad ignaciana y acaso se la empequeñece en manuales de Ejercicios espirituales, en los que no faltan libros muy útiles y acertados. Comentan el texto de los Ejercicios el belga *Juan Diertins* († 1700), los franceses *Claudio Judde* († 1735), *Juan José Petitdidier* († 1756) y el español *Pedro Ferrusola* († 1771); lo adaptan a las diversas clases de personas *Julián Hayneufve* († 1663), *Vicente Huby* († 1693), *Carlos A. Cattaneo* († 1705), *Francisco Nepveu* († 1708), *Luis Bellecio* († 1757), *Francisco Neumayr* († 1765), *José Pergmayr* († 1765), *Daniel Pawlowski* († 1673), *Juan Pedro Pinamonti* († 1703), *Pedro Tomás Torrubia* († 1791), *Pedro Calatayud* († 1733). Otros se dedican a propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, principalmente el *Beato Claudio de la Colombière* († 1682), *Juan Croiset* († 1738), *José de Gallifet* († 1749), *Juan de Loyola* († 1762), *Francisco Javier Idiáquez* († 1790), *Calatayud*, etc. Como docto tratadista de Teología ascética y mística, sobresale en España *Ignacio de la Reguera* († 1747), mientras *Francisco Garau* († 1701) revela tendencia de filósofo moralista, imitando la manera sentenciosa y pintoresca de Gracián, en estilo no contagiado del mal gusto de su tiempo. En Portugal tenemos al *P. Antonio Franco* († 1732); en Italia a *Carlos Gregorio Rosignoli* († 1707), *Benedicto Rogacci* († 1719), *Jacobo Sanvitale* († 1753), y como insigne tratadista se levanta la figura de *Juan Bautista Scaramelli* († 1752), cuyos só-

lidos tratados siguen disfrutando de merecida fama. En Alemania, además de los ya nombrados, Bellecius, Pergmayr y Neuymayr (este último fecundísimo escritor es autor de muchas piezas dramáticas puramente ascéticas para los congregantes marianos), mencionaremos a *Juan Nadasi* († 1769), secretario de Nickel y Oliva; *Guillermo Nakatenus* († 1682), célebre por sus himnos eclesiásticos; *Nicolás Avancini*, tirolés († 1686), no menos conocido entre la gente sencilla por sus meditaciones de la vida de Cristo, que entre los eruditos por sus comedias y tragedias latinas; *Juan Dirckinck* († 1716) y *Maximiliano Dufrène* († 1765). Representantes de la espiritualidad francesa, son, fuera de los arriba citados, *Jacobo Nouet* († 1680), de la escuela de Lallemant, *Francisco Guilloré* († 1684), *Juan Grasset* († 1692), *Pierre de Caussade* († 1751), conocido por su teoría del abandono, y *Juan Nicolás Grou* († 1803), que renovó la doctrina del Padre Surin.

Filósofos

La Filosofía tradicional pasó en esta época por trances muy difíciles, pues mientras la Filosofía de la Ilustración, heredera del Renacimiento, abría nuevos y peligrosos cauces al pensar europeo, la escolástica degeneraba en pueriles agudezas o en chocheces seniles, siendo el ludibrio de las personas ilustradas. Los jesuítas, como todos los filósofos católicos que deseaban influir en la sociedad, sintieron dentro de sí el atractivo de lo nuevo y el temor de lo peligroso, el escrúpulo de abandonar los principios consagrados por la tradición y la vergüenza de defender un sistema desacreditado, cuyos vicios ellos conocían y detestaban. De ahí las incertidumbres, los descarríos y los apasionamientos que caracterizan la Filosofía de esta época. Para no sufrir lamentables desorientaciones, Dios deparó a la Compañía Superiores vigilantes que vieron a tiempo los escollos y condujeron a sus súbditos por el camino medio sin tropezar en Scila ni en Caribdis. Leyendo los decretos de las Congregaciones generales, observamos que en la segunda mitad del siglo XVII avisan del peligro por parte de la escolástica sutil, curiosa, de tendencia nominalística,

y durante el siglo XVIII por parte de la nueva Filosofía, adornada con los descubrimientos de la ciencia empírica. En 1650 el Padre Piccolomini, por encargo de la Congregación IX, redacta un catálogo de proposiciones que ningún maestro de Filosofía y Teología debe enseñar, por tratarse de agudas cavilosidades poco útiles y mal fundadas. Entrando el siglo XVIII, la Congregación XV (1706), que eligió al P. Tamburini, manda al General proscribir ciertas tesis de Descartes, Leibnitz y Malebranche y recomendar la Filosofía de Aristóteles, aunque reconociendo que los cartesianos, con el estudio y observación de la naturaleza, han descubierto fenómenos que se deben explicar en la Física. La Congregación XVI (1730) asentó: *a*) que la erudición en materias de Física y Matemáticas para explicar los fenómenos de la naturaleza, no es contraria, sino muy conforme a la Filosofía aristotélica; *b*) que debe seguirse a Aristóteles, no sólo en la Lógica y Metafísica, sino en la Física general, y particularmente en la teoría de la constitución de los cuerpos, sin que por eso se descuiden las ciencias experimentales; *c*) que los aficionados a novedades sean retirados del oficio de enseñar; *d*) que se forme un catálogo de proposiciones peligrosas para reprimir la excesiva libertad de opinar.

La Congregación XVII (1751), saliendo al encuentro de ciertas interpretaciones legítimas, ordena que no basta explicar históricamente en las clases el sistema peripatético; hay que defenderlo; que, aun en las cuestiones de Física experimental, se conserve la forma silogística y no se pierda tiempo en narraciones históricas y demostraciones puramente matemáticas, sino que se use de ellas con discreción.

Esto nos revela las tendencias que bullían en no pocas cabezas. Y en efecto, sabemos que las teorías físicas y cosmológicas de Descartes y el atomismo de los discípulos de Gassendi tenían admiradores entre ciertos profesores amigos de innovaciones, máxime en Francia y Bélgica, y que varios alemanes se adherían al sistema de Wolf. Filósofos de tan elevado talento como el sabio jesuíta francés *Honorato Fabri* († 1688), y el italiano *Juan Bautista Tolomei* († 1726), en quien veían sus contemporáneos un segundo Belarmino, condescendieron quizá más de lo justo con las

doctrinas cartesianas y atomistas. De semejante pecado puede argüirse a *René Tournemine* († 1739) en ciertos artículos sobre la unidad sustancial del compuesto humano, publicados en *Mémoires de Trévoux*. Impugnando a Kant, mereció bien de la sana razón *Benedicto Stattler* († 1797), pero obstinándose en escoger por maestros a Wolf y Leibnitz, se extravió en peregrinas teorías. Si el cartesianismo se infiltró más que cualquier otro sistema, también es cierto que tuvo más numerosos y valientes impugnadores, entre los que recordaremos al inglés *Tomás Compton Carlton* († 1666), a los franceses *Jacobo Channevelle* († 1699), y *Gabriel Daniel* († 1728), literato éste y polemista que también esgrimió su pluma contra Pascal, y al peripatético italiano *Juan Bautista de Benedictis* († 1706). El mejor aristotélico de Italia es en esta época, *Silvestre Mauro* († 1687). En Alemania *Antonio Mayr* († 1749), profesor en Ingolstadt. Detrás de él van otros de inferior renombre, como *Antonio Erber* († 1746), profesor en Gratz; *Segismundo Storchenau* († 1797), profesor en Viena, etc. En Portugal nos encontramos con *Baltasar Téllez* († 1675), *Antonio Cordeiro* († 1722), *Ignacio Monteiro* († 1812). Filósofo al par que teólogo, como el anteriormente nombrado Bernardo Quirós, es el toledano *Sebastián Izquierdo* († 1681). Más oscuros son *Francisco Peynado* († 1696), *Miguel Viñas* († 1718), catalán, que enseñó en Chile, y *Juan de Ulloa* († 1725?). De *Luis de Losada* († 1748), el mejor representante de la tradición suareciana, dice Menéndez y Pelayo que sus cualidades de penetración y claridad «le dan la palma entre los demás aristotélicos de su era y le colocan entre los pensadores de que la Compañía de Jesús puede gloriarse». Figuraron en tiempo de la extinción *Bartolomé Pou* († 1802), metódico y elegante; *Antonio Eximeno* († 1808), gran matemático y musicólogo, a quien llaman el Newton de la música, mal avenido con la escolástica; el notable esteta *Esteban Arteaga* († 1799), sensista a la manera de Locke, y otros.

HISTORIADORES

En el campo de los estudios históricos debemos presentar en primer lugar a los investigadores y eruditos que continuaron en Francia la escuela de Petau, Sirmond, Labbe, tales como *Juan Garnier* († 1681), editor del *Liber diurnus* y de obras de Santos Padres con doctas disertaciones; *Pedro Francisco Chifflet* († 1682), que colaboró en los trabajos de los Bolandistas, lo mismo que el gran helenista *Pedro Poussines* († 1684). Conocida es la singular figura de *Juan Hardouin* († 1729), eruditísimo editor de los Concilios, filólogo eminente, aunque excéntrico en sus opiniones. A *José Hartzheim* († 1763) debemos la colección de Concilios alemanes y a *Carlos Petterffy* († 1746) los de Hungría. El maronita *Pedro Benedetti* (Ambarach, † 1742), misionero en Oriente, profesor de Lenguas en Pisa, editó varias obras de Padres orientales. *Felipe Riceputi* († 1742) recopiló infinitos documentos para el *Illyricum sacrum*, que publicó *Daniel Farlati* († 1773). La historia de la Iglesia galicana fué compuesta por *Jacobo Longueval* († 1735), *Pedro Claudio Fontenay* († 1742), *Pedro Brumoy* († 1742) y *Guillermo Francisco Berthier* († 1782); *René de Rapin* († 1687), poeta, asceta y polemista, escribió la historia del jansenismo; *Gabriel Daniel* († 1728), historiógrafo real, emprendió la historia de Francia; *Luis Boleslao Balbinus* († 1688), la de Bohemia; *Guillermo Francisco Bougeant* († 1743), historiador y poeta, estudió el Tratado de Westfalia; *Francisco Wagner* († 1748), conocido por su *Phraseologia latina*, tiene trabajos históricos; *Segismundo Calles* († 1761) ilustró la historia de Austria y Alemania; el poeta polaco *Adam Estanislao Naruszewicz* († 1796), la de Polonia, y *Agustín Barruel* († 1820) será siempre consultado por quien desee estudiar la Revolución francesa. Cultivaron la historia eclesiástica *Pedro Lazzari* († 1789), el francés *Antonio Enrique Bérault-Bercastel* († 1794) y el polígrafo *Francisco Antonio Zaccaria* († 1795), apologista del Pontificado y de la Compañía. También en España hubo un despertar de los buenos estudios históricos. *José Moret* († 1687)

marca un progreso en la crítica con sus Anales del Reino de Navarra; algo inferior es *Pedro de Abarca* († 1693) en sus Anales de los Reyes de Aragón; *Gabriel de Henao* († 1704) investigó lo relativo a Vizcaya y a Guipúzcoa, y en particular a la familia de San Ignacio; *Francisco Alesón* († 1715) continuó los Anales de Moret; *Francisco Javier Clavijero* († 1793) es benemérito de la historia de Méjico; pero los de renombre más universal son *Andrés Marcos Burriel* († 1762, *Juan Francisco Masdeu* († 1817) y *Faustino Arévalo* († 1824).

«Con indecible y heroica diligencia y en solos cuatro años —dice de Burriel el autor de *Los Heterodoxos*—revisó más de 2.000 documentos y copió cuanto había que copiar en Toledo, de misales y breviarios, de los llamados góticos y muzárabes; de actas y vidas de Santos; de martirologios y leccionarios; de obras de San Isidoro y de los Padres toledanos; de códigos y monumentos legales; de diplomas y escrituras, dejando preparado en una forma a en otra cuanto después, con más o menos fortuna, sacaron a luz Arévalo, La Serna Santander, el Cardenal Lorenzana, González, Asso y Manuel y tantos otros, pues hoy es el día en que aún estamos viviendo (confesándolo unos, y otros sin confesarlo) de aquella inestimable riqueza que la tiranía *oficinesca* arrancó de manos del P. Burriel, cuando todavía no había comenzado a dar forma y orden a sus apuntamientos. Y no sólo a la historia eclesiástica se limitaban sus esfuerzos; antes tuvo pensamientos más altos y universales que los del mismo Mayáns, como lo testifican sus inéditos y desconocidos *Apuntamientos de algunas ideas para fomentar las letras*, escritos hacia 1750. Allí se propone reanudar, en todo, el hilo de la vieja cultura española, y en vez de pedir, como tantos otros de su tiempo, inspiraciones a Francia, quiere buscar el agua en las primordiales fuentes de nuestro saber castizo, y proyecta, sin que la inmensidad de la empresa le arredre, una colección de Santos Padres y otra de teólogos y místicos, todos españoles; y asimismo bibliotecas históricas completísimas de todos los antiguos que trataron de cosas de España, de cronicones latinos; de historias de reinos, ciudades y pueblos: un cuerpo diplomático; una colección de monumentos de lenguas de Indias; enmiendas y adiciones a Nicolás Antonio; bibliografías particulares, ediciones de todos nuestros humanistas, desde Alonso de Palencia y Nebrija y el Comendador Griego hasta Vicente Mariner, y de todos nuestros filósofos, desde Vives hasta Suárez, y de nuestros arqueólogos y juristas; y como si todo esto no fuera bastante, una *Hispania christiana* (aún no había comenzado a escribir el P. Flórez), un *Martirologio* en que se enmendasen las fábulas del de Tamayo de Sala-

zar, una Historia Natural de España y otra de América, un *Corpus poetarum hispanorum* y colecciones de gramáticos, de oradores, de críticos, etc. ¡Qué manera tan grandiosa y nueva de concebir la historia de España! ¡Qué atención a todo y qué poner las cosas en su lugar! Y no se diga por todo elogio que *in magnis voluisse sat est*, porque al P. Burriel, que todas estas maravillas había concebido, no le faltó el saber ni los materiales, ni el buen juicio ni el delicado gusto, ni siquiera el tiempo para aprovecharlos. Sólo le dañó el ser jesuíta y el haberle faltado la sombra del P. Rábago cuando más falta le hacía, y cuando comenzaba a desatarse la tormenta contra la Compañía.»

De Masdeu, Arévalo y otros desterrados en Italia haremos mención al tratar de la expulsión de los jesuítas por Carlos III. No merece aquí un puesto el notable bibliógrafo *Carlos Antonio de la Serna Santander* († 1813), porque no siguió a sus hermanos en el destierro, marchándose a Bruselas, de donde fué bibliotecario.

En Amberes siguieron trabajando los Bolandistas, hasta después de la extinción de la Orden, en la gran obra de la que dijo Alejandro VII: «Utilius opus et Ecclesiae Dei gloriosius hactenus nullum editum est a quoquam nec etiam inchoatum», sobresaliendo entre todos, por su labor crítica, *Daniel van Papenbroeck* († 1714). Hagiógrafos, por lo general más piadosos que críticos, son *Domingo Bouhours* († 1702), *Juan Esteban Grosez* († 1718), *Mateo Vogel* († 1766), *Juan Prileszki* († 1790), *Antonio María Bonucci* († 1728), y, en España, *José Cassani* († 1750). continuador de los *Varones ilustres* de Nieremberg y Andrade, el *Cardenal Cienfuegos* († 1739), autor de una Vida de San Francisco de Borja, muy barroca, pero bien documentada; *Francisco García* († 1685), *Gabriel Aranda* († 1709), etc.

La historia latina de la Compañía de Jesús se encomendó a la pluma de los renombrados estilistas *José de Jouvancy* († 1719) y *Julio César Cordara* († 1785). Historias particulares de la Compañía escribieron *Daniel Bartoli* († 1685), que también es hagiógrafo y autor ascético y literato de estilo clásico italiano; *Ignacio Agricola* († 1729), de la Germania Superior; el siciliano *Manuel Aguilera* († 1740), *Bartolomé Alcázar* († 1721), autor de la *Cronohistoria de la Provincia de Toledo;* el mejicano *Francisco Javier Alegre* († 1788), etc. En la historia de las misiones trabajaron

los autores franceses de las *Cartas edificantes y curiosas*, arriba mencionadas, otros varios como *José F. Lafitau* († 1746), y más que nadie el Herodoto de las misiones jesuíticas. *Pedro Javier Charlevoix* († 1761); *Francisco Colín* († 1660) historió las misiones de Filipinas, como también *Pedro Murillo Velarde* († 1753); *Francisco Combés* († 1665), las de Mindanao y Joló; *Diego de Rosales* († 1677), las de Chile; *José Gumilla* († 1750), las de Los Llanos de Venezuela; *Pedro Lozano* († 1758), las del Paraguay; *José Chantre Herrera* († 1801), las del Marañón; el portugués *Simón de Vasconcellos* († 1671) las del Brasil. En la historia literaria sobresalieron: *Jerónimo Tiraboschi* († 1794), autor de la primera historia completa de la literatura italiana; *Javier Bettinelli* († 1808), crítico y poeta, y los egregios españoles desterrados en Italia. En numismática y paleografía. *Erasmo Frölich* († 1758), *José Hilario Eckhel* († 1798), *Antonio M. Lupi* († 1763), uno de los primeros arqueólogos italianos, y *Esteban Antonio Morcelli* († 1822), fundador de la Epigrafía científica; el español *Esteban Terreros* († 1782) si es suya y no de Burriel, la famosa *Paleografía española*. En musicología, *Gaspar Schott* († 1666), *Atanasio Kircher* († 1680), *Tomás Pereira* († 1692), *Cristóbal de Fonseca* († 1728) y los ya citados Eximeno y Arteaga.

Filólogos, humanistas, poetas y literatos

No decae en este período la afición a las bellas letras, como no sea respecto del griego; la literatura latina sigue cultivándose con el virtuosismo de siempre, y si bien los escolásticos menosprecian cada día más la belleza de la expresión, pero pululan de otra parte los latinistas y poetas representantes de un clasicismo estrecho y escolar, con gloriosas excepciones. Pasando por alto los traductores y anotadores de textos clásicos y aun los gramáticos y preceptistas, entre los que no faltan nombres hoy todavía consultados, como el cretense *Andrés Perzivali* († 1669), el francés *Domingo de Colonia* († 1741), el alemán, eximio pedagogo y latinista *Francisco Wagner* († 1748) y los españoles *Bartolomé de Alcázar* († 1721). *José Petisco* († 1800), cultivaron, ora la lí-

rica, ora la dramática, en Francia *Gabriel Cossart* († 1674) y *Francisco Vavasseur* († 1681), teólogos de la escuela de Petavio; el delicadísimo elegíaco *Pedro Sautel* († 1662), el virgiliano *René Rapin* († 1687), *Juan Commire* († 1702), *José Jouvancy* († 1719), gran pedagogo y humanista consumado; *Carlos de la Rue* († 1725), gran dramaturgo, de inspiración semejante a la de Corneille, quien tradujo al francés uno de sus poemas latinos y aseguró que nadie era más capaz de sostener la noble majestad del teatro; *Noel Esteban Sanadon* († 1733), *Gabriel Francisco Le Jay* († 1734), *Jacobo Vanière* († 1739), *Carlos Porée* († 1741), a quien dieron más gloria sus aplaudidísimas obras dramáticas latinas que el haber tenido por discípulo a Voltaire; *Juan Francisco Desbillons* († 1789), excelente fabulista, etc. En Alemania *Juan Bissel* († 1682), *Juan B. Adolph* († 1708), *Adam Widl* († 1710), *Antonio Claus* († 1754), *Ignacio Weitenauer* († 1783), gran conocedor de las lenguas clásicas y orientales. En Italia, *Tomás Ceva* († 1737), filósofo newtoniano, más conocido por su poema épico, casi romántico, «Puer Iesus», y *José Carpani* († 1762), entre otros muchos, por no hablar de *Jerónimo Lagomarsini* († 1773) y de *Julio César Cordara* († 1783), satírico de chispa, elegantísimo historiador y poeta, semejante a un humanista del Quatrocento. Nadie, entre los portugueses, iguala al talento polifacético de *Manuel de Azebedo* († 1796), aunque a su lado figuran los poetas didácticos *Prudencio de Amaral* († 1715) y *José Rodrigues de Mello* († 1783). En España, omitiremos una larga lista de medianías, para no citar más que a cuatro, menos conocidos de lo que exige su mérito: el valenciano *Tomás Serrano* († 1784), los mejicanos *Diego José Abad* († 1779) y *Francisco Javier Alegre* († 1788), y el guatemalteco *Rafael Landívar* († 1793). De este último escribe Menéndez y Pelayo:

> «El P. Landívar, autor de la *Rusticatio mexicana*, es uno de los más excelentes poetas que en la latinidad moderna pueden encontrarse... Al género de la poesía latina de verdad pertenece la *Rusticatio* del P. Landívar, que es, entre los innumerables versificadores elegantes que la Compañía de Jesús ha producido, uno de los rarísimos a quienes en buena ley no puede negarse el lauro de poeta. No porque en lo esencial dejen de pertenecer sus versos a la escuela descriptivo-didáctica que por excelencia llamamos *jesuítica*, y a la

cual se deben tantos ingeniosos caprichos métricos sobre el té y el café, sobre la pólvora, sobre el imán, sobre los terremotos, sobre los relojes, sobre el arte de la conversación, sobre las bodas de las plantas, sobre el gusano de seda, sobre la caza y la pesca, sobre los cometas y el arco iris, sobre la aurora boreal, sobre el barómetro, sobre el juego de ajedrez y hasta sobre el agua de brea, sino porque en pocos, en muy pocos de los hábiles artífices que trabajaron tales poemas, ni siquiera en Rapin y en Vanière, descubrimos inspiración tan genial y tan nueva, riqueza tan grande de fantasía descriptiva y una tal variedad de formas y recursos poéticos como la que encontramos en el amenísimo poema del P. Landívar.»

El teatro clásico latino siguió arrancando aplausos principalmente en Alemania, con *Juan Adolph* († 1708), *Carlos Kolezawa* († 1717), *Antón Claus* († 1754), *Francisco Neumayr* († 1775), *Ignacio Weitenauer* († 1783); pero en Francia, y más aún en Italia y España, fué sustituído por el drama en lengua romance. Aun en la lejana Polonia *Francisco Bohomolec* († 1790) hizo hablar a los personajes de sus comedias en la lengua del país.

Poco se ha estudiado la influencia de los jesuítas en las literaturas nacionales, debido quizá a la escasez de figuras de relieve. Con todo, los franceses deben tener en cuenta a *Pedro Le Moyne* († 1671), cantor de San Luis, del que dijo Corneille que, de haber nacido cincuenta años antes, hubiese sido el maestro de todos los poetas franceses; *José Antonio du Cerceau* († 1730), comediógrafo ingenioso, lo mismo que *Guillermo Bougeant* († 1743), y entre los estilistas, en prosa, *Domingo Bouhours* († 1702), atildado literato, y el novelista *Prévost d'Exiles* († 1762), el cual pasó a la Orden benedictina, antes de significarse como escritor; en cambio, *Juan Bautista Gresset* († 1777) fué dimitido cuando ya París y toda Francia lo aclamaba como ingenioso poeta. Los alemanes cuentan entre sus poetas dramáticos a *Pablo Aler* († 1727), que compuso óperas y tragedias y fomentó la música coral; al satírico *Francisco Callenbach* († 1743) y *Manuel Denis* († 1800). Los húngaros, a *Francisco Faludi* († 1779), poeta y literato, traductor del «Oráculo» de B. Gracián; y los polacos, el eminente lírico e historiador *Adam Estanislao Naruszewicz* († 1796). La comedia italiana del siglo XVIII fué cultivada por *Simón M. Poggi* († 1749) y *Juan María Granelli* († 1770). Arriba hi-

cimos mención del poeta Bettinelli, admirador de Voltaire hasta que conoció su insidia sectaria, y crítico desacertado de *La Divina Comedia*. En España, después de Gracián, no aparece una figura de valor universal hasta *José Francisco de Isla* († 1781), cuyo nombre registran todos los manuales de Historia de la Literatura. Y con ser tan altos los méritos del autor de *Fray Gerundio* y de las *Cartas familiares*, todavía gozaba entre sus coetáneos de mayor reputación literaria el agudísimo filósofo *Luis de Losada* († 1784), satírico de vena, autor probable de la famosa sátira contra los malos escritores, que se atribuye a Jorge Pitillas. El gran vascófilo *Manuel de Larramendi* († 1766), discípulo suyo, escribía, al tener noticia de su muerte: «Fué el P. Losada de un entendimiento capacísimo, donde pudo caber toda la sabiduría de un jesuíta insigne... Las gracias le prestaron toda su sal y su dulce encantador en cuanto dejó escrito, que es mucho, aunque ocultando las más veces su nombre. Las musas vivieron con él, se entiende muy cristianas, pero bellísimas y rozagantes, como se ve en lo que se halla suyo de este género y lo confiesan los poetas de por acá.» No rayan muy alto los poetas *Pedro Fomperosa* († 1689) y *Diego Calleja* († 1725?), dramaturgos de estilo calderoniano (*Bibl. Aut. Esp.*, tom. 14), *José Antonio Butrón* († 1734), más afortunado en lo burlesco que en lo serio; el *Cardenal Alvaro Cienfuegos* († 1739), *Juan Arriola* († 1765?), lírico y dramático; *Agustín de Castro* († 1790), mejicano como el anterior; *Angel Sánchez* († 1803), traductor en verso de los Salmos y de los Trenos, etc. Ni debemos olvidar al geronés *Francisco Garáu* († 1701), prosista florido y sentencioso, al estilo de Gracián.

Digamos aquí que, al fundarse en 1713 la Real Academia Española de la Lengua, dos de los siete fundadores eran jesuítas: Bartolomé Alcázar († 1721) y *José Cassani* († 1750); ambos contribuyeron mucho, sobre todo Cassani, y después el también académico Padre Carlos de la Reguera († 1742), a la obra del *Diccionario de Autoridades*.

En otro lugar queda descrita la figura genial de *Antonio Vieira* († 1697) «Imperador da lingua portuguesa», según le saludó el gran poeta moderno Fernando Pessoa.

Lingüistas

El P. Dahlman ha recogido en un libro la inmensa labor realizada por los misioneros en el estudio de las más extrañas lenguas. Con ayuda de Streit y Sommervogel puede dilatarse este campo hasta lo infinito. Aquí bastará que citemos unos pocos nombres de los que publicaron, para bien de los misioneros y de los indígenas, ora gramáticas y diccionarios, ora catecismos y libros de devoción, ora tratados de alta ciencia. En el conocimiento del sánscrito distinguiéronse, después del P. Nóbili, *Antonio de Proença* († 1666), *Enrique Roth* († 1668), *Juan Calmette* († 1740), que compuso poesías a imitación de los Vedas, con que convirtió a numerosos brahmanes. El mismo *Proença* y *Caspar de Aguilar* compusieron diccionario y gramática, respectivamente, del idioma tamil, en cuyo conocimiento nadie alcanzó a *José Constantino Beschi* († 1746), ya que sus poemas, singularmente *Tempavani*, de 3.615 estrofas, en honor de San José, pasan por las obras más acabadas de la literatura tamil. Algo semejante había hecho años antes en idioma konkani *Tomás Stephen* († 1619), con su famoso *Purana*, de 11.018 estrofas, y más tarde el sánscrito *Juan Ernesto Hanxleden* († 1732).

Algo hemos indicado ya del apostolado científico y literario en China. Siguiendo el ejemplo de Ricci y Schall, cultivaron con éxito aquella lengua y literatura *Julio Aleni* († 1649), *Manuel Díaz* († 1659), *Ignacio de Costa* († 1666), *Luis Buglio* († 1682), *Cristiano Herdtrich* († 1684), *Fernando Verbiest* († 1688), *Felipe Couplet* († 1693), *Próspero Intorcetta* († 1696), *Juan Francisco Gerbillon* († 1707), *Francisco Noel* († 1729), *Enrique de Prémare* († 1735), *Claudio Visdelou* († 1737), *Domingo Parrenin* († 1741), *Ignacio Kögler* († 1746), *José Moyriac de Mailla* († 1748), *Antonio Gaubil* († 1759), *Pedro Cibot* († 1780), *José María Amiot* († 1793).

Entre los misioneros que se ocuparon de las lenguas americanas, baste apuntar en Méjico los nombres de *Luis Bonifaz* († 1644), *Horacio Carocchi* († 1662), *Jerónimo Figueroa* († 1683),

Juan de Dios Castro († 1716), *Tomás de Guadalajara* († 1720), *Agustín Roa* († 1724), *Benito Rinaldini* († 1755?), *Ignacio de Paredes* († 1758?), *José de Ortega* († 1768), *Manuel Aguirre* († 1768. En Bolivia, *Ignacio Chomé* († 1768); en el Paraguay, *Pedro Marbán* († 1713), *José Insauralde* († 1730), *José Sánchez Labrador* († 1799); en Filipinas, *Cristóbal Jiménez* († 1628), *Diego de Bobadilla* († 1648), *José Pimentel* († 1660), *José Sánchez* († 1692), *Juan de Noceda* († 1747) y *Frascisco Tejada.* Y, por fin, no debe faltar el nombre de *Lorenzo Hervás y Panduro* († 1809), portentoso poliglota, que dominaba cuarenta idiomas, y en cuyas obras, que le han merecido el título de «Fundador de la Filología comparada», se aducen ejemplos de 307 lenguas.

Entre los filólogos disfruta aún de merecida fama *Manuel de Larramendi* († 1766), por su Diccionario trilingüe y por «El imposible vencido. Arte de la lengua vascongada».

Ciencias Exactas y Naturales

Cuando en los siglos XVII y XVIII la Astronomía, la Física y Química, la Biología y la Historia Natural tomaron sorprendente vuelo, los jesuítas no se quedaron rezagados. Costóles a muchos renunciar a las teorías trasnochadas de Física celeste y terrestre, incorporadas por la Edad Media a su concepción del Universo, pero en general no cerraron los ojos a los descubrimientos que hacían los experimentados científicos y, salvo los casos que ya hemos anotado, siguieron el camino abierto por Galileo, Newton, Descartes, Kepler, Torricelli..., sin sacrificar la Metafísica ni la Psicología tradicional. Una de las ciencias que los jesuítas han promovido con mayor empeño y afición ha sido la Astronomía. Son más de 40 los astrónomos de fama antes de la extinción de la Orden. Dirigieron algún tiempo los grandes observatorios astronómicos de Roma, Milán, Florencia, Parma, París, Marsella, Lyón, Pont-à-Mousson, Madrid, Lisboa, Viena, Praga, Graz, Lemberg, Tyrnau, etc. Solían ser a la par grandes matemáticos y físicos. Recordemos algunos de estos eminentes científicos: *Gregorio de Saint-Vicent* († 1667), *Nicolás Zucchi*

(† 1670), *Juan B. Riccioli* († 1671), *Claudio F. M. des Chales* († 1678), *Atanasio Kircher* († 1680), fundador del célebre Museo Kircheriano en Roma; *Francisco Lana Terzi* († 1687), el primero que lanzó la idea de volar, construyendo una especie de dirigible; *Honorato Fabri* († 1688), conocido como filósofo; *Pablo Hoste* († 1700), gran matemático; *Antonio de Laval* († 1728), que perfeccionó la teoría de la refracción de la luz; *Juan Bonfá* († 1724), *Nicolás Sarrabat* († 1739), físico y naturalista que estudió la circulación de la savia en las plantas; *Jacobo Kresa* († 1715), *Horacio Borgondio* († 1741), *Buenaventura Suárez* († 1750), el primer astrónomo de la Argentina; *Cristiano Mayer* († 1738), *Leonardo Ximenes* († 1786), gran físico siciliano de padres españoles, *Rogerio José Boscovich* († 1787), de Ragusa, miembro de las Academias de París, Londres, Berlín, San Petersburgo; dirigió el observatorio de Roma y en 1773 fué nombrado en París Director de la Optica de la Marina con 8.000 ibras de pensión; pero D'Alembert y otros enciclopedistas le forzaron a abandonar aquel puesto; Sommervogel enumera más de 100 obras suyas, sin contar las poesías latinas con que entretenía sus ocios. *Maximiliano Hell* († 1792), Director del Observatorio Astronómico de Viena; el astrónomo portugués *Eusebio de Veiga* († 1798), *Pedro Maser* († 1802), Hermano coadjutor, inventor de la bicicleta; *Juan José Rossignol* († 1817), francés, que ayudó a la publicación de las obras de Boscovich; *Jan Helfenzrieder* († 1803), etcétera. Y nada decimos de los célebres astrónomos de China, porque de ellos se hizo mención al tratar de aquella misión.

Más difícil es escoger unos nombres en la larga serie de naturalistas, misioneros en su mayor parte, que tanto contribuyeron al progreso de la Botánica, Geografía, etc. En Europa son escasos los que, como *Juan B. Ferrari* († 1655) (*De florum cultura*), se dedican a este ramo de la ciencia, como no sean los autores de manuales escolares de Botánica; *Miguel Boym* († 1659), estudia la flora china; *Jorge J. Camell* († 1706), coadjutor misionero de Filipinas, mereció, por sus investigaciones, que Linneo pusiera su nombre a la flor que decimos Camelia; *Pedro Jartoux* († 1720), botánico y astrónomo en China; *Antonio Cordero* († 1722), da noticias de la fauna y flora de las Azores; *Pedro Montenegro*

(† 1728), coadjutor, enfermero, escribió en el Paraguay un libro sobre las propiedades de las plantas; *José Francisco Lafitau* († 1746), botánico y etnólogo en el Canadá; *Alberto de Monville* († 1762?), profesor de Física en Lyón y misionero en Guayana, escribió sobre el cultivo del cacao; de botánica escribió el H. coadjutor *Martín Coll* († 1759) afamado médico, y *Juan Ignacio Molina* († 1829), es autor de la notable *Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile.*

En el capítulo de misiones hemos apuntado los méritos contraídos en la Cartografía y Geografía por los exploradores de América *Marquett, Kino, Fritz, Falkner,* y por los misioneros chinos *Gaubil, Gerbillon y Du Halde;* y esto baste por ahora.

Bellas Artes

Conocida es la universal decadencia artística de este período, que se caracteriza en España por la vana pompa del churriguerismo, entre cuyo follaje muere, senil y exhausto, el arte barroco. Levántanse, con todo, algunas bellas y grandiosas construcciones, como la basílica de Loyola, y otras en diversos países por obra de arquitectos jesuítas, como *Guillermo Hesius* († 1690) autor de la iglesia de San Miguel en Lovaina; *Cristóbal Tausch* († 1731) ayudante de Pozzo en Viena y Praga; *Juan Kraus* († 1714) en Sudamérica; *José Castiglione* († 1766) en China.

Gran renombre conquistó, sobre todo como pintor de flores, el flamenco *Daniel Seghers* († 1661). Su discípulo *Ignacio Raeth* († 1666) vino a España con el P. Nithard y pintó el retrato del P. Nieremberg, además de 36 cuadros sobre la vida de San Ignacio, para el noviciado de Madrid. Flamenco también, y Hermano coadjutor, como los anteriores, *Adriano Dierix o Rodríguez* († 1669) se distinguió en Madrid como pintor religioso. El *Hermano Jerónimo Benet* († 1707) pintó muchos cuadros para los jesuítas de Valladolid. En la provincia de Bohemia encontramos al *P. Zacarías Lemuichen* († 1684), pintor escultor, constructor de instrumentos músicos, y al *H. Ignacio Raab* († 1787), acreditado en el arte de la pintura. Más briosos e inspirados pinceles

manejó el *P. Jacobo Courtois Borgognone* († 1675), que militó en su juventud en los ejércitos de España y fué estimado después como el mejor pintor de batallas de su época. Pero ninguno superó al *H. Andrés del Pozzo* († 1709), arquitecto y pintor cuya obra capital son los frescos de la bóveda de San Ignacio en Roma. Audacísimo en la perspectiva y dotado de riquísima fantasía, manifestó sus eximias dotes en la decoración de muchas iglesias de Italia y Austria, y aunque vivió en época decadente, supo evitar los excesos de sus coetáneos, conservándose a la altura de los buenos tiempos del barroco.

SECCION II

(De la Segunda Parte)

PERSECUCIONES Y EXTINCION DE LA COMPAÑIA DE JESUS

(1758-1773)

Hase dicho que la Compañía nació adulta y murió sin vejez. Desde su nacimiento luchó en todos los campos por la mayor gloria de Dios y de la Iglesia Romana. Sus enemigos fueron creciendo en número y en poder hasta que, confabulados todos ellos, por antagónicas que fueran sus respectivas posiciones, y unidos en una vasta conjuración internacional, arrancaron a un Papa débil el Breve *Dominus ac Redemptor*, que fué el golpe de gracia para el Instituto fundado por San Ignacio. Esta supresión canónica de la Compañía de Jesús fué preparada por el destierro de la Orden y el cierre de todas sus casas de Portugal (1759), Francia (1764), España (1767), Nápoles y Parma (1768), como de todas las colonias y misiones.

Repítese frecuentemente, aun por historiadores serios, mal documentados en este punto, que la causa de tal catástrofe no fué sino la decadencia de la Orden, como si ya la Compañía no cumpliese con el fin para que había sido fundada y necesitase, cuando menos, una reforma radical. Y se habla de relajación en la pobreza (comercio del Paraguay, bancarrota de Lavalette), de desobediencia al Papa y a los obispos (cuestión de los ritos chinos y malabares, rompimiento con Palafox, etc.), de acapara-

miento de altos cargos e intervención en la política (confesores de Reyes), de semipelagianismo en Teología y laxismo en moral (molinismo, probabilismo), de soberbia corporativa, etc., etc. Pero los historiadores desapasionados que, sin sacar conclusiones generales de uno u otro documento, tienen a la vista la documentación completa, no pueden menos, hoy día, de rechazar esas acusaciones hijas de la malevolencia sectaria o del inconsciente rutinarismo. ¿Quiérese con esto declarar a la Compañía inmaculada y libre de toda mancha? No, porque de ninguna corporación humana, ni siquiera de la Iglesia, puede afirmarse tal cosa. La Compañía de Jesús tuvo sus defectos y sus miembros indignos en el siglo XVIII, como los tuvo en el primer siglo, los tiene en la actualidad y los tendrá siempre, ya que se compone de hombres frágiles, sujetos al error y al pecado; mas no tantos ni tan graves, que permitan hablar de relajación y decadencia de la Orden. La Compañía, en el siglo XVIII, era una de las más puras glorias de la Iglesia católica, por sus santos y varones ilustres, por el culto concurridísimo de sus templos, por el florecimiento de sus Congregaciones y Ejercicios espirituales, por el celo conquistador de sus misioneros en países de infieles, por sus teólogos y apologistas, por sus sabios, que brillaban en las principales Universidades. Una orden religiosa que despliega tal actividad apostólica al servicio de la Iglesia, y que produce tantos frutos de santidad, no puede decirse decadente o relajada. El testimonio escrito de innumerables obispos de todo el Orbe y de casi todos los Papas (exceptuado Clemente XIV) refuta la opinión de que la Compañía había degenerado de su ser primitivo. Entonces, ¿cómo explicar el hecho de que un Vicario de Cristo suprimiese una Orden de tan glorioso historial? No fué el Papa, fué el enciclopedismo racionalista y antirromano quien dictó la sentencia, y fué el despotismo borbónico, galicano y regalista, quien obligó al Papa a ejecutarla.

Los enemigos de la Compañía

No se comprenderá la extinción de la Compañía sino dentro del cuadro del siglo XVIII, en medio de aquel hervir de las

fuerzas anticristianas—deísmo, francmasonería, enciclopedismo, rencores jansenistas, exigencias regalistas, galicanas o febronianas—que asaltaron, conforme a un plan bien meditado, a la Iglesia inmortal de Jesucristo y desembocaron en la gran Revolución francesa, manantial y espejo de todas las revoluciones posteriores.

El gran historiador L. Pastor ha escrito: «Con un obstáculo capital tropezaban las antirreligiosas aspiraciones de la época: la Compañía de Jesús, la cual tenía en sus manos en gran parte la educación de la juventud, razón por la cual había que inutilizarla a todo trance, si se quería abrir camino a todo deísmo. El odio de tan funesta tendencia se dirigía ante todo y sobre todo contra la Santa Sede, pero los jesuítas eran tenidos por sus más bizarros defensores. De ahí el deseo de aniquilar la Orden. Los adversarios no andaban escasos de fuerza, pues todos los gobiernos estaban influídos por ellos. En este respecto encontraron los poderes públicos un confederado en el jansenismo.»

D'Alembert, coincidiendo casi con Voltaire, decía que la Enciclopedia fué quien sentenció a los jesuítas; el jansenismo sólo hizo de acusador. Hacían coro con los jansenistas ciertos galicanos, no poco regalistas y otros que no es fácil clasificar. Oígamos a Menéndez y Pelayo:

> «La España del siglo XVIII apenas produjo ningún teólogo de cuenta, ni ortodoxo ni heterodoxo; en cambio, hormigueó de canonistas, casi todos adversos a Roma. Llamarlos *jansenistas* no es del todo inexacto, porque se parecían a los solitarios de Port-Royal en la afectación de nimia austeridad y de celo por la pureza de la antigua disciplina; en el odio mal disimulado a la soberanía pontificia; en las eternas declamaciones contra los abusos de la curia romana; en las sofísticas distinciones y rodeos de que se valían para eludir las condenaciones y decretos apostólicos; en el espíritu cismático que acariciaba la idea de iglesias nacionales, y finalmente en el aborrecimiento a la Compañía de Jesús.»

Dos suertes de enemigos se ensañaron contra los jesuítas; unos eran sectarios que dirigían su ataque, en último término, contra la Iglesia Romana: los hemos mencionado ya; otros eran católicos movidos por un sentimiento de rivalidad corporativa, por discrepancias doctrinales o resentimientos de viejas polémicas, y

sirvieron de instrumentos, más o menos conscientes, de los primeros. Aludimos, ya se entiende, a algunos dominicos y agustinos. Conocida es la rivalidad entre dominicos y jesuítas desde el siglo XVI, acentuada en el XVII. Ya en la Congregación General XIV (1696), el P. Juan de Palazol con otros Padres españoles y algunos de otras naciones, propusieron que se tomase.

> «algún medio para, en cuanto sea posible, se conserve la Compañía libre y defendida contra las asechanzas, insultos y ataques de los Padres dominicos, los cuales, sobre todo en España, se muestran enemigos iniquísimos de la Compañía, y por medio del confesor del Rey, que es al mismo tiempo Inquisidor General, nos hacen una guerra cruda, vituperando nuestras doctrinas y procediendo con todo su poder, para ver si pueden exterminarla.»

Más de una vez las autoridades de la Orden de Santo Domingo habían procurado mover a sus súbditos a la paz, armonía y fraterna concordia con los hijos de la Compañía de Jesús, y siempre los jesuítas tuvieron entre los Frailes Predicadores algunos buenos amigos y aun acérrimos defensores, pero a la larga se fué haciendo tradicional e inveterada cierta rivalidad entre unos y otros, alimentada al calor de las disputas escolásticas.

La antipatía de los agustinos se explica por las acusaciones que algunos jesuítas lanzaron contra ellos, de entender en algún caso a San Agustín en sentido jansenista, y singularmente por la campaña de Le Tellier, Colonia, Casani, Guerrero y Rábago contra las obras del sabio Cardenal Noris. Religiones tan santas como la de Santo Domingo y San Agustín tuvieron la desgracia, a mediados del siglo XVIII, de ser gobernadas por dos enconados enemigos de la Compañía: el P. Antonio Bremond, O. P., francés, que afortunadamente fué sustituído en 1755 por el P. Boxadors, amante de la paz y concordia religiosa, y el P. Javier Vázquez, O. S. A., peruano, retratado por el agustino P. Manuel F. Miguélez en estos términos:

> «Era el P. Vázquez grande amigote de Moñino, Azara y Roda, con quienes conversaba o se carteaba frecuentemente, ya con el fin de acelerar y poner en práctica el plan de la extinción, ya también para levantarse con la enseñanza en las Universidades del Reino su-

plantando las doctrinas molinianas con las de San Agustín y Santo Tomás, en cuya tarea le ayudaron algún tiempo los Padres dominicos. Hombre de tesón, enérgico en sus empresas, astuto y diplomático a trechos, poco escrupuloso tratándose de regalismo, contemporizador y un tanto débil con los enemigos encubiertos y taimados de la Iglesia, el P. Vázquez sentía hervir su sangre con el solo recuerdo de los jesuítas, cuya sombra le atormentaba.»

Nadie se maravillará de que hombres de semejante silueta moral, con todos los méritos que se quiera en otros aspectos, pero nada eminentes en santidad, se dejaran cegar por la pasión antijesuítica.

En España la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes* concitó la ira de todos los Gerundios, que se vieron retratados en el lienzo goyesco del P. Isla, y juntamente la de muchos religiosos que pensaron se trataba de una sátira burda contra los frailes en general; esto último sin razón, porque las intenciones del autor eran puras y rectas.

No puede negarse que un ambiente de antipatía se había difundido sin que los jesuítas trabajasen por deshacerlo en no pocas Ordenes o Congregaciones religiosas, en algunos Obispos y en ciertos círculos influenciados por el espíritu antirromano de la época.

Antijesuitismo en la curia romana

No atemorizaban a los jesuítas las persecuciones de los impíos y herejes, porque sabían que tal es el patrimonio de los hijos de San Ignacio y de cuantos quieren seguir a Cristo Jesús; más les inquietaba la aversión creciente de buena parte del clero francés, regular y secular, influído, sin duda, por el jansenismo, y de altas personalidades de la curia romana. Con todo, permanecían seguros y tranquilos, conscientes de su inocencia y de la protección que les dispensaban todos los Papas. No sin razón Clemente XIII, en conversación con el P. Ricci, había dicho que los mayores enemigos de la Iglesia y de la Compañía moraban en Roma. Y antes escribía Benedicto XIV a Tencin: «Ciertos eclesiásticos, aun de las más altas dignidades, que, por parecer per-

senas cultas, dicen y escriben muchas vulgaridades, tienen a gloria odiar a los jesuítas.» Jefe de todos los poseídos de la fobia jesuítica era el fastuoso Cardenal Domingo Passionei († 1761), admirador de Voltaire y contagiado de jansenismo, que había puesto, de acuerdo con el Gobierno francés, todas las trabas posibles a la beatificación del Cardenal Belarmino, mientras se afanaba por la de Palafox. El fué, con el embajador español Roda, de los primeros en adherirse a la conjura sutilmente tramada en Roma por Choiseul para aniquilar a los jesuítas. «La supresión de la Orden fué preparada efectivamente según plan muy bien meditado. Un día fijo de la semana se reunían los jefes del partido en el Archetto, la morada del prefecto de la Biblioteca vaticana, Bottari... Otro lugar de reunión era el convento de los oratorianos, sito junto a Chiesa Nuova. En Florencia se congregaron los enemigos de los jesuítas principalmente en la biblioteca Riccardi, en casa del sabio Giovanni Lami, que era el representante del mundo intelectual de los jansenistas de Italia, y que con su revista *Novelle letterarie* (1740-1767) contribuyó mucho a la difusión de las ideas jansenistas. En las reuniones se deliberaba sobre la manera de proceder contra los jesuítas, y los acuerdos eran comunicados a Passionei» (Pastor). Tenían un gran apoyo en el Cardenal Secretario de Estado, Alberico Archinto († 1758) y en otros Cardenales y prelados. «Passionei, enemigo más furioso, si cabe, tenía el patronato en la Datería, era prepotente en el Santo Oficio con [Fortunato] Tamburini, [José A.] Orsi, [Fernando M.] Spinelli; [Mario] Marefoschi, ganado por el portugués Almada, era Secretario de la Propaganda y candidato a la púrpura. Con éstos colaboraba todo un escuadrón de prelados menores y oficiales, como De Zelada, Macedonio, Pisani y otros, no muchos, pero audaces» (E. Rosa). El Cardenal Neri Corsini se constituyó en favorecedor del capuchino Fray Norberto, gran calumniador de los jesuítas, misionero un tiempo y luego aventurero y apóstata, que después de andar errante por Holanda e Inglaterra, actuó como escritor asalariado de Pombal, con el nombre de *Abbé Platel*. Un jansenista, Francisco Clement, podía escribir en 1785 que los Cardenales enemigos de la Compañía formaban alrededor de Clemente XIII un cerco difícil de romper

y que nada podrían hacer los jesuítas, por más que el Papa les fuese favorable. En efecto, a pesar de las medidas represivas tomadas en Roma por Clemente XIII, y a pesar de la muerte de los Cardenales Passionei, Orsi, Tamburini y Spinelli, los hilos de la trama siguieron sin romperse y les fué fácil a los ministros, incrédulos y masones, de las cortes borbónicas llevar adelante la campaña de intrigas y calumnias contra la Compañía de Jesús. Preveíase su triunfo apenas subiese a la cátedra de San Pedro un Papa menos favorable a los jesuítas.

¿Cómo se defendían los jesuítas?

Poco después de la muerte del P. Centurione, reunida la XIX Congregación General (1758), fué llamado a gobernar la Compañía en aquellos tiempos procelosos el florentino *Lorenzo Ricci*, varón mansísimo y piadosísimo, entrado en religión a los quince años de edad, dedicado casi toda su vida a los estudios y sin experiencia en cargos de gobierno. En las manos de aquel religioso dulce y casi tímido, todo candor de paloma, ponían su destino los astutos, los políticos, los intrigantes jesuítas. Hombre incomparable por la inocencia de costumbres y por la bondad de su carácter, pero irresoluto y pusilánime, dijéronle algunos de sus coetáneos, como Carlos Borgo, Lagomarsini y Cordara. La historia moderna le ha rehabilitado, demostrando con irrefutables documentos, ignorados de los contemporáneos, que el General de la Compañía estuvo a la altura de su cargo, que actuó con sabia prudencia y religiosa humildad, empleando con tesón y constancia todos los medios humanos que estaban a su alcance y poniendo, como San Ignacio, su confianza en los sobrenaturales. No le acusemos porque no logró evitar el golpe fatal. ¿Lo hubiera evitado acaso el talento, rico en recursos, de Aquaviva? ¿Y no era más conducente en aquel trance la humildad y mansedumbre que la actitud retadora o las influencias de la política? Cuando, recién elegido en 1758 el Sumo Pontífice Clemente XIII, se postró Ricci a sus pies para ofrecerle el filial homenaje de la perseguida Compañía, recibió de labios del Papa, amantísimo del

Instituto ignaciano. este programa: silencio. paciencia. oración. Cómo lo llevó a la práctica y lo impuso a sus súbditos. demuéstranlo sus cartas. Al despedir a los Padres de la Congregación. deseándoles feliz regreso a sus países. exhortó a que todos y en todas partes fomentasen la paz. la concordia. la modestia y la piedad. Su primera carta a la universal Compañía versó «Sobre el reiterar las preces por las calamidades que oprimen a la Compañía y las que le amenazan» (septiembre 1758). Insiste en la segunda «Acerca de la constancia en la oración. por las tribulaciones de la Compañía» (diciembre 1759). Los jesuítas portugueses acababan de ser expulsados o encarcelados. Vuelve al mismo tema en la tercera «Sobre los motivos de consuelo y el recurso a Dios en las calamidades» (noviembre 1761). Cuando la persecución amenaza en Francia. dirige a todos su carta «De la fervorosa perseverancia en las oraciones» (noviembre 1763). Cuando también de España han sido desterrados los jesuítas. redobla sus anhelantes súplicas «De elevar con más fervor las plegarias. por la mayor gravedad de los peligros» (junio 1769). En fin. cuando la catástrofe final es inminente. su corazón desgarrado torna a escribir «Sobre el nuevo incentivo para la oración en el trance supremo de la Compañía» (febrero 1773). Silencio paciencia. oración: tal es la política del P. Ricci y la que desea de todos sus súbditos. Una inundación de libros. folletos. hojas volantes. pasquines. se derrama por todo el mundo. manchando con el lodo de mil calumnias el buen nombre de los jesuítas. pero éstos tienen la consigna de callar. sufrir y orar. Diríase que a veces su cacareada perspicacia se convierte en ceguera y su habilidad diplomática en ingenua torpeza. puesto que ni dan crédito a las voces. más o menos secretas y misteriosas. que pronostican su ruina. ni se dan mano para conjurar a tiempo la tempestad que se fragua en las alturas.

Los actos de la tragedia

La trágica derrota de la Compañía no se preparó la víspera. ni fué obra de pocos años: fué el desenlace de una guerra secular y resultado de la conspiración de múltiples fuerzas enemigas. *La*

primera acometida seria que recibieron los jesuítas fué en el terreno dogmático, cuando las controversias *de auxiliis*. Atacado violentamente el molinismo, salió, si no victorioso, por lo menos incólume y con honra. *La segunda acometida* fué en el terreno de la moral, cuando el probabilismo, en la doctrina y en la práctica, desfigurado por los brillantes sofismas de Pascal, fué tachado de laxismo corruptor por el clamoreo pérfido de los jansenistas. El probabilismo salió triunfante y se impuso en casi todas las escuelas, pero la fama de los jesuítas no salió tan bien parada, según el dicho de Voltaire: «Calumnia, que algo queda.» *La tercera acometida* fué con ocasión de los ritos chinos y malabares. Una simple cuestión de métodos, que no debía transcender los límites de las misiones orientales, se envenenó y alcanzó proporciones insopechadas por la resonancia que le dieron en Europa los jansenistas y otros enemigos de la Compañía. Hasta el Papa llegó a persuadirse de que los jesuítas eran desobedientes a sus mandatos. *La cuarta acometida*, la que había de culminar en la supresión de la Orden, se inició a continuación por una campaña, organizada y tenaz, de libelos y rumores calumniosos y cobró transcendental gravedad cuando el despotismo ilustrado de las cortes europeas, ávido, por una parte, de coartar en sus reinos la autoridad pontificia, cuyos defensores más aguerridos eran los jesuítas, y recibiendo, por otra, las inspiraciones del enciclopedismo y de la francmasonería, entró en combate dispuesto a aplastar a la Infame (así llamaban a la Iglesia de Cristo), y como ésta tenía en los hijos de San Ignacio sus granaderos, contra éstos dirigieron sus primeros asaltos. «No basta extinguir los jesuítas—escribía Roda a Azara el 4 de agosto de 1767—, es menester extinguir el jesuitismo.» Y Tanucci precisaba que si se les perseguía era por el cuarto voto de obediencia al Papa y porque la potestad que Cristo dió a sus apóstoles la restringen a la sola persona del Sumo Pontífice, ampliando en cambio sus atribuciones. De donde se ve que el aniquilamiento de la Compañía de Jesús era sólo el fin próximo de sus ataques; el plan general de la lucha iba dirigido contra la Iglesia y el Papa. Los jansenistas y ciertos ministros regalistas aspiraban a destruir la plenitud de jurisdicción de la Sede Apostólica; el filosofismo y las logias iban

más allá: querían acabar con la religión revelada. Voltaire proponía en 1761 «ahorcar al último jesuíta con las tripas del último jansenista», y Diderot modificó la frase de esta suerte: «estrangular al último rey con las tripas del último sacerdote». Voltaire, Diderot, D'Alembert, los que prepararon la revolución francesa, fueron los mismos que dirigieron la campaña antijesuítica.

> «¿Qué causa movió, pues, a nuestros gobernantes—se pregunta Menéndez y Pelayo—a hacerse solidarios de las venganzas de Port-Royal? Una sola: el enciclopedismo, que ocultamente germinaba en las regiones oficiales, y que para descatolizar a los naciones latinas quería ante todo exterminar esa legión sagrada, en cuyas manos estaba la enseñanza, que era preciso arrancarles a toda costa, para infiltrar el espíritu laico en las generaciones nuevas. El pretexto no importaba; por fútil que pareciese, era bueno; si los pueblos no querían ni solicitaban tal expulsión, para eso tenían los reyes la espada del poder absoluto, y la lengua asalariada de escritores sin conciencia, que calumniase a las víctimas y entonteciesen al vulgo espectador. Entonces salieron a la arena todas las multiformes y portentosas invenciones que, desde Scioppio hasta Pascal, había engendrado la malignidad, el fervor de la controversia y la mal regida saña.»

La persecución en Portugal

Desencadenóse la tormenta por el país predilecto de la Compañía: por el reino de Portugal, de quien era árbitro y señor el enciclopedista Sebastián José de Carvalho, más conocido por el título de Marqués de Pombal, ministro del débil monarca José I (1750). Envidioso de los nobles, se propuso abatir a las principales familias portuguesas, cuyos confesores eran los jesuítas. Imbuído en las ideas de la Ilustración durante su estancia en Inglaterra, quiso meterlas en su patria a hierro y fuego, reformando la educación tradicional y aniquilando, si fuera preciso, al clero y al catolicismo. «Tipo de excepcional perversidad entre los muchos estadistas despóticos, fríos y cautelosos que abortó aquella centuria» (M. y P.), debió de irritarse con la predicación y escritos del P. Gabriel Malagrida, que clamaba por la reforma de las costumbres, atribuyendo a la ira divina el terremoto de Lisboa de 1755, que causó 20.000 víctimas, entre ellas 200 je-

suítas. Malagrida fué confinado en Setúbal, para que el Rey no hiciese con él los Ejercicios espirituales, y los demás jesuítas, que gozaban del favor de la corte, fueron excluídos de palacio (1757).

Aprovechándose de los disturbios ocurridos entre los indios del Paraguay con ocasión del tratado de límites, acusó a los jesuítas de sediciosos, de traficantes y acaparadores de riquezas. Plumas mercenarias compusieron una «relación abreviada de la república que los religiosos jesuítas de las provincias de Portugal y España han establecido en los dominios de Ultramar de ambas monarquías y de la guerra que han promovido contra las armas españolas y portuguesas», libelo que, traducido a diversas lenguas y propagado por toda Europa, causó en el público la impresión de un descubrimiento sensacional. ¿Sería cierto lo que con documentos y datos oficiales se imputaba a los famosos misioneros del Paraguay? Francisco de Almada, pariente de Pombal y su agente en Roma, regaló ejemplares a los Cardenales y prelados de la curia pontificia y al mismo Papa Benedicto XIV. Luego, llamando la atención del Pontífice sobre la gravedad de los hechos allí relatados, pidió en nombre de su Rey que fuese visitada y reformada la Compañía de Jesús en Portugal y sus colonias. Benedicto XIV, anciano de ochenta y tres años y próximo a la muerte, tuvo la debilidad de acceder, nombrando por Visitador al Cardenal Saldanha (1758); pero, presagiando las fatales consecuencias de esta medida, dictó una instrucción secreta que neutralizaría los efectos, condicionando los poderes del Visitador. Con menosprecio de esta instrucción, Saldanha se puso al servicio de Pombal, y a los pocos días, antes de abrir la visita y sin examinar ni oír a nadie de la Compañía, publicó un edicto declarando a los jesuítas portugueses de aquende y allende el mar reos de negociación, vedada por el Derecho Canónico. Esto acontecía el 15 de mayo de 1758, cuando ya era muerto el Papa que le había conferido los poderes. El 3 de junio el Cardenal Atalaya, Patriarca de Lisboa, obedeciendo a las inspiraciones del Gobierno, fijó en todos los templos de la capital otro edicto por el que suspendía a los jesuítas del ejercicio de predicar y confesar en toda la extensión de su patriarcado.

Entretanto, eran arrancados de sus florentísimas misiones y diseminados por diversos lugares gran número de misioneros, de aquellos insignes apóstoles y civilizadores que habían puesto la base más sólida del gran imperio colonial portugués.

Acusarlos de comerciantes, era poca cosa. Había que buscar delitos más atroces. Y aconteció que en la noche del 3 de septiembre de 1758, regresando el Monarca a su palacio de una aventura amorosa, tuvo un atentado, del que salió con un brazo herido. Pombal echó la culpa a los Marqueses de Tavora y al Duque de Aveiro, y aunque no se demostró su culpabilidad y más adelante, a la caída del Ministro, se puso en claro su inocencia, ahora se les condenó a muerte con horrendos refinamientos de crueldad.

Que el Duque de Aveiro, «asegurado con cuerdas y con el pregonero delante, sea conducido a la plaza llamada de Caes, en el barrio de Belem, y después de quebrarle las piernas y los brazos, sea expuesto sobre una rueda, para satisfacción de los vasallos presentes y futuros de este reino, y... en seguida se le queme vivo con el cadalso en que fuese ajusticiado, que se reduzca todo a cenizas y polvo, que deberán arrojarse al mar». Iguales penas recayeron sobre los restantes Tavoras y Ataydes y sus criados, salvo la Marquesa Doña Leonor, a quien, en un exceso de generosidad, condenaron «solamente a ser decapitada y arrojadas al mar las cenizas». Los jesuítas, como confesores y consejeros de aquellas nobilísimas familias, fueron acusados de complicidad y algunos encarcelados, entre ellos el italiano Gabriel Malagrida, de reconocida santidad y benemérito por sus trabajos en las misiones del Marañón.

El 19 de enero de 1759 confiscáronsele a la Compañía todos sus bienes y temporalidades en Portugal y las colonias; tratóse de inducir inútilmente a los novicios y estudiantes a que abandonasen su vocación; hubo prelados, como el Arzobispo de Evora, que pusieron su pluma y su autoridad al servicio del inicuo Ministro, escribiendo contra los jesuítas; el mismo tribunal de la Santa Inquisición se prostituyó desde que ascendió al cargo de Inquisidor general Pablo Carvalho, hermano de Pombal. Conmovidos ante tamaños desafueros los obispos de otras naciones,

especialmente los de España, levantaron su voz de protesta y dirigieron al Papa numerosísimas cartas en pro de la Compañía, que no se dieron a la estampa por delicadeza, tal vez excesiva, del P. General Ricci.

El 3 de septiembre salió, por fin, el decreto de expulsión de todos los jesuítas de Portugal y sus colonias, que eran en total unos 1.700 (más de 900 en las misiones), decreto feroz que calumniaba vilmente a las víctimas, les negaba toda pensión para vivir y les prohibía tornar a su patria bajo pena de muerte para ellos y para los que les dieran albergue. Los obispos que protestaron, fueron expropiados de sus bienes y desterrados, v. g., los de Cranganore y Cochín y el Arzobispo de Bahía.

A las paternales amonestaciones del Papa, respondió el Gobierno portugués cargando a los jesuítas en varias naves y deportándolos a los Estados Pontificios, donde aquellos pobres religiosos, desprovistos de todo, tuvieron que vivir de la caridad de sus hermanos italianos y del Romano Pontífice. En el otoño de 1759 desembarcaron en Civita-Vecchia 255 jesuítas portugueses; en 1760 otros 326, más 265 del Brasil y 49 de diversas islas; al año siguiente, 92 del Marañón y 59 de la India, y todavía llegaron después nuevas remesas de varias partes. A la influencia de los Cardenales Archinto Spinelli debióse que el Papa no tomase medidas enérgicas contra el Gobierno de Portugal.

Cerca de 250 jesuítas—los Rectores y Procuradores de los colegios, los confesores de la familia real y muchos extranjeros—fueron sepultados en fétidos, oscuros y húmedos calabozos, atormentados con espantosa crueldad, como para hacerlos enloquecer o morir. Tres años llevaba en aquellas mazmorras el P. Malagrida, sin que se demostrase su complicidad en el atentado contra el Rey; los duros sufrimientos llegaron a trastornar a ratos su cabeza; por lo cual se entabló contra él otra clase de proceso. Acusado ante el Tribunal de la Inquisición de ciertos desvaríos, más bien que errores, que en la cárcel había escrito sobre Santa Ana y sobre el Anticristo, aquel santo anciano de setenta y dos años que durante tres decenios había hecho florecer las misiones del Marañón, fué condenado a muerte por hereje y blasfemo, estrangulado y quemado en presencia del Rey José I y de todo el Go-

bierno. Pablo Carvalho, Inquisidor general y responsable de la sentencia, fué premiado años adelante, reinando en Roma Clemente XIV, con el rojo capelo cardenalicio. No exageró Menéndez y Pelayo al decir que «la historia de la expulsión de los jesuítas de Portugal parece la historia de un festín de caníbales».

Clausurados los 20 colegios de jesuítas de Portugal, se confió la enseñanza a maestros laicos, jansenistas o volterianos, se emprendió la publicación semioficial de las obras del episcopalista febroniano Antonio Pereira y se dió la orden ridícula de borrar en los calendarios los nombres de San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y San Francisco de Borja. Ya podía Pombal recibir sonriente los elogios de D'Alembert «por haber librado a Portugal de los granaderos del fanatismo y de la intolerancia».

La disolución de la Compañía de Jesús en Francia

La brutalidad de los procedimientos pombalianos infundió temores y recelos aun en los que aplaudían con más íntimo regocijo. Los volterianos de París, Madrid, Nápoles y Parma acordaron llevar hasta el cabo la campaña de aniquilamiento de la Compañía de Jesús, pero con maneras más suaves.

Desde el reinado anterior a Luis XV se venía fraguando la ruina de los jesuítas en Francia, si hemos de creer al Cardenal Bernis, complicado también él en la conjura. Choiseul, su sucesor en el ministerio de Estado, era el favorito de la Marquesa de Pompadour, de aquella cortesana que manejaba a su capricho al licencioso Luis XV y alimentaba vengativo rencor contra los jesuítas, no por otra causa sino porque el P. de Sacy se había negado repetidas veces a ser su confesor, mientras no quitase el escándalo de sus relaciones con el Monarca. En el ambiente putrefacto de la corte francesa pululaban los libertinos, los enemigos de la religión, los enciclopedistas, los galicanos de tendencias cismáticas, los sombríos jansenistas, los abates mundanos, interesados todos en perder a la Compañía de Jesús. Obstáculo en que tropezaban sus manejos era el favor que dispensaban siempre a los

jesuítas el Rey y la real familia, pero Choiseul y la Pompadour se encargaron de vencerlo suavemente.

Vino de pronto a facilitarles la obra el ruidoso proceso entablado contra el P. Antonio de Lavalette, Procurador y Superior un tiempo de la misión de la Martinica. Administraba este Padre los productos de vastas plantaciones de café y cacao, propiedad de la misión, y, paso a paso, había llegado a ejercer el comercio en grande escala, conta las prescripciones del Derecho Canónico y a espaldas de sus Superiores. Cuando en 1753 el Padre General recibió privadamente la primera denuncia, hizo indagaciones que dieron por resultado un escrito del Intendente de la Martinica justificando plenamente la conducta del P. Lavalette. Este, que había sido llamado a Francia para dar razón de sí, tornó a su puesto en la misión y se enzarzó en negociaciones y operaciones bancarias cada día más graves, que no se hicieron públicas hasta que una peste arrebató gran parte de los negros de las plantaciones, y varios barcos que traían a Marsella productos de la misión fueron capturados por los ingleses, en guerra con Francia, lo cual obligó a Lavalette a declararse en bancarrota. Apenas tuvo el P. Ricci noticia de lo que ocurría, envió un delegado a las Antillas para que inspeccionase la conducta del Procurador (1761), y habiéndole hallado culpable, lo destituyó de su cargo y lo envió a Europa, donde no tardó en ser despedido de la Compañía.

> «Lavalette prestó un gran servicio a la buena fama de la Compañía. La rápida difusión de su nombre por todo el mundo es una clara prueba de que un misionero comerciante es entre los jesuítas una rareza y de que Lavalette es caso único; pues, si no, ¿cómo hubieran quedado en el silencio los nombres de los restantes? Y contra este apóstol mercader pueden presentar los jesuítas ochocientos misioneros que han regado con su sangre y ocho mil que han fecundizado con su sudor los campos de las Indias, en pro de la Iglesia de Cristo» (Cornova).

Las consecuencias inmediatas fueron funestísimas. Los acreedores de Lavalette exigieron el pago a los jesuítas de Francia. Estos replicaron que, según las Constituciones de la Compañía, no existía comunidad de bienes ni solidaridad alguna entre las casas de Francia y las de la misión de la Martinica; que ellos apenas

tenían lo suficiente para subvenir a sus propias necesidades, y que probablemente los bienes de la misión bastarían a indemnizar todas las deudas. El derecho estaba de su parte, pero los jesuítas franceses no supieron conducir el negocio en los tribunales, y, para colmo de desaciertos, lo llevaron al Parlamento de París, institución que albergó siempre a los más resueltos adversarios de la Compañía y de la Sede Apostólica. El Parlamento tomó pretexto de la cuestión de la solidaridad entre las casas, para examinar las Constituciones de la Compañía, empezando por condenar al P. General a pagar las deudas de Lavalette, con lo que trataba de arruinar económicamente a toda la Orden (1761).

Es de advertir que sólo la Asistencia de España se comprometió a hipotecar sus bienes para socorrer a sus hermanos de Francia, cosa que no se efectuó por la precipitación de los acontecimientos; las demás Asistencias estaban esquilmadas y casi en la miseria. Siguió el Parlamento su labor, condenando al fuego unas 30 obras de los teólogos más eminentes de la Compañía, Belarmino, Suárez, Toledo, Lugo... «como sediciosas y destructivas de los principios de la moral cristiana»; prohibiendo luego *provisionalmente* recibir novicios en la Compañía y ordenando a los que estaban en el noviciado dejar la sotana y no pronunciar los votos, prohibiendo asimismo a todo jesuíta el ejercicio de la enseñanza y a todo súbdito francés el frecuentar las escuelas de la Compañía, con lo que se cerraron 80 colegios, alguno de los cuales, como el de Luis el Grande, contaba 1.700 alumnos (300 internos); suprimiendo, en fin, todas las congregaciones dirigidas por los jesuítas.

Para justificar estas despóticas medidas, el Parlamento de París, a ejemplo de Pombal, pero con mayor habilidad, como que se sirvió de ciertos religiosos jansenistas muy eruditos (de la Congregación de S. Mauro), recogió en un grueso volumen todas las *Aserciones peligrosas y perniciosas* enseñadas por los jesuítas de todos los tiempos (1762) y remitió un ejemplar a cada obispo de Francia. Sólo tres prelados dieron señales de adhesión al Parlamento y fueron reprendidos por el Papa, mientras que la mayor parte del episcopado francés, y a su cabeza el intrépido Cristóbal

de Beaumont, Arzobispo de París, protestó valientemente contra los falsarios oficiales que así denigraban a la Compañía de Jesús.

El débil Luis XV pensó que podría salvar a los jesuítas y contentar al Parlamento reformando la organización del Instituto de San Ignacio, de suerte que se amenguase la autoridad del General y se instituyese un Vicario general en Francia. Todos los jesuítas se opusieron a semejante proyecto; el P. Ricci declaró que era inaceptable, y Clemente XIII debió pronunciar entonces las famosas palabras: *Sint ut sunt, aut non sint.*

Como el Parlamento de París ratificara el 6 de agosto de 1762 los decretos del año anterior y echara de sus casas a todos los jesuítas por un nuevo decreto, prihibiéndoles vivir según su Instituto, y como siguieran su ejemplo los otros Parlamentos del reino, a excepción de los de Flandes, Franco Condado y las cortes de Alsacia y de Artois, dos autorizadas voces se alzaron en pro de la Compañía: la del clero de Francia, reunido en Asamblea general, que protestó de la destrucción de una Orden tan benemérita de la Iglesia y del Estado, y la del Papa Clemente XIII, que se dirigió a Luis XV para decirle: «Vengo, Majestad, a implorar de nuevo vuestra poderosa protección, no ya solamente para los religiosos de la Compañía de Jesús y sus negocios, sino para la religión, cuya causa está hoy estrechamente unida a la de ellos»...

El corrompido monarca no se movió, si no es para firmar el destierro del Arzobispo Beaumont, «el Atanasio de su siglo», cuya hermosísima pastoral en defensa y elogio de los jesuítas fué arrojada a las llamas públicamente por mano del verdugo (1763).

Por fin, en noviembre de 1764 Luis XV suprimió a la Compañía de Jesús en Francia, permitiendo a cada uno de los jesuítas vivir en su diócesis natal bajo la autoridad espiritual de los obispos. Eran más de 3.000, incluyendo los 200 misioneros de lejanos países, y muchos de ellos pasaron a las naciones limítrofes para seguir viviendo conforme a sus reglas. Sólo el P. Idiáquez recibió a 64 en su Provincia de Castilla y hubo 13 obispos españoles que se ofrecieron a mantener a los franceses en sus diócesis. Pombal había dicho que el Instituto de la Compañía era pío y santo;

si perseguía a los jesuítas, era porque lo violaban con sus crímenes. El Parlamento de París, en cambio, no acusaba a ningún jesuíta; su Instituto era el impío y pernicioso.

No podía permanecer en silencio el Vicario de Cristo y Padre de la Cristiandad. Su bula *Apostolicum pascendi* (enero 1765) consoló a los que sufrían persecución por la justicia y aguantaban oprobios y contumelias por el nombre de Jesús. Sobre la gritería de los apasionados, de los sectarios y de los verdugos se oyó la voz del Romano Pontífice, que, después de recordar las glorias más puras de la Compañía y los elogios que de ella hicieron los Jerarcas de la Iglesia, exclamaba así:

> «Nos también proclamamos y declaramos que el Instituto de la Compañía de Jesús exhala suma fragancia de piedad y santidad, tanto por el fin primordial a que se endereza, que es principalmente la defensa y propagación de la religión católica, cuanto por los medios que emplea para conseguirlo, lo cual la misma experiencia nos lo ha demostrado hasta el presente, pues hemos visto salir de su escuela hasta nuestros días tantos defensores de la fe ortodoxa y sagrados predicadores que con invicta fortaleza de ánimo arrostraron peligros de mar y tierra por llevar la luz de la verdad evangélica a pueblos bárbaros y salvajes; y cuantos profesan tan laudable Instituto, unos se dedican a la instrucción de la juventud en religión y ciencia, otros a dar Ejercicios espirituales, otros se ocupan asiduamente en la administración de los Sacramentos, especialmente de la Penitencia y Eucaristía, y en exhortar a los fieles a su más frecuente uso, socorriendo con el alimento de la divina palabra a los moradores del campo. Por tanto, Nos también aprobamos este Instituto de la Compañía de Jesús, llamado por la divina Providencia para realizar obras tan eximias, y confirmamos con nuestra autoridad apostólica las aprobaciones que de él hicieron nuestros predecesores.»

«Apología completa y gloriosa de los perseguidos, al par que condenación soberana de los perseguidores, este gran documento pontificio, por la adhesión de 250 obispos, que, o lo habían pedido al Papa o le dieron por él las gracias, es, según se ha dicho acertadamente, un verdadero juicio de la Iglesia universal» (J. Brucker).

El destierro de los jesuítas de España

Nadie se imaginaba que la locura antijesuítica se apoderara también de España, patria del fundador de la Compañía y de sus más ilustres hijos, que habían enaltecido y hecho glorioso el nombre español en el orbe entero. ¿Cómo pensar en la expulsión de más de 5.500 religiosos que tenían en sus manos casi toda la enseñanza secundaria de la juventud y eran en América uno de los más fuertes puntales del Imperio español, sin los cuales la cultura del país daría un bajón alarmante y muchedumbres ingentes de indios tornarían al salvajismo idólatra, como había sucedido en los dominios portugueses? ¿Y no regía los destinos de la nación un Rey católico, con fama de piadoso, el cual, pasando en 1759 por Roma, había asegurado al P. Ricci que no faltaría a los hijos de San Ignacio su real protección, y ya en Madrid había nombrado a un jesuíta preceptor del Príncipe de Asturias? Además, ¿no habían escrito al Papa recientemente casi todos los obispos del reino dos veces en alabanza de la Compañía?

Los jesuítas dormían confiados, pero si hubieran olfateado un poco en los círculos políticos, hubieran advertido en seguida que una mano oculta trabajaba de tiempo atrás contra ellos. Algo les podía indicar la caída de su favorecedor, el Marqués de la Ensenada, y la salida del P. Rábago del confesionario real. El nuevo Rey, Carlos III, educado en Nápoles en la escuela de Tanucci, y teniendo por confesor a Fray Joaquín de Eleta, nada amigo de los jesuítas, no podía profesarles sincero afecto, por más que a veces lo disimulase. En 1765, Manuel de Roda, exaltado regalista, que, siendo Ministro de España en Roma, había anunciado confidencialmente al Cardenal Passionei la próxima expulsión de los jesuítas españoles, fué llamado a Madrid como Secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia. A la Presidencia del Consejo de Castilla subió poco después el Conde de Aranda, «don Pedro Pablo Abarca de Bolea, militar aragonés, de férreo carácter, avezado al despotismo de los cuarteles, ordenancista inflexible,

Pombal en pequeño.... impío y enciclopedista, amigo de Voltaire, de D'Alembert y del abate Reynal» (M. y P.). Estos dos personajes, con el fiscal Pedro Rodríguez de Campomanes, rabioso clerófobo y reformista, a los que se agregaban el Duque de Alba, el Marqués de Grimaldi, etc., iban urdiendo la trama (en la que entró el mismo confesor Fray Eleta, llamado también el P. Osma, después obispo) con que engañar al Monarca y sorprender a los jesuítas. Abríaseles a éstos la correspondencia, en busca de motivos de acusación; a sus amigos y discípulos se les excluía de los cargos públicos; eran presentados para las mitras los eclesiásticos más conocidos por su aversión a las doctrinas y al Instituto de la Compañía, lo cual explica la actitud que guardaron luego muchos obispos; «se sembró España de espías secretos, se promovieron quejas, denuncias y falsos testigos, se abrigó a todo maldiciente de jesuítas; y cuantos empleos vacaban servían para premiar amigos y aumentar partidarios» (F. Gutiérrez de la Huerta).

Apenas murió la Reina madre, Isabel Farnesio, devotísima, como todos los Farnesios, de la Compañía de Jesús, sintiéronse los conjurados con las manos libres para influir de un modo decisivo en Carlos III, quien, al decir de Menéndez y Pelayo, «era hombre de cortísimo entendimiento, más dado a la caza que a los negocios, y aun terco y duro, bueno en el fondo y piadoso, pero con devoción poco ilustrada, que le hacía solicitar de Roma la canonización de un leguito llamado el Hermano Sebastián, de quien era frenético devoto; al mismo tiempo que consentía y autorizaba todo género de atropellos contra cosas y personas eclesiásticas, y de tentativas para descatolizar a su pueblo».

Urgía, por un lado, Pombal a que se consumase la obra por él empezada; urgía, por otro Francia, más unida que nunca a España por el funesto Pacto de Familia; y urgía, especialmente, Choiseul, francmasón lo mismo que Voltaire y los principales enciclopedistas. Sus correligionarios españoles, agrupados en torno del Conde de Aranda, primer Gran Oriente de la masonería en nuestra patria, acechaban el momento propicio para descargar el golpe, y creyeron hallarlo en el motín de Esquilache (Domingo de Ramos de 1766). Había dado este ministro extranjero (Squillace) un decreto prohibiendo el traje nacional de capa larga y

sombrero gacho, y de aquí tomó ocasión la plebe madrileña, irritada hacía tiempo por el encarecimiento de las subsistencias, para promover una asonada callejera, que infundió verdadero pavor a Carlos III y que se repitió en muchas ciudades de la Península. ¿Quién iba a pensar que los jesuítas, amantes y veneradores del Rey hasta el exceso, habían de resultar los culpables? Pues Voltaire lo sabía de antemano, porque, escribiendo a Federico II, le decía: «Sabed que los jesuítas acaso podrán dar ocasión para ser arrojados de España... La corte trata de hacer ver que han excitado los pueblos a la rebelión... ¡Qué siglo tan desgraciado para la corte de Roma! Se ve abiertamente atacada en Polonia; de Francia y de Portugal se arrojan sus guardias de corps; y se espera que España hará lo mismo.»

Efectivamente, el Conde de Aranda obtuvo del Rey la formación de un tribunal extraordinario y secretísimo, cuya misión era aparentemente averiguar el origen del tumulto de Madrid, y en realidad preparar la expulsión de los jesuítas; y quiso que esta *Sala especial* se separase del *Consejo pleno* de Castilla, porque en éste eran todavía numerosos los partidarios de la Compañía.

Díjose que entre los amotinados alguien había visto al Padre Isidro López, Procurador de la Provincia de Castilla, jesuíta influyente en la corte, y que en el Colegio de Vitoria se habían descubierto unos papeles impresos clandestinamente; pero la primera especie, ni se probó, ni tiene visos de verosimilitud, y la segunda se refiere a unos impresos sin relación alguna con el motín, pues eran simplemente Breves del Papa y cartas de obispos franceses en elogio de la Compañía. No obstante, el resultado de la consulta secreta fué sentenciar como autores del motín a los jesuítas, y descubrir en todo, según la redacción del fiscal Campomanes, «la mano de un cuerpo religioso que no cesa de inspirar aversión general al Gobierno y a las saludables máximas que contribuyen a reformar los abusos, por lo cual convendría iluminar al pueblo para que no fuera juguete de credulidad tan nociva y desarmar a ese cuerpo peligroso que intenta en todas partes sojuzgar al trono y que todo lo cree lícito para alcanzar sus fines».

«De este cúmulo de gratuitas suposiciones deducían los fisca-

les, no la necesidad de un proceso, sino de una *clemente* providencia *económica y tuitiva*, mediante la cual, sin forma de juicio, se expulsase inmediatamente a los regulares, como se había hecho en Portugal y en Francia, sin pensar en reformas, *porque todo el cuerpo estaba corrompido, y por ser todos los Padres terribles enemigos de la quietud de los monarcas*. Convenía, pues (al decir del Consejo Extraordinario), que en la Real Pragmática no se dijesen motivos, ni aun remotamente se aludiera al instituto y máximas de los jesuítas, sino que el Monarca se reservase en su real ánimo los motivos de tan grave resolución, e impusiese alto silencio a todos sus vasallos que en pro o en contra quisieran decir algo. Como se propuso, así se efectuó» (M. y P.).

Tal vez se añadió, para mover al Rey, la doble calumnia de que defendían los jesuítas la candidatura del Infante Don Luis contra los hijos de Carlos III, y de que difamaban a éste suponiéndole hijo, no de Felipe V, sino de Isabel Farnesio y Alberoni.

Lo cierto es que Carlos III, tan alabado por liberales y progresistas, firmó, en 27 de marzo de 1767, el extrañamiento de todos los jesuítas, incluso los novicios, si querían seguirlos; decreto inhumano, escarnio de la libertad y de la cultura, de cuya ejecución se encargó el Conde de Aranda, el *nuevo Alcides*, vitoreado por Voltaire, incensado por Rousseau, D'Alembert y comparsa. El 1 de abril, en Madrid, y el 3 de abril, en el resto de España, todas las casas de la Compañía de Jesús, antes del amanecer, se vieron cercadas de tropas, según la instrucción cautelosa y draconiana dada por Aranda a los jueces ejecutores. «La primera diligencia—decía—será que se junte la Comunidad, sin exceptuar ni al Hermano cocinero, requiriendo para ello antes al Superior en nombre de S. M., haciéndose al toque de la campana interior privada de que se valen para los actos de comunidad, y en esta forma, presenciándolo el escribano actuante con testigos seculares abonados, leerá el Real Decreto de Extrañamiento y ocupación de temporalidades, expresando en la diligencia los nombres y clases de todos los jesuítas concurrentes.

»Les impondrá que se mantengan en la sala capitular...

»Hecha la intimación, procederá sucesivamente, en compañía de los Padres Superiores y Procurador de la casa a la judicial

ocupación de archivos, papeles de toda especie, biblioteca común, libros y escritos de aposentos...

»Consecutivamente proseguirá el secuestro con particular vigilancia; y, habiendo pedido de antemano las llaves con precaución, ocupará todos los caudales y demás efectos de importancia, que allí haya, por cualquier título de renta o depósito.

»Las alhajas de sacristía e iglesia bastará se cierren, para que se inventaríen a su tiempo...»

Fácil es de entender la sorpresa de los jesuítas, su dolor y su espanto, que les impedía dar crédito a sus ojos mal despiertos, cuando, reunidos en la capilla doméstica, en la biblioteca o en el refectorio, oyeron la lectura del Decreto:

«Habiéndome conformado con el parecer de los de mi Consejo Real..., estimulado de gravísimas causas, relativas a la obligación en que me hallo constituído de mantener en subordinación, tranquilidad y justicia mis pueblos, y otras urgentes, justas y necesarias, que reservo en mi real ánimo, usando de la suprema autoridad económica que el Todopoderoso ha depositado en mis manos para la protección de mis vasallos y respeto de mi Corona; he venido en mandar extrañar de todos mis dominios e Indias, islas Filipinas y demás adyacentes, a los regulares de la Compañía, así sacerdotes como coadjutores o legos, que hayan hecho la primera profesión, y a los novicios que quisieren seguirles, y que ocupen todas las temporalidades de la Compañía en mis dominios...»

Conteniendo las lágrimas, bajaron la cabeza los jesuítas y aceptaron con el corazón roto la pena ignominiosa del ostracismo y la completa expoliación. Ni siquiera se les permitió llevar libros, fuera del Breviario y algún librito de devoción, ni otras cosas que las de uso particular y alguna ropa blanca.

Presos como malhechores, amontonados en carruajes, comiendo mal y durmiendo peor, hicieron el viaje a los puertos de Tarragona, Cartagena, Puerto de Santa María, La Coruña, Gijón, Santander, Bilbao, Ferrol, etc., de donde fueron trasladados en medio de increíbles penalidades, a las costas pontificias. Los jóvenes, sobre todo, dieron magníficas pruebas de amor a su vocación; y los ancianos y enfermos, ejemplos admirables de paciencia

y heroísmo hasta la muerte. El pueblo cristiano miraba con estupor y lágrimas, a veces con aclamaciones irrefrentables, la marcha de los que hasta ayer fueran sus Padres, sus bienhechores, sus maestros; pero había pena de muerte para el que hablase en pro o en contra de la expulsión.

«El horror que produce en el ánimo—escribe el autor de los *Heterodoxos*—aquel acto feroz de embravecido despotismo en nombre de la cultura y de las *luces*, todavía se acrecienta al leer en la correspondencia de Roda y Azara las cínicas y volterianas burlas con que festejaron aquel salvajismo.»

De Roda son estas equívocas y repugnantes palabras: «Por fin se ha terminado la *operación cesárea* en todos los colegios y casas de la Compañía.» Y del mismo a Choiseul: «La operación nada ha dejado que desear: hemos muerto al hijo; ya no nos queda más que hacer otro tanto con la madre, nuestra Santa Iglesia Romana.»

La voz del Papa. Rumbo a Italia

Triste es confesar que los más de los obispos, movidos, o por el espíritu regalista, o por la esperanza de mercedes cortesanas, se plegaron más o menos a la tiranía oficial, distinguiéndose por su virulencia el Arzobispo de Burgos Rodríguez de Arellano, de ideas galicanas, y lo mismo aconteció con muchos Superiores religiosos, aunque sin llegar, claro está, a la salvaje exultación de Fray Javier Vázquez en carta a su amigo Roda: «*Cantemus Domino: gloriose enim magnificatus est* en España con haberse purgado de unas sabandijas enemigos de las almas y de los cuerpos.»

Jerarcas de menos pasión y más espíritu eclesiástico, escribían de otro modo, como el Cardenal Primado y Arzobispo de Toledo, Fernández de Córdoba, dando cuenta al Papa de lo sucedido: «Esto es, Ssmo. Padre, lo que hasta ahora ha ocurrido y cuanto sincerísimamente hago presente a Vuestra Santidad, con la más fiel confesión de que en estos religiosos nunca he observado más que una exacta aplicación al cumplimiento de su Instituto y un fervoroso celo para el mayor culto de Dios y aprovechamiento de los fieles.»

Carlos III participó inmediatamente al Papa su resolución de arrestar a todos los jesuítas de sus dominios y de enviárselos, para que los tuviera bajo su *inmediata, santa y sabia dirección.* Cuenta Monseñor Azpuru, Ministro de España en Roma, encargado de entregar la carta al Pontífice, que Clemente XIII quedó como aturdido y se echó a llorar amargamente. La respuesta fué el Breve *Inter acerbissima,* capaz de conmover las entrañas de cualquier hijo de la Iglesia, por desnaturalizado que estuviere. *Tu quoque, fili mi?*—exclamaba el Vicario de Cristo.

«¿Tú también, hijo mío, tú, Rey católico, a quien tanto amamos, habías de ser el que colmara el cáliz de nuestras amarguras y empujara al sepulcro Nuestra vejez llena de lágrimas y dolor? ¿Ha de ser el religiosísimo y piadosísimo Rey de las Españas quien, con el apoyo de su brazo, destinado por Dios para la defensa de la Iglesia y bien de las almas, ayude a los enemigos de Dios y de la Iglesia, privando a sus pueblos para siempre de una Orden que debe su origen y esplendor a aquellos héroes de la santidad elegidos por Dios de la nación española para la dilatación de su mayor gloria? Pensando en las tristes consecuencias, mis fuerzas desfallecen. Y lo que más hondamente aflige Nuestro corazón es el temor de que el prudente, el bondadoso, el íntegro Carlos III, que ni al último de sus vasallos querría hacer un agravio, ponga en peligro su eterna salvación, al exterminar, sin averiguación judicial, sin interrogatorio de testigos, sin forma de proceso legal, toda una Orden religiosa, consagrada al servicio de Dios y del pueblo... Protestamos ante Dios y ante los hombres, que la Corporación, el Instituto, el espíritu de la Compañía son del todo inocentes, y no sólo inocentes, sino píos, útiles y santos... No recordaremos aquí los ruegos de vuestra difunta esposa, que desde el cielo testifica su amor a la Compañía, sino los ruegos de la Esposa de Cristo, de la Santa Iglesia, que no puede ver sin lágrimas la destrucción de un Instituto que en todo tiempo ha producido frutos tan espléndidos... Por el dulce nombre de Jesús, que fué siempre la divisa de los hijos de San Ignacio; por el de la bienaventurada Virgen María, cuya Inmaculada Concepción Vos siempre habéis defendido; por Nuestra afligida ancianidad, rogamos y conjuramos a V. M. se digne revocar el decreto, o al menos suspender su ejecución. Estamos seguros de que V. M. comprenderá muy pronto que la punición y la ruina de todo el Cuerpo no son justas ni proporcionadas a la culpa, si es que algunos pocos se hallaren culpables.»

Eterna gratitud guardará la Compañía a Clemente XIII por esta cálida defensa, reconociendo juntamente que en buena parte la intrepidez del Papa Rezzonico se debió al valor de su Secretario de Estado, Cardenal Luis M. Torrigiani, al odiado por el regalista Roda.

Gravísimo fué igualmente la amonestación del Papa al confesor del Rey. Todo en vano. Carlos III replicó que no podía volver pie atrás. Entonces Clemente XIII, mirando por su honor y por la justicia y el derecho, hizo lo que competía a un Jefe de Estado: prohibir que aquellos miles de españoles pusieran el pie en territorio pontificio.

Y he aquí a nuestros jesuítas, llegados al puerto de Civita-Vecchia, cambiar de rumbo para ser arrojados como averiada mercancía, o, en frase del apóstol, «tamquam purgamente hujus mundi», a las playas inhospitalarias de Córcega, salir de allí a los pocos meses, por haber pasado la isla del poder de Génova al de Francia, y vagar errantes por aquellos mares, sufriendo penalidades sin cuento, rechazados por todo el mundo, hasta que el Papa, compadecido, los admitió en sus Estados. En la legación de Bolonia se establecieron los jesuítas de Castilla y la mayor parte de los mejicanos. Los de Toledo se acomodaron en Forli y los de Andalucía en Rímini. Los del Paraguay hallaron sitio en Faenza, los de Chile en Imola, los de Santa Fe y Quito en varias ciudades de la marca de Ancona y del Ducado de Urbino, y, por fin, los de Filipinas, en Bagnavacallo. Eran alrededor de 2.700 los venidos de España, y otros tantos los de Ultramar. Para su mantenimiento no bastaba, ni con mucho, la exigua pensión que les pasaba el Rey de España. Vivir del fruto de sus ministerios espirituales no era posible, porque disgustaría a los eclesiásticos italianos, excesivamente numerosos para las necesidades del país. Por eso, y para no caer en la ociosidad, se dedicaron a las ciencias y a la literatura. Así, al mismo tiempo, se consolaban, en cuanto podían, de la afrenta que pesaba sobre ellos por pertenecer a una Orden que se había atraído el odio y el desprecio de todas las gentes. Nada de extraño tiene que bastantes, sin virtud para soportar humillación tan heroica, se procurasen la secularización,

Efectos de la expulsión en España

Fácil nos sería demostrar, con la copia de datos que aduce el P. Frías en la Introducción a su Historia de la Compañía moderna, el profundo descenso que las ciencias eclesiásticas, la educación y la moral cristiana experimentaron en nuestra desgraciada patria, por el cierre de 112 colegios en España y 120 en América, dirigidos por jesuítas, y por la simultánea inundación de las obras de Voltaire, Diderot, D'Alembert, Holbach, Rousseau y demás filósofos irreligiosos, así como por la divulgación de Febronio, Pereira y de libros jansenistas. Contemplando en 1810 el «Filósofo Rancio» la decadencia religiosa española, echa de menos la sólida formación que cincuenta años antes se recibía en España, y trazando un animado cuadro de aquella pedagogía, donde se había moldeado su espíritu, «debíanse—dice—las ventajas de aquella nuestra buena educación principalmente a los jesuítas, porque ellos eran los que en casi todas partes estaban hechos cargo de ella». Más trascendental fué para España la falta de educadores, que no la pérdida de aquellos varones insignes elocuentemente evocados por Menéndez y Pelayo:

> «Nada queda sin castigo en este mundo ni en el otro; y sobre los pueblos que ciegamente matan la luz del saber y reniegan de sus tradiciones científicas, manda Dios tinieblas visibles y palpables de ignorancia. En sólo un día arrojamos de España al *Padre Andrés*, creador de la Historia Literaria, el primero que intentó trazar un cuadro fiel y completo de los progresos del espíritu humano; a *Hervás y Panduro*, padre de la Filología comparada y uno de los primeros cultivadores de la Etnografía y de la Antropología; al *P. Serrano*, elegantísimo poeta latino; a *Lampillas*, el apologista de nuestra literatura contra las detracciones de Tiraboschi y Bettinelli; a *Nuix*, que justificó contra las declamaciones del abate Raynal la conquista española en América; a *Masdéu*, que tanta luz derramó sobre las primeras Edades de nuestra Historia, siempre que su crítica no se trocó en escepticismo, conforme al gusto de su tiempo; hombre ciertamente doctísimo, y a cuyo aparato de erudición no iguala ni se acerca ninguno de nuestros historiadores; a *Eximeno*, filósofo sensualista, matemático no vulgar e ingenioso autor de un nuevo sistema

de estética musical; a *Garcés*, acérrimo purista, enamorado del antiguo vigor y elegancia de la lengua castellana, dique grande contra la incorrección y el galicismo; al *P. Arévalo*, luz de nuestra historia eclesiástica y de las obras de nuestros Santos Padres y poetas cristianos, que ilustró con prolegómenos tan estimables como la *Isidoriana* o la *Prudentiana*, que Huet o Montfaucon o Zaccaria no hubieran rechazado por suyos; al Padre *(sic) Arteaga* (a quien debe Azara la mayor parte de su postiza gloria), autor del mejor libro de estética que se publicó en su tiempo, historiador de las revoluciones de la ópera italiana, hombre de gusto fino y delicadísimo en toda materia de arte, sobre todo en la crítica teatral, como lo muestran sus juicios acerca del Metastasio y Alfieri, que Schlegel adoptó íntegros; al *Padre Aymerich*, que exornó con las flores de la más pura latinidad un asunto tan árido como el episcopologio barcelonés, y que luego en Italia se dió a conocer por paradojas filológicas, entonces tan atrevidas, como la defensa del latín eclesiásitco y el deslinde de la *lingua rustica* y la *urbana*; al *P. Pla*, uno de los más antiguos provenzalistas, émulo de Bastero y precursor de Raynouard; al *P. Gallisá*, discípulo y digno biógrafo del gran romanista y arqueólogo Finestres; a *Requeno*, el restaurador de la pintura pompeyana e historiador de la pantomima entre los antiguos; a *Colomés y Lasala*, cuyas tragedias admiraron a Italia y fueron puestas en rango no inferior a la *Mérope* de Maffei; al *P. Isla*, cuya popularidad de satírico, nunca marchita, y el recuerdo del *Fray Gerundio* bastan; a Montegon, único novelista de entonces, imitador del *Emilio* de Rousseau, en el *Eusebio;* al *P. Aponte*, maravilloso helenista, restaurador del gusto clásico en Bolonia, autor de los *Elementos Ghefirianos*, maestro de Mezzofanti, e insuperable traductor de Homero, al decir de Moratín; al *P. Pou*, por quien Herodoto habló en lengua castellana; a los matemáticos *Campserver* y *Ludeña;* al *P. Alegre*, insigne por su virgiliana traducción de Homero; al *P. Landívar*, cuya *Rusticatio Mexicana* recuerda algo de la hermosura de estilo de las *Geórgicas*, y anuncia en el poeta dotes descriptivas de naturaleza americana no inferiores a las de Andrés Bello; a *Clavijero*, el historiador de la primitiva Méjico; a *Molina*, el naturalista chileno; al *P. Maceda*, apologista de Osio; al *P. Terreros*, autor del único diccionario técnico que España posee; al *P. Lacunza*, peregrino y arrojado comentador del *Apocalipsis*, acusado de renovar el *milenarismo;* al *P. Gustá*, controversista incansable, siempre envuelto en polémica con jansenistas y filosofantes, impugnador de Mesenghi y Tamburini, y apasionado biógrafo de Pombal; al *Padre Pons*, que cantó en versos latinos la atracción newtoniana; al *P. Prats*, ilustrador de la inscripción de Rosetta y de la rítmica de los antiguos; a *Prat de Saba*, bibliógrafo de la Compañía y fecundísimo poeta latino, autor del *Pelayo*, del *Ramiro* y del *Fernando*, ingeniosos remedos virgilianos; a *Diosdado Caballero*, que echó las bases para

> la historia de la tipografía española, sin que hasta la fecha ni él ni el agustiniano Méndez hayan tenido sucesores; al *P. Gil*, vindicador y defensor de las teorías de Boscowic... ¿Quién podrá enumerarlos a todos? ¿Quién hallará en la lengua palabras bastante enérgicas para execrar la barbarie de los que arrojaron de casa este raudal de luz, dejándonos para consuelo los pedimentos de Campomanes y las Sociedades Económicas?»

Añadamos los nombres de Juan Andrés Navarrete († 1809), José Manuel Peramás († 1793), Juan Clímaco Salazar († 1815) y al bilbilitano Vicente Alcoverro († 1801) salido de la Compañía en 1768, famoso por su soneto a propósito del nombre «ex jesuíta».

¡Curiosa coincidencia! El día 24 de abril de 1767, casi a las mismas horas en que se ejecuta la nocturna expulsión de los jesuítas españoles, sale el decreto de Carlos III autorizando la entrada de 6.000 colonos extranjeros, alemanes y flamencos. Y váyase lo uno por lo otro. Así empezábamos a europeizarnos. Cuando los enemigos de la Hispanidad quisieron matar el alma, destruir la esencia de aquel gran Imperio, empezaron por deshacerse de los hijos de San Ignacio en la metrópoli y en ultramar.

La expulsión de América

Francisco de Paula Bucareli, Gobernador de Buenos Aires, elevado a aquel puesto en atención a sus sentimientos antijesuíticos, recibió en 7 de junio de 1767 la pragmática sanción de Carlos III, con las instrucciones secretas del Conde de Aranda, para que las transmitiese al Gobernador de Chile, al Presidente de la Audiencia de Charcas y al Virrey del Perú. Con gran despliegue de fuerzas armadas y con el mismo sigilo que en España, ejecutóse el arresto de los jesuítas en Buenos Aires al amanecer del 3 de julio; en Chile, el 26 de agosto; en el Perú, el 9 de septiembre, y en las misiones del Paraguay, solamente al cabo de un año, quizá por temor a un levantamiento de los indios, que gracias a los misioneros se logró evitar.

Sobre Nueva España ha escrito el notable historiador mejicano Carlos Pereyra:

«A las cuatro de la madrugada del 25 de junio de 1767 un tropel de hombres armados se presentó a las puertas del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, en la ciudad de Méjico. Mandaba esa fuerza, o, más bien, iba asistido por ella, el visitador D. José de Gálvez, quien, a una hora tan inusitada para todo negocio, iniciaba, con harta premura y regocijo, el cumplimiento del decreto de expulsión de los Padres de la Compañía de Jesús, dado el 27 de febrero de ese mismo año, y mantenido en secreto riguroso para su simultánea ejecución en todos los dominios del Rey de España y de las Indias. Pocas horas después de haberse presentado Gálvez en la casa principal de los jesuítas, el Virrey, Marqués de Croix, publicaba un bando para que fuese conocido el decreto y para amenazar de muerte a los que estorbasen el cumplimiento de la disposición que, por motivos que se reservaba el Real pecho, había expedido S. M. El Virrey anunciaba que la severidad inflexible de las sanciones caería sobre todos los *que en público o en secreto hicieran conversaciones, juntas, asambleas, corrillos o discursos por palabra o por escrito.* Aprovechaba la ocasión para digirigir una advertencia general y solemne a los mejicanos. En efecto, *de una vez para lo venidero, deben saber los súbditos del Gran Monarca que ocupa el trono de la España, que nacieron para callar y obedecer y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del Gobierno...* La traslación de un número tan crecido de personas no era negocio llano, como podía pensarse. Casi dos años fueron necesarios para que los jesuítas de Méjico pasaran a Italia, y en el penoso viaje perecieron 101, de los cuales 34 fueron víctimas de vómito en Veracruz, 9 en La Habana, 11 en el mar y 9 en el Puerto de Santa María... Los mejicanos enmudecían, pero interiormente abominaban del Rey. Sólo algunos sujetos de gran entereza protestaron. Tales fueron el Dr. D. Domingo Valcárcel, Decano de la Real Audiencia de Méjico; el canónigo D. Francisco Javier Esnaurrízar y el Doctor D. Antonio López Portillo. Los tres fueron enviados a España bajo partida de registro. Acompañábalos la simpatía del elemento criollo. A la vez, caía todo el desprecio público sobre los individuos que, como el obispo de Puebla, Fabián y Fuero, ensañándose contra los perseguidos, aprovechaban la ocasión para cubrir de adulaciones al ilustrado déspota... No se podría exagerar la importancia que tuvo para el país la expulsión de los jesuítas. Faltaron, precisamente, cuando eran insustituíbles sus servicios para contener los empujones de los indios bravos del Norte, que, desalojados por el avance de las colonias anglosajonas, buscarían, como buscaron, espacio para sus correrías en las provincias internas. Solamente las jesuítas, con el celo y el don especialísimo que los distinguía, hubieran podido intentar una obra de amansamiento y de reducción de las terribles hordas... Por otra razón también tuvo consecuencias irreparables la separación de los Padres de la Compañía. Eran los educadores de las clases acomo-

dadas. No había quien los reemplazase... No hay español ni americano que deje de reconocer los méritos de los hombres eminentes incluídos en la proscripción.»

El número de jesuítas en Méjico hacia 1760 era de 669, en Nueva Granada 238, en Quito 270, en el Perú 465, en el Paraguay 457, en Chile 346 y en el Brasil y Marañón 599.

«La opinión pública de las colonias—agrega un historiador argentino—recibió la tiránica orden con indignación y asombro. Gálvez y el Marqués de Croix hubieron de reprimir motines en Guanajuato, San Luis de la Paz, San Luis de Potosí, etc., no obstante el autoritario bando publicado por el Virrey... El Virrey Amat en el Perú, Guill y Gonzaga en Chile y los hermanos Bucarelli en Buenos Aires y en La Habana tuvieron también que contener manifestaciones sediciosas contrarias a la expulsión, aunque no tan graves como las de Méjico... Con la expulsión de los jesuítas se rompieron los fuertes lazos que habían unido la Iglesia americana con la corona española» (C. Navarro y Lamarca).

En el ya citado P. Frías pueden verse testimonios, como el del Obispo de Santa Cruz de la Sierra, quien afirma que, expulsados los jesuítas, no había en el país quien enseñase a leer, escribir y latinidad, «como si fuese un pueblo bárbaro».

«Honda brecha abrió la expulsión de los jesuítas eu la cultura literaria del Ecuador, que apenas tenía más profesores de Humanidades que aquellos Padres», exclama Menéndez y Pelayo después de nombrar a los poetas Juan B. Aguirre, de Guayaquil, José Orozco y Ambrosio Larrea, de Ríobamba, Román Viescas, de Ibarra, Juan de Velasco, mejor historiador que poeta, Mariano Andrade, Joaquín Ayllón, etc.

Y tratando de la Argentina:

«Los jesuítas (Techo, Xarque, Lozano, Guevara) eran los únicos que habían hecho la historia civil y religiosa del país. Si existían mapas especiales del territorio, a ellos se debían; e imperfectos y todo, eran los únicos que habían servido de base para el arreglo de límites con los portugueses en 1750. Asperge, Montenegro, Lozano, habían sido los únicos exploradores de la fauna y de la flora argentinas. No habían faltado tampoco, a lo menos en los últimos tiempos, alguno que otro cultivador de los estudios amenos, entre ellos el ya citado P. Peramás, de quien se citan un poema manuscrito sobre *La Reli-*

gión en el Nuevo Mundo y dos elegías latinas sobre la expulsión, además de las biografías de los misioneros del Paraguay, que publicó en Faenza durante su destierro, juntamente con una especie de utopía política muy curiosa, en que se compara la administración de las misiones del Paraguay con la república de Platón.»

«La expulsión de los jesuítas—dice en otra parte—, que habían dado a Chile sus dos principales historiadores, Ovalle y Rosales, e iban a añadir a estos nombres el del gran naturalista Molina, vino a ser grave contratiempo para los estudios de Humanidades, que en Chile, como en lo demás de América, corrían casi exclusivamente a su cargo.»

Más de doler son los estragos producidos en las misiones. El número de neófitos al cuidado de los jesuítas en los dominios españoles eran unos 477.667, repartidos en esta forma:

Chile	7.718
Ecuador	7.586
Perú	55.000
Paraguay	113.716
Nueva Granada	6.954
Méjico	122.009
Filipinas y Marianas	165.052

¿Qué fué de aquellos pobres indios al ser desposeídos de sus Padres? Algunos, como los de California, quedaron encomendados a excelentes misioneros franciscanos y dominicos, pero otros muchísimos abandonaron la vida civilizada para tornarse a la selva. A principios del siglo XIX sólo quedaban de las famosas reducciones guaraníticas ruinas de templos y de pueblos entre enmarañados matorrales.

La supresión de la Compañía de Jesús

Tanucci, el Ministro volteriano y regalista, que ejercía sobre el joven Fernando IV de Nápoles, hijo de Carlos III, el mismo influjo que antes sobre su padre, no podía tardar en seguir los pasos de Pombal, Choiseul y Conde de Aranda; y, en efecto, el 20 de noviembre de 1767, a la una de la noche, mandó a sus oficiales apoderarse de las casas de la Compañía.

En el Ducado de Parma y Plasencia, feudo de la Santa Sede, pero gobernado por el Príncipe Fernando, sobrino de Carlos III,

o, más bien, por el Ministro Du Tillot, se retrasó la expulsión de los 150 jesuítas que allí trabajaban, hasta febrero de 1768, por creer aquel impío Ministro, amigo de Voltaire y de Roda, que estaba próxima la abolición de la universal Compañía.

Ya en noviembre de 1767 Pombal había propuesto a las cortes de España y Francia aunar sus esfuerzos contra la Compañía de Jesús y pedir a Roma la supresión; para obtenerla, amenazarían al Papa con expulsiones de Nuncios, violación de las inmunidades eclesiásticas, convocación de un Concilio general y aun declaración de guerra.

Casi todas estas amenazas se llevaron a la práctica, y el Gobierno francés arrebató a Clemente XIII la ciudad de Avignon, mientras las tropas napolitanas se apoderaban de Benevento y Pontecorvo. Choiseul ofreció al Cardenal Rezzonico, sobrino del Papa, cien mil escudos de parte de Francia y la esperanza de otros tantos de parte de España, si lograba convencer a su tío y moverlo a suprimir la Compañía. A los reiterados asaltos que las cortes borbónicas dieron a la inquebrantable fortaleza del Pontífice, éste respondió, sin intimidarse: *No e poi, no!* En una reunión de ocho Cardenales, cuatro se expresaron en favor de la supresión; reconocían que la Compañía de Jesús se había hecho benemérita de la religión y que no había caído en relajación, pero pensaban que, no queriéndola tener los Monarcas en sus Estados, el conservarla era exponer a la Iglesia a grandes peligros. No pensaba así Torrigiani. Y Clemente XIII dijo, en los últimos días de su vida, que se dejaría cortar las manos antes que firmar el decreto de extinción.

A todo esto, ¿qué intrigas, que ocultas maniobras, qué poderosos recursos ponían en juego los influyentes jesuítas para conjurar la catástrofe que les amenazaba? Las órdenes del P. Ricci a todas las Provincias eran: «que se ayune todos los primeros viernes de mes; que el mismo día haya comunión de comunidad de todos los Hermanos; que los tres días antes de la fiesta del Sagrado Corazón se hagan algunos ejercicios espirituales para prepararse a celebrar dignamente la dicha fiesta; en la cual se ha de empezar ya este año a rezar el oficio propio del Sagrado Corazón de Jesús».

Bien habían menester que el Corazón divino los tomase bajo su protección, ya que el 2 de febrero de 1769 moría su gran protector, el Papa Clemente XIII, y al momento las cortes borbónicas se ponían de acuerdo para que la elección del nuevo Pontífice saliese a la medida de sus deseos.

Por medio de los Cardenales Luynes, Orsini y Bernis, hicieron sentir constantemente su peso en el Cónclave, a fin de obtener un Papa que no fuera *inmunista* ni partidario de la Compañía de Jesús. ¿Reunía estas condiciones el franciscano conventual Lorenzo Ganganelli? Hay testimonios en pro y en contra. Lo que da bastante luz es que al ser elegido con el nombre de Clemente XIV (mayo de 1769), los Borbones cantaron victoria, se entonó un Te Deum en la capilla real de Madrid, y en la corte hubo tres días de fiesta con iluminaciones públicas. Los Cardenales españoles que intervinieron en el Cónclave, el Arzobispo Solís, de Sevilla, y La Cerda, Patriarca de las Indias, recibieron dos mil doblones cada uno; a Solís se le añadieron luego otros mil doblones. A Tomás Azpuru, Ministro de España en Roma, y uno de los más activos muñidores en el asunto del Papa y de los jesuítas, se le premió con el Arzobispado de Valencia. Análogas recompensas obtuvieron en Francia Choiseul y Bernis.

Clemente XIV, según Pastor, era prudente hasta la doblez, tímido, afable y hábil, aunque sin experiencia del mundo ni amplitud de horizontes. De Cardenal, ambicionó la tiara, y con ese fin, procuró agradar a los amigos y a los adversarios de los jesuítas. No es cierto, aunque lo afirme Choiseul, que diera palabra a Carlos III de extinguir la Compañía si resultaba elegido; pero sí que «se explicó en términos que el Cardenal de Solís no dudó haría dicha extinción si ascendiese al Pontificado» (Azpuru).

«La incoherencia de su conducta, antes y después de su exaltación, es innegable, y parece que se debía, según graves personajes contemporáneos, a una enfermedad y debilidad mental, que le privaba, tal vez, de tiempo en tiempo, de la clara comprensión de los asuntos y de la plena libertad de sus actos. Esto, tal vez, sin excusar la enormidad objetiva de los hechos en sí considerados, ni agravar la culpa subjetiva de su autor, podría explicar la serie de incomprensibles providencias que tomó, comen-

zando por la aspereza inconveniente en el trato con que acogió por vez primera al General Ricci, a diferencia de lo que hizo con otros Superiores religiosos; se negó después otras veces a recibirlo, y al encontrarse con los jesuítas por las calles de Roma, volvía la vista a otra parte para no bendecirlos» (E. Rosa). En 1771 mandó a todos los obispos de sus Estados que no permitiesen a los jesuítas allí refugiados administrar los Sacramentos, ni predicar, ni enseñar el catecismo. El P. Cordara, buen conocedor y apologista de Ganganelli, opinaba que Clemente XIV nunca fué enemigo de la Compañía, y que las duras medidas que tomó contra ella, antes de la extinción, fué para calmar la ira de sus enemigos y no verse forzado a decretar la última pena.

Fué una fatalidad que el Papa escogiese por confesor y hasta por favorito y consejero al P. Buontempi, fraile conventual, de cuyos sentimientos dice bastante esta su exclamación: *Pluguiera a Dios que no hubiera nacido San Ignacio.* Desde un principio se puso de parte de los Gobiernos que acosaban a Clemente XIV y le urgían a que apresurase la extinción de los jesuítas, aterrorizándole de manera que más de una vez le arrancaron promesa de que lo haría.

En lugar de Azpuru, determinó el Gobierno español enviar un representante de más talento y, sobre todo, más enérgico, cual era el fiscal José Moñino (1772), «hombre de los que llaman *graves*, nacido y cortado para los negocios; supliendo con asidua laboriosidad y frío cálculo lo que le faltaba de grandes pensamientos; conocedor de los hombres...; a ratos laxo y a ratos rígido, según convenía a sus fines...; más ferozmente absolutista que ninguno de los antiguos sostenedores de la *Lex Regia*, y a la vez reformador incansable, dócil servidor de las ideas francesas» (M. y P.).

Había recibido de Carlos III, poseído de maniático frenesí contra la Compañía, instrucciones precisas para obtener su abolición, echando mano de todos los medios, lo mismo halagos que amenazas. Para eso se hizo amigo de Buontempi, con quien solía tener secretas conferencias en la villa Negroni, a las que asistía también el Ministro portugués Almada. Secundábale en sus negociaciones el Cardenal de Bernis, recién nombrado Ministro de

Francia en Roma, y, por supuesto, el agustino Vázquez, y más de cerca el agente español Nicolás de Azara, espíritu cáustico y maleante, muy entendido en bellas artes y amigo de literatos, curialista de malas mañas y perfecto volteriano.

Moñino, con su diplomacia brutal, mezcla de franqueza, de finura psicológica y de violencia dominadora, fué el verdugo de Clemente XIV: le apretaba, le exigía, ora arguyéndole, ora refutándole, ora inspirándole confianza, atacándole reciamente y sin cesar hasta el último atrincheramiento, siempre dispuesto, como él decía, a usar del garrote; de suerte que el débil y condescendiente Clemente XIV llegó a tenerle verdadero miedo. Lo que no conseguía directamente del Papa, lo intentaba indirectamente con Buontempi. Y no era el menor de sus argumentos con monseñores y demás, el brillo fascinador de los doblones. Paralelamente influía con todos, altos y bajos, por medio de la imprenta, esparciendo las acusaciones amontonadas por más de dos siglos contra la Compañía y deduciendo la necesidad de su extinción.

Mas, a pesar de todo, el Papa angustiado por la gravedad del paso que se le exigía, iba dando largas al asunto. Los jesuítas entre tanto, sacudidos por la más fiera tempestad, seguían trabajando en silencio con los ojos puestos en el cielo; sus templos eran los más concurridos, sus colegios los más frecuentados por alumnos de todas clases sociales; sus congregaciones, rebosantes de vida, y floridísimos sus noviciados. Sólo la Provincia romana contaba 35 colegios, además de dos casas de probación, dos residencias y una casa profesa, con un total de 755 jesuítas. La Asistencia de Italia, hacia 1750, tenía 3.622, individuos, y la Compañía universal en 1762 unos 22.847, repartidos en seis Asistencias y 49 Provincias, con 61 noviciados, 669 colegios, 171 seminarios, 24 casas profesas, 340 residencias, 271 misiones y 1.542 iglesias. El fervor por las misiones transmarinas no cesó hasta el último momento. La Orden se hallaba en plena vitalidad religiosa y científica.

Pensó alguna vez el Papa en extinguir esta Orden religiosa prohibiendo sencillamente que se recibieran más novicios. Lento era este medio y no gustaba a los Ministros borbónicos. Tampoco les contentaba que se llevase la discusión a un Concilio universal,

porque temían, y con razón, que no saldrían con la suya. Cuestiones tan graves habíanse de tratar por lo menos en consulta de todo el Colegio Cardenalicio; pero resultaba que la mayoría de los Cardenales era opuesta a la supresión de la Compañía, y esto aun después del nombramiento de 1773, en que recibieron el rojo capelo varios desafectos a los jesuítas. entre ellos el Cardenal Zelada.

La Emperatriz María Teresa había otorgado siempre su afecto y su poderosa protección a la Compañía de Jesús, y esto, al par que era un estorbo para el plan de los Borbones, porque el Austria era la mayor de las potencias católicas, significaba un apoyo para el Papa, que andaba buscando pretextos para retrasar cuanto pudiese la supresión de la Compañía. Pero ofrecieron a María Teresa el casamiento de su hija María Antonieta con el Delfín de Francia, y su cariño maternal le hizo traición. Consintió en la ruina de los jesuítas, y el Papa se encontró en escampado, sin defensa. ¡Si hubiera visto la buena Emperatriz lo que el porvenir reservaba para su hija!

Por fin, Clemente XIV se decidió a dar el gran paso. Con inaudita rapidez. el Cardenal Zelada redactó, bajo la inspiración y según la pauta de Moñino, el Breve de supresión, que fué suscrito por el Papa el 21 de julio de 1773, por la tarde. Es larguísimo y sus palabras iniciales son *Dominus ac Redemptor*. Hace mención de las diversas Ordenes o Congregaciones religiosas suprimidas por los Papas; recuerda las aprobaciones pontificias que ha recibido la Compañía; enumera las disensiones internas en tiempo de Aquaviva y los conflictos con Felipe II. las polémicas habidas con otras Ordenes religiosas, las principales acusaciones lanzadas en todo tiempo contra los jesuítas, no confirmándolas con su autoridad pontificia, sino queriendo demostrar que la Compañía ha sido piedra de escándalo; añade, en fin, que los Monarcas actuales se muestran tan quejosos y descontentos de ella, que no habrá paz mientras la Compañía subsista. Visto, pues, que ya no puede producir los ubérrimos frutos de antaño, y por otras razones que no se declaran, Clemente XIV extingue y suprime la Compañía de Jesús, y manda, en virtud de santa obe-

diencia, que nadie ose impugnar, escribir ni hablar de la supresión y de sus motivos.

Moñino hizo imprimir el *Breve* en una imprenta clandestina que tenía en la Embajada de España, y mandar de antemano numerosos ejemplares a Carlos III, quien podía considerarse triunfador. Los verdaderos triunfadores eran el regalismo, el jansenismo y el enciclopedismo. Unos doce mil sacerdotes quedaban reducidos a la inacción; el mundo infiel perdía más de tres mil misioneros, y la sociedad cristiana más de ochocientas instituciones de enseñanza. «Abatida esta falange macedónica—escribió D'Alembert—, poco tendrá que hacer la *razón* para destruir y disipar a los cosacos y genízaros de las demás Ordenes. Caídos los jesuítas, irán cayendo los demás regulares, no con violencia, sino lentamente y por insensible consunción.»

La paz que se prometía Clemente XIV no apareció por ninguna parte, antes cometieron los Soberanos tropelías cada día mayores contra el Pontífice Romano; en cambio, le devolvieron inmediatamente las ciudades de Avignon y Benevento. Moñino procuró que el Gobierno retribuyese largamente a Zelada y Buontempi sus buenos oficios. El, por su parate, recibió el título de Conde de Floridablanca, y luego, a la caída de Grimaldi, subió a Ministro de Estado.

Ejecución del Breve «Dominus ac Redemptor»

Era la tarde del 16 de agosto de 1773, cuando los prelados ejecutores se repartieron por las diversas casas de los jesuítas en Roma, cercadas ya por una tropa de soldados y alguaciles. En el Gesù llamaron a la portería al P. General, a los Asistentes y al Secretario; leyéronles el Breve de extinción en el aposento del portero y preguntaron al P. Ricci si lo aceptaba. «Yo adoro—respondió humildemente—las disposiciones de Dios.» Y ésta fué, en general, la actitud de la Compañía: bajar la cabeza con resignación dolorosa, para morir inocente entre el escarnio y los sarcasmos de los enemigos. Prohibióseles a todos los jesuítas de Roma salir fuera de casa en los ocho días siguientes, mientras se les

confeccionaba el traje que debían vestir en adelante. Estudiantes, coadjutores y novicios debían, libres de sus votos, volver al siglo; los Padres tenían opción a ingresar en otra Orden religiosa o permanecer, como sacerdotes seculares, bajo la autoridad de los obispos. Los bienes de la Compañía no se emplearon, por lo común, en obras pías. Los Soberanos, contra la disposición del Papa, se arrojaron sobre ellos, y ¡cuál no sería su desengaño al apoderarse de los libros de administración y no hallar el Perú que ellos se imaginaban! Las librerías, unas quedaron abandonadas, otras se malvendieron, de las más se incautó el Estado; muchas riquezas bibliográficas desaparecieron, y hoy día tropiezan los eruditos en las principales bibliotecas públicas con ricos fondos jesuíticos.

En Francia tropezó la ejecución del Breve con serios obstáculos, pues Luis XV, influído por su familia, especialmente por su piadosísima hija Luisa, monja carmelita, tuvo un movimiento de compasión hacia los jesuítas, y entre los obispos y buena parte del pueblo se habló de levantar pública protesta contra el decreto de abolición, que, por otra parte, en Francia no debía promulgarse, puesto que allí no existía la Compañía de Jesús.

En Suiza y Alemania, donde los jesuítas, en relativa calma hasta 1773, desplegaron hasta el último instante todos los recursos de su apostolado, fué recibido el Breve de supresión con general disgusto; tanto, que en algunas ciudades, como Lucerna y Augsburgo, hubo temores de tumultos populares. El Arzobispo de Tréveris exclamó: «Cecidit corona capitis nostri!» A mediados de siglo había en el Imperio, sin contar los Países Bajos, 177 colegios y 32 seminarios, 51 residencias, 58 estaciones de misión, 2 casas profesas y 13 de probación, con un total de 5.340 sujetos, repartidos así: Germania Superior, 1.060; Alto Rhin, 497; Bajo Rhin, 772; Bohemia, 1.239. Siguieron aumentando en los años subsiguientes, de tal forma que, en 1770, de la Germania Superior desgajóse una nueva Provincia, la de Baviera, con 546 sujetos y antes (1754) la de Silesia se independizó de Bohemia. Una vez extinguidos, los jesuítas alemanes y austríacos siguieron en gran parte consagrados a las ciencias y a la enseñanza y algunos alcanzaron las más altas dignidades eclesiásticas. El famoso Obis-

po de Ratisbona *Juan Miguel Sailer* estudiaba Filosofía en Ingolstadt al tiempo de la supresión.

En Inglaterra clausuraron sus 9 colegios y 5 residencias. para continuar trabajando. como simples sacerdotes misioneros. en la conversión de sus compatriotas. Un noble y rico católico. Tomás Weld. cedió a los ex jesuítas. primero en usufructo (1790) y luego en propiedad. el castillo de Stonyhurst. con sus posesiones. donde se conservó viva la tradición jesuítica hasta los tiempos modernos. y de allí fueron algunos a juntarse con sus hermanos de la Rusia blanca. v. g.. Guillermo Strickland y Marmaduke Stone (1803). con otros 8 profesos y 14 coadjutores.

¿Qué sucedio en Prusia. reino protestante. gobernado por el Monarca filósofo Federico II? Este enciclopedista coronado. al tiempo de la expulsión de los jesuítas españoles. escribía gozoso a D'Alembert: «¡Vivan los filósofos!. ¡He ahí a los jesuítas arrojados de España! El trono de la superstición está socavado. y se derrumbará en el siglo venidero.» Mas cuando vió que se trataba de la supresión de la Compañía en todo el mundo. se acordó de los 350 jesuítas que tenía bajo su cetro. muchos de ellos en la recién conquistada provincia de Silesia. cuya religión había prometido respetar. pensó en la fructífera labor que hacían aquellos excelentes maestros de la juventud y respondió a sus amigos volterianos que le instaban a que siguiese el ejmplo de los demás Príncipes: «Yo dejaré en paz a los jesuítas. mientras no se metan en política.» «El talento y la ciencia tienen siempre derecho a mi benevolencia.» Cuando llegó el Breve pontificio de abolición. no lo quiso promulgar en sus Estados. y los jesuítas siguieron cumpliendo sus votos y sus reglas. hasta que en 1776. y definitivamente en 1780. tuvieron que dejar la sotana y el nombre. pasando a formar parte del «Real Instituto Literario» (disuelto en 1811).

Más interesante. y verdaderamente provindencial. fué lo acontecido en la Rusia blanca. Cuando llegó a Polonia la noticia de la abolición de la Compañía de Jesús. hallábase aquel católico reino. ya desmembrado por primera vez (1772) y amenazado en su religión. que difícilmente podría mantenerse sin los jesuítas. Por eso se temió que los patriotas polacos se negasen rotunda-

mente a admitir el Breve *Dominus ac Redemptor*. Hubo vacilaciones en la corte y en los obispos, pero cedieron éstos con la esperanza de aprovechar para sus seminarios los colegios y bienes de la Compañía. La ejecución tuvo lugar en octubre de 1773, y la enseñanza pasó a manos de los escolapios. De los 2.400 jesuítas que aproximadamente comprendía el antiguo reino de Polonia, 201, con 4 colegios, 2 residencias y 14 misiones, habían pasado al dominio ruso, cuando en 1772 Catalina II arrebató a Polonia la región que se decía Rusia blanca, y he aquí cómo la ruina de la nación polaca fué la salvación de la Compañía, porque habiendo prometido la Zarina a sus nuevos súbditos que mantendría intactas sus creencias religiosas, se empeñó con más firme terquedad que Federico II en que no se tocase para nada a los jesuítas.

Hay que advertir aquí que, para que una ley o decreto sean válidos, se requiere su promulgación oficial. Ahora bien; dos maneras de promulgación estaban en uso en la curia romana: o bien fijando el decreto en determinados sitios de Roma, ya conocidos por la costumbre, lo cual bastaba para darle validez en toda la Iglesia, o bien intimando el mismo decreto, por medio de un ejecutor, a las personas interesadas. Este segundo medio fué el escogido por Clemente XIV y por la Congregación de Cardenales y prelados encargada de la ejecución. Según ellos determinaron, la promulgación del Breve *Dominus ac Redemptor* debía hacerse en las casas mismas de la Compañía de Jesús, por boca de los obispos respectivos. Y esto es lo que no permitió se hiciese Catalina II; por tanto, «sobre la situación legal de los jesuítas en Rusia, no puede haber duda alguna, por más que entonces no apareciera tan claro a los que más de cerca les interesaba» (L. Pastor). Más aún: los jesuítas, aun teniendo noticia del Breve, no podían, en conciencia, antes de la promulgación, secularizarse; lo contrario hubiera sido violar sus votos religiosos. Con profundo dolor, al par que con heroica sinceridad, para apartar de sí aun la más leve sombra de desobediencia, pidieron instantemente que se promulgase el Breve. Hasta que conocieron la voluntad del Papa, de que continuasen sin mutación alguna.

Fin de los personajes del drama

¿Qué había sido del desgraciado General P. Lorenzo Ricci? Cogido preso juntamente con los Asistentes y otros Padres, los más conspicuos de Roma, se le recluyó primero en el Colegio Inglés y luego en las prisiones del castillo de Santángelo, en una estancia fría y lóbrega y de escasa ventilación, sin poder comunicarse con el exterior ni aun con los demás encarcelados. Entablósele proceso; fué sometido a diversos interrogatorios, y por más que siempre resultaba inocente, aquel piadosísimo anciano de setenta y un años no se veía libre de las increíbles vejaciones y de la deshonra de la cárcel. Al subir Pío VI al Pontificado, Ricci imploró de nuevo clemencia; el benévolo Papa, sólo después de consultar a Moñino, se atrevió a conceder al encarcelado comida caliente y un poco de ventilación. Oprimido por el peso de tantos sufrimientos y amarguras, el décimoctavo General de la Compañía de Jesús entregó su alma a Dios en la noche del viernes 24 de noviembre de 1775. Poco antes de expirar, al ir a recibir el Santo Viático, leyó solemnemente delante de Jesús Sacramentado una protesta de su inocencia y de la de toda la Orden, algunas de cuyas cláusulas rezan así:

«Por lo tanto, creyéndome a punto de comparecer ante el Tribunal de la verdad y justicia infalibles, que es sólo el Tribunal de Dios, después de larga y madura reflexión y de haber rogado humildemente a mi misericordioso Redentor y terrible Juez que no permita que me deje arrastrar por la pasión, especialmente en uno de los últimos actos de mi existencia, ni por ningún resentimiento, ni por otro afecto o fin viciosos, sino sólo porque creo que es mi deber rendir testimonio a la verdad y a la inocencia, hago las dos protestas y declaraciones siguientes:

1.ª Declaro y protesto que la extinguida Compañía de Jesús no ha dado motivo alguno para su supresión; y lo declaro y protesto con la certeza moral que puede tener un Superior bien enterado de lo que pasa en su religión.

2.ª Declaro y protesto que yo no he dado ningún motivo, ni aun el más leve, para mi prisión; y lo declaro y protesto con la certeza y evidencia que tiene cada cual de sus propias acciones. Hago esta

> segunda protesta únicamente porque es necesaria a la reputación de la extinguida Compañía de Jesús, cuyo Prepósito General yo era... Ruego al Señor que, por su pura bondad y misericordia y por los méritos de Jesucristo, perdone primero mis numerosos pecados y luego perdone a todos los autores y a los que han cooperado a dichos males e injusticias; y quiero morir con este sentimiento y esta plegaria en el corazón.»

El P. Ricci ofreció a Dios su vida por la restauración de la Compañía de Jesús y murió con los ojos iluminados por la esperanza, porque «nada es imposible—decía—a Aquel que *dispersa congregat, congregata restaurat, restaurata conservat*».

Un año antes había bajado al sepulcro Clemente XIV, que desde que firmó el Breve de abolición de la Compañía no tuvo día bueno, sobrecogido frecuentemente por extraños terrores, angustias y recelos.

En 1777 moría en Portugal José I, sucediéndole la Reina María, con lo que llegó para Pombal la hora de la justicia humana. Abriéronse las puertas de los calabozos y salieron las víctimas aherrojadas por el inicuo Ministro; de los 800 sobrevivientes, 45 eran jesuítas. Se les revisó el proceso, se les declaró inocentes; dictaminaron los jueces que Pombal era «facineroso y digno de castigo ejemplar», mas en atención a su avanzada edad, contentóse la Reina con desterrarle de la corte. Murió en 1782.

También los atizadores de los odios contra los jesuítas y de la revolución fueron desapareciendo de la escena: Voltaire en 1778, D'Alembert en 1783, Diderot en 1784, Choiseul en 1785. No llegaron a contemplar la horrenda tragedia por ellos preparada, porque hasta 1789 no estalló la gran revolución francesa, con su largo cortejo de crímenes y espantos. Aquella generación de ateos y regicidas era la primera que no había podido educarse en los colegios de la Compañía de Jesús.

No deja de ser aleccionadora esta observación, concerniente a los monarcas que procuraron el aniquilamiento de la Compañía: el hijo de Carlos III se vió desposeído del trono por Napoleón; el sucesor de Luis XV pereció en la guillotina; la hija de María Teresa subió al cadalso bajo la dictadura terrorística de Robes-

pierre; el sucesor de Clemente XIV, destronado y cautivo, murió en el destierro.

Pueril y exagerado sería poner relación de causalidad entre la supresión de la Compañía y los males que se desbordaron sobre el mundo al finalizar el siglo XVIII, pero las coincidencias mueven al observador a reflexionar. Ya el Duque Fernando de Parma se lo dijo a Pío VI.

Los jesuítas de la Rusia blanca

Solemos hablar de extinción o supresión de la Compañía de Jesús. En realidad, ni se extinguió ni fué suprimida de un modo absoluto. Una centellita de aquella gran hoguera perduró siempre viva entre las cenizas. Una ramita de aquel gran árbol conservóse bajo las nieves de Rusia, y allí creció y se multiplicó hasta volver a dilatar su ramaje por toda la tierra.

Dijimos que la promulgación del Breve abolitorio, por voluntad de la Santa Sede, incumbía a los obispos. Pues bien, el Obispo de Vilna, Ignacio J. Massalski, Delegado Apostólico para Rusia, conociendo la voluntad de la Zarina, escribió a los jesuítas de la Rusia blanca, pertenecientes a su diócesis, prohibiéndoles abandonar sus casas y colegios mientras él no tuviese a bien promulgar el Breve. Obedecieron los jesuítas, y la hora de la promulgación no llegó. Hacía de Viceprovincial el P. Estanislao Czerniewicz, Rector del Colegio Máximo de Polozk, el cual, inquieto y acongojado por temor de que los hijos de San Ignacio, cuya más genuina virtud es la obediencia al Papa, fuesen tenidos por rebeldes, suplicó al Ministro de la Emperatriz, Conde Tchernichef, consintiese en la publicación del Breve pontificio, pues preferían la muerte al escándalo de parecer desobedientes. Respondió Catalina, por medio de su Ministro, que bien sabía S. M. que ley no promulgada es ley inválida, que no se extrañasen de que Su Majestad impidiese la publicación del decreto contra la Compañía, porque no había de ser ella más católica que el Rey Catolicísimo, quien juzgaba lícito sujetar a su *placet regium* las bulas del Papa; que, en fin, para calmar sus escrúpulos, ella arreglaría el negocio con Clemente XIV. A pesar de todo, las murmuraciones

contra los jesuítas no tardaron en brotar; muchos religiosos franciscanos, dominicos y basilios evitaban su trato; el Nuncio de Su Santidad se les mostraba poco favorable; los mismos jesuítas ignoraban qué iba a ser de ellos, pues no se recibían novicios, ni los escolares renovaban los votos, ni los sacerdotes eran admitidos a la profesión, y algunos jóvenes se creían autorizados para colgar la sotana y dejar de cumplir sus votos. En tan incierta situación, el P. Czerniewicz se dirigió al nuevo Papa Pío VI, rogándole que diese siquiera un indicio de que no le desagradaba la permanencia de la Compañía en aquellas regiones. El Cardenal Rezzonico fué quien entregó al Papa aquella petición. Acogióla Pío VI con suma benignidad, aunque, por temor a Moñino y a Carlos III, no osó dar una respuesta categórica. Manifestó, con todo, su complacencia, y el Cardenal Rezzonico pudo contestar a Czerniewicz el 13 de enero de 1776: «Precum tuarum exitus, ut auguro et exoptas, felix.»

Respiraron tranquilos los jesuítas, pero ¿cuánto podrían durar sin noviciado? Volviéronse al Nuncio y a la Emperatriz, a fin de que les alcanzasen la facultad de abrirlo. Catalina les mandó empezar la construcción del edificio, y mientras tanto ella se ingenió para que el Papa no tuviese dificultad en otorgar aquel favor, que parecía imposible. Para eso, suplicó a Pío VI que todos los religiosos de la Rusia blanca estuviesen sometidos a la autoridad de Estanislao Siestrzencewicz, Obispo de Mohilew. Batieron palmas todos los enemigos de la Compañía, pensando que aquel obispo, calvinista convertido, y poco amigo de los jesuítas, había de aniquilar a éstos cuando tuviera plenos poderes eclesiásticos; pero sucedió todo lo contrario, porque Siestrzencewicz, habiendo obtenido del Papa facultades amplísimas para hacer y deshacer cuanto le pareciese, lo primero que determinó fué cumplir la voluntad de la Emperatriz de abrir un noviciado de la Compañía (junio 1779). No es decible el júbilo de los jesuítas, ni el furor, la turbación y el clamoreo de sus enemigos ante tal noticia.

Por entonces escribía Azara:

«En Lituania viven y hacen hijos. En Prusia, casi lo mismo. En Alemania son adorados. En Francia gobiernan todo el clero y los dos tercios de los seglares. En Portugal ya pide la nueva Reina el rezo del Corazón de Jesús y de otras gracias para los jesuítas que han salido de prisión.» Y poco después: «El negocio de la Rusia blanca, siendo un puro desatino, ha puesto en un extraño movimiento a todo el jesuitismo; y no hay ninguno de ellos que no vaya con el decreto de aquel loco obispo en la mano, persuadido de la realidad de la resurrección y jactando la inteligencia del Papa, con que suponen se ha hecho, no obstante que esto sea falso.»

En el próximo 2 de febrero varios novicios tomaban la sotana de la Compañía en el noviciado de Polozk. Era preciso que aquellos hijos de San Ignacio se organizasen perfectamente, conforme a las Constituciones, y tuviesen una cabeza que hiciese las veces del General. Consiguieron de la Zarina, por mediación de su favorito Potemkin, permiso para reunirse en *Congregación General*, y en efecto, reunidos 30 profesos en Polozk, eligieron Vicario General al *P. Estanislao Czerniewicz* (17 de octubre de 1782). Uno de los decretos de esta Primera Congregación rusa fué el de admitir a la profesión, tras un mes de Ejercicios espirituales, a los jesuítas secularizados que quisiesen reingresar en la Compañía.

A poco sobrevino un grave conflicto entre el Papa, que cedía a las intrigas de las cortes borbónicas, empeñadas en suprimir el noviciado jesuítico, y la Emperatriz Catalina, que no sufría contradicciones y amenazaba al Papa con persecuciones contra los católicos; pero la tormenta se apaciguó por mediación del ex jesuíta Juan Benilawski. Obispo coadjutor de Mohilew, quien, venido a Roma en febrero de 1783, dió explicaciones a Pío VI y obtuvo, entre otras cosas, una rotunda aprobación *vivae vocis oraculo* de la Compañía de Jesús en Rusia y de su modo de obrar. «Approbo, approbo, approbo», fueron las palabras del Pontífice, según testimonio jurado y sellado del mismo Benilawski.

Habiendo fallecido en 1785 el P. Estanislao Czerniewicz, llamado el *salvador de la Compañía*, se dió aviso a Potemkin y a la Emperatriz, los cuales ordenaron se convocase en seguida la *segunda Congregación rusa*, de la que salió elegido Vicario General el que desempeñaba el oficio de Secretario, P. Gabriel Lenkiewicz

(octubre 1785). Se decretó que los ex jesuítas, ya profesos, que deseasen entrar en la Compañía, hiciesen primero una semana de Ejercicios, y los no profesos no fueran admitidos a los últimos votos sino pasado un año y después de un mes de Ejercicios. Para avivar más y más la devoción al Corazón de Jesús, que ardía en todos y era la esperanza de aquella renaciente Compañía, acordóse que, además del triduo que precede a la fiesta, mandado celebrar por el P. Czerniewicz, se rezase diariamente la oración del Sagrado Corazón al fin de las Letanías de comunidad, las cuales deberían empezar los sábados por las Letanías Lauretanas. En tiempo del P. Lenkiewicz ocurrió en Francia el gran cataclismo social y religioso que llamamos Revolución francesa, de la que sólo hacemos aquí mención para constatar el heroísmo de los sacerdotes jesuítas, como el P. Alejandro Lanfant y otros 42 que derramaron su sangre por la fe.

No cambió la situación de los jesuítas rusos por la muerte de Catalina II († 1796), pues su hijo el Zar Pablo († 1801) les demostró igual o mayor benignidad y simpatía. El les dió un nuevo colegio y una parroquia en San Petersburgo; él, sobre todo, muerto el P. Lenkiewicz (1798) y nombrado para sucederle el *Padre Francisco Javier Karew* en la *tercera Congregación rusa* (1799), se dirigió al nuevo Papa Pío VII pidiéndole una «aprobación explícita de esta Orden, a la que profeso especial amor». Y Pío VII, accediendo a sus ruegos en el Breve *Catholicae fidei* (7 de marzo de 1801), aprueba el Instituto de San Ignacio dentro de los límites de Rusia y reconoce al P. Karew el título de General de la Compañía de Jesús.

Con tan alegres nuevas, los jesuítas, que andaban dispersos por el mundo como huérfanos inconsolables, trocaron sus llantos en cánticos de alegría, y muchos corrieron de Italia, de Alemania, aun de Inglaterra y de lejanas misiones, a incorporarse en las filas de sus hermanos de Rusia. Y así el catálogo, que en 1785 registra 172 jesuítas, en 1795 trae 202, en 1805 lo hace subir a 284, y en 1815 a 337.

¿Y los de Italia?

Más que los ex jesuítas italianos sufrían los españoles desterrados en los Estados pontificios, porque además de vivir lejos de su patria y de sus deudos, no escapaban a la inquisitorial vigilancia de los comisarios de Carlos III, que acechaban cualquier gesto o palabra para denunciarlos a Madrid y privarles de la módica pensión que les pasaba el Rey. La cual era de cuatro reales diarios para los Padres y algo menos para los Hermanos coadjutores, cantidad que no bastaba para la decente manutención de una persona, razón por la cual no pocos andaban adeudados, y, como escribe el P. Luengo en su Diario, «el que comía, no se vestía; y el que se vestía, no comía».

Todos tenían un refugio en aquel santo zaragozano que se llamó José Pignatelli, varón providencial por sus virtudes, dotes de gobierno, prestigio social (era Príncipe del Sacro Romano Imperio) y que contaba además con cuantiosas sumas que le suministraba su borina la Duquesa de Villahermosa. Al lado de *S. José Pignatelli*, personaje el más destacado de los jesuítas aragoneses, llamaban la atención, entre los castellanos, el *P. Francisco Javier de Idiáquez* († 1790), tan distinguido por su prosapia como por su piedad y prudencia, y entre los sudamericanos el *P. Domingo Muriel* († 1795), Provincial del Paraguay al tiempo de la extinción, como el P. Idiáquez de Castilla. Como verdaderos padres de los desterrados, estos tres varones eminentes y los demás Superiores preocupáronse desde el primer momento, tanto de la observancia religiosa, como de la perfecta organización de los estudios, y es maravilloso el orden y el fervor que se notó en las clases de Humanidades, Filosofía y Teología, con sus actos públicos y academias literarias, científicas y de lenguas. Todo se deshizo, naturalmente, con la extinción en 1773, pero la solidez de la formación religiosa y literaria se comprobó en la conducta que aquellos nuevos *abates* observaron y en los escritos que dieron a luz.

Obras tan arduas como las ediciones críticas de Arévalo, la *Literatura* de Juan Andrés, la *Historia crítica* de Masdéu y la

concienzuda traducción de toda la Biblia, hecha por Petisco, para no citar sino cuatro entre mil, apenas se conciben en medio de las estrecheces y angustias del destierro y de la persecución. Por lo que atañe a la conducta, es cierto que no todos rayaron a la misma altura. Hubo entre los ex jesuítas quienes se dejaron arrastrar a una vida libre y mundana; ni podía ser menos en aquellas circunstancias; pero téngase en cuenta lo siguiente: 1) que el ambiente deletéreo de aquella sociedad dieciochesca, tan ilustrada como corrompida, se dejaba sentir aun en el clero; 2) que el Rey de España los obligó a no vivir más de tres juntos, con los peligros consiguientes que la soledad acarreaba a muchos jóvenes; 3) que en los primeros años tenían prohibición de predicar, confesar y enseñar, de modo que caían en forzosa ociosidad los que no se dedicaban a las ciencias y a las letras; 4) que si algunos, como Arteaga, llevaron vida mundana, impropia de un clérigo, relacionándose con actores y actrices, esto no debe extrañar, porque el llamado *Padre Arteaga* nunca fué sacerdote, aunque llevara el título de abate, sino un estudiante de la Compañía, que, secularizado, se dedicó a la crítica teatral y a la filosofía del arte; otros, como el bueno de Montengón, se casaron en paz y gracia de Dios; 5) que, a pesar de todo, abundaron los hombres virtuosos y santos, como puede verse en las colecciones biográficas de Navarrete, Maneiro y Prat de Saba, y de cuyo celo y edificación dieron testimonio varios obispos italianos.

Mientras el sínodo de Pistoya (1786), presidido por Escipión Ricci y apoyado por el Gran Duque de Toscana anatematizaba el culto del Corazón de Jesús y a los que lo defendían y practicaban; los jesuítas, persuadidos de que su suerte había de ser la de aquella dulcísima devoción, no se cansaban de propagarla. De España habían traído este sagrado fuego los PP. Cardaveraz, Calatayud, Idiáquez, Sebastián Mendiburu, Miguel Ordeñana, etcétera. Llameaba entre los italianos, como lo prueban las predicaciones del P. Domingo Calvi y las obras de Carlos Borgo y de los insignes, por tantos títulos, Zaccaria y Muzzarelli. En lo cual no hacían sino seguir la tradición y ajustarse al sentir de sus hermanos de Francia, Alemania y Rusia, pues bien dijo el Padre Roothaan (1848):

«Yo, Padres y Hermanos carísimos, mucho antes que la Compañía fuese restituída a nueva vida..., cuando por un singular y en aquel tiempo muy raro beneficio de Dios fuí admitido en ella..., hallé impresa y grabada en los ánimos de todos los nuestros aquella sentencia: que no sin prodigio se había conservado allí la Compañía, y que éramos deudores al Sagrado Corazón de Jesús de que poco a poco hubiese empezado a crecer, y, por fin, que únicamente debía esperarse del mismo Sagrado Corazón su futuro restablecimiento en todo el mundo, como generalmente se esperaba.»

En 1792, el Duque Fernando de Parma, piadosísimo ahora y escarmentado por los horrores de la Revolución francesa, pidió jesuítas a Rusia y le fueron enviados tres, uno de ellos con el título de Viceprovincial, a los cuales el Duque encomendó el Seminario de Nobles de Parma, el Colegio de San Roque de la misma ciudad y otro convictorio en Plasencia. El P. Borgo dirigía el Seminario con otros ex jesuítas que se le adhirieron: los Padres José Chantre y José Antonio Masdéu enseñaban Teología; José Ruiz, Moral; Francisco Azpuru, Matemáticas, etc. El Papa Pío VI, aunque obrando siempre con mucha cautela, no ponía dificultades, y en 1799 les permitió abrir el noviciado de Colorno, siendo nombrado maestro de novicios el varón más espiritual y el más a propósito para transmitir a la nueva generación el genuino espíritu ignaciano; me refiero a San José Pignatelli, agregado formalmente a la Compañía en 1797.

Sucedió por entonces el retorno a su patria de gran parte de los jesuítas españoles. Por orden de Carlos III, estábales hasta entonces vedado poner los pies en ella, bajo pena de muerte o de reclusión perpetua; pero los tiempos habían cambiado, y Godoy, compadecido de sus súbditos que estaban en Italia expuestos a los azares de la guerra (en 1797 terminó Bonaparte su fulminante campaña que arrebató al Papa buena parte de sus Estados), abrióles las puertas de España, aunque con desagradables restricciones. Vinieron muchos. Trabajaron con admirable heroísmo durante la peste que se cebó cruelmente en las comarcas andaluzas (1800); más de 27 Padres dieron su vida en servicio de los apestados. ¿Y de qué les sirvieron tantos méritos? Antes de un año (1801), despachó el Consejo Real una circular expulsándolos otra

vez violentamente, sin duda en venganza del Breve aprobatorio concedido por el Papa a los jesuítas de Rusia. Ese mismo año de 1801 se establecía oficialmente la Compañía de Jesús en Cerdeña; formándose allí una Viceprovincia jesuítica, gracias al Rey Carlos Manuel, que en 1815 renunciará a su corona para alistarse él mismo entre los hijos de San Ignacio.

En 1802 falleció en Polozk el P. Karew, y reunida la *cuarta Congregación rusa*, salió elegido General el *P. Gabriel Gruber*, natural de Viena, «hombre extraordinario», como le llamaba su gran amigo José de Maistre. Era, en efecto, extraordinario por sus virtudes tanto como por sus talentos; afamado profesor de mecánica e hidráulica, buen químico, arquitecto, pintor y otras cosas más. «El P. Gruber—dice un contemporáneo—, profesor de Arquitectura, Mecánica, etc...., tiene con qué divertir a los forasteros que vienen de Pietroburgo, con mecanismos maravillosos y con obras en hierro, acero, madera, hechas por él o con su dirección; con una bella escuela de arquitectura, diseño y pintura; y lo bueno es que, saliéndole las cosas felizmente, siempre protesta que todo es obra del Sagrado Corazón de Jesús, del cual siempre tiene en el aposento pinturas que acabar o enmendar o comenzar» (Luengo). Uno de sus cuadros es hoy adorno del refectorio del Colegio de Georgetown (fundado en 1791), y fué llevado allí por los Padres (A. Kohlmann...) que partieron de Rusia en 1805 a fundar la misión de Estados Unidos.

Entre las sabias disposiciones tomadas por el P. Gruber, una fué la de enviar a Italia en 1803, para tratar los negocios de la Compañía, a su asistente Cayetano Angiolini, y nombrar juntamente Provincial de Italia a San José Pignatelli, en sustitución del anciano P. Luis Panizzoni. Tocó a Pignatelli, verdadero padre y restaurador de la Compañía moderna y su lazo de unión con la antigua, implantar la Orden de San Ignacio en el reino de las Dos Sicilias, a petición del Rey de Nápoles, arrepentido de sus antiguas condescendencias con Tanucci, y por benigna concesión de Pío VII (1804). Y fué espectáculo edificante, ver que, al abrirse la casa de Nápoles, de más de 100 ex jesuítas, ya ancianos, que por allí quedaban, sólo tres muy achacosos dejaron de ingresar en el noviciado. Restauráronse inmediatamente, bajo el

gobierno de Pignatelli, los estudios de Humanidades, uno de cuyos profesores era el celebérrimo Angelo Mai, y los de Filosofía y Teología, con maestros como el P. Menchaca, de Teología; Ramón Aguirre, de Moral; Francisco Gustá, de Teología e Historia Eclesiástica; José González, de Lógica y Metafísica, etc.

De la biblioteca, escribe Luengo: «Sólo el P. Roque Menchaca llevó desde Bolonia cuarenta y dos cajones de libros, y su conducción le costó más de trescientos duros. El P. Pignatelli llevó veinte y seis o veinte y siete cajones; muchos de sus libros eran sumamente exquisitos y raros, y de gran valor y precio, los cuales se habían hecho venir de Francia, Inglaterra y Alemania. Es de creer que otro tanto hizo el P. Juan Andrés; y todos los demás contribuyeron con sus librerías a la formación de aquella rica biblioteca.» Desgraciadamente, vivieron pocos meses en paz, pues arrojados por los franceses invasores en 1805, unos se fueron a fundar la Provincia de Sicilia, con el P. Angiolini; otros se dirigieron a Roma bajo la dirección del P. Pignatelli, amparados, pero no reconocidos oficialmente por el Sumo Pontífice, quien veía complacido la infatigable labor de aquellos jesuítas en los seminarios de Orvieto, Sezze, Emelia, Anagni, y en las misiones populares del celosísimo Luis Mozzi y de su compañero Javier Pizzi.

Habiendo fallecido en 1805 el P. Gruber, tuvo lugar en seguida la *quinta y última Congregación de Polozk*, en la que fué elegido General el polaco *Tadeo Brzozowski*, que había de alcanzar la total y gloriosa resurrección de la Compañía de Jesús y había de comprobar, lleno de gozo y de agradecimiento a Dios Nuestro Señor, la unidad e identidad del espíritu ignaciano transmitido a la nueva generación por supervivientes de la antigua, pudiendo ver con particular emoción, que lejos de amortiguarse en la tempestad, se había inflamado más y más el amor y fidelidad de los Jesuítas a la Sede Apostólica Romana, que los había suprimido.

Ella los va a resucitar gloriosamente.

La Bula «Sollicitudo omnium Ecclesiarum»

Con la idea de reemplazar a la extinguida Compañía y de colaborar a su restablecimiento, fundóse en Francia la *Compañía del Sagrado Corazón de Jesús*, muchos de cuyos miembros se incorporaron después a los jesuítas de Rusia. Fué su fundador, en 1794, el joven sacerdote *Leonor de Tournely*, quien, huyendo de los revolucionarios franceses, se refugió con sus compañeros en varias ciudades del Imperio; murió en 1797 y le sucedió el *Padre José Varin* como director de la Congregación.

Un Instituto análogo quiso suscitar en Roma el inquieto sacerdote italiano Nicolás Paccanari, y le dió el nombre de *Compañía de la Fe de Jesús*. Ambas corporaciones fundiéronse en el año 1799, bajo la dirección de Paccanari, en una sola, que muy pronto tuvo casas y colegios en Dilinga, Augsburgo, Paderborn, Berlín, Amsterdam, y además en Moravia, Suiza, Italia, Francia e Inglaterra, pero viendo que Paccanari, desde que le hicieron Superior General, no tenía empeño en unirse con la Compañía conservada en Rusia y renacida ya en Nápoles, le abandonaron los más y mejores de su Congreagción para abrazar la auténtica regla de San Ignacio. No era éste el medio que Dios tenía escogido para restaurar la Compañía de Jesús, la cual debía volver a su antigua forma, no por sustitución, sino por continuación y pervivencia.

Desde el comienzo de su Pontificado pensó Pío VII en derogar el Breve de Clemente XIV, pero el genial diplomático y Secretario de Estado, Cardenal Consalvi, era de parecer que se debía contar primero con los Príncipes católicos; a más de que no eran para tal medida los días más oportunos aquellos, en que todas las monarquías europeas se cuarteaban bajo el caballo de guerra de Napoleón.

Mientras tanto, el ambiente hostil contra la Compañía se iba tornando favorable; llegó a ser un tópico mil veces repetido y exagerado, que a la desaparición de los jesuítas se debían tantas ruinas amontonadas sobre Europa, tantos desórdenes morales y

tanta anarquía en las ideas. En Parma y en Nápoles y en Cerdeña habían entrado ya, con autorización del Papa, los hijos de San Ignacio. La Corte Imperial de Viena meditaba también en llamarlos a sus dominios. Carlos IV de España, pertinaz algún tiempo en la política de su padre y empeñado en exterminarlos aun dentro de Rusia, discurría mejor sin el peso de la corona, cuando, desterrado en Italia, le decía al P. Angiolini, cogiéndole de la sotana: «Si ésta se hubiera conservado en Madrid, no estuviera yo en Roma.»

En su destierro de Fontainebleau, Pío VII hablaba muchas veces con su fidelísimo Cardenal Pacca sobre el restablecimiento de la Compañía, a la que profesaba verdadera estimación y afecto.

> «Noté entonces—escribe Pacca en sus memorias—, y después mucho más, el proceder extraordinario y admirable de la Providencia con esta célebre Compañía. Había tenido el Papa, joven benedictino, maestros y lectores, como suele decirse *antijesuítas*, que le enseñaron las opiniones y sentencias más opuestas al sistema teológico de la Compañía; ahora bien, nadie ignora la profunda huella que dejan las primeras enseñanzas recibidas en la juventud. A mí, desde mi primera juventud, me imbuyeron en sentimientos de odio y aversión y casi hasta de fanatismo contra la Compañía... ¡Quién hubiera podido jamás prever que el monje benedictino, hecho Papa, y libre apenas de una fiera borrasca de persecución, frente a tantas sectas enemigas irreconciliables de la Compañía de Jesús, la restituiría en el mundo entero, y que fuese yo entonces a su lado el Ministro a quien encomendase la grata y honrosa ejecución de sus soberanas disposiciones!»

Vencido Napoleón en 1814, el Papa, en libertad, pudo ponerse en camino de la Ciudad Eterna, en donde tuvo su entrada triunfal el 24 de mayo. En la tarea gigantesca de restauración religiosa que pesaba sobre sus hombros, quiso empezar por llamar en su ayuda a los jesuítas.

> «Hacia el fin de junio—narra el Cardenal Pacca—, cerca de un mes de nuestra vuelta a Roma, quise escudriñar el ánimo del Papa y le dije un día en la audiencia: «Beatísimo Padre: es menester comenzar ahora a pensar en la Compañía de Jesús»: y el Papa, sin que yo añadiese una palabra más, me respondió: «Podemos celebrar la restauración de la Compañía de Jesús en la próxima fiesta de

San Ignacio.» Esta repentina y espontánea respuesta me sorprendió, me llenó de consuelo, mas al mismo tiempo me ocasionó una gran agitación de ánimo, y, lo diré, casi un verdadero enervamiento. Se trataba de un negocio de la mayor importancia, y para efectuar la determinación del Papa, era menester usar de gran cautela y tomar antes muchas disposiciones; y no faltaba más que un mes para concertar y ejecutarlo todo.»

La misma turbación sintió el Cardenal Consalvi, que preparaba las negociaciones diplomáticas para el próximo Congreso de Viena, y no quería que la súbita restauración de la Compañía le ocasionase dificultades en el trato con las potencias. Pero Consalvi estimaba a los jesuítas tanto como Pacca, porque, como escribía al Cardenal Albani: «Credei allora e credo adesso, che senza Gesuiti sta assai male la Chiesa.»

Trazóse, pues, con toda rapidez un bosquejo de la Bula. y como el día de San Ignacio no estuviese aún lista la redacción definitiva, señalóse el día de la octava, 7 de agosto, que fué domingo, para la solemne promulgación en la iglesia del Gesù.

¿Quién había de recibir de manos del Papa el transcendental documento? No se podía pensar en el P. General, Tadeo Brzozowski, imposibilitado de salir de Rusia; el P. Pignatelli había muerto santamente en 1811, contemplando, como Moisés, la tierra prometida; el designado fué el P. Luis Panizzoni, anciano de ochenta y cinco años, en cuya larga vida veían aquellos ex jesuítas un hecho providencial, pues como escribe Luengo: «Se supone que el P. General Retz profetizó la extinción de la Compañía de Jesús y su glorioso restablecimiento en Roma, y que su restaurador jesuíta sería uno que entonces era novicio y vendría de la Rusia a esta ciudad; y estas dos circunstancias se hallan en este Padre Luis Panizzoni, y casi no es posible que se verifiquen en otro.»

En la mañana del 7 de agosto de 1814, a eso de las ocho, bajó el Papa desde el Quirinal, entre las aclamaciones del pueblo romano, a la magnífica iglesia del Gesù, en cuya puerta le esperaban los Cardenales, varios prelados, príncipes, insignes personajes y cerca de un centenar de ancianos jesuítas. En el altar

de San Ignacio, constelado de luces que reverberaban en los mármoles del templo, dijo misa Su Santidad, y, dirigiéndose luego a la capilla de los nobles, sentóse en el trono, rodeado de los Cardenales y de dos filas de jesuítas italianos, españoles y portugueses, de los cuales los más jóvenes pasaban de los sesenta años, más de quince eran octogenarios, algunos habían cumplido ochenta y seis años, y, como escribe el Cardenal Pacca, «podía aplicarse verdaderamente el pasaje del Evangelio: *Multitudo languentium expectantium aquae motum*. Eran la mayor parte sordos, cojos, apopléticos, y apenas se mantenían en pie con el bastón, aun en presencia del Papa, y mostraban en sus rostros el ansiado deseo de que se cumpliese aquel grande acto.»

Leyóse en voz alta la Bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*, que era una solemne derogación del Breve abolitivo de Clemente XIV, y en la que el Papa, atendiendo a las instantes y urgentes peticiones que le llegaban con unánime consentimiento de casi todo el mundo, declara que «se juzgaría reo de gravísimo crimen delante de Dios», si en las azarosas circunstancias que atravesaba la nave de San Pedro, rechazase a los «expertos y vigorosos remeros que el Señor le deparaba para vencer las amenazantes olas»; por lo cual restablecía en su antiguo ser a la Compañía de Jesús.

Lloraban de emoción aquellos ancianos al ver a su idolatrada madre la Compañía, tan calumniada y perseguida en otro tiempo, alabada ahora y reconocida oficialmente por el Vicario de Cristo; y no cabían en sí de gozo, cuando, detrás del P. Panizzoni, que subió a recibir el documento pontificio, se acercaron también ellos a besar el pie a Su Santidad. Terminada la ceremonia, regresó Pío VII al Quirinal entre las ovaciones triunfales del pueblo romano, que contrastaban con el silencio y amargura de ese mismo pueblo, cuarenta y un años antes, al publicarse el Breve *Dominus ac Redemptor;* quedóse en el Gesù el Cardenal Pacca, para hacer entrega jurídica de aquella casa y del noviciado de San Andrés.

La pequeña semilla no tardaría en crecer y multiplicarse. Antes de terminar el año, había en San Andrés más de sesenta novicios, entre los cuales se veía un Francisco Javier Patrizi, que

realzará con su ciencia escriturística la nobleza de su sangre; un Luis Taparelli, de los Marqueses de Azeglio, que inmortalizará su nombre en la Filosofía del Derecho; un Augusto Altieri, príncipe romano; un Francisco Finetti, cuya voz resonará en los principales púlpitos italianos; un Pablo Capelloni, fiel trasunto de San Francisco de Jerónimo, y cuya causa de beatificación está introducida; allí estaba también, pidiendo la sotana de la Compañía, Carlos Manuel IV de Cerdeña († 1819), etc., etc.

No es para dicho el júbilo que embargó los ánimos de todos los jesuítas esparcidos por el mundo. «¡Qué triunfo tan grande y qué glorioso para la Compañía!», exclamó en Norteamérica el Padre Benedicto J. Fenwick, después Obispo de Boston; *gaudeamus in Domino diem festum celebrantes*. En modo semejante escribía el Ilustrísimo Carroll, Obispo de Baltimore. E idénticos sentimientos manifestaban los de la América española y los de todas las naciones. Reflejo del entusiasmo con que la bula de Pío VII fué recibida por todo el pueblo cristiano son las infinitas cartas gratulatorias que confesó el Cardenal Pacca haber recibido y las muchas donaciones que se hicieron en todas partes a la Compañía, suplicando la apertura de alguna casa o colegio. Claro es que tampoco faltaron las maldiciones de los filósofos (ahora se empezaban a llamar liberales), de los regalistas, de los carbonarios y francmasones; en una palabra, de los enemigos de la Iglesia.

Grandes eran las esperanzas que los pueblos y sus Gobiernos ponían en la vuelta de los jesuítas, como en una panacea universal de los infinitos males que aquejaban al mundo desde hacía cosa de medio siglo. Los deseaban sobre todo para la educación cristiana de los jóvenes, seducidos por el libertinaje y las ideas revolucionarias, para afianzar el principio de autoridad en todas partes y para promover la conversión y civilización de los pueblos infieles.

Había que reconstruir lenta y penosamente lo destruído en cincuenta años. Espantosas eran las ruinas aún humeantes. Enorme la tarea. Pocos y ancianos, los obreros. Los cuales, sin embargo, se pondrían al trabajo con fe y ánimo alegre. ¡Si al menos

les dejasen un poco de paz y reposo para organizarse y aplicar los medios de que dispone su Instituto! Pero el siglo XIX será el siglo de los destierros, de las persecuciones y, consiguientemente, de la inestabilidad, condición nada propicia a la labor fecunda y eficaz.

TERCERA PARTE

LA COMPAÑIA DE JESUS, RESTAURADA

SECCION I

LA HISTORIA DE UN SIGLO

(1814-1914)

El sol de una época nueva amanecía sobre los horizontes de la Historia, cuando la Compañía de Jesús, apenas resucitada a nueva vida, acudió con renovada juventud a la gran tarea que le señaló el Padre y Pastor de la Cristiandad: la restauración de la vida cristiana en los pueblos católicos y la propagación y defensa de la fe entre los disidentes y entre los paganos. *Restauración* es una palabra que caracteriza los comienzos de aquella época, así en lo político como en lo eclesiástico. Sólo a su luz se comprende la misma restauración o restablecimiento de la Compañía. Pocas veces habrá pasado la Iglesia por trances tan apurados y sombríos como el de las últimas convulsiones del siglo XVIII. Con el Concordato napoleónico, y después con la restauración monárquica y absolutista que se obró en toda Europa, pareció que alboreaban días mejores para la Santa Sede. Pío VII acometió la ardua tarea de reorganizar sus Estados, de arreglar, por medio de Concordatos, las relaciones de la Iglesia con las diversas potencias y de reavivar en todas partes el espíritu religioso; a este último propósito obedecía el restablecimiento de la Compañía de Jesús.

Los modernos jesuítas se encontraron con un fenómeno parecido al que tuvieron frente a sí los contemporáneos de San Ignacio. Como entonces lucharon contra la revolución protestante, que amenazaba devorar a Europa, debían luchar ahora contra la Re-

volución francesa, cuyos principios anárquicos y ateos, lejos de haberse extinguido bajo el cesarismo de Bonaparte, los había éste llevado en la punta de su espada a todas las naciones, y, mal sofocados por los príncipes, reaparecían a cada instante y cundían como un incendio.

Hemos de confesar que en este gigantesco duelo entre la Revolución y la Iglesia no juegan los jesuítas un papel preponderante como en el de los siglos XVI y XVII; lo cual se debe en parte a las nuevas fuerzas que actúan en el campo de la Iglesia, y en parte a que la Compañía, de destierro en destierro y hostigada por los poderes públicos, tarda más de cincuenta años en formar sólidamente sus cuadros de combate, y aun entonces no cuenta, como antaño, con el apoyo de las potencias católicas. Ya no existe un frente único y fijo, sino que la revolución liberal, socialista y comunista se insinúa dondequiera e infiltra su virus hasta en quienes se dicen católicos. Antiguamente era fácil emprender obras grandiosas, como instituciones de enseñanza o de apostolado, merced a las fundaciones de altos jerarcas eclesiásticos, de Reyes y de ciudades; hoy es preciso, para fundar colegios, institutos científicos, obras de misiones, vivir de donativos particulares y de la caridad popular.

A pesar de tantos obstáculos, la actividad de la Compañía de Jesús en pro de la Iglesia es múltiple y gigantesca; en el terreno científico, ha redoblado sus esfuerzos para que en el sorprendente progreso de las ciencias en el siglo XIX no quedase rezagado y con desprestigio el nombre católico; en el movimiento social, nota característica de la época, ha promovido todo lo que de algún modo contribuye a la redención espiritual y económica de los obreros, aunque triste es confesar que ni el clero regular ni el secular ha penetrado bastante en esa masa enorme del proletariado, creada por el maquinismo moderno, y que ha quedado al margen de la religión; en el campo de las misiones, ha emulado, por no decir superado, los heroísmos y conquistas de los áureos tiempos; y de su labor eficaz en la enseñanza religiosa, lo mismo que en el fomento de la vida cristiana, hablan bastante claro las persecuciones y el odio con que la distinguen los enemigos de la Iglesia.

Los PP. Generales Tadeo Brzozowski († 1820) y Luis Fortis († 1829)

La Compañía, por su gobierno centralista y autoritario, necesita, más que otras corporaciones religiosas, que los Superiores se señalen por su corazón paternal y por su espíritu profundamente religioso y sobrenatural. Quería el Fundador que los Generales fuesen verdaderamente santos, y de tales podemos calificar a los que Nuestro Señor puso al frente de su Compañía, como lo atestiguó León XIII en una audiencia privada: «A vosotros, los jesuítas—decía—, os ha sido concedida una gracia verdaderamente grande: que siempre habéis tenido en la Compañía restaurada Generales santos. Yo conocí al P. Luis Fortis: era un santo. Por mucho tiempo conocí al P. Pedro Beckx, y fué un varón santo; y ahora tenéis al P. Anderledy.» Nada dijo del Padre Roothaan, hoy próximo a subir a los altares.

No le era fácil al polaco Tadeo Brzozowski, décimonono General, descontando los de la Rusia blanca, gobernar la universal Compañía desde las lejanías de Polozk; así que, apenas murió, en 1820, decidió el Vicario General, P. Mariano Petrucci, convocar la Congregación en Roma para el 14 de septiembre, fecha que se retrasó un poco por causa de los intrigantes, que insinuaban ciertas dudas canónicas sobre el restablecimiento de la Compañía y pretendían se empezase por subsanar las irregularidades y nulidades pretéritas. Ganaron éstos para su causa al buen Petrucci y al viejo Pietroboni, Provincial de Italia, y, lo que más de sentir fué, al Cardenal Della Genga (futuro León XII). Pero los dos Padres nombrados fueron depuestos de sus cargos; los intrigantes, expulsados; Consalvi y el Papa se pusieron de parte de la Congregación, y ésta pudo entregarse a una profunda labor reconstructiva, confirmando plenamente todas las constituciones, decretos, ordenaciones, reglas y fórmulas de la antigua Compañía y atendiendo a que en las renacientes provincias y casas se implantase el Instituto en toda su integridad. Salió elegido General el *Padre Luis Fortis*, conforme se lo había profetizado años antes

San José Pignatelli, y como Asistentes fueron designados Vicente Zauli, de Italia; Raimundo Brzozowski, de Polonia; Juan Rozaven, de Francia, y Agustín Monzón, de España.

Tenía el P. Fortis setenta y dos años y era natural de Verona; había entrado en la Compañía en 1762, y enseñaba literatura cuando la extinción de 1773; apresuróse a reingresar en 1794, uniéndose estrechamente con el P. Pignatelli, y fué después Provincial de Italia. Enérgico, como correspondía a su nombre, templó su gobierno con suavidad paternal y promovió vigorosamente la obra de los colegios, al par que espoleaba el celo de los operarios y predicadores.

Gozó del favor y benignidad del Papa Luis XII (1823-29), el cual no sólo devolvió a la Compañía el Colegio Romano con la Iglesia de San Ignacio, le entregó la dirección del Colegio de Nobles y le fundó un Colegio en Spoleto; sino que confirmó por la bula *Plura inter* (1826) todos sus antiguos privilegios.

Seis Provincias tenía la Compañía al empezar su gobierno el Padre Fortis, dos de ellas disueltas: la de España y la de Polonia. Esta, cumplida su misión providencial, marchó al destierro en 1820 por un decreto del piadoso Alejandro I, teniendo que refugiarse en Galitzia, donde abrió diversas casas, v. g., noviciado en Starowicz, colegio en Tarnopol, cátedras teológicas en Tyniec, etcétera, con 158 jesuítas; otros 88 pasaron a Italia, 38 a Francia, 6 a Suiza. La misión de Suiza se convirtió en Vicœprovincia (1821), para constituir poco después la Provincia de Germania Superior (1826).

Juan F. Roothaan (1829-1853)

Al anciano P. Fortis sucedió en el Generalato de la Compañía el joven y austero holandés Juan F. Roothaan, de cuarenta y cuatro años. Distinguíase por sus profundos conocimientos clásicos, no menos que por su ejemplar ascetismo, impregnado de bondad y de auténtico espíritu ignaciano, cualidades ambas que le presentaron a la Congregación General XXI como el más a propósito para completar la obra de restauración interna.

Del mismo modo que la Congregación XX, en su empeño de

asegurar la perfecta continuidad de espíritu entre antiguos y modernos jesuítas, había legislado principalmente sobre materias religiosas y espirituales, así la XXI (1829), con el mismo fin de infundir nueva vida a las viejas tradiciones, se preocupó del régimen escolar y pedagógico, inculcando los estudios teológicos y la forma escolástica, volviendo por los fueros de la lengua latina y proponiendo la idea de modernizar la *Ratio studiorum*.

Cuando Roothaan terminaba con brillantez los estudios clásicos en la Universidad de Amsterdam, su patria, se sintió llamado por Dios a entrar en la Orden de San Ignacio, y no vaciló en ponerse en camino para Rusia (1804). Al concluir su noviciado, enseñó por tres años Letras Humanas en Dünaburg. Apenas ordenado de sacerdote (1812) tuvo que salir de Polozk huyendo a Pusza, por la campaña de Napoleón. Durante varios años enseñó Retórica, ejercitóse luego como misionero popular, hasta que en el destierro de 1820 pasó a Austria y de allí a Milán, y, por fin, a Suiza, donde alternó las clases de Retórica con la predicación en francés y alemán. Regía con extremada prudencia el difícil Colegio de Turín, cuando le nombraron Viceprovincial de Roma, y a los pocos meses fué llamado a gobernar la universal Compañía.

Largo, fecundo, tumultuoso y transcendental fué su generalato, comparable en varios puntos al de Aquaviva. Empecemos por admirar el crecimiento y desarrollo de la Orden, que al subir Roothaan contaba unos 2.000 sujetos, y en los últimos años más de 5.000. Nuevas Provincias erigiéronse en Europa y América: la de Italia dió lugar a las de Roma y Turín (1831), y de Roma se independizó Venecia (1846); la de Galia se dividió en dos, que se llamaron Francia y Lyón (1836); de la Germania Superior salió la Provincia Bélgica (1832), y de ésta la Neerlándica (1850). Constituyéronse además la de Marylandia (1833), en los Estados Unidos; la de Galitzia austríaca (1830), la de Austria (1846) y Germania Inferior (1852). Paralelamente crecían las misiones entre infieles y se multiplicaba el número de colegios, los cuales en 1844 eran más de 50 y en 1854 más de 100, alcanzando particular florecimiento en los Estados Unidos. El día de San Francisco Javier de 1833 lanzó Roothaan un llamamiento a sus hijos invitán-

doles a ofrecerse generosamente para las misiones. De todas las provincias llovieron peticiones ardorosas, y aunque no todas, ni mucho menos, podían ser aceptadas, numerosas expediciones de misioneros partieron a los campos de evangelización, tanto tiempo abandonados: a Bengala (1834), a Maduré y la Argentina (1836), a Jamaica (1837), a China, Argelia y las Montañas Rocosas (1840), al Canadá (1842), a Colombia (1844), a Madagascar (1845), a Australia (1849), a California y Guatemala (1851), sin contar las que ya florecían en Grecia y el Archipiélago, en la India oriental, en Missouri, etc. En 1851 trabajaban en misiones extranjeras 975 jesuítas, es decir, la quinta parte de la Compañía.

Otro género de apostolado emprendió decididamente el Padre Roothaan, y fué el de la pluma, no sólo animando a los doctos a publicar libros, sino instituyendo colegios de escritores, que se dedicasen, ora a la investigación, ora a la divulgación de la ciencia y a la defensa de la Iglesia. Tuvo el consuelo de ver en sus días (1836) restablecido el celebérrimo colegio de los Bolandistas; prestó su apoyo a la revista *La Civiltà Cattolica* (1850), y vió cómo otras Provincias, empezando por Bélgica, con su *Précis historiques* (1852), seguían el ejemplo de Roma.

Empezaba la moderna Compañía a emular las glorias de la antigua. Y con las glorias, las persecuciones. Renovábase la antigua acusación del orgullo jesuítico, y Roothaan la rechazaba con estas palabras que expresan el sentir de la Orden:

> «Entendido esto en general de todos los hijos de la Compañía, no ignoro cuán falso sea y cuán injustamente inventado con el único fin de hacerla odiosa; pero sí creo que bastaba que uno solo de ellos se dejase llevar de este espíritu, para que toda la Compañía se doliese amargamente y tuviese mucho que temer por sola la culpa de ese tal... Siempre será cierta aquella sentencia de la Eterna Verdad: *Todo el que se ensalza será humillado.* ¿O es que piensa alguno que, tratándose de una sociedad de hombres, será verdadera la sentencia contraria, y que cuanto más ella se ensalce, tanto será más ensalzada de Dios con dones y gracias más copiosas? Por mi parte, temo que, si acaso hay algunos entre los nuestros que no dejan de los labios la gloria que dicen de la Compañía, temo, digo, no se asemejen a

ciertos hombres que en el mundo se jactan de la nobleza de su linaje, mientras, degenerados, lo que menos piensan es en emular las glorias de sus mayores.»

Generalato más tempestuoso en el exterior que el de Roothaan, no existe otro, después del de Ricci. Contempló a los jesuítas perseguidos y calumniados en Francia cuando la Revolución de 1830, asesinados en España en 1834, y al año siguiente expulsados; desterrados de Portugal (1834) y en 1847 de Lucerna y de toda Suiza; de la Argentina en 1848 y de Nueva Granada en 1850 y 1859. La Revolución del 48 pasa como un huracán por gran parte de Europa, embraveciéndose particularmente en Italia y Austria contra los hijos de San Ignacio, que son perseguidos, vejados, encarcelados, y sus iglesias profanadas, sus bienes confiscados, sus colegios asaltados al grito de ¡Mueran los jesuítas!, acusándolos de ser los sostenes y aliados de las cortes borbónicas y de la de Austria, es decir, de aquellos que años antes habían suprimido la Compañía por juzgarla un peligro para sus reinos.

Como la revolución se ensañó en los mismos estados pontificios, el Padre Roothaan, no viéndose seguro en Roma, tuvo que salir huyendo, sin que se hubiera metido para nada en política, como repitieron insistentemente ciertos rumores que llegaron hasta los oídos de Pío IX.

Después de peregrinar, visitando y animando a sus hijos, por Bélgica, Holanda, Inglaterra e Irlanda, volvió en 1850 a Roma, acompañado del P. Rozaven, Asistente de Francia, y murió en la Ciudad Eterna, no sin antes haber escrito una circular sobre la esperanza que le hacían concebir las pasadas calamidades.

La adaptación de la *Ratio studiorum* a las nuevas necesidades habíala iniciado ya el P. Fortis y dióle gran impulso el Padre Roothaan, siguiendo el método de consultar a todas las Provincias, empleado por Aquaviva. Vinieron a Roma cinco Padres doctos y experimentados, los cuales, tras largas conferencias, y teniendo en cuenta las observaciones llegadas de todas partes, modificaron la *Ratio* (1832), dando más espacio en Teología a las cuestiones de actualidad, en Filosofía a las Ciencias físicas y Matemáticas, y en Letras a la lengua patria y a la Historia. En-

vióse esta redacción a las Provincias por vía de prueba. No faltaron reparos y nuevas observaciones, algunas de importancia, como las del piamontés Enrique Vasco; pero los azares del tiempo y la inestabilidad de los sistemas pedagógicos implantados por el Estado en los colegios, fueron causa de que la redacción de Roothaan no se impusiese como definitiva.

Merece destacarse de un modo singular la actuación personal del P. Roothaan en ayudar a las Ordenes y Congregaciones religiosas, favoreciendo señaladamente a la restauración de los benedictinos de Solesmes por Dom Gueranger, a la reforma de los de Montecasino por Luis Tosti y otros fervorosos monjes, no menos que a la Orden de Santo Domingo, resucitada en Francia por el célebre Lacordaire, y a los resurreccionistas del polaco Pedro Semenenco, a todos los cuales prestó su desinteresada ayuda y su amistad, sin excluir a Rosmini, por más que polémicas posteriores hicieran, sin razón ni fundamento, que se tuviese al General de los jesuítas por adversario del «Instituto de la Caridad».

Celoso de la ortodoxia y de la pureza de la doctrina, intervino activamente, en unión con el Asistente de Francia y distinguido teólogo P. Rozaven, contra los perniciosos errores de Lamennais y de Hermes, contra el fideísmo de Bautain y contra el ontologismo que se había infiltrado en los profesores jesuítas PP. Rothenflue, Romano y Martín.

Amaba Roothaan a la Compañía con amor tierno y fuerte; tres veces cada día se imaginaba que salía a recorrer todas las Provincias e iba dando a sus hijos su paternal bendición. En una de sus cartas exhorta a entusiasmarse con los ideales de la Compañía; trata en otra del modo, enteramente espiritual y privado, como se ha de celebrar el tercer centenario de la fundación, sin caer en la vanagloria corporativa; en otras habla de las persecuciones y de los peligros que puedan sobrevenir por el rápido crecimiento y progreso. Hemos mencionado ya la exhortación a las misiones, y nos falta por recordar las dos más características, aquellas en que volcó su corazón y retrató su espíritu: me refiero a la que versa sobre el Corazón divino de Jesús, cuya devoción, aprendida por él de los antiguos Padres en Rusia, quiso transmitir como una antorcha encendida a los

venideros; y la que tiene por objeto promover la práctica y el estudio de los Ejercicios de San Ignacio, en lo cual él se adelantó a todos con el ejemplo y facilitó el camino, traduciendo literalmente al latín el texto castellano y anotándolo con oportunas explicaciones.

La espiritualidad de Roothaan no era en modo alguno tan asceticista y razonadora, como alguien podría sospechar del «Esquema para la meditación» que corre a su nombre.

Pedro Beckx (1853-1887)

Al morir el P. Roothaan el 8 de mayo de 1853, dicen que un avisado conocedor de los negocios públicos exclamó: «Dudaré de la sagacidad de los jesuítas, como no elijan por General al Padre Beckx.» La santidad de Roothaan se prolongaba en Beckx con tonalidades de amabilidad y dulzura, a las que prestaba particular realce su prudencia consumada, toda sencillez, delicadeza y candor, garantizada por el trato continuo con Dios en la oración; por eso se fijó en él la Congregación General XXII para el supremo gobierno de la Compañía. Había nacido en la aldea belga de Sichem, junto a Diest, patria de la San Juan Berchmans, de padres tan pobres como piadosos. Su infancia fué muy parecida a la del Santo con cuyo nombre le designaban. Por su piedad y extraordinario talento, *el pequeño Berchmans* llamó la atención de sus maestros. Junto con su amigo Juan B. Devis, entró en el seminario de Malinas; juntos se ordenaron de sacerdotes en 1819 y juntos entraron inmediatamente en el noviciado de Hildesheim. Toda Sajonia le admiró como celoso predicador evangélico y como profesor de Derecho Canónico en el Seminario. Director espiritual de la Duquesa de Brandeburgo, pasó con ella a Viena, y cuando la revolución del 48, se refugió en Bélgica, donde le hicieron Rector de Lovaina. De allí le arrancó el Padre Roothaan para hacerle Provincial de Austria (1852), cargo que desempeñó con tan fino tacto, que fué la admiración del gran Metternich, el cual le escribió de su puño y letra una carta con

frases de sincerísima amistad, cuando supo su nombramiento de General de la Compañía de Jesús.

El Generalato del P. Beckx puede decirse que no es más que la continuación del de Roothaan, con la misma carrera de triunfos y de persecuciones. La Compañía sigue creciendo al mismo ritmo: 5.209 jesuítas en 1853, y 12.070 en 1887, no obstante la severidad del P. General en admitir novicios. Se forma en 1853 la Asistencia de Inglaterra con el Canadá y países de lengua inglesa. Irlanda se constituye en Provincia independiente (1860) y le siguen Missouri (1863), Champagne (1863), Austria-Hungría (1871), Aragón y Castilla (1863), que antes formaban la Provincia de España; Toledo y Portugal (1880). Fúndanse las nuevas misiones de Cuba (1853), Bombay (1857), Bengala y Filipinas (1859), Canadá (1865), Zambeza (1879). El número de misioneros se multiplica considerablemente. Para dar más esmerada formación al clero americano, D. José Ignacio Eizaguirre da comienzo en 1858 al Colegio Pío Latino Americano, que Pío IX pone bajo la dirección de la Compañía.

Se intensifica el apostolado de la pluma con nuevas revistas, como *Etudes*, en Francia (1856); *The Month*, en Inglaterra (1864); *Stimmen der Zeit*, en Alemania (1865); *Studien*, en Holanda (1868); *The Irish Monthly*, en Irlanda (1873); *Zeitschrift für kath. Theologie*, en Austria (1877); *Przeglad powszechny* (revista universal), en Polonia (1884), etc.

Actividad verdaderamente maravillosa, si se tiene en cuenta que la revolución hostigaba en todas partes a los hijos de San Ignacio, no dándoles un momento de tranquilidad y reposo, pues de Nápoles y Sicilia eran desterrados en 1860, de Venecia en 1866; en la misma Roma no halla refugio seguro el P. Beckx y traslada la sede generalicia a Fiesole (1873), donde permanece largos años. Dos veces cae la proscripción sobre los jesuítas españoles, en 1854 y 1868; Guatemala imita el ejemplo de España en 1870; Nicaragua, en 1881, y Costa Rica, en 1884; Francia reparte a los jesuítas palmas de martirio en 1871 y los dispersa en 1880; la Alemania de Bismarck y del Kulturkampf los arroja del país, de lo que se benefician las misiones de la India, Africa, Brasil y Norteamérica.

El P. Beckx no puede menos de sentir íntima satisfacción al conocer la gran participación que tienen sus hijos, por voluntad de Pío IX, en la preparación de la definición del dogma de la Inmaculada (PP. Perrone, Passaglia, Schrader, Ballerini) y en las tareas dogmáticas del Concilio Vaticano (PP. Franzelin, Perrone, Schrader, Sanguinetti, Tarquini, Ballerini, Kleutgen). El mismo P. General sabe realizar entre los Obispos alemanes, asistentes al Concilio, una labor callada y benemérita, apaciguando los ánimos de algunos harto suspicaces y exacerbados.

También se consuela el P. Beckx viendo que el Vicario de Cristo eleva al honor de los altares a no menos de 80 hijos de la Compañía; él exhorta a todos a seguir los luminosos ejemplos de Fabro, Canisio, Berchmans...; les escribe acerca de la observancia perfecta de los votos religiosos, del provecho que han de sacar de las presentes tribulaciones, del refugio que han de buscar en el Corazón divino de Jesús, a quien se consagran, por orden suya, todas las provincias en 1872.

Sintiéndose ya muy anciano, pide a la Congregación General convocada en 1883 le nombre un Vicario, y elegido éste, resigna en él todos sus poderes y termina santa y pacíficamente sus días en 1887, a la edad de noventa y dos años cumplidos.

Antonio M. Anderledy (1884-1892)

Nombrado en 1883 Vicario con derecho de sucesión, estuvo unos meses el P. Anderledy adiestrándose a la sombra del anciano P. Beckx, mas ya desde 1884 se puso al timón él solo, y cuando falleció el P. Beckx, siguió adelante, sin necesidad de que la Congregación se reuniese de nuevo.

La Congregación General XXIII (1883) acababa de dar algunos decretos de importancia. Primeramente reprobó el liberalismo, adhiriéndose de corazón al *Syllabus* de Pío IX. Adhirióse igualmente a la Encíclica *Æterni Patris*, de León XIII, en favor del Doctor Angélico, y prescribió que en la Compañía se tuviese a Santo Tomás de Aquino por Doctor propio y se siguiesen sus doctrinas, pero sin desestimar a los eximios y aprobados Doctores

de la Compañía. «quorum laus in Ecclesia est». a quienes se ha de consultar con diligencia al interpretar a Santo Tomás. De tal modo se enseñe la Física experimental. que no contradiga al sistema aristotélico de la composición de los cuerpos. Préstese la atención debida al estudio del Derecho Canónico y al de la Historia Eclesiástica. como también a la Sagrada Escritura. Teología positiva y controversia. Haya quienes estudien particularmente las lenguas antiguas. la Filología. Etnología. Arqueología. Historia. Matemáticas Superiores. Ciencias Naturales. conforme a la *Ratio*. Atiéndase a la formación de buenos predicadores. dándoles estudios especiales. no al arbitrio de cada cual. sino bajo un director. Por fin.

> «... como feliz y fausto término de sus tareas. se ofrece a la asamblea un postulado en orden al acrecentamiento y propagación del culto de los Sagrados Corazones de Jesús y María entre nosotros. Leído el juicio de los diputados. todos los Padres se levantaron. y. por unánime aclamación. aprobaron lo siguiente: 1. Hágase constar que la Compañía de Jesús acepta y recibe con suma alegría y gratitud el suavísimo encargo que N. S. Jesucristo se dignó confiarle de abrazar. fomentar y propagar la devoción a su divinísimo Corazón. 2. Determínese que la fiesta del Sagrado Corazón se considere entre las más solemnes de la Compañía. celebrándose todos los años con el mayor esplendor posible y renovándose en tal día en todas las casas el acto de consagración de toda la Compañía al Sagrado Corazón de Jesús. según la fórmula prescrita pocos años ha por N. M. R. P. General. 3. Determínese que el día 5 de diciembre del próximo año. en el que concurre la fiesta secular de la erección de la Prima Primaria Congregación Mariana. así como se entregó y consagró toda la Compañía solemnemente al Sacratísimo Corazón de Jesús. solemnemente se consagre también al Sacratísimo Corazón de la B. V. María. a la cual siempre honró. honra y honrará como a su dulcísima Madre.»

Era el nuevo General. Antonio M. Anderledy. un suizo nacido en la aldea de Berisal. no lejos de Briga. donde hizo sus estudios literarios con brillantez y donde entró jesuíta (1838). Hizo sus estudios teológicos en Roma. teniendo de profesor al P. Perrone. y los continuó primero en Friburgo y después en Norteamérica. pues una ley inicua le obligó a abandonar su patria en 1847. Ordenado de sacerdote (1848) y vuelto a Europa, dió rienda suelta a

sus fervores apostólicos, misionando, en compañía del famoso Padre Roh, la Alemania meridional, y en esta áspera y fructuosísima labor hubiera perseverado, si su flaca salud no le hubiera forzado a dejar esos ministerios. Siendo Provincial de Germania Superior (1859-1865), fundó el Colegio de María Laach, donde él mismo fué luego profesor de Moral y Rector, siendo en gran parte mérito suyo el gran vuelo que allí tomaron las ciencias teológicas. De Asistentes de Alemania (1870), pasó a regir, como hemos dicho, la Compañía universal.

Dijérase que en su tiempo la Compañía permanece un poco estacionaria, porque no progresa con ritmo tan acelerado como en años anteriores, pero el trabajo espiritual se intensifica cada día más, y sobre todo se logra un desarrollo científico pocas veces igualado. Con motivo de la beatificación del mártir inglés Edmundo Campion (1886), exhortó a todos los jesuítas al martirio incruento de la vida de perfección; y en la canonización de los SS. Pedro Claver, Juan Berchmans y Alfonso Rodríguez (1888) les inculcó las virtudes más típicas de estos héroes de la santidad.

Al P. Anderledy debe no pocos alientos e iniciativas la gigantesca labor de los sabios escrituristas, teólogos e historiadores alemanes, cuya génesis ha de explicarse también por una serie de circunstancias que concurrieron en aquella época, como son: el ocio forzoso en que se vieron aquellos jesuítas al ser desterrados de su patria; el auge de la vida cultural en Europa, y principalmente en Alemania; en fin, la necesidad de oponer a la orgullosa ciencia racionalista una ciencia sólida en armonía con la fe y un pensamiento católico profundo.

Dotado como estaba el P. Anderledy de temple varonil y acerado carácter, quizás algo inflexible, vibró siempre, desde sus correrías de misionero popular, con lo grande, fuerte y heroico, más que con lo bello y delicado. Ideal de toda su vida fué la conversión de los hombres a Cristo; de los hombres, es decir, de los varones. No hay que encerrar—decía—la fe y la religión en conventos de monjas y colegios de niñas, sino más bien llenar de hombres los anchos espacios de las antiguas basílicas; los hombres son los que han de dar religiosidad a las familias; los hombres, los que han de informar de religión la ciencia, las artes, la vida

popular y civil y la sociedad entera, para que todas las cosas sean instauradas en Cristo. Repugnaba a la virilidad de su ánimo esa ascética moderna, tan dulcecita, y predicaba la vuelta a los viejos maestros de espiritualidad. Idénticas normas de austeridad le guiaban en cuestión de estudios. Enemigo de la ligera ciencia enciclopédica que hace eruditos a la violeta, se aferraba firmemente a la *Ratio studiorum* y abogaba por la Teología y la Filosofía escolástica. Siendo aún Provincial, fomentó, como hemos dicho, los trabajos científicos, y envió jesuítas alemanes al Instituto Politécnico de Quito, a petición de García Moreno. Huelga decir que, siendo General, dispensó igual y mayor protección a la ciencia. Al morir en Fiesole, en enero de 1892, dejó nombrado Vicario al P. Martín, sustituto del Secretario, a quien había llamado cerca de sí para consultarle en la nueva ordenación de los estudios.

Luis Martín (1892-1906)

Difícil era en aquellas circunstancias que la Congregación General se reuniese en Roma, por lo cual el P. Vicario la convocó para el 24 de septiembre en la casa natal del Fundador de la Compañía, en Loyola. El 2 de octubre, festividad del Sacratísimo Rosario de Nuestra Señora, resultó el P. Luis Martín, en el segundo escrutinio, elegido General de la Compañía de Jesús, el vigésimocuarto en la lista de los Generales y el quinto de los españoles.

Entre los decretos de la Congregación XIV, baste recordar el que se dirige a promover los ministerios espirituales, muy especialmente con los obreros y los pobres, y el que ordena que en todas las Provincias haya profesores eminentes de Historia Eclesiástica y Derecho Canónico, a fin de que ningún estudiante salga de Teología sin suficientes conocimientos en estas materias, tan importantes en la actualidad.

Había nacido el P. Luis Martín García en Melgar de Fernamental (provincia de Burgos), de padres de arraigada fe y costumbres cristianas, a la añeja usanza española. Sintió la vocación a la Compañía cuando estudiaba Teología en el seminario burgalés, quizás al oír hablar de los jesuítas que se establecieron

en Burgos el año de 1863, y al año siguiente (1864) se decidió a entrar en el noviciado de Loyola. Tuvo en el juniorado por maestro de Humanidades al joven Juan José de la Torre, que había de ser un día su Asistente en Roma, y demostró ya entonces las grandes aptitudes para la elocuencia y para la poesía que se reflejan en sus escritos, especialmente en sus brillantes poemas, algo declamatorios, con influencias románticas, y en su clásico *Discurso leído en Salamanca... para solemnizar el tercer centenario de la muerte de Santa Teresa.* Desterrado de España por la revolución del 68, fué a terminar la Filosofía en Valsprès-de-Puy. Del 70 al 73 enseñó Retórica en el castillo de Poyanne y allí mismo hizo sus estudios teológicos, teniendo de profesor al P. Mendive. Enseñó dos años Teología en el mismo Poyanne (1878-79), y, expulsado de Francia en 1880 por la ley Ferry, vino a ser Rector y profesor de Teología y de Hebreo en el seminario de Salamanca, donde se granjeó fama de insigne teólogo. Por motivos de salud dejó aquellos cargos que brillantemente desempeñaba y pasó en 1885 a dirigir *El Mensajero del Corazón de Jesús,* mas al año siguiente fué nombrado primer Rector de Deusto y a los pocos meses Provincial de Castilla (diciembre de 1886). A su provincialato corresponde la erección del seminario pontificio de Comillas. Invitóle el P. General en 1887 a que asistiese en Roma a las canonizaciones de San Pedro Claver, San Juan Berchmans y San Alfonso Rodríguez, sin duda para apreciar más de cerca sus extraordinarias dotes; en 1891 le llamó a Fiesole y al morir le nombró Vicario. Tenía el P. Luis Martín la misma virilidad espiritual y alteza de pensamientos que el P. Beckx, con una mayor cordialidad y formación humanística. Es lástima que, por sus continuos cargos de gobierno, le fuese imposible hacer gala de sus egregias cualidades de orador y de escritor. Además de las lenguas clásicas, hablaba corrientemente el francés, inglés e italiano.

No bien le eligieron General, quiso visitar a sus hijos esparcidos por Europa, a fin de consolarlos en las persecuciones y alentarlos a trabajar ardorosamente para la mayor gloria de Dios, y con la anuencia del Papa, recorrió las Provincias de Francia, Inglaterra, Irlanda, Bélgica, Holanda, Alemania e Italia.

«En aquella ocasión le vimos por vez primera —escribe el Padre Rosa—, y admiramos aquel rostro bronceado, al que prestaban seriedad sus espesísimas cejas, bondadoso, sereno, portador de gozo a la dispersa familia. Su palabra era dulce, paternal su abrazo, y desde el anciano achacoso al novicio jovencito, todos eran admitidos con la hermosa igualdad y cordial familiaridad de la casa religiosa. La alegre escena de familia a que asistíamos en nuestra infancia religiosa en una pequeña ciudad del Piamonte, se repetía en todas las casas, en todos los colegios por donde pasaba el nuevo General, con la sonrisa del Padre, con la mirada del capitán y del maestro, revistando sus escuadrones y animándolos a las nuevas conquistas.»

En 1895 trasladó la curia generalicia de Fiesole al Colegio Germánico de Roma. Habíanle pedido los Padres de la Congregación mandase continuar la historia oficial de la Compañía, que, empezada por Orlandino y continuada por Sacchini, Jouvancy y Cordara, no pasaba del año 1632. El P. Luis Martín, aficionado a los serios estudios históricos, tomó con tanto calor el encargo, que se propuso rehacer por completo la historia de la Compañía, acabando de una vez con las leyendas doradas de escritores tan piadosos como indocumentados y con las leyendas negras de calumniadores mercenarios; y a este fin, ordenó que historiadores bien formados emprendiesen la historia de cada Asistencia con diligentes investigaciones de archivos, crítica rigurosa y técnica impecable. Astrain, Duhr, Fouqueray, Tacchi Venturi, Hughes, Rodrigues, etc., pusieron en seguida mano a la obra. El impulsó a los jesuítas españoles a la gigantesca publicación de *Monumenta historica Societatis Iesu;* él dió alientos a Braunsberger, Sommervogel y Mercier, y hasta se tomó el trabajo de revisar por sí mismo los dos primeros tomos de Astrain; a él se le debe la fundación de la revista *Razón y Fe* (1901), y él aprobó la *Revista de Sciencias Naturaes* (*Broteria*) de los Padres portugueses (1902). El número de colegios, que en 1844 era de 53 solamente, y en 1854 de 110, y en 1860 de 170, llegó en su tiempo (1896) a 209, con un total de 52.692 alumnos.

Tuvo el dolor de ver los colegios de Francia clausurados por leyes sectarias y la honda tristeza de que en Inglaterra el Padre Tyrrell, convertido del anglicanismo, se obstinase en la herejía modernista; pero tampoco le faltaron consuelos, como al tener

noticia de cuatro misioneros de China que alcanzaron el martirio en el levantamiento de los boxers, y cuando fueron beatificados los mártires de Salsete y luego Antonio Baldinucci, Bernardino Realino, los tres mártires de Hungría, o bien cuando el Papa León XIII que le quería de veras y le consultaba con frecuencia, le llamó el 3 de mayo de 1902 con estas condifenciales palabras: «Venga aquí, P. General, venga y siéntese conmigo un rato para consolarnos mutuamente, porque a los dos nos afligen graves pesadumbres.»

De su preocupación por la sólida formación espiritual de sus hijos da testimonio la hermosa carta de 1896 sobre algunos peligros de los tiempos modernos, peligros que él reduce a dos cabezas: ligereza de ánimo y amor de la falsa libertad; contra la ligereza de ánimo propone el estudio serio y el evitar las lecturas frívolas; contra la falsa libertad recomienda la obediencia, la humildad, la modestia y el verdadero amor a la Compañía. Particular importancia revistió su instrucción sobre el modo de dar los Ejercicios de San Ignacio (1900), porque inició, con la aprobación de León XIII, un movimiento de Ejercicios espirituales para obreros. Cuentan que al recibir todos los años los catálogos de las Provincias, lo primero que leía era el *Conspectus Societatis Iesu*, para ver qué Provincia presentaba mayor aumento de sujetos, pues decía que ese incremento constante de la Compañía es una prueba del amor que le tiene Dios Nuestro Señor. Cuando él empezó su generalato (1893), los jesuítas eran 13.292; poco antes de su muerte llegaban a 15.661.

Vigoroso y robusto en apariencia, prometía largos años de vida, cuando se le declaró en el brazo derecho un sarcoma, que le hizo sufrir dos operaciones, soportadas heroicamente sin ninguna clase de anestésicos, y por fin la amputación del brazo (1905), que hubiera soportado del mismo modo, si los médicos no se hubiesen empeñado en darle cloroformo. Tras una mejoría pasajera, falleció al año siguiente con la serenidad del justo, a los cincuenta y nueve años de edad (18 de abril de 1906). Su mejor panegírico lo pronunció Pío X en la primera audiencia que concedió al Vicario General, P. Rogelio Feddi: «Fué un hombre de Dios, un santo, un santo.»

Francisco Javier Wernz (1906-1914)

Reunida la Congregación General XXV el 1 de septiembre de 1906, recibió dos postulados de Pío X y se apresuró a aceptarlos con el mayor rendimiento: referíase el primero a la doctrina de Santo Tomás, y era el segundo un deseo de que la Compañía tomase la misión del Japón y abriese allí un Instituto de estudios superiores. Entre los decretos, fué el primero, que la Compañía entera se consagrase al glorioso Patriarca San José, en lo cual no hacía sino cumplir el testamento del P. Martín moribundo. Versaron otros sobre la guarda de la pobreza en los viajes, etc., sobre la lectura de los libros prohibidos, sobre los estudios de las lenguas clásicas. Se inculcó la práctica de destinar algunos jóvenes aventajados a profundizar en Filosofía, Teología, Sagrada Escritura, Patrística, Historia, Derecho Canónico, etcétera, por dos o más años, terminada la carrera. Se encargó a los Superiores la formación de especialistas en diversos ramos, verbigracia, en Historia de los dogmas, Patrología, Arqueología bíblica y eclesiástica, Liturgia y su historia, Crítica histórica Lenguas orientales, Asiriología, Egiptología, etc. Por fin, se dieron normas y medios para que no se infiltrase el modernismo ni otras novedades temerarias.

Para suceder al P. Luis Martín pusieron sus ojos en el Rector de la Universidad Gregoriana, *P. Francisco Javier Wernz*, que pasaba por ser el mejor canonista de su tiempo. Era alemán, como nacido en Rottwil (Würtemberg), y había entrado a la edad de quince años en el noviciado de Gorheim, cerca de Sigmariñga (1857). Estudió Filosofía en Aquisgrán y María Laach (1861-64), hizo su magisterio en Feldkirch (1864-68) y los estudios teológicos en María Laach (1868-72). Cuando la guerra del 70, empleó sus vacaciones en asistir caritativamente a los enfermos y heridos del ejército alemán, igual que otros muchísimos jesuítas, que fueron galardonados con la expulsión de su patria por el Canciller de Hierro. Hecho su terceronado en Exaten (1874), partió el Padre Wernz con sus hermanos desterrados a Ditton Hall (Inglaterra), y tras un año de preparación, empezó allí su carrera de

profesor de Derecho Canónico. Llamado en 1882 a desempeñar la misma cátedra en la Universidad Gregoriana, pronto inmortalizó su nombre con la publicación de la obra *Jus Decretalium*, no menos que con sus lecciones y con sus estimadísimos dictámenes, pues era consultor de la Congregación del Concilio, del Santo Oficio, del Indice, de Negocios Extraordinarios y de la Comisión para la Codificación del Derecho Canónico. Desde 1904 era también Rector de la Gregoriana.

Como General de la Compañía de Jesús, se distinguió por su visión clara y serena, talento organizador, dirigido casi exclusivamente al régimen interno de la Orden, y por su rectitud y justicia al juzgar de cosas y personas, todo lo cual le conciliaba la admiración y el afecto.

Su generalato tiene trascendental importancia para la América del Norte, por las nuevas Provincias que allí creó, y que eran necesarias, dada la madurez que en los últimos años habían tomado aquellos países.

En la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús de 1907 (7 de junio), firmó el General cuatro decretos: Por el primero se constituía la Provincia de *Méjico*, que contaba 274 jesuítas, siendo así que en 1818 tenía 22 y en 1878 sólo 19. Por el segundo se declaraba también Provincia independiente la gloriosa misión del *Canadá*, restaurada en 1842 por jesuítas franceses, dirigida luego por los de Inglaterra, y, en fin, por los de Marylandia; contaba entonces 308 sujetos con 3 colegios florecientes, 6 residencias con casas de Ejercicios, varias misiones entre los indios, y se le asignó la misión de Alaska boreal, sostenida hasta entonces por misioneros de Turín. El tercer decreto creaba la Provincia de *Nueva Orleáns*, misión fundada en 1837 por la Provincia de Francia, perteneciente luego a la de Missouri, más tarde a la de Lyón, y que contaba ahora 239 individuos, en 13 casas. El cuarto, finalmente, unía la misión de *California*, fundada por los jesuítas de Turín, al ser éstos expatriados por la revolución del 48, con la misión de las *Montañas Rocosas*, fundada en 1840 por el famoso P. De Smet. Ya el P. Luis Martín pensó en unirlas bajo un Superior, para impulsar más su desarrollo, y ahora éste fué

tan rápido que a los dos años (1909) fué elevada a la categoría de Provincia autónoma.

Un mes después de estos decretos se expidió otro relativo a la misión de *Buffalo;* sólo 21 misioneros tenía en 1871 al llegar los primeros jesuítas alemanes, pero tan atendida estuvo por los perseguidos de Bismarck, que en 1907 ascendían a la increíble suma de 1447 y se determinó que se dividiese en tres partes para agregarse a las Provincias de Missouri, Marylandia y California. Esta organización ha servido de base a la gran prosperidad que la Compañía de Jesús ha alcanzado en aquellos países, no limitándose a su propio territorio, ya de suyo vastísimo, sino lanzándose a las misiones entre infieles.

En Europa, la Provincia húngara (1909) se separó de la austríaca, a la que siguieron perteneciendo las misiones de Croacia, Bosnia, etc.

Después de las Provincias—decía el P. Wernz—los miembros más importantes de la Compañía son las casas profesas; y quiso que en Valencia (1908), en Viena (1910), en Madrid (1912), en Bilbao (1913), y en todas las Provincias donde fuese posible, se levantasen esos centros religiosos, que deben ser dechado de pobreza evangélica y de celo de las almas.

Acaso su mayor atención y cuidado se dirigió a la organización de los establecimientos de enseñanza, desde la Universidad Gregoriana y el Instituto Bíblico, encomendado por Pío X a la Compañía, hasta el último colegio. Y dentro de los colegios para niños y jóvenes, no se preocupó tan sólo de la enseñanza y educación, sino de la formación espiritual, para lo cual recomendó con todo ahinco las Congregaciones Marianas; él les dió nuevos estatutos (1910); para ellas fué la última instrucción que cursó poco antes de morir, y tuvo el consuelo de ver que las Congregaciones agregadas a la Prima Primaria de Roma en los años 1886-1912 ascendían a 19.215.

En punto a misiones extranjeras, la obra de más trascendencia fué la empresa del Japón, cuyos humildes principios en 1908 fueron como las raíces de la actual misión, tan rica de esperanzas, con su acreditada Universidad católica. Otras misiones muy prósperas conoció el P. Wernz, como la de Calcuta, con 130.000 cate-

cúmenos; la de China, con miles de conversiones; la de Madagascar, con el fructuoso ministerio de los Ejercicios espirituales para neoconversos, etc.

Acercándose el centenario del restablecimiento universal de la Compañía por Pío VII, mandó el P. Wernz, para conmemorarlo, que se escribiese una historia general de este primer siglo, obra que realizó el P. Albers en su *Liber saecularis*, y diversas historias particulares de las Provincias, además de la *Synopsis historiae Societatis Iesu*. En los ocho años escasos de su generalato creció la Compañía, de 15.601 sujetos, a 16.894. Mucho sufrió al verla perseguida en Francia y con modos más inhumanos expulsada de Portugal, pero más hondamente debieron de herir su corazón ciertos rumores malintencionados que tachaban a algunas Provincias y personas de la Compañía de desobedientes a la Santa Sede y sospechosas de modernismo; ni faltaron alusiones al mismo Padre General con palabras harto despectivas. Nor por eso perdió la estima de Pío X, de quien son estas palabras, dirigidas al Padre Freddi:

> «Quiero que manifieste al P. General mi gratitud por el gran bien que ha producido en la universal Iglesia con la publicación de sus libros, con su sabio consejo en las Sagradas Congregaciones romanas y con el docto magisterio en la Universidad Gregoriana, que ha dado lugar a que en todo el mundo sus agradecidos discípulos reconozcan sus muchos merecimientos.»

Quizás la última bendición de Pío X fué para el P. Wernz moribundo, que entregó su noble alma a Dios en la noche del 19 al 20 de agosto de 1914. Dos horas más tarde rendía también su espíritu el Romano Pontífice. Acababa de estallar la conflagración europea y eran trágicas las horas que empezaban a vivir las naciones.

Wlodomiro Ledóchowoski (1915-1942)

No haremos aquí más que presentar al nuevo General, dejando para otro lugar la enorme actividad desarrollada en su largo generalato, ya que todos están conformes en que a partir de 1914

arranca una nueva era en la historia del mundo, de la Iglesia y también de la Compañía.

Al morir el General alemán, dejó nombrado Vicario al Asistente francés, Eduardo Fine, quien, no obstante los obstáculos de la guerra, convocó la Congregación General XXVI en Roma para febrero de 1915. Con absoluta libertad de espíritu, sin dejarse influir por apasionamientos políticos, los Padres congregados dieron a la Compañía de Jesús su vigésimosexto General en el polaco *Wlodimiro Ledóchowski*, cuya inmensa capacidad y extraordinarias dotes de gobierno, finura de espíritu, amplitud de miras, genio centralizador y actividad sobrehumana, eran ya la admiración de los que le conocían, y se revelarán a todos mucho más en adelante.

Hijo del conde Ledóchowski y de la condesa suiza Josefina Salis-Zizer, nació en Loosdorf (Galitzia) en el seno de una familia tan noble por la sangre como por la virtud, pues su santa hermana la condesa María Teresa Ledóchowska fué la fundadora del «Sodalicio de San Pedro Claver» para la conversión de los negros africanos, y su tío Miecislao Ledóchowski, aquel Arzobispo de Posen que hizo frente a Bismarck, cuando las leyes de mayo, y mereció por su intrepidez, sus cárceles y padecimientos ser condecorado con la púrpura cardenalicia.

El joven Wlodimiro cursó sus primeros estudios en el Teresiano de Viena y un año de Derecho en la Universidad. Entró luego en el Seminario de Tarnovia: doctoróse en Filosofía en el Germánico de Roma (1887-1889), dando tales muestras de sí, que en el Diario del Colegio se hizo constar lo siguiente: «Hic alumnus ad eminentis ingenii laudem adiecit laudem eximiae virtutis.» Vuelto a su país, ingresó (1889) en el noviciado de Starawies (Galitzia); hizo sus estudios de Teología en Cracovia, donde se ordenó de sacerdote (1894), y terminada la carrera, se distinguió como escritor de cuestiones teológicas en la «Revista universal» polaca y como Superior de la casa de escritores de Cracovia. Provincial de Galitzia en 1902 y Asistente de Alemania en 1906, tenía cuarenta y ocho años de edad al ser nombrado General de la Compañía el 11 de febrero de 1915, en plena guerra europea.

Consignemos aquí algunos decretos de la Congregación XXVI:

Se creó para los Estados Unidos la nueva Asistencia de América. Se acordó hacer una nueva edición oficial del Instituto, y un Epítome del Derecho de la Compañía, dividido en artículos numerados. Se condenó el modernismo, y se manifestó un sentimiento de gratitud al P. Wernz, que en todo su generalato se esforzó con mandatos, persuasión, vigilancia y absoluta obediencia al Vicario de Cristo en rechazar de la Compañía todo virus de modernos errores. Se discutieron diversos puntos de la pobreza, encargando al General escribiera una carta sobre este asunto. También se le encargó otra carta para fomentar más y más la doctrina del Doctor Angélico, pero haciendo constar que la Compañía no puede defender otras teorías, en lo concerniente a los auxilios divinos y a la ciencia media, que las que defendió en las controversias de *auxiliis* ante Su Santidad. (Por un rescripto de León XIII, confirmado y hecho suyo por Benedicto XV, se concede a los de la Compañía la libertad de enseñar la real distinción entre la esencia y la existencia, o la teoría contraria, con tal que no la presenten como fundamento de toda la Filosofía cristiana ni como necesaria para le explicación de los dogmas.) Se inculcaron dos formas de devoción y apostolado muy propias de la Compañía: las Congregaciones marianas, que han de emprender obras de misericordia y de celo y procurarán tener revistas propias, y el Apostolado de la Oración, muy a propósito para propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Por fin, se volvió a recomendar el *bienio* de estudios especiales a los estudiantes aventajados.

Tarea difícil y espinosa era la que debía acometer el nuevo General en aquellas tremendas circunstancias; tarea que se dificultó mucho más cuando en mayo de 1915 Italia entró también en el vórtice de la guerra. Vióse entonces forzado a trasladarse al castillo de Zizers, en la hospitalaria Suiza, de donde le era fácil comunicarse con toda la Compañía, y donde permaneció ajeno a toda política, por más que ciertos nacionalsocialistas inventaran una política jesuítica, de tendencia antigermánica, aunque fautora del centro alemán.

Volvamos ahora la vista atrás y consideremos más en particular la agitada vida de los jesuítas en este período.

Y empecemos por los españoles.

La restauración de España (1815)

Nadie como los Borbones españoles había perseguido tan sañuda y tenazmente el plan de aniquilamiento de la Compañía, aun después de reducida ésta a su mínima expresión en las lejanías de Rusia. Tan sólo en la gran fecha nacional de 1808, tras la abdicación de Bayona, pudo manifestarse el genuino sentir del pueblo español, amordazado hasta entonces por el despotismo de los gobernantes. Mientras en las funestas cortes gaditanas triunfaban las ideas enciclopedistas, galicanas y regalistas, y era rechazada la proposición de los diputados americanos en favor de los jesuítas, corría por España la proclama de un diputado gallego, titulada: *Unico remedio de nuestros males*, de cuyo argumento pueden dar idea estas frases:

> «Para acabar con la religión de Jesucristo se quitó el estorbo de los que principalmente dirigían la educación; pues, justo castigo de Dios, los actuales corruptores de doctrina y costumbres vengan el destierro de los que velaban por su pureza. Los hicimos sospechosos a los Príncipes; y en pena han venido a dominar los enemigos de los Príncipes y el clero ve el desprecio y el saqueo en pena de su emulación. Con su laxitud de doctrina, eran regulares generalmente las costumbres; con esta supuesta pureza, están universalmente corrompidas. Acusáronlos de rebeldes, perjuros y regicidas; mas apenas vieron a los Príncipes sin estos fieles guardias y Mardoqueos vigilantes, les declaran la guerra, los destronan y los asesinan en infame cadalso. Imitamos a Francia, y Francia es nuestro verdugo. Los Borbones, ¿dónde están? A Córcega fueron deportados *(los jesuítas)*, y de Córcega salió el azote de Dios.»

Semejantes apologías y panegíricos brotaron de las plumas de varios religiosos, entre los que sobresalió el *Filósofo Rancio*, Padre Alvarado, O. P., y lo que es más de estimar, de no pocos obispos: de suerte que, al recobrar la corona Fernando VII, le

fué fácil conocer la verdad sobre los jesuítas, por los muchos memoriales que de todas partes le llegaban. Inmediatamente comprendió que para consolidar su trono no podía hacer cosa mejor que restablecer la Compañía de Jesús, y propuso a Pío VII secretamente sus planes. Lleno de gozo, contestóle el Papa: «Podemos rotundamente afirmar a V. M. que el restablecimiento de la Compañía, cuyo santo Fundador, por su linaje y por su nacimiento, fué español, y a la cual ilustraron con su santidad y doctrina tantos y tan ínclitos españoles, la cual finalmente mereció bien de toda España, será recibido por los pueblos de V. M. como un nuevo beneficio, en nada inferior a los muchos y muy grandes que de vuestra bondad y providencia ha recibido» (15 de diciembre de 1814).

Alentado con estas palabras, expidió el Rey en 29 de mayo de 1815 un decreto en que afirma que las ciudades y provincias le suplican el restablecimiento de la Compañía (no menos de 56 ciudades y el reino de Navarra hiciéronle tal petición), confiesa que se ha persuadido de la falsedad de las calumnias lanzadas para desacreditar a la Compañía, a la que llama «antemural inexpugnable de la religión santa de Jesucristo; cuyos dogmas, preceptos y consejos son los que sólo pueden formar tan dignos y esforzados vasallos como han acreditado serlo los míos en mi ausencia, con asombro general del universo»; y en consecuencia, deroga, revoca y anula la Pragmática de Carlos III y cuantas leyes y reales órdenes se hayan expedido para su cumplimiento.

A este decreto, recibido con unánime aplauso en la Península, siguió otro el 10 de septiembre, en términos análogos para las Indias. Considerando, decía, «que en mis reinos de las Indias produjo inexplicables bienes temporales y espirituales, disminuídos notablemente por su falta; que los individuos de la enunciada Orden en sus destierros, sin subsistencia, sin apoyo, aun sin libros, han edificado con su ejemplo, ilustrado con sus obras y dado honor a su patria», y que los ancianos jesuítas naturales de Indias «pueden ser, para la tranquilidad de sus países, el remedio más pronto y poderoso de cuantos se han empleado al logro de este intento» (recuérdese que la revolución emancipadora ardía en toda Hispanoamérica)..., «los convido y admito amoro-

samente en dichos mis dominios de Indias», condescendiendo con los deseos del Consejo de Indias «y con los de todos mis amados vasallos de aquellos mis reinos, manifestados por 29 de los 30 diputados de ellas e Islas Filipinas, que se presentaron en las llamadas cortes generales y extraordinarias, los cuales en las sesiones de 16 y 31 de diciembre de 1810 pidieron a nombre de sus provincias, como un bien de grande y reconocida importancia, que la religión de la Compañía de Jesús volviese a establecerse en ellas; he venido en permitir, como permito, se admita en todos mis reinos de las Indias e islas adyacentes y Filipinas, a los individuos de la Compañía de Jesús, para el restablecimiento de la misma en ellos; a cuyo fin, usando de mi potestad soberana, de mi proprio motu y cierta ciencia, derogo, caso y anulo toda real disposición o pragmática con fuerza de ley, que se oponga a esta mi real determinación».

Vencidas algunas dificultades del Consejo de Castilla gracias a la voluntad decidida del Monarca y al elocuente y documentado dictamen del fiscal Francisco Gutiérrez de la Huerta, por fin el 3 de mayo de 1816 se publicó la Real Cédula, que fijaba las normas del restablecimiento de la Compañía y constituía a ésta en el estado anterior al extrañamiento de Carlos III.

Los jesuítas españoles que vivían en Italia, y que siempre se habían distinguido por su patriotismo exaltado (sirva de ejemplo Masdéu) y un amor casi excesivo al Rey, aunque se llamase Carlos III, apresuráronse a volver a la amada patria, de la que llevaban casi cincuenta años desterrados, y a reingresar en la Compañía, fuera de los más achacosos, que prefirieron alargar su vejez en los dulces climas italianos. Uno de los que con más gozo regresaron a España fué el P. Manuel Luengo, con los sesenta y tres volúmenes de su diario, veintiséis tomos de *Papeles varios* o documentos y cuatro de *Miscelánea*, donde había ido anotando, día tras día, todos los acontecimientos y noticias desde abril de 1767 hasta septiembre de 1815. A poco de llegar a Barcelona, murió, en noviembre de 1816, contando ochenta y un años de edad.

A todos aquellos venerables ancianos, presididos por el Padre Manuel Zúñiga, Provincial de Sicilia, que venía con el car-

go de Comisario general para el restablecimiento en España, se les dispensó un recibimiento cordial y triunfal; al entrar en sus antiguas residencias, resonaban las calles con vivas a la Compañía y los templos con las aclamaciones jubilosas del *Te Deum*; en Madrid se les introdujo en medio de una solemnísima procesión, a cuyo frente iban los dominicos y franciscanos. Inmediátamente se les devolvió el Colegio Imperial y el Noviciado. A regir el Colegio y Noviciado de Loyola vino el P. Faustino Arévalo, lumbrera de la ciencia y varón de virtud eximia, que renunció a sus cargos de himnógrafo de la Congregación de Ritos y teólogo de la Sagrada Penitenciaría, para gobernar primero la comunidad de Loyola y luego la Provincia de Castilla como Viceprovincial. En Manresa dióseles el Colegio y la Santa Cueva; en Valencia, el Seminario de Nobles y el Colegio, donde el P. J. F. Masdéu puso una cátedra de su invención, que llamó *Escuela nacional*, y el gran humanista Buenaventura Prats, viejo ya, enseñó Retórica a los niños. Restablecióronse además los Colegios de Murcia, Tortosa, Trigueros, Graus, Oñate, Cádiz, Montesión, donde el Padre Baltasar Masdéu, hermano del historiador enseñó Filosofía; el Noviciado de Sevilla, con unas escuelas anejas, y, en fin, el Colegio y Noviciado de Villagarcía, de tan gratos recuerdos para los antiguos jesuítas.

Mucho abarcaron aquellos animosos ancianos, que en su inmensa mayoría pasaban de setenta años, y no pocos de ochenta; siendo no más de 112 sacerdotes y 10 coadjutores, tenían que sostener cerca de veinte casas. Venerábalos el pueblo y Dios los bendecía con abundantes vocaciones, de suerte que en 1820 eran un total de 436 jesuítas (238 novicios).

Nuevos destierros y persecuciones

Cuando el comandante Riego, traidor a sus deberes de defender el Imperio español que peligraba en América, proclamó la Constitución de Cádiz, hubieron de reunirse las Cortes, que obligaron a Fernando VII a suprimir la Compañía de Jesús (14 agosto 1820).

Los hijos de San Ignacio conocieron otra vez las amarguras del destierro; unos pasaron a Italia, otros se dispersaron por la Península, y de éstos hubo quienes dieron su vida heroicamente, como los Padres Campi y Calvo, asistiendo en Tortosa a los apestados (1821), y quien murió asesinado por las turbas sediciosas, como el excelente humanista Juan Urigoitia, de edad de ochenta y dos años (1822).

Sabido es cómo, vencidos en 1823 los constitucionales, se impuso el Monarca y volvieron los jesuítas a sus casas, aunque sólo pudieron abrirse la mitad de los antiguos colegios; constituyóse la «Provincia de España» bajo la dirección y gobierno del Padre Pedro Cordón († 1828), mas ahora su desarrollo fué más lento, pues en doce años no llegó al número de sujetos y casas que antes en cinco. En 1825 dos jesuítas entraron como capellanes y profesores en el Colegio General Militar de Segovia. Florecía el Colegio Imperial de Madrid con más de 700 alumnos (1830) y el Seminario de Nobles con unos 220, entre los cuales decollaban Pedro Madrazo, que será el mejor crítico de arte, y José Zorrilla, nuestro mayor poeta del siglo XIX. Por el mismo tiempo hacía sus estudios en el Colegio de Montesión (Mallorca) el gran escritor romántico José María Cuadrado. El Colegio de Valencia contaba 300 alumnos de segunda enseñanza y 600 de primeras letras: el de Sevilla, 260, y el de Manresa, 250: pero el primero instruía además a 1.000 párvulos y el segundo a 500. En todos ellos se observaban puntualmente los métodos pedagógicos de la *Ratio studiorum*, y en todos se cosechaban frutos de piedad, gracias sobre todo a las Congregaciones marianas.

De pronto, el viento de la persecución sopló con más violencia que nunca. Conocida es en la Historia de España la profunda división verificada a la muerte de Fernando VII (1833) entre carlistas y liberales. La entrada de Don Carlos en Navarra y los primeros triunfos de Zumalacárregui exasperaron a los enemigos de la religión, que determinaron, con su valentía de siempre, degollar a todos los frailes de Madrid, ya que no podían hacer lo mismo con los bravos carlistas del Norte. Y como precisamente en aquellos días de mediados de julio de 1834 la epidemia del

cólera hacía muchas víctimas en la población madrileña, esparcieron el absurdo rumor de que los frailes habían envenenado las fuentes, siendo así que esos mismos frailes, y en particular los jesuítas, estaban entonces, con riesgo de su vida, asistiendo a los contagiados. Franciscanos, mercedarios y dominicos pagaron su tributo de sangre en aquella jornada espantosa del 17 de julio, en la que la más abyecta plebe, azuzada por gentes de sociedades secretas, salió a manchar las calles de Madrid con el desenfreno de sus instintos infrahumanos. Y se dirigió primeramente contra los jesuítas del Colegio Imperial. «Lo que allí pasó—diremos con Menéndez y Pelayo—no cabe en lengua humana y la pluma se resiste a transcribirlo... Cayeron a poder de sablazos y de tiros hasta 16 jesuítas, cuyos cuerpos, acribillados de heridas, fueron arrastrados luego con horrenda algazara y mutilados con mil refinamientos de exquisita crueldad, hirviendo a poco rato los sesos de algunos en las tabernas de la calle de la Concepción Jerónima. Uno de los asesinados era el P. Artigas, el mejor, o, más bien, el único arabista que entonces había en España, maestro de Estévanez Calderón y otros.»

Congregáronse los restantes, a toque de campana, en la capilla de comunidad y esa fué su salvación, porque, estando allí preparándose a morir, presentóse un jefe de aquellos forajidos preguntando por el Hermano escolar Juan Gregorio Muñoz, cuya vida quería salvar a todo trance, por tratarse de un hermano del guardia de corps D. Fernando, favorito de María Cristina y casado ya entonces secretamente con ella; mas como el H. Muñoz se resistiese a salir de la capilla, protestando que su suerte había de ser la de los demás, quedaron todos allí custodiados y defendidos mientras los asesinos devastaban y profanaban la casa.

Naturalmente, los criminales gozaron de la más escandalosa impunidad, mientras las víctimas eran condenadas al destierro y a la confiscación por un decreto de 1835 en que se suprimía la Compañía de Jesús *por convenir a la prosperidad y bien del Estado.*

Solamente el Colegio de Loyola siguió abierto hasta 1841, por dominar en aquella región las tropas de Don Carlos. La tercera

parte de los jesuítas se dispersó por 25 diócesis españolas; los restantes, o se fueron a trabajar en la Argentina y en Colombia, o emigraron a Francia (residencia y terceronado en Aire-sur-l'Adour) y a Bélgica (noviciado y escolasticado en Nivelles).

El Concordato de 1851 concedió un respiro a la Iglesia española, y al año siguiente pudieron regresar los jesuítas, aunque admitidos solamente como Orden misionera, para evangelización de los infieles de Filipinas y Fernando Poo y educación de la juventud de Cuba y Puerto Rico. El noviciado de Loyola tomó el nombre de Colegio de Misiones, mas al subir los progresistas al poder, tuvo que trasladarse a Mallorca (1854), hasta que la mano fuerte de Narváez puso algún orden en la cosa pública y fué llamada de nuevo la Compañía de Jesús (1856).

Se abren los noviciados de Loyola, el Puerto de Santa María y La Selva (cerca de Tarragona); la Santa Cueva de Manresa, visitada con grandes muestras de devoción por Isabel II, recibe a los Padres de tercera probación desde 1860: el filosofado y teologado se establecen primero en Salamanca y definitivamente en León (1860); son pocos los colegios, pero numerosos los seminarios diocesanos de cuya dirección se encargan los jesuítas, a saber: el de Salamanca, el de Barcelona, el de Coria, el de Canarias, el de San Carlos de Burgos, el de Puerto Rico; y se multiplican también las residencias en ciudades como Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, Santander, Bilbao, Palma, Urgel, Valladolid, Durango, Tudela, etc. El incremento es tan rápido, que, no siendo en 1857 más que 460 jesuítas, llegaban en 1863 a 890, repartidos en 25 casas dentro de la Península y 8 en misiones. Imponíase una división, y ésta se efectuó en 1863, surgiendo la Provincia de Aragón con sus tradicionales límites, que abarcaban Aragón, Cataluña, Valencia y Baleares, además de Canarias, Filipinas, Chile, Argentina y Paraguay, quedando la Provincia de Castilla con todo el resto de la Península, con Fernando Poo y todas las naciones de Hispanoamérica, a excepción de las tres nombradas.

Parecía iniciarse un período de rara prosperidad, cuando todo se vino abajo súbitamente con el cataclismo revolucionario

del 68. Detrás de la «Reina de los tristes destinos», tuvieron que pasar la frontera por cuarta vez los jesuítas españoles, y esto en acatamiento de *la gloriosa* revolución que proclamaba, entre otras libertades, las de reunión y asociación pacíficas, al mismo tiempo que suprimía todas las Ordenes y Congregaciones religiosas de varones, aun las Conferencias de San Vicente de Paúl, y por decreto particular la Compañía de Jesús.

Muy caro costaba a España el sectarismo de su gobierno, pues así como en 1821 el alzamiento de Riego trajo consigo la expulsión de los hijos de San Ignacio y el hundimiento del Imperio español, así ahora, mientras los jesuítas andaban dispersos o buscaban caritativo alojamiento en los colegios de sus hermanos de Francia, la corona de los Reyes Católicos se exponía a pública subasta para caer hecha trizas a los pies de una República ensangrentada por la guerra civil y sepultarse entre las ruinas anárquicas del cantonalismo. Con el advenimiento de Alfonso XII (1874) se cerró aquel vergonzoso período de nuestra historia; con todo, los jesuítas no se decidieron a volver hasta 1880, en que una ley inicua disolvió la Compañía de Jesús en Francia. Habían penetrado, sin embargo, dos años antes algunos novicios que se establecieron con su Padre maestro, Blas Olano, en el convento de San Jerónimo de Murcia; cerróse en 1880 la casa de Poyanne (Francia), pasando los restantes novicios a Loyola, y dirigiéndose los filósofos (tras breve estancia en Carrión) con los teólogos al antiguo monasterio benedictino de San Salvador de Oña (Burgos); mientras los de Aragón, alojados hasta entonces en los escolasticados de Lyón y Tolouse, vinieron a establecer el noviciado en Veruela y el Colegio Máximo en Tortosa.

En los azares de tan agitada vida, ¿quién osará pedir a los hijos de la Compañía obras insignes en el campo de las ciencias y de las letras, instituciones sociales o empresas apostólicas de gran empuje, tan necesarias en aquella España decadente y enloquecida? Harto hacían con vivir y ofrecer a Dios sus padecimientos, cuidando al mismo tiempo de conservar íntegro y genuino el espíritu de San Ignacio, heredado de los antiguos jesuítas, como efectivamente lo lograron, gracias a Dios y a los excelentes Su-

periores que estuvieron al frente de la Provincia, como *Mariano Puyal* († 1855), devotísimo del Corazón de Jesús; *Antonio Morey* († 1856), mallorquín con fama de santo; *Manuel Gil* († 1880), *Juan Nepomuceno Lobo* († 1882), *Juan José de la Torre* († 1915), etcétera, si bien en la primera mitad del siglo hubo quienes se inclinaron hacia un meticuloso rigorismo.

La labor, tantas veces interrumpida, de los colegios no pudo producir frutos muy sazonados de formación científica y literaria. En cambio, el ministerio de las misiones despertó la adormecida de muchas poblaciones y se vieron ejemplos de conversiones, penitencias y fervor popular como en los mejores tiempos. Calcula el P. Frías que entre 1856 y 1868 darían los jesuítas unas 350 misiones, sobresaliendo entre todos el ilustre misionero *José Mach* († 1885), que, al volver de Bélgica en 1849, empezó a evangelizar los pueblos de Cataluña en misiones de 10, 12 y 15 días, recorrió también parte de Aragón y algo de Galicia, siempre con el mismo fruto en el pueblo y acaso más en el clero, fruto que él trató de ampliar e intensificar con sus libros. Con parecida renovación moral de los pueblos misionó el P. Jové en Canarias y los Padres Juan M. Lobo, Francisco Javier Maruri, el gran orador José María Mon y el infatigable Juan B. Morote en el centro y mediodía de España.

Con los Ejercicios espirituales de San Ignacio y con las Congregaciones se trató de avivar el fervor religioso de personas escogidas, no sólo entre los jóvenes, sino en todas las clases de la sociedad. La Congregación del Sagrado Corazón contaba en Salamanca (1862) alrededor de 5.000 afiliados. Digno de una mención en este lugar es el P. Carasa, que tanto ayudó a la santa Vizcondesa de Jorbalán, fundadora de las Adoratrices, y el Padre Butiñá, que fundó la Congregación de Hermanas Josefinas.

Período de calma y de prosperidad

Con la restauración de 1880 iníciase un período de paz, que se prolonga, con ligeros sobresaltos, hasta la segunda República de 1931; medio siglo de labor activísima y fecunda, que sólo po-

demos aquí bosquejar rápidamente. Dividida en 1880 la extensa Provincia de Castilla para dar origen a la de Toledo y a la de Portugal, al mismo tiempo que Méjico se declara misión independiente, queda la Península repartida en esta forma: Aragón, con 730 sujetos; Castilla, cuyos límites son los mismos que antes de la expulsión de Carlos III, con 656; Toledo, que comprende el territorio de la antigua Andalucía, con 230, y, en fin, Portugal, con 120. Prescindiendo ahora de esta última Provincia, el crecimiento de las otras progresa en esta proporción.

Año 1900: Aragón (con sus misiones de Filipinas, Chile y Paraguay), 1.053. En 1914, 1.278.
» Castilla (con sus misiones en las Antillas y Colombia), 1.121. En 1914, 1.356.
» Toledo (con sus misiones de Ecuador y Perú), 564. En 1914, 596.

Al mismo ritmo progresa la actividad apostólica y la producción científica y literaria, singularmente desde el gobierno del Padre Luis Martín.

Actividad escolar y científica

Sin contar las numerosas residencias que se van levantando en ciudades y villas, Aragón sostiene espléndidos colegios en Barcelona y Sarriá, Zaragoza, Valencia, Orihuela y, fuera de España, en Manila (ateneo y escuela normal), Buenos Aires, Santiago de Chile, mas los seminarios de Buenos Aires, Santa Fe y Montevideo. Castilla no le va en zaga, merced sobre todo a la Universidad Pontificia de Comillas (1892) y a la doble Universidad de Deusto, en Bilbao (Facultad de Derecho, 1886) y Centro Superior de Estudios Mercantiles, 1916), y a los Colegios de Carrión, (cerrado en 1891), Gijón, Laguardia, Valladolid, Orduña, Tudela, el Seminario de Salamanca (hasta 1911) y la Escuela Apostólica de Javier (1904), a los que se han de agregar los Colegios de La Habana, Cienfuegos, Bogotá, Medellín, Bucaramanga y el Seminario de Pasto. Toledo, menos fértil en vocaciones, puede enor-

gullecerse de sus Colegios de Málaga, Chamartín de la Rosa, Puerto de Santa María, Villafranca, Sevilla, principalmente del Colegio e Instituto de Artes e Industrias (Madrid, 1908), de la Escuela Apostólica de Ciudad Real (1912), y en América de los acreditados centros de enseñanza de Quito, Riobamba, Lima y La Paz.

En los últimos tiempos, todavía se ha acrecentado el número de colegios, y juntamente el de alumnos que reciben educación cristiana con los Padres jesuítas y cursan los estudios, por desgracia con sujeción forzosa a los programas oficiales. Esto, no obstante, ha trabajado la Compañía de Jesús porque sus centros de enseñanza nada tengan que envidiar a los del Estado, y aun los superen, no sólo en el orden moral y humano, sino aun en el técnico y material, construyendo locales aptos para la educación y enseñanza y proveyéndolos de excelentes bibliotecas, laboratorios y museos. El *Laboratorio químico* del Ebro, Tortosa (trasladado en 1916 a Sarriá, Barcelona) confiere el título de «Ingeniero químico», y tiene fama mundial, lo mismo que su fundador y Director, P. Eduardo Vitoria. A su lado figura el *Laboratorio biológico*, fundado en 1910 por el P. Jaime Pujiula, con cursos especiales de Citología, Histología y Embriología.

En España, como en todas partes, los jesuítas han mostrado singular predilección por la Astronomía. De los observatorios que dirigen, con sus boletines mensuales, recordemos el de la Cartuja (Granada), fundado por el P. Juan Granero en 1902, en cuya estación sismológica se ha hecho célebre el P. Manuel M. Sánchez-Navarro. El Observatorio del Ebro (Tortosa), fundado en 1904 por el P. Eduardo Cirera y dirigido luego por el P. Luis Rodés († 1939), ha merecido elogios de los más competentes astrónomos, por la perfecta instalación de sus múltiples secciones, de Heliofísica, Electro-meteorología y Geofísica. Más antiguo es el Observatorio de Belén (Habana), fundado en 1857 por el Padre Antonio Cabré, inmortalizado por el *P. Benito Viñes* († 1893), que tantas vidas humanas salvó de la furia de los huracanes, y mantenido en su prestigio por los Padres Gangoiti y Gutiérrez Lanza. Lo que es este observatorio para el mar de las Antillas, es

para el archipiélago filipino, barrido por frecuentes y terribles ciclones, el Observatorio de Manila, creación del *P. Federico Saura*, a quien sucedió el sabio *P. José Algué* († 1930). Español, como los anteriores, es el P. Simón Sarasola, que después de dirigir algunos años el Observatorio de Cienfuegos, pasó en 1921 a encargarse del Observatorio Nacional de Bogotá. Largo sería hacer referencia de los escritos científicos de éstos y otros jesuítas; más adelante, en la sección general, nos contentaremos con aducir una serie de nombres. Baste por ahora decir que en la Exposición para el Adelantamiento de las Ciencias, tenida en Madrid en 1913, calculó el Sr. Torres Quevedo que un veinte por ciento de los objetos expuestos correspondía a los jesuítas.

No ha sido inferior el movimiento filosófico y teológico en los Colegios Máximos de las Provincias españolas, pero nos contentaremos con anotar los nombres de las más salientes figuras en la sección general, que vendrá después.

Actividad apostólica

No redunda esta actividad escolar y científca en menoscabo de los ministerios espirituales, porque las numerosas residencias de la Compañía son focos de irradiación religiosa, por la predicación ordinaria de la palabra divina, por el cultivo más intenso de los fieles en determinadas épocas del año, por las Congregaciones, catequesis y obras sociales que a ellas están vinculadas; en fin, por los Ejercicios y misiones, que allí de alguna manera radican; y es fama que los templos de la Compañía suelen ser los de mayor culto y los más concurridos de la ciudad. Un dato: el año que se abrió la iglesia de Burgos, hubo 30.000 comuniones; en 1905 subieron a 80.000, y a los diez años pasaban de 125.000, viéndose esta iglesia superada por la de San Sebastián (200.000) y por la de Bilbao (250.000); cifras que han ido creciendo notablemente en años sucesivos.

Operarios ejemplares, y de no vulgar santidad, como los *Padres Félix López Soldado* y *José M. Rubio*, en Madrid; *Marcelino de la Paz*, en Valladolid; *Ignacio M. Aramburu* († 1935), en

Burgos, con su dirección y consejo, su asiduidad en el confesionario, sus visitas a cárceles y hospitales y sus múltiples obras de celo y caridad, han trabajado callada, pero eficazmente en la santificación de las almas, y a su muerte les ha testimoniado el pueblo profunda veneración y gratitud, con la esperanza de venerar pronto a varios de ellos en los altares.

Misioneros rurales los ha habido, y muy insignes, como el *Padre Francisco de Paula Tarín* († 1910), apóstol del Corazón de Jesús, cuya vida heroica pasma y sobrecoge, y a quien pronto esperamos ver en los altares. Más de 691 pueblos fueron misionados entre 1881-1912 por Padres de la Provincia de Toledo, entre los que recordaremos al P. Juan B. Moroto y Luis Gonzaga Navarro. El cordobés *P. Francisco Cabrera* († 1886), figura dulce y ascética, era conocido en Galicia por el sobrenombre de *El Santiñu*. El fogoso salmantino, imitador de Calatayud, *P. Juan Conde* († 1899), recorrió, como un enviado de Dios, en unión del Padre Ignacio Santos, las tierras castellanas y gallegas; de él decía el P. José Vinuesa, compañero suyo en algunas misiones: «Los sermones del P. Conde no valen, literariamente hablando, la mitad que los míos (lo podía decir sin arrogancia el elocuentísimo orador); pero los míos no mueven a la gente la mitad que los suyos.» A Conde y Santos sucedieron los PP. Rafael Vicente y Victoriano Vázquez Guerra, que en las mismas tierras dieron juntos unas 350 misiones. En el país vasco era tenido por santo el *P. Saturnino Ibarguren*, cuyo ardoroso celo pasó en 1906 a evangelizar los campos más estériles de Cuba. De igual y aun mayor fama de santidad gozó entre cuantos le conocieron el *Padre Nicolás Rodríguez*, misionero un tiempo en Fernando Poo, Superior más tarde de la residencia de Covilhan (Portugal) durante veinticuatro años, y, por fin, émulo de San Pedro Claver en Cartagena de Indias, donde murió el día mismo de aquel santo, año de 1900.

En 1903 se reveló la figura de uno de los grandes misioneros rurales de los últimos tiempos. *P. Julián Sautu* († 1937), varón de sólida formación humanística y de elocuencia nervuda y popular, férreo carácter y vida austerísima, que empezó sus misio-

nes con el P. Ricardo Manzanedo, siguió con los PP. Daniel Ibarrechevea, Mariano Carvajo y otros, a quienes fué rindiendo en centenares de misiones, tan ásperas cuanto fructuosas. Los *Padres Santiago Garay* († 1913) y *Eustaquio Miqueléiz* († 1937) y otros más recientes han continuado esta tradición de los misioneros rurales.

Nada diremos de las misiones en países de infieles, florecientes singularmente en las islas Filipinas, porque el mayor fervor misional y misionero se ha despertado entre los españoles a partir de 1913, cuando a la Provincia de Castilla se le encomendó una misión en China y cuando el eminente misionólogo *Padre Hilarión Gil* († 1928), profesor de Historia Eclesiástica en el Colegio Máximo de Oña, lanzó al público la hermosa revista *El Siglo de las Misiones* (1914), que tanto ha contribuído al movimiento misional de toda España.

Lo que no debemos omitir es que de las leproserías que espiritualmente dirigía la Compañía en 1914, dos estaban a cargo de los jesuítas españoles: la de Fontilles (Alicante) y la de Culión (Filipinas). La primera puede decirse que es obra del *P. Carlos Ferrís*, cuya caridad prodigiosa hizo de aquel establecimiento el mejor, en su género, de la Península; la segunda ha visto entre sus capellanes a jesuítas como el *P. José Tarragó*, que contrajo gozosamente una grave enfermedad entre sus amados leprosos, y el *P. Felipe Millán*, varón insigne por el heroísmo de sus virtudes.

Ejercicios, Congregaciones, catecismos, acción social

Sin duda, el ministerio más fecundo en bienes espirituales, y a la vez el más propio de la Compañía, es el de los Ejercicios de San Ignacio, cuya práctica se ha generalizado de un modo sorprendente, bien en forma de ejercicios públicos, reuniéndose los ejercitantes en una iglesia o capilla, a determinadas horas del día, y volviendo después a sus hogares, bien en forma de retiro absoluto, permaneciendo en silencio y oración dentro de alguna casa destinada a este objeto.

Sólo en la Provincia de Castilla se dieron, el año 1878, tandas de Ejercicios a unos 5.000 sacerdotes, cifra que no bajó en los años siguientes. El número de ejercitantes seglares ¿quién lo podrá contar? Desgraciadamente, faltan estadísticas de conjunto. Se dan Ejercicios en tandas generales para caballeros y para señoras, pero hay otras especiales para estudiantes, para sacerdotes, para criadas, para obreros, estando particularmente destinada a estos últimos la casa de Durango. ¡Cuántos imbuídos en ideas socialistas y revolucionarias no han salido de Ejercicios completamente transformados en fieles cristianos, y aun en adalides de la causa católica! Ni es únicamente en casas de la Compañía donde se reúnen grupos de ejercitantes, como en Loyola, que ofrece constantemente hospedaje a dos tandas mensuales, sino que ciertos conventos y colegios de religiosas abren sus puertas a muchachas y mujeres de diversa edad y condición que desean hacer los Ejercicios; y surgen también otros centros, como en Navarra, donde una santa mujer (la señora Eulalia), deseosa de facilitar la práctica de los Ejercicios a sus paisanos, a quienes ella solía conducir con apostólico celo y hartos trabajos y sacrificios a Loyola y Durango, buscóles lugar más cercano y a propósito en el Santuario de Nuestra Señora de Codés (1912) y en diversas poblaciones de aquel país. Ha sido también Navarra una de las regiones de España más cultivadas con Ejercicios públicos

en las parroquias. costumbre que se ha demostrado ser más provechosa que las mismas misiones. Vizcaya ha seguido su ejemplo, con una transformación moral y fervor popular, que salta a los ojos.

Aquí sería oportuno decir algo de las Congregaciones dirigidas por Padres de la Compañía, y en primer lugar habría que hacer la más honorífica mención del *P. Luis Fiter* († 1902), verdadero restaurador de estas asociaciones, con una organización y espíritu de caridad y celo que envidiarían las mejores de los tiempos antiguos. Desde 1885, jóvenes estudiantes, industriales y comerciantes de Barcelona se pusieron bajo su dirección, y es increíble el alto espíritu que supo infundir a aquella juventud con su dirección personal y con las visitas a hospitales, a centros obreros y a barrios pobres, con objeto de enseñar la doctrina cristiana a niños e ignorantes. Lo que el P. Fiter con los Luises de Barcelona, quiso hacer el P. Angel Basterra con los Estanislaos de Bilbao en cuanto es posible por la edad más tierna de éstos; y con idéntica organización y análogos resultados existen Congregaciones en casi todas las ciudades donde hay casa de jesuítas. Algunas de aquéllas realizaban además una importante labor cultural, como el «Centro Escolar y Mercantil», de Valencia, fundado en 1912 por el P. José Conejos, que tenía Academias de Medicina, Jurisprudencia, Letras, Historia, Comercio, Industria, con selecta biblioteca y cursos de conferencias. Semejantes congregaciones de caballeros, formadas generalmente por hombres de carrera, son obra de los últimos años (P. Nemesio Otaño, en San Sebastián, desde 1924; P. Alfonso Torres, orador incomparable con sus Lecciones sacras, en Madrid, desde 1918; P. Pedro Isla, en Orihuela, desde 1928, etc., etc.).

Unidas suelen ir las Congregaciones del Sagrado Corazón de Jesús con el Apostolado de la Oración, con idénticas funciones y cultos religiosos. Empezó a propagarse el Apostolado en nuestra patria con gran rapidez desde que en 1883 el *P. Francisco de Sales Muruzábal*, Provincial de Castilla, se encargó de establecer en su provincia la Dirección general del Apostolado en España y la publicación del *Mensajero*, encomendando una y otra al Pa-

dre Cecilio Gómez Rodeles. Inmenso ha sido el influjo del *Mensajero* en la piedad privada y en el culto público al Divino Corazón de Jesús, por obra principalmente del *P. Remigio Vilariño* († 1939), infatigable apóstol de la pluma, quien ya en enero de 1910 pudo constatar la existencia en España de cerca de 5.000 «Centros del Apostolado de la Oración»; sólo en la diócesis de Vitoria se contaban más de 110.000 socios.

Desde los tiempos del P. Caraffa, su fundador, han mirado los jesuítas como propia la Congregación de la Buena Muerte, que, sin embargo de alcanzar 2.000 afiliados en Valladolid, 4.000 en Bilbao, 1.000 en Durango, etc., no se ha propagando tanto como las ya mencionadas, ni como la de Hijas de María para criadas y señoritas. Merece anotarse el hecho de que en 1912 se consagró a la Santísima Virgen en la Congregación de las Madres Cristianas S. M. la Reina Victoria Eugenia, como lo hicieron en una Congregación mariana los Príncipes y las Infantas, y el mismo Rey Don Alfonso XIII en la de los cadetes de Toledo.

Si los antiguos jesuítas se señalaron más que nadie en la enseñanza del catecismo, como ha demostrado el P. Gómez Rodeles en su erudito libro *La Compañía de Jesús, catequista*, no les van a la zaga los modernos. Catecismos y explicaciones de catecismo han publicado los PP. Angel María Arcos y R. Vilariño, pero lo importante es la institución de catequesis en las propias iglesias y en todos los colegios, algunos de los cuales, como el de Oña, donde estudian Filosofía y Teología los jóvenes jesuítas, extienden su radio de acción catequística a 13 pueblos circunvecinos. En el Seminario de Comillas se hace algo parecido, y en los de Salamanca y Santiago fué el insigne catequista P. Manuel Urrutia quien dejó organizados los catecismos de una manera ejemplar.

A donde no alcanza la acción personal de los jesuítas se procura llegar por medio de sus dirigidos, y es éste uno de los grandes frutos de las Congregaciones, pues numerosos congregantes, a las órdenes de su director, organizan tantos centros catequísticos, que una Orden religiosa por sí sola no podría en modo alguno sostener, por abundante que fuera su personal.

Dejando los catecismos de Barcelona, Bilbao, etc., y de las

barriadas obreras de sus alrededores, aduciré tan sólo dos ejemplos de cómo los Padres de la Compañía promueven la enseñanza de la doctrina cristiana. En 1885 comenzaba doña Dolores Sopeña a visitar los arrabales de Madrid con el fin de catequizar a los niños y a los pobres; poco después surgía, organizada en parte por el P. Félix López Soldado, la institución de «Las Doctrinas», compuesta de señoras distinguidas y piadosas, que casi todas las tardes iban a los barrios más necesitados (los lunes, a Bellas Vistas; los martes, a Vallehermoso; los miércoles, al Puente de Vallecas; los viernes, a las Injurias; los domingos y fiestas se tenía misa en todos ellos); hermosa asociación, que en 1914 contaba en Madrid 151 secciones, con 7.385 catecúmenos, y que de la capital se extendió a otras ciudades, en muchas de las cuales fué sustituída por el Instituto religioso de las *Damas Catequistas*. El segundo ejemplo es el de las «Escuelas dominicales», fundadas en 1857, dirigidas también por jesuítas, desde el P. Mariano Cortés, muy favorecidas por la Reina Isabel II, que fué su Presidenta de honor, como más tarde S. M. Doña María Cristina, y cuyo objeto es instruir en religión, piedad y buenas costumbres a las sirvientas y obreras ocupadas en sus faenas toda la semana. En 1912 sostenían en Madrid 16 escuelas, con 1.648 alumnas, y en provincias, 178 escuelas, con 18.965 alumnas.

En las avanzadas del campo social se destacó el P. Antonio Vicent († 1902), valenciano, el creador de las primeras organizaciones ociales que hubo en España: los círculos católicos obreros. El de Manresa (1864) es anterior a los del Conde de Mun en Francia.

Semejante a la asociación alemana «St. Raphaelsverein», se fundó en España (1913), bajo la dirección del P. Juan Guim, la «Asociación Iberoamericana de San Rafael para protección de los emigrantes españoles».

Otro jesuíta, el P. Angel M. Ayala, es el fundador de la «Asociación Católica Nacional de Propagandistas» (1909), que con tan alto espíritu religioso y tanto provecho de España había dé trabajar en años posteriores, principalmente en el periodismo.

Finalmente, ¿cómo no dedicar un recuerdo al «Apostolado

de la Prensa», sociedad iniciada por el *P. Francisco de Paula Garzón* en 1890, que tanto bien ha hecho propagando las buenas lecturas, repartiendo gratis o a precio muy económico millones de libros y editando «La Lectura dominical»? El número de folletos impresos entre 1892 y 1908 era de 7.524.250, y el de obras impresas entre 1893 y 1911 ascendía a 302, con un total de 4.058.000 ejemplares. En este género de apostolado, pasaremos por alto la labor editorial de diversas revistas y bibliotecas, fijándonos únicamente en *El Mensajero del Corazón de Jesús*, que tiraba en 1914 unos 14.000 ejemplares, y en su Editorial, dirigida por el P. Vilariño, fundador de *Rayos de Sol* (1906), hojas de propaganda religiosa, que en 1930 sumaban un total de 41.153.477 ejemplares, y de la colección *De broma y de veras* (1911), que en menos de veinte años tiró 3.685.500 ejemplares.

El mismo P. Vilariño fundó en 1912 la revista para sacerdotes *Sal Terrae*, con una tirada media de 8.000 ejemplares, y en 1924, *Hosanna*, revista quincenal para jóvenes, con una edición de 13.000 ejemplares. Esto, sin contar el *Calendario del Corazón de Jesús* (medio millón al año, por término medio), y las 14 obras propias del mismo Padre (algunas de 7 tomos), que en 1930 ascendían, en sus varias ediciones, a 795.804 ejemplares, y sus 80 opúsculos, con un total de 8.528.167 ejemplares.

Azares de la Compañía en Portugal (1829-1910)

Aunque a la muerte de Pombal se hizo justicia a los jesuítas, el reconocimiento oficial de la Compañía restaurada por Pío VII se retrasó en Portugal más que en otras partes. Cuando en los días turbulentos de 1828 fué proclamado Rey el Infante Don Miguel, partidario del régimen absolutista, pensóse en restaurar la enseñanza tradicional y llamar con este objeto a los hijos de San Ignacio. Varios Padres venidos de Francia, donde Carlos X acababa de cerrar sus colegios, desembarcaron en Lisboa el 13 de agosto de 1829, siendo recibidos con muestras de alegría por el pueblo, la nobleza y el Rey. Quien más atenciones tuvo con ellos fué—¿quién lo diría?—la Marquesa de Oliveira, nieta de Pombal,

que vino a pedirles perdón de las bárbaras injusticias cometidas por su abuelo y puso inmediatamente a sus hijos en el colegio incipiente de la Compañía.

En 1832 entregáronseles los antiguos Colegios de Evora y Coimbra. Eran 17 los Padres y 4 los coadjutores, bajo la dirección del P. Felipe Delvaux, el cual nos refiere que, yendo a tomar posesión de Coimbra, pasó por la villa de Pombal, donde el pueblo, con todo el clero, salió a recibirle triunfalmente, con repique de campanas, como en acto de desagravio. El jesuíta quiso hacer oración en la iglesia de los franciscanos, donde reposaban los restos de Sebastián de Carvalho, y, en seguida de entrar, vió con espanto que junto al altar mayor yacía insepulto, cubierto con un simple velo, el cadáver del gran perseguidor de la Compañía, que llevaba ya cincuenta años aguardando en vano los honores de la sepultura. El P. Delvaux celebró misa de difuntos *corpore praesente*, por el alma del Marqués de Pombal, mientras el gozo de la villa y el repiqueteo de las campanas proclamaba el triunfo de las víctimas sobre el que fué su verdugo.

No duró la paz mucho tiempo, a pesar de la abnegación con que los Padres asistieron en 1833 a los coléricos en Lisboa y Coimbra, porque, vencidas en ese mismo año las tropas de Don Miguel por las de Don Pedro, con ayuda de los revolucionarios de dentro y de fuera, no tardó la Compañía de Jesús en ser suprimida y la casa de Lisboa asaltada por las turbas.

Tan sólo veinte años más tarde comenzaron a reponerse los jesuítas portugueses. Desde 1851 trabajaba en Lisboa el P. Carlos Rademaker al frente del llamado *Collegio dos Inglezinhos;* nuevos Padres llegaron de Italia en 1859, con lo que empezaron a brotar vocaciones en el país; abrióse el Noviciado en Barro (1860) con la permisión del Gobierno, y el Colegio de Lisboa, trasladado a Campolide, se transformó en una magnífica institución escolar, que podía competir, lo mismo que el recién fundado Colegio de San Fiel, con los más acreditados centros de enseñanza.

Hasta 1880 pertenecían los jesuítas portugueses a la Provincia de España y luego de Castilla, pero en ese año se constituyeron en Provincia independiente, siendo ya un total de 120, con

tres colegios y otros seis domicilios. Hubo unos años de esplendor, que irradió hasta las misiones de Goa, Macao, Zambeza. Pero ocurre en 1910 la caída de la Monarquía; tras el regicidio de 1908, llega victoriosa la revolución, impulsada por las sociedades secretas, y el Gobierno republicano de Teófilo Braga disuelve todas las Ordenes religiosas, con particular severidad la Compañía de Jesús. ¿Quién dirá la inhumana fiereza con que los revolucionarios se ensañaron en los indefensos jesuítas, asediando sus casas e iglesias y saqueándolas con horribles profanaciones, confiscando todos sus bienes, persiguiendo como fieras a fugitivos religiosos por campos y selvas hasta la frontera española, como le aconteció al mismo P. Provincial, encarcelando a otros y sometiéndolos a vejaciones y tratamientos durísimos durante un mes, para expulsarlos luego entre baldones, bajo pena de muerte si regresaran a su patria?

Acababan de morir algunos jesuítas insignes, como el escritor José Abreu Camposanto y el apologista filósofo Manuel Fernandes Santanna; pero todavía honraban a Portugal naturalistas eminentes, como Joaquín de Silva Tavares, director de lo revista *Broteria:* C. Mendes, C. Torrend, Luisier, Oliveira Pinto, etc., que fueron ignominiosamente expulsados de sus gabinetes y laboratorios; oradores como el P. Luis G. Cabral, que a la sazón tenía el gobierno de la Provincia, y doctas y bien cortadas plumas que escribían en el *Mensagero do Coraçao de Jesús*, como B. J. Rodríguez A. Menezes, Borges, Abranches, etc. Todos tuvieron que huir precipitadamente de su patria, despojados de todo, mientras los buenos católicos portugueses lloraban a sus Padres y echaban de menos las Congregaciones, las catequesis, las obras sociales, las Conferencias de San Vicente de Paúl, el Apostolado de la Oración, los Ejercicios de San Ignacio, la dirección espiritual de seminaristas, las visitas de cárceles y hospitales, la asistencia a los moribundos, al confesionario y a la predicación, que constituían los ministerios ordinarios de los jesuítas.

Eran éstos en total 355, de los cuales un centenar halló campo a sus actividades en el Brasil, otros muchos tuvieron que ir a buscarse un domicilio en la caridad de sus hermanos de Es-

paña, Bélgica, Holanda y otras partes, hasta que la nueva Constitución de 1933 les permitiese el regreso legal a su amada patria, en la cual ya se habían introducido, a favor de las circunstancias, en 1930.

Desde entonces, la Compañía en Portugal ha ido progresando tranquilamente, gracias a la paz de que ha disfrutado, como acaso ningún otro país del mundo. De su altura cultural y filosófica da testimonio la *Revista portuguesa de Filosofía* (Braga, 1945). En 1948 murió en olor de santidad, a los ochenta y nueve años de edad y sólo siete de Compañía, el popularmente veneradísimo Padre Francisco Rodriguez da Cruz, apóstol de cárceles y hospitales, a quien Pío XI llamó «el Santo lusitano». Está introducida su causa de beatificación.

La moderna Compañía en Italia (1814-1941)

Ni siquiera durante la supresión de la Compañía dejó de poseer Italia muchos y muy activos jesuítas, que, ora como simples abates, ora como escritores y hombres de ciencia (Bettinelli, Cl. Bondi, Cordara, Tiraboschi, Zaccaria, Muzzarelli, J. V. Bolgeni, Boscowich...), ora como Pastores de diversas diócesis (de Albenga, Carpi, Cortona, Faenza, Forli, Macerata, Pignerol, Verona), hicieron cuanto les fué posible en pro de la Iglesia.

Apenas el restablecimiento oficial del 7 de agosto de 1814 les permitió volver a la vida religiosa de sus años mozos, comenzaron aquellos ancianos a organizarse, y primeramente en los Estados de la Iglesia, donde recibieron de manos de Pío VII la casa profesa con el templo del Gesù y el noviciado de San Andrés, a los que siguió la fundación de Colegios en Terni, Tívoli, Orvieto, Viterbo, Ferrara, Benevento, Fano y Ferentino; en 1824 León XII les devolvió el Colegio Romano, al año siguiente les fundó otro en su ciudad natal de Spoleto, y en 1826 les entregó el Colegio de Nobles de Roma. Igual favor les dispensaba el Duque de Módena, que los llamó a Reggio (1815) y a Módena (1821), y el Rey de Cerdeña, que les encomendó los Colegios de Génova (1817), de Novara y el real pensionado universitario de Turín (1818), que

presenció los primeros triunfos literarios del joven novelista Bresciani, y que desde 1823 será gobernado por el P. Roothaan.

Carlos Manuel IV de Cerdeña dejó en 1815 la corona a su hermano Víctor Manuel I, para hacerse novicio de la Compañía († 1819).

En el reino de Nápoles, tardan los jesuítas en establecerse sólidamente, pero al fin lo hacen en 1821, y al año siguiente forman Provincia autónoma, con tan próspero suceso, que en seguida llegan a ser 150. Obstáculos mucho mayores hallan para penetrar en los dominios austríacos de Lombardía y Venecia y en la misma Toscana, imitadora del josefismo de Austria. En el resto de Italia eran las vocaciones tan numerosas, que, descontando los países ahora nombrados, en 1820 había cerca de 400 jesuítas, con 20 casas, de ellas 15 colegios y 3 noviciados, y en los años subsiguientes fué tal el incremento, que en 1831 la Provincia de Italia se hubo de dividir en las de Roma (con 472 sujetos) y la de Turín (con 237); y en 1846 de la romana, que tenía 720, se apartaron más de 200, con 11 casas, para formar la Provincia de Venecia (Módena, Parma, Lombardía y Venecia).

Aconteció en 1838 un caso singular, que sorprendió y llenó de admiración a los contemporáneos, y fué que el Cardenal Carlos Odelscalchi, Arzobispo un tiempo de Ferrara y de familia de príncipes, al cabo de muchos años de instancias logró que el Sumo Pontífice le permitiese renunciar a sus dignidades y entrar en la Compañía de Jesús, como lo hizo en la casa de Verona, dedicándose poco después a los ministerios apostólicos, hasta su muerte en 1841. En ese mismo año era condecorado con la púrpura cardenalicia el sabio paleógrafo y bibliotecario de la vaticana, Angelo Mai, jesuíta un tiempo, que hizo el noviciado con el Padre Pignatelli y fué iniciado en la paleografía por los Padres españoles Pedro Montero y Roque Menchaca.

Desgraciadamente, la península italiana fué un continuo teatro de algaradas políticas y revoluciones, encendidas por carbonarios y liberales, en las que siempre tuvieron harto que sufrir los jesuítas, mirados como los más enérgicos fautores de la reacción. Brotaron las primeras llamaradas en 1830 contra la autoridad

del Papa y contra los jesuítas en Ferrara, Bolonia, Spoleto y Módena, que el nuevo Pontífice Gregorio XVI a duras penas pudo sofocar. Pero el mayor incendio había de estallar en el Piamonte, cuya casa real tan afecta se había mostrado hasta entonces a la Compañía de Jesús. Desde la elección de Pío IX (1846), que pensó amansar a la revolución haciendo algunas concesiones, el triunfo de los que predicaban el *Risorgimento* italiano por medio de una revolución general, como el republicano Mazzini, o por medio de reformas constitucionales, como el neogüelfo Gioberti, podía darse por seguro.

Así los reformistas como los republicanos de «la joven Italia» coincidían en sus ideas de unificación italiana y en su odio mortal a la Compañía de Jesús, cuya nueva supresión vaticinaba Gioberti en su obra, rebosante de saña y de mentira, *Il Gesuita moderno*. Refutaron las imposturas de este abate filósofo y liberal, primero el P. Francisco Pellico, varón santísimo, hermano del dulce Silvio, y después la más acerada y elocuente pluma del Padre Curci. Mas no bastaron a apagar los gritos que de los Alpes al Etna resonaban por toda Italia; ¡Fuera los jesuítas! Proclamóse la Constitución en Turín, y los jesuítas tuvieron que salvar sus vidas huyendo precipitadamente del Piamonte y la Saboya; lo mismo sucedía en Nápoles, cediendo el Gobierno a los clamores de la chusma, que pedía: ¡destierro o sangre! Escenas de salvajismo presenciáronse en Módena y Parma, al ser cerradas las casas de la Compañía y confiscados todos sus bienes. En Cagliari de Cerdeña y en Génova los colegios fueron asaltados y las iglesias saqueadas. Y no tenían mejor suerte en los Estados Pontificios, pues en Camerino quisieron las turbas quemar a los Padres vivos en su colegio o arrojarlos por las ventanas; en Fano y Faenza los acosaron como fieras por los montes, y lo mismo hubiera sucedido en Roma, si el Papa, impotente para defenderlos, no se lo hubiese hecho saber al P. Roothaan, por lo cual, habiendo mandado cerrar todas las casas, el General emigró a Francia. El mismo Pío IX tuvo que salir huyendo hacia Gaeta.

Carlos M. Curci, el gran predicador y apologista, que, después

de defender a la Compañía y a Pío IX, se rebelará contra el poder temporal del Papa y saldrá de la Compañía para volver a reconciliarse y renovar su profesión a la hora de la muerte. tuvo ahora la feliz idea de proponer al P. Roothaan la fundación de una revista bajo el título de *La Civiltà Cattolica*. Reunidos en Nápoles, bajo la presidencia del P. Francisco Pellico, Asistente de Italia, los Padres Bresciani, Curci, Liberatore, Taparelli d'Azeglio y algún otro, todos a cual más eminente en su ramo, determinaron los caracteres que había de tener aquella publicación, a la que en un principio puso reparos el P. Roothaan, temeroso de que se metiese en política, pero a la que favoreció decididamente cuando supo la entusiasta acogida que le dispensó Pío IX.

Salió a luz el primer número en Nápoles el 6 de abril de 1850, y en octubre del mismo año, por dificultades con la censura, tuvo que trasladarse a Roma, donde pronto alcanzó a contar 12.000 suscritores. Es, cronológicamente, la primera revista de la Compañía restaurada y modelo de tantas otras que sucesivamente han ido apareciendo en casi todas las naciones.

Tras un decenio de calma relativa, torna la persecución y el destierro al desencadenarse la guerra contra Austria en 1859, y la Compañía, suprimida en el Piamonte, sufre la misma suerte en todas las regiones que se van anexionando al Reino de Víctor Manuel. Lo primero que hace el aventurero Garibaldi, al apoderarse de Sicilia y Nápoles (1860), es decretar la expulsión y despojo de los jesuítas, y son tantas las crueldades e injusticias cometidas aquí, como en la Lombardía, Toscana, Umbría, Emilia, Romagna y las Marcas, que el P. General Pedro Beckx se dirige al Rey Galantuomo con esta grave protesta: «Señor...: Desde la guerra italiana, que fué el pasado año, hasta el día de hoy, la Compañía ha perdido en Lombardía 3 casas y colegios; en el Ducado de Módena, 6; en el Estado Pontificio, 11; en el Reino de Nápoles, 19; en Sicilia, 15. En todas partes se le han arrebatado todos los bienes muebles e inmuebles. Los jesuítas, en número de 1.500, fueron arrojados de sus casas y de las ciudades, conducidos a mano armada como criminales de país en país, detenidos en las cárceles públicas, maltratados y ultrajados atrozmente. Hasta

se les prohibió buscar asilo en el seno de alguna piadosa familia, y muchas veces ni siquiera se tuvo consideración a las canas ni a enfermos e impedidos. Todos estos actos se consumaron sin imputar a las víctimas ningún acto culpable contra la ley... Protesto, pues, solemnemente y en la mejor forma posible contra la supresión de nuestras casas y colegios, contra el despojo de nuestros bienes, contra las prescripciones, destierros, prisiones, contra las violencias y ultrajes hechos sufrir a mis hermanos en religión. Protesto delante de todos los católicos en nombre de los derechos de la Santa Iglesia, sacrílegamente violados. Protesto en nombre de los bienhechores y de los fundadores de nuestras casas y colegios... Protesto en nombre del derecho de propiedad, del derecho de ciudadanía e inviolabilidad personal... Protesto en nombre de los derechos de la humanidad, ultrajada vergonzosamente en tantos ancianos, enfermos, impedidos, arrojados de su pacífica morada, privados de la necesaria asistencia, lanzados a la vía pública sin asilo y sin medios de subsistencia... Esta protesta la dirijo a la conciencia de V. M. La deposito en la tumba de Carlos Manuel IV, ilustre predecesor de V. M. El, desde el trono en que V. M. reina al presente, bajó voluntariamente, apenas hace medio siglo, a morir entre nosotros, vestido de nuestra sotana, ligado por los votos de la Compañía de Jesús, profesando en nuestro noviciado de Roma, donde ahora descansan sus benditas cenizas, aquella manera de vida que el Gobierno de V. M. vitupera y persigue con odio tan calumnioso y tan feroz...»

El resultado de tan enérgica protesta fué nulo, y cuando en 1870 las tropas piamontesas abrieron la brecha de la Puerta Pía, se repitieron en Roma los tumultos y las profanaciones, se picaron los escudos del nombre de Jesús que adornaban los muros del Colegio Romano, convertido en Liceo del Gobierno, y sólo por temor a las protestas del mundo sabio se permitió al célebre Padre Secchi seguir cuidando de su observatorio astronómico en un rincón de aquel Colegio, relicario de tantas glorias y tradiciones de la Compañía. Suprimidas las Ordenes religiosas, dióse, sin embargo, licencia de residir en Roma a los Superiores generales, me-

nos al P. Beckx, quien puso su curia generalicia en Fiesole, cerca de Florencia (1873).

De estas persecuciones salieron beneficiadas las misiones de infieles, principalmente las de Norteamérica y las de Brasil; hacia aquéllas emigraron los Padres de Turín; hacia éstas los de Roma. En punto a vocaciones, no ha estado Italia, desde entonces, a la altura de otros países; con todo, las estadísticas de 1914 presentan este cuadro: Cinco provincias con un total de 1.624 jesuítas, de los que 388 pertenecen a la provincia de Roma, 353 a la de Nápoles, 233 a la de Sicilia, 267 a la de Turín, 383 a la de Venecia; los colegios eran 20 y una Universidad, los seminarios 6 y una escuela apostólica, 5 noviciados, 4 casas de Ejercicios y 25 pequeñas residencias.

La institución escolar más célebre de Italia y de la Compañía es el Colegio Romano, que en 1873 se trasladó al palacio Borromeo y recibió oficiamente el nombre de *Universidad Gregoriana.* Profesores eximios de renombre mundial, como Secchi, Taparelli, Tongiorgi, Palmieri, Perrone, Pasaglia, Ballerini, Mazzella, Bucceroni, Bullot, Cornely, Wernz, Urraburu, han ocupado sus cátedras, y a sus aulas acudían en 1913 unos 1.100 alumnos de las más diversas nacionalidades, número que no tardó en duplicarse. A su lado, como una nueva Facultad, funciona el *Pontificio Instituto Bíblico,* encomendado por Pío X en 1909 a la Compañía, donde adquieren el doctorado en Sagrada Escritura muchos que después enseñarán esta ciencia conforme a las últimas investigaciones y al más genuino espíritu eclesiástico en todas las naciones. En 1917 Benedicto XV le agregó el *Pontificio Instituto de Estudios Orientales.*

De todos los ministerios espirituales, el preferido de los Padres italianos fué el de las misiones rurales. Inició la serie de fervorosos misioneros el P. Luis Mozzi y siguió su ejemplo Federico Tornielli, evangelizando el Piamonte, la Liguria y especialmente Cerdeña, donde era llamado «el Padre Santo». Más fama de santidad dejó el *P. Luis Solari* († 1829), apóstol de la devoción al Corazón de Jesús en Benevento y otras ciudades del mediodía, cuya causa de beatificación ha sido introducida, así como la del *P. Pablo*

Cappelloni († 1857), que renovó en Nápoles el maravilloso apostolado de San Francisco de Jerónimo. En Génova trabajó largos años el P. Luis Persoglio; en la Toscana, el P. Luis Rocasoli, y con mayores éxitos el famosísimo *P. Segundo Franco* († 1892), orador de hermoso lenguaje y escritor claro y popular, que en sus correrías apostólicas penetró hasta el Tirol, a cuyos sencillos montañeses predicó la palabra de Dios con los PP. Francisco Cavalieri y Pedro Casoli. Misioneros italianos evangelizaron también a mediados del siglo XIX la Croacia, Dalmacia y Albania.

Como oradores sagrados, se han distinguido, además del *Padre Segundo Franco*, Francisco Finetti († 1842), Tiberio Sagrini († 1865), Fernando Minini († 1870), Vicente Stocchi († 1881), Carlos María Curci († 1891), Alejandro Gallerani († 1905), Cayetano Zocchi († 1912) y Antonio Pavissich († 1913), todos ellos igualmente diestros en el manejo de la pluma, como lo patentizan sus artículos en la *Civiltà Cattolica*. Ni faltan sabios historiadores y humanistas consumados, como se verá por los nombres que más adelante consignaremos.

Recientemente, sobre todo a partir de 1907, se han emprendido con entusiasmo y con la bendición particularísima de Pío X, los Ejercicios espirituales a obreros; 3.516 ejercitantes los hicieron en 1907-1911.

Hagamos constar, finalmente, que los jesuítas de Sicilia, de Nápoles, de Roma, de Verona, Módena, etc., desplegaron una caridad heroica en nada inferior a la que mostraron sus hermanos de otras naciones, y que el pueblo italiano supo admirar y agradecer cuando el terrible cólera morbo sembró de mortandad y espanto las ciudades de Italia en los años 36, 37 y 55.

En la Francia del siglo XIX

El mayor orador de la época de Luis XVI, el jesuíta *Juan Nicolás Beauregard*, de quien decían los filósofos de la Enciclopedia que sólo él podía retrasar veinticinco años la gran Revolución, murió en 1804, poco después de incorporarse a la Compañía de Rusia. Y fué tan unánime el coro de alabanzas entonadas al ilus-

tre hijo de San Ignacio, que Napoleón Bonaparte ordenó a los periódicos no hablar en adelante de los jesuítas, porque «yo no quiero—decía—ni Compañía del Corazón de Jesús, ni Hermandad del Santísimo Sacramento, ni cosa que se parezca a una organización de milicia religiosa».

Después de Waterloo, parece que el oportunista Talleyrand sugirió a Luis XVIII la idea de restaurar la Compañía de Jesús en Francia, pero el Borbón no lo juzgó prudente, si bien permitió al P. Clorivière y a los suyos que trabajasen en los ministerios espirituales, con tal de no llevar el hábito ni el nombre de jesuíta.

Pedro José Picot de Clorivière, ingresado en la Compañía en 1805, recibió en 1814 la misión de restaurarla en su patria, para lo cual se apresuró a admitir al P. A. Barruel bien conocido por sus escritos, y a otros seis antiguos jesuítas, a varios jóvenes que se ofrecieron a seguir su modo de vida, y a numerosos *Padres de la Fe,* acaudillados por su director, P. José Varin, separado de Paccanari desde 1804. Cuando la santa muerte del Padre Clorivière en 1818, eran ya 176, que se acrecentaron en 1820 con 38 venidos de Rusia y con frecuentes vocaciones del país; de suerte que en 1830 llegaban a 456 (134 sacerdotes), ocupados en la predicación, en la dirección de las almas y en la enseñanza. Distiguiéronse como predicadores dos ardientes misioneros populares: *Nicolás de Mac-Carthy* († 1833) y *Claudio Guyon* († 1845); como directores, el activísimo *Pedro Ronsin* († 1831), al frente de la Congregación de caballeros «Auxilium christianorum», y el *P. José Varin* († 1850), cofundador, con Magdalena Sofía Barat, de las Damas del Sagrado Corazón; con Julia Billiart, de las Hermanas de Nuestra Señora de Namur; y con M. Jacoulet, de las Hermanas de la Sagrada Familia, en Besançon. La mayor actividad de los jesuítas dirigióse, desde el primer momento, a la enseñanza y dirección de los seminaristas, siendo no menos de ocho los seminarios diocesanos que tenían a su cargo: los de Aix, Billom, Burdeos, Dôle, Forcalquier, Montmorillon, St. Acheul, Santa Ana d'Auray.

Estos seminarios y la «Congregación» del P. Ronsin alarmaron

a los liberales, y empezó contra los reaccionarios jesuítas una campaña de prensa, cuyos ecos tumultosos resonaron muy pronto en la Cámara de los Diputados. El resultado fué una Real Orden de 1828 sometiendo a la Universidad todas las escuelas medias eclesiásticas, incluso los seminarios. La Compañía tuvo que cerrar sus colegios, uno de los cuales, el Colegio-Seminario de Saint Acheul tenía 800 escolares. Lo impopular de esta medida del Gobierno apréciase por el hecho de que en catorce años habían ofrecido a los jesuítas 96 seminarios, 30 colegios municipales y otras 34 escuelas. Dos años después, en 1830, la Revolución envolvió en una misma oleada y echó de Francia a la Monarquía y a la Compañía de Jesús. Los jesuítas buscaron refugio en Suiza, pero en seguida volvieron muchos para ofrecer su vida asistiendo a los atacados del cólera en 1832.

Pronto osaron aparecer en público, dedicándose en esta segunda etapa con preferencia a la evangelización del país con misiones y sermones. Señaláronse los *PP. Guyon, Máximo de Bussy* († 1852), *Luis Sellier* († 1854), el fervoroso misionero y escritor ascético *Pedro Chaignon* († 1883), que en treinta y tres años de labor dió más de 300 tandas de Ejercicios a sacerdotes en casi todas las diócesis de Francia; y, por encima de todos, el *P. Javier La Croix de Ravignan* († 1858), alma nobilísima, toda de Dios, que no vaciló en subir, después de los triunfos de su amigo Lacordaire, al púlpito de Nuestra Señora (1837-1846), porque no era el aplauso enbriagador lo que buscaba con su elocuencia encendida, sino la gloria de Jesucristo y la salvación de las almas. Su predicación, lo mismo en París que en las principales ciudades de Francia, fué seguida de numerosas conversiones.

Dos graves problemas se presentaron al catolicismo francés en esta época: el lamennesiano y el de la libertad de enseñanza; y en ambos intervinieron los jesuítas.

Felicidad Roberto de Lamennais, cuando era el genial apologista de la Iglesia y adalid del ultramontanismo, fué admirador y amigo de la Compañía de Jesús; se entibió con sus primeros errores filosóficos, y se convirtió en enemigo irreconciliable en sus años de apostasía. No pocos jesuítas se entusiasmaron con las

ideas de Lamennais, deslumbrados por la elocuencia de su estilo, que hermanaba la sublimidad de Bossuet con la vibración romántica de Rousseau; así dejáronse fascinar los PP. Loriquet, Delvaux y Renault, y en la misma Roma el Asistente de Alemania, Raimundo Brzozowski, mas no el Asistente de Francia, Padre Juan Luis Rozaven, que descubrió en seguida el error y salió a combatirlo. El P. General prohibió entonces defender el lamennesianismo (1823), pero el brillo de éste seguía deslumbrando a muchos, y el P. Fortis hubo de dar en 1828 una nueva orden condenatoria. Al año siguiente le sucede el P. Roothaan, en quien confiaba Lamennais, pero el nuevo General mantuvo las prohibiciones anteriores. La Iglesia condenó a Lamennais en 1832 y 1834. El apóstata pensó que el golpe venía preparado por los jesuítas, abominó mil veces del espíritu jesuítico y auguró la próxima supresión de toda la Compañía.

El tradicionalismo filosófico, refutado ya por el *P. Rozaven*, fué luego más ampliamente combatido, en la forma que le dieron Bonald y Bautain, por el *P. María Angel Chastel* († 1861).

Lacordaire y Montalembert, jefes del catolicismo francés a la caída angélica de Lamennais, deseaban, en unión con los obispos, acabar con el monopolio universitario, y a este objeto entablaron la lucha en pro de la libertad de enseñanza. Díjose que los jesuítas inspiraban esta lucha contra el Gobierno, y aquello se convirtió en guerra abierta en pro y en contra de los jesuítas. Dos profesores del Colegio de Francia, Julio Michelet y Edgardo Quinet, escogieron en 1843 para asunto de sus cursos «el ultramontanismo y los jesuítas». Basándose en los *Monita secreta*, y torciendo con evidente mala fe los textos de las Constituciones y de los Ejercicios, pintaron de una manera abominable a la Compañía de Jesús, entre los aplausos de sus oyentes enloquecidos por el fanatismo sectario. Viendo que la cuestión jesuítica era de actualidad, el periódico *Le Constitutionel* ofreció 100.000 francos a un novelista de pluma fácil y de poca cultura, Eugenio Sué, por un folletón acerca de los jesuítas. El engendro se tituló *El judío errante*, novela infamatoria, que se propagó por todo el mundo, según se dijo, con más rapidez que el cólera. Era preciso contra-

rrestar de algún modo esta propaganda y disipar los perjuicios contra los jesuítas, y lo hizo el *P. Ravignan* con noble dignidad y con el acento de sinceridad que le era propio, en el libro *De la existencia y del Instituto de la Compañía* (1844). Al mismo tiempo publicaba el animoso historiador y periodista Crétineau-Joly su *Historia de la Compañía de Jesús* en seis tomos, obra que hoy nos parece demasiado externa y precipitadamente compuesta, pero que entonces fué muy oportuna y prestó grandes servicios a la causa de la verdad.

A las invectivas de Thiers en la Cámara de los Diputados respondieron brillantemente Montalembert, el Conde de Beugnot y otros, quienes, sin embargo, no lograron conjurar la tormenta. El Ministro Guizot buscó la vía media de un arreglo con Roma, enviando al hábil diplomático Pelegrino Rossi, con el fin de obtener del Papa el cierre de todas las casas de la Compañía en Francia. Poco después publicaba en el *Moniteur* la noticia de que lo había conseguido. Pero la verdad era que a las exigencias del Gobierno francés Gregorio XVI se había negado rotundamente, si bien luego rogó al P. General cerrase por su propia autoridad algunas casas, para sacar de apuros al Gobierno. El P. Roothaan mandó inmediatamente cerrar las casas mayores de París, Lyón, St. Acheul y Laval, con lo que se tranquilizaron los enemigos de la Compañía, y ésta pudo permanecer en paz, aun durante la revolución del 48, tanto, que en 1850 los seis noviciados franceses tenían un total de 200 novicios.

Abrese una nueva etapa con el Imperio de Napoleón III y con la Ley Falloux (1850), que concede la libertad de enseñanza, de la que se valen los jesuítas para establecer numerosos colegios, frecuentados por los hijos de las más distinguidas familias. Es un período de calma y de crecimiento. Se forma la Provincia de Tolouse, separada de Lyón (1852), y más tarde (1863) la Provincia de Champagne se independiza de la de Francia. En 1856 los *PP. Carlos Daniel y Juan Gagarin* fundan, para defender y propagar la verdad católica, una revista de estudios religiosos, filosóficos, históricos y literarios, *Etudes*, que será el órgano de la Compañía en Francia, como *La Civiltà* en Italia, aunque sin el

carácter vaticanista de ésta última. El *P. José Félix* († 1891) ocupa la cátedra de Nuestra Señora durante dieciocho años († 1853), demostrando en sus grandilocuentes conferencias el progreso de la sociedad por medio del Cristianismo. El *P. Alberico Foresta* († 1876), fundador de las Escuelas Apostólicas, establece la primera en Avignon en 1865.

Cuando la epidemia del cólera devasta las ciudades en 1854-1855, los jesuítas son los primeros en correr a la cabecera de los enfermos; cuando la misma peste se ceba, causando miles de muertes, en las filas de los soldados que luchan en la guerra de Crimea, tres capellanes militares asombran a los jefes por su heroísmo: son los PP. José Gloriot, Luis Parabère y el joven Amadeo de Damas, que escribió sus *Recuerdos religiosos y militares de la Crimea*; cuando, tras la derrota de Sedán, penetran en Francia los ejércitos alemanes, varios colegios de la Compañía se convierten en hospitales y los Padres y Hermanos en capellanes y enfermeros, muriendo algunos de ellos en el ejercicio de la más abnegada caridad en pro de los compatriotas y de los enemigos.

Como consecuencia de la guerra, estalla *la Commune*, y los *Padres Pedro Olivaint, León Ducoudray, Alexis Clerc, Juan Caubert, Anatolio de Bengy*, con el Arzobispo de París, Darboy, alcanzan la palma del martirio en 1871. La República no tardó en suprimir la Compañía de Jesús, cuyas cuatro Provincias habían llegado a alto grado de prosperidad. Contaban 2.927 sujetos, con 29 residencias, 26 colegios, 12 seminarios y 5 noviciados. En los colegios se educaban más de 9.000 alumnos, pero hubieron de ser abandonados por las leyes inicuas de Ferry y Gambetta, en 1880. Dispersos los jesuítas franceses por diversas naciones, como Inglaterra, España, Bélgica, partieron también bastantes a las misiones extranjeras, principalmente a Madagascar, Argelia, Siria, Madurá y China. No se crea, con todo, que abandonaron completamente a su patria. Hubo muchos que se quedaron dispersos trabajando ocultamente cuando les permitían las circunstancias, y pronto se atrevieron a abrir colegios en París, Lyón, Avignon, St. Etienne, Marsella, Dôle, Reims, Amiéns, Lille, Toulouse, Montpellier, etcétera hasta 29 que tenían establecidos en 1900, además de nu-

merosísimas residencias. Nuevo ataque del laicismo y nueva dispersión en 1901. Y así hasta que en la guerra de 1914 la voz de la patria los llamó a los frentes. bien para alistarse como soldados, bien para prestar las auxilios espirituales como capellanes; de éstos murieron cumpliendo con su deber 18; de aquéllos, 165. ¿Qué Gobierno se atrevería en adelante a cerrar las puertas de la patria a unos religiosos que tales ejemplos de patriotismo daban en los momentos de peligro? Aprovechándose, pues, de la situación favorable, los jesuítas franceses empezaron a desplegar una magnífica actividad en el campo social y en el de la enseñanza, en la prensa periódica, en la apologética y en las ciencias teológicas, sin descuidar sus amadas misiones extranjeras, donde seguirán sosteniendo con brillantez la Universidad de Beyruth (Siria), el Instituto de Zi-ka-wei (China) y el colegio de Trichinópoli, que en 1912 contaba más de 2.000 alumnos.

Los ministerios más fructuosos han sido los Ejercicios a obreros, iniciados en 1882 por el P. Watrigant, y que con tan excelente resultado se propagaron de Francia a Bélgica, Italia, España. etcétera. Entre los directores de Congregaciones no queremos omitir el nombre del *P. Juan Fiorowich* († 1898), antiguo marinero dálmata, que se consagró en Beyruth al cuidado espiritual de los cargadores del puerto y llegó a tener 16.000 hombres en su congregación. De las instituciones creadas para dar solución cristiana a la cuestión obrera, ninguna tan universal y fecunda como la *Action Populaire*, fundada en *Reims* (1903) por el P. Enrique Leroy y trasladada a París (1918), donde se ha convertido en un alto centro de investigación, estudio y documentación de todo lo relativo a las cuestiones sociales, y al mismo tiempo de fomento social y propaganda, como lo prueban sus «Dossiers de l'Action Populaire» y «Cahiers de l'Action Religieuse et Sociale».

De la acción más espiritual de los PP. Gautrelet y Ramière, diremos algo en el párrafo dedicado al Apostolado de la Oración. Quizá ninguna nación pueda como Francia, presentar en los comienzos del siglo XX un cuadro tan brillante de sabios profesores y escritores, singularmente en las ciencias eclesiásticas; en el espíritu religioso se echa de ver la huella de directores ascéticos

tan consumados como los PP. Pablo Ginhac y René de Maumigny.

En 1914 pertenecían a la Asistencia de Francia 3.087 jesuítas; dirigían 19 colegios. 3 escuelas apostólicas. 6 casas de Ejercicios y tenían otras 49 residencias además de una casa de escritores y 4 noviciados.

Bélgica, Holanda, Dinamarca

Cuatro veteranos de la «Compañía del Corazón de Jesús», unidos ya con los Padres de la Fe (Paccanaristas) y varios antiguos jesuítas. con el Padre Enrique Fonteyne por Superior y unos pocos jóvenes que se les adhirieron. son los que en 1814. con autorización del P. Brzozowski. restablecieron la Compañía en los Países Bajos. abriendo un noviciado y casa de Ejercicios en Rumbeke. De allí se trasladaron en 1815 a Destelbergen. y perseguidos por el Gobierno calvinista de Holanda. se vieron forzados a refugiarse en Suiza (1818). hasta que. habiéndose la católica Bélgica separado de Holanda en 1830. pudieron regresar los Padres belgas y holandeses. que desde 1832 formaban una sola Provincia jesuítica. perteneciente a la Asistencia de Alemania (hasta la Guerra Europea. en que pasó a la de Inglaterra).

Durante más de un siglo ha disfrutado la Compañía en Bélgica de una paz envidiable que le ha permitido deselvolverse espléndidamente. sin más contratiempos que algunos ataques esporádicos de los liberales. Sólo en 1831-1845 fundó 9 colegios, entre ellos el de Bruselas. el de Amberes y el célebre escolasticado de Lovaina. Doce poseía en 1884. con un total de 5.460 alumnos.

De la vida pujante de las Congregaciones dan fe los siguientes datos: pertenecían a las Congregaciones marianas masculinas. 9.003; a las femeninas. 13.620. a las de la Buena Muerte, 266.158; a las del Sagrado Corazón. 111.652; a las del Purísimo Corazón de María. 55.576; a las de San Francisco Javier. 2.060.

Los Ejercicios espirituales de San Ignacio fueron desde primera hora el ministerio preferido, y así vemos que en 1822 los hicieron 3.000 hombres y 500 sacerdotes; fundóse el «Sodalicio de San Francisco Javier» (1854) para atender principalmente a los obreros, y la «Asociación Sacerdotal» (1872) para el clero; en

este último ministerio señalóse el conocido comentarista de los Ejercicios, P. Antonio Denis († 1892), y el P. Adolfo Petit, cuya causa de beatificación ha sido recientemente introducida.

Científicamente, está Bélgica a la altura de los países más adelantados. Baste citar los nombres del *P. Eduardo Terwecoren*, fundador de « Précis historiques, Mélanges religieuses, littéraires et scientifiques» (1852), revista transformada después en «Les Missions belges» (1899); *Ignacio Carbonnelle*, fundador de la Sociedad Científica de Bruselas (1875), con los Anales de la Sociedad y la «Revue des Questions Scientifiques»; *Gustavo Lahousse*, egregio teólogo; *Juan B. Van der Aa*, profesor de Filosofía; *Eduardo Genicot*, moralista; *Arturo Vermeersch*, insigne moralista y canonista, y tantos otros profesores lovanienses. *Víctor Van Tricht* († 1896) supo mezclar lo útil y lo dulce en sus elegantes *causeries*, hermosamente traducidas al castellano. Pero la fama científica de los belgas descansa principalmente en la secular institución de los Bolandistas, que, restablecida en 1837 en el Colegio de San Miguel de Bruselas, ha emulado y aun superado las antiguas glorias. En 1857 tenía Bélgica 490 jesuítas; en 1882 llegaban a 800, y en 1914 eran 1.216 (319 en misiones), con 15 colegios concurridísimos, 7 residencias y 6 casas de Ejercicios.

En el reino de Holanda la Compañía se fué consolidando gracias a la tranquila tenacidad de los católicos, que fueron palmo a palmo conquistando terreno hasta alcanzar entera libertad religiosa. Cien jesuítas fundaron en 1850 la Provincia Neerlándica con los Colegios de Nimega y Catvio y otras siete casas; en 1914 ascendían a 559 (78 en la misión de Java), con 5 colegios, 11 residencias y 3 casas de Ejercicios, ministerio este de los Ejercicios espirituales que a partir de 1906 alcanzó allí una organización y una eficacia superiores a las de otras naciones.

Los nombres del *Venerable P. Juan Roothaan*, de los autores ascéticos *Rodolfo Pierik* y *Enrique Mulder*, del filósofo *Isidoro Vogels*, del gran teólogo *Luis de San*, del historiador *Pedro Albers*, de los poetas *Godofredo Jonkbloet* y *Bernardo van Meurs*, del biólogo *Enrique Bolsius*, del astrónomo *Juan Stein*, dicen bastante del movimiento cultural de aquella Provincia.

En Dinamarca, merced al movimiento de libertad religiosa impulsado por ciertas personalidades de influencia, como el filósofo protestante Sören Kierkergaard, fueron entrando algunos pocos jesuítas a mediados de siglo, y sólo después de 1872 se organizó, dependiente de los Padres alemanes, una pequeña misión, que en 1914 tenía, juntamente con Suecia, 81 individuos. Un hijo de Islandia, el *P. Jón Svensson*, ha inmortalizado su nombre con sus narraciones de ingenuo y primitivo sabor poético (*Nonni y Manni*).

La Compañía en los países germánicos (1814-1914)

Once eran (antiguos jesuítas y Padres de la Fe) los que resucitaron la Orden ignaciana en Dusseldorf (1804), Dresden (1807), y sobre todo Hildesheim (1817), cuyo noviciado se reforzó con la entrada de algunos jóvenes belgas, como Beckx y Devis. Estos dos ilustres jesuítas iniciaron una residencia en Köthen, como misioneros y capellanes del Duque Fernando Federico de Anhalt, convertido al catolicismo junto con su esposa la Condesa Julia de Brandeburgo, hija de Federico Guillermo II. Aquella pequeña residencia llegó a ser foco de irradiación católica por el norte de Alemania, debido en gran parte a la acción del insigne catequista José Deharbe. Tales fueron los comienzos de la Provincia germánica, aunque su verdadera cuna puede decirse que estuvo en la misión helvética o Viceprovincia suiza (1821), a la cual pertenecían los alemanes. Superior de todos era el antiguo paccanarista P. José Sineo de la Torre, que residía en el Colegio de Sión, en pos del cual se abrieron en la misma Suiza los Colegios de Brig (1815), Friburgo (1818), Stäffis (1836), Schwyz (1836), y se aceptó la Facultad teológica de Lucerna (1845). Jesuítas suizos y alemanes formaban desde 1826 la Provincia germánica, pero cuando los radicales de Suiza se apoderaron del poder y derrotaron a la Liga católica (Sonderbund), persiguieron cruelmente a los hijos de San Ignacio, que tuvieron que emigrar a Bélgica, Francia, Norteamérica (1847), y cuando en 1848 la revolución se desencadenó por gran parte de Europa, también los jesuítas de Alemania salieron camino del destierro.

Vino al año siguiente la reacción, y con ella un gran deseo de paz y de orden; hasta el gobierno prusiano veía con buenos ojos el regreso de los jesuítas para que con su predicación evangélica domasen a la fiera revolucionaria. Estos no se hicieron esperar y entraron resueltamente por la puerta franca de las misiones populares. Como lluvia en campos resecos fueron recibidos aquellos famosos misioneros, que recorrieron la Westfalia, Baviera, Alsacia, Baden, etc., y que han dejado recuerdo imperecedero, como los PP. Enrique Behrens, Pedro Hasslacher, Jorge Roder, José de Klinkowström, Jorge de Zeil, P. Aschenbrenner, y más que nadie el suizo Pedro Roh, que llegó a ser el predicador más célebre de Alemania. Más de 1.400 misiones fertilizaron el territorio germánico antes de 1872.

Al experimentar el pueblo los beneficios de aquellos hombres de Dios, a quienes antes no conocía sino por leyendas absurdas, es natural que desease tenerlos de un modo más estable, y surgieron residencias en Münster, Friburgo de Brisgovia y Aquisgrán (1850), en Paderborn y Gorheim (1852), en Colonia y Bona (1853), en Coblenza y Tréveris (1856), en Maguncia (1859), en Ratisbona (1867), en Marienthal y Essen (1870), y junto a ellas se levantaron iglesias, que fueron centros de gran vitalidad religiosa. En la antigua abadía benedictina de María Laach estableciόse una casa de estudios (1863), que pronto se había de inmortalizar en el mundo sabio; y en la frontera austríaca, bajo la protección de Francisco José I, florecía desde 1856 el internado de Feldkirch, que tan ilustres vocaciones ha dado al clero secular y a la Compañía, como lo demuestran los nombres de A. Baumgartner, M. Meschler, Hummelauer, Spillmann, Huonder, Wernz, Dreves, Hagen, Blume, Ehrle...

Al estallar la guerra del 70, las casas de Aquisgrán, Bona, María Laach, Paderborn y Münster se transformaron en hospitales para los soldados heridos, y cerca de 200 jesuítas alemanes se consagraron al cuidado de los enfermos o corrieron al frente como capellanes militares.

La equivocada política unitaria de Bismarck, influída por protestantes y liberales, aniquiló completamente a la Compañía de

Jesús, lanzándola al destierro en 1872, «pero las iniquidades sociales se vengan cruelmente, y quince años después, cada centenar de jesuítas había sido reemplazado en el Imperio por un millón de socialistas. ¿Habíase ganado en el cambio? ¿Qué valía más: oír las reivindicaciones de millones de proletarios, o la apología de los dogmas católicos?» (Kannengieser).

Pasa de 1.500 el número de misiones dadas por los jesuítas alemanes hasta el año 1872, y del fruto espiritual que se recogía en las residencias baste decir que sólo en nueve ciudades funcionaban 52 Congregaciones marianas con 16.728 congregantes.

Todo fué arrasado por la persecución; Holanda e Inglaterra ofrecieron un asilo a los desterrados, muchos de los cuales partieron a sus misiones de Bombay, del Brasil y de Búffalo en Norteamérica; mientras los que quedaban próximos a la frontera acechaban la ocasión de penetrar y hacer algún bien espiritual a sus compatriotas. Así el año 1912, por ejemplo, pudieron dar 179 misiones y 941 tandas de Ejercicios. Pero la gloria más incontestable de los desterrados alemanes consistió en su prodigiosa actividad científica, para la cual estaban bien preparados desde el impulso que el Provincial Antonio M. Anderledy dió a los estudios en María Laach. Allí se formaron los que tanto habían de brillar poco después en las ciencias y en las letras; allí también se pusieron en marcha algunas de las empresas científicas que más honran a los jesuítas alemanes. Apenas publicó Pío IX el *Syllabus* o catálogo de los errores fundamentales de nuestros tiempos (1864), pensaron los de María Laach en escribir un profundo y extenso comentario, que, repartido entre los PP. Floriano Riess, Gerardo Schneeman, Pedro Roh, Daniel Rattinger y Teodoro Meyer, fué saliendo en una serie de opúsculos, que intitularon *Voces de María Laach* (Stimmen aus María Laach); y cuando se convocó el Concilio Vaticano, creyeron de su deber dejar oír nuevamente sus *Voces* para orientar a los católicos y deshacer la confusión de ideas, alimentada por los adversarios de la infabilidad pontificia. Lo mismo estos cuadernos, rotulados *El Concilio ecuménico*, que los anteriores, tenían tanta resonancia y eran recibidos con tanta expectación y estima, que se acordó

transformar esa publicación en una revista mensual (*Stimmen aus María Laach*), cuyo primer número salió en julio de 1871. Desde 1915 saldrá en Munich con el título de *Stimmen der Zeit*.

En María Laach se emprendió, por iniciativa del P. Gerardo Schneemann, otra obra de grandes arrestos: la publicación de las Actas y Decretos de todos los Concilios modernos (desde fines del siglo XVII); el séptimo y último volumen, consagrado al Vaticano, es obra del P. Teodoro Granderath.

Ya en el destierro los jesuítas alemanes acometieron una empresa de proporciones más colosales, para la que se requería una difícil preparación arqueológica, filológica, histórica, crítica y teológica, cual era un comentario a los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, teniendo en cuenta todos los adelantos de la ciencia moderna, católica, protestante y racionalista, y utilizando los tesoros de la exégesis patrística. Los PP. Cornely, De Hummelauer y Knabenbauer no se arredraron por la magnitud de la tarea, y esa larga serie de tomos del *Cursus Scripturae Sacrae*, egregio monumento ofrendado a la más alta de las ciencias, está pregonando la capacidad y talento de sus autores.

Omito los nombres de los que descollaron en la Teología, en la Filosofía, en las Ciencias sociales e históricas, porque tienen lugar propio en otro capítulo.

Sobre todas estas víctimas de la «Lucha por la cultura» (Kulturkampf!) ha pesado la ley de destierro hasta 1917, mas ya al estallar la Guerra Europea, 535 jesuítas alemanes presentáronse espontáneamente en su patria para ofrecerle sus servicios; 203 como soldados activos, 181 como capellanes militares y 151 como enfermeros. La Provincia alemana, incluyendo Suiza, contaba en 1914 un total de 1.262 jesuítas (300 de ellos, en las misiones de Bombay, Brasil, Japón, Dinamarca y Suecia).

Austria-Hungría y Polonia

La historia de la Compañía moderna no empieza en la Monarquía de los Habsburgos hasta que los jesuítas fugitivos de

Rusia se establecen en Galitzia el año 1820, y nueve años más tarde, dentro de la propia Austria, abren el noviciado de Gratz. El Archiduque Maximiliano les regala el Colegio de Linz en 1837; al año siguiente se abre el Teresiano, Colegio de Nobles, en Viena, y la ciudad de Innsbruck les encomienda la dirección del Gimnasio y más adelante la Facultad teológica de aquella Universidad (1857), donde brillarán sabios teólogos como Hurter, Franzelin, Noldin y otros muchísimos, que redactarán la *Revista de Teología católica* (*Zeitschrift für kat. Theol.* 1877).

Pasada la revolución del 48, que echó a los jesuítas de todas sus casas, menos de Innsbruck, vuelven en seguida y se encargan del seminario de Mariaschein (1853), trasladan el noviciado de Baumgartenberg (1852) a St. Andrä (1859) y gozan de la benevolencia del Emperador Francisco José, que en 1856 les concede en Viena la Iglesia de la Universidad y favorece la fundación del Colegio de Kalksburg. Nuevas casas se abren en Praga (1866), Laibach (1887), Klagefurt (1888), Trieste (1907), Trento (1912).

En Austria, como en Alemania, un puñado de animosos misioneros, encendidos en celo de las almas, evangelizan pueblos y ciudades, reanimando la fe y promoviendo el culto religioso y la frecuencia de los sacramentos. No olvidará fácilmente el pueblo austríaco los nombres de los Klinkowström, Jorge Patiss, Francisco X. Weninger, Víctor Kolb y singularmente del apóstol de Viena *Enrique Abel* († 1926), que con sus activas Congregaciones de hombres y sus famosas peregrinaciones al santuario de María Zell renovó en la capital los tiempos de San Clemente Hofbauer. Lo que el P. Ramière en Francia, significa en Austria el popular escritor ascético *Francisco Hattler* († 1907), director durante cuarenta y dos años del *Mensajero del Corazón de Jesús.*

Desde mediados de siglo la Compañía orientó también sus actividades hacia *Hungría*, fundando un noviciado en Tyrnau (1853), casa de estudios en Pressburg (1855), colegios en Szatmár (1858) y Kalocsa (1860), residencia en Budapest (1886); de modo que en 1909 pudo tener gobierno autónomo la Provincia de Hungría. Su varón más ilustre y eminente en toda clase de apostolado, espe-

cialmente en el de la pluma, es el *P. Adalberto Bangha* († 1940).

En una larga época de calma, que dura hasta 1914, los jesuítas austríacos se extienden hacia el Sur por Croacia, Bosnia y Herzegovina (Colegio de Agram, 1893; Seminario de Sarajevo, 1903, etc.), donde al fin de la guerra surgirá la Provincia de Yugoslavia, como, al Norte, la de Checoslovaquia (1919).

La *Galitzia polaca*, que llevaba vida independiente desde 1846, no disfrutó de paz y prosperidad hasta 1852. De sus nueve casas, eran las principales el Colegio de Cracovia (1867) y la casa de escritores de la misma ciudad (1884). Digno de conocerse es el encargo, tan espinoso como delicado, que a los jesuítas de aquella Provincia hizo en 1882 el Papa León XIII. La Orden de los basilios, que ya en el siglo XVII había sido reformada por la Compañía de Jesús, se hallaba también ahora necesitada de una completa renovación, y quiso el Romano Pontífice que esto se hiciera por medio de los jesuítas polacos. Durante veintidós años fueron Padres de la Compañía los que formaban espiritualmente a los novicios basilios, los que regían los estudios de los jóvenes profesores, los que gobernaban toda la Provincia basiliana, con tan excelente resultado, que los obispos rutenos enviaron en 1905 al Padre W. Ledóchowski, Provincial a la sazón de Galitzia, un voto de acción de gracias, y la misma Congregación de Propaganda Fide «abstinere non potuit quin summis amplissimisque laudibus exornaret eximiam Patrum S. I. solertiam». Un nombre queremos destacar entre los más ilustres jesuítas polacos, y es el *Padre Carlos Antoniewicz* († 1852), ardoroso misionero de autorizada palabra, que publicó no menos de 90 obras oratorias, ascéticas y poéticas.

Los jesuítas polacos de Galitzia, que ascendían a 510, tomaron sobre sí en 1912 la misión de Rhodesia, y después de la Guerra Europea, alegres con la independencia de su patria, constituyeron la Provincia de Polonia, con una misión en Rumania.

Inglaterra e Irlanda

Tranquilos vivían, durante la supresión de la Compañía, los ex jesuítas ingleses, unos ejercitando, como sacerdotes seculares, los ministerios entre sus compatriotas, otros reunidos en la gran posesión y colegio de Stonyhurst; y como desde muy temprano se unieron a sus hermanos de la Rusia blanca, cuando llegó la Bula de Pío VII *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*, estaba ya constituída la Provincia de Inglaterra. Su prosperidad ha sido constante, sobre todo desde que en 1829, por la emancipación de los católicos, obtuvo mayor libertad para el ejercicio público de los ministerios espirituales, y en todo el siglo XIX ha tenido la rara dicha de no padecer destierros y persecuciones de parte de gobiernos revolucionarios. Los 73 jesuítas que eran en 1815, subieron a 457 en 1880, y a 720 en 1914; sostienen dos misiones extranjeras: la de la Guayana inglesa (1857) y la del Zambeza (1879). Alguna oposición encontró la Compañía en la primera mitad del siglo XIX por parte de los elementos antipapistas o recelosos de Roma, y de otra parte se temió no reapareciesen los antiguos conflictos con el clero secular, origen de tantos disgustos en el siglo XVII. Afortunadamente, no ocurrió cosa de gravedad. Tampoco tuvieron consecuencias ciertos roces con el autoritario Cardenal Manning.

La actividad de los jesuítas tuvo tres campos principales: la enseñanza (Colegios de Stonyhurst, Wimbledon, Liverpool, Glasgow, Preston, etc.), la cura de almas en parroquias (Liverpool, Manchester, Preston, Leeds...) y la prensa (*The Month*, 1864; *The Messenger*, 1868, etc.). Al celebrarse en 1894 el centenario del Colegio de Stonyhurst, todos los obispos de Inglaterra, menos dos, que se hallaban enfermos, y otras altas personalidades quisieron prestar, con su presencia a las solemnidades, el homenaje de gratitud y admiración, a que se había hecho acreedor aquel plantel de insignes varones.

Por sus obras de celo y de caridad dejó en el pueblo grato

recuerdo el *P. Carlos Langdale* († 1868); por sus trabajos con la gente de mar, el *P. Francisco Goldie;* por su virtud y dotes de gobierno, el *P. Alfredo Weld* († 1890), Provincial, Asistente y luego Superior del Zambeza, distinguido también como científico; por su actividad en las obras sociales, particularmente con los mineros, el párroco de Chesterfield, *P. Edmundo de Würtzburg* († 1906), de distinguida familia; y por la influencia social, la fuerza y sugestiva belleza de su palabra hablada y escrita, el *Padre Bernardo Vaughan* († 1922), conferencista sin rival y orador elocuentísimo, entre cuyos oyentes se contó Eduardo VII; tuvo cinco hermanas religiosas, otros cinco hermanos sacerdotes, tres de ellos obispos, siendo el más célebre el Cardenal Arzobispo de Westminster, Herberto Vaughan, digno sucesor de Manning y de Wiseman.

Otros escritores jesuítas han honrado las letras inglesas, como E. Coleridge, amigo de Newman y primer director de la revista *The Month*, fundada en 1865; Guillermo Anderdon, colaborador de la misma y convertido del Anglicanismo; C. Martindale, J. Gerard, H. Thurston, D. Bearne y el poeta G. M. Hopkins, olvidado en vida y estimado hoy como uno de los grandes líricos ingleses, convertido también del Anglicanismo, como el infeliz Jorge Tyrrell, excomulgado en 1907.

La misión de Irlanda nunca perteneció a Inglaterra, sino que desde el siglo XVII dependía de la Provincia romana. Al renacer en 1914, pocos eran los antiguos jesuítas allí existentes; 65 en 1829, con 5 casas, lo suficiente para que el P. Roothaan les diese un Superior Viceprovincial, que fué el P. Pedro Kenney, distinguido orador y visitador de la misión de los Estados Unidos en 1832. Constituída luego (1860) con doble número de sujetos en Provincia independiente, Irlanda siguió el ritmo del catolicismo inglés y en 1914 contaba 367 jesuítas (102 en la misión de Australia). Exponente de su cultura es la revista puramente literaria *The Irish Monthly* (1873) y la de letras, filosofía y ciencias titulada *Studies* (1912).

Dechado de capellanes militares en la penosa vida de las trincheras y en los momentos difíciles de los ataques, se reveló el *Pa-*

dre Guillermo J. Doyle († 1915), cuyo heroísmo, tan admirado de soldados y jefes, se explica perfectamente a la luz de su diario íntimo, que felizmente se salvó, para darnos a conocer la prodigiosa vida interior y las extrañas penitencias de aquel perfecto religioso, cuya espiritualidad recuerda la de los antiguos monjes y santos irlandeses. Antes de partir a la campaña, distinguióse como celoso promotor de los Ejercicios de San Ignacio.

LA COMPAÑIA DE JESUS. EN AMERICA (1814-1914)

En los períodos precedentes hemos puesto la historia de América en la sección de misiones, por la magna labor que los jesuítas desarrollaban en las misiones vivas entre indios infieles y semicivilizados; no lo haremos así al tratar de la Compañía en las jóvenes Repúblicas americanas, porque su aspecto histórico es, en el siglo XIX, bastante diferente. Todavía existen numerosas tribus a las que hay que llevar la luz del Evangelio, y no faltan misioneros que a ello atiendan; pero la actividad principal de los jesuítas es allí, como en Europa, el fomento de la vida cristiana con toda clase de ministerios espirituales, con la educación de la juventud y con la prensa. Al hacer ahora un ligero recorrido por las provincias americanas, no dejaremos de echar alguna mirada a los principales campos de misiones.

Estados Unidos de Norteamérica

Tras la gran catástrofe de 1773, producida por el Breve *Dominus ac Redemptor*, nueve jesuítas de Marylandia permanecieron en la misión, formando una «Corporación de Sacerdotes Católicos», los cuales, bajo la dirección del P. Juan Carroll, primer obispo de Baltimore (1791), fueron los fundadores y sostenedores del Colegio de Georgetown (oeste de Wáshington, 1789), primer establecimiento de la Compañía de Jesús en los Estados Unidos y

Universidad desde 1815, visitada por el propio Wáshington y por casi todos los Presidentes posteriores.

En 1805, el P. Roberto Molyneux, Provincial, con otros de aquellos Padres, hicieron sus votos, agregándose así a la Compañía de la Rusia blanca, de donde les vino el P. Antonio Kohlmann, primer maestro de novicios. En 1816 se fundó el Colegio Gonzaga (Wáshington, D. C.), y en 1833, la que era misión de los Estados Unidos convirtióse en *Provincia de Marylandia-Nueva York*, muy activa en las parroquias y más aún en sus Colegios de Holy Cross (Worcester, 1843), Loyola (Baltimore, 1852), Boston (1863).

El estado de Nueva York permaneció unido a la misión de Canadá, hasta que en 1879 se agregó a la Provincia de Marylandia con los Colegios de San Francisco Javier y San Juan (hoy Universidad de Fordham), en la ciudad de Nueva York; de San Pedro, en la ciudad de Jersey, de Nueva Jersey y varias residencias y parroquias. El Colegio de San José, en Filadelfia, fué fundado en 1852, y el de Brooklyn se abrió en 1908. En este mismo año, 88 jesuítas alemanes de la misión de Búffalo y el Colegio *Canisius*, con dos parroquias en Búffalo, además de otra en Boston, pasaron a la Provincia de Marylandia, que en 1912 llegó a tener 863 jesuítas, con 12 colegios, 13 parroquias, una casa de altos estudios para los miembros de la Orden y un noviciado, más la misión de Jamaica.

La Provincia de Missouri no se constituyó tal hasta 1863, pero tuvo su cuna en el noviciado de Florissant, fundado en 1829 por el P. Carlos Van Quickenborn, acompañado de unos novicios, belgas como él, venidos de Marylandia, y en el Colegio de la ciudad de San Luis, que a los tres años (1832) obtuvo categoría de Universidad. Entre los novicios iba el futuro misionero De Smet. También aquí, como en todas las Provincias yanquis, se dió a la enseñanza de la juventud importancia capital. En 1840 se abrió el Colegio de San Javier en Cincinati. Con la ayuda de 78 jesuítas, expulsados de Italia y de Suiza por la revolución, pudieron mantenerse los Colegios de San José, en Bardstown (1848-61), y de Louisville, en Kentucky (1849-57). En este último año se empezó el de Chicago, más tarde el de Detroit, el de Omaha, el de

Milwaukee, el de Santa María (Kansas), y al incorporarse parte de la misión de Búffalo en 1907, ganó esta Provincia 180 sujetos y los Colegios de Cleveland, Toledo y Prairie du Chien, además de varias residencias y misiones. En 1912 tenía 790 individuos (veintitantos en la misión de Honduras británica).

La Provincia de Nueva Orleáns, formada en 1907 con 7 colegios y 4 residencias, había sido misión hasta entonces de la Provincia de Lyón y se extendía al norte del Golfo de Méjico, desde el Missisipí hasta Virginia. Dos años después (1909) se formó la *Provincia de California* con las misiones de California, Montañas Rocosas y Alaska. Según las estadísticas de 1912, Nueva Orleáns tenía 255 y California 394 jesuítas. La increíble rapidez con que todo ha progresado en aquellos países se manifiesta igualmente en el aumento de vocaciones (menos para Hermanos coadjutores); de modo que en 1914 el total de jesuítas norteamericanos era de 2.411, y hoy día, erigidas tres nuevas Provincias, *Nueva Inglaterra*, *Chicago* y *Obregón*, puede computarse en cerca de 5.500.

Ya hemos indicado que la labor a que más atienden los jesuítas norteamericanos es la de la enseñanza en numerosos colegios y altas escuelas y en 14 Universidades, valiéndose en gran parte de profesores seglares, y así se explica el asombroso número de alumnos que, particularmente en los últimos años, estudian bajo su dirección, pues en 1932 ascendía a 60.125. A este fervor escolar y universitario no corresponde el de la prensa, pues si bien es verdad que *El Mensajero del Sagrado Corazón* (Nueva York, 1866) cuenta sus lectores por cientos de miles, y la revista semanal *América*, fundada en 1910 por el P. Juan Wynne, ejerce poderoso influjo en el pensamiento y en la vida católica del país, pero no han tenido los jesuítas otros órganos de propaganda religiosa y científica, hasta época muy reciente, en que se han fundado la revista trimestral *Thought*, de carácter científico; *Jesuit Missions*, de propaganda misional, y *The Queen's Work*, de las Congregaciones marianas; ésta llegó a tener en 1935 una tirada de 84.000 ejemplares.

En la bella literatura campea el novelista Francisco Finn; sobresale entre los publicistas el ya citado Juan Wynne, iniciador

de la *Catholic Encyclopedia;* entre los historiadores merece nombrarse el P. Tomás Hughes, y entre los hombres de ciencia, el Padre Guillermo Rigge, director del gran observatorio de Creighton.

Nadie desconoce la enorme actividad de los yanquis, que marca frecuentemente a sus obras con el sello de lo descomunal y desmesurado. Es la impresión que se recibe cuando se ve la organización de sus obras de acción católica y social, aun tratándose de ministerios puramente espirituales. Las iglesias de la Compañía, bien situadas y confortables, suelen ser concurridísimas: la novena de la gracia es tan popular, que en muchos templos se reza tres y aun seis veces al día para satisfacer a la concurrencia del pueblo católico; la frecuencia de sacramentos se podrá calcular por este dato: el año 1927 en las iglesias de una Provincia jesuítica (Marylandia-Nueva York) hubo 1.900.000 confesiones y el número correspondiente de comuniones.

Digamos algo de las misiones entre infieles. Antes de emprender, como lo han hecho recientemente, una misión entre los negros del propio país y otras en la India inglesa y en Filipinas, los jesuítas norteamericanos prestaron atención a las tribus indígenas, si bien los misioneros eran en su mayoría europeos. En 1840 el intrépido belga Pedro De Smet, después de trabajar algún tiempo entre los potawatamios, acometió una misión en las Montañas Rocosas, y en 1841 fundó, con los PP. Point y Mengarini, las reducciones de indios de Santa María y San Ignacio, para inaugurar poco después una gran misión entre los indios sioux, al sur de Dañota: la política poco humanitaria del Gobierno yanqui impidió que florecieran estas reducciones como las españolas del antiguo Paraguay. En poco más de cincuenta años se bautizaron 100.000 indios, lográndose no despreciable fruto con las escuelas fundadas por los misioneros, los cuales tuvieron que hacer más de una vez de intermediarios entre el Gobierno de Wáshington y las tribus indias. Además del famoso *P. De Smet,* muerto en 1873, señalóse el siciliano *José Cataldo* († 1928), quien, a pesar de su quebradiza salud, pasó sesenta y dos años, desde 1864, en las Montañas Rocosas y Califonia, se alargó hasta Alaska, y

fué fundador del Colegio Gonzaga en Spokane, hoy Universidad.

Fueron jesuítas de Turín, venidos de California, los que en 1886 empezaron la misión de *Alaska*, nombrada Prefectura Apostólica en 1894 bajo el *P. Pascual Tosi*, el apóstol de Alaska. Con refuerzos franceses y norteamericanos (PP. Francisco Barnum, Guillermo Judge) pudieron aquellos propagadores del Evangelio multiplicar los puestos de misión, al par que componer trabajos de valor lingüístico, meteorológico y etnológico. Encomendada la misión en 1909 a California, los misioneros siguieron los pasos de los buscadores de oro y evangelizaron a los iroqueses, esquimales y demás pueblos, padeciendo soledad y privaciones, como el *Padre Federico Ruppert*, muerto de frío entre las nieves, cuando llevaba a los niños los regalos de Navidad (1923).

El Canadá

Jesuítas franceses misionaban desde 1830 en el Missisipí y San Lorenzo. Llamados en 1842 por el Obispo de Montreal, se internaron en el *Canadá* los PP. Chazelle y Félix Martín, con otros varios, que hallaron ocupación entre los franceses del Canadá y los indios, fundaron un noviciado (1843) y un colegio (1848) en Montreal, y en 1849 una residencia en Quebec. Ayudados por los de Nueva York, abrieron la misión de los hurones y más tarde la de los iroqueses. La misión del Canadá, unida a Inglaterra desde 1879, hízose en 1907 Provincia independiente, con 300 jesuítas en 25 casas, alcanzando tal prosperidad, que en 1924 fué preciso dividirla en dos: La Viceprovincia del Canadá superior (Prov. 1939) y la Provincia del Canadá inferior. En 1933 la primera contaba 240 jesuítas y la segunda 554. Con los Ejercicios espirituales y con la prensa religiosa han coadyuvado al resurgir católico del país.

Vicisitudes de la Compañía en Méjico

En el espacio de medio siglo no había podido borrarse el recuerdo de la Compañía de Jesús en los pueblos hispanoamerica-

nos, que suspiraban continuamente por la vuelta de sus amados Padres jesuítas, a quienes debían en gran parte la fe y el esplendor de la cultura. Y es curioso que, mientras los legítimos representantes de aquellos países pedían a las cortes españolas el restablecimiento de la Compañía, los insurrectos mejicanos, por boca del cura Morelos (1813), se apresuraban a decretarlo en Nueva España. Fué, sin embargo, la metrópoli la que introdujo a los jesuítas en Méjico, anulandó aquella funesta pragmática de Carlos III, que con estúpida inconsciencia sacudió las raíces del Imperio español.

En febrero de 1816 oyeron los mejicanos el decreto de Fernando VII por el que se restablecía la Compañía de Jesús, y en seguida hicieron los preparativos para que el 19 de mayo tres antiguos jesuítas, y a la cabeza de ellos el por muchos títulos esclarecido *P. José M. de Castañiza*, tomasen posesión solemnemente del Colegio de San Ildefonso, en la capital.

Inmediatamente siguió la entrega de otros antiguos colegios, y el P. Castañiza, que hacía de Provincial, organizó el noviciado, procurando infundir en los nuevos jesuítas el espíritu de caridad y abnegación que había conocido en los antiguos. Entre los primeros candidatos figuraba el famoso *Basilio M. Arrillaga* († 1867), que se dará a conocer como escritor y político, y el distinguido *Ignacio M. Lerdo* († 1861), que llegará a ser Asistente de España. Un buen refuerzo les llegó en 1817 con el arribo de una expedición conducida por el *P. Pedro José Márquez* († 1820), docto arqueólogo y miembro de varias academias de Italia y España.

Cuando en 1820 fué suprimida en España la Compañía, hubo de serlo, consiguientemente, también en Méjico, con grave daño para la misma causa española, que se hacía antipática al pueblo, amante de los hijos de San Ignacio; por esa razón hubo protestas contra la insensata medida, que al fin se ejecutó en 1821. Había en Méjico 39 jesuítas, en 4 colegios y 3 seminarios, que hubieron de dispersarse, empezando así la larga serie de destierros y persecuciones que tanto han dificultado la vida de esta Provincia.

Su suerte varió con el flujo y reflujo de la política, pero no

pudo menos de ser durísima en el torbellino de pasión antirreligiosa que el liberalismo desencadenó sobre aquella católica nación y en la lucha sangrienta de los partidos, que duró hasta 1877. Siendo Presidente el General Santa Ana, volvieron los jesuítas en 1854 a sus colegios, misiones y ministerios espirituales, pero no tardaron en ser de nuevo desterrados en 1859, cuando eran solamente 16.

En la frontera de los Estados Unidos (El Paso, Texas) fundaron el año 1875 el semanario *Revista Católica*, que ha cumplido a maravilla su misión de propagar las sanas doctrinas, defender la religión e instruir al pueblo hispanoamericano con católico criterio.

Con la paz proporcionada al país por el dictador Porfirio Díaz, pudo la Compañía restablecerse en Méjico y tomar un auge consolador, paralelo al que en ese largo período cobró toda la vida nacional.

Una de las tareas emprendidas con más entusiasmo fué la evangelización de los indios tarahumaras (1900), esa misión tan querida de los Padres mejicanos y regada con los sudores y la sangre de tantos héroes.

Aunque Méjico llevaba el nombre de Provincia, y se gobernaba como tal, *pleno jure*, no empezó a vivir con entera independencia práctica de Castilla, hasta 1907, siendo su primer Provincial el santo *P. Tomás Ipiña* († 1916), que la condujo a alto grado de prosperidad. Constaba de 337 jesuítas, en 4 colegios (Méjico, Guadalajara, Saltillo y Puebla), un noviciado, un escolasticado, 14 residencias y 5 puestos de misión, en el momento en que las medidas persecutorias de un Gobierno revolucionario obligaron a los jóvenes jesuítas mejicanos a emprender otra vez el largo camino del destierro (1914), mientras los demás se dispersaban por el país para trabajar con redoblado brío entre infinitos peligros. La persecución ha sido larga y sañuda, pero el campo está regado con sangre de mártires (Miguel A. Pro † 1927), y las banderas de Cristo Rey acabarán por triunfar en la Nueva España, defendida bajo el manto de Nuestra Señora de Guadalupe.

En Guatemala

A raíz del restablecimiento universal de la Compañía por Pío VII, deseó ardientemente el pueblo de Guatemala, como todo Centroamérica, recibir a sus Padres jesuítas, de quienes tan grata memoria conservaba; pero los trastornos que siguieron a la emancipación política del país estorbaron sus propósitos.

En vano decretó el Gobierno la libre entrada de la Compañía en 1843, pues hicieron los liberales que ese decreto se suspendiese, hasta que, libre Guatemala de la tiranía liberal por obra del Presidente Rafael Carrera, indio sin letras, pero enérgico, afortunado en la guerra, y de sentimientos cristianos, abrió las puertas a los jesuítas en 1851, inaugurando un período de bienestar y progreso.

Tres Padres y tres coadjutores, de los expulsados de Colombia, dan comienzo a su labor en Guatemala con una misión en la catedral y tomando a su cargo el Seminario. Al año siguiente llega el P. Manuel Gil, Visitador de la misión, con nuevos refuerzos, a los que se añaden otros en 1853, de los expulsados del Ecuador.

Abrese un noviciado en la Antigua (1852), una residencia en Liwingston y otra en Quezaltenango (1857), y por fin, un colegio en esta última ciudad (1869). No había institución escolar comparable con el seminario archidiocesano, que era a la vez colegio, donde la Compañía organizó perfectamente los estudios con todas las cátedras bien provistas de hábiles profesores y con un magnífico gabinete de Física, el primero de Centroamérica. Allí se formaban los jóvenes jesuítas y miembros escogidos del clero de Honduras, El Salvador y Costa Rica, por lo que su influjo traspasaba con mucho las fronteras patrias.

No más de 21 sacerdotes, coadjutores y 30 jóvenes en formación eran en 1858 y ya influían en toda la República con sus incesantes misiones en las ciudades y en los campos, sin desatender a los indios y a los negros, con las Congregaciones marianas

y el Apostolado de la Oración, con Ejercicios a caballeros, señoras, artesanos, al clero secular e incluso a alguna Orden religiosa, como la de los dominicos.

Jóvenes de valer entraban en la Compañía, como *Nicolás Cáceres* († 1914), conocido por sus doctos y elegantes sermonarios, que transmitió a la posteridad; *Rafael Pérez* († 1901), que, entre otras obras, compuso la historia de la moderna Compañía en América; *Luis Javier Muñoz* († 1927), señalado en las letras y más aún en la predicación y en el arte de dar los Ejercicios, quien llegó a ser Arzobispo de Guatemala, aunque murió desterrado de su patria.

Tantas esperanzas como se cifraban en aquella nación empezaron a ensombrecerse cuando, a los seis años de morir el Presidente Carrera, tan amigo y protector de los jesuítas, triunfó traidoramente la revolución masónico-liberal en 1871 e inmediatamente expulsó a la Compañía de Jesús, con protesta general del país, dos de cuyos departamentos se pusieron en armas para impedir tal atropello.

El Sr. Arzobispo de Guatemala escribía por entonces a un amigo:

> «Ocupados estos Padres (jesuítas) de una manera asidua y eficaz en el cumplimiento de los deberes de su ministerio, ellos promovían la moralidad pública en el púlpito, en el confesonario, a la cabecera del enfermo y misionando por las ciudades y poblaciones de la República, sin exceptuar las aldeas más miserables, y, por lo mismo, más necesitadas de estas enseñanzas religiosas. Ellos, en el Colegio Tridentino de este Arzobispado, enseñaban a la juventud en las clases de idiomas, en Retórica y Bellas Letras, en la Filosofía, comprendidos todos sus ramos, lo mismo que en las Matemáticas en la Física experimental, en la Teología moral y dogmática, en la Escritura y Hermenéutica sagradas y en el Derecho Canónico e Historia eclesiástica. De manera que... los que hay de esperanzas para el porvenir de esta República, casi en su totalidad, debían su instrucción y buenas costumbres a la educación que recibían de estos Padres. Y todo este bien moral y científico ha venido a tierra con un solo golpe de mano que no quiero calificar.»

En El Salvador, Nicaragua, Costa Rica...

Este inicuo golpe del Gobierno guatemalteco tuvo repercusiones en la *República de El Salvador*. Cuatro jesuítas de Guatemala habían venido al Salvador en enero de 1864, donde el Gobierno conservador de D. Francisco Dueñas concedía plenas garantías y el pueblo salvadoreño suspiraba por participar de los bienes espirituales, que, según pregonaba la fama, estaban derramando allí cerca los hijos de San Ignacio. Los PP. Telesforo Paúl y Esteban Parrondo, elocuentes predicadores; el P. Ignacio Taboada, muy experto en dar los Ejercicios, y el P. Ramón Posada, habilísimo para tratar con los indios y aprender sus lenguas, vinieron en plan de misioneros, esparciendo la semilla evangélica por las principales poblaciones de El Salvador, y recogiendo a manos llenas frutos de regeneración moral y de piedad intensa, junto con la gratitud entusiasta de los buenos salvadoreños. Mas al cabo de unos meses tornáronse a Guatemala.

Tan buen olor de sí habían dejado los misioneros, que en 1866 se pidió en las Cámaras de El Salvador la venida estable de los jesuítas; llegóse a redactar el decreto, mas no se le dió publicidad hasta que en 1869 se presentaron espontáneamente unos Padres de Guatemala y pusieron los fundamentos de una residencia (1870), con regocijo del señor obispo y satisfacción del Presidente.

No pudo ser muy duradera su acción, porque sobrevino un cambio político, y el Gobierno masón de Guatemala, que no cesaba de intrigar para poner en las vecinas Repúblicas gobiernos de sus ideas, firmó un tratado con el de El Salvador concediéndole algunas ventajas, mas poniendo por precio la expulsión de los jesuítas. Esta se ejecutó súbita e inesperadamente, con solas dos horas de plazo, en la noche del 6 de junio de 1872. Los Padres, bajo una lluvia torrencial, se dirigieron al puerto, y de allí a Panamá, donde uno de ellos, el P. José Telesforo Paúl, fué a los tres años consagrado obispo de aquella ciudad, y más tarde promovido a la sede metropolitana de Bogotá, su patria.

De los desterrados de Guatemala, unos se fueron a misionar en *Honduras*, donde no pudieron permanecer largo tiempo, y otros buscaron un refugio en el bello país de *Nicaragua*. En calidad de simples huéspedes, mantuviéronse allí diez años, amparados por el gobierno moderado de D. Vicente Cuadra, quien sin embargo, no se atrevió a permitirles la enseñanza. A las exigencias de Guatemala, El Salvador y Honduras para que expulsara a los jesuítas, respondió el Presidente—y lo mismo hizo el Congreso—que la ley de hospitalidad vigente en la República no debía violarse. Con esta seguridad, la Compañía organizó su noviciado, juniorado, estudios de Filosofía y Teología, bajo la dirección del *P. Francisco José de San Román*, Superior de la misión centroamericana, y desde 1874 también de las misiones del Ecuador y Perú. Se dieron misiones en más de 70 pueblos y ciudades de Nicaragua, con notable cambio de costumbres y frecuencia de sacramentos en aquella gente tan piadosa como abandonada, dejando establecidas las casas de León, Granada, Masaya, Rivas y Matagalpa. Recibieron gran impulso los Ejercicios y las Congregaciones, en especial el Apostolado de la Oración, ayudado por *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, empezado a publicar en León (1873) para Centroamérica.

Debilidades del Gobierno y campañas insidiosas de la prensa atribularon a los jesuítas los últimos años, hasta que por fin el Presidente Zavala, liberal avanzado y hechura de Rufino Barrios, tirano de Guatemala, se decidió a expulsarlos en 1881, contra la voluntad del pueblo nicaragüense, que los acompañó al puerto de Corinto con vítores a la Compañía y mueras a los impíos y masones. Muchos vistieron de luto y alzaron banderas negras, mientras los desterrados se embarcaban con rumbo a Panamá y al Ecuador, pues las intrigas de los perseguidores habían logrado cerrarles las puertas de Costa Rica.

¿Qué sucedía en esta República? Aunque minada por la masonería, tuvo *Costa Rica* la fortuna de poseer un gobernante católico en la persona de D. Tomás Guardia (1871-1882), el cual, deseoso de levantar el nivel cultural y religioso de su patria, se dirigió en 1875 al P. San Román pidiéndole algunos Padres de la

Compañía. Inmediatamente le fueron enviados los PP. Luis España, guatemalteco, de insignes prendas, el distinguido predicador Nicolás Cáceres y el fervoroso misionero colombiano Francisco Castañeda; mas apenas pisaron tierra de Costa Rica, alarmado el Congreso, suplicó al Presidente no los admitiese en el territorio nacional. Por encima de estos clamores y de las intrigas del Gobierno masónico de Guatemaa, el General Guardia protegió resueltamente a los jesuítas y les instó a que tomasen el Colegio de San Luis Gonzaga, de la ciudad de Cartago. Este se abrió en enero de 1876, y alcanzó extraordinaria prosperidad con los nuevos profesores que le llegaron aquel año y el siguiente, con los numerosos alumnos que afluían de todas partes de la República y con el favor presidencial.

En los ministerios espirituales, misiones, Ejercicios, congregaciones, Dios bendecía los esfuerzos de aquellos incansables operarios y la buena voluntad del pueblo costarricense. En 1882 murió cristianamente el Presidente Guardia. Su sucesor, hombre débil y de poca instrucción, se dejó dominar de tal suerte por los radicales, que llegaron al extremo de embriagarle y, en ese estado de inconsciencia, le hablaron de conjuraciones y peligros imaginarios, con lo que le arrancaron la firma del decreto de expulsión. Esto sucedía en la madrugada del 18 de julio de 1884; a las nueve de la mañana, un telegrama del Ministro de la Gobernación mandaba recluir y dejar incomunicados a todos los jesuítas; dos horas después, sin tregua para disolver el Colegio y enviar los niños a sus familias, tal vez lejanas, sin una hora de plazo para arreglar los mil negocios, deudas activas y pasivas, que cualquier establecimiento tiene pendientes, se vieron forzados a salir de Costa Rica, entre vejámenes inauditos, para dirigirse a Jamaica, Panamá y Colombia; los jóvenes partieron a continuar sus estudios en España.

Así desaparecieron los últimos jesuítas de las Repúblicas centroamericanas; sólo en parte tornaron a recobrarlos cuando los Padres mejicanos, desterrados de su patria, buscaron allí campo para su actividad apostólica, estableciéndose en el Seminario Conciliar de San Salvador y residencia de Santa Tecla (República

del Salvador) y en el Colegio de Granada, residencia de Granada y residencia de Managua (República de Nicaragua), hasta que puedan regresar a su patria y torne la Provincia de Castilla a encargarse de toda la misión de Centroamérica (1936).

Isla de Cuba

En 26 de noviembre de 1852, con objeto de remediar la necesidad de buenos centros docentes en la isla de Cuba, expidió la Reina Doña Isabel II una Real Cédula mandando erigir diversos establecimientos de enseñanza confiados a diferentes Ordenes religiosas, y designando para la segunda enseñanza a la Compañía de Jesús.

Apenas posesionado de su cargo el Capitán General Marqués de la Pezuela, cedió a los Padres el antiguo convento de Betlemitas de *La Habana*, y en 1854 el P. Bartolomé Munar, nombrado Superior, abrió las clases del Colegio, con facultad de dar grados académicos y de seguir en todo la *Ratio studiorum* de la Compañía.

Ni este Real Colegio, llamado de Belén, ni el abierto en *Sancti Spiritus* en 1861, sucumbieron en la tormenta revolucionaria que sacudió el trono de Doña Isabel (1868), más afortunados en esto que los de la Península; no les faltaban, con todo, duras penalidades, principalmente a causa de la fiebre amarilla, entonces endémica, que hacía frecuentes víctimas en el personal. Y en el reinado efímero de D. Amadeo de Saboya se les privó de la autonomía escolar.

Bajo el nuevo gobierno de la restauración alfonsina, el Colegio de La Habana ensanchó considerablemente su fábrica, y siguió gozando de la general estimación cerca de las autoridades civiles y eclesiásticas y de la buena sociedad habanera; estimación que, lejos de menguar, creció en los días difíciles de la emancipación política de la isla, a pesar de ser españoles todos los Padres y de no disimular su intenso patriotismo. Contribuían, sin duda, a esta veneración y amor, además de la abnegación con que

cumplían sus deberes de sacerdotes y pedagogos, las dotes nada vulgares de sus Rectores y la gran obra benéfica llevada a cabo en el observatorio meteorológico por sus eminentes directores, en particular por el P. Viñes.

Suprimido en 1880 el Colegio de *Sancti Spiritus*, empezó a prosperar el de *Cienfuegos*, inaugurado el año anterior. Venido de España con fama de santo el celoso misionero P. S. Ibarguren († 1927) fundó en 1907 una residencia en *Sagua la Grande*, que al año siguiente fué colegio.

En *Santiago de Cuba* entregó a la Compañía el señor Arzobispo unas casas y magnífica iglesia, en donde se empezaron a ejercitar los ministerios en 1908, y en 1913 estaba en marcha un colegio de segunda enseñanza.

Si a esto se añade la residencia de La Habana, cuya primera piedra fué puesta el año de 1914, se tendrá idea de los domicilios que poseía la Compañía de Jesús en Cuba, cuando, al escindirse la Provincia de Castilla en 1918, pasó la Perla de las Antillas a formar parte de la Provincia de León.

La misión de Colombia

En Colombia, como en toda Hispanoamérica, los principios de la Revolución francesa germinaron como una maléfica siembra de cizaña, a favor de las turbulencias de la emancipación política, causando en el país guerras intestinas, despotismos, luchas de partidos, cuya sucesión y ritmo determina y condiciona las eventualidades históricas por las que pasa la Compañía de Jesús.

Fué el Ministro conservador D. Mariano Ospina quien propuso en las Cámaras colombianas (1842) que se trajesen religiosos extranjeros para misionar las tribus salvajes que aún existían en el vasto territorio de la República. Aprobado el proyecto, puso los ojos el Gobierno en la Compañía de Jesús, con gran contentamiento del celoso Arzobispo D. Manuel José Mosquera y de los buenos colombianos.

Los designados por el P. Roothaan fueron 18 jesuítas españo-

les, entonces en destierro, los cuales desembarcaron en Colombia en 1844 y el mismo año fundaron un noviciado en Bogotá e iniciaron dos congregaciones: la de estudiantes y la de artesanos, llamadas a fructificar largamente en el porvenir.

Con objeto de roturar el terreno, emprenden una serie de misiones por las ciudades de Medellín, Antioquía, Ríonegro, y por las provincias del Socorro, Tunja y Vélez, despertando en las poblaciones increíble fervor y entusiasmo. Uno de los más animosos misioneros, el aragonés *José Segundo Laínez,* sale en junio de 1846 con rumbo al Caquetá y Putumayo y al Cauca, realiza prodigios de actividad y celo, llevando la fe y la civilización a tribus incultas, y muere entre sus indios consumido de hambre y de trabajos en 1848, a la temprana edad de treinta y seis años.

El señor Arzobispo de Bogotá encomienda el Seminario Menor, que era a la par Colegio, a los jesuítas; el noviciado se traslada a la ciudad de Popayán (1845), de cuyo seminario se hace cargo, en nombre de la Compañía, el P. San Román (1848), y ábrese otro colegio en Medellín (1846). Viene de Visitador y Superior en 1847 el P. Manuel Gil, a tiempo en que se requería toda su exquisita prudencia, pues los liberales, que habían sentenciado a muerte a la Compañía, arreciaban en sus ataques y, encaramados en el poder (1849), buscaron pretexto para expulsar a los jesuítas—¡quién lo dijera!—en la Pragmática sanción de Carlos III, Rey de España.

El P. Gil condujo a algunos de sus súbditos a Jamaica (1850), donde fundó un colegio de vida efímera, y de allí pasó a Guatemala, hasta que en 1853 fué nombrado Asistente; otros, con el Padre San Román, buscaron un refugio en el Ecuador.

Da un giro la política colombiana, sube al poder D. Mariano Ospina y llama a los jesuítas en 1857. El P. Pablo de Blas, Superior de la misión centroamericana, se presenta en Bogotá y abre el noviciado. El Presidente le entrega el Colegio de San Bartolomé, revestido entonces del carácter de Universidad Nacional; fúndase un colegio en Tunja, y el señor Arzobispo de Bogotá, que no era ya D. Manuel José Mosquera, muerto en el destierro por defender los derechos de la Iglesia, sino D. Antonio Herrán, no

menos favorecedor de la Compañía, le encomienda su seminario Estalla la guerra civil y el General Mosquera (hermano del antiguo Arzobispo, pero su reverso en la medalla) triunfa con apoyo de las logias y se apodera de la capital (1861); a los pocos días los jesuítas salían desterrados, y con ellos el Delegado Apostólico Monseñor Ledóchowski, destinado a compartir con los jesuítas alemanes las mismas luchas en Prusia. El P. Blas, con los suyos, halló favorable acogida en Guatemala.

Pasan veintitrés años, y cuando los últimos jesuítas de Centroamérica son echados de Costa Rica (1884), la divina Providencia vuelve a abrirles las puertas de Colombia, pues aunque la subida al poder del partido conservador no se verificó hasta 1885, ya dos años antes habíanse infiltrado algunos como explorando el terreno.

En 1885 se encargan del Seminario de Pasto; la ciudad de Medellín les ofrece, en inmejorables condiciones, un colegio, que se abrió en febrero de 1886; y en Bogotá, por el mismo tiempo, se pone bajo su dirección el Colegio Nacional de San Bartolomé.

Se reemprenden en 1886 las misiones del Caquetá, llegando hasta el Napo; inténtase en 1890-91 penetrar en los Llanos de San Martín, pero se descubren pocos indios diseminados en vastísimas regiones; también fracasa, aunque por otros motivos la misión entre los caribes, acometida años adelante (1906), por el Padre Leonardo Gassó, de la Provincia de Aragón.

Abrese el noviciado en Chapinero (1888) con el P. Luis A. Gamero por maestro de novicios. Con los refuerzos que llegan de Castilla, comunícase fuerte impulso a las congregaciones y a las misiones por toda la República. El P. Gamero, sucesor del P. Isidoro Zamora en el gobierno de la misión, abre en 1896 el Colegio de Bucaramanga, y casi al mismo tiempo la residencia de Cartagena con el templo y edificio de la antigua Compañía, santificados por el heroísmo de San Pedro Claver; y a reanudar los ministerios difíciles en esa ciudad costera viene el *P. Nicolás Rodríguez* († 1900), fidelísimo trasunto del Apóstol de los negros. Hemos de consignar aquí que desde 1891 vivía entre los jesuítas de Pasto, como un jesuíta más, el famosísimo guerrillero carlista

«Cura Santa Cruz», llamado ahora P. Loidi. Pasó quince años de apostolado en Jamaica con los jesuítas ingleses y treinta y cinco con los de Colombia, demostrando siempre temple de héroe y corazón de apóstol. Fué por fin admitido en la Compañía en 1922 y murió en 1926.

No es de admirar el auge y prosperidad de la Compañía colombiana, pues así el pueblo como la autoridad pública le dispensaba todo favor, y en la misma sede metropolitana de Bogotá sentáronse dos Arzobispos jesuítas: los PP. José Telesforo Paúl e Ignacio León Velasco.

La residencia de Panamá, perteneciente a la misión colombiana, cerróse en 1896 para abrirse de nuevo al cabo de siete años, cuando aquella pequeña República, amparada por los Estados Unidos, se declaró independinte de Colombia.

Un espléndido florecer, cada día más pujante, se nota desde la llegada del P. Vicente Leza, como Superior de la misión en 1908. El P. Luis Javier Muñoz vuelve a la fructuosísima tarea, ya ejercitada por él en años anteriores, de recorrer las poblaciones dando Ejercicios a sólo hombres. El P. José M. Campoamor trabaja desde 1909 en la capital con obreros y niños pobres, realizando un apostolado eficacísimo con sus obras de acción social, y con igual empuje sigue su ejemplo en Medellín el P. Gabriel Lizardi. Cerca de 1.500 hombres y otras tantas mujeres pertenecen a la Congregación de la Buena Muerte, dirigida por el Padre Teódulo Vargas, muy estimado de la sociedad bogotana por sus virtudes apostólicas y por su renombre literario, como miembro de la Academia colombiana de la Lengua. El Apostolado de la Oración cobra nueva vida, gracias al *Mensajero del Corazón de Jesús*, empezado a publicar en Bogotá en 1894 y reanudado en 1908, con plumas tan autorizadas como las de los Padres Mario Valenzuela, Jesús M. Ruano, Pablo Ladrón de Guevara, Daniel Restrepo, etc.

Barranquilla (residencia en 1912 y colegio en 1918) viene a ser el centro de la misión del Magdalena, donde unos cuantos Padres, en una embarcación, especie de residencia flotante, evangelizan las márgenes del gran río con sus caños y afluentes.

Misión ecuatoriana y peruana

Con ser tan caótica y sangrienta la historia de casi todos los pueblos hispanoamericanos en el siglo XIX, difícilmente se hallarán dos que la tengan tan tormentosa y agitada como el Ecuador y el Perú. En estos países, que gozaron de alta y pacífica cultura cuando eran provincias del Imperio español, se despertó con la revolución el espíritu anárquico, que ha retardado lamentablemente el progreso civil, cultural y religioso. ¿No sucedía paralelamente en España algo semejante? Por dicha, bajo el oleaje revolucionario, la masa del pueblo se mantiene fiel a sus católicas tradiciones, como lo demuestran los relatos de los misioneros jesuítas, que se hacen lenguas de la ingenua piedad de aquellas gentes y de la fácil transformación moral que opera la palabra evangélica en las regiones más abandonadas.

En el Ecuador, como ya dijimos, buscaron refugio los jesuítas expulsados de Colombia en 1850, y gracias al joven García Moreno, con quien se encontraron en Guayaquil, les fué posible penetrar y establecerse en Quito. Atizada por los liberales, empezó una campaña periodística contra los hijos de San Ignacio, hasta que subió al poder el Presidente Urbina y los arrojó del país en 1852.

Dios concedió a aquella infortunada República un hombre extraordinario en D. Gabriel García Moreno, quien empuñó briosamente las riendas del gobierno en 1861, inaugurando un período, verdadero oasis, de orden, de progreso y de *libertad para todos y para todo, menos para el mal y los malhechores.*

Con objeto de levantar la instrucción pública y civilizar a los indios, pidió al P. General de la Compañía 40 ó 50 jesuítas. No fué posible enviarle tantos desde el principio, pero sí personas escogidas. Al frente de las primeras expediciones, venidas de Guatemala (1862), llegó el burgalés P. Francisco Javier Hernáez, Superior de la misión de Centroamérica y Rector del Colegio de Guatemala, cuyos estudios había puesto a gran altura, el cual ha-

brá de desempeñar un papel importante en el Ecuador y compondrá, por encargo del Concilio II de Quito (1863) la meritoria *Colección de Bulas, Breves y otros documentos relativos a la Iglesia de América y Filipinas.* Vino igualmente entre los primeros el quitense Manuel José Proaño, orador elocuentísimo, tan insigne literato, que mereció ser admitido en la Academia ecuatoriana, correspondiente de la Real Española, pensador profundo, como atestiguan sus obras de Filosofía, teólogo consultadísimo, que actuó en tres concilios provinciales y dos diocesanos, y entre cuyas glorias está el haber conseguido del Concilio III provincial de Quito y de García Moreno la oficial consagración de la República al Sagrado Corazón de Jesús.

De más valor científico fueron las expediciones de jesuítas alemanes. Quería García Moreno profesores bien formados para el Instituto Politécnico de Quito, y los halló en el físico y matemático P. José Kolberg († 1895), en el eminente matemático, asiriólogo y astrónomo P. José Epping († 1894), en el químico Luis Dressel († 1916), en el naturalista Cristián Bötzger († 1930), y en otros de menos grata recordación, conducidos por el modelo de Superiores, P. Clemente Faller († 1897), que había sido dos veces Provincial de Alemania y fué en Quito Vicerrector del Politécnico.

De Italia vino el P. Luis Sodiro († 1909), que aun después de la muerte de García Moreno regentó la cátedra de Agricultura y Botánica en la Universidad, exploró la flora del Ecuador por espacio de cuarenta años, formó el Jardín Botánico de Quito, publicó doctas monografías y fué considerado como una de las primeras figuras científicas de América.

Con la generosa protección del católico Presidente, los jesuítas montaron en la capital el primer observatorio meteorológico del Ecuador (1864), tomaron la dirección del Colegio Nacional y del Seminario de Quito, del Colegio y Seminario de Cuenca, del Colegio de Guayaquil y del de Ríobamba, de una misión entre los indios infieles del Napo, donde en pocos años convirtieron a 10.000 y todavía se alargaron a hacer fundaciones en el Perú.

No duró tres lustros tanta prosperidad, porque el 6 de agosto

de 1875 García Moreno caía víctima de la masonería, dos años después moría envenenado el virtuoso Arzobispo de Quito, rompíase el Concordato con la Santa Sede, y, como para vengar tantas iniquidades, el Cotapaxi vomitaba nubes y ríos de lava, y la guerra civil ensangrentaba el territorio de la República. Cerráronse los Colegios de Cuenca y Guayaquil; los Padres alemanes fueron llamados a Europa por el P. Anderledy en 1876; hubo de abandonarse la misión del Napo; las circunstancias, con todo, no eran aún muy adversas, de suerte que en 1881 llegaron, buscando asilo, los perseguidos de Nicaragua, y el noviciado ecuatoriano establecido en Pasto (Colombia) volvió al seno de su provincia y puso sus reales en Pifo, donde se levantó un Colegio Máximo en toda regla. En 1882 trabajaban en el Ecuador 134 jesuítas, regando con sus sudores las tierras, espiritualmente estériles, de la costa, especialmente Guayaquil, pero recolectando frutos abundantes en las ciudades del interior y en las misiones del Marañón, hasta que en 1896 se acentuó la persecución contra la Iglesia y la Compañía. Las autoridades militares cogieron presos a todos los jesuítas del Colegio de Ríobamba (1879), pero el pueblo, que los idolatraba, reclamó con tanta energía su libertad, que las autoridades, mal de su grado, cedieron. Un puñado de conservadores llegó a levantarse en armas y disparar desde el mismo Colegio de la Compañía, lo cual dió motivo a que los liberales penetrasen en el edificio, profanando escandalosamente la iglesia, se llevasen presos a todos los Padres y asesinasen bárbaramente al P. Rector, Emilio Moscoso, que fué venerado por el pueblo como mártir. Los Colegios de Quito y Ríobamba se mantuvieron como instituciones privadas; algunos jesuítas fueron a refugiarse en Pasto; los demás siguieron en su labor, cada día más difícil por las turbulencias políticas. En 1912 se fundó la Escuela Apostólica o Seminario Menor de Cotocollao.

El Perú, antiguamente de tanto esplendor en la historia de la Compañía, no tuvo jesuítas hasta 1870, en que el P. Francisco Javier Hernáez, con cinco compañeros, pasó a la ciudad de Huanuco. Estableciéronse primero en el seminario, y poco después abrieron allí mismo una residencia, a la que siguió inmediatamen-

te otra en la capital de la República. Los Colegios de Lima y de Arequipa dieron consistencia y vida a la misión peruana, perteneciente a la Provincia de Toledo desde que ésta se separó de Castilla en 1880.

No más de 84 jesuítas había en 1914, y esto incluyendo la República de Bolivia con sus dos Colegios de La Paz (1881) y Sucre (1912). A fin de fomentar las vocaciones, más escasas aquí que en otras repúblicas americanas, fundóse en 1916 la Escuela Apostólica de Arequipa. En el Perú, como en el Ecuador, se han reanudado posteriormente las misiones entre los indios infieles.

Argentina y Uruguay

De la bendita memoria que los antiguos jesuítas habían dejado en las regiones del Plata, es buena prueba la calurosa demanda que la ciudad de Córdoba dirigió en 1811 a la Junta Gubernativa de Buenos Aires, en favor del restablecimiento de «estos varones de eminentes virtudes y extraordinarios dones del cielo».

Es curioso que el restaurador de la Compañía en la República Argentina fuese el antiguo jefe de los gauchos, Juan Manuel de Rosas (o Rozas), autócrata feroz y déspota sin igual, que llenó de sangre y luto la nación en los días de su gobierno.

Fué en su segunda etapa presidencial, cuando, aprovechando la oportunidad de hallarse desterrados los jesuítas de España, ofrecióles en la Argentina campo para sus actividades. Súpolo el Padre Antonio Morey, Provincial, y de acuerdo con el Padre Roothaan, señaló al fervoroso P. Mariano Berdugo como Superior de la futura misión, y con él otros cuatro Padres y un Hermano.

El 8 de agosto de 1836 llegaron a la desembocadura del Plata, y a la mañana siguiente, en un carro de la capitanía, tirado por dos hermosos caballos blancos, hicieron los seis jesuítas su entrada en la capital, acompañados del clero y de una comisión del Gobierno, entre el repique de las campanas, el estallido de los cohetes, la lluvia de flores que caía de los balcones y las aclamaciones del pueblo, que fundaba en ellos las más lisonjeras esperan-

zas. Entregóseles el antiguo templo y colegio de la Compañía. Tan pocos sujetos no podían dar abasto a las muchedumbres que solicitaban sus ministerios espirituales, siendo el confesionario y la cabecera de los enfermos lo que les llevaba la mayor parte del día. Rosas, que intentaba manejarlos como instrumentos de su política, quería que se ocupasen también en reducir a los indios y tenía interés en que se hicieran cargo de toda la enseñanza, desde la elementad hasta la superior. Mal de su grado, tuvieron que abrir el Colegio en 1837, siendo los alumnos más de 200, y Rector el P. Bernardo Parés, que, mediado el curso, vino de España en una segunda expedición de 5 Padres y 2 Hermanos. Refuerzos posteriores vinieron a hacer más llevadera la carga que las faenas del Colegio, los ministerios de Cuaresma y las misiones de verano hacían casi incomportable para tan escasos operarios.

La ciudad de Córdoba, llena de recuerdos de los jesuítas, que al tiempo de la expulsión tenían allí su Colegio Máximo, con 136 sujetos, recibe ahora tres misioneros con increíbles muestras de veneración; llénanse los templos horas antes de que venga el predicador, y es preciso sacar el púlpito a la puerta; inmenso es el fruto que entre aquella gente recogen los misioneros, forzados a permanecer quince horas diarias en el confesionario durante veinte días; ante la insistencia de las autoridades, fundan allí una residencia y una casa de estudios, que es a la vez noviciado (1839).

En los proyectos del P. Berdugo entra la restauración de las antiguas reducciones de los indios, pero ya el tirano Rosas se ha tornado suspicaz porque los jesuítas no se doblegan a su política, como otros muchos eclesiásticos, y hacen el bien indistintamente a los *federales*, que tienen la fuerza, lo mismo que a los *salvajes, inmundos unitarios*. La vida de los jesuítas está en peligro, porque Rosas empieza a mirarlos con torvos ojos y a esparcir rumores contra ellos, la misma táctica que sigue cuando sus esbirros de la Mazorca (pandilla de fieras humanas, que el pueblo apellida *Máshorca*) han de asesinar individualmente o en tropel a inermes ciudadanos, de cualquier condición que sean.

Por eso determinan cerrar el colegio y dispersarse (1841). Dos años después el mismo Rosas es quien les hace el favor de

desterrarlos de Buenos Aires, donde no vivían seguros, a excepción de los Padres Ildefonso García y Francisco Majesté, expulsos de la Orden por hacerse federales y traidores a sus hermanos. Uruguay, Chile, Paraguay y Brasil se benefician de esta dispersión. Permanecen, no obstante, los de Córdoba protegidos por sus autoridades, lo mismo que algunos que misionan en las provincias de Catamarca y de San Juan; reclamábalos también el Gobierno de Mendoza y de Salta, viendo con pasmo la renovación que obraban en el pueblo, tan ignorante como dócil y sumido en la inmoralidad más espesa; pero en 1848 consigue Rosas que los expulsen todos los Estados de la Federación Argentina.

Desde 1842 existía en Montevideo una residencia y un colegio, que llevó una vida bastante agitada hasta 1854, en que se cerró. El alma de todos los trabajos apostólicos emprendidos en el Uruguay por espacio de doce años fué el P. Francisco Ramón Cabré, quien, vencido por la enfermedad, tuvo que volverse a España. Los Padres que dirigían desde hacía poco una especie de seminario en Santa Lucía, apenas vieron que se les abrían de nuevo las puertas de Buenos Aires, allá se dirigieron con casi todos sus discípulos en 1854.

En efecto, vencidas las tropas de Rosas en 1852, el sanguinario dictador huyó en un barco inglés, renació la calma en la capital y el señor obispo invitó a venir a los jesuítas. El P. Berdugo no se hizo de rogar, y pronto la ciudad de Buenos Aires vió a los hijos de San Ignacio en los púlpitos y confesionarios, en las misiones rurales y en las cátedras del seminario. Llamado por entonces a Roma el Superior de la misión, murió al cabo de un año en la Ciudad Eterna (1857). La carta de edificación que anunció su muerte traza un cumplido elogio de sus talentos y virtudes; nacido en Sevilla, fué un varón extraordinario, que ya a los veintiocho años desempeñaba en España el cargo de Rector y de maestro de novicios; para América y frente a la tiranía de Rosas, fué un hombre providencial. «Los negocios de América—decía el Padre Reothaan—no me preocupan estando de Superior el Padre Berdugo.»

La ciudad de Córdoba volvió a llamar a los jesuítas, que se

establecieron en el seminario y en la residencia (1859); en 1863 abrieron también un colegio, igual que un año antes en Santa Fe. Dividida la Provincia de España (1863) en las dos de Castilla y Aragón, a esta última quedó asignada la misión argentinochilena, con el P. Bernardo Parés, digno sucesor y compañero del Padre Berdugo, por Superior.

En 1868 se abrió el Colegio de San Ignacio (después, de El Salvador), al que tanto debe la sociedad de Buenos Aires. Azuzado por los satélites de la masonería, el populacho lo asaltó en 28 de febrero de 1878, quemándolo y destruyéndolo; eran años difíciles para la Compañía, que tuvo que aguantar, particularmente en la enseñanza, no pocas hostilidades. Para la restauración del Colegio y del templo, Pío IX regaló un cáliz y una cajita de oro, por valor de 5.000 pesos. Desde entonces el Colegio de El Salvador es el centro del movimiento católico de Buenos Aires, y en él tuvo su origen la «Liga de Honor» y «Liga Escolar Católica», para defensa del pensamiento católico de la nación.

La acción evangelizadora de la Compañía se fué intensificando rápidamente en la predicación y en la enseñanza, por medio de la pluma y por la obra de los Ejercicios de San Ignacio, con piadosas Congregaciones, como la de la Buena Muerte de Buenos Aires, que contaba a fin de siglo cerca de 4.000 congregantes, con misiones por campos y ciudades y con benéficas instituciones, como la *Escuela de Caridad* de Córdoba, fundada por el P. Cayetano Carlucci († 1900), muerto en olor de santidad; y como vocaciones no faltaban, en febrero de 1918 fué creada la Provincia argentinochilena, independiente de Aragón. En las tres naciones que la integran había el año 1914 unos 330 jesuítas, con 3 colegios (3 en la Argentina y 2 en Chile), 4 residencias con 2 casas de Ejercicios, 3 seminarios (el de Ancud, el de Villadevoto o Buenos Aires y el de Montevideo), además de un noviciado y escuela apostólica. La Academia del Plata, establecida en el Colegio de El Salvador de Buenos Aires, publica desde 1911 la revista *Estudios*.

Desterrada la Compañía por algún tiempo de Montevideo, volvió en 1872 a abrir en la capital del *Uruguay* una residencia,

que fué centro activísimo de vida religiosa y apostólica; luego, gracias a la generosa piedad y munificencia de ciertas familias, pudo tomar a su cargo un colegio, que era a la vez seminario (1879), con la hermosa iglesia construída en 1891, donde florecían las congregaciones, y de donde salían los Padres en determinadas épocas del año a predicar la palabra de Dios a las gentes de los campos, abandonadas de todo cultivo espiritual. En el Uruguay, como en la Argentina, el sectarismo liberal y masónico, remedo servil del de Francia, declaró, en los albores de este siglo, guerra abierta a los católicos, y en particular a los jesuítas; tan salvajes hospitalidades sirvieron para reafirmar la fe y consolidar la organización de los unos y encender más y más el celo de los otros.

Chile

También en Chile hubo tempranamente tentativas de llamar a la Compañía poco después de su restablecimiento oficial en España, siendo el primero que hizo tal solicitud al cabildo en 1816 el Procurador General de Santiago, porque «la representación pública en que me veo constituído—dice—no me permite mirar con indiferencia el ardiente deseo de los pueblos: ellos claman vivamente por la Compañía». Las guerras de la emancipación estorbaron la realización de estos proyectos, como también se frustraron los tanteos que hizo en el mismo sentido aquel genial político y gobernante que se llamó Diego Portales (1830-40).

No pusieron pie los jesuítas en territorio chileno, hasta que en 1843, viniendo de Buenos Aires, el P. Ignacio Gomila atravesó los Andes, mientras el P. Cesáreo González llegaba por mar a Santiago de Chile. Juntándose aquí ambos misioneros, se pusieron a trabajar en la iglesia de San Diego, predicaron también en los alrededores y a pesar de la excelente voluntad del pueblo, ciertas vacilaciones del Gobierno y el poco tino de los dos jesuítas en llevar el negocio de su reconocimiento oficial, fueron causa de que éste fracasase por entonces.

Vuelven los jesuítas a Chile en 1848. El P. Ildefonso de la

Peña llega de la Argentina a Valparaíso, con intención de embarcarse para el Brasil, pero se queda en tierras chilenas como Superior de otros Padres argentinos, que poco a poco van viniendo hasta de la lejana Bolivia, donde misionaban adorados por el pueblo.

Protegidos por el Sr. Arzobispo, se entregaron con fervor a la tarea de dar Ejercicios y misiones en Santiago de Chile y sus contornos, con éxito increíble y extraordinario concurso, si se tiene en cuenta que el clero chileno atendía bastante bien a las necesidades de los fieles, cosa poco frecuente en otros países de América, y hasta tenía costumbre de misionar y de dar Ejercicios en numerosas casas destinadas al efecto.

Mayor actividad se desplegaba en la residencia de Valparaíso (1850) y en la casa de Ejercicios allí levantada (1856). El más activo de los operarios era el Superior de todos los Padres chilenos, P. Ildefonso de la Peña, más apto para misionar que para gobernar, a quien sucedió el P. José Fonda, venido por fin de Bolivia, donde le retenía el Presidente Belzú, con demostraciones de singular afecto, y que, tornado a Europa, tendrá la gloria de ser el primer Rector del Colegio Pío Latino Americano.

Gracias a la liberalidad y largueza de acaudalados bienhechores, púdose fundar el Colegio de Santiago de Chile, cuya primera piedra se puso en 1854, y cuyas aulas se abrieron a la juventud estudiosa en 1856.

A los jesuítas que venían de España para emprender nuevas obras y dar mayor impulso a las ya emprendidas, añadiéronse en 1859 algunos Padres de Alemania para procurar el cultivo espiritual de los muchos colonos alemanes que trabajaban en la región meridional de Chile, a cuyo objeto fundaron una residencia en Puerto Montt y años adelante (1882) un colegio, de donde salían a evangelizar toda aquella diócesis.

En cambio, les faltó al mejor tiempo el hombre de más autoridad y prudencia, cual era el P. Bernardo Parés, que alternó con el P. Berdugo en el Gobierno de la Argentina, realizó prodigios de celo misionando en el Paraguay y en el Brasil, fué Superior de Chile y murió en 1867, cuando acababa de ser nombrado Su-

perior de la misión chilenoargentina. Con la residencia de la Concepción, abierta en 1871, y con el Seminario de Ancud, aceptado en 1900 a ruegos de su Obispo, Mons. Ramón Angel Jara, gran amigo de la Compañía, dilatóse el campo de operaciones para aquel puñado de hijos de San Ignacio, que en 1914 no pasaban de un centenar, y que laboraban incansables en la enseñanza, en las misiones y Ejercicios, en las congregaciones, en las obras sociales.

Paraguay

Triste y lastimosa es la historia del Paraguay en el siglo XIX. Intentos continuados de la Compañía de Jesús para introducirse en aquella nación, cuyo nombre está vinculado al suyo para siempre, pero intentos que se frustran siempre a pesar de los ardientes deseos de aquella población, abandonada espiritualmente, piadosa e ignorante, que suspira por tener a sus antiguos Padres.

Sueño dorado del P. Berdugo era el reflorecimiento de las históricas misiones guaraníticas, y en la primera coyuntura que se le ofreció propuso al P. Parés, que abrigaba los mismos ideales, la empresa del Paraguay.

Dejando el Rectorado del Colegio de Buenos Aires, enderezó sus pasos el P. Bernardo Parés, en compañía del P. Anastasio Calvo, por el Uruguay a las antiguas reducciones. Iban los misioneros bien provistos de gramática, vocabularios, catecismos y otros libritos en idioma guaraní para entenderse con los indios, con los que, sin embargo, pudieron tratar muy poco, si bien tuvieron noticia de que muchos de los que vagaban errantes por los bosques conservaban fresca la memoria de los antiguos jesuítas y se transmitían ciertas oraciones y prácticas religiosas.

En julio de 1842 penetraron en la República del Paraguay, gobernada, a la muerte del Dictador Francia (1840), por dos cónsules, pues aún no tenía constitución ni leyes la nueva nación. Aunque el pueblo sencillo los recibía en triunfo, no sabiendo cómo agasajar a los Padres, éstos hallaron algunas dificultades que les hicieron regresar a la Argentina. Vueltos en 1843, llegan esta

vez hasta la ciudad de la Asunción y obtienen audiencia del Primer Cónsul, D. Carlos López, que era el verdadero Presidente, recibiendo de él buenas palabras, así como del obispo electo, hermano del Primer Cónsul.

Trabajaban los dos jesuítas con tal éxito en la Asunción, particularmente durante la peste que asoló aquella ciudad, que don Carlos López deseó nuevos jesuítas, y su hijo (el futuro Presidente Francisco Solano López) aprendió Matemáticas con el Padre Parés. Con la esperanza de emprender una misión entre los indios, vino de Santa Catarina (Brasil) el P. Miguel Vicente López (1845). Mas de pronto hubo un cambio en los sentimientos del Gobierno para con los jesuítas. El Presidente, verdadero autócrata, que tenía al país en perpetuo pupilaje, y no toleraba autoridad alguna, ni civil ni eclesiástica, independiente de la suya, no quiso permitir en modo alguno que los jesuítas formasen una comunidad religiosa, ni menos que obedeciesen a una autoridad extranjera. Esto les forzó a abandonar el Paraguay, mientras una multitud inmensa lloraba inútilmente su partida (1846).

En agosto de 1864 hizo una nueva tentativa el P. Parés. En su viaje a Roma, había recibido del Papa IX una comisión secreta, que indudablemente se refería a las misiones del Paraguay. Visitó en La Asunción a su antiguo discípulo, ahora Presidente, D. Francisco Solano López, y trató personalmente con los obispos. De todos fué muy obsequiado, particularmente del Jefe del Estado, pero aquel intrépido Presidente, más que en misiones de paz, soñaba en preparar la famosa guerra contra la Argentina, Uruguay y Brasil, en la que había de sucumbir peleando con heroica temeridad (1870).

En 1892 el P. Saderra, Superior de la Argentina, renovó las negociaciones para entrar en el Paraguay, animado por el hecho de que muchas familias del país y el mismo Presidente enviaban sus hijos a los Colegios de Santa Fe y Buenos Aires. No obstante, el resultado fué nulo. Y cuando, en 1899, con ocasión del Concilio Latinoamericano, el Obispo de La Asunción propuso en Roma el asunto al P. General y al Sumo Pontífice, tampoco se logró nada.

Tan sólo a fin de 1926 le fué dado a la Compañía establecerse en aquellas tierras, testigos de tantas heroicidades y hazañas pretéritas.

Brasil

Dispersos los jesuítas del Colegio de Buenos Aires en 1841, procuró su Superior, el P. Mariano Berdugo, buscarles modo de entrar en las misiones guaraníes, y con este objeto se encaminó al Brasil, mas habiendo topado en Río de Janeiro con el Legado Apostólico, Mons. Ambrosio Campodónico, muy afecto a los jesuítas, éste se empeñó en que se establecieran en el Imperio brasileño, a pesar de los prejuicios pombalinos que allí perduraban aún contra la Compañía.

La primera puerta que se les abrió fué en *Río Grande do Sul*, donde, a consecuencia de la guerra civil, la inmoralidad y la ignorancia se dejaban sentir de un modo espantoso. Con la protección del Presidente de aquel Estado, abrió el P. Berdugo una pobre casa en la ciudad de Porto Alegre, que era la capital (1842). En la isla de Santa Catarina abrió al año siguiente otra residencia y en 1845 se fundó en la ciudad de Desterro (hoy Florianópolis) un modesto colegio, que poco después tuvo la honra de ser visitado, con públicas muestras de estima, por el Emperador y por su Capellán Mayor, el Obispo de Río de Janeiro.

La actividad apostólica de los Padres de Porto Alegre era intentísima, saliendo continuamente a misionar por las parroquias circunvecinas, atendiendo en cuanto podían a las colonias de inmigrados alemanes y penetrando hasta las remotas tolderías de los indios salvajes, singularmente el P. Bernardo Parés, que del año 48 al 51 logró formar entre los bugres las reducciones de Guarita, Nonohay y Campo do Meio, granjeándose el amor y admiración de varias tribus, hasta que la hostilidad del Gobierno le forzó a abandonar aquella misión.

El Colegio de Santa Catarina, abierto con tan felices auspicios, y en el que se educaban alumnos del Brasil, del Uruguay y de la Argentina, hubo de cerrarse en 1853, por causa de la fiebre ama-

rilla, que arrebató a no pocos Padres y Hermanos, entre ellos al Padre Anastasio Calvo, burgalés, de encendido celo de las almas y no vulgares virtudes religiosas, que en su juventud, antes de entrar en la Compañía, había sido Gobernador de Segovia y Secretario particular del Príncipe Don Carlos.

Todavía siguieron los jesuítas españoles trabajando varios años en el Brasil, pero la Argentina y Chile los reclamaban, y en su lugar entraron los jesuítas de la Provincia romana, que tomaron a su cargo el Seminario de Porto Alegre y fundaron los Colegios de Nova Friburgo (1866). Itú y Pernambuco (1867), así como el de Desterro en Santa Catarina, que luego hubieron de clausurar. También se perdió el de Pernambuco, por haber sido asaltado y demolido en 1873 por las turbas, obedientes a las incitaciones de las logias de la ciudad.

Llevaban, en cambio, vida pujante las otras casas, consagrándose algunos Padres a los ministerios más humildes entre los negros y esclavos y promoviendo las misiones en ciudades y aldeas. El Padre Bartolomé Taddei dió gran impulso al Apostolado de la Oración (1871), fundando el *Mensajero del Corazón de Jesús*. El Colegio de San Ignacio en Río de Janeiro (1893), y el de más reciente fundación en São Paulo (1918), con la residencia de Santos, son focos poderosos de irradiación católica.

Al paso que los italianos se extendían hacia la parte central del Brasil, dejaban libre la región meridional a los jesuítas alemanes, que llegaron a Río Grande do Sul en 1858, con la intención de no dejar abandonados a los muchos millares de colonos alemanes que allí vivían, conservando la lengua y las costumbres de su patria. Desde 1869 se les asignó como misión propia los tres estados de Río Grande do Sul, Santa Catarina y Paraná, con una extensión de 780.000 kilómetros cuadrados, campo vastísimo, donde en un principio trabajaron como misioneros itinerantes por los bosques y orillas de los ríos, siguiendo después el sistema de parroquias y capillas filiales; en 1914 tenían 12 residencias y cinco colegios florecientes (Porto Alegre, São Leopoldo, Pelotas, Florianópolis, Parecy Novo).

La misión italiana y la alemana, por activas que fuesen, sig-

nificaban muy poco para la enorme extensión y población del Brasil; así que fué una providencia de Dios el arribo en 1910 de los jesuítas portugueses, arrojados de su patria por la revolución triunfante. El campo de misión que les tocó fué la región septentrional. Fundaron en Bahía y Pernambuco el Colegio Vieira y el Colegio Nobrega, nombres que bastaban a conciliarles el respeto y la veneración de todo brasileño, por tratarse de dos héroes de la civilización, verdaderos forjadores del Brasil histórico.

Bajo el Gobierno republicano, instaurado en 1889, sufrió la Compañía al principio algunas persecuciones, mas la situación no tardó en normalizarse y las tres misiones jesuíticas han alcanzado una prosperidad que no tuvieron bajo el Imperio; la misión meridional alemana contaba en 1914 cerca de 200 jesuítas, con cuatro Colegios y un Seminario; y en la misma fecha la misión italiana del centro ascendía a 110 y la septentrional portuguesa a 107.

Islas Filipinas

En junio de 1859, después de una ausencia casi centenaria, desembarcaron en las islas Filipinas los primeros jesuítas españoles, capitaneados por el sabio y virtuoso P. José Fernández Cuevas, con la doble misión, recomendada por la Reina Isabel II, de educar a la juventud y evangelizar a los infieles. Inmediatamente se les encomendó la enseñanza en la Escuela Normal de Manila y la Escuela Pía, que pronto se convirtió en el Ateneo Municipal, con facultad de dar grados, sin contar el Seminario de San Francisco Javier. En 1914 el Ateneo era frecuentado por 1.123 estudiantes, y la Escuela Normal por 680. El Papa Pío X hizo que también pasara a manos de los jesuítas (1910) el gran Seminario de San José fundado por ellos antiguamente para la formación del clero indígena.

Lo que más renombre científico dió a los jesuítas aragoneses que sostenían aquella misión, fué el observatorio astronómico y meteorológico, que bajo la sabia dirección de los PP. Faura y Algué tantos servicios ha prestado a la ciencia y a la segura navegación de aquellos mares, barridos por terribles tifones.

Buena parte de las energías y cuidados de los Padres se encauzó desde 1863 hacia la evangelización de los infieles, especialmente en Mindanao. Nada diremos de los trabajos de tantos heroicos misioneros en las numerosas parroquias diseminadas por aquella isla y en las reducciones de indígenas, al estilo del Paraguay. En 1888 fué nombrado Superior de Filipinas el P. Pablo Pastells, bien conocido por sus investigaciones históricas; como Rector de la Escuela Normal se distinguió el P. Pedro Torra, que fué también diligente bibliógrafo y varón de preclaras virtudes.

A fines de 1895 los jesuítas cedieron a los benedictinos de Montserrat el cuidado parroquial del distrito de Suragao, para consagrarse ellos a la conversión de los infieles indígenas y de los moros o mahometanos, de los cuales trajeron muchos a la fe de Cristo en el Golfo de Dávao y a lo largo del río del mismo nombre.

Era consolador el incremento de los cristianos, pues en treinta y seis años se registraron no menos de 57.000 conversiones. Este movimiento se paralizó en parte con la revolución filipina de 1896, que obligó a los misioneros a retirarse de sus puestos, pero las ciudades de Mindanao los reclamaron ante el General norteamericano J. C. Bates, y consiguieron que regresasen poco a poco.

Bajo la dominación americana, los jesuítas españoles continuaron en Filipinas con mayores dificultades, mas con redoblado celo, y en 1914 eran 172. Sólo en 1927 dejaron con pena aquel campo a los jesuítas de la Provincia de Marylandia-Nueva York, yéndose a cultivar otra parcela de la viña del Señor, más erizada de espinas: la misión de Bombay.

En la gran leprosería de la isla de Culión, de la que hicimos mención al hablar de España, acabó sus días el *P. Andrés Viganó* († 1922), que, con admirable ejemplo de humildad, renunció a su obispado de Huderabad (India inglesa) para entrar en la Compañía de Jesús y dedicarse al servicio de los leprosos.

LAS MISIONES EXTRANJERAS (1814-1914)

Vanguardia de la Compañía de Jesús pueden llamarse los misioneros enviados a tierras de infieles. Allí combaten directamente por extender el reino de Cristo que es la iglesia, y realizan conquistas para que pueda consolidarse la Jerarquía eclesiástica con todos sus medios de salvación.

Quien haya leído las historias de la India y el Japón, de la China y las Molucas, de Etiopía y el Congo, del Canadá y del Paraguay, fácilmente se persuadirá que los jesuítas se aplicaron siempre a las misiones entre naciones gentiles y bárbaras con no menos entusiasmo que a la educación de la juventud y a la cura de almas, o al apostolado de la ciencia, y si hubiésemos de ser justos, tendríamos que dar mucha mayor cabida en la Historia a esas falanges de misioneros que en países lejanos y difíciles sacrifican su existencia—héroes, muchas veces, anónimos—por el amor de Cristo y de las almas con sangre divina redimidas.

En 1760 eran 3.276 los misioneros jesuítas. Muchos fueron a morir en el destierro, y los que, suprimida la Compañía, permanecieron evangelizando a los infieles, como simples sacerdotes, se fueron extinguiendo lentamente, de manera que al alborear el siglo XIX apenas quedaba algún que otro anciano para llorar sobre las ruinas de la misión.

No bien resucitó la Compañía, se oyeron voces que la llamaban de China, de Siria, de América. Pero acababa de renacer y los operarios eran pocos. Cuando el P. Roothaan vió que se engrosaban las filas, lanzó un generoso llamamiento «De missionum exterarum desiderio excitando ac fovendo» en diciembre de 1833, y en seguida miró surgir las misiones de Siria (1831), de Bengala (1834), de la Argentina (1836), del Maduré (1837), de Jamaica (1837), de las Montañas Rocosas (1840), de Albania (1841), de Argel (1840), del Kiangnan (1842), del Canadá (1842), de Colombia (1840), de Madagascar (1845), de Nanking (1845), de

California (1851), de Guatemala (1851), de la Indonesia (1851), de la Guayana francesa (1852), de Honduras británica (1852).

Creció todavía más la expansión misionera bajo el P. Beckx, pues en su largo generalato se fundaron la mayor parte de las misiones dirigidas actualmente por los jesuítas. Y el número de misioneros se fué multiplicando, de suerte que pronto llegó a ponerse la Compañía de Jesús a la cabeza de las Ordenes misioneras. En 1860 eran 1.485 los misioneros jesuítas, la mitad que en el siglo XVIII; mas ya en 1914 pasaban del número mayor alcanzado por la antigua Compañía, puesto que ascendían a 3.587, esparcidos por 41 misiones (incluyendo las de América, que aún no tenían categoría de Provincias), con 143 residencias, 275 estaciones, más de 50 colegios, 14 seminarios y 7 universidades, contando como tales los colegios universitarios de la India. Este ramo de la enseñanza es característico de las misiones jesuíticas. Las Universidades son: 1. *Beyrut* (Siria), Universidad desde 1875; en 1882 se le añadió la Facultad de Medicina, reconocida por los Gobiernos turco y francés, y en 1902 la de Ciencias bíblicas y orientales; como Seminario de San José, obtuvo de León XIII (1881) la facultad de dar grados en Filosofía y Teología.—2. Universidad «*La Aurora*», de *Shanghay* (1903), con facultades de Derecho, Medicina, Ingeniería. — 3. Universidad «*Yoki-Daigatu*» (Sede de la Sabiduría), de Tokio (1913), con Facultad de Filosofía y Letras, Comercio, Economía Nacional.—4. Colegio Universitario de San Javier, *Bombay* (2.000 alumnos en 1914).—5. Colegio Universitario de San Javier, *Calcuta* (900 alumnos).— 6. Colegio Universitario de San Luis, *Mangalore* (700 alumnos en la misma fecha de 1914).—7. Colegio Universitario de San José, *Trichinópoli* (2.200 alumnos).

Alaska

En la misión de Alaska, donde la población es tan escasa y las comunicaciones con trineos sobre la nieve son tan difíciles, entraron los jesuítas de Turín en 1886, según queda expuesto más arriba, al tratar de los Estados Unidos.

Japón y China

A su amada misión del «País del Sol Naciente», tan gloriosa en los fastos de la Compañía, no volvieron los jesuítas hasta que en 1908 entraron los Padres alemanes a cumplir la voluntad de Pío X, de fundar una Universidad, medio aptísimo de influir en la culta sociedad japonesa.

En cambio, fué la China de las primeras que demandaron la vuelta de los misioneros y fueron los cristianos de Kiang-nan los que, tras repetidas instancias, lograron tener en 1842 algunos jesuítas franceses, que organizaron la obra de la Santa Infancia y dirigieron el seminario abierto en 1843 por Mons. de Bessi, Vicario Apostólico de Chantong. Extendiéronse en seguida hasta Nanking (1849) y fundaron el Colegio de Zi-ka-wei en 1853. Al dividir Pío IX en 1856 la misión de Pekín en tres Vicariatos, de tal modo se hizo el reparto, que la región oriental o Tcheli quedó confiada a los Padres de la Provincia de Champagne y el Kiang-nan o Nankín, a la de París; esta segunda misión, a pesar de las pestes, guerras y persecuciones, contaba en 1875 más de 88.800 cristianos, y en 1900 unos 124.000 bautizados y 50.000 catecúmenos, dirigidos por 159 sacerdotes (42 chinos), con 940 escuelas y 18.563 alumnos y siguió creciendo hasta contar en 1907 unos 164.000 cristianos, en 113 parroquias, con 186 misioneros jesuítas y 49 sacerdotes seculares. También el Tche-li gozaba de vida próspera, que fué interrumpida momentáneamente, pero de un modo brutal y sangriento, por la revolución de los boxers (1900), poseídos de la más exaltada xenofobia. De 677 capillas, 616 fueron arrasadas; de 6 colegios, 3 fueron destruídos; de 8 orfanatos, sólo 3 fueron perdonados; 360 cristiandades perecieron a hierro y fuego; 5 misioneros y 5.000 cristianos dieron magnífica prueba del temple de su fe confesando a Cristo en los suplicios y en la muerte.

Este riesgo de sangre fertilizó más y más aquella misión del Tche-li, que muy pronto se reorganizó y vió multiplicarse los mi-

sioneros, los catequistas, las escuelas, florecer el seminario mayor y menor y acercarse a las aguas del bautismo en solo un año (1905) 3.914 adultos. A la predicación directa de la fe cristiana, los modernos misioneros de China han sabido juntar, siguiendo las huellas de sus antepasados, los Ricci, Schall y Verbiest, también el apostolado de la ciencia, creando sabias instituciones, como la Universidad de la «Aurora» (Shanghai) y «Ecole des Hautes Etudes» (Tientsien, 1903) y dando a la estampa numerosos escritos, que honran a la Iglesia Católica.

Misiones en la India

En 1834 llegan los primeros jesuítas a la misión de Calcuta o Bengala occidental, confiada desde 1859 a los belgas, que fundan el gran Colegio de Calcuta (1860), se extienden luego hacia el Occidente para evangelizar a los pueblos Koles en el Chota-Nagpore y pasan, años más adelante, a la isla de Ceilán, donde el Papa les encomienda el célebre seminario de Kandy (1893).

En el Maduré se establecen los jesuítas de Lyón (1837), que luego ceden el puesto a los de Toulouse (1852), fundan, aparte de dos seminarios para el clero indígena, un Colegio en Negapatam (1844), que se traslada en 1883 a Trichinópoli y alcanza en 1888 la cifra de 1.350 alumnos, llegando a ser, por su prosperidad siempre creciente, el centro de mayor vitalidad católica en aquella región.

Los alemanes llegan a Puna en 1856 y a los dos años se hacen cargo del Vicariato Apostólico de Bombay, misión difícil en aquellas circunstancias por residir allí un fuerte núcleo de sacerdotes portugueses cismáticos, que hacen guerra a la legítima autoridad eclesiástica. La obra principal de los alemanes consistió, fuera de otros institutos de enseñanza, en el gran Colegio Universitario de Bombay, que goza de merecida fama científica dentro y fuera de la India.

En 1878 vienen de Italia a la misión de Mangalore jesuítas venecianos, que empiezan por abrir el célebre Colegio de San Luis, digno rival de las más florecientes Universidades de la India,

y además de un seminario y un hospicio para ancianos, dirigen la leprosería de Mangalore, de la que fué muchos años médico y apóstol el insigne P. Augusto Müller († 1910), de la Provincia de Marylandia.

Grande ha sido el fruto de conversiones debido a los ímprobos trabajos de tantos misioneros, pero acaso la más fecunda labor es la que se realiza lentamente en los colegios y universidades, por medio de la educación de los jóvenes pertenecientes a las clases directoras. En 1894 se bautizan los primeros brahmanes y pronto forman una comunidad cristiana en Trichinópoli. No faltan dificultades, y en 1894 perece a manos de los hindúes gentiles en Tuticorin el *P. Ambrosio Amirdanader*, jesuíta indio. Ni olvidan a los parias los hijos de San Ignacio, y algunos de éstos, como el P. Alejandro Camisa, conságranse por entero a la raza más miserable y despreciada, cual es la de los korgares.

Entre los afamados misioneros del siglo XIX descuella la figura del *P. Constantino Lievens*, un belga emprendedor, que arribó a Bengala en 1880, donde terminó sus estudios, ordenándose de sacerdote en 1883. Desde 1885 penetró en la región de Chota-Nagpore, bautizó en sólo un año 2.600 indios y originó un gran movimiento de conversiones. Aprendió con perfección la lengua de los naturales y escribió en ella o tradujo libros utilísimos para la instrucción religiosa; estudió singularmente el Derecho indígena y el inglés, con lo que se convirtió en el abogado de los indios, salvando a muchas familias de la opresión y servidumbre de tiranos sin conciencia, hindúes y mahometanos. Forzado por la enfermedad, tuvo que abandonar a sus amados neófitos y regresar a su patria, donde murió en 1893.

La estadística de los misioneros jesuítas en 1914 era la siguiente:

Bengala occidental y Misión De Galle	281 belgas.
Maduré	208 franceses.
Bombay	124 alemanes.
Mangalore	69 italianos.
Goa	25 portugueses.
Trincomalia	20 franceses.
Misión india	34 canadienses.

Agreguemos en este lugar los 78 misioneros holandeses que trabajaban en las islas Célebes y Java (misión comenzada en 1859) y los 106 irlandeses (algunos austríacos) de la misión de Australia.

Próximo Oriente

Designamos con esta denominación a las misiones que los jesuítas de la Provincia de Lyón sostienen en Siria, Armenia y Egipto.

Fué la misión de Siria la primera que tomó sobre sí la Compañía moderna, tras repetidas instancias de obispos griegos y maronitas. En noviembre de 1831 entraban en Beyrut los Padres Pablo Riccadona, italiano, y Maximiliano Ryllo, ruso, con un Hermano coadjutor, quienes fundaron la misión, dedicándose con preferencia a la enseñanza.

No permaneció mucho tiempo el P. Ryllo, porque en 1844-45, luego de misionar en Malta y Sicilia, tomó la dirección del Colegio de la Propaganda en Roma y poco después fué enviado con otros dos a fundar la misión del Sudán, subió Nilo arriba en un viaje lleno de aventuras, y tras largas exploraciones entre los negros, murió consumido de trabajos en Khartum, de la Nubia (1848).

La misión de Siria, dirigida en un principio por jesuítas italianos, pasó a manos de los franceses en 1843. Poseía un colegio en Ghazir y cinco residencias con ocho iglesias o capillas, cuando tuvo lugar el levantamiento de los drusos, que cubrió de sangre y ruinas la misión. De los cinco jesuítas, «Mártires del Líbano», que sucumbieron en julio de 1860, dos eran maronitas, uno sirio, uno francés y uno italiano. En la matanza de Iffa había conquistado la misma palma poco antes (1859) uno de los primeros misioneros, el P. Benedicto Planchet, a la sazón obispo de Mussul.

Pudo la misión, gracias a generosos bienhechores, levantarse de sus ruinas, y cuando en 1875 el cólera y la fiebre amarilla hicieron horribles estragos en la población, los misioneros católicos dieron admirable ejemplo de abnegada caridad y de heroísmo, sobresaliendo entre todos el *P. Juan Fiorovich* († 1898), que trabajó en Siria durante cuarenta años.

Trasladado a Beyrut el Colegio y Seminario de Ghazir, prosperó de manera que en 1875 obtuvo la categoría de Universidad, la más completa de cuantas existen en países de misiones, que con su revista propia y su imprenta, de donde salen obras en diversidad de lenguas, goza de alto prestigio científico.

Existen otras residencias en Damasco, Aleppo, etc., con un total de 160 jesuítas en 1914.

En esa misma fecha eran 57 los que trabajaban en la *Armenia Menor* o *Anatolia*, misión confiada en 1881 por León XIII a los franceses desterrados de su patria, que, sin embargo, disfrutaron allí de la protección del Gobierno francés. Dedicábanse principalmente a los armenios cristianos, y con los ministerios sacerdotales juntaban la enseñanza de los niños. Aniquilada casi por completo la misión y sus seis residencias por la insurrección de 1908, promovida por Mustafá Kemal, y luego por el abondono en que quedó durante la Guerra Europea, mantiénense todavía varios de sus misioneros en Constantinopla.

Desde 1879, y por invitación de León XIII, que les confió el seminario copto de El Cairo, se hallan los jesuítas en *Egipto*. el seminario hubo de cerrarse a los tres años, pero el apostolado entre los coptos se intensificó más cada día, de modo que en 1905 llegaban a 20.000 los reducidos a la obediencia de la Sede Romana. Antes de la Guerra Europea, 72 jesuítas atendían a los colegios de El Cairo y Alejandría, a 40 escuelas populares y a los ministerios propios de varias residencias, la principal de las cuales era Minieh, centro de la misión. En 1914 levantaron una capilla en Matarieh, cerca de Heliópolis, lugar donde residió la Sagrada Familia, según la tradición.

Zambeza

Siguiendo las huellas del famoso explorador Liwingstone, y disputando el territorio a los protestantes, adentráronse misioneros jesuítas, como el conocido astrónomo P. Alfredo Weld en 1877, por las riberas del río Zambeza y de sus afluentes. En 1879 el belga P. Enrique Depelchin († 1900), fundador de la misión de

Calcuta, en la India, llegó con 11 misioneros, en una excursión de cinco meses, hasta Bulawayo, capital del rey de los motabeles. Sucumbían al mortífero clima los misioneros, lo cual les enseñó a cambiar de método, estableciendo un colegio con casa de estudios, residencia y una misión entre los cafres, a fin de aclimatarse antes de internarse en parajes menos salubres. Aprovechando la ocasión de haber pedido el rey de los matabeles (1887) Padres que los instruyesen en la agricultura, se abrió una escuela agrícola, en la que se cifraban grandes esperanzas para la conversión de los indígenas, si éstos, indignados contra los ingleses invasores, no hubieran extendido su odio a todos los blancos.

Surgieron también molestos litigios entre las autoridades inglesas y las portuguesas, que tuvieron por resultado la división del campo misional, quedando el Zambeza superior o Rhodesia para los jesuítas de Inglaterra y el Zambeza inferior para los de Portugal (1892). La guerra de los boers (1902) paralizó los esfuerzos y avances de los primeros, que, sin embargo, echaron raíces en Salisbury, Bulawayo (colegio), Grahamstown (colegio y seminario), etc. Los portugueses fueron expulsados en 1910 por orden de su Gobierno. En cambio, tomaron, en 1912, jesuítas polacos la misión de Broken Hill (Rhodesia del Norte).

De 1889 a 1900 sucumbieron a los rigores del clima 62 misioneros del Zambeza; otros se hicieron notables por la pericia de los diversos idiomas que allí se hablan, publicando en Natal y en la imprenta propia de Chipanga catecismos, biblias, gramáticas, diccionarios, cantos eclesiásticos, etc. El P. Julio Torrend compuso una gramática comparada de 24 dialectos.

Congo Belga, Madagascar

A ruegos de Leopoldo II, Rey de los belgas, y por encargo de León XIII, tomó la Compañía en 1892 la misión del Congo (Prefectura Apostólica de Kwango). Una de las principales tareas fué la de acabar con la esclavitud de los negros y el cuidado de los huérfanos y de los niños abandonados. Estos eran la espe-

ranza de la misión, ya que durante muchos años no respondía el fruto entre los adultos, pero últimamente la afluencia de los congoleses a la Iglesia católica es maravillosa.

Muchos misioneros, doctos en medicina colonial, se dedicaron a combatir eficazmente la terrible enfermedad del sueño; mientras que otros cultivaban con éxito la lengua del país. Tienen en Ki-Santu una tipografía propia, donde editan un periódico, un almanaque de la misión y diversos escritos.

Ya en 1844 arribaron a *Madagascar* 6 jesuítas de Lyón, que en seguida tuvieron que pasar a las islas de la Reunión y San Mauricio. Sólo en 1855 le fué posible al P. Marcos Finaz poner el pie en Tananarivo, y eso por breve tiempo. Muerta en 1861 la cruel reina Ranavalo, tornaron los misioneros y lograron muchísimas conversiones a despecho de los protestantes, cuya influencia era muy grande. Construyeron la espléndida catedral y el Seminario de Tananarivo; fundaron numerosas escuelas populares, dos orfanatos, dos leproserías, un observatorio astronómico-meteorológico, etc. La destrucción de 115 iglesias o capillas y el martirio de un misionero fueron consecuencias del levantamiento de 1894, pero con la ocupación francesa de toda la isla acrecentóse el número de conversiones, de suerte que en 1900 eran 94.998 los bautizados y 266.877 los catecúmenos. La región de Fianarantsoa o Betsileo fué adjudicada en 1901 a la Provincia de Champagne.

Argelia. Fernando Poo

Diez años hacía que *Argelia* era colonia de Francia, cuando en 1840 fué encomendada aquella misión a los jesuítas de Lyón, los cuales empezaron por abrir dos residencias en Argel y Constantina y un colegio en Orán (1843). A la caridad infatigable del P. Brumauld se debió la erección de dos orfanatos, donde se educaba a los pobres niños, enseñábaseles algún oficio y se les hacía buenos cristianos. Por las suspicacias y dificultades del Gobierno francés, poco pudieron influir los misioneros en las kábilas del interior y en los árabes; tuvieron, empero, la gloria

de contribuir eficazmente a la fundación de los Padres Blancos, cuyo primer maestro de novicios fué el jesuíta P. Vincent. Quería su fundador, el Cardenal Lavigerie, que la nueva Congregación religiosa, de carácter eminentemente apostólico, se vaciase en los moldes de la Compañía y se penetrase del espíritu ignaciano.

De la emisión de *Fernando Poo*, en el Golfo de Guinea, encomendada por Isabel II a los Padres españoles casi al mismo tiempo que las Antillas y Filipinas, sólo diremos que en los quince años que estuvo bajo su dirección (1857-1872) fué abundante en penalidades y trabajos, singularmente a causa de los rigores del clima, que ocasionó la pérdida de no pocos misioneros. Merecen un recuerdo los PP. José Irisarri, Superior y Prefecto Apostólico, y Nicolás Rodríguez († 1900) de cuya santidad hicimos elogio anteriormente.

INSTRUMENTOS DE APOSTOLADO

No siendo posible dar aquí una impresión cumplida del polimórfico apostolado que la Compañía de Jesús ejercita en todo el mundo y con toda clase de personas, nos contentaremos con apuntar las más típicas formas de su acción espiritual y apostólica en los individuos y en la sociedad, para lo cual reseñaremos los cinco medios o instrumentos de apostolado, característicos de la Compañía: *Ejercicios espirituales. Devoción al Corazón de Jesús, Congregaciones marianas, Enseñanza media y superior, Ciencia y Prensa.*

En las estadísticas avanzaremos más allá del límite cronológico de 1914, a fin de no multiplicar las secciones volviendo luego sobre lo mismo.

Ejercicios espirituales

Son los Ejercicios de San Ignacio el más propio y peculiar ministerio de la Compañía, la mejor arma espiritual que Dios le ha puesto en la mano por medio del Fundador. Aprobados con

cálidos elogios por Paulo III, Gregorio XIII, Sixto V, Clemente VIII, Paulo V, Alejandro VII, Benedicto XIV, Clemente XIII, Pío IX, León XIII, Pío X, y muy particularmente por Pío XI, que los recomendó como eficacísimos para guiar a las almas, en su ascensión espiritual, hasta las más altas cimas de la santidad y del amor divino, sin exponerlas a las sutiles ilusiones del orgullo, los Ejercicios espirituales de San Ignacio, mal comprendidos por los que no los han practicado en su forma genuina y original, han adquirido modernamente una difusión insospechada.

Débese al P. Roothaan el primer impulso, en su carta de 1834, y también el más alentador ejemplo, por su publicación en 1835 de una esmerada traducción latina (rigurosamente literal) del texto castellano, a la que siguieron sus excelentes y autorizadísimas anotaciones.

A su imitación, muchos Padres se dieron a comentar el libro, profundizando en el espíritu ignaciano, como *Armando Ponlevoy* († 1874), *Francisco Javier Weninger* († 1888), *Marín de Boylesve* († 1892), *Antonio Denis* († 1892), *Felipe Löffler* († 1911), *Mauricio Meschler* († 1912), *Francisco de Hummelauer* († 1914), *Vicente Agustí* († 1915), *Jenaro Bucceroni* († 1918), *Jorge Longhaye* († 1920), *Jaime Gutiérrez* y *Jaime Nonell* († 1922), *José Rickaby* († 1932), *Pedro Vogt* († 1933), *Ramón Ruiz Amado*, († 1934), *Ignacio Casanovas* († 1936), *Francisco Javier Calcagno* († 1939), y otros a estudiar su génesis, su historia, su carácter. Nombraremos al *P. Enrique Watrigant* († 1926) tan benemérito de los retiros de obreros en Francia y señalado por su biblioteca de Ejercicios (8.000 volúmenes) su *Collection de la Bibliothèque des Exercices* (Enghien, Bélgica, 1906-1926).

Devoción al Corazón de Jesús. Apostolado de la Oración

El amor a Cristo, alma de todo apostolado, suele concretarse, máxime en nuestros tiempos, en la devoción a su Corazón divino, con el doble matiz de amor y reparación. Sin ella no se compren-

de a un jesuíta. Aun después de la extinción de la Orden, siguió la Compañía cumpliendo la voluntad de Nuestro Señor, manifestada a Santa Margarita María de Alacoque, de que los hijos de San Ignacio propagasen la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. ¿Y quién ignora que el auge moderno que ha adquirido este culto en la Iglesia se debe en gran parte a la Compañía? ¿Quién no sabe lo que los jesuítas han hecho porque la fiesta litúrgica del Corazón de Jesús se celebre con las máximas solemnidades, y porque todo el mes de junio se dedique a honrar al Corazón santísimo, en quien encarnó el Amor y la Misericordia infinitas, y porque el mundo entero se le consagre, no solamente los individuos, sino también las asociaciones, las familias, las ciudades (levantándole monumentos públicos) y las naciones, como lo hizo España, por boca de su Rey Católico en 1911?

El P. Roothaan, que recibió de los Padres de la Rusia blanca el fuego sacro de esta devoción, se afanó por encenderlo más y más y transmitirlo a sus hijos, singularmente con su carta circular de 1848, y sus sucesores han insistido en lo mismo, exhortando a todos, en las continuas persecuciones de que han sido objeto, a buscar refugio en el Corazón de Cristo y a beber en aquella fuente inexhausta de gracias las virtudes propias de su vocación.

Oficialmente se consagró la Compañía al Sagrado Corazón de Jesús el 1 de enero de 1872, más de tres años antes de que la Iglesia universal hiciese lo mismo por voluntad de Pío IX, con fórmula redactada por el P. Ramière en unión con el P. Vasco. Y los Padres de la Congregación General XXIII, en octubre de 1883, por unánime aclamación, puestos en pie, declararon aceptar, con ánimo inundado de alegría y de gratitud, el suavísimo encargo de abrazar, fomentar y propagar la devoción al divino Corazón; y determinaron que la festividad del Sagrado Corazón de Jesús se tenga en la Compañía como una de las más solemnes y que se celebre cada año con la mayor pompa posible, renovando la consagración en todas y cada una de las casas.

Se ha dicho que «donde hay un jesuíta, hay, cuando menos un amigo, si no un promotor, de la causa del Corazón de Jesús»; tantos han sido, con la palabra y con la pluma, los apostóles de

esta devoción, que sería interminable la lista de sus nombres: en Italia, Roothaan, Franco, Gallerani, Solaro; en Francia, Varin, Gautrelet, Ramière, Lyonnard, Franciosi, Sauvé, Bainvel; en España, Puyal, Morey, Conde, Tarín, Uriarte, Vilariño; en Portgual, Prosperi, Mattos Campo Sancto; en Austria, Hattler, Patiss, Schmude, Nilles, Lercher; en Alemania, Dosembach, Devis, Hausherr, Lehmkuhl, Meschler, Nix; en Holanda, Stockvis, Pierik; en Bélgica, Dufau, Petit, Vermeersch; en Inglaterra, Cretton, Bearne; en Irlanda, Cullen, Mc Donnell; en Australia, Watson; en Norteamérica, Sestini, Brady, Wynne, O'Rourke; en Méjico, Márquez, Rivas; en Centroamérica, Cáceres, España; en Colombia, Velasco, Taboada, Ruano; en Perú, Garcés; en Brasil, Taddei; en Argentina y Chile, Colom etc.

Libros publicados hasta 1880, que tratan exclusivamente del Corazón de Jesús, sin contar otros de la Pasión y de las llagas de Cristo, enumera Sommervogel 230, y es notorio que en nuestros días la producción crece y se multiplica. Sin duda, han contribuído a avivar las llamas de este sagrado culto la canonización de la Vidente de Paray-le-Monial, la beatificación de su director, Padre La Colombière, y la práctica de acercarse frecuentemente a la Eucaristía, favorecida por Pío X, en pro de la cual venía trabajando desde 1865, con su «Milicia del Papa», el P. Leonardo Cros.

Pero el principal instrumento ha sido el *Apostolado de la Oración*, fundado en el escolasticado de Vals el 3 de diciembre de 1844 por el P. Gautrelet, director espiritual de aquellos jóvenes jesuítas. El P. Ramière reanimó, organizó y perfeccionó la obra, que ya se había extendido a muchas comunidades religiosas, y dióle como órgano *El Mensajero del Corazón de Jesús*, que empezó a publicarse en 1861 (Toulouse). Más de 20.000 parroquias y comunidades estaban agregadas al *Apostolado* en 1873; este número se había más que duplicado en 1886, y se contaban más de 12 millones de socios.

Las últimas estadísticas se darán en la Sección II.

Congregaciones marianas

Nacidas en un colegio de la Compañía, las Congregaciones de la Santísima Virgen, aun las que no están dirigidas por jesuítas suelen estar agregadas a la *Prima Primaria* de Roma, establecida en el Colegio Romano, de cuyas gracias y privilegios participan por igual. Presidente supremo de todas es el General de la Compañía, al cual compete la facultad de establecer sus leyes y estatutos. Uno de los que más se interesaron por este género de apostolado con la juventud, que es lección de pureza, idealismo, caridad y celo, fué el R. P. Anderledy, que obtuvo de León XIII grandes favores y privilegios, escribió en 1884 una hermosa carta en elogio de las Congregaciones y publicó en 1885 los *Estatutos Generales,* aprobados antes por el R. P. Beckx y redactados por el P. José Mariano Partenio (José María Mazzolari, † 1786).

La nueva *Regla común,* compuesta por el P. Cayetano Puig, y aprobada para España en 1905 por el R. P. Luis Martín, fué, con ligeras modificaciones, confirmada y adoptada para todas las Congregaciones marianas por orden del R. P. Wernz (1910).

Del auge que éstas han tomado, especialmente a partir de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, hablan bastante alto las siguientes cifras: de 1826 a 1886 se agregaron a la Prima Primaria de Roma 14.359 Congregaciones; de 1886 a 1912 otras 19.215. Las agregadas en sólo el año 1911 pasan de 1.000 (de las cuales 373 pertenecen a Alemania y Suiza, 196 a Australia, 174 a Estados Unidos, 111 a Francia, 84 a España).

Con el culto y consagración a la Santísima Virgen juntan el apostolado más activo en obras de caridad y beneficencia, catequesis, escuelas, visitas de hospitales etc. «Palestras de piedad y de apostolado cristiano—las llamó Pío XII—que como tropas auxiliares en pacíficas formaciones bajo el estandarte de la Virgen María, la Iglesia las tiene siempre prontas a sus órdenes» (6 de julio de 1940).

Enseñanza superior y media

Es natural que los centros de enseñanza mejor atendidos por la Compañía sean aquellos en que se forman sus propios hijos, o sea, los Colegios Máximos con caracteres de Universidades eclesiásticas (Facultad de Filosofía y de Teología, con disciplinas auxiliares y especiales) y los Colegios Clásicos, donde los estudiantes más jóvenes *(juniores)* se forman según la *Ratio studiorum, S. J.*

El centro más autorizado es evidentemente la Universidad Gregoriana (antiguo Colegio Romano), que desde su devolución a la Compañía en 1824 ha visto acrecentarse su prestigio en el mundo sabio y también el número de sus discípulos, merced a la protección de los Romanos Pontífices y a los egregios profesores que han ilustrado sus cátedras: Patrizi, Perrone, Franzelin, Cornely, Mazzella, Palmieri, Ballerini, Bucceroni, Urráburu, Billot, De la Taille, Wernz, Vidal, Vermeersch, De Guibert y tantos otros.

Al lado de la Gregoriana se agrupan floridos Colegios, como el Germánico-Húngaro, el Pío Latino Americano, y recientemente el Pío Brasiliano, el Maronita, el Ruso, el Polaco y otros muchísimos no dirigidos, como aquéllos, por jesuítas, pero cuyos alumnos asisten a las clases de la Gregoriana (el Colegio español, el norteamericano, el francés, el inglés, el lombardo etc.).

Como una Facultad especial de esta Universidad, fundó Pío X, y encomendó a la Compañía, el *Instituto Bíblico* (1909), con su Instituto sucursal en Jerusalén, y cosa semejante se ha de decir del *Instituto Oriental*, abierto en 1918 y confiado totalmente a la Compañía por Pío XI en 1922.

A la enseñanza superior en Universidades, Colegios Universitarios e Institutos de altos estudios ha consagrado solícitos afanes la Compañía, mayormente en nuestros días, como veremos más tarde.

Pero donde más energías desarrolla la actividad de los jesuítas es en la enseñanza media o secundaria, sin que por eso descuiden

la inferior. Por educadores de la juventud en los colegios los deseaba y solicitaba el pueblo cristiano cuando pedía a Pío VII su restablecimiento, y a esa tarea viven consagrados el 35 por 100 de los jesuítas, o sea, una gran mayoría de los miembros activos; aunque por lo general no pueden aplicar sus propios métodos, teniendo que acomodarse a sistemas y planes impuestos por la enseñanza oficial del Estado.

Pese a los destierros y persecuciones que han sufrido constantemente (de Bélgica fueron expulsados en 1818; de Rusia y Nápoles, en 1820; de España, en 1821, 1835, 1868, 1932; de Méjico, en 1821, 1859, 1914; de Francia en 1830, 1880, 1901; de Portugal, en 1834, 1910; de Suiza, en 1847; de la Argentina y de Austria, en 1848; dispersos en Italia los años 1848, 1859, 1860, 1873; extrañados en Colombia en 1850, 1859; de Guatemala, en 1871; de Alemania, en 1872; de Nicaragua, en 1881; de Costa Rica, en 1884), y no obstante las medias vejatorias de muchos gobiernos revolucionarios y los motines populares que han saqueado repetidas veces sus colegios, confiscado sus bienes, destruído sus bibliotecas, museos, laboratorios etc., es lo cierto que los jesuítas han desarrollado una labor muy meritoria y siguen gozando de la confianza de la parte mejor de la sociedad.

El número total de sus colegios de enseñanza media en 1844 subía a 53, y diez años después, a 110; en 1860 llegaba a 170, y en 1896, a 209. En 1914 eran 222.

Aunque desconfiamos de éstas y aun de todas las estadísticas, véanse las siguientes cifras que señalan el progreso en el *número de alumnos*, según las fuentes más autorizadas:

	Año 1896	*Año 1914*
Asistencia de Alemania	13.952	19.698
» España	10.895	15.573
» Francia	12.649	8.111
» Inglaterra	12.219	21.170
» Italia	6.686	7.017
Total	56.401	71.569

La *Ratio studiorum. S. I.*, basada en el humanismo clásico, no puede hoy día, ni con la ligera modernización de 1832, aplicarse en parte alguna. Sólo su espíritu y sus principios pedagógicos continúan actuando.

Las ciencias y las letras (1814-1950)

Aun exponiéndose a incurrir en multitud de omisiones, intentaremos dar aquí una lista escueta de los principales hombres de ciencia que más se han dado a conocer por sus escritos, pasando por alto a los que aún viven. Si para los autores anteriores a 1880 es preciso consultar las obras fundamentales de Sommervogel, Uriarte-Lecina; para los años 1889-1914 hay que hojear las páginas del *Moniteur bibliographique de la Compagnie de Jésus*, y para los recientes remitimos al curioso lector al *Index bibliographicus S. I.*, que en 1938 ha empezado a publicar el P. Jesús Juambelz.

Teólogos, canonistas y moralistas, exegetas de la Sagrada Escritura

Tristísima era a principos del siglo XIX la situación de la Escolástica, desacreditada por la Ilustración y el Enciclopedismo, que en cambio proclamaban la importancia de las ciencias positivas, físicas y naturales. Existía, además, una innegable decadencia interna en la misma Teología. Los Seminarios y centros de instrucción eclesiástica, o estaban suprimidos por la Revolución o inficionados por el espíritu del tiempo. Al renacer la Compañía, empalma su enseñanza teológica con la buena tradición antigua, mediante los *Wirceburgenses* (Kilber, Neubauer, Munier, Holzklau) que sirven de texto en muchas partes. Con un sentido más moderno de la Teología se imponen luego los libros de Perrone y sus discípulos en Roma, Hurter en Innsbruck, Pesch y otros en Alemania. En los estudios escriturísticos se ven aguijoneados los teólogos por los avances de la ciencia histórica y por las audacias de racionalistas y protestantes. La Apologética católica cobra vuelo y

seguridad. En todos los ramos de la Teología recuperan los jesuítas, desde mediado el siglo XIX, el puesto de vanguardia de sus mejores días. Bastará citar algunos nombres.

Alemanes (entendiendo por tales todos cuantos hablan la lengua alemana, aunque sean austríacos o suizos): José Deharbe († 1871), Clemente Schrader († 1875), Juan E. Wieser († 1885), Cardenal Juan B. Franzelin († 1886), Ignacio Ottiger († 1891), Fernando Stentrup († 1898), Guillermo Wilmers († 1899), Juan Sasse († 1899), Bernardo Tepe († 1905), Luis de Hammerstein († 1905), Víctor Frins († 1912), Hugo Hurter († 1914), Cristián Pesch († 1925), Herman Dieckmann († 1928), Antonio Straub († 1931), Herman Lange († 1936), Luis Lercher († 1937).

Nicolás Nilles († 1907), Agustín Oswald († 1908), Francisco Beringer († 1909), Francisco Javier Wernz († 1914), Agustín Lehmkuhl († 1918), Jerónimo Noldin († 1922).

Rodolfo Cornely († 1908), José Knabenbauer († 1911), Francisco de Hummelauer († 1914), Matías Flunk († 1915), Juan Nisius († 1922), Leopoldo Fonk († 1930), Alberto Rembold († 1933), Agustín Merk († 1945).

Belgas y holandeses: Adrián Van Gastel († 1900), Luis de San († 1904), Pedro Van Santen († 1916), Francisco Smit († 1920), Gustavo Lahousse († 1928), Emilio Mersch († 1940).

Eduardo Genicot († 1900), Arturo Vermeerch († 1938), Augusto Coemans († 1940).

José Corluy († 1896), Juan Van Kasteren († 1918), Alfonso Delattre († 1928).

Españoles: Valentín Casajoana († 1889), José Mendive († 1906), Pablo Villada († 1921), Juan Muncunill († 1928), Blas Beraza († 1936), Gabriel Huarte († 1945), Severino González († 1950), José Madoz patrólogo e historiador († 1953).

José Mach († 1886), José Ubach († 1935), Juan Bautista Ferreres († 1936), Pedro Vidal († 1939), José María Arregui († 1942).

Manuel Sáinz († 1919), Lino Murillo († 1932), José Bover († 1953), Romualdo Galdos († 1953), Florentino Ogara († 1954)

Franceses: Teodoro Regnon († 1893), Juan Bautista Terrien

(† 1904), Eugenio Portalié († 1908), Javier M. Le Bachelet († 1924), Leoncio de Grandmaison († 1927), Cardenal Luis Billot († 1931), Mauricio de la Taille († 1933), Ademaro D'Ales († 1936), Juan Vicente Bainvel († 1937).

Pedro Gury († 1866), Eduardo Fine († 1927).

Hipólito Leroy († 1914), Luciano Mechineau († 1919), Fernando Prat († 1938), Alberto Condamin († 1940), José Huby († 1948).

Ingleses y norteamericanos: Edmundo O'Reilly († 1878), Tomás Harper († 1893), Silvestre Hunter († 1896), Guillermo Humphrey († 1910), Tomás Slater († 1928).

Jacobo Mac Swiney († 1905), Antonio Maas († 1927), Enrique Casey († 1928), Bernardo Otten († 1930), nacido en Alemania.

Italianos: Juan Perrone († 1876), Carlos Passaglia († 1887), Emilio M. de Augustinis († 1899), Cardenal Camilo Mazzella († 1900), Santos Schiffini († 1906), Domingo Palmieri († 1909), Miguel de María († 1913).

Cardenal Camilo Tarquini († 1874), Antonio Ballerini († 1881), Sebastián Sanguinetti († 1893), Luis Sabetti († 1898), Jenaro Bucceroni († 1918), Benito Ojetti († 1932), José Messina († 1951).

Polacos: Francisco Javier Morawski († 1903).

Filósofos

Minada la Filosofía perenne por el Cartesianismo y el Sensismo, no hubiera podido resistir en el siglo XIX a las filosofías racionalistas y panteístas de Kant, Hegel, etc, de no haberse regenerado, bajo la enseña de Santo Tomás, por obra—en buena parte—de la Compañía de Jesús. Suele decirse que fué el canónigo de Piacenza, Vicente Bussotti, quien restauró en Italia la filosofía aristotélico-tomista, pero es preciso anotar que su tomismo lo aprendió del P. Baltasar Masdeu († 1820). De Bussotti dependen directamente los jesuítas Serafín y Domingo Sordi, que influyeron en Taparelli, Liberatore y demás promotores del neotomismo. Al P. Kleutgen, apellidado por Scheeben «Thomas

redivivus» y por León XIII «Princeps philosophorum», benemérito de la Escolástica por sus profundos escritos, se le atribuye el primer esbozo de la encíclica «Aeterni Patris» (1879), recomendando la doctrina de Santo Tomás. Entre los jesuítas, mientras algunos abrazan el estricto tomismo, al modo de Mattiussi, redactor y comentador de las famosas «24 tesis», otros siguen la corriente tradicional más abierta.

Alemanes: Francisco Rothenflue († 1869), José Kleutgen († 1883), Tilmann Pesch († 1899), Alfonso Lehmen († 1910), Teodoro Meyer († 1913), Bernardo Boedder († 1917), Julio Bessmer († 1924), Federico Klimke († 1924), Enrique Pesch († 1926), José Hontheim († 1929), José Biederlack († 1930), Víctor Cathrein († 1931), Carlos Frick († 1931), Enrique Schaaf († 1936), B. Jansen, el psicólogo Juan Bautista Lindworski († 1939), y los estetas José Jungmann († 1888) y Gerardo Gietmann († 1912..

Belgas y holandeses: Luis de San († 1904), José Van der Aa († 1921), Augusto Castelein († 1922), Gustavo Lahousse († 1928), Isidoro Vogels († 1929).

Españoles: José Fernández Cuevas († 1864), J. José Urráburu († 1904), José Mendive († 1906), Francisco Ginebra († 1907), Venancio de Minteguiaga († 1911), Manuel José Proaño († 1916), Juan Loinaz († 1930), Francisco Marxuach († 1940), Eustaquio Ugarte de Ercilla († 1940).

Franceses: Juan Luis de Rozaven († 1851), María Angel Chastel († 1861), José Bonniot († 1889), Marín Boylesve († 1892), Carlos Delmas († 1913), Pedro Rousselot († 1914), Pablo Geny († 1925), Gastón Sortais († 1926), Ives de la Brière († 1941), Pedro Descocqs.

Ingleses y norteamericanos: Tomás Harper († 1893), Miguel Maher († 1918), Juan Rickaby († 1927), José Rickaby († 1932), Tomás Finlay (1940), Nicolás Russo († 1902), Jaime Conway († 1905), Walter H. Hills († 1907), Guillermo Poland († 1923), y el irlandés Arturo Little († 1949), filósofo y poeta.

Italianos: Luis Taparelli d'Azeglio († 1862), Salvador Tongiorgi († 1865), Mateo Liberatore († 1892), Juan María Cornoldi († 1892), Julio Costa-Rossetti († 1900), Santos Schiffini

(† 1906). Domingo Palmieri († 1909), Miguel De María († 1913), José M. Piccirelli († 1918), Guido Mattiusi († 1925).

Polacos: José Luis Dmowski († 1879). Estanislao de Dunin-Borkowski († 1934).

Escritores ascéticos

Hay que reconocer que la producción ascético-mística del siglo XIX no es comparable en originalidad y fuerza con la del XVII.

La elegante pluma de Enrique Brémond, ex jesuíta, acusó a la espiritualidad jesuítica de asceticismo y antimisticismo; pero aquel sutil catador de bellezas literarias y de emociones artísticas, aunque admirador y devoto siempre de San Ignacio, no comprendió jamás la hondura espiritual de los Ejercicios y tomó por auténtico espíritu de la Compañía las exageraciones que han podido darse, principalmente en autores secundarios de escaso valer. Desde que, gracias a *Monumenta Historica S. I.*, se han divulgado las fuentes primitivas que nos revelan el espíritu gigante y el corazón endiosado del Fundador de la Compañía, tenemos del Santo un concepto mucho más amplio, profundo y verdadero que el que se formaban ciertos intérpretes rutinarios y formalistas. También se ha lanzado contra la espiritualidad de la Compañía la acusación de excesivo individualismo y antiliturgismo, tan arbitrariamente, que la crítica sensata hizo enmudecer en seguida al acusador, ensayista brillante y superficial (Dom Festugière).

En nuestros días los estudios profundos de ascética y de mística, más de lo justo abandonados en las centurias XVIII y XIX, han vuelto a ser atendidos y cultivados como se merecen. Revistas como *Manresa* (1925), *Zeitschrift für Aszese und Mystik* (1935), *Revue d'Ascétique et Mystique* (1920), son de ello palmaria demostración.

Alemanes: José Schneider († 1884), Adolfo de Doss († 1886), Francisco Javier Weninger († 1888), Francisco Hattler († 1907), Juan Bautista Lohman († 1911), Mauricio Meschler († 1912), Otto Zimmermann († 1932).

Belgas y holandeses: Bruno Vercruysse (1880), Tusano Du-

fau († 1881), Judoco Hillegeer († 1883), Carlos Verbeke († 1889), Antonio Denis († 1892), Adolfo Petit († 1914), Luis Peeters († 1937), Arturo Vermeersch († 1938), Enrique Mulder († 1894), Rodolfo Pierik († 1909).

Españoles: Ramón García († 1877), Manuel Gárate († 1913), Jaime Nonell († 1922), Jerónimo Seisdedos († 1923), Federico Cervós († 1925), Ramón Ruiz Amado († 1934), Ignacio Casanovas († 1936), Longinos Navás († 1938), Remigio Vilariño (1939), Nazario Pérez († 1952).

Franceses: Francisco Renault († 1860), Jacobo Millet († 1873), Armando de Ponlevoy († 1874), Pedro Chaignon († 1883), Francisco Javier Gautrelet († 1886), Enrique Ramière († 1886), René de la Broise († 1906), René de Maumigny († 1917), Agustín Poulain († 1919), Enrique Watrigant († 1926), José de Guibert († 1942), Marcelo Viller († 1952).

Ingleses y norteamericanos: Enrique Coleridge († 1893), Ricardo Clarke († 1900), Pedro Gallwey († 1907), Mateo Russell († 1912), Pedro José Arnoldus († 1865), de origen belga, y Elder Mullan († 1925).

Italianos: José María Vigitello († 1859), Geminiano Mislei († 1867), José María Manfredini († 1872), Antonio Ciccolini († 1880), Luis Pincelli († 1885), Segundo Franco († 1893), Francisco Javier Calcagno († 1939).

Polacos: Carlos Antoniewicz († 1852), Enrique Jackowski († 1905).

Historiadores, arqueólogos, hagiógrafos, etc.

Un puñado de investigadores, cada día más nutrido, con severo método, crítica sagaz y lenta preparación científica, va roturando los campos más variados de la Historia, y en pos marcha una legión de historiadores menos especializados, pero cuyas aportaciones no dejan de ser útiles a la ciencia. Conservan la primacía los Bolandistas, de universal renombre bien conquistado, que en su Colegio de San Miguel de Bruselas reanudaron en 1837 la gigantesca obra de los antiguos antuerpienses. Esperamos que los

estudios históricos, y en particular los concernientes a la Compañía, recibirán impulso y desarrollo con el *Institutum Historicum Societatis Iesu*, del que forman parte los redactores del *Archivum Historicum S. I.*, los *Monumenta Historica S. I.*, institución nacida en Madrid en 1894 y trasladada a Roma en 1929, y, en fin, un grupo de escritores que residen junto a la curia generalicia.

Alemanes: Fernando Damberger († 1859), Gerardo Schneemann († 1885), Miguel Pachtler († 1889), Oscar Werner († 1892), Teodoro Granderath († 1901), Cardenal Andrés Steinhuber († 1907), Atanasio Zimmermann († 1911), Esteban Beissel († 1915), Emilio Michael († 1917), Otto Braunsberger († 1926), Alfredo Feder († 1927), Luis Kroess († 1928), Bernardo Duhr († 1930), Hartmann Grisar († 1932), Cardenal Francisco Ehrle († 1934), José Stiglmayr († 1934). Mencionemos también a los insignes autores de *Analecta Hymnica*, Guido M. Dreves († 1909) y Clemente Blume († 1932), aunque el primero de ellos, tres años antes de morir, salió de la Compañía.

Belgas y holandeses: Agustín de Backer († 1873), Luis de Backer († 1883), Víctor de Buck († 1876), Carlos de Smedt († 1911), Alfredo Poncelet († 1912), Luis Delplace († 1928), Herman Allard († 1915), Pedro Albers († 1932), Hipólito Delehaye († 1941), José de Ghellinck († 1950), Eduardo de Moreau († 1952).

Españoles: Faustino Arévalo († 1824), Antonio Zarandona († 1882), Francisco Enrich († 1883), Ricardo Cappa († 1897), Rafael Pérez († 1901), José María Vélez († 1902), José Eugenio Uriarte († 1909), Cecilio Gómez Rodeles († 1913), Fidel Fita († 1918), Félix López del Vallado († 1918), Juan Antonio Zugasti († 1920), Pablo Hernández († 1921) Jaime Nonell († 1922), Federico Cervós († 1925), Antonio Astrain († 1928), Pablo Pastells († 1932), Mariano Lecina († 1934), Zacarías García Villada († 1936), Lesmes Frías († 1939), Feliciano Cereceda († 1950).

Queremos aquí insertar el autorizado testimonio de Menéndez y Pelayo: «Al frente de ellos (de los trabajadores científicos españoles) hay que colocar, hasta por orden cronológico, al Pa-

dre Fidel Fita, cuyo nombre es legión, conocido como insigne epigrafista desde 1866, en que ilustró las inscripciones del ara de Diana en León; como investigador de las memorias de la Edad Media desde 1872, en que apareció su bello libro *Los Reys d'Aragó y la Seu de Girona.* Desde aquella fecha y, sobre todo, después de su ingreso en la Academia de la Historia (1879), la actividad del docto jesuíta ha llegado a términos apenas creíbles. El *Boletín* de la Corporación le debe gran parte de su contenido, y prescindiendo de sus notorios méritos como arqueólogo es, sin disputa, el español de nuestros días que ha publicado mayor número de documentos de la Edad Media, enlazados con nuestra historia canónica y litúrgica y con la vida interior y exterior de nuestras iglesias. En esta parte, su esfuerzo no ha tenido igual después de la *España Sagrada.*

«No sólo con este preclaro varón, que todavía *in senectute bona* continúa incansable su labor, sino con otros dignísimos de alabanza, ha contribuído la Compañía de Jesús al progreso de los estudios históricos en nuestra patria, como lo evidencian la edición de las *Cartas de San Ignacio*, los *Monumenta Societatis Iesu*, la *Historia del primer siglo de la Compañía*, del P. Astrain, y el monumento bibliográfico del P. Uriarte, que, cuando sea íntegramente conocido, eclipsará a los hermanos Backer, a Sommervogel y a todos los que se han ejercitado en el mismo tema.»

Franceses: Agustín Barruel († 1820), Arturo Martín († 1856), Juan María Prat († 1891), Carlos Daniel († 1898), Carlos Clair († 1899), Emilio Regnault († 1901), Carlos Sommervogel († 1902), Víctor Mercier († 1905), Enrique Chérot († 1906), Camilo de la Croix († 1911), arqueólogo de nacionalidad belga; Leonardo Cros († 1913), Pedro Suau († 1916), Ernesto Rivière († 1919), Raúl Scorraille († 1921), Juan Bautista Ayroles († 1921), Camilo de Rochemonteix († 1923), Juan Bautista Couderc († 1925), José Brucker († 1926), Enrique Fouqueray († 1927), Arturo Lapôtre († 1927), Pedro Bliard († 1928), José Burnichon († 1936), Pablo Dudon († 1941), Guillermo de Jerphanion († 1948).

Ingleses y norteamericanos: Guillermo Waterworth († 1882), Enrique Foley († 1891), Juan Morris († 1893), Dionisio Murphy

(† 1895), Arturo E. Jones († 1918). Juan Pollen († 1925). Huberto Thurston († 1939). Tomás Hughes († 1939).

Italianos: Esteban A. Morcelli († 1824). Angel Mai († 1854), que dejó la Compañía por insinuación del Papa y del P. General para dedicarse más de lleno a sus estudios, y fué elevado al cardenalato en 1838; José Marchi († 1860). Alejo Narbone († 1860), José Romano († 1878). José Boero († 1884). Rafael Garrucci († 1885). Francisco Tongiorgi († 1890). José Brunengo († 1891). Antonio Angelini († 1892). Fidel Savio († 1916). José Bonavenia († 1920). Félix Grossi Gondi († 1923). Camilo Beccari († 1928). Pedro Galletti († 1929). Enrique Rosa († 1939).

Añadamos el *polaco* Estanislao Zalenski († 1905) y el *ruso* Pablo Pierling († 1922).

Literatos, publicistas, filólogos, poetas

No abundan ya, como en los atiguos tiempos, los helenistas y latinistas dispuestos en toda ocasión a lanzar al público epigramas, odas y poemas en las lenguas de Homero y de Virgilio, y casi son excepción los que en nuestros días hemos conocido capaces de rivalizar, a lo menos en facilidad, con los humanistas del siglo XVII, ya nombrados. Alfonso M. Casoli († 1923). Rodolfo van Oppenraaj († 1936) y Florentino Ogara († 1954), encuentran pocos continuadores. Escasean todavía más los dramaturgos, debido principalmente a que mudada la condición de los tiempos, el teatro de los colegios jesuíticos puede darse por inexistente. Cierto que en lengua vernácula se han ejercitado loablemente en este género literario Tornero, Wiesenbach, sin contar los ensayos aislados de Diel, Baumgartner, etc; mas el valor de algunas de estas piezas teatrales, superior, si se quiere, al de las antiguas, no da fundamento para que pueda hablarse del drama jesuítico. Brota, en cambio, la vena lírica con una espontaneidad, altura y perfección de forma, como rara vez alcanzaron los clasicistas y barrocos; así, v. g., en Hopkins, en Kreiten, en Alarcón, en el malogrado Hanozin, y mejor en otros de última hora, que, por vivir aún,

nos abstenemos de nombrar. Bajo el título de publicistas reunimos a varios escritores que han ejercitado elegantemente la pluma en múltiples asuntos, bien de apologética, bien de pedagogía, ya de cuestiones históricas y de actualidad, ya puramente literarias.

Alemanes: Juan Bautista Diel († 1876), Guillermo Kreiten († 1901), José Spillman († 1905), Alejandro Baumgartner († 1910), Ambrosio Schupp († 1914), Antonio Huonder († 1926), Guillermo Wiesenbach († 1929), Pedro Lippert († 1926). Consignemos aquí también el nombre del *húngaro* Adalberto Bangha († 1940).

Belgas y holandeses: Víctor Van Tricht († 1896), Jorge Sagehomme († 1937), Pedro Hanozin († 1937), Bernardo Van Meurs († 1915), Godofrido Jonkbloet († 1926).

Españoles: León Tornero († 1877), José María Castillo († 1899), Luis Martín († 1906), Teódulo Vargas († 1910), coyombiano, Juan José de la Torre († 1915).) Vicente Agustí († 1915), Luis Coloma († 1915), Juan Mir (1917); su hermano Miguel Mir, académico de la Lengua, más elegante, aunque menos docto que él, salió de la Compañía y enristró su pluma contra la madre a quien todo lo debía; Rafael Reyes († 1918), Gonzalo Coloma († 1919), Ramón Vinuesa († 1920), Ricardo Rochel († 1922), Jaime Nonell († 1922), Julio Alarcón († 1924), Esteban Moreu († 1926), Jesús María Ruano († 1928), Manuel Aicardo († 1932), Ramón Ruiz Amado († 1934), José Llobera († 1935), Ignacio Casanovas († 1936), Alberto Risco († 1937), Remigio Vilariño († 1939), Joaquín Azpiazu († 1953), Quintín Pérez.

Franceses: Arsenio Cahours († 1871), Nicolás Deschamps († 1872), Marín Boylesve († 1892), Carlos Daniel († 1898, Víctor Delaporte († 1910), Jorge Longhaye († 1920), José Bouvé († 1940). La pluma mejor cortada—aludimos a Enrique Brémond—abandonó la Compañía, después de darse a conocer en *Etudes* como uno de los primeros valores de la literatura francesa.

Ingleses y norteamericanos: Gerardo M. Hopkins († 1889), Guillermo H. Anderdon († 1890), Juan Gerard († 1912), Mateo Rusell († 1912), Ricardo Felipe Garrold († 1920), David Bearne

(† 1920), Bernardo Vaughan († 1922). Francisco Finn († 1928).

Italianos: Enrique Nozzi († 1857). Antonio Bresciani († 1862), Luis Bado († 1868), José Paria († 1881), Francisco Berardinelli († 1893), Camilo A. Mella († 1894), Octavio Cagnacci († 1903), César Antonio De Cara († 1905), Rafael Ballerini († 1907), Juan José Franco († 1908), Fernando Calvi († 1931).

Portugueses: Carlos Rademaker († 1885). Joaquín Campo Santo († 1909), Antonio Cordeiro († 1917). Juan Serafín Gomes, Luis G. de Azevedo († 1930). Luis Gonzaga Cabral († 1939). Leonelo Franca († 1948), brasileño.

Y entre los *croatas* no olvidemos al poeta Milano Pavelich († 1939).

Científicos

Sólo recogeremos aquí algunos nombres de ilustres físicos, naturalistas, matemáticos, orientalistas, etc., y principalmente de astrónomos, porque la astronomía sigue en la actualidad gozando de la predilección de los jesuítas, los cuales en 1936 dirigían los siguientes observatorios (además del de Granada, suprimido entonces temporalmente):

Búffalo (Estados Unidos).
Cléveland (Estados Unidos).
Creighton (Estados Unidos).
Fordham (Estados Unidos).
Georgetown (Estados Unidos).
New Orleans (Estados Unidos).
St. Louis (Estados Unidos).
Santa Clara (Estados Unidos).
Calcutta (India).
Ksara (Siria).
Zi-Ka-Wei (China).
Tananarivo (Madagascar).
Sydney (Australia).
Stonyhurst (Inglaterra).
Hynald (Calocsa, Hungría).
El Ebro (Tortosa, España).
Habana (Cuba).
Bogotá (Colombia).
La Paz (Bolivia).
San Miguel (Argentina).
Manila (Filipinas).
Hoy día son 29.

Alemanes: José Epping († 1894) y los otros que mencionamos al tratar del Ecuador; Juan Schreiber († 1903), Carlos Braun († 1907), Juan N. Strassmaier († 1920). Francisco Javier Kugler († 1929), Juan Hagen († 1930), Erico Wassmann († 1931), Adolfo Müller († 1939), Luis Gatterer († 1953).

Belgas y holandeses: Ignacio Carbonelle († 1880). Enrique Bolsius († 1924), Juan Cramers († 1929).

Españoles: Benito Viñes († 1893), Federico Saura († 1897), Baltasar Merino († 1917), Bonifacio F. Valladares († 1928), José Algué († 1930), Ricardo Cirera († 1932), Longinos Navás († 1938), Luis Rodés († 1939), José A. Pérez del Pulgar († 1940), Manuel Sánchez Navarro († 1941) y el *portugués* Joaquín Tavares († 1931).

Franceses: Esteban Dumouchel († 1840), Pedro Heude († 1902), Roberto de Sinéty († 1931), Luis Froc († 1932).

Ingleses y norteamericanos: Esteban Perry († 1889), Alfredo Weld († 1890), Erico Burrows († 1938), Jaime Curley († 1889), Jorge Fargis († 1916), Luis Cortie († 1925), Guillermo Rigge († 1927), Federico Odenbach († 1933).

Italianos: Andrés Caraffa († 1845), Francisco de Vico († 1848), Juan Bautista Pianciani († 1862), Angel Secchi († 1878), José Bayma († 1892), Francisco Javier Provenzali († 1894), César Antonio De Cara († 1905), Jacobo Foglini († 1907), Estanislao Mancini († 1908), José Gianfranceschi († 1934).

Lingüistas y misionólogos

Inexacto es, a la verdad, este título, pues sólo queremos registrar aquí algunos nombres de misioneros que con sus escritos han contribuído a ilustrar la historia, la geografía o la lengua de sus respectivas misiones. Vayan a la cabeza los dos alemanes José Dahlman († 1930), gran indólogo, y Roberto Zimmermann († 1931), investigador del sánscrito, y a su lado el italiano Angel Zottoli († 1902), y el francés Enrique Boucher († 1939), perfectos conocedores de la lengua y de la literatura chinas. El Padre Ambrosio Moreau († 1898) inició la traducción árabe de la Biblia, continuada por otros misioneros de Beyrut.

Han ilustrado la historia y geografía de *China*: Luis Gaillard († 1900), Enrique Havret († 1901), Alberto Tschepe († 1912), Estanislao Chevalier († 1930), León Wieger († 1932),

Daniel Finn († 1936), José de la Servière († 1937). La del *Maduré*, José Bertrand († 1883). La de *Siria* y *Egipto*, Miguel Jullien († 1912). La del *Canadá*, Félix Martín († 1886). La de *Madagascar*, Juan Bautista Piolet († 1930). La de *Filipinas*, Pío Pi († 1922) y Pablo Pastells († 1932).

Bellas Artes

Aun a riesgo de omitir otros nombres más ilustres, recordemos al arquitecto francés Maglorio Tournesac († 1875), al arquitecto y pintor belga Luis Taeymans († 1937), al escultor francés Andrés Besquent († 1942); a los pintores Victoriano Salmón († 1910) y Martín Coronas († 1928), españoles; Santiago Páramo († 1915), colombiano, y Gonzalo Carrasco († 1936), mejicano; y, en fin, a los musicólogos y compositores Luis Lambillotte († 1855), Antonio Dechevrens († 1912), Adolfo de Doss († 1886), Teodoro Schmidt († 1903), José Alfonso († 1920), Angel María de Santi († 1922), Luis Bonvin († 1939).

SECCION II

(DE LA TERCERA PARTE)

EPOCA CONTEMPORANEA

(1914-1954)

Trazar la historia de este último período es imposible. El cronista puede recoger datos y noticias a manojos; el historiador siente la falta de perspectiva, comprende que se le escapan los hilos ocultos de los acontecimientos y que las estadísticas rara vez dan el sentido de la realidad y menos el valor de los hechos. Por eso, las páginas que siguen no podrán ser más que una crónica superficial e incompleta.

Dicho queda en la Sección anterior cómo se realizó en la Congregación General XXVI (1915) el nombramiento del P. Wlodimiro Ledóchowski, y cómo, huyendo de la conflagración europea, tuvo que refugiarse en Suiza. Puesto allí en comunicación con todos sus súbditos, afanóse por mantener incólume la disciplina religiosa entre aquel flujo y reflujo de personal, que abandonaba la quietud de las casas religiosas para entrar en los hospitales o en los frentes de combate.

En 1916 eran 1.479 los jesuítas movilizados en los ejércitos, y en sólo ese año merecieron 860 menciones honoríficas; en 1917 eran 2.279.

Cuando en diciembre de 1918 volvió el P. General a Roma, se dió plena cuenta de la inmensa tarea que debía realizar. Provincias antes florecientes y ahora poco menos que deshechas

por el torbellino de la guerra; buena parte de sus hijos, muertos en la flor de la edad, y otros muchos expuestos al hambre y la mayor miseria, con todas sus fatales consecuencias. Como padre de todos, el P. Ledóchowoski apeló a la caridad de las demás Provincias y tuvo el consuelo de ver que todas, aun con grandes sacrificios, venían en ayuda de los hermanos indigentes.

Labor de organización y centralismo

Comprendió que el mundo entraba en una nueva era histórica y afirmó que en tales circunstancias a las Ordenes religiosas correspondía una misión singularísima y capital. El, que durante la guerra había velado por que el espíritu no sufriese menoscabo, urgió después la más estricta observancia regular y la vida en común, tan difícil en muchas partes por falta de local apto, y tomó el acuerdo (1919) de enviar *Visitadores*, que obrasen en su nombre y le trajesen informes de todas las Provincias.

Fué su primera y principal tarea la revisión del *Derecho* de la Compañía. Por encargo de la Congregación XXVI, comenzó, ya en su forzada permanencia en Suiza, a trabajar en este asunto; ordenó que en cada Provincia se constituyesen comisiones de canonistas autorizados; reunió los esquemas que habían de presentarse a la nueva Congregación, y cuando todo estuvo a punto, convocó la XVII Congregación General, que duró del 8 de septiembre al 21 de diciembre de 1923, y que tan transcendental labor legislativa llevó a cabo, ajustando las Constituciones, Reglas y demás Leyes de la Compañía al nuevo Código del Derecho Canónico, promulgado por el Papa en 1917. El resultado se concretó en la edición del *Epitome Instituti Societatis Iesu* (1924). Gracias a Benedicto XV y Pío XI, puede decirse que la obra esencial de San Ignacio permaneció intacta.

Las alteraciones que la guerra había operado en el mapa de Europa y del mundo, junto con el incremento de la Compañía en varias naciones, ocasionaron la formación de nuevas Provincias jesuíticas, más numerosas que en cualquier otro generala-

to, con tres nuevas Asistencias: la de América o Estados Unidos (1915), la de los Países Eslavos (1929) y la de América Latina (1938).

Las cifras siguientes podrán dar idea del crecimiento de la Compañía durante el gobierno del P. Ledóchowski. En 1914 había 5 Asistencias con 27 Provincias, 29 Misiones y un total de 16.894 jesuítas, mientras que al inicio de 1942 eran 8, las Provincias o Viceprovincias independientes 50, las Misiones 48 y el total de sujetos 26.752, distribuídos en esta forma:

Asistencia de Italia (Provincias de Roma, Nápoles, Sicilia. Turín, Venecia-Milán)	2.254
Asistencia de Germanía (Germanía *Superior, Inferior, Oriental*, Austria, Holanda, Hungría, *Lituania, Misión de Estonia* y *Letonia*)	3.328
Asistencia de Francia (Champagne, Francia, Lyón, Toulouse)	3.061
Asistencia de España (Aragón, Castilla, *León*, Toledo, *Andalucía*, Portugal)	4.317
Asistencia de Inglaterra (Inglaterra, Irlanda, Bélgica *Septentrional, Meridional*, Canadá *Superior, Inferior, Viceprov. de Australia).*	4.412
Asistencia eslava (Bohemia, Croacia, *Viceprov. de Eslovaquia.* Polonia *Mayor, Menor, Viceprov. de Rumania)*	1.362
Asistencia de América *(California,* Chicago, Marylandia-Nueva York, Missouri, *Nueva Inglaterra,* Nueva Orleáns, *Oregón)*	5.717
Asistencia de América Latina (Argentina, Brasil *Central, Meridional, Viceprov. de Brasil septentrional, Colombia,* Méjico, *Viceprovincia de Chile)*	2.301

(Las que van en letra bastardilla son las Provincias creadas o divididas por el P. Ledóchowski.)

Esta multiplicación de Provincias contribuyó sin duda a avivar el celo, la actividad y el dinamismo de todos, bien dirigidos por el Superior General y por otros subalternos dotados del mismo espíritu emprendedor.

A la continua comunicación del P. Ledóchowski con los Provinciales y a las oportunas normas, respuestas y ordenaciones que les dirigió, debióse la perfecta organización de los ministerios apostólicos. Para darles mayor unidad de acción, en el nuevo edificio de la Curia Generalicia (1927) que mandó construir al

pie del Janículo, muy cerca del Vaticano, quiso que se instalasen diversos Secretariados generales, como el de las Congregaciones Marianas, con su órgano *Acies ordinata*; el de las Misiones extranjeras, con la revista *Nuntii de Missionibus*; el del Apostolado de la Oración y Cruzada Eucarística, etc. El Secretariado Contra el Ateísmo, con su órgano *Cartas de Roma*, se estableció en el Colegio Ruso. Al mismo P. General se le debe también, y al favor del Papa, la construcción de la nueva sede de la Universidad Gregoriana (Piazza della Pilotta), principal centro de enseñanza de la Compañía.

Crecidísimo es el número de cartas que dirigió a la universal Compañía y a determinadas Provincias y en esa valiosísima colección de documentos no hay punto de espiritualidad que no haya tocado, ni forma de apostolado a la que no haya atendido, ni problema concerniente a la Compañía, que no haya tratado de resolver. He aquí algunos temas: Sobre las misiones extranjeras (a Norteamérica 1916); sobre los principios y normas de las obras sociales (1916); sobre el fomentar la doctrina de Santo Tomás (1916); sobre la especialización de los estudiantes aventajados y sobre el modo de forjar hombres eminentes (1916, 1917, 1918); sobre el aprender los idiomas de misiones y en particular el chino (1918); sobre la devoción de la Compañía al Sagrado Corazón de Jesús (1919, 1938); sobre el fin de la Compañía y la manera de conseguirlo (a la Gregoriana 1919); sobre las reglas de la modestia, en el centenario de S. Juan Berchsmans (1921); sobre el celo de las almas, a ejemplo de San Pedro Canisio y de los Mártires canadienses (1925); sobre las Congregaciones Marianas (1922, 1927, 1929); sobre la educación religiosa de la juventud (a las Provincias de España 1927); sobre la tristísima situación religiosa en Rusia (1930); sobre los luctuosos sucesos de España (1931, 1936); sobre el promover el espíritu de la liturgia en los templos y obras de la Compañía (para Italia, 1932); sobre la selección de los ministerios apostólicos (1933); sobre la fiel ejecución de los ejercicios diarios de piedad (1934); sobre el modo de combatir el ateísmo moderno (1934, 1936); sobre el fomento de vocaciones en Hispanoamé-

rica (1934); sobre la enseñanza del catecismo (1935), sobre los Ejercicios espirituales de San Ignacio (1928, 1935); las misiones entre los mahometanos (1937); sobre el apostolado de la prensa 1937) y otros mil temas menos universales.

Alegrías y penas.—Polonia y Alemania

Como resultado de la guerra de 1914-1918, vió el P. Ledóchowski con natural alegría la resurrección de su patria y cómo la Polonia resucitada, acordándose de sus queridos jesuítas, que tanto hicieron por su grandeza nacional en los siglos XVI, XVII y XVIII, les abría ahora las puertas.

En 1919 se inauguró el Colegio de Posen; al año siguiente el de Wilna. El templo de Cracovia, consagrado al Corazón de Jesús, fué erigido a expensas del pueblo en 1921. En 1924 se estableció un Colegio en Kaunas (Lituania); en 1925 el Colegio Bobolano de Lublin; en 1931 el Seminario pontificio, de rito oriental, en Dubno; más tarde la Casa de Escritores de Varsovia (1935) y la Casa de Ejercicios de Czenstochowa (1936).

Las dos Provincias de Polonia Mayor y Menor, divididas en 1926, se desarrollaban con tan halagüeñas perspectivas, que en 1929 llegaron a constituir (con Yugoeslavia, Checoslovaquia y Rumania) la Asistencia eslava. Lituania pasó en 1930 a depender de la Germania Inferior. Desgraciadamente en 1939 un diluvio de calamidades se desató con la invasión hitleriana sobre los campos de Polonia, y la situación de los católicos se agravó luego bajo la tiranía de los soviets, que con la hoz y el martillo se han empeñado en exterminar la religión de aquel país tan infortunado como heroico.

Algo semejante, con iguales alternativas, sucedió en Alemania. Tras una ausencia de 45 años, los jesuítas desterrados por el *Kulturkampf* regresaron a su patria en 1917. Su entrada en el *Reich* fué saludada con gozo por todos los que conocían y admiraban la magnífica tarea realizada por los exilados en el campo científico. En Munich comenzó a publicarse la revista cultural

Stimmen der Zeit (1915) en sustitución de *Stimen aus Maria Laach*. En la misma capital de Baviera se fundó el año 1925 la revista de espiritualidad *Zeitschrift fü Aszese und Mystik*, y desde Valkenburg lanzaron los profesores de teología la revista *Scholastik* (1926), que enseguida se acreditó en el mundo sabio, rivalizando con la que de antiguo venían publicando en Innsbruck los jesuítas austríacos (*ZfkT*).

El Colegio que funcionaba en Sittard (Holanda) pudo trasladarse a Godesberg en 1920. En Munich se restituyó a la Compañía el grandioso templo barroco (*Michaelskirche*) y la residencia (1923), en que desplegó su celo tenaz e impávido el gran apóstol de los hombres, P. Ruperto Mayer († 1945), cuya causa de beatificación está en curso. Con fama de santidad murió en 1921 el P. Guillermo Ebersweiler, varón de alta vida interior y experto director de almas.

En 1925 se inauguró el Filosofado de Pullach en magnífico edificio de nueva planta, y al año siguiente se abrió el Colegio de Berlín, al mismo tiempo que el Teologado de Francfurt. Desde 1921 existían dos Provincias: la Germania Superior y la Inferior, y como esta última siguiera creciendo, hubo de separarse de ella la Germania Oriental (1932), quedando la primera con 547 sujetos, la segunda con 703 y la tercera con 312. De la primera dependía el Brasil Meridional y la Misión de Poona en la India; de la segunda, las Misiones de Dinamarca, Suecia y Japón.

Pero también a los jesuítas alemanes les esperaban días aciagos. La campaña de difamación, dirigida por personajes como Ludendorff, y principalmente la persecución nazista, al principio callada, después abierta y decidida, no sólo cortaron la actividad de la Compañía, sino que pusieron en peligro su misma existencia en todos los países del *Reich*. Entre 1938 y 1939 tuvieron que cerrarse, por orden del Gobierno, casi todas las casas y Colegios de Alemania; y lo mismo sucedió en Austria (incluso la Universidad de Innsbruck) y en Checoslovaquia. Muchas veces los edificios y los bienes eran confiscados por la autoridad pública. De los jesuítas, unos marcharon a los frentes de combate, al desencadenarse la guerra mundial en septiembre de 1939; otros fue-

ron despóticamente recluídos en la cárcel o en campos de concentración; los demás llevaban una vida sobremanera difícil.

No pudo el P. Ledóchowski contemplar el fin de la catástrofe y el alborear de tiempos mejores. Tocóle a su sucesor en el generalato reconstruir pacientemente no pocas de las ruinas y atender a las exigencias de los tiempos nuevos.

Alemania se recobró muy pronto. A los pocos meses de terminada la guerra, los religiosos observaban la vida de comunidad normalmente bajo sus legítimos Superiores. En 1947 había ya 90 novicios, que venían a colmar los huecos causados por la muerte y la persecución de los años precedentes. Funcionaban los Colegios de Godesberg, Berlín, Pullach, Linz, el Canisiano de Innsbruck, más el de Büren, fundado el año anterior, y las residencias de Colonia, Tréveris, Munich, Viena, centros de gran actividad religiosa, no obstante la extrema penuria y escasez de medios humanos. No menos de 112 misiones populares dieron los jesuítas alemanes en 1948.

Solamente en los países dominados aún por el comunismo, principalmente en Bohemia, Eslovaquia, Hungría, Polonia y Yugoeslavia, se prolongaba la vía dolorosa del Calvario.

Pero volvamos al P. Ledóchowski, cuyo generalato, brillante como pocos, se desenvolvió entre dos guerras desvastadoras. Uno de los momentos más pacíficos de su vida lo aprovechó para visitar las provincias de España. Cuando en el verano de 1924, accediendo a los deseos y súplicas de los Padres españoles y con intento de descansar una temporada en la costa cantábrica (en Comillas), hizo un viaje a la patria de San Ignacio y de San Francisco Javier, la impresión que en ella recibió hubo de serle gratísima; y esto, no precisamente por los públicos regocijos con que fué saludado en todas partes, ni por la atención y cortesía con que el Cardenal Benlloch, Arzobispo de Burgos, fué a recibirle en la frontera y le condujo a San Sebastián y luego a Loyola, entre una caravana de automóviles de ilustres personajes; ni por la amabilidad exquisita que le mostró la Reina Madre Doña María Cristina, que le había conocido de niño en la corte de Viena, y su Majestad Don Alfonso XIII, que le invitó a comer

en Santander; ni por el respeto y amor que le testimoniaron algunos pueblos levatando a su paso arcos triunfales; sino por la plenitud de vida religiosa que pudo percibir en la Compañía española, cuyas principales casas se complació en visitar personalmente.

Ultimos años del P. Ledochowski

El 12 de marzo de 1938 inauguró sus sesiones (que habían de clausurarse el 9 de mayo) la *Congregación General XXVIII*, la cual, entre otros asuntos de importancia, como la creación de la Asistencia Hispanoamericana, trató y determinó no pocos referentes a los estudios, en tanto que se ordene la definitiva redacción de la *Ratio studiorum*. Con permiso de la Congregación, el P. Ledóchowski, entrado en los setenta y dos años, y cuya salud fué siempre flaca y quebradiza, eligióse el 10 de abril un Vicario general, que le auxiliase en el resto de su generalato; el escogido fué el *P. Mauricio Schurmans*, de la Provincia belga septentrional, nacido en 1901.

Al cumplir el P. Ledóchowski cincuenta años de vida religiosa, el 27 de septiembre de 1939, se festejó esa fecha en la intimidad, con la consolación que indudablemente proporcionaron al homenajeado los numerosos obsequios espirituales que todos los jesuítas le ofrecieron y la cariñosa carta que le dirigió Su Santidad Pío XII; mas la guerra mundial, con la conquista de Polonia por los ejércitos alemanes, estorbó otras manifestaciones de gozo. Esa misma guerra impidió que el cuarto centenario de la fundación de la Compañía alcanzase gran resonancia. Donde más se celebró fué en España, que, liquidada ya su guerra civil, pudo organizar diversos homenajes, cursos de conferencias y otras solemnidades con participación oficial de las autoridades públicas. Sólo en noviembre de 1941 pudieron tenerse en Roma brillantes actos conmemorativos.

Agotado por el trabajo abrumador de 27 años de gobierno, el General de la Compañía cayó enfermo el 9 de octubre de 1942. Operado de perforación intestinal, no pudo resistir la gran debili-

dad que se le siguió, y el 20 de noviembre, después de ofrecer a Dios su vida por la Iglesia, por el Sumo Pontífice y por la Compañía, recibió los últimos sacramentos. El Papa Pío XII, que le amaba entrañablemente, le envió aquel mismo día unas letras que decían:

«*A aquel Jesús, en cuya santa e intrépida milicia has combatido la buena batalla, te encomendamos hoy con oraciones particulares, acordándonos de todos los vínculos que a tu persona Nos unen, mientras afligidos por tu dolorosa enfermedad confortamos tu filial abandono en los brazos divinos con Nuestra especial bendición apostólica. Pío Papa XII.*»

Y el 13 de diciembre, al recibir Su Santidad por teléfono la noticia de que el P. Ledóchowski acababa de expirar, se arrodilló conmovido y rezó el *De profundis.*

El nuevo General, P. Juan Bautista Janssens

Al morir el P. Ledóchowski, había nombrado Vicario General de la Compañía de Jesús al P. Alejo Magni, que era entonces Asistente de Italia. Corrían años difíciles, porque la guerra ardía en casi todo el mundo. El buen P. Magni, falleció pronto, el 12 de abril de 1944, y en su lugar fué elegido cuatro días después por los más antiguos profesos de Roma el P. Norberto de Boynes, que era Asistente de Francia. Aunque la nación italiana se hallaba ya casi fuera de combate por la invasión victoriosa de los Aliados, no se podía pensar en convocar la Congregación General de la Compañía en Roma, por lo cual el Sumo Pontífice concedió al Vicario poderes extraordinarios de General.

Hasta el 5 de septiembre de 1946 no fué posible reunirse dicha Congregación, y duró hasta el 26 de octubre. Su principal objeto era la elección de General. Esta se verificó el 15 de septiembre, recayendo en el primer escrutinio las tres cuartas partes de los sufragios en el *P. Juan Bautista Janssens*, Provincial de la Provincia belga septentrional.

El nuevo General, que hoy rige la Compañía de Jesús, nació

el 22 de diciembre de 1889. Sería imprudente o adulatorio trazar aquí su perfil espiritual, ciertamente muy diverso del de su antecesor. Baste decir que desde el primer momento de su gobierno pareció querer frenar los ímpetus expansivos y apostólicos de sus hijos, que corrían peligro de derramarse demasiado hacia lo exterior, con daño de la vida interior.

Puede decirse que en su generalato no ha hecho sino desarrollar con admirable espíritu sobrenatural y con gran sentido realista el programa que le trazó la Congregación General XXIX. En tres cosas insistió dicha Congregación: en fomentar el espíritu interior; la doctrina sólida y segura, conforme al magisterio de la Iglesia; y el apostolado social. Sobre la primera y la tercera exhortó a sus hijos principalmente en las cartas *De vita interiori fovenda* (1946), *De ministeriis nostris* (1947), *De Exercitiis spiriatualibus S. Ignatii* (1948) y *De paupertate nostra* (1951). Hay que seleccionar los ministerios, dando la preferencia no a los más brillantes y honrosos, sino a los más eficaces y trabajando en los campos más urgentes y necesitados, como son: el campo de la ciencia sagrada, el de la educación de la juventud, el del proletariado obrero y el de las misiones entre infieles. Medios muy aptos y de eficacia universal son los Ejercicios espirituales, las Congregaciones marianas y el Apostolado de la oración. Por otra parte el jesuíta debe llevar una vida de oración, de austeridad, de sencillez, de abnegación, de confianza en Dios y no en las propias obras.

Velando por la pureza de la doctrina, el P. Janssens escribió en 1951 un documento importantísimo: *De exsecutione Encyclicae «Humani generis»*. Conocido es el movimiento doctrinal, que en el campo eclesiástico afloró a raíz de la última guerra bajo el nombre de «Nueva Teología», cuyas tendencias extremas parecían conducir al relativismo teológico y al evolucionismo universal. Movidos indudablemente de buen celo, los autores de estas novedades pretendían actualizar y vitalizar la teología católica, adaptándola a las modernas filosofías, historicismo, existencialismo, etc. Pero el Papa Pío XII denunció los errores que latían bajo las nuevas fórmulas y prohibió que tales doctrinas

se enseñasen en los centros eclesiásticos. Y el P. Janssens, que ya antes, dentro de la Compañía, había tomado enérgicas medidas en orden a reprimir esas ideas, remachó el clavo con una larga carta del 11 de febrero de 1951 sobre la perfecta ejecución de la Encíclica «Humani generis».

La situación actual de la Compañía no se presenta en los diversos países del mismo modo ni con iguales esperanzas. Mientras en América del Norte crece y se multiplica, como en España; mientras en Holanda progresa a ritmo más lento y en la Alemania no comunista se va reponiendo de las heridas de la guerra; en otras naciones permanece estancada y en aquellas en que siguen dominando los soviets se le hace casi imposible el apostolado y aun la existencia. Centenares de jesuítas llevan vida de catacumba, de cárcel, de martirio.

A pesar de todo esto y de la parálisis vocacional que se produjo forzosamente en los años 1939-1945, las estadísticas de la Compañía marcan una curva ascendente, que se va acentuando de día en día. Compárense las de 1952 arriba expuestas con las de 1953, que presentamos aquí. A principios de este último año se contaban 32.008 jesuítas (15.928 sacerdotes; 10.523 escolares; 5.557 coadjutores) distribuídos en esta forma:

Asistencia de Italia (Provincias de Roma, Nápoles, Sicilia, Turín, Venecia-Milán)	2.431
Asistencia de Germanía (Germanía Superior, Inferior, Oriental, Austria, Suiza, Hungría, Holanda, Lituania, Letonia, Estonia (Misión) y Japón	3.344
Asistencia de Francia (Champagne, Francia, Lyón, Toulouse, Maduré)	3.108
Asistencia de España (Andalucía, Toledo, León, Castilla Occidental, Castilla Oriental, Tarragona, Portugal)	5.748
Asistencia de Inglaterra (Inglaterra, Irlanda, Bélgica Septentrional, Meridional, Canadá Superior, Inferior, Australia, Malta)	5.095
Asistencia de América (California, Chicago, Marylandia, Missouri, Nueva York, Nueva Inglaterra, Nueva Orleáns, Oregón)	7.496
Asistencia de América Latina (Argentina, Chile, Brasil Central, Meridional, Septentrional, Antillas, Colombia, Méjico)	3.389
Asistencia eslava (Bohemia, Croacia, Eslovaquia, Polonia Mayor, Polonia Menor, Rumania)	1.402

Francia en los últimos 40 años

De un modo análogo al de los jesuítas alemanes que regresaron a su patria en 1914. los jesuítas franceses alcanzaron la libertad de apostolado con ocasión de la primera guerra europea. Pronto llegaron a gran prosperidad los Colegios (Angers. París. Versailles. Vannes. Lille. Reims. Avignon. Dôle. Lyon. Marsella. Toulouse. Sarlat. Burdeos. etc.) por no hablar de los que florecían en países de misión. como El Cairo. Universidad de Beyrouth. Universidad «La Aurora» (Shanghai). Se multiplicaron las casas de Ejercicios: cobró fuerza el movimiento social. impulsado principalmente por «*L'Action populaire*». muy alabada por los Papas Benedicto XV (1918) y Pío XI (1926); se extendieron por todo el país las organizaciones juveniles; y sobre todo. alcanzaron una cumbre nunca igualada las ciencias eclesiásticas. brillantemente cultivadas por un grupo de teólogos. escrituristas. apologetas, historiadores (Grandmaison. D'Alès. Prat. Huby. Lebreton. Billot. Poulain. Longhaye. De Guibert. Dudon. etc.. que puede parangonarse con el que ofrecieron los alemanes de la generación precedente. La revista de alta investigación «*Recherches de science religieuse*» (París. 1910 ss). la de espiritualidad «*Revue d'Ascétique et de Mystique* » (con el «*Dictionnaire de Spiritualité*») y la de cultura general «*Etudes*» cuentan con firmas muy apreciadas en el mundo intelectual.

La campaña antijesuítica. dirigida por la firma *I. de Recalde* desde París. en parte también desde Roma. por los años de 1920-1928. pretendía valerse de la historia para infamar y desacreditar a la Compañía. A este objeto editaba en la «Librairie moderne» hojas volantes y folletos con documentos torcidamente interpretados. Fué una ola de sectarismo que se estrelló contra la Verdad y la Inocencia.

En el campo de las misiones extranjeras sigue Francia en primera línea.

Todo el clero francés, tanto el regular como el secular, se

siente modernamente aguijoneado por un afán de nuevas formas de apostolado. La inquietud es noble y generosa, pero quizá haya dado ocasión a algún exceso, no sólo en el terreno de la acción, sino—lo que es más peligroso—en el del pensamiento. Recuérdese lo que acabamos de decir de la «Nueva Teología».

La guerra de 1939 destruyó totalmente los Colegios de Amiens, de Boulogne, de Brest y de Evreux; el Noviciado de Florennes, la residencia de Nantes y la casa de Ejercicios de Marsella. No por eso se encoge el espíritu emprendedor de los jesuítas franceses.

Algo semejante se podría decir de todas las naciones que han experimentado los estragos de la guerra. Resueltos como estamos a no citar en este libro (en cuanto sea posible) los nombres de personas que aún viven, aunque sus actividades sean resonantes y universalmente reconocidas, nada añadiremos a lo que en la Sección anterior dijimos de Italia, Portugal, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Austria, etc. Unicamente queremos referir algunos sucesos importantes de las Provincias españolas.

La Compañía de España

Cuatro eran las Provincias jesuíticas desde que León se separó de Castilla en 1918; las otras dos eran Aragón y Toledo. Mas lo primero que hizo el P. Wladimiro Ledóchowski, al llegar a Loyola el día de San Ignacio de 1924, fué firmar el decreto de erección de una quinta Provincia, la de Andalucía (con la Misión del Ecuador), separándola de Toledo, y el día 9 de septiembre, fiesta de San Pedro Claver, firmó en el Colegio Máximo de Oña la erección de la Provincia de Colombia, independizándola de Castilla.

Así pudo la Provincia castellana atender mejor a Venezuela (1916) y Panamá, y encargarse más tarde (1936) de Guatemala, Nicaragua y El Salvador. La prosperidad alcanzada por Argentina y Chile permitióles en 1917 desprenderse de la Provincia de Aragón, la cual hubo de tomar a los alemanes la grave carga de la misión de Bombay (1921), que ha sabido llevar con es-

plendidez ejemplar, dejando, en cambio, a los Padres de Marylandia la tan gloriosa y tradicional misión de Filipinas (1927). Además de Wuhu y Anking (China), donde trabajaban jesuítas castellanos y leoneses, todas las Provincias españoles se comprometieron en 1920 a cuidar de la evangelización de las Islas Carolinas, Marianas y Marshall, que en 1925 se adjudicaron a la sola Provincia Bética y en 1946 pasaron a la de Nueva York. Vocaciones no faltaban. Y el fervor misionero era sólo un síntoma del genuino espíritu ignaciano que latía en los jesuítas españoles.

Siempre florecieron en España—quizás más que en otras partes—las Congregaciones marianas. Entre todas descollaba la de Barcelona. Según el Catálogo de 1928 contaba entonces más de mil congregantes activos, repartidos en 18 secciones: 6 de piedad, 5 de obras de caridad, 7 de propaganda católica y acción social, sin contar otras empresas en las que colaboraban los miembros de la Congregación, ni las 5 Academias que dentro de ella actuaban con intensa aplicación. En estos últimos años han enfocado sus actividades principalmente hacia la enseñanza catequística, de tal modo que en 1948 no menos de 183 congregantes, universitarios en su mayoría, dedicaban toda la tarde del domingo a enseñar el catecismo a los hijos de los obreros, en favor de los cuales fundaron escuelas primarias y técnicas, boticuines y dispensarios.

A la sombra de la Compañía de Jesús, y bajo la dirección del *Padre J. M. Valera*, dió magníficos resultados en Madrid la «Asociación Católica de Señoras», que procuraba en 1930 la educación de 10.600 niños en 54 escuelas, institución parecida a la «Obra de la preservación de la fe en España», alentada por el Padre Rubio, que en la misma fecha educaba a 13.000 niños madrileños pobres, en 60 escuelas. Y no son las únicas. Del *Padre José María Rubio*, nacido en Dalías (Almería) y muerto en Madrid en 1929, hablan ya sus biógrafos enalteciendo el heroísmo de sus virtudes y las infinitas obras de caridad y misericordia que realizó por medio de la «Corte de honor» y «Las Marías de los Sagrarios». Su causa de beatificación está intro-

ducida, como la del *P. Jacinto Alegre* († 1930) que llevó a cabo una labor igualmente activa y santificadora en Barcelona. A su lado debe figurar el misionero popular *P. Tiburcio Arnaiz* († 1926) que trabajó en Málaga y fundó la obra catequística rural, generalmente conocida por el nombre de «Doctrinas rurales». *Del P. Ignacio María Arámburu* († 1935) hemos hecho mención en otra parte.

Haciendo caso omiso de la labor indirecta, realizada en el orden social y benéfico, por medio de los congregantes y por la «Sociedad de Señoras de San Vicente de Paúl», con sus 20.640 socias, 1.996 conferencias y 97 roperos (estadística de 1931), recordemos en el campo social los nombres del *P. Gabriel Palau* († 1939), fundador de «Acción Social Popular», y tan genial escritor y propagandista como organizador; *P. Sisinio Nevares*, célebre por los «Sindicatos agrícolas», que implantó en su provincia de Palencia, y los agrícolas y ferroviarios en Valladolid, donde fundó la «Casa social» (1915), una de las mejores instituciones sociales de España, primer núcleo de la «Confederación Nacional Católica-Agraria»; *P. José M. Salaverri*, fundador del «Círculo Católico de Obreros», de Burgos; P. Manuel Obeso, infatigable operario entre los mineros de la región bilbaína; y tantos otros en diversas ciudades, organizadores de círculos de obreros con cooperativas de consumo, montes de piedad, cajas de ahorros, etc., para atender a la regeneración social, y al mismo tiempo moral y religiosa, de los obreros. Entre los sociólogos últimamente desaparecidos no podemos olvidar al brillante conferencista y escritor *P. Joaquín Azpiazu* († 1953), que tanto se distinguió al frente de «Fomento Social», revista e institución fundadas por el P. Nevares en 1927, al estilo de «L'Action populaire», de París.

En España, donde no existe «Universidad católica», fueron los jesuítas los únicos—exceptuando algún tiempo los Agustinos del Escorial—que parecieron hacerla viable y fácil, fundando en Bilbao las Facultades de Derecho y de Estudios mercantiles, en Madrid el «Instituto Católico de Artes e Industrias» (I. C. A. I.), y en Barcelona el «Laboratorio químico». Tanto

este Laboratorio como el I. C. A. I. fundaron para sus antiguos alumnos, a manera de complemento, respectivas asociaciones de químicos e ingenieros, con revista propia. El objeto del *Instituto Católico de Artes e Industrias* es «la formación técnica, moral y social del personal técnico-mecánico-electricista de talleres desde el ingeniero especializado hasta el personal obrero inferior, pero cuyo trabajo exige alguna formación técnica... Siendo la enseñanza teórico-práctica, cuenta para este último objeto el Instituto con laboratorios y talleres, en los que se encuentran cuantos adelantos existen en los más modernos y reputados centros extranjeros análogos». Unido indisolublemente a su nombre va el del egregio sabio jesuíta. P. José A. Pérez del Pulgar († 1939). Al lado del *Laboratorio biológico* de Barcelona, mencionado anteriormente, creó el P. Fernando Palmés en 1925 el *Laboratorio psicológico-pedagógico*, con un gabinete paidométrico en beneficio de los alumnos de Sarriá. En Cataluña debióse en gran parte este movimiento científico al P. Luis Adroer, que siendo Provincial, impulsó generosamente por este camino a especialistas como Vitoria, Pujiula, Rodés, Saz, Barnola, etc. Al P. Ignacio Casanovas corresponde la gloria de haber fundado en 1921 la «Biblioteca Balmes de estudios religiosos», como una sección de «Foment de pietat», con el fin de ayudar a los redactores de esta obra editorial, y con la mira puesta en la creación de un «Instituto Balmesiano», que tuviese cursos regulares y publicaciones de ciencia religiosa. La actual institución «Balmesiana» no es sino el árbol que brotó de aquella semilla. El primer director de *Analecta Sacra Tarraconensia* fué el mismo P. Casanovas, que murió asesinado por los rojos en 1936.

Páginas de martirologio

El 14 de abril de 1931, sobre las astillas del trono de los Reyes Católicos instalaba la República sus masónicos mandiles. Antes de un mes, iglesias y conventos, con inapreciables tesoros de arte y ciencia, eran montones de escombros humeantes. Los jesuítas de Madrid vieron incendiada su casa profesa, con la

preciosa biblioteca de casi 100.000 volúmenes, el arca que guardaba el cuerpo de San Francisco de Borja, y el retrato de San Ignacio pintado por Coello; incendiado también en buena parte el «Instituto Católico de Artes e Industrias» y reducidos a pavesa unos 40.000 volúmenes de su biblioteca. De todo el mundo científico se elevaron voces de protesta al tener noticia de que el enorme arsenal científico de fichas y documentos, recogido pacientemente por el gran paleógrafo, diplómata e historiador Padre Zacarías García Villada, había perecido bajo la tea de los incendiarios. Fué saqueado el Colegio de Chamartín de la Rosa; entregado a las llamas el de Sevilla; ardieron las residencias de Málaga y de Alicante; otras muchas casas (Valencia, Cádiz, etcétera) fueron abandonadas al pillaje, mientras sus moradores huían para salvar sus vidas.

¿Cuál fué la actitud del Gobierno republicano ante tamaños atropellos? Primero, encogerse de hombros, y después, firmar un decreto (26 de enero de 1932) ejecutando el artículo 26, párrafo 4 de la nueva Constitución, en que se establecía la disolución de aquellas Ordenes religiosas que «estatutariamente, además de los votos canónicos, admitan otro especial de obediencia a autoridad distinta de aquella legítima del Estado». La obediencia de la Compañía al Vicario de Cristo fué el pretexto de que se valió un Gobierno hipócrita y obediente a consignas internacionales para acabar con los jesuítas. Estos, al ser expoliados de todos sus bienes, casas, colegios y posesiones, viéronse obligados —principalmente los novicios y estudiantes, con sus directores y profesores—a buscar asilo en el extranjero, en Bélgica, Holanda e Italia. No pocos hallaron campo propicio a su apostolado en Hispanoamérica. Los demás quedáronse en la patria, dispersos. Dos de ellos, el P. Emilio Martínez y el H. Juan Arconada, dieron su vida por la religión cuando el levantamiento comunista de Asturias en octubre de 1934.

Conocidos son los desmanes y crímenes que los mercenarios de Stalin cometían diariamente desde que se encaramaron en el Poder en las elecciones de febrero de 1936. Púsoles un dique la ira santa de los que, lejos de prevaricar, empuñaron las armas en

julio de aquel año; pero el territorio ocupado por los rojos quedó convertido en un lago de sangre, vertida a poder de tormentos por millares y millares de la flor y nata de la España católica, empezando por el clero, capitaneado por 13 Obispos.

En ese largo y sublime martirologio español—mártires en el riguroso sentido de la palabra los llamó Su Santidad Pío XI—la Compañía de Jesús reconoce a 118 de sus hijos (74 sacerdotes, 3 estudiantes y 41 Hermanos coadjutores), y no es la lista mucho más numerosa por hallarse entonces en el destierro las grandes comunidades, y todas las demás, disueltas y dispersas en casas particulares.

Otros cayeron con igual heroísmo en las líneas de fuego, mientras llevaban, como capellanes, los auxilios espirituales a los intrépidos soldados que luchaban y morían por la redención de España. Al frente de estos capellanes militares fulgura el nombre del *P. Fernando Huidobro* († 1937), joven excepcional, nacido para los más altos heroísmos, alma pura, elevadísima y renovadora, que vibraba con todas las inquietudes espirituales de los tiempos y ejercía poderosa fascinación en cuantos se le acercaban; de inteligencia privilegiada, de ardiente fe y de plena consagración a Cristo; que abandonó la filosofía existencial de Heidegger en la Universidad de Friburgo para vivir la áspera vida de los *novios de la muerte* en la cuarta Bandera de La Legión.

Huelga decir que con el triunfo de la Causa Nacional recobró la Compañía sus bienes y derechos. Tanto del pueblo como de las autoridades ha recibido tales muestras de estima y afecto, que la deben espolear a sacrificarse sin reservas por el bien espiritual de España.

Y en efecto, ahora que todo son facilidades y estímulos, los operarios apostólicos han sabido multiplicar sus energías en catequesis, misiones, Ejercicios espirituales, Congregaciones juveniles, apostolado obrero y toda clase de cura de almas. Los Colegios de segunda enseñanza, mejor atendidos que nunca en lo espiritual, rebosan de alumnos. Las vocaciones abundan. El crecimiento de las Provincias dió lugar en 1948 a un reajuste de León, Castilla y Aragón, formándose con las dos últimas las nuevas

Provincias de *Castilla Occidental* (con Centroamérica y Misión de Wuhu en China), *Castilla Oriental* (con Venezuela y Misión de Ahmedabad en la India) y, finalmente, *Tarragona* (con la Misión de Bombay).

Acaso lo más típico de la nueva actividad jesuítica española sea la preocupación social y obrera, que ha dado origen a la fundación de numerosas «Escuelas profesionales» y «Escuelas nocturnas» para la instrucción gratuita de la clase trabajadora; aquéllas eran en 1947 más de 42; éstas, 59.

A los intelectuales se ha intentado llegar por los libros y las revistas («Razón y Fe», de cultura; «Pensamiento», de filosofía). Para la formación del clero se han publicado con éxito extraordinario textos de teología, filosofía e historia, de carácter universitario, además de las revistas «Sal terrae», «Estudios eclesiásticos», etc.

Algunas noticias de Iberoamérica

Méjico ha recorrido, desde 1914 hasta nuestros días, el trayecto más doloroso y trágico de su historia. Tiranuelos de inspiración masónica o comunista se han sucedido en el Poder, empeñados en matar la raíz religiosa del alma nacional. Pero el catolicismo ha mostrado una vitalidad sorprendente. ¡Cuántas palmas de martirio se han visto purpurear victoriosas bajo el sol del Anáhuac! La Compañía de Jesús mira complacida las que han brotado en el campo selecto de los congregantes marianos y especialmene las de los heroicos jesuítas *Miguel A. Pro* († 1927) y *David Maduro* († 1929). Posteriormente, aun perdurando las leyes hostiles a la Iglesia, las condiciones han mejorado y el apostolado se va intensificando fructuosamente. Con las obras, crecen las vocaciones, y con éstas, los augurios del más espléndido porvenir.

Las repúblicas de *Centroamérica* se beneficiaron con la afluencia de jesuítas, provocada por la disolución de la Compañía de Jesús en España (1932). No nos es posible referir sus actividades en curso.

Dos potentes focos de irradiación espiritual poseían los jesuítas en *La Habana*: una hermosa iglesia con residencia para los Padres que allí ejercitan sus labores apostólicas, y el gran Colegio de Belén, trasladado en 1925 a locales mucho más vastos y espléndidos. Signos de la creciente vitalidad religiosa descubrimos en la apertura de la residencia de Camagüey (1932), el establecimiento de otra residencia en Santo Domingo (1936) y la fundación de una Escuela apostólica (1938), esperanza de futuras vocaciones en aquel campo, escasamente fértil hasta estos últimos decenios, en que el P. Felipe Rey de Castro († 1952) se dió a cultivar con insospechado éxito las juventudes universitarias, obteniendo entre ellas un magnífico movimiento espiritual. Desde 1952 la isla de Cuba, independiente de León, constituye con las islas de Santo Domingo y Puerto Rico la *Viceprovincia Antillana*.

Colombia se desenvuelve modernamente con un empuje espiritual, que responde a su tradicional religiosidad y a las facilidades externas que ha encontrado casi siempre, salvo algunos paréntesis de disturbios político-sociales. Anteriormente hemos aludido al apostolado social del P. José María Campoamor († 1946), fundador de la institución llamada «Círculo de obreros», que tiene ramificaciones en muchas ciudades colombianas, con sus 17 Cajas de ahorros, su «Mutualidad de enfermos», «Mutualidad de la muerte», etc. Digna de mencionarse aquí es la «Casa Mariana», de Medellín, para el cuidado médico de los pobres. Añadamos el «Servicio social», de Cali, para ayudar a los hijos e hijas de los trabajadores, y los «Institutos obreros», de Bogotá, Barranquilla, Medellín y Pasto. La Universidad Javeriana de Bogotá (1937), con sus actuales Facultades de Teología, Derecho Canónico y Civil, Filosofía, Medicina y Odontología, Ciencias Económicas, Ingeniería y Arquitectura, ha multiplicado la potencialidad cultural que los jesuítas colombianos venían desarrollando en su Colegio de San Bartolomé y en otros de historial no menos brillante, a los que modernamente se han juntado los de Cali y Tunja. La «Revista Javeriana» se mantiene a la altura de sus similares de Europa. Existen otras publicaciones periódicas, como «Revisa Interamericana de Educación», «Justicia social», «Revista Mariana», etc.

La República de *Venezuela*, privada de jesuítas hasta 1917, perteneció desde ese año a la Misión Colombiana, hasta que ésta fué declarada Provincia independiente de Castilla en 1924. En el Seminario Interdiocesano de Caracas, dirigido por la Compañía de Jesús hasta 1954, puede decirse que se ha formado el actual clero venezolano. Grande ha sido el influjo del Colegio de San Ignacio de Caracas (1923) en la recatolización del país. Siguiéronle los Colegios de Mérida y de Maracaibo, y últimamente el de Barquisimeto. En 1953 se abrió la Universidad Católica de Caracas, siendo su primer Rector el P. Carlos Guillermo Plaza.

Con incansable celo se promueve el apostolado social y todas las obras de misericordia en los suburbios de la capital y en toda la clase obrera.

Argentina forma hoy, con *Uruguay*, una Provincia jesuítica. Creció, en unión con Chile y Paraguay, bajo las alas de la antigua Provincia de Aragón, hasta que en 1918 se independizó, constituyéndose la Provincia Argentino-Chilena. Hemos recordado antes el Colegio del Salvador, en Buenos Aires. Rivalizando con él, perpetúa una historia gloriosa el Colegio de la Inmaculada, en Santa Fe, del que han salido eminentes hombres públicos y célebres literatos, como Hugo Wast, Manuel Gálvez, Alfonso Durán, Juan Zorrilla de San Martín, etc. Para la formación de los estudiantes de la Compañía se inauguró en San Miguel, en 1931, el Colegio Máximo de San José, con Facultades de Teología y Filosofía, más un curso previo de Ciencias. Anejo al mismo Colegio existe desde el 17 de febrero de 1938 un Instituto de Ciencias Políticas, cuya finalidad es la de agrupar a los juristas católicos en orden a la formación de una ideología recta y cristiana. Dispone el Colegio Máximo de una riquísima biblioteca. Las Facultades se honran con publicaciones periódicas, como *Stromata y Fascículos* y con la *Biblioteca Iberoamericana de Filosofía*. El 12 de diciembre de 1935 se instaló en los terrenos del mismo Colegio el Observatorio (de Física cósmica) de San Miguel, dirigido por los jesuítas, aunque de carácter oficial. En honor de los Beatos Mártires Rioplatenses fundóse en 1939 el Centro de misiones rurales, que en sus diez primeros años ha dado casi 2.000 misiones, con

gran fruto de los que habitan lejos de las iglesias parroquiales.

Lo mismo que Buenos Aires, posee Montevideo una activa Casa de Ejercicios. En la capital del *Uruguay* regenta la Compañía el Colegio del Sagrado Corazón, que ha formado un selecto manípulo de católicos influyentes. Y desde 1933, el Seminario interdiocesano.

Paraguay y *Bolivia* constituyeron en 1950 una Viceprovincia, dependiente, por ahora, de la Tarraconense.

La Viceprovincia de *Chile se independizó* de la Argentina en 1937. Cuatro Colegios, dos Residencias y dos Parroquias absorben la actividad de los jesuítas en este país. Ultimamente se ha intensificado notablemente el apostolado social, gracias, sobre todo, al P. Alberto Hurtado († 1952), que consagró al amor de Cristo y de los menesterosos su vida breve, pero fecunda. A él se debe «Acción Sindical y Económica Chilena», asociación recomendada por todos los Obispos de Chile, que consta de tres departamentos o secciones (de obreros, de accionistas, de pertenecientes a profesiones liberales) y que aspira a formar católicos eximios en lo social y económico, capaces de imprimir a los sindicatos las direcciones marcadas por las Encíclicas pontificias.

Ecuador es Viceprovincia independiente, separada de la Bética en 1952.

Perú, más escasa de vocaciones, sigue dependiendo de Toledo.

En el *Brasil*, nación de inmensas posibilidades, es natural que el elemento religioso vaya creciendo al mismo ritmo asombroso que el etnográfico, económico y cultural. Habiéndose intensificado en el tercer decenio de este siglo la inmigración japonesa, fué menester crear en 1926 una misión especial para ella, al frente de la cual se puso el italiano P. Guido del Toro, que en 1927-28 bautizó unos 800 japoneses; fundó luego un Colegio de niños, y otro de niñas, y una Escuela Apostólica, seminario de futuros apóstoles para sus hermanos de raza en el Brasil y en el mismo Japón. Alta influencia cultural ha alcanzado con sus publicaciones y con otras actividades la Academia o Círculo de estudios, iniciada en 1926 por los Congregantes Marianos de Bahía, con-

gregantes que son en su máxima parte estudiantes universitarios y profesores. El Apostolado de la Oración se ha encargado de promover la «Legión de las buenas costumbres», asociación que tiene por objeto la purificación moral del cine, de la radio y de las lecturas. Alrededor de 80.000 socios contaban en 1950 los «Círculos operarios», fundados quince años antes por el P. Leopoldo Brentano y extendidos ya a muchas ciudades, con escuelas para hijos de obreros, policlínicas, casas-cunas, etc. Bajo la dirección de la Compañía prospera la Universidad Católica de Río de Janeiro, oficialmente reconocida por el Estado en 1942 y declarada pontificia por la Santa Sede en enero de 1947. El *P. Juan Bautista Rues*, alemán de nacimiento, favorecido por Dios Nuestro Señor, según parece, con muy extraordinarios dones místicos, murió en olor de santidad el 21 de julio de 1947, en el Colegio Máximo de Sao Leopoldo (Río Grande do Sul). Dos Viceprovincias independientes tenía la Compañía en el Brasil desde 1925: la del Brasil Central y la del Brasil Meridional. En 1952 se hizo necesaria una mayor repartición de fuerzas en esta forma: *dos Provincias* (Brasil Central y Brasil Meridional). *una Viceprovincia independiente* (Brasil Septentrional) y otras dos Viceprovincias (la de Bahía, dependiente de Venecia-Milán y la Goyanominense, dependiente de León).

Digamos, para terminar este capítulo, que el 16 de marzo de 1938 quedó constituída la *Asistencia de América latina*, separada de la Asistencia española (España y Portugal) y comprendiendo las Provincias siguientes: la Mejicana, la Colombiana, la Argentina, la del Brasil Meridional, y las Viceprovincias de Chile y del Brasil Central; seguían dependientes de la Asistencia de España las Viceprovincias de Centroamérica, Venezuela, Perú-Bolivia, Cuba, Ecuador y Brasil Septentrional. Estas tres últimas pertenecen ya también a la Asistencia de América latina.

La celeridad con que trazamos estas líneas nos fuerza a pasar por alto muchas cosas, que requieren información más completa. Aludimos especialmente a la *América del Norte*. Hoy día (1953) la Asistencia de América, limitada a los Estados Unidos con sus misiones, es, con mucho, la Asistencia más numerosa de la Com-

pañía: 7.496 jesuítas. repartidos en ocho Provincias; y es también la que más crece anualmente. Pero dejamos al futuro historiador de la Compañía. tanto el investigar las causas de ese prodigioso incremento, como el describir las múltiples y variadas formas de apostolado que se desarrollan en aquel mundo joven y avanzado.

LAS MISIONES DE INFIELES (1914-1954)

El siglo XX ha sido denominado. con razón. el siglo de las Misiones. por la vigilante solicitud con que los Papas modernos se han preocupado de esta trascendental tarea de la Iglesia. por la participación que todo el pueblo cristiano toma en la propagación de la fe y por la sistemática y universal evangelización del mundo infiel. Preciso es decir que poco antes de mediar este siglo sufrieron las misiones una tremenda crisis: sobre todo las del continente asiático. Pasado el cataclismo de la guerra. muchas de ellas se van restaurando. No las de China. antes tan florecientes.

Es cosa reconocida que los misioneros jesuítas marchan en vanguardia. Siendo así que en 1915 sólo eran 1.971. repartidos en 29 campos de misión. poco antes de morir el P. Ledóchowski. concretamente en 1940. alcanzaban la cifra de 3.902. los cuales anunciaban la buena nueva en 48 misiones. encuadradas en las cinco partes del mundo. Hoy día los misioneros son 5.463. distribuídos en 56 misiones (29 de Asia. 17 de América. 9 de Africa. 1 de Oceanía).

De la organización misionera darán alguna idea las estadísticas que siguen. ya un poco anticuadas. pues se publicaron en 1939. Calculábanse entonces en 234.870 los bautismos administrados anualmente por misioneros jesuítas; regentaba la Compañía 40 Seminarios para la educación del clero indígena; entre Universidades y Colegios Universitarios llegaban a 15. la mayor parte en la India; las escuelas de enseñanza secundaria eran 169; había también 67 normales para maestras y catequistas; 97 es-

cuelas industriales; 7.817 escuelas elementales o catequísticas, a las que asistían cerca de 400.000 niños y niñas. Agregábase a esto la Dirección de 155 orfanatos, con 12.881 huérfanos; 70 hospitales, con 7.459 enfermos; 15 leproserías (la principal en Culión, la isla del dolor); 349 dispensarios, que atendían anualmente a 3.312.394 necesitados de remedio. Y, por fin, 25 tipografías, con 115 publicaciones periódicas.

Asia

A la misión del *Japón* miró el P. Ledóchowski con particular cariño, ayudando con su consejo a los misioneros en trances difíciles, colaborando económicamente en la reconstrucción de la Universidad Católica «de la Sabiduría», en Tokio, cuyo edificio fué arruinado por el terremoto de 1923, y enviándole excelente personal. Si en 1915 no había en Japón más que 8 jesuítas, en 1940 se acercaban al centenar y disponían de edificios adecuados para el noviciado y escolasticado. Hoy son en total 232, lo cual demuestra que el R. P. Juan B. Janssens sigue mirando con igual solicitud por aquella misión. En 1947 le envió el General un Visitador, cosa que también hizo con otras muchas misiones, a fin de conocer su verdadera situación y sus necesidades. La derrota de 1945 les hizo ver a los japoneses que la religión nacional no puede ser el Sintoísmo, ni menos el Budismo, con lo que muchos estorbos han desaparecido. Sigue siendo una misión lenta y difícil. En 1949 celebróse con grandes festejos en Nagasaki, Yamaguchi, Hiroshima y otras ciudades el IV centenario del arribo de Javier a aquellas playas. Con esa ocasión los Padres de la Universidad de Tokio crearon el «Curso de estudios—fundamentalmente teológicos—para la formación de apóstoles seglares», imitado luego en Hiroshima. En dicha Universidad, durante el curso 1947-48, se bautizaron 120 alumnos.

Las vastas regiones de *China*, aunque capaces de absorber legiones de misioneros, se hallaban bien atendidas, en lo posible, por muy varias Provincias: París o Francia (para *Shanghai* y su «Universidad de la Aurora»), Champagne (*Sienshien*), Castilla

(*Wuhu*), León (*Anking*), Turín (*Pengou*), Portugal (*Macao*), Irlanda (*Hongkong*), Hungría (*Tamingfu*), Canadá Inferior (*Süchow*) y después Austria (*Kingshien*), California (*Yangchow*). Desde 1915 el comunismo ruso iba inoculando su virus en aquel inmenso cuerpo social, con perjuicio de la paz y con ruina de algunas misiones; en consecuencia de lo cual, varios misioneros derramaron su sangre por la fe que predicaban, como los Padres Cándido Vanara y Enrique Dugout, en 1927, y los españoles Dositeo López, Tomás Esteban, Avito Gutiérrez en 1933-34, y Joaquín Martínez Manrique en 1935. La guerra del Japón (1937-1945) ocasionó nuevos estragos, pero sobre todo la retirada de las tropas nacionalistas, arrolladas por el ejército rojo, dominador de todo el territorio chino, ha causado en las misiones católicas una catástrofe sin ejemplo. El 23 de mayo de 1948, reunidos en Zikawei los Superiores de las 11 misiones jesuíticas, escribían a su P. General lo siguiente: «Le agradecemos la carta que V. P. ha dirigido a toda la Compañía pidiendo oraciones para nuestras misiones, así como la limosna que poco ha nos ha enviado para aliviar nuestros apuros en la ciudad de Peiping. Todas nuestras misiones están destruídas, ocupadas por los comunistas o en peligro de estarlo; muchísimos de los nuestros padecen cautividad desde hace muchos meses; no pocos trabajan entre los comunistas o cerca de ellos, con peligro de la vida.» No sólo padecían prisión, sino hambre, miseria y las más absurdas acusaciones. A los misioneros indígenas les es más fácil quedarse en sus puestos, aunque vigilados y hostigados por los soviets, cuando no sucumben con glorioso martirio, como el P. Beda Chang (1905-1951), víctima de su amor a la Iglesia y venerado por los cristianos chinos como símbolo de fidelidad a Roma. Los extranjeros, o son expulsados por la fuerza, o se ven obligados a dejar su querida misión. La mayoría se ha quedado en Filipinas, en espera de que las puertas chinas tornen a abrirse.

En las misiones de la *India* el número de jesuítas pasa actualmente (1953) de 1.800, pertenecientes a las Provincias de Germania Superior (*Poona*), Bélgica Septentrional (*Ranchi*), Bélgica meridional (*Calcuta*), Venecia-Milán (*Calicut-Mangalore*), Tarra-

gona (*Bombay*), Portugal (*Goa*), Chicago (*Patna*), Castilla Oriental (*Ahmedabad*), Marylandia (*Iamshedpur*) y Viceprovincia de Maduré. Las tres últimas son las más recientes. Ya vimos cómo el mejor timbre de gloria de las misiones indias está en la enseñanza superior. El apostolado directo, evangelizador y proselitista, se hace cada día más difícil, por no decir imposible a los extranjeros, desde que la India obtuvo su independencia política. A fin de que la predicación evangélica llegue hasta las clases más elevadas de la India, excogitó en 1948 el P. Sontag una forma nueva de apostolado: el «*Institute for Home Study*» (IHS), cuyos cursos se hacen por correspondencia epistolar con las personas literatas e ilustradas que se preocupan de religión; se envían a domicilio instrucciones doctrinales, se reciben contestaciones y así se van aclarando ideas y corrigiendo errores.

Oceanía

Las islas *Marianas, Carolinas y Marshall* dependían de la Provincia de Andalucía hasta 1947. Durante la guerra de Japón con los Estados Unidos, en 1944, dieron su vida por la religión cristiana los PP. Elías Fernández, Marino de la Hoz, Luis Blanco, Bernardo de la Espriella y los HH. CC. Emilio Villar, Francisco Hernández y Miguel Timoner. Cuando pocos años después vinieron nuevos misioneros de Nueva York, se encontraron admirados con que aquéllos pobres isleños, sin un sacerdote que los atendiese espiritualmente, se reunían diariamente a rezar el rosario y llevaban una vida digna de los primitivos cristianos.

Africa

Las misiones entre los negros de *Africa* se han mostrado modernamente las más fértiles en conversiones al catolicismo: las de Madagascar, las del Congo y Africa central, las de Africa meridional. Entre estas últimas, la de Zambeza (Mozambique) tuvo que ser abandonada por los jesuítas portugueses en 1910; al

volver a ella en 1941 le han dado tal ímpulso, que hoy florece maravillosamente, como pocas. No así las de los mahometanos. El Padre Ledóchowski escribió en 1937 una carta a sus súbditos exhortándoles a promover el estudio de la lengua y de la cultura arábigas, con objeto de facilitar la evangelización de los musulmanes. Quiera Dios que en los nuevos tiempos se produzca un clima religioso más favorable.

América

Las misiones de los negros prosperan también en Norteamérica.

Subiendo ahora hasta la lejana *Alaska*, diremos que en 1917 fué nombrado su primer Vicario Apostólico, el P. Rafael Crinant. En otro capítulo aludimos a la conmovedora muerte del P. Ruppert, entre las nieves. Más trágica fué la catástrofe de 1930, cuando el aeroplano que empezaba sus servicios en la misión se precipitó, causando la muerte del Superior, P. Delon y de otro sacerdote. Al pasar Alaska, en 1932, de la Provincia de California a la de Oregon, contaba 33 jesuítas en 14 puestos. Un heroíco jesuíta español, el P. Segundo Llorente, bien conocido y amado de sus infinitos lectores en España y América, nos viene contando desde hace años, en sus admirables cartas, la extraña vida de soledad, de sacrificio y de unión con Dios que lleva el misionero en la región de los eternos hielos.

Europa

Rusia no sólo sigue herméticamente cerrada a cualquier penetración cristiana, sino que ha metido dentro de su telón de acero a todo el mundo eslavo, y parte del germánico. El P. Ledóchowski miró con interés al Oriente europeo por dos razones: en primer lugar, por obediencia al Romano Pontífice, que quiso valerse de Padres de la Compañía en diversas circunstancias (comisión presidida por el P. Edmundo Walsh para socorrer a los hambrientos rusos en 1922; legación de Mons. Miguel d'Herbig-

ny, S. I., en 1925), y en segundo lugar, porque estaba persuadido de que algún día se abrirían las puertas a los enviados de Roma, y convenía preparar los acontecimientos y prepararse para ellos. Por eso, a petición de Pío XI, tomó a su cargo el Colegio Ruso de Roma, e invitó a los jóvenes de la Compañía a ofrecerse, aun con peligro de la vida, a la evangelización de aquel país. De los que con fervor apostólico se ofrecieron, escogió un grupo de selectos para que se formasen en la Ciduad Eterna. Y no contento con esto, determinó, inspirándose en los deseos de la Santa Sede, que pasasen al Rito Oriental, a fin de poder trabajar sin obstáculos en las regiones donde impera aquel rito. Eso, que se juzgó novedad insólita, respondía a la mente de San Ignacio, quien pensó en hacer cosa semejante con los misioneros de Etiopía. El número de jesuítas orientales iba en aumento, hasta que los terribles acontecimientos a que varias veces hemos aludido, han puesto a todo el mundo eslavo bajo el signo de la hoz y el martillo.

INSTRUMENTOS DE APOSTOLADO

Ejercicios Espirituales

No hay duda que modernamente los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola han llegado a ser una de las palancas más vigorosas y eficaces en la reforma del pueblo cristiano y en la renovación espiritual del clero. Sacerdotes y religiosos compiten con los mismos jesuítas en la predicación (palabra inexacta) y dirección de cursos de Ejercicios. No faltan quienes los practican durante treinta días, según el riguroso método ignaciano. La magnífica edición de los Ejercicios hecha por el P. Arturo Codina en *Monumenta Historica, S. I.* (1919), la revista *Manresa* (1925 ss) y otras aportaciones de modernos investigadores. contribuirán a que se estudie mejor cada día el áureo librito y se perpetúen, hechas espíritu y vida, las enseñanzas ignacianas.

En casi todas las casas de la Compañía se dan, de una manera o de otra, los Ejercicios; pero hay algunas especialmente destinadas a ese objeto. Ellas son otras tantas fortalezas del Catolicismo, o mejor, sagrados Cenáculos, donde bajo la acción del Espíritu Santo se han formado la mayoría de los dirigentes de Acción Católica y de Acción Social. La tradicional de Loyola, en la casa misma del Santo, la de la Santa Cueva, en Manresa, y otras muchas, entre las que sobresalen por su perfecta organización las de Holanda, pueden servir de modelo a las demás. Eran 71 las que funcionaban en 1920; en 1938 llegaban a 104 y dieron aquel año unas 15.000 tandas con un total de más de 771.150 ejercitantes (107.582 entre sacerdotes, seminaristas y religiosos; 218.336 religiosas; 294.866 caballeros, estudiantes y obreros; 150.369 mujeres).

Las estadísticas de 1949 arrojan este resultado: Las Casas de Ejercicios eran 174 (a saber: 14 en la Asistencia de Italia; 12 en la de Germania; 22 en la de Francia; 51 en la de España; 28 en la de Inglaterra; 23 en la de América del Norte; 16 en la del Sur; 8 en los países eslavos). Al año siguiente las tandas o cursos son 18.775 con 942.679 ejercitantes. Se trata de Ejercicios cerrados y no se cuentan los retiros de uno o de dos días. En la Casa de Loyola el año 1950 se dieron 80 tandas para hombres con un total de 3.145 ejercitantes; en Zaragoza 80 tandas para hombres y 37 para mujeres con un total de 3.108. En Bilbao se vienen dando a los obreros desde 1942, Ejercicios de cinco días en las mismas fábricas, aprovechando las horas de la tarde y empezando una hora antes de acabar el trabajo; en 1947 hubo 43 tandas para 9.606 obreros. Y en Covadonga, en la forma ordinaria, el año 1942 se dieron 33 cursos de Ejercicios a 1.718 obreros; en 1947 los obreros que se ejercitaron subieron a 2.558 en 42 tandas. Otro dato suelto: ese mismo año en la *Marquette University* de Milwaukee hicieron los Ejercicios, en 13 tandas, 1.718 jóvenes universitarios.

No hablamos de los que se llaman Ejercicios abiertos, y que mas bien son sermones o pláticas de verdades eternas y de puntos morales; ni de las *misiones populares*, que en 1947 llegaron a

6.228 (de las que 1.503 correspondieron a España). Las catequesis son más frecuentes en Norteamérica: de la cifra total de 271.992 (excluídos los países de infieles), 69.812 corresponden a los Estados Unidos (año 1947).

Apostolado de la oración y Congregaciones marianas

Nos contentaremos con algunas estadísticas y no muy recientes. En 1940 los Centros del *Apostolado de la Oración* eran cerca de 200.000 con 1.260 Directores diocesanos, 125.787 Directores locales y más de 35 millones de socios. Los *Mensajeros*, publicados en 45 lenguas diferentes, eran alrededor de 70, a los que se han de añadir las 18 *Cruzadas Eucarísticas*, en nueve lenguas, para un total de casi cuatro millones de cruzados. A petición del R. P. General de la Compañía, Director nato del Apostolado de la Oración, el Papa Pío XI agregó a la intención ordinaria de cada mes, otra por las misiones de infieles.

El vuelo de las *Congregaciones Marianas* en los últimos decenios es en no pocas naciones evidente y magnífico. El P. Ledóchowski se afanó por que se mantuviesen con su matiz distintivo de espiritualidad profunda, celo activo y carácter de selección; convocó una reunión general de Directores en Roma (1922), fundó un Secretariado general y creó la revista *Acies ordinata*, que se publica en seis idiomas y es como el órgano oficial y la primera de las 130 revistas marianas (*The Queen's Work*, *Die Fahne Mariens*, *Stella Matutina*, *La Estrella del Mar*, etc.), destinadas a mantener el fuego sagrado en los congregantes.

El P. Janssens inculcaba en su alocución al Congreso de Promotores provinciales (Roma, 15 de abril de 1950) la necesidad de prestar colaboración y ayuda a las otras asociaciones católicas y recomendaba cálidamente tres cosas: vida interior, llena de fe y esperanza, vida plenamente apostólica y acción humilde y modesta.

De hecho, las Congregaciones—salvo roces locales, insignificantes con algunos Directores de Acción Católica—han colabora-

do fraternalmente con ésta y le han ayudado principalmente en la formación y preparación de sus dirigentes.

Su Santidad el Papa Pío XII, en su Constitución apostólica «*Bis saeculari*» (1948) y en otros documentos a cual más elogiosos para las Congregaciones Marianas, declaró que éstas podían decirse «pleno iure» Acción Católica, y que dentro de la Acción Católica desempeñaban un papel utilísimo, casi necesario, trabajando con rendido acatamiento y obediencia a los Obispos y en armonía con las demás organizaciones apostólicas.

Debido, sin duda, a estos alientos de la Santa Sede y a los Congresos celebrados en las diversas naciones, el incremento de las Congregaciones Marianas ha progresado con tal rapidez, que las que en 1914 eran 36.526, alcanzaban en 1952 la cifra de 78.112 con *diez millones de asociados.*

No sólo en Europa y en las dos Américas arraiga este florido árbol de María, pues sabemos que de 1913 a 1927 brotaron en las fervorosas cristiandades del Africa no menos de 270 Congregaciones, y en las misiones del Asia 360, aspirando a ser en todas partes como la levadura del mundo. En sus filas han militado muchos personajes esclarecidos por su dignidad y por sus virtudes; recientemente es muy crecido el número de los Congregantes que han derramado su sangre por la religión de Cristo; sólo en Méjico, en los años 1927 y 1928, florecieron más de 30 palmas martiriales, y en las provincias de España que en 1936 cayeron bajo la dominación roja no sabemos que se haya hecho aún el cómputo exacto de las nutridas falanges marianas, sacrificadas por Dios y por la patria, junto con la flor y nata del clero y pueblo españoles.

Enseñanza

Empecemos por la Pontificia Universidad Gregoriana, que en 1930 inauguró su nueva sede de amplias y elegantes proporciones en el centro de Roma, y que en 1953 celebró solemnemente su IV Centenario. Esta secular creación de San Ignacio es por antonomasia la Universidad del Papa. Regentada por la Com-

pañía, bajo la inmediata dependencia de la Santa Sede, es el más completo centro de estudios sagrados que posee la Iglesia. «*Seminarium omnium nationum*», la apellidaron repetidamente los Romanos Pontífices. Y con razón, pues siempre la han integrado Colegios de diversas naciones. Hoy día (1953) asisten a sus aulas 2.372 alumnos, provenientes de 58 naciones: 1.271 sacerdotes y clérigos de 493 diócesis y 1.101 religiosos pertenecientes a 87 Ordenes y Congregaciones.

Por un *motu proprio* de Pío XI (1928) le fueron asociados los Institutos bíblico y oriental, con lo cual la Universidad comprende 8 Facultades, 2 Institutos y 2 Escuelas Superiores, a saber: Facultad de Teología, de Derecho Canónico, de Filosofía, de Historia Eclesiástica, de Misiología, de Sagrada Escritura, de Oriente antiguo, de Oriente moderno, un Instituto de Ciencias Sociales y otro de Cultura Superior religiosa para seglares, más la Escuela de Teología ascética y mística y la Escuela Superior de Letras latinas.

Otras Universidades eclesiásticas dirigidas por la Compañía son: Comillas (España), Georgetown (Estados Unidos), Kandy (Ceilán), Bogotá (Colombia), y en parte Innsbruck (Austria). Aquí podríamos enumerar aquellos Colegios que poseen Facultad de Teología o de Filosofía, o ambas juntas, aunque solamente pueden conceder grados a estudiantes de la Compañía; son en total 37, sin contar el Colegio de San Luis (Nápoles), el de Cuglieri (Turín) y el Seminario Metropolitano de Buenos Aires, los cuales otorgan la Licencia y el Doctorado también a los no jesuítas.

Ponemos a continuación la lista de Universidades no eclesiásticas y de Institutos de Estudios Superiores:

En los Estados Unidos:

Xavier University (Cincinati).
John Carroll University (Cleveland).
Loyola University (Chicago).
University of Detroit (Detroit).
Fordham University (Los Angeles, California).
Loyola University (Milwaukee).

Loyola University (New Orleans).
Creighton University (Omaha).
University of San Francisco (San Francisco).
University of Santa Clara (Santa Clara, California).
Gonzaga University (Spokane).
St. Louis University (St. Louis, Missouri).
Georgetown University (Washington).

A las cuales deben añadirse los Colegios Mayores de las ciudades de Boston (que en 1940 contaba 2.600 alumnos), Baltimore, Buffalo, Denver, Jersey City, Kansas, Filadelfia, Seattle, Spring Hill y Worcester.

En el Japón:

Universidad Católica de Tokio.

En Filipinas:

Ateneo de Manila.

En China:

Universidad de La Aurora (Shanghai).
Institut des Hautes Etudes (Tientsien).

En la India:

St. Aloisius College (Mangalore).
St. Xavier's College (Bombay).
Loyola College (Madrás).
St. Joseph's College (Trichinopoly).
St. Xavier's College (Calcutta).

En Líbano:

Université Saint Joseph (Bayrouth).

En Francia:

Institut Catholique d'Arts et Métiers (Lille).
Nouvelle Ecole Sainte Geneviève (Versailles).

En Bélgica:

Institut Supérieur de Commerce (Anvers).
Institut Gramme (Liège).
Facultés Universitaires Notre Dame de la Paix (Namur).

En España (aunque no tengan reconocimiento oficial):

Instituto Católico de Artes e Industrias (Madrid).
Instituto Químico y Biológico (Sarriá, Barcelona).
Universidad de Deusto (Bilbao).
Fundación Revilla-Gigedo (Natahoyo, Gijón).

En Venezuela:

Universidad Católica de Caracas.

En Colombia:

Universidad Javeriana de Bogotá.

En Brasil:

Universidad Católica Pontificia de Río de Janeiro.
Facultades de Filosofía y Ciencias Económicas (Recife).
Facultad de Ciencias Económicas (Sao Paulo).

Naturalmente se multiplican mucho más los *Colegios de segunda enseñanza*. Cada Provincia jesuítica suele tener varios, en el propio país y en tierra de misión: unos, para estudiantes externos; otros—frecuentes en la actualidad, aunque rarísimos en la antigua Compañía—para estudiantes internos.

En 1950 el número global de Colegios se hace subir a 523, con cerca de 300.000 alumnos. No prestamos mucha fe a tales estadísticas, porque—si bien están hechas a base de informes oficiales—notamos que a veces se suman cantidades poco homogéneas. Con todo—y aun rebajando algún tanto las cifras—creemos que pueden servir para explicarnos las palabras de Pío XII en las Letras apostólicas «*Nosti profecto*»:

«Os tributamos alabanzas—decía el Papa—por los casi innumerables institutos que habéis abierto para el estudio de las letras y de las ciencias, donde modeláis, como blanda cera, y cultiváis a los jóvenes así en la doctrina como en la virtud, los cuales mientras representan al vivo el ideal de la vida cristiana, ofrecen las más bellas esperanzas para el porvenir.» (6 de julio de 1940.)

Libros y revistas

Siempre fué muy estimado de los jesuítas el apostolado de la pluma y de la imprenta. Su actual producción científico-literaria se podrá calcular por los datos exactos que poseemos de lo que publican anualmente. Durante el año 1934 dieron a la estampa:

224	libros	ascéticos
172	»	históricos
91	»	de ciencias exactas y naturales
77	»	didácticos
65	»	teológicos
51	»	literarios
50	»	filosóficos
44	»	apologéticos
11	»	misionales
49	»	de vario argumento
Total ... 834		

Los más numerosos en francés (156); siguen los escritos en inglés (105); en castellano (102); en alemán (90), etc.

El *Index Bibliographicus*, que recoge los títulos de cuantos libros, opúsculos y artículos de alguna importancia publican los jesuítas, registra para el año 1937 la suma total de 2.674; para los dos años siguientes, 2.468 y 2.369 y para los once años que van de 1940 a 1950 inclusive, 21.708 títulos. Este descenso de los últimos años se explica por las circunstancias de la guerra y acaso también por las dificultades con que ha tropezado el colector en su información.

Según la *Exposición Mundial de la Prensa Católica* (Roma, año 1936), las revistas o publicaciones periódicas de la Compañía de Jesús eran, en ese año, no menos de 1.112, publicadas en 50 lenguas diferentes, con una tirada global de 144.206.769 ejemplares al año y 13.340.060 suscriptores. Es verdad que de esas 1.112 no merecían tenerse en cuenta las 261 revistas de Colegios. Aun así, quedan 851 distribuídas en esta forma: 152 de altos estu-

dios, 77 de misiones, 26 de cultura general, 596 (las más numerosas y de carácter más popular) de piedad. Ya se comprende que las de mayor altura son las publicadas por las Universidades o Institutos de Estudios Superiores.

He aquí algunas de las fundadas en los últimos cuarenta años:

Ibérica (Tortosa, 1914).—*El Siglo de las misiones* (Burgos, Bilbao, 1914). *Stimmen der Zeit* (Munich, 1915), en sustitución de *Stimmen aus Maria Laach*.—*Revue d'Ascétique et Mystique* (Toulouse, 1920).—*Gregorianum* (Roma, 1920).—*Biblica* (Roma, 1920).—*Verbum Domini* (Roma, 1921).—*Estudios Eclesiásticos* (Madrid, 1922).—*Orientalia Christiana* (Roma, 1923).—*Broteria* (Segunda serie, Lisboa, 1925).—*Manresa. Revista trimestral de Ejercicios* (Bilbao, 1925), transformada luego en *Manresa. Revista de Ascética y Mística* (Madrid, 1942).—*Zeitschrift für Aszese und Mystik* (Munich, 1925), sustituída por *Geist und Leben* desde 1947.—*Scholastik* (Valkenburg, 1926).—Thought (New York, 1926).—*Jesuit missions* (New York, 1926).—*Fomento social* (Madrid, 1927).—*Nuntii de missionibus* (Roma, 1930).—*Les etudes classiques* (Namur, 1932).—*Archivum Historicum Societatis Iesu* (Roma, 1932).—*Revista Javeriana* (Bogotá, 1934).—*Hechos y Dichos* (Bilbao, 1935).—*The New Review* (Calcuta, 1935).—*SIC* (Caracas, 1938).—*Archivo Teológico Granadino* (Granada, 1938).—*Miscellanea Historiae Pontificiae* (Roma, 1939).—*Miscelánea Comillas* (Comillas, 1943).—*Studia Missionalia* (Roma, 1943).—*Traditio* (New York, 1943).—*Ciencia y Fe* (Buenos Aires, 1944), en sustitución de *Stromata*.—*Verbum* (Río de Janeiro).—*Katholick Cultureel Tijdschrift* (Amsterdam, 1944), efecto de la fusión de *Studien* y de *Streven*.—*Pensamiento* (Madrid, 1945).—*Revista portuguesa de Filosofía* (Braga, Lisboa, 1945).—*De Linie* (Amsterdam, 1946).—*Rhythmes du monde* (Lyón, 1946).—*ECA* (San Salvador, 1947).—*Lumen* (La Habana, 1947).—*Latinoamérica* (Méjico, 1949).—*Humanidades* (Comillas, 1949).—*Social Order* (Saint Louis, 1951).—*Mensaje* (Santiago de Chile, 1952), etc.

Modelos de publicistas católicos han sido los PP. Remigio Vilariño, español, y Adalberto Bangha, húngaro. Como iniciador del apostolado de las buenas lecturas, suele señalarse el P. Nicolás J. A. de Diessbach († 1798), natural de Suiza, que al ser extinguida la Compañía, se dedicó en Turín a la publicación y divulgación de libros religiosos por medio de *l'Oeuvre de l'amitié chrétienne*, institución que enseguida se extendió a Friburgo, Milán y Viena. En España hemos hablado ya del P. Francisco de Paula Garzón († 1919). Él «*Apostolado de la Prensa*», por él fundado, dió a la publicidad entre 1891 y 1935 unos 20 millones de ejem-

plares de libros y opúsculos. Obra parecida ha realizado en Méjico, después de la persecución violenta, «La Buena Prensa», publicando en el espacio de once o doce años (1936-1947) no menos de 3.626.403 ejemplares de libros; 22.296.906 de revistas religiosas y de folletos 130.509.684.

LOS ULTIMOS PAPAS Y LA COMPAÑIA DE JESUS

Pío XI

Con la paternal protección de Benedicto XV, que al morir en enero de 1922 reservó su última bendición para la Compañía, venció el P. Ledóchowski las dificultades que se le presentaron a consecuencia de la guerra europea y en la adaptación de las Constituciones al nuevo Código de Derecho Canónico. Tuvo después la inmensa dicha de ver en la cátedra de San Pedro a Aquiles Ratti, con el nombre de Pío XI, quien conocía perfectamente el Instituto de San Ignacio y le profesaba, como él repitió cien veces, particular simpatía y predilección.

En 1933 confirmó una vez más las Reglas y Constituciones de la Compañía, después de promulgado el nuevo Código. Con singular entusiasmo aprobaba y promovía las empresas de los jesuítas y les encomendaba otras, a veces difíciles. Repetidas veces salió a su defensa. Constituyó a San Ignacio patrono de todos los Ejercicios espirituales (1922), fomentó su culto y recomendó sus métodos ascéticos (1929). Elevó a los altares a 11 Santos y 52 Beatos, entre los que tienen especial significación el B. José Pignatelli y S. Pedro Canisio y S. Roberto Bellarmino, otorgando a estos últimos el supremo título de *Doctores de la Iglesia*. Confió a la Compañía el Instituto Oriental de Roma (1922), uniéndolo al Bíblico, hasta que le buscó sede propia en 1926; encomendóle también la dirección del Colegio Ruso (1929), la del Maronita (1931), para no hablar de otros seminarios fuera de Roma.

En 1928 decía el Papa a un grupo de jesuítas de todo el mundo:

«Bendigo de corazón a este grupo de Padres y estudiantes que representan a tantas Provincias de una Compañía, que yo sé que puedo llamar mía. Mi simpatía está bien justificada por los numerosos servicios que la Compañía presta a la Iglesia y a la Santa Sede. La Compañía es, en verdad, según el espíritu de su Santo Fundador, un ejército selecto, siempre dispuesto para defender a la Iglesia y para obedecer a los deseos del Papa. Yo mismo lo he experimentado muchas veces; así es que mi predilección por la Compañía no debe extrañar a nadie.»

En 1931, por medio del Card. Pacelli, Secretario de Estado, dirigió una afectuosa carta al P. General, deplorando los acontecimientos de España y congratulándose con él por tener hijos tan fieles y devotos del Vicario de Cristo. Y el 24 de enero de 1932, al conocer el decreto del Gobierno español, disolviendo la Compañía, se expresó así en una alocución pública:

«Y a la verdad, hay en la tristeza de la circunstancia algo soberanamente bello y glorioso para el Sumo Pontífice y para sus buenos hijos de la Compañía de Jesús; y es aquello que hacía alegrarse a los Apóstoles, cuando *ibant gaudentes... quia digni habiti sunt pro nomine Iesu contumeliam pati.* Por eso, precisamente, son expulsados; por eso sufren esos religiosos. Esa es su gloria y su consolación, y bien saben ellos que también la gloria y la consolación del Padre es tener tales hijos, tales defensores; ya que ahora, en este preciso momento, es cuando se pueden llamar no sólo confesores, sino mártires del Pontífice, mártires del Papa, mártires del Vicario de Cristo... El Papa se siente muy gozoso al cumplir este deber de proclamar su paterna gratitud, poniendo a los religiosos de la Compañía de Jesús ante esta selecta concurrencia—que es como decir, ante la faz del mundo—*a la orden del día* de toda la Iglesia, de todo el reino de Cristo.»

Llegado el Domingo de Ramos, envió al P. General la más hermosa palma que aquel día le habían regalado, con esta dedicatoria: «*Dilectis filiis Societatis Iesu qui propter Christum Re-*

gem et propter Eius Vicarium persecutionem in Hispania passi sunt... Et palmae in manibus eorum.»

Y con ocasión del IV Centenario de los Votos de Montmartre, se expansionaba así el 17 de agosto de 1934 en Castelgandolfo:

«Este tan estrecho y precioso vínculo de la Compañía con la Santa Sede constituye uno de Nuestros mayores consuelos. Lo decimos del fondo del corazón... Y esta es una de las cosas por las cuales frecuentemente damos gracias al Señor, por habernos dado en esta Compañía una ayuda tan grande y tan segura.»

Los jesuítas españoles, que eran entonces los más atribulados por la persecución, se sentían más felices que nadie, al ver que así se interesaba por ellos el Romano Pontífice. Y todos los de la Compañía lloraron de veras la muerte de tan querido Padre, acaecida el 10 de febrero de 1939.

Pío XII

El 2 de marzo era elegido Papa el Cardenal Eugenio Pacelli, con el nombre de Pío XII. Su particular amor a la familia ignaciana lo había mostrado abiertamente antes de subir a la cátedra de San Pedro, y después ha continuado en la línea de su predecesor.

Hemos tenido ya ocasión de citar sus palabras encomiásticas acerca de los Colegios y de las Congregaciones Marianas y en ocasión de la muerte del P. Ledóchowski. Todas las obras típicas de la Compañía las ha recomendado calurosamente; las Congregaciones Marianas, sobre todo, pero también los Ejercicios espirituales de San Ignacio, el Apostolado de la Oración, la labor científica en Universidades, Seminarios y Colegios, etc.

En septiembre de 1946, al ser nombrado General el P. Juan Bta. Janssens, habló a los electores, representantes de toda la Compañía, alabando los ejemplos de virtud, caridad y celo apostólico, que durante la guerra y después de ella dieron los hijos de S. Ignacio, y trazándoles el programa que debían seguir en adelante, conforme al espíritu de su Instituto.

Puede decirse que la Compañía entró en el quinto centenario de vida, recogiéndose interiormente y haciendo un examen de conciencia. Notó sus deficiencias, sus cansancios, sus flaquezas humanas, y reconoció, como el siervo del Evangelio, su inutilidad delante de Dios. Pero en esta revisión del pretérito no ha podido cerrar sus ojos al surco feraz, abierto por ella en la historia eclesiástica de los últimos siglos. Y ha sido el mismo Papa el primero en recordárselo y ponérselo ante la vista. Las Letras apostólicas «*Nosti quidem*» del 6 de julio de 1940 son un magnífico resumen de la historia de la Compañía y constituyen el más brillante y autorizado panegírico de las actividades desarrolladas en 400 años por los hijos de S. Ignacio. Todos los Obispos de España, en cartas particulares, publicadas por «El Mensajero del Corazón de Jesús», añadieron a las palabras del Romano Pontífice el más elocuente comentario.

Santos y beatos

La Compañía de Jesús, cuyo Instituto y modo de vida ha sido aprobado y confirmado cien veces por la que S. Ignacio llamaba «*Nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica*», es una Orden religiosa mendicante, que aspira, con la gracia divina, a la santificación de sus miembros y a la salvación y perfección de las almas de los prójimos.

No intentaremos aquí trazar un cuadro sintético de la santidad que la acción de la Compañía, bajo el influjo del Espíritu Santo, ha hecho germinar y florecer en tantas virtuosas personas, que se han puesto bajo su dirección, y en tantos Institutos religiosos, en quienes influye constantemente con Ejercicios anuales, retiros mensuales, pláticas, etc., muchos de los cuales han tomado de las Constituciones y Reglas ignacianas el espíritu y aun la letra para su propia Regla. Tan sólo pretendemos echar una mirada retrospectiva a la historia, cuatro veces secular, de la Compañía, para fijarnos en las cumbres más altas y luminosas, que son los Santos.

Y como tal vez en este libro se ha dado más importancia a la

historia externa que a la vida interior y ordinaria, a los personajes de influencia social y a los sabios más que a los santos y virtuosos varones, cuyo nombre es, sin embargo, muy superior al de aquéllos, se hace necesario salir al encuentro de erróneas apreciaciones, que desenfocarían el criterio con que debe juzgarse la historia de una Orden religiosa. ¡Cuántos héroes anónimos se sacrifican continuamente en las misiones extranjeras! ¡Cuántos operarios, de esos cuyos nombres se escapan al historiador, trabajan diariamente con abnegación y espíritu sobrenatural en faenas oscuras que el mundo no sabe apreciar! ¡Y cuántos jóvenes estudiantes y curtidos hermanos coadjutores perfuman silenciosamente con la ejemplaridad de sus virtudes las casas religiosas, siendo espectáculo agradable no más que a Dios, a los ángeles y a sus hermanos! Llenos están los «Menologios» y las «Cartas edificantes» de nombres que la piedad familiar repasa con anhelos de imitación, pero que por su muchedumbre y por no ser de transcendencia histórica, no pueden consignarse en un libro sintético como éste.

Por otra parte, como esos documentos de edificación no siempre son las mejores fuentes para enterarse y formar juicio acertado sobre los sujetos, nos limitaremos a registrar aquí los nombres de aquellos cuya santidad es incontestable, porque la Iglesia, maestra infalible, los ha glorificado o está en vías de hacerlo.

Los *Santos* que en la actualidad tiene la Compañía sublimados al honor de los altares son 27:

	Beatificado en	*Canonizado en*
San Ignacio de Loyola († 1556)	1609	1622
San Francisco Javier († 1552)	1619	1622
San Estanislao de Kostka († 1568)	1604 (1670)	1726
San Francisco de Borja († 1572)	1624	1672
San Luis Gonzaga († 1591)	1605	1726
San Pedro Canisio († 1597)	1864	1922
Los tres Santos Mártires japoneses: Pablo Miki, Juan de Goto, Diego Kisai († 1597).	1627	1862
San Bernardino Realino († 1616)	1895	1947

	Beatificado en	*Canonizado en*
San Alfonso Rodríguez († 1617)	1825	1888
San Roberto Bellarmino († 1621)	1923	1930
San Juan Berchmans († 1621)	1865	1888
San Francisco de Regis († 1640)	1716	1737
Los ocho Santos Mártires canadienses: Juan de Brébeuf, Isaac Jogues, Gabriel Lallemant, Antonio Daniel, Carlos Garnier, Noel Chavanel, Renato Goupil, Juan de La Lande († 1642-1649)	1925	1930
San Pedro Claver († 1654)	1851	1888
San Andrés Bobola († 1657)	1853	1938
San Juan de Britto († 1693)	1853	1947
San Francisco de Jerónimo († 1716)	1806	1839
San José Pignatelli († 1811)	1933	1954

Los venerados con el título de *Beatos* son 139 (de los cuales 39 portugueses, 28 franceses, 25 ingleses, 21 japoneses, 13 españoles, 7 italianos, 2 húngaros, 1 irlandés, 1 escocés, 1 paraguayo, 1 coreano).

	Beatificado en
Beato Pedro Fabro († 1546)	1872
Los cuarenta Beatos mártires que navegaban al Brasil: *Dos sacerdotes:* Ignacio de Azebedo, Diego de Andrada; *doce estudiantes:* Antonio Suares, Benito de Castro, Francisco de Magalhaes, Juan Fernandes, Luis Correa, Manuel Rodrigues, Simón Lopes, Manuel Fernandes, Alvaro Mendes, Pedro Nuñes, Andrés Gonçalves, Juan de San Martín; *diez novicios escolares:* Gonzalo Enriques, Diego Pires, Fernando Sánchez, Francisco Pérez Godoy, Antonio Correa, Manuel Pacheco, Nicolás Diniz, Alejo Delgado, Marcos Caldeira, Juan Sanjuán; *dieciséis coadjutores:* Manuel Alvares, Francisco Alvares, Amaro Vaz, Juan de Mayorca, Alfonso de Vaena, Antonio Fernandes, Esteban Zudaire, Pedro Fontoura, Gregorio Escribano, Juan de Zafra, Juan de Baeza, Blas Ribeiro, Juan Fernandes, Simón Acosta	1854
Los cinco Beatos mártires londinenses: Edmundo Campion († 1581), Alejandro Briant († 1581), Tomás Wood-	

house († 1573), Juan Nelson († 1578), Tomás Cottam († 1582) 1886
Los cinco Beatos mártires de Salsete (India): Rodolfo Aquaviva, Alfonso Pacheco, Antonio Francisco, Pedro Berno y Francisco Aranha († 1583) 1893
Los Beatos Jacobo Sales y Guillermo Saltamochio († 1593). 1926
Los veintiún Beatos mártires ingleses: Juan Cornelius († 1594), Roberto Southwell († 1595), Enrique Walpole († 1595), Nicolás Owen († 1606), Francisco Page († 1601), Eduardo Oldcorne († 1606), Radulfo Ashley († 1608), Tomás Garnet († 1608), Edmundo Arrowsmith († 1628), Tomás Holland († 1642), Radulfo Corby († 1644), Enrique Morse († 1645), Pedro Wright († 1651), Guillermo Ireland († 1679), Tomás Whitbread († 1679), Guillermo Harcott († 1679), Juan Fenwick († 1679), Juan Gavan († 1679), Antonio Turner († 1679), Felipe Evans († 1679), David Lewis († 1679) 1929
Beato Juan Ogilvie († 1615) 1929
Los Beatos mártires de Hungría: Esteban Pongratz y Melchor Grodecz († 1619) 1905
Los tres Beatos mártires rioplatenses: Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo († 1628). 1934
Los treinta y tres Beatos mártires del Japón: *Trece sacerdotes:* Carlos Spinola († 1622), Pablo Navarro († 1622), Camilo Constanzo († 1622), Sebastián Quimura († 1622), Jerónimo de Angelis († 1623), Diego Carvalho († 1624), Miguel Carvalho († 1624), Francisco Pacheco († 1626), Juan Bautista Zola († 1626), Baltasar de Torres († 1626), Tomás Tzugi († 1627), Antonio Ixida († 1632), Juan Bautista Machado († 1617); *trece estudiantes:* Agustín Ota, Gonzalo Fusai, Antonio Kiuni, Pedro Sampó, Miguel Xumpó, Luis Cavara, Juan Tchongocu, Tomás Acafoxi († 1622) y Vicente Caun, Pedro Rinxei, Pablo Xinzuqui, Juan Kiusaco, Miguel Tozó († 1626); *cuatro novicios:* Dionisio Fugixima y Pedro Onizuki († 1622), Simón Jempo († 1623), Miguel Nacasima († 1628); *tres coadjutores:* Leonardo Quimura († 1619), Ambrosio Fernandes († 1620), Gaspar Sandamatzu († 1626) 1867
Beato Claudio de la Colombière († 1682) 1829
Beato Julián Maunoir († 1683) 1951
Beato Antonio Baldinucci († 1717) 1893
Los veintitrés Beatos mártires de la Revolución francesa († 1792): Vicente le Rousseau, Jacobo J. Bonneau, Nicolás

	Beatificado en
de la Ville-Croin, Juan Charton de Millou, Claudio F. Gagnières de Granges, Guillermo Delfaut, Jacobo Durvé-Friteyre, Carlos F. le Gué, Loup Tomás Bonnotte, Francisco Balmain, Claudio Cayx Dalmas (Dumas), Carlos Bérauld du Pérou, Claudio A. La Porte, Francisco Vareilhe-Duteil, Renato M. Andrieux, Eloy Herque du Roure, Antonio Segonds, Juan Francisco M. Benoit-Vourlat, Pedro Guérin du Rocher, Nicolás F. Verron, Francisco J. le Livec de Trésurin, Alejandro M. Lanfant († 1792)	1926

A los canonizados y beatificados hasta ahora agreguemos los nombres de algunos que han sido declarados *Venerables*, a saber:

Gonzalo Silveira († 1561).
Pedro Dias con otros once compañeros mártires entre las Canarias y las Azores († 1571).
Andrés de Oviedo, patriarca de Etiopía († 1577).
José de Anchieta, apóstol del Brasil († 1597).
Luis de la Puente († 1624).
Abraham de Georgis († 1595) y Apolinar de Almeida con otros compañeros mártires de Etiopía († 1638).
Luis de Lanuza († 1656).
Francisco del Castillo († 1673).
Manuel Padial († 1725).
Luis Solari († 1829).
Pablo A. Cappelloni († 1857).

Y los de algunos *Siervos de Dios*, cuyas causas de beatificación están introducidas:

Antonio Criminali († 1549).
Francisco Gaetani, escolar († 1601).
Bernardo Colnago († 1611).
Martín de Aranda-Valdivia con otros dos compañeros mártires en Chile († 1612).
Juan Cardim († 1615).
Jacobo Rem († 1618).
Egidio de Abreu († 1622).
Leonardo Lessio († 1623).
Jorge Giustiniani († 1644).
Vicente Caraffa, General de la Compañía († 1649).
Diego Martínez († 1626).
Sebastián Vieira y compañeros mártires del Japón († 1634).
Marcelo Mastrilli († 637).
Esteban Lefèvre († 1659).
Juan de Alloza († 1666).
Diego de Sanvitores († 1672).
Felipe Jeningen († 1704).
Francisco Maria Bucherelli y compañeros mártires annamitas († 1723).
Francisco Galluzzi († 1731).
Bernardo de Hoyos († 1735).
Bartolomé Alvares, Gaspar Kratz y

compañeros mártires del Tonkin († 1737).
Antonio José Henriquez, Tristán de Attimis y Diego Madeira, mártires en China († 1748).
Pedro Cayron († 1754).
Pedro Mayoral († 1754).
Gabriel Duplex y comp. († 1794).
Pedro de la Clorivière († 1820).
Carlos Odescalchi, ex Cardenal († 1841).
Juan F. Roothaan, General de la Compañía de Jesús († 1853).
Eduardo Billotet y compañeros mártires del Líbano († 1860).
Pedro Olivaint y compañeros mártires de la Commune de París († 1871).
Pablo Ginhac († 1895).
Jacobo Berthieu († 1896).
Luis Esteban Rabussier († 1897).
Pedro Barbaric, nov. escol. († 1897).
Nicolás Rodríguez († 1900).
León Ignacio Mangin, Pablo Denn y compañeros martirizados por los Boxers de China († 1900).
Francisco de Paula Tarín († 1910).
Adolfo Petit († 1914).
Alberto Rodríguez († 1910).
Ricardo Frield († 1917).
Guillermo Ebersbeiler († 1921).
Agustín Pro († 1927).
Saturnino Ibarguren († 1927).
José Rubio († 1929).
Francisco Garate, hermano coadjutor († 1930).
Jacinto Alegre († 1930).
Efraín Fernández († 1930).
Juan Sullivan († 1933).
Tomás Esteban († 1934).
Emilio Martínez y hermano Juan Arconada († 1934).
Ignacio Aramburu († 1935).
Francisco Audí y dos comp. († 1936).
Braulio Martínez y Lorenzo Isla († 1936).
Manuel Peypoch († 1936).
Joaquín Valentín, Luis Bogunyá y José Vergés († 1936).
Bartolomé Arbona y diez compañeros († 1936).
Olegario Corral y comp. († 1936).
Ignacio Velasco y seis compañeros († 1936).
Manuel González y tres compañeros († 1936).
Ricardo Tena († 1936).
Fernando Huidobro († 1937).
Ruperto Mayer († 1945).
Juan Bautista Reus († 1947).
Francisco Rodrigues da Cruz († 1948).

La lista de los «mártires», *sensu latissimo*, hay historiadores que la hacen subir a más de 900.

Basta lo expuesto para patentizar que, hoy como ayer, la santidad y el heroísmo de la virtud son frutos que el Espíritu Santo hace brotar en este árbol plantado por San Ignacio de Loyola en el huerto de la Iglesia; árbol que, combatido persistentemente por todos los vientos y tempestades, se venga de ellos alzándose cada vez con más gallardía, firmeza y verdor, y regalándoles más copiosamente sus efluvios celestiales y sus frutos de bendición.

Y ese elocuente testimonio de las obras es el más eficaz argumento y la más contundente respuesta en defensa de la Compañía, contra los que siguen acusándola de no sé qué maquiavelismos, ambiciones, arrogancias y vanidades. *Ex fructibus eorum cognoscetis eos* (Mt 7. 20). *Operibus credite* (Io 10. 38).

BIBLIOGRAFIA

I

FUENTES

Acta Romana Societatis Iesu (Roma, 1910 ss.).

Institutum Societatis Iesu (Florencia, 1892-93). Contiene: Vol. I. *Bullarium...* II. *Constitutiones, Decreta Congregationum...* III. *Regulae, Ratio Studiorum...* Tanto las Constituciones como las Reglas deben consultarse en la edición de MHSI.

Monumenta Historica Societatis Iesu (Madrid, 1894 ss., Roma, 129 ss.), 73 volúmenes hasta 1951; documentación fundamental e imprescindible para el estudio de San Ignacio y de sus compañeros. En la misma Colección se han empezado a publicar los Monumentos misionales de Asia y América. Las obras de San Ignacio y de San Francisco Javier pueden verse en la edición más manual que a continuación reseñamos.

I. Iparraguirre-C. Dalmases: *Obras completas de San Ignacio de Loyola* Madrid, 1942). «Bibl. Aut. Crist.».

F. Zubillaga: *Cartas y escritos de San Francisco Javier* (Madrid, 1953). BAC.

G. M. Pachtler: *Ratio studiorum et Institutiones scholasticae Soc. Iesu per Germaniam olim vigentes* (4 vol. Berlín, 1887-1894).

L Delplace: *Synopsis Actorum Sanctae Sedis in causa Societatis Iesu*, 1540-1773 (Florencia, 1887; Lovaina, 1895).

Litterae Indicae (Roma, 1545 ss.; Ingolstadt, 1563; Lovaina, 1570).

Cartas edificantes y curiosas escritas de las misiones extranjeras por algunos misioneros de la C. de J., traducidas del idioma francés por el P. Diego Davin de la C. de J. (16 volúmenes. Madrid, 1753-57).

J. Stoecklein: *Der neuer Welt-Bott*, mit *allerhand Nachrichten der Missionariorum Soc. Iesu* (40 fasc. Augsburgo, 1728-1761).

Epistolae Praepositorum Generalium S. I. (4 vol. Gante-Bruselas, 1847-1908). Las modernas pueden leerse en «Acta Romana» y en la revista de información jesuítica «Memorabilia Societatis Iesu» (Roma, 1920 ss.).

Epitome Instituti Societatis Iesu (Roma, 1924).

A semejanza de las antiguas *Litterae annuae* y *Litterae quadrimestres* (véanse los tomos de MHSI), se publican en casi todas las Provincias actuales y Misiones de la Compañía ciertas relaciones periódicas con el título de *Cartas edificantes*, o *Noticias de la Provincia* u otro semejante. Entre las colecciones más importantes figuran las *Cartas de Poyanne*, *Lettres de Uclés*, *Lettres de Vals*, *Lettres de Jersey*, *Lettres de Mold*, *Woodstock Letters*, *Letters and Notices*, etc.

II

HISTORIAS GENERALES

En primer lugar debe citarse la oficial *Historia Societatis Iesu* (Roma, 1614-1859), que consta de 6 partes en 8 tomos, cuyos autores son: Nicolás Orlandino (llega hasta la muerte de San Ignacio), Francisco Sacchini (de 1539 a 1590), José Jouvancy (de 1591 a 1616) y Julio César Cordara (de 1616 a 1632).

El Chronicon, de Polanco, llena 6 volúmenes de MHSI.

P. Albers: *Liber saecularis Soc. Iesu ab anno 1894 ad annum 1914* (Roma, 1914).

D. Bartoli: *Dell'istoria della Compagnia di Gesù* (Asia, Giapone, China, Inghilterra, Italia) en cinco partes (Roma, 1653-73).—*Degl'uomini e de' fatti della Compagnia di Gesù memorie istoriche* (5 vol. Turín, 1847-56).

H. Becher: *Die Jesuiten-Gestalt und Geschichte der Ordens* (Munich, 1951).

J. Brucker: *La Compagnie de Jésus, 1521-1773* (París, 1919).

T. Campbell: *The Jesuits, 1534-1921* (2 vol. London, 1921).

L. Carrez: *Atlas geographicus Societatis Iesu* (París, 1900), con noticias históricas.

J. Crétineau-Joly: *Histoire religieuse, politique et littéraire de la Compagnie de Jésus* (París 1844-46), con muchas ediciones y traducciones; obra documentada, pero poco crítica y de tendencia claramente apologética.

A. Hamy: *Essai sur l'iconographie de la Compagnie de Jésus* (París, 1875).—*Galerie illustrée de la Compagnie de Jésus. Album de 400 portraits choisis parmi les plus beaux, les plus rares ou les plus importants* (8 vol. París, 1893), con breves biografías.—*Documents pour servir à l'histoire des domiciles de la Compagnie de Jesus dans le monde entier, de 1540 à 1773* (París, 1892), con estadísticas, etc.

L. de Jonge: *De Orde der Jesuieten* (3 vol. Wassenaar, 1928-1931).

L. Koch: *Jesuiten-Lexikon* (Paderborn, 1934). Obra muy útil y de información segura, aunque incompleta).

E. Boehmer: *Les jésuites*, ouvrage traduit de l'allemand avec une *Introduc-*

tion et des *notes* par Gabriel Monod (París, 1910). Autor y traductor son protestantes, pero ambos historiadores objetivos y desapasionados.

M. HEIMBUCHER: *Die Orden und Kongregationen der katholischen Kirche* (2 vol. Paderborn, 1934). En el tomo II, *Die Gesellschaft Jesu* (páginas 130-320), con abundancia de datos y de bibliografía. Semejante a esta obra, aunque más popular y de más fácil lectura, es la de M. ESCOBAR: *Ordini e Congregazioni religiose* (Turín, 1951), en cuyo primer volumen, páginas 689-779, el P. A. Martini ha trazado un jugoso compendio de la historia de *La Compagnia di Gesù.*

M. P. HARNEY: *The Jesuits in History* (Nueva York, 1941).

E. ROSA: *Los jesuítas.* Versión del italiano con un complemento del Padre J. Juambelz (Madrid, 1924).

F. X. WERNZ-L. SHMITT, etc.: *Sypnosis historiae Societatis Iesu* (Lovaina, 1950). En columnas paralelas se dan los datos de cada nación; siguen listas de Superiores Generales y Provinciales, de Santos, de mártires, de hombres ilustres.

Las tres que siguen no merecen consultarse, pues están inspiradas por el rencor y la malevolencia.

M. MIR: *Historia interna, documentada, de la Compañía de Jesús* (2 volúmenes. Madrid, 1923). Más que historia es una serie de cavilaciones apasionadas y de falsas interpretaciones de ciertos documentos básicos de la Orden. Está en el «Indice de libros prohibidos»; su autor es un ex jesuíta amargado y resentido.

P. VON HOENSBROECH: *Der Jesuitenorden* (2 vol. Berna y Leipzig, 1926-1937). Otro ex jesuíta que apostató del Catolicismo y recogió en su obra todas las calumnias que se han dicho contra la Compañía, desde Pascal hasta nuestros días.

I. DE RECALDE: *Notes documentaires sur la Compagnie de Jésus* (2. vol. París, 1924-1927). Sobre la firma «Recalde», financiada, según se dijo, por un banquero judío de París, véase lo que decimos al tratar de Francia en el siglo XX.

Contra las acusaciones, fábulas y leyendas jesuíticas deben leerse:

A. BROU: *Les jésuites de la légende* (2 vol. París, 1906-1907).

D. DUHR: *Jesuiten-Fabeln* (Friburgo, 1891).

J. GUIRAUD: *Histoire partiale, histoire vraie.* Tomo IV. *L'ancien régime* (París, 1917), autor católico, no jesuíta.

Sobre el papel de la Compañía en la cultura, arte y ciencia:

E. BOYSSE: *Le théâtre des jésuites* (París, 1880).

J. BRAUN: *Die belgischen Jesuitenkirchen. Ein Beitrag zur Geschichte des Kampfes zwischen Gotik und Renaissance* (Freiburg, 1907).—*Die Kirchenbauten der deutschen Jesuiten. Ein Beitrag zur Kultur und Kulturgeschichte des 16. und 18. Jahrhunderts* (2 vol. Freiburg, 1908-1910).—

Spaniens alte Jesuitenkirchen. Ein Beitrag zur Geschichte der... Architektur in Spanien (Freiburg, 1913).

C. Bricarelli: *Arte barocca:* «La Civiltà cattolica», 1921, 424-438; 510-523.

La Compagnia di Gesù e le scienze sacre (Roma, 1942). Conferencias de especialistas sobre la Compañía en sus relaciones con la Teología dogmática y moral, con los estudios bíblicos, con el mundo oriental, con la ciencia histórica y con la metodología misionera, publicadas en «Analecta Gregoriana», XXIX.

F. de Dainville: *La naissance de l'Humanisme moderne* (París, 1940).

J. de Guibert: *La spiritualité de la Compagnie de Jésus* (Roma, 1953).

J. Ehret: *Das Jesuitentheater zu Freiburg in der Schweiz* (Freiburg i. B., 1921).

C. Galassi Paluzzi: *Storia segreta dello stile dei gesuiti* (Roma, 1951).

R. Fülop-Miller: *Macht und Geheimnis der Jesuiten* (Leipzig-Zürich, 1929). Existe traducción española, con hermosas ilustraciones. El autor mira con ojos de racionalista, pero con simpatía, el fenómeno jesuítico, que le interesa desde el punto de vista cultural, psicológico, puramente humano.

J. García Soriano: *El teatro universitario y humanístico en España* (Toledo, 1945). Trata casi únicamente de las representaciones teatrales jesuíticas con muchos extractos literarios.

R. García-Villoslada: *Storia del Collegio Romano* (Roma, 1953).

J. B. Herman: *La Pédagogie des Jésuites au XVI siècle* (Lovaina, 1924).

B. Jansen: *Die Pflege der Philosophie im Jesuitenorden während des 17-18 Jahrhunderts* (Fulda, 1938).

J. Müller: *Das Jesuitendrama in den Ländern deutschen Zunge* (Augburgo, 1930).

Il Quarto Centenario della costituzione della Compagnia di Gesù (Milán, 1941). Conferencias de especialistas sobre la Compañía y las ciencias físico-matemáticas, el Derecho, la filosofía latina, la literatura italiana, la filosofía, la pedagogía, la doctrina económica, las misiones de la India, las artes figurativas.

A. Schimberg: *L'education morale dans les Colléges de la Compagnie de Jésus en France sous l'ancien régime* (París, 1913).

Añádanse los libros citados en la nota 1 del Prólogo de este libro.

III

HISTORIAS PARTICULARES

1. Alemania y Austria.

J Agrícola: *Historia Provinciae, S. I., Germaniae Superioris* (5 vol. Augsburgo, 1727-1754). Los tomos IV y V son del P. F. X. Kropf.

B. Duhr: *Geschichte der Jesuiten in den Ländern deutschen Zunge* (6 vol.).

Freiburg-Munich, 1907-1928). Desde los comienzos de la Orden hasta la supresión.

O. Pfulf: *Die Anfänge der deutschen Provinz der neu erstandenen Gesellschaft Jesu, 1805-1847* (Freiburg i. B., 1922).

F. Reiffenberg: *Historia Societatis Iesu ad Rhenum inferiorem* (Colonia, 1754).

A. Socher: *Historia Provinciae Austriae Societatis Iesu* (Viena, 1740).

2. **Argentina, Chile, Paraguay, Perú, etc.**

J. M. Blanco: *Historia documentada de los mártires de Caaró e Ijubí* (Buenos Aires, 1929).

J. Chantre y Herrera: *Historia de las misiones de la C. de J. en el Marañón español* (Madrid, 1901).

F. X. Charleroy: *Histoire du Paraguay* (3 vol. París, 1756).

C. Eguía: *España y sus misioneros en los países del Plata* (Madrid, 1953).

F. Enrich: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile* (2 vol. Barcelona, 1891).

G. Furlong: *Los jesuítas y la cultura rioplatense* (Montevideo, 1933).

P. Hernández: *Organización social de las doctrinas guaraníes de la C. de J.* (2 vol. Barcelona, 1913).—*El extrañamiento de los jesuítas del Río de la Plata y de las misiones del Paraguay* (Madrid, 1908).—*Reseña histórica de la misión de Chile-Paraguay de la C. de J. 1836-1914* (Barcelona, 1914). *La Compañía de Jesús en las Repúblicas del Sur de América, 1836-1914* (Barcelona, 1914).

P. Pastells: *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (Argentina, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil), según los documentos originales* (Madrid, 1912-1949). Los tres últimos tomos (VI-VIII) han sido preparados por el P. F. Mateos.

A. Ruiz de Montoya: *Conquista espiritual del Paraguay* (Madrid, 1639).

R. Vargas Ugarte: *Los jesuítas del Perú 1568-1767* (Lima, 1941).

3. **Bélgica y Holanda.**

A. Poncelet: *Histoire de la Compagnie de Jésus dans les anciens Pays-Bas. Etablissement de la Comp. de J. en Belgique et ses développments jusqu'à la fin du regne d'Albert et d'Isabelle* (2 vol. Bruselas, 1927-1827).—*La Compagnie de Jésus en Belgique. Aperçu historique* (Bruselas, 1907).

F. Van Hoek: *Schets van de Geschiedenis der Jesuieten in Nederland* (Nimega, 1940).

4. **Bohemia.**

L. Kroess: *Geschichte der böhmischen Provinz der Gesellschaft Jesu* (3 volúmenes. Viena, 1910-1937).

J. Schmidl: *Historia Societatis Iesu Provinciae Bohemicae, 1555-1592* (Praga, 1747).

5. **Brasil.**

S. Leite: *Historia da Companhia de Jesus no Brasil* (10 vol. Río de Janeiro, 1938-1950).

6. **Canadá.**

A. Carayon: *Premières missions des Jésuites au Canada* (Poitiers, 1864).

E. Lecompte: *Les Jésuites au Canada, 1842-1914* (Montreal, 1920).

C. de Rochemonteix: *Les Jésuites de la Nouvelle France au XVIIe siècle* (3 vol. París, 1895-96).—*Les Jésuites de la N. F. au VIIIe siècle* (2 volúmenes. París, 1906).

7. **Colombia y Centroamérica.**

L. J. Muñoz: *Notas históricas sobre la Compañía de Jesús restablecida en Colombia y Centroamérica, 1842-1914* (Oña, 1920).

R. Pérez: *La Compañía de Jesús en Colombia y Centroamérica después de su restauración* (3 vol. Valladolid, 1896-98). Para lo antiguo, v. Astrain.

D. Restrepo: *La Compañía de Jesús en Colombia* (Bogotá, 1940).

8. **Ecuador.**

J. Jouanen: *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua Provincia de Quito, 1570-1774* (2 vol. 1941-43). Cfr. Astrain.

9. **España.**

B. Alcázar: *Cronohistoria de la Compañía de Jesús en la Provincia de Toledo* (Madrid, 1710).

A. Astrain: *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España* (7 vol. Madrid, 1902-1925). Llega hasta 1758 y trata también ampliamente de las misiones americanas y filipinas.

L. Frías: *Historia de la Compañía de Jesús en su Asistencia moderna de España* (2 vol. Madrid, 1923-1944). Continuando la obra monumental de Astrain sólo alcanzó a historiar los años 1815-1868. En forma más sucinta: *La Provincia de España de la Compañía de Jesús, 1815-1863* (Madrid, 1914).—*La Provincia de Castilla de la C. de J. 1863-1914* (Bilbao, 1915).

E. del Portillo: *La Provincia de Toledo de la C. de J. 1880-1914* (Madrid, 1916).

A. Zarandona: *Historia de la extinción y restablecimiento de la Compañía de Jesús*, brevemente anotada y aumentada por el P. Ricardo Cappa (Madrid, 1890).

10. **Estados Unidos.**

G. Garraghan: *Tre Jesuits of the Middle United States* (3 vol. Nueva York, 1938).

T. Hughes: *History of the Society of Jesus in North America, colonial and federal* (4 vol. Nueva York, 1907-1913). Llega hasta 1773.

J. Walsh: *American Jesuits* (Nueva York, 1934).
W. N. Wischoff: *The Jesuits in Old Oregon 1840-1940* (Caldwell, 1945).

11. **Filipinas.**

F. Colin: *Labor evangélica de la Compañía de Jesús en las Islas Filipinas* (Edic. Pastells, 3 vol. Barcelona 1900-1901).
P Pastells: *Misión de la Compañía de Jesús de Filipinas en el siglo XIX* (3 vol. Barcelona, 1916-17).
P. Torres y Lanzas-P. Pastells: *Catálogo de los documentos relativos a las Islas Filipinas* existentes en el Archivo de Indias..., precedido en una hist. gen. de Filipinas (7 vol. Barcelona, 1925-1932).

12. **Francia.**

J. Burnichon: *La Compagnie de Jésus en France. Histoire d'un siècle, 1814-1914* (4 vol. 1914-1922). Sólo llega a 1880.
A. Carayon: *Documents inédits concernant la Compagnie de Jésus* (23 volúmenes. Poitiers-París, 1863-1886). En francés y casi exclusivamente de Francia.
P. Delattre: *Les établissements des jésuites en France depuis quattre siècles. Répertoire topobibliographique* (Enghien, 1940 ss.). Obra eruditísima en curso de publicación, a cargo de muchos especialistas.
F. Fouqueray: *Histoire de la Compagnie de Jésus en France* (5 vol. París, 1910-25). Llega hasta 1645.
J. M. Prat: *Recherches historiques sur la Compagnie de Jésus en France au temps du P. Coton* (5 vol. Lyón, 1876-78).
La Province de Champagne, 1863-1913 (Enghien, 1913).

13. **Grecia y Levante.**

A. Carayon: *Relations inédites des missions de la C. de J. à Constantinople et dans le Levant au XVIIe siècle* (París, 1864).
C. Romano: *Cenni storici della missione della Compagnia di Gesù in Grecia* (Palermo, 1912).
M. Jullien: *La nouvelle mission de la C. de J. en Syrie, 1831-1895* (2 vol. París, 1899).

14. **Inglaterra e Irlanda.**

E. Foley: *Records of the English Province, 16 and 17 century* (8 vol. de documentos. Londres, 1877-1885).
E. Hogan: *Ibernia ignatiana* (Dublín, 1880).
H. More: *Historia missionis anglicanae S. I., 1580-1635* (Saint-Omer, 1660).
E. Taunton: *The History of the Jesuits in England, 1580-1773* (Londres, 1891). Extraño y hostil a la Compañía.

15. **Italia.**

E. Aguilera: *Provinciae Siculae S. I. ortus et res gestae, 1546-1678* (2 vol. Palermo, 1737-1740).

A. Aldegheri: *Breve storia della Provincia Veneta della C. di G. 1814-1914* Venecia, 1914).

G. Cappelletti: *I Gesuiti e la Republica di Venezia* (Venecia, 1873).

P. Galletti: *Brevi memorie intorno alla Compagnia di Gesù in Italia dall' anno 1773 al anno 1814* (Roma, 1926.—*Memorie storiche intorno alla Provincia Romana della C. di G. dall'anno 1814 al anno 1914* (Prato, 1914).

A. Lanza: *La Compagnia di Gesù in Sicilia e il primo secolo del suo rinascimiento* (Palermo, 1914).

A. Monti: *La Compagnia di Gesù nel territorio della Provincia Torinese* (5 vol. Chieri, 1914-1920).

A. Narbone: *Annali Siculi della C. di G. 1805-1859* (6 vol. Palermo, 1906-8).

F. Schinosi: *Istoria della Compagnia di Gesù al regno di Napoli* (4 vol. Nápoles, 1706-57).

P. Tacchi Venturi: *Storia della Compagnia di Gesù in Italia* (4 vol. Roma, 1910-1951). Hasta la muerte de San Ignacio.

M. Volpe: *I Gesuiti nel Napolitano 1841-1914* (3 vol. Nápoles, 1914-1915).

16. **Méjico.**

F. J. Alegre: *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España* (3 vol. Méjico, 1841-42).

C. Decorme: *La obra de los jesuítas mexicanos durante la época colonial, 1572-1767* (2 vol. Méjico, 1941.—*Historia de la C. de J. en la República Mejicana durante el siglo XIX* (2 vol. Guadalajara, 1914-21).

M. Venegas: *Historia de la California y de su conquista temporal y espiritual* (Madrid, 1757).

17. **Polonia y Rusia Blanca.**

A. F. Pollard: *The Jesuits in Poland* (Oxford, 1892).

St. Rostowski: *Lituanicarum S. I. historiarum libri decem, 1564-1664* (París, 1877).

St. Zaleski: *Les jésuites de la Russie Blanche*. Trad. par le P. A. Vivier (2 vol. París, 1666).—*Jesuici w Polsce* (11 vol. Cracovia, 1901-1908). Los jesuítas en Polonia de 1555 a 1905.

18. **Portugal.**

A. Franco: *Sypnopsis annalium S. I. in Lusitania* (Augsburgo, 1726).

F. Rodrigues: *Historia da Companhia de Jesus na Assistencia de Portugal* (7 vol. Porto, 1931-1950).

B. Téllez: *Chronica da Companhia de Jesu na Provincia de Portugal* (2 vol. Lisboa, 1645-47).

19. **Venezuela.**

M Aguirre: *La Compañía de Jesús en Venezuela* (Caracas, 1941).
J. de Gumilla: *El Orinoco ilustrado* (Madrid, 1774). Nueva edición anotada por el P. C. Bayle (Madrid, 1945).
J. de Rivero: *Historia de las misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta* (Bogotá, 1883).

IV

HISTORIAS DE MISIONES

A. Brou: *Cent ans de missions, 1815-1934. Les jésuites missionnaires* (París, 1935).
A. Huonder: *Deutsche Jesuitenmisionäre des 17. und 18. Jahrhunderts* (Freiburg, 1899).
F. J. Montalbán: *La Compañía de Jesús misionera 1540-1941* (Bilbao). Breves apuntes.
J. A. Otto: *Kirche im Wachsen. Vierhundert Jahre Jesuitenorden im Dienste der Weltmission* (Freiburg, 1940).

No existe ninguna buena historia general de las misiones jesuíticas. Apuntaremos aquí algunas particulares:

C. Beccari: *Rerum Aethiopicarum scriptores occidentales inediti a saeculo XVI ad XIX* (15 vol. Roma, 1903-1917).
L. Denis: *Les jesuites belges au Kwango, 1893-1943* (Bruselas, 1943).
C. de la Vaissiere: *Histoire de Madagascar, ses habitants et ses missionnaires* (2 vol. París, 1884).
A. Santos: *Jesuítas en el Polo Norte* (Madrid, 1943).

Sobre las misiones americanas véase: *Argentina, Paraguay, Perú, Méjico*, etc.

D. Bartoli: *Dell'istoria della Compagnia di Gesù. Asia...* (Roma, 1653 ss.).
J. Bertrand: *La mission du Maduré* (3 vol. París, 1847-50).
L. Besse: *La mission du Maduré* (Trichinopoly, 1914).
F. J. Charleroy: *Histoire du Christianisme au Japon* (2 vol. París, 1826-28).
L. Frois: *Geschichte Japans 1549-1578*. Traducción y notas de G. Schurhammer y A. Voretzsch (Leipzig, 1926).
L. de Guzmán: *Historia de las misiones de la C. de J. en las Indias Orientales, China y Japón, 1540-1600* (Bilbao, 1891).
R. Huc: *Le Christianisme en Chine* (4 vol. París, 1857-58).
H. Josson: *La mission du Bengale occidental ou Archidiocèse de Calcutta* (2 vol. Brujas, 1921).
E. Maclagan: *The Jesuits and the Great Mogul* (Londres, 1932).
J. P. Maffei: *Rerum a Societate Iesu in Oriente gestarum* (vol. I. Nápoles, 1573).

M. Ricci: *Opere storiche*. Edición y notas de P. Tacchi Venturi (2 vol. Macerata, 1911-1913).- *Storia dell'introduzione del Cristianesimo in China*. Edición y notas del P. *D'Elia* (3 vol. Roma, 1912-49).

F. de Sousa: *Oriente conquistado a Jesus Christo pelos Padres da Companhia de Jesus da Prov. de Goa* (2 vol. Lisboa, 1710).

A. Vaeth: *Deutsche Jesuiten in Indien. Geschichte der Mission von Bombay-Poona* (Ratisbona, 1920).

A. Valignani: *Historia del principio y progreso de la C. de J. en las Indias Occidentales, 1542-64*. Edición del P. J. Wicki (Roma, 1944).

C. Wessels: *Early Jesuit Travellers in Central Asia, 1603-1721* (La Haya, 1924).

V

MENOLOGIOS Y OTRAS BIOGRAFIAS DE CARACTER EDIFICANTE

J. Cassani: *Glorias del segundo siglo de la Compañía de Jesús dibujadas en las vidas y elogios de algunos varones ilustres* (2 vol. Madrid, 1734).

G. Decorme: *Menologio general de la C. de J. de México, 1566-1939* (2 volúmenes. Ed. privada).

J. Drews: *Fasti Societatis Iesu* (4 vol. Brunsberg, 1723).

A. Franco: *Annus gloriosus Societatis Jesu in Lusitania, complectens sacras memorias illustrium virorum* (Viena, 1700). Con el título de *Imagem da virtude* el mismo autor escribió varios tomos de piadosas biografías.

E. de Guilhermy: *Ménologe de la Compagnie de Jésus* (14 vol. París, 1867-1904). Ultimado por el P. Terrien.

K Kempf: *Die Heiligkeit der Gesellschaft Jesu* (2 vol. Einsiedeln, 1919-1925).

Menologio owero pie memorie di alcuni religiosi della Compagnia di Gesù (Venecia, 1901).

Menology of the Society of Jesus. English speaking Assistancy, comprinsing te Provinces of England, Ireland, Maryland and Missour, together with the missions of Canada and New Orleans (Londres, 1902).

J. Nadasi: *Annus dierum memorabilium Societatis Iesu* (2 vol. Amberes, 1665).

J. E. Nieremberg-A. Andrade: *Varones ilustres de la Compañía de Jesús* (9 vol. Bilbao, 1887-1892).

J. A. Patrignani: *Menologio di pie memorie d'alcuni religiosi della C. di G., distribuite per quei giorni dell'anno nei quali morirono* (4 vol. Venecia, 1730). El P. J. Boero en 1859 empezó una nueva edición aumentada, mas no pasó del segundo tomo (febrero).

M. Tanner: *Societas Iesu apostolorum imitatrix* (Praga, 1694).—*Societas Iesu usque ad sanguinis et vitae profusionem* (Praga, 1675) —*Societas Iesu usque ad sudorem et mortem pro salute laborans* (Praga, 1675).

C. TESTORE: *Santos y Beatos de la Compañía de Jesús.* Biografías escritas en italiano, trad. por el P. A. Fiorio (Madrid, 1943).

E. THOELEN: *Menologium oder Lebensbilder aus der Geschichte der deutschen Ordens Provinz der Gesellschaft Jesu* (Roermond, 1901).

N. NOGELS: *Menologium van de Societeit van Jesus voor de nederlandsche provincie* (2 vol. Leyde, 1912).

VI

BIBLIOTECA DE ESCRITORES Y REPERTORIOS BIBLIOGRAFICOS

El Catalogus Scriptorum S. I. del P. Ribadeneira (Amberes, 1606), con la vida y elogio de cada escritor salió bastante enriquecido en la edición del P. Andrés Schott (Amberes, 1613) y mucho más en la *Bibliotheca* de Alegambe (Amberes, 1643) y en la siguiente.

N.SOUTHWELL: *Bibliotheca Scriptorum Societatis Iesu, opus inchoatum a R. P. Petro Bibadeneira... 1602, continuatum a R. P. Philippo Alegambe... usque ad annum 1642, recognitum et productum ad annum... 1675 a Nathanaele Sotuello* (Roma, 1676).

AGUSTÍN Y LUIS BACKER: *Bibliothèque des ecrivain de la Compagnie de Jésus* (7 vol. Lieja, 1953-1861). Estos dos hermanos intentaron hacer obra más completa y exacta; en la nueva edición de 1869-1876 tuvieron la colaboración de Sommervogel, el cual nos dió por fin su obra monumental.

C. SOMMERVOGEL: *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus* (9 vol. Brusélas, 1890-1900). El tomo X de Indices o *Tables* (París, 1909) es del P. PEDRO BLIARD. De este mismo autor es el tomo XI *Histoire* (París, 1932), todo él de bibliografía histórica, serie de documentos relativos a la Compañía. Finalmente, el tomo XII, *Corrections et Additions* (París-Tolouse, 1911-1930) es obra del P. ERNESTO RIVIERE. Que la biblioteca de Sommervogel, a pesar de las *Adiciones* de Rivière, no es completa lo demostró, en lo tocante a España, el eruditísimo José Eugenio de Uriarte, ayudado por M. Lecina.

URIARTE-LECINA: *Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesús, pertenecientes a la antigua Asistencia de España* (Madrid, 1925-1930). No se publicaron más que dos volúmenes (hasta *Ferrusola).*

J E. URIARTE: *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús, pertenecientes a la antigua Asistencia española* (5 vol. Madrid, 1904-1916).

Moniteur bibliographique de la Compagnie de Jésus (París, 1889-1921). Este repertorio bibliográfico, dirigido sucesivamente por Raul Scorraille, E. Rivière, C. Sommervogel y Augusto Brou, recoge todos los libros y artículos (de jesuítas y sobre jesuítas), escritos de 1888 a 1914.

J. JUAMBELZ: *Index bibliographicus* (Roma, 1938 ss.). Aspira a recoger toda

la producción literaria de los jesuítas, siendo, sustancialmente, una continuación del *Moniteur*.

A CARAYON: *Bibliographie historique de la Compagnie de Jésus, ou Catalogue des ouvrages relatifs à l'histoire des Jésuits depuis leur origine jusqu'à nos jours* (París, 1864). Listas de documentos en pro o en contra de la Compañía.

Dictionnaire des ouvrages anonymes et pseudonymes publiés par des religieux de la Compagnie de Jésus (París, 1884).

Para la historia y bibliografía de la Compañía es hoy día absolutamente imprescindible la revista *Archivum Historicum Societatis Iesu* (Roma, 1932 ss.), especialmente la sección iniciada por el P. Edmundo Lamalle: *Bibliographia de Historia Societatis*.

Para lo concerniente a las misiones, R. STREIT-J. DINDINGER: *Bibliotheca missionum* (vol. 17, Münster-Freiburg, 1916-1953).

INDICE DE MATERIAS

Páginas

DOS PALABRAS PREMINARES 7

INTRODUCCION

EL FUNDADOR Y SU OBRA

Epoca y ambiente nacional, 11.—La familia de Loyola, 12.—Al servicio del virrey de Navarra, 15.—La herida de Pamplona, 17.

Primeras insinuaciones de la gracia, 19.—Discreción de espíritus, 22. La conversión perfecta, 24.—Peregrino, 26.—En el santuario de Montserrat, 29.—El penitente de Manresa, 31.—Visión del Cardoner, 33.—Los Ejercicios Espirtuales, 35.—Peregrinación a Tierra Santa, 39.

En Alcalá y Salamanca, 42.—En la Universidad de París, 46.—Los votantes de Montmartre, 48.

De París a Venecia y otras ciudades italianas, 52.—«Ego vobis Romae propitius ero», 55.—Aprobación de la Compañía de Jesús, 57.

Composición de las Constituciones, 61.—Sumario de las Constituciones, 63.—Las Reglas, 70.—San Ignacio, escritor, 71.

PRIMERA PARTE

EL PRIMER SIGLO DE LA COMPAÑIA DE JESUS (1540-1645)

OJEADA GENERAL Y MARCO HISTÓRICO 76

Sección I: En vida del Fundador (1540-1556)

Ignacio de Loyola, primer Prepósito General, 77.—Primer crecimiento, 78.—San Ignacio y los Papas, 83.—Apóstol de Roma, 85.

Páginas

Misiones en *Italia*, 88. -En el *Imperio Germánico*, 93.—Los jesuítas en el Concilio de *Trento*, 100.—En *Francia*, 105.—En los *Países Bajos*, 108.—En *Portugal*, 110.

La Compañía en *España*. Apostolado de Fabro y Araoz, 114.—Colegios y vocaciones, 118. -Vocación de San Francisco de Borja, 125. «Un hombre que se llama Francisco», 128.—Persecuciones en Salamanca, Alcalá y Zaragoza, 131.—Nadal promulga las Constituciones. Prosperidad y elogios de la Compañía. 136.

San Ignacio y los Colegios. Primeros Seminarios, 139.

LAS MISIONES EN PAÍSES DE INFIELES (1540-1556) 146

La Compañía de Jesús, misionera, 146.—El primer misionero, 149. - Javier en la *India*, 151.—Javier en el *país del Sol Naciente*, 154.- - El corazón de Javier, 156.—Misiones de *Africa* y *Brasil*, 158.

Ultimos años de San Ignacio de Loyola. 159.

La muerte del Santo. Su carácter, 161.—El místico, 163.—La Compañía de Jesús en 1566, 167.

Sección II: Generalatos de Laínez, Borja y Mercuriano (1558-1580)

Diego Laínez (1558-1565), 172.—Francisco de Borja (1565-1572), 175. Everardo Mercuriano (1573-1580), 180.

La Compañía en *Italia*, 184.—Aprobación de la Compañía por el Concilio de *Trento*, 185.—Casas de Roma. 188.—Seminarios, 189.—Congregaciones marianas, 190.

Los jesuítas en *Francia*, 192.—El Colegio de Clermont. Profesores españoles, 193.—En las provincias de Francia, 196.

En los *Países Bajos*, 198.—En el *Imperio de los Habsburgos*, 199.—En *Polonia*, 203.—*Portugal*, 205.

España. Crecimiento y fecundidad, 206.—Rigorismo y aulicismo, 210. Visitadores, 212.—Ministerios espirituales, 214.—Persecuciones y tormentas, 218.—Espiritualidad. Cordeses y B. Alvarez, 219.—Españolización de la Compañía, 222.

MISIONES EN AMÉRICA, AFRICA Y ASIA (1558-1580) 225

Brasil, 225.—*Nueva España, Perú*, 227.—*Africa*, 228.—*India* y *Japón*, 229.

Páginas

El apostolado de la ciencia (hasta 1580) 230

La Teología, 231.—Las letras humanas, 234.

Sección III: Generalatos de Aquaviva y Vitelleschi (1581-1645)

Padre Claudio Aquaviva (1581-1615), 238.—P. Mucio Vitelleschi (1615-1645), 239.—Conspiración contra el Instituto de la Compañía, 240.—Quinta Congregación General (1593), 246.—Sexta Congregación General (1608), 248.

Italia (1581-1645).—Expulsión de Venecia. Varones ilustres, 249.

Francia.—Liguistas y antiliguistas, 252.—El corazón de Enrique IV, 254.—El puñal de Ravaillac y el libro de Mariana, 255.—Richelieu y los jesuítas, 260.

Países Bajos (1581-1645), 261.—Actividad misionera, 264.

España (1581-1645), 265.—Molinismo y bañesianismo, 266.—Empieza la disputa en Salamanca, 271.—Expansión y crecimiento, 275.—Prosperidad e influencia de los Colegios, 278.—Observancia regular, 279.—Triunfos y contradicciones, 282.

Portugal (1581-1645), 285.

Alemania (1581-1645), 287.—Congregaciones y otros misterios, 290.—La guerra de Treinta Años, 292.

Polonia (1581-1645), 293.—Varones ilustres, 295.—Contrariedades, 296.

Escocia, Inglaterra e *Irlanda* (1581-1645). Coronas de martirio, 298.

Misiones entre infieles (1581-1645) 302

En la *América española.* Los jesuítas en *Nueva España*, 302.—Misiones del Norte de Méjico, 305.—*Islas Filipinas*, 307.—Provincia del *Perú*, 310.—*Quito y Nueva Granada*, 313.—Miisón de *Chile*, 315. Facultad de conferir grados académicos, 317.—El servicio personal o las encomiendas, 318.—Las misiones del *Paraguay*, 320.—Contradicciones, 323.—Organización de las reducciones, 326.—*Brasil*, 330.

Misiones de *Africa, Angola, Congo, Zambeza, Etiopía*, 331.

Misiones de *Asia. India.* Misión del *Mogol*, 334.—Roberto de Nobili en el *Maduré*, 336.—*Indochina*, 338.—*Japón:* Su florecimiento y ruina, 339.—*Imperio chino*, 347.—Método apostólico, 349.—Sucesores de Ricci, 350.—El P. Schall, 351.

Páginas

Las ciencias y las letras (1581-1645) 353

El «Ratio studiorum», 353.—Parte didáctica, disciplinar, moral y religiosa, 355.—Críticas y objeciones, 358.—Varones eminentes en las ciencias eclesiásticas, 359.—Exégesis bíblica, 360.—Patrística. Historia de los Concilios, 361.—Controversia y Apologética, 362.—Teología escolástica, 363.—Catecismo, 365.—Teología moral y Derecho, 366.—Teología ascética y mística, 367.—Filosofía, 370.—Ciencias exactas, 372.—Historia profana y eclesiástica, 374.—Pedagogía. Filología clásica y Literatura, 377.—Teatro, 380.—Arte barroco, 387.

Primer Centenario de la Compañía de Jesús, 390.

SEGUNDA PARTE

EPOCA DE MADUREZ. PERSECUCIONES Y EXTINCION DE LA COMPAÑIA DE JESUS (1645-1773)

Sección I: El segundo siglo de la Compañía (1645-1758)

Estadísticas, 396.—Padres Caraffa, Piccolomini, Gottifredi (1646-1649-1651-1652), 398.—P. Goswino Nickel (1652-1664), 401.—El jansenismo y Pascal, 403.—Generalato del P. Pablo Oliva (1661-1681), 407.—El P. Lachaize y las regalías, 409.—La cuestión del probabilismo, 410.—P. Carlos de Noyelle (1682-1686), 412.—El P. Tirso González, XIII General de la Compañía (1687-1705), 413.—Campaña antiprobabilista, 414.—Congregación de Procuradores y Congregación General XIV, 416.—Conflicto con Luis XIV, 418. Ultimos años del P. Tirso González, 420.

Siglo XVIII. P. Miguel Angel Tamburini (1706-1730), 422.—Padre Francisco Retz (1730-1750), XV General de la Compañía, 425.—P. Ignacio Visconti (1751-1755), 428.—P. Luis Centurione (1755-1757), P. Lorenzo Ricci, 431.

Observancia regular y flores de santidad, 433.—Misiones rurales: P. Tirso González, 438.—Misiones populares de Alemania, Francia e Italia, 441.—P. Pedro Calatayud, misionero de España, 443. Ejercicios espirituales, 445.—Grandes oradores: Vieria, Segneri, Bourdaloue, 446.—Los confesores reales, 448.—La devoción al

Páginas

Sagrado Corazón de Jesús, 452.—Colegios, Seminarios y Congregaciones, 455.

MISIONES ENTRE INFIELES (1645-1773) 459

Norteamérica, 459.

En *Hispanoamérica* y *Filipinas*. El Estado español, misionero, 462.—Provincia de *Méjico*, 464.—*Nueva Granada*, 467.—Provincia de *Quito*, 468.—*Perú*, 470.—Reducciones del *Paraguay*, 473.—Nuevos avances apostólicos y martirios, 474.—Encomios autorizados, 476. *Paraguay*. Tratado de límites, 478.—La Provincia de Chile, 481.—El P. Vieira en el *Brasil*, 483.—*Islas Filipinas* y *Marianas*, 484.

Misiones de *Asia*. Conflicto de los misioneros regulares y los Vicarios Apostólicos, 485.—La cuestión de los ritos chinos, 486.—Los ritos malabares, 492.—El apostolado de la ciencia en *China*, 493.—Años de persecución, 495.—Persecuciones en *Indochina*, 497.—Las misiones de la *India*, 498. *Persia* y *Levante*, 499.

LAS CIENCIAS Y LAS LETRAS (1645-1773) 502

Escrituristas, 502.—Teólogos escolásticos, 503.—Moralistas y canonistas, 505.—Ascéticos, 507.—Filósofos, 508.—Historiadores, 511.—Filólogos, humanistas, poetas y literatos, 514.—Lingüistas. 518.—Ciencias exactas y naturales, 519.—Bellas Artes, 521.

Sección II: Persecuciones y extinción de la Compañía de Jesús (1758-1773)

Los enemigos de la Compañía, 524.—Antijesuitismo en la Curia Romana, 527.—¿Cómo se defendían los jesuítas?, 529.—Los actos de la tragedia, 530.

La persecución en *Portugal*, 532.—La disolución de la Compañía de Jesús en *Francia*, 536.—El destierro de los jesuítas de *España*, 541. La voz del Papa. Rumbo a *Italia*, 546.—Efectos de la expulsión en *España*, 549.—La expulsión en *América*, 551.

La supresión de la Compañía de Jesús, 554.—Ejecución del Breve «Dominus ac Redemptor», 560.—Fin de los personajes del drama, 564.—Los jesuítas de la *Rusia blanca*, 566.—¿Y los de *Italia?*, 570.

La Bula, «Solicitudo omnium Ecclesiarum», 575.

Páginas

TERCERA PARTE

LA COMPAÑIA DE JESUS, RESTAURADA

Sección I: La historia de un siglo (1814-1914)

Los Padres Generales Tadeo Brzozowski († 1820) y Luis Fortis († 1829), 585.—Juan F. Roothaan (1829-1853), 586.—Pedro Beckx (1853-1887), 591.—Antonio M. Anderledy (1884-1892), 393.—Luis Martín (1892-1906), 596.—Francisco Javier Wernz (1906-1914), 600. Wladimiro Ledóchowski (1915...), 603.

La restauración en *España*, 606.—Nuevos destierros y persecuciones, 609.—Período de calma y prosperidad, 614.—Actividad escolar y científica, 615.—Actividad apostólica, 617.—Ejercicios, Congregaciones, Catecismos, Acción social, 620.

Azares de la Compañía en *Portugal*, 624.—La moderna Compañía en *Italia*, 627.—En la *Francia* del siglo XIX, 633.—*Bélgica*, *Holanda*, *Dinamarca*, 640.—La Compañía en los países germánicos, 642.—*Austria*, *Hungría* y *Polonia*, 645.—*Inglaterra* e *Irlanda*, 648.

La Compañía de Jesús en América (1814-1914) 650

Estados Unidos de Norteamérica, 650.

El Canadá, 654.—*Vicisitudes de la Compañía en Méjico*, 654.—En *Guatemala*, 657.—*En El Salvador*, *Nicaragua*, *Costa Rica*, 659.—*Isla de Cuba*, 662.—*La misión de Colombia*, 663.—*Misión ecuatoriana y peruana*, 667.—*Argentina* y *Uruguay*, 670.—*Chile*, 674.—*Paraguay*, 676.—*Brasil*, 678.

Islas Filipinas, 680.

Las misiones extranjeras (1814-1914) 682

Alaska, 683.—*Japón y China*, 684.—*Misiones en la India*, 685.—*Próximo Oriente*, 687.—*Zambeza*, 688.—*Congo belga*, *Madagascar*, 689.—*Argelia*, *Fernando Poo*, 690.

Instrumentos de apostolado 691

Ejercicios espirituales, 691.—Devoción al Corazón de Jesús. Apostolado de la Oración, 692.—Congregaciones marianas, 695.—Enseñanza media y superior, 696.

Páginas

Las ciencias y las letras 698

Teólogos, canonistas y moralistas, exégetas en la Sagrada Escritura, 698.—Filósofos, 700.—Escritores ascéticos, 702.—Historiadores, arqueólogos, hagiógrafos, etc., 703.—Literatos, publicistas, filólogos, poetas, 706.—Científicos, 708.—Lingüistas y misionólogos, 709.—Bellas artes, 710.

Sección II: Epoca contemporánea (1914-1954)

Labor de organización y centralismo, 712.—Alegrías y penas. *Polonia* y *Alemania*, 715.—Ultimos años del P. *Ledóchowski*, 718.—El nuevo General, P. Juan Bautista Janssens, 719.—*Francia* en los últimos cuarenta años, 722.—La Compañía en *España*, 723.—Páginas de martirologio, 726.—Algunas noticias de Iberoamérica, 729.

Las misiones de infieles (1914-1954) 734

Asia, 735.—*Oceanía*, 737.—*Africa*, 737.—*América*, 738.—*Europa*, 738.

Instrumentos de Apostolado 739

Ejercicios espirituales, 739.—Apostolado de la oración y Congregaciones marianas, 741.—Enseñanza, 742.—Libros y revistas, 746.

Los últimos Papas y la Compañía de Jesús 748

Pío XI, 748.—Pío XII, 750.—Santos y Beatos, 751.

Bibliografía 759

Fuentes, 759.—Historias generales, 760.—Historias particulares de diversos países, 762.—Historias de misiones, 767.—Menologios y otras biografías de carácter edificantes, 768.—Biblioteca de escritores y Repertorios bibliográficos, 769.

Indice de materias 771

SE TERMINÓ LA IMPRESIÓN
DE ESTA SEGUNDA EDICIÓN
DE LA PRESENTE OBRA EL
DÍA 31 DE JULIO DE 1954,
FESTIVIDAD DE SAN IGNACIO
DE LOYOLA.

DATE DUE

[redacted]			
GAYLORD			PRINTED IN U.S.A.

BX3706 .G21
Manual de historia de la Compania de
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00020 3713